Eso NO ESTABA *en mi* LIBRO *de* HISTORIA *del* COMUNISMO

por

JUAN JOSÉ PRIMO JURADO

¿Por qué cambió Heineken la estrella roja de sus cervezas por una estrella blanca? ¿Cómo la
URSS
pudo desecar el mar de Aral, cuando era el cuarto mayor lago del mundo? ¿Se sorprenderá si le mostramos el desfile conjunto que hicieron tropas alemanas y soviéticas al ocupar una ciudad polaca durante la Segunda Guerra Mundial, cuando Hitler y Stalin eran aliados? ¿Sabe que Fidel Castro posee el récord del discurso más largo con siete horas y diez minutos? ¿Conocía que en los países comunistas el Ejército y la Policía tenían equipos de fútbol propios que se llamaban
CSKA
y Dinamo, respectivamente? ¿Sabía que existió una guerra entre comunistas dentro de la guerra civil española? ¿Conoce la historia de los tres regimientos aéreos formados por mujeres en la
URSS
durante la Segunda Guerra Mundial?

El comunismo, que influyó en la historia de los pueblos y las personas en el siglo XX y lo continúa haciendo en el XXI, ha acaparado numerosos libros de historia, política y filosofía, pero ninguno como este: repleto de curiosidades y anécdotas, pero también de secretos y claves para entender nuestra Historia. Juan José Primo Jurado, con una larga carrera como escritor y tras su último éxito, *Eso no estaba en mi libro de la Guerra Fría*, aborda y analiza, desde una óptica objetiva, curiosa y no exenta de sentido del humor, lo que a usted nunca jamás le contaron del comunismo.

¿Sabe que la estatua de Lenin en Volgogrado se inscribió con cincuenta y siete metros de altura en el Guinness como la estatua más alta dedicada a una persona? ¿Sabe que Stalin no solo mataba a sus rivales, sino que los borraba de las fotos? ¿Conoce el trío amoroso que formaron Lenin, su amante Inessa y su esposa Nadia? ¿Dónde combatió el Batallón Lincoln? ¿Por qué los aviones MIG soviéticos superaron a los norteamericanos en muchos momentos de las guerras de Corea y Vietnam? ¿En qué consistió realmente la Revolución Cultural china? ¿Sabía que Andrei Kirilenko escogió el

dorsal 47 cuando jugó en la
NBA
para que, junto a las iniciales de su nombre, formase el nombre del fusil
AK-47?

Juan José Primo Jurado

Eso no estaba en mi libro de Historia del comunismo

Eso no estaba en mi libro - 36

ePub r1.0
Titivillus 22.10.2023

Juan José Primo Jurado, 2020

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta
Eso no estaba en mi libro de Historia del comunismo
Introducción
EL COMUNISMO O LA MENTIRA PERMANENTE
LOS CRÍMENES DEL COMUNISMO
¿APLICA EL COMUNISMO LA FILOSOFÍA MARXISTA?
MARX, RAÍCES FAMILIARES Y ADOLESCENCIA
MARX, SU ENTORNO FILOSÓFICO
- HEGEL
- LOS JÓVENES HEGELIANOS
  - David Strauss
  - Bruno Bauer
  - Ludwig Feuerbach
  - Moses Hess
  - Arnold Ruge
- LOS SOCIALISMOS UTÓPICOS
  - Saint-Simon
  - Charles Fourier
  - Robert Owen
- El marxismo frente a los utópicos

MARX, SU ENTORNO ECONÓMICO Y POLÍTICO
- EL ENTORNO ECONÓMICO
- EL ENTORNO POLÍTICO
  - La Revolución Francesa de 1789
  - El Rey convoca a los Estados Generales
  - Declaración de Derechos del Hombre
  - Primera Constitución
  - La Convención Nacional y el Terror
  - Las Guerras Napoleónicas (1797-1815)
  - Napoleón toma el poder
  - La derrota de Napoleón
  - La Comuna de París de 1871
- CONCLUSIONES

EVOLUCIÓN DEL PENSAMIENTO DE MARX
- DESDE LA UNIVERSIDAD HASTA LONDRES

SU SITUACIÓN ECONÓMICA
SU OBRA DESDE 1849
FAMILIA Y FALLECIMIENTO
MARX Y ENGELS REVOLUCIONARIOS
RESUMEN
EL MANIFIESTO COMUNISTA
EL CAPITAL
EL CAPITAL, EN SÍNTESIS
INTRODUCCIÓN
LA ESENCIA DEL VALOR DE LA MERCANCÍA
LA TEORÍA DEL VALOR TRABAJO
LA FUERZA DE TRABAJO Y SU VALOR
LA TEORÍA DE LA PLUSVALÍA
LEYES DEL DESARROLLO CAPITALISTA
LA TASA DECRECIENTE DE GANANCIA
EMPOBRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN
ACUMULACIÓN DEL CAPITAL
EL MUNDO IDEAL QUE PROPONÍA EL CAPITAL
¿QUÉ ES EL MARXISMO?
¿QUÉ ES EN ESENCIA EL MARXISMO?
VISIÓN ONTOLÓGICA DEL MARXISMO
LA DIALÉCTICA MARXISTA
EL MATERIALISMO HISTÓRICO MARXISTA
LA TEORÍA ECONÓMICA MARXISTA
EL DISIDENTE EDUARD BERNSTEIN
¿HAY DIFERENCIA ENTRE MARXISMO Y LENINISMO?
¿CÓMO SE IMPLANTÓ EL COMUNISMO EN RUSIA?
CAE LA MONARQUÍA ABSOLUTA
CREACIÓN DE LOS SOVIETS
MONARQUÍA CONSTITUCIONAL
LOS PARTIDOS POLÍTICOS RUSOS
PRIMERA GUERRA MUNDIAL: SU IMPACTO
LA SITUACIÓN LABORAL
LA REVOLUCIÓN DE FEBRERO
Caída del zarismo
Primer gobierno provisional
La Asamblea Constituyente
Segundo gobierno provisional
Kerenski, nuevo primer ministro
La Conferencia Estatal en Moscú

El golpe de Estado de Kornilov
Kerenski forma un Directorio
La Conferencia Democrática
Kerenski, quinto gobierno provisional
La Revolución de Octubre
El Comité Militar Revolucionario
LA TOMA DEL PODER POR LENIN
EL NUEVO GOBIERNO DE LOS SOVIETS
LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE
LA DICTADURA Y LA CHEKA
RESUMEN DE FEBRERO 1917 A MARZO 1918
EXPANSIÓN DEL COMUNISMO POR EL MUNDO
1939: EL PACTO ENTRE HITLER Y STALIN
1945: LA CONFERENCIA DE YALTA
1945: LA CONFERENCIA DE POTSDAM
EUROPA DEL ESTE SE HACE COMUNISTA
POLONIA
Las fosas de Katyn
Polonia sola ante la URSS
1945: Gobierno procomunista
Elecciones fraudulentas
HUNGRÍA
1919: Primer intento comunista
Bela Kun, el Stalin húngaro
1946: La democracia aplastada
1948: El comunismo toma el poder
RUMANÍA
1940: Un contexto extremista
1941-1944 Entre dos bandos
1945 Tretas comunistas
1947: Represión y poder absoluto
ALEMANIA DEL ESTE
1945 Coacción y amaño electoral
CHECOSLOVAQUIA
1946: Gana el partido comunista
1948: Golpe de Estado comunista
BULGARIA
1944 Entra el Ejército Rojo
1947: Se ahorca a los disidentes
AUSTRIA

Preparativos para la unión
1938: Unión con Alemania
1943: Austria víctima del nazismo
1944 Ocupación por los aliados
1955: Milagro, Austria neutral
CONCLUSIONES GENERALES
LEVANTAMIENTOS CONTRA EL COMUNISMO
1953: ALEMANIA DEL ESTE
MANIFESTACIONES OBRERAS
TANQUES SOVIÉTICOS
1956 y 1980: POLONIA
1956: KRUSCHOV APERTURISTA
TANQUES CONTRA LA APERTURA
SE LOGRA MAYOR AUTONOMÍA
1980: SOLIDARIDAD, EL SINDICATO
1956 HUNGRÍA
SE PIDE LIBERTAD POLÍTICA
IRA ANTICOMUNISTA
LOS TANQUES APLASTAN LA REBELIÓN
1968: CHECOSLOVAQUIA
SOCIALISMO CON ROSTRO HUMANO
TANQUES SOVIÉTICOS
CONCLUSIONES ANTE LOS LEVANTAMIENTOS
¿POR QUÉ CAYÓ EL COMUNISMO EN LA URSS?
INEFICIENCIA Y DESASTRE ECONÓMICO
INSOPORTABLE OPRESIÓN DE LAS LIBERTADES
KRUSCHOV 1956: EL INFORME SECRETO
LOS SUCESORES DE KRUSCHOV
CONTRASTE CON LA PROSPERIDAD CAPITALISTA
¿POR QUÉ FUE NECESARIO GORBACHOV?
GORBACHOV: SU CAMINO HACIA EL PODER
INFANCIA Y UNIVERSIDAD
CARRERA PROFESIONAL Y POLÍTICA
SUS IDEAS POLÍTICAS Y ECONÓMICAS
¿QUÉ MEDIDAS TOMAR?
REFORMAS QUE APLICÓ CHINA DESDE 1978
GORBACHOV 1985-1987
PERESTROIKA: 1985-1987
Ley de Salarios
Ley sobre la Actividad Laboral Individual

Ley de Empresas Estatales y Mixtas
GLASNOST, 1985-1987
1987. EL LIBRO LA PERESTROIKA
CONCEPTO DE PERESTROIKA
ELOGIO DE LENIN
ELOGIO DE LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE
ELOGIO DEL SOCIALISMO
FALLOS DE LA IDEOLOGÍA SOCIALISTA
MALFUNCIONAMIENTO ECONÓMICO
CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN
EUROPA DEL ESTE SE LIBERA
POLONIA
HUNGRÍA
CHECOSLOVAQUIA
BULGARIA
RUMANÍA
REPÚBLICAS BÁLTICAS
CHINA
MÁS GLASNOST QUE PERESTROIKA
PERESTROIKA: 1988-1991
Dudas y vacilaciones
La economía no despega
El Plan de los 500 días
Gorbachov busca el apoyo del G7
GLASNOST 1988-1991
Primera reforma, diciembre de 1988
Segunda reforma, diciembre de 1989
Tercera reforma, marzo de 1990
Grandes cambios políticos
1991: GOLPE DE ESTADO
CAMINO HACIA EL GOLPE DE ESTADO
EL GOLPE DE ESTADO 1991
LA DIMISIÓN DE GORBACHOV
LA «PERESTROIKA» DE YELTSIN
EXPLOTA EL CONFLICTO
EL PODER ABSOLUTO
VALORACIÓN DE YELTSIN
NECESIDAD DE UNA ALTERNATIVA AL MARXISMO
ALTERNATIVA IDEOLÓGICA
UN ENFOQUE ONTOLÓGÍCO

UNA METODOLOGÍA DE PROGRESO
UN ENFOQUE HISTÓRICO
ALTERNATIVA ECONÓMICA
CONCLUYENDO
Nota final al lector
BIBLIOGRAFÍA
Bibliografía en papel
Sobre el autor

Introducción

La bandera roja fue adoptada por Lenin en 1922 como bandera de la URSS, asumiendo la enseña del partido comunista, la cual encontraba sus raíces en la bandera roja de los movimientos revolucionarios de 1848 y de la Comuna de París de 1871.

El rojo, bonito color, es el color de la pasión, pero también el de la sangre y esta tonalidad es la que ha teñido el camino del comunismo. Más de cien millones de muertos, en aras de una pretendida búsqueda de la justicia social, de la igualdad y de la libertad, que no han logrado.

¿Por qué? ¿Cómo ha podido ocurrir? ¿Ha sido una casualidad? ¿No había otras alternativas?

No cabe negar que la historia de la humanidad ha estado llena de guerras por motivos de poder personal, intereses nacionales, ambiciones económicas y fanatismo religioso. También es innegable que uno de los factores claves de las guerras y de las matanzas del siglo XX y del siglo XXI, ha sido y sigue siendo, el comunismo.

El propósito de este libro es explicar las raíces del comunismo, su proceso de implantación en casi un tercio del territorio mundial y de la población humana, sus consecuencias principales, su caída en la URSS y Europa del Este y su posible alternativa.

Todo deseo de crear libertad, igualdad y fraternidad es positivo. Sin embargo, no todos los caminos son válidos para, presuntamente, alcanzar esos ideales. El siglo XVIII aportó la Declaración de Derechos de Virginia, adoptada el doce de junio de 1776 (Estados

Unidos) y la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, de 26 de agosto de 1789 (Francia). Fueron un punto de partida en conjunto positivo, a pesar del derramamiento de sangre que causaron, en particular la Revolución francesa. Finalmente, casi siglo y medio después, en 1948, dieron lugar a la Declaración Universal de Derechos Humanos.

El reto de la humanidad es llegar a ser una Gran Familia Mundial en armonía, en la que de verdad surja ese Reino de la Libertad al que aludía Marx. Jesús ya anunció que para ello había que nacer de nuevo. Lograrlo requiere aprender de los errores del pasado y, con serenidad y amplitud de miras, definir el horizonte que combine libertad y derechos con responsabilidad y deberes.

Ahora, ya avanzado el siglo XXI, es más fácil hacer un análisis objetivo de la teoría y de la práctica del comunismo, a pesar del peso emocional que ese sistema arrastra. ¿Qué hay detrás de él? ¿Cuáles son sus verdades y sus mentiras? Ayudar a que aflore la verdad es bueno para comunistas y anticomunistas porque la verdad, por definición, es buena, imprescindible para poder llegar a ser auténticos.

Este libro tiene como referencia central a Marx, creador del marxismo, por ello me parece oportuno comenzar recordando una frase del prefacio de su tesis doctoral, en la que cita (y asume) la frase de Epicuro: *No es impío aquel que desprecia a los dioses del vulgo, sino quien se adhiere a la idea que la multitud se forma de los dioses*.

No comparto la primera parte de la frase porque el hecho de despreciar a los dioses, o a los ídolos de los otros, es un ejemplo de irreverencia o impiedad hacia los demás. No me parece que sea el camino para encontrar la verdad.

Sin embargo, comparto su segunda parte, porque es impío adherirse a la idea de la multitud, simplemente porque sea una multitud quien comparta o promueva una idea. La conciencia y la responsabilidad individual es irrenunciable.

El marxismo y su vertiente político social, el comunismo, son totalitarios y obligan a los individuos a compartir la idea oficial y a no discrepar. Si no lo haces, te espera el infierno del terror policial como se ha visto, y se ve, en todos los regímenes comunistas, y hoy desgraciadamente de forma trágica y despiadada, como han

manifestado los videos de YouTube, también en Venezuela.

Es incomprensible, casi misteriosa, la confusión que sigue existiendo sobre el régimen criminal del comunismo, que tuvo y tiene su raíz ideológica en el marxismo. Sorprende también que regímenes comunistas, como Cuba o Venezuela, y el propio pensamiento marxista, sigan gozando de la tolerancia, la comprensión o el aplauso de muchos políticos, profesores e intelectuales, así como de propietarios o comentaristas de los medios de comunicación.

El comunismo es un régimen socioeconómico que se caracteriza por tres pilares esenciales: la aceptación de la violencia para derrocar el orden social existente; la implantación de la dictadura del proletariado, una dictadura de partido único, y la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción y de la economía de mercado.

Su objetivo formal es impulsar una utópica transición desde el capitalismo burgués, pasando por la etapa de socialismo marxista, hacia la meta comunista, que se supone será una especie de reino de los cielos, ateo, en la tierra.

El comunismo ha sido y sigue siendo para muchos un ideal aún no realizado, lo cual atribuyen a que no se ha aplicado de forma correcta la filosofía marxista.

Durante mucho tiempo, tanto para sus partidarios como para sus detractores, fue un sistema que se consideraba eterno, algo que se había establecido para permanecer hasta el final de los tiempos. De hecho, en 1989, el mundo se vio sorprendido por la caída del Muro de Berlín. Nadie o muy pocos lo esperaban. Fue una gran sorpresa.

El comunismo, nacido de la mente revolucionaria de Marx y Engels, logró implantarse en 1917 en la Gran Rusia, que pasó a denominarse Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (
URSS
).

Su primera gran derrota sucedió en España donde, primero, intentó llegar al poder mediante el fracasado golpe de Estado revolucionario marxista de 1934, que dejó mil quinientos muertos. Después, en la trágica Guerra Civil española, de julio de 1936 a abril de 1939, fue derrotado por Franco, que frenó así la deriva revolucionaria comunista que había tomado la república y que se

intensificó a inicios de 1936, al formar un nuevo gobierno, más radical que los anteriores, que amnistió sin más a los golpistas de 1934, y que alcanzó el poder en unas elecciones que hoy muchos expertos consideran fraudulentas.

El apetito expansionista del comunismo no tenía límites. En septiembre de 1939 tras el pacto con Hitler, la URSS invadió y se anexionó casi la mitad de Polonia. Después al terminar la Segunda Guerra Mundial, ante la ingenuidad de las potencias occidentales, promovió el comunismo en los países de Europa del Este.

En 1950, Polonia, Hungría, Estonia, Letonia y Lituania, Bulgaria, Rumania, Checoslovaquia, Alemania Oriental, Albania y Yugoslavia eran dictaduras comunistas. Solo se libró Austria.

Después se expandió por China, Corea del Norte, Cuba, Vietnam, Camboya, Laos, Angola, Mozambique, Etiopía, Congo, Nicaragua, es decir, casi un tercio de la superficie terrestre.

Sin embargo, en 1989, para sorpresa de todos, el comunismo se abrió en la Unión Soviética y, como fichas de dominó, cayeron todos los regímenes comunistas de las naciones de la Europa del Este y poco después el comunismo de la propia Unión Soviética. No sucedió por casualidad, sino porque las raíces filosóficas e ideológicas en que se sustentaba ese sistema estaban podridas.

¿Somos capaces hoy de opinar o hablar con serenidad y objetividad sobre el comunismo? Con frecuencia a todo el que osa criticarlo se le tilda de reaccionario fascista o capitalista y eso disuade a muchos de opinar sobre el tema.

El comunismo fue la referencia progre por excelencia y aún hoy sigue siéndolo para muchos. ¡Oh, la Cuba de Castro! ¡Oh, la boina del Che Guevara! Incluso, en 2005, en la Rumania liberada del comunismo había una discoteca al aire libre, llamada Cuba, con una gran estatua del Che Guevara en su centro. Sin comentarios.

El comunismo se sigue arropando con un aura de cientifismo social progresista, de verdad científica aun victoriosa, o al menos no criticable, en muchos ambientes universitarios e intelectuales.

También se presenta como la quintaesencia de la justicia, frente a todos los empresarios del mundo a los que, por naturaleza, considera explotadores. Aparece como el barco de los oprimidos, la

tabla de salvación del mundo, la utopía del futuro, que se hará realidad cuando se haya entendido y aplicado de verdad el auténtico marxismo.

Los crímenes de sus dictaduras comunistas a pesar de ser mucho mayores en número y más graves en crueldad, que los de las dictaduras de derechas, son silenciados. Muy pocos los denuncian. Igual ocurre con los crímenes de los grupos terroristas de izquierdas que, con éxito o sin él, han intentado implantar dictaduras comunistas. Se les suele considerar como «guerreros de la libertad y la justicia social» y nunca se les relaciona con los campos de concentración y con las salas de tortura.

El Che Guevara no hubiera tolerado la limitación de la libertad y la represión que hay hoy en Cuba. ¿Está Ud. seguro? Fidel Castro proclamó el uno de enero de 1959 el triunfo de la Revolución en Cuba. El Che, actuando como guerrillero en Solivia, murió el 9 de octubre de 1967. En esos ocho años, ¿cuántas veces criticó la dictadura comunista y la intensa represión que había en Cuba?

No nos engañemos. Veamos las palabras, las propuestas, las doctrinas y las realizaciones. Valorémoslas. ¿Son meras afirmaciones emocionales, o cuentan con el apoyo de la razón y de los hechos? A cada lector corresponde llegar a la conclusión que considere correcta.

Rosa Luxemburgo, comunista alemana partidaria de la revolución armada, en su discurso en el Congreso de fundación del Partido Comunista Alemán, el treinta y uno de diciembre de 1918, quince días antes de ser asesinada por las fuerzas gubernamentales, dijo: *Lessing, un revolucionario intelectual de la burguesía, redactó las frases siguientes que me parecen muy interesantes y gozan de mi simpatía: «No sé si es un deber sacrificar la felicidad y la vida en aras de la verdad… Pero si sé que es un deber, cuando se quiere enseñar la verdad, enseñarla toda completa, enseñarla clara y sencillamente, sin misterio, sin retención, sin desconfianza y en toda su fuerza…».*

Comparto plenamente esa frase de Lessing, que Rosa Luxemburgo aplaude. En esa línea este libro pretende aportar ideas

y datos que faciliten la toma de posición de cada uno ante el comunismo. Explicar de forma sencilla, pero a la vez precisa y profunda, qué es el comunismo, sus raíces filosóficas, cómo surgió, cómo ha actuado y actúa. El siglo XXI debe ser el inicio de una era de Luz. La verdad es imprescindible para dejar de lado emotividades y fanatismos y así colaborar a crear una nueva sociedad mundial, responsable y solidaria.

Lector, sea cual sea tu punto de vista actual, no tengas prejuicios. Lee y juzga por ti mismo. Por mi parte, mi obligación es no tener complejos a la hora de abordar estos temas.

EL COMUNISMO O LA MENTIRA PERMANENTE

El comunismo se ha caracterizado siempre por utilizar y asumir la mentira como sistema apoyada en un permanente, numeroso y bien financiado aparato de propaganda, que ha pretendido y pretende blanquear la oscuridad criminal de los regímenes comunistas y del pensamiento marxista.

¿Qué es mentir? Es decir, a sabiendas, algo que no es verdad, con la finalidad de que quien la oye se la crea, de forma que se oculte la realidad total o parcialmente.

¿Qué cabe pensar cuando una persona no quiere que se sepa su nombre? Que tiene algo que ocultar. Pues bien, ¿por qué nunca se han denominado a sí mismos comunistas, los países comunistas?

La Unión Soviética era la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas; Rumania, la República Socialista de Rumania; Checoeslovaquia, la República Socialista de Checoeslovaquia; Vietnam, la República Socialista de Vietnam; Alemania del Este se denominaba la República Democrática Alemana; Hungría, la República Popular de Hungría; Polonia, la República Popular de Polonia; la China de Mao, la República Popular de China; Camboya, la República Popular de Camboya,
etc.

¿Por qué las repúblicas comunistas han preferido calificarse a sí mismas de «socialistas» en lugar de comunistas? La calificación de «socialistas» podría ser coherente porque el socialismo es, según el marxismo, la etapa previa al comunismo. Sin embargo ¿por qué, dentro de su país, denominaban a su partido, que daba soporte a esas dictaduras, Partido Comunista? Así ocurrió en la URSS, Checoeslovaquia, Rumania, Bulgaria, Cuba, Vietnam,
etc.

Lo coherente hubiese sido denominar a sus regímenes Repúblicas Comunistas, pero tal vez eso no daba buena imagen.

En otros países optaron por denominarse «Repúblicas populares». Sin embargo, la realidad era que los ciudadanos rechazaban mayoritariamente al régimen y al partido comunista. ¿A qué tipo de popularidad se referían entonces? ¿A esas elecciones en las que la lista única era apoyada por casi el 100 % de los votantes? Eso pasaba en Bulgaria y por eso hoy se denominan «elecciones búlgaras» a aquellas en las que el candidato recibe la casi totalidad de los votos. ¡Qué casualidad que, en las democracias de verdad, eso no pase nunca!

Por otra parte, basta con mirar los porcentajes de voto que los partidos comunistas obtienen hoy en los países de Europa del Este. Parece que han perdido la «popularidad» que antes tenían. ¿O será que acaso no la tuvieron nunca?

Hubo países que incluso rehuyeron calificar a su partido de comunista. Optaron por darle un calificativo social «Partido de los Trabajadores» en Hungría, o «Partido Obrero» en Polonia. ¿Por qué? Tal vez para dar la ficción de que era el partido de los proletarios, de los desposeídos, de los auténticos representantes del pueblo. Con ello descartaban que los trabajadores, obreros, empleados o funcionarios de sus países pudieran ni siquiera pensar en ser miembros de otros partidos. «Tú eres un trabajador, un obrero, ¿dónde vas a estar mejor representado que en el partido de los Trabajadores, de los Obreros?»

Pero la desvergüenza de la mentira llegaba en algunos casos a límites que cabría calificar de cómicos, si no fuera por la tragedia social que encerraban. ¿Cómo podían tener la caradura los regímenes comunistas de denominarse «Repúblicas democráticas»? Funcionaban en régimen de partido único, sin libertad de expresión, opinión y creación de partidos, y con las cárceles siempre dispuestas para ubicar a nuevos huéspedes. ¿Qué era la democracia para ellos?

La explicación es obvia: los países comunistas querían, y quieren, dar de sí mismos una imagen abierta, moderna, popular. Pretendían presentarse como naciones modelo, amadas por el pueblo, progresistas, llenas de justicia y de igualdad, unas auténticas democracias. Por eso, aparte de fingir que tenían el apoyo de los ciudadanos, se autocalificaban de democráticas o de

populares.

Al mentir en su denominación, los partidos comunistas se veían avalados por la opinión de los pensadores marxistas y en concreto de Engels. El propio Lenin, en su libro «El Estado y la Revolución», recuerda que Engels en el prólogo, fechado el tres de enero de 1894, a sus artículos de la década de 1870, decía respecto al uso de la palabra «comunista» y a la de «socialdemócrata», que *la palabra «socialdemócrata» puede tal vez pasar aunque sigue siendo inadecuada para un partido cuyo programa económico no es un simple programa socialista en general, sino un programa directamente comunista, y cuya meta política final es la superación total del Estado y, por consiguiente, también de la democracia.*

Engels consideraba que era una denominación inadecuada, pero «que podía pasar». El propio Lenin también adoptó la misma línea y decía: *Hoy (a fines del siglo XIX), existe un verdadero Partido, pero su nombre es científicamente inexacto. No importa, «puede pasar»: ¡lo importante es que el Partido se desarrolle, lo que importa es que el Partido no desconozca la inexactitud científica de su nombre y que este no le impida desarrollarse en la dirección certera!*

¿Por qué unos grandes intelectuales como Engels y Lenin decían que el uso de un nombre inexacto puede pasar? Porque creían que el fin justifica los medios y las palabras, los conceptos, se pueden manipular para conseguir el apoyo de los incautos.

También hoy la palabra socialismo se usa impropiamente en vez de socialdemocracia. Wikipedia la define con mucha claridad: «Socialismo es una corriente filosófica política, social y económica que abarca una gama de sistemas socioeconómicos caracterizados por la propiedad social de los medios de producción y la autogestión de empresas por parte de los trabajadores».

Por tanto, el Partido Socialista Obrero Español (
PSOE
) de Felipe González se debería haber llamado Partido Socialdemócrata y no Partido Socialista para ser exacto en su denominación, si bien conviene recordar que bastante hizo Felipe González con forzar, en 1979, al

PSOE
a renunciar a su tradicional ideario marxista.

Hoy, con el presidente Pedro Sánchez, los tiempos han cambiado. Su connivencia y buena relación con partidos marxistas de España y del extranjero (Venezuela, Solivia) es coherente con el calificativo socialista que se encuentra, aún, en la denominación de su partido.

Los regímenes comunistas, bajo la batuta de la
URSS
, mentían descaradamente para engañar al mundo y a los intelectuales, universitarios y trabajadores y en muchos casos lo consiguieron.

Promovieron y apoyaron a Fundaciones y ONG creadas en los países libres en nombre de causas justas tales como la paz, los derechos humanos, la justicia social,
etc.
, para hacer propaganda de los regímenes comunistas y del marxismo.

Tras 1989 y la apertura de muchos archivos de los gobiernos comunistas, se tuvo mucha más información de cómo el comunismo internacional se infiltró, mediante la ayuda financiera, incluso en instituciones y movimientos religiosos, desde donde se dedicaron con intensidad a engañar a jóvenes y mayores.

Denunciaban al «capitalismo feroz» que «oprimía» al mundo y que amenazaba con su desarrollo armamentístico a las democracias «populares» y a todos los países en vías de desarrollo. Aplicaban y aplican, pero al revés, la conocida máxima evangélica: Sabían ver y denunciar la paja, los males menores del capitalismo y de las dictaduras de derechas, pero eran incapaces de reconocer la viga, en sus implacables, opresivas y totalitarias dictaduras comunistas.

En 2015, en una entrevista para la agencia de noticias católica ACI Prensa, el exgeneral de la policía secreta rumana y exagente de la
KGB
, de la cual desertó, Ion Mihai Pacepa, declaró haber participado en la operación secreta que dio origen a la teología de la liberación en 1960, casi una década antes de su nacimiento en América Latina.

Su creación, según Pacepa, fue parte del programa de medidas

activas de la Unión Soviética para la desestabilización de América Latina durante la Guerra Fría. El exagente dio detalles de la creación del movimiento y de su financiación, mencionando a otros organismos, también creados y apoyados por la
KGB
con fines de subversión.

Según sus declaraciones *el movimiento nació en la y tuvo un nombre inventado por ella: Teología de la Liberación y formó parte del supersecreto «Programa de desinformación» aprobado por Aleksandr Shelepin, el presidente de la, y por el miembro del Politburó, Aleksey Kirichenko, quien coordinó las políticas internacionales del Partido Comunista*
KGB
KGB
.

Los regímenes comunistas han sido mentirosos y deliberadamente oscuros. No ya solo para no descubrir sus cartas, durante su proceso de toma antidemocrática del poder, sino también porque la mentira forma parte de su esencia.

Todo era y sigue siendo secreto de Estado y cualquier información que desde dentro se difundiera sobre su realidad económica, social y política podía ser castigada por presunto colaboracionismo con el capitalismo internacional, el cual supuestamente pretende boicotear el desarrollo económico y social de esas repúblicas tan «democráticas» y «populares».

Sus datos estadísticos de producción y, sobre todo, sus datos económicos, eran oscuros y de escasa fiabilidad. En parte eso es inherente a su sistema, ya que los precios de sus productos eran precios determinados por el Estado y no precios definidos por el mercado, por lo que no manifestaban los valores reales que los ciudadanos atribuían a cada mercancía. Pero aparte de ese problema metodológico, sus datos estadísticos eran secretos de Estado.

Tras la caída del muro de Berlín se puso en evidencia que la mentira reinaba en todos los niveles de la producción. Todas las empresas eran propiedad del Estado, en todos los sectores agrícola, industrial y servicios.

¿Cómo no iban a alcanzar los resultados del Plan Quinquenal

que con su inteligencia superior había aprobado el Partido? Todos, directivos y trabajadores de todos los sectores, «cumplían» sus metas productivas. Se fingía que las habían alcanzado y así se protegían unos a otros, ante un posible castigo, envío al destierro, o a campos de trabajos forzados por incumplimiento del Plan.

El recuerdo del terror aplicado por Stalin seguía vivo. Todos aprendieron a decir que, tanto ellos, como los que les suministraban las materias primas o productos intermedios, habían cumplido el plan. Si solo se habían producido cinco mil sillas, en lugar de las diez mil de la cuota establecida, se hacía la ficción de que se vendían las cinco. Después las compraba la propia empresa y se volvían a vender, por tanto, se habían «vendido» diez mil sillas. Los trucos, las mentiras se asumían y así todos habían cumplido.

Nadie quería responsabilizarse de dar datos sobre la escasez de productos, sobre las largas colas para conseguirlos, sobre la productividad de los puestos de trabajo de las empresas, sobre el coste de vida, sobre la satisfacción de los ciudadanos con la realidad económica o social en que vivían. La norma básica y general era clara: ¡Cuando se vive en un paraíso comunista todo funciona bien, no preguntes y no te metas en líos! ¡Hazte del partido y calla!

¿Cómo pudo haber tal nivel de mentira? No nos engañemos. En un país como España, ha sido posible una corrupción institucional, tan grave como la de los
ERE
, en la que todos los niveles de gobierno de la Junta de Andalucía —presidente, consejero de Hacienda, consejero de Trabajo y organizaciones sindicales— han estado involucrados.

Ni siquiera las instituciones controladoras, teóricamente independientes, tales como la Intervención General del Estado y el Tribunal de Cuentas, fueron capaces de denunciar y frenar esa corrupción.

Por tanto, si en un país democrático ha sido posible que se montara una farsa de tal calado, es muy fácil entender el nivel de mentira al que los sistemas totalitarios comunistas pudieron llegar, llegaron y en él se mantienen.

La mentira ha sido y es el gran compañero de viaje de los partidos y de los regímenes comunistas y cuando alguien, como Gorbachov, introduce la *glasnost*, «la transparencia», el sistema se

viene abajo. La mentira, tanto en la gestión de los regímenes comunistas como en su proceso de implantación, ha sido y sigue siendo de uso habitual.

Walter Ulbricht fue el secretario general del partido comunista de la
RDA
, desde 1950 a 1971, y jefe del Estado de la
RDA
, entre 1960 y 1973. En junio de 1961, respondiendo a la periodista Anna Marie Doherr, corresponsal del *Frankfurter Rundschau*, sobre la posible construcción del Muro de Berlín dijo:

> «Según su pregunta, entiendo que hay gente en la Alemania Occidental que desea que movilicemos a los obreros de la capital de la
> RDA
> , para que construyan un muro, ¿es eso? No tengo conocimiento de que exista tal intención, ya que los obreros en la capital están ocupados básicamente con la construcción de viviendas a pleno rendimiento. Nadie tiene la intención de construir un muro».

Palabra de comunista. Apenas dos meses más tarde, el 13 de agosto de 1961, se inició la construcción del Muro de Berlín que estuvo en pie durante casi treinta años.

¿Por qué construyeron los comunistas el muro de Berlín? Entre 1949 y 1961, unos tres millones de personas abandonaron la
RDA
desde Berlín Oriental. Solo en las dos primeras semanas de agosto de 1961 emigraron 47 533 personas. Además, para muchos polacos y checos, Berlín Occidental era la puerta hacia Occidente.

Para evitarlo se levantó un muro de
3,60 m
de altura y cuarenta y cinco kilómetros de largo, que dividía la ciudad de Berlín en dos, mientras que otros ciento quince kilómetros rodeaban su parte oeste, aislándola de la
RDA
.

Como la mentira comunista termina llevando al delirio, en el Bloque del Este se decía que el muro se levantó *para proteger a su población de elementos fascistas que conspiraban para impedir la voluntad popular, de construir un Estado socialista en la Alemania del Este*.

Heinrich Gemcow (1928-2017) un importante intelectual e historiador comunista de la República Democrática Alemana, en su elogiosa biografía de Marx, publicada en 1967, señala que, ante una cierta atenuación de la censura, en 1842, por parte del rey de Prusia, Marx dijo: *La única cura auténtica para la censura sería su abolición*. ¿Cómo es posible que Gemcow alabara esas palabras de Marx y no exigiera que se aplicaran en la
RDA
, en la que él vivió casi toda su vida y en la que tuvo una alta posición? Recordemos también lo que dijo Fidel Castro en su primera visita oficial a Estados Unidos, en abril de 1959: Sé *que están preocupados por si somos comunistas. Pero ya lo he dicho muy claramente: no somos comunistas. Que quede bien claro.*

Por su parte la Venezuela de Chávez, el 15 de diciembre de 1999, pasó a denominarse República *Bolivariana* de Venezuela. Nada de república comunista o socialista. Había que esconder su ideología, que hoy veinte años después es obvia y evidente. Si quieren que hoy en día les digan lo maravilloso que es el régimen de Venezuela y lo contento que tiene a su pueblo, conecten con TELESUR.

Ahora bien, si quieren saber la verdad, vayan a Venezuela o a Cuba, pero cuidado con lo que preguntan y con quien se reúnen, no sea que les hagan la vida imposible o los retengan a gozar del «paraíso comunista» más allá del tiempo que hubieran ustedes previsto.

El comunismo considera la mentira y el engaño instrumentos plenamente justificados para implantarse y mantenerse. Prevé forjar alianzas a las que luego traicionará, ¿cómo no va a mentir en las palabras? *el partido comunista luchará al lado de la burguesía, para que en el instante mismo en que sean derrocadas las clases reaccionarias comience, automáticamente, la lucha contra la burguesía.*

Aplicado al caso de España, un comunista se siente libre de decir a la burguesía progresista, que lucharemos con ellos, contra la dictadura franquista, contra el capitalismo de Trump, contra la codicia de la Unión Europea, contra lo que sea. Por supuesto, no le diremos a la burguesía, que apoyamos a los países comunistas y que el Muro de Berlín nos pareció estupendo. El fin justifica los medios.

PRAVDA, era el periódico del Partido Bolchevique de Moscú, fundado en 1912 ¿Qué significa *PRAVDA* en español? LA VERDAD. Sin comentarios.

LOS CRÍMENES DEL COMUNISMO

El comunismo no es solo un pensamiento político cuyo contenido pueda ser objeto de una mera aproximación intelectual para entenderlo y discutirlo. A estas alturas de la historia no se puede, mal que les pese a los partidos comunistas, separar sus propuestas de sus hechos.

Hoy al hablar del nazismo no cabe limitarse a analizar el libro de Hitler *Mi lucha*, su camino para llegar al poder y las autopistas que construyó. Sería inaceptable dejar de lado el terror y el dolor que crearon sus campos de exterminio y sus acciones militares y políticas para construir la Gran Alemania y dominar a las naciones vecinas.

De la misma forma, el comunismo es inseparable de sus crímenes cometidos para consolidarse como régimen y para extenderse y dominar todos los territorios del mundo.

Mucho se ha escrito al respecto, pero hay y habrá una obra de referencia: *El Libro Negro del Comunismo: Crímenes, Terror y Represión*. Fue coordinado y parcialmente escrito por Stephane Courtois, director del Centro Nacional francés de Investigación Científica (
CNRS
), con la colaboración de profesores universitarios e investigadores europeos.

Se escogió para su publicación una fecha de gran significado, el 6 de noviembre de 1997, para recordar los ochenta años transcurridos desde la infausta Revolución de Octubre de Lenin, que como es conocido, se inició el 7 de noviembre según el calendario gregoriano. Su versión en español se publicó en 1998.

La primera parte, se dedica, como no podía ser de otra manera, a la historia criminal del comunismo en la URSS, patria del comunismo mundial, durante más de setenta años. Ocupa más de un tercio de las casi novecientas páginas del libro.

La segunda parte aborda la acción subversiva, violenta y criminal de la III Internacional comunista, creada por Lenin en 1919, que promovió insurrecciones armadas en Alemania (1921), Estonia (1919 y 1924), Bulgaria (1925).

Ya antes de la III Internacional, Lenin envió entre doscientos y trescientos agitadores a Hungría que colaboraron a implantar una República comunista que duró cuatro meses (de marzo a agosto de 1919) y que causó un intenso terror hasta que el régimen fue derrocado.

La III Internacional no fue más que una organización filial dirigida por el comunismo soviético. En su segundo Congreso (julio-agosto de 1920) había dejado claras sus intenciones: *La Internacional Comunista es el partido internacional de la insurrección y de la dictadura del proletariado*.

En esta segunda parte del libro, hay cuarenta páginas dedicadas a las crueles actuaciones criminales que los agentes soviéticos realizaron, durante la Guerra Civil española (1936-1939) en apoyo, y con la tolerancia, del gobierno republicano.

La tercera parte está dedicada a los crímenes en los países de la Europa del Este, donde el comunismo implantó su dictadura.

La cuarta parte a los países de Asia, China, Camboya, Corea del Norte, Vietnam y Laos.

Y la quinta a América Latina (Cuba, Nicaragua) y África (Etiopía, Angola y Mozambique).

El libro aporta una gran cantidad de datos numéricos y detalles de los crímenes del comunismo. Es una valiosa y ordenada presentación de su realidad histórica en el siglo XX. Hace un análisis muy exhaustivo de lo que ocurrió en muchos países del mundo en sus procesos para implantar la revolución marxista.

Cifra los muertos en cien millones de personas en todo el mundo, desglosados como sigue:

- Sesenta millones en la República Popular China
- Veinte millones en la Unión Soviética
- Dos millones en Corea del Norte
- Dos millones en Camboya
- Cien mil en los regímenes comunistas de Europa oriental
- Cien mil en Latinoamérica
- Treinta mil en África
- Cien mil en España (Represión en la zona republicana durante la Guerra Civil Española)

El libro proporciona también un listado detallado de muchos de los actos criminales descritos en esta obra, tales como:

En la Unión Soviética:

- Fusilamiento de rehenes o personas confinadas en prisión sin juicio y asesinato de obreros y campesinos rebeldes entre 1918 y 1922
- Hambruna de 1922 en tiempo de Lenin
- Liquidación y deportación de los cosacos del Don en 1920
- Campos de concentración del Gulag en el periodo entre 1918 y 1930
- Gran Purga de Stalin (1937-1938)
- Deportación de los kulaks de 1930 a 1932
- Muerte de seis millones de ucranianos durante la hambruna de 1932-1933
- Deportación de personas provenientes de Polonia, Ucrania, Países bálticos, Moldavia y Besarabia entre 1939 y 1941 y luego entre 1944 y 1945
- Deportación de los alemanes del Volga en 1941
- Deportación de los tártaros de Crimea en 1943
- Deportación de los chechenos y de los ingusetios en 1944

Camboya:

- Deportación y exterminio de la población urbana de Camboya

China:

- Destrucción de los tibetanos

Es un libro sólido, histórico, muy bien documentado, que merece tener un lugar en la biblioteca de todos los interesados en conocer bien la historia reciente y en crear un mundo de fraternidad. También es descargable libremente en internet.

Las estimaciones sobre el número de crímenes del comunismo, por parte de diferentes autores, son muy diversas. Las muertes causadas por el régimen de Stalin en la Unión Soviética varían entre ocho millones y medio y cincuenta y un millones; las relativas a la China de Mao oscilan entre diecinueve y medio y setenta y cinco millones.

Los autores del Libro Negro defienden sus estimaciones acerca de la Unión Soviética (veinte millones) y Europa oriental (un millón) y señalan que han utilizado fuentes que no estaban disponibles para investigadores anteriores, en particular materiales desclasificados de los archivos del
KGB
y de otros archivos soviéticos, tras la caída del comunismo en 1991.

No obstante, admiten que las estimaciones acerca de China y otros países, aún dirigidas por regímenes comunistas, son inciertas ya que sus archivos siguen cerrados y las cifras no se han podido contrastar.

En años posteriores, otros autores han ido publicando estimaciones de muertes, progresivamente mayores, causadas por dictaduras comunistas. A ello cabe añadir numerosas biografías de excomunistas que ocuparon puestos clave, que reconocen que se habían equivocado y confiesan algunas de sus actuaciones. También existen narraciones de personas que han vivido en países comunistas y, como las técnicas hoy lo permiten, se emiten grabaciones en YouTube de actuaciones criminales de la policía en esos países.

El Libro Negro levantó críticas de autores procomunistas que argumentaron que:

A. Usa el término «comunismo» para referirse a una amplia variedad de sistemas diferentes
B. No se hizo ningún tipo de comparación con los capitalistas
C. Solo algunos (o incluso ninguno) de los regímenes citados en el libro fueron de hecho «comunistas»

Al argumento A cabe responder que, si bien es cierto que entre el funcionamiento del comunismo en Cuba y en Camboya hubo diferencias, ambos países se consideraban incluidos en el bloque comunista, al igual que todos los restantes. Además, como se resaltará en este libro, hay una unidad ideológica, y de procedimientos, claramente común en todos los países del bloque comunista.

El argumento B es una muestra de la típica demagogia de la izquierda procomunista. Alega que en el Libro Negro no se ha hecho ninguna comparación con los crímenes capitalistas. Sin embargo, ¿por qué no exigen que se comparen los crímenes del nazismo con los del comunismo, que empezaron antes que aquellos? Y aún más directo ¿por qué no condenan los crímenes y la represión que existe hoy en Cuba y en Venezuela? ¿Dónde prefieren vivir, en Europa, en Cuba o en Venezuela? ¿Por qué los comunistas de Occidente no emigran a los países comunistas? ¿Dónde creen que el sistema de justicia ofrece más garantías a los disidentes? ¿Dónde creen que había un mejor nivel económico y de libertades, en España en 1975, a la muerte de Franco, o en los países de la Europa del Este, cuando se liberaron del comunismo en 1989?

El argumento C es especialmente interesante pues sugiere que la ideología común que subyace detrás del comunismo, el marxismo, no se ha implementado aún en ninguna realidad social, y que por tanto no ha habido aún «de hecho» países comunistas. Viene a decir que los regímenes comunistas que se han creado son una caricatura represiva de lo que propugna el marxismo. A ese argumento responde también con detalle este libro al analizar la esencia de la ideología marxista, explicar la meta que propugna, cómo pretende construirla y su coherencia con la historia del comunismo.

Los hechos criminales del comunismo ya fueron denunciados en sus orígenes. En agosto de 1918, el líder de los mencheviques (socialistas moderados no marxistas) Yuri Martov, denunciaba que:

> Desde los primeros días de su llegada al poder y a pesar de haber declarado la abolición de la pena de muerte, los bolcheviques (marxistas leninistas) empezaron a matar.
>
> A matar a los presos de la guerra civil, tal y como hacen los salvajes. A matar a los enemigos que después de la batalla, se habían entregado con la promesa de que se

> respetaría su vida… Cada vez se olvidan más los principios de auténtica humanidad que siempre ha enseñado el socialismo.

No obstante, hasta la caída del comunismo en Europa del Este y en la URSS, Lenin siguió siendo aplaudido como el válido creador del comunismo y no se le hacía reproche alguno. Las críticas quedaban para Hitler y Stalin, pero nunca iban contra Lenin.

El libro *El verdadero Lenin*, publicado en 1994, aporta datos y opiniones de gran valor histórico avalados por la personalidad de su autor y por la posición que ocupó.

El general soviético Dmitri Volkogonov
(1928-1995)
procedía de una familia que había sido víctima de las purgas de Stalin: el padre fusilado en 1937 y su madre enviada a un campo de trabajo, donde murió, durante la Segunda Guerra Mundial.

Volkogonov entró en el ejército en 1945, como huérfano, a los diecisiete años. En 1961 fue a la Academia Político Militar Lenin de Moscú. Fue un comunista convencido, lo que dio lugar a que se le destinara al Departamento de Propaganda del Ejército en 1970, donde llegó a ser director del Departamento de Guerra Psicológica, y encargado de adoctrinar a las tropas en la ortodoxia comunista. Esto le permitió el acceso a archivos reservados del Comité Central del partido, donde encontró informaciones que contradecían la historia oficial soviética y que desvelaban el culto a la personalidad, no solo de Stalin sino también de Lenin.

En 1978 empezó a escribir una biografía de Stalin y la terminó en 1983, pero el Comité Central le prohibió publicarla. En 1985, Gorbachov le nombró director del Instituto Militar donde continuó investigando en los archivos. Allí preparó dos volúmenes con la relación de cuarenta y cinco mil oficiales del Ejército Rojo, que fueron arrestados durante las purgas de los años treinta y de los cuales quince mil fueron fusilados.

En 1988 publicó su libro sobre Stalin lo que le llevó a ser considerado un paria por sus compañeros militares, para muchos de los cuales Stalin seguía siendo un mito.

Además, Volkogonov había mostrado, a otros altos oficiales, un borrador del primer volumen de una serie de diez, en los que

criticaba a Stalin por su forma de dirigir al Ejército en la Segunda Guerra Mundial, y por sus órdenes de ejecución de muchos oficiales.

Esto dio lugar a que, en junio de 1991, el Instituto Militar discutiera y condenara ese trabajo, porque ensuciaba el buen nombre del Ejército, del Partido y del Estado soviético. Por ello, por presiones del ministro de Defensa, Yazov, que poco después participaría en el intento de golpe de Estado contra Gorbachov, Volkogonov dimitió.

Tras el fracaso del golpe de estado, en agosto de 1991, Volkogonov sería recuperado y encargado de supervisar el control y la apertura de los archivos del partido y del Estado. Tres años más tarde, en 1994, publicó «El verdadero Lenin», en el cual denuncia que el comunismo había colocado en un pedestal a Lenin: *Durante decenios el pueblo soviético ha crecido en el mito de la «bondad de Lenin»* y señala que *«las páginas de la historia soviética posteriores a 1924 (muerte de Lenin) están llenas de la consigna "volver a Lenin"».*

Volkogonov señala que el propio Kruschov, a la vez que denunciaba los crímenes de Stalin, en su famoso informe secreto de febrero de 1956, y que veremos más adelante, elogiaba a Lenin diciendo que *Lenin siempre exaltó el poder del pueblo, con Lenin el Comité Central del Partido era la expresión auténtica de la dirección colectiva.*

Sin embargo, Volkogonov reveló que *la idea del sistema de los campos de concentración y las espantosas purgas de los años treinta se han asociado comúnmente a Stalin, pero que el auténtico padre de los campos de concentración soviéticos, de las ejecuciones del terror masivo y de los órganos por encima del Estado, fue Lenin.*

Señala que, durante el verano de 1918, Lenin ordenó *ejercer un terror implacable contra los kulaks, los curas y los guardias blancos, y mantener a todas las personas de poco fiar en un campo de concentración situado en las afueras de la ciudad.*

Para ello había creado la Cheka. *Lenin en persona fue el santo patrono de la Cheka, que no tardó en tener un poder extrajudicial.*

La omnipotente Cheka tenía poder para detener, investigar, dictar sentencias y ejecutarlas. Miles de personas serían abatidas, sin juicio, en sus celdas. Y por si no fuera suficiente, el 14 de mayo de 1921, el Politburó presidido por Lenin, votó una moción que «ampliaba los derechos de la Cheka, referentes a la utilización de la pena de muerte».

Añade Volkogonov que, tras la etapa revolucionaria inicial, la violencia debería haber remitido porque *a mediados de 1922 la Guerra Civil había acabado y Rusia estaba en ruinas. Parecía que finalmente había que poner fin a la crueldad*.

Pero que, sin embargo, *Lenin recomendaba la pena de muerte (conmutable en circunstancias atenuantes por la privación de la libertad o la deportación)… en caso de propaganda o agitación o pertenencia o ayuda a organizaciones, que apoyen a la burguesía internacional que no reconoce al sistema comunista.*

Lenin nunca ocultó su convicción de que solo se podría construir el mundo nuevo con la ayuda de la violencia física. En marzo de 1922 escribió a Kamenev (que fue después ejecutado en la Gran Purga de Stalin en 1936) *diciendo «es el mayor error pensar que la NEP (Nueva Política Económica) acabará con el terror. Volveremos al terror y al terror económico».*

Todas estas afirmaciones del general Volkogonov desmitifican a Lenin que, aunque siga teniendo su mausoleo en la Plaza Roja de Moscú, como si fuese un santo, fue en realidad un auténtico criminal que implantó un modelo de terror y de opresión.

Cabe entender que, para una persona como el general Volkogonov, cuyos padres habían muerto por purgas comunistas, tuvo que ser una auténtica convulsión interior, descubrir que había estado sirviendo al Señor Oscuro, al comunismo, al régimen más despiadado que ha sufrido la humanidad.

Con valentía y dignidad, al darse cuenta de que estaba equivocado, no oculta lo que sus investigaciones en los archivos reservados habían hecho aflorar, y reconoce que el adoctrinamiento comunista le había lavado el cerebro *cómo antiguo estalinista que ha hecho la penosa transición al rechazo total del totalitarismo bolchevique, confieso que en mi cabeza el leninismo fue el último*

bastión que tuve que echar por tierra.

En la medida en que se pueda seguir trabajando en los archivos reservados de los países excomunistas más crímenes se descubrirán. ¡Ojalá se destine a ello la financiación necesaria para que las mentiras comunistas queden al descubierto! No se trata de venganza ni de resentimiento, por muy justificadas que puedan estar esas motivaciones. Lo importante es la verdad para que la historia pueda zanjar definitivamente esas dolorosas páginas de terror y opresión.

¿APLICA EL COMUNISMO LA FILOSOFÍA MARXISTA?

Una de las críticas que le hacían al *Libro Negro del Comunismo* era que achacaba al comunismo crímenes, que habían hecho países que no eran en realidad comunistas, ya que habían aplicado de forma errónea las ideas de Marx.

Parece mentira, que aún hoy, ciento setenta años después de la presentación del Manifiesto Comunista, aún haya quien se plantee si el comunismo aplica o no la filosofía marxista. Se trata de un tema clave al que este libro pretende responder con rotundidad y claridad.

En 1969-1970 viví en Francia, durante un año, haciendo un Máster en Planificación Económica y Desarrollo Rural, en una institución de la
OCDE
.

En aquellos tiempos, hace medio siglo, el mundo intelectual estaba bastante revuelto y parecía que la izquierda marxista iba a arrasar, a pesar de que hacía muy poco, en agosto 1968, los tanques soviéticos habían aplastado la Primavera de Praga y el izquierdismo marxista debería haber escarmentado.

Muchos compañeros de estudios y del entorno eran proclives a la acción revolucionaria marxista, en particular en el ámbito agrario, contra los latifundios en los países en desarrollo. Por ello les pregunté qué era el marxismo. No conseguí que me lo explicaran. Creo que ellos tampoco lo entendían.

La realidad es que, si a un comunista, o a un simpatizante de izquierdas, a un «antifascista» de los muchos que siguen apoyando

al régimen de Cuba, o ahora a Venezuela, se le pide que explique las raíces ideológicas que justifican su apoyo al marxismo, lo más probable es que nos encontremos ante un silencio atronador o ante una confusa palabrería que no ofrece respuesta clara. Fanatismo revolucionario, sí; razones y argumentos, muy pocos o ninguno.

La inmensa mayoría de los comunistas son incapaces de explicar los fundamentos básicos de la filosofía de Marx. Puede, y es mucho presumir, que se hayan leído el *Manifiesto Comunista* de 1848 de Marx y Engels y, tal vez, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* de Engels, pero poco más.

La obra principal de Marx, *El Capital*, no la ha leído casi nadie, y desde luego muy pocos comunistas. Es una obra compleja, rebuscada, muy abundante en palabras. Pero su dificultad no justifica que los comunistas y los izquierdistas marxistas, desconozcan las ideas básicas y los argumentos que Marx expone en ella.

Tienen la responsabilidad de saber por qué apoyan al comunismo, saber si se fundamenta o no el marxismo y por qué lo consideran una alternativa muy superior al capitalismo.

El desconocimiento del marxismo no se limita a los simpatizantes de base. Tampoco, lamentablemente, muchos de los profesores universitarios marxistas son capaces de resumir, de forma clara y precisa, las ideas de *El Capital*. Vivimos en una sociedad libre, pero para serlo de verdad, al menos cada uno debemos saber dónde nos posicionamos y por qué. La humildad socrática es el mejor camino de aprendizaje. Si no sé, pregunto a quien dice que sabe.

Hay una anécdota, atribuida al presidente estadounidense Ronald Reagan, quien, en Arlington, Virginia, el 25 de septiembre de 1987, habría dicho: *¿Cómo distingues a un comunista? Bueno, es alguien que lee a Marx y a Lenin. ¿Y cómo distingues a un anticomunista? Es alguien que entiende a Marx y a Lenin*.

La frase de Reagan es excelente, porque quien de verdad entiende la ideología de Marx y Engels, y es consciente del fracaso de su aplicación en los países comunistas, debería repudiar el marxismo, que es su fuente ideológica, salvo que sea un fanático al igual que lo son aquellos que hoy apoyen al nazismo de Hitler y su libro *Mi lucha*.

Lenin creó el primer régimen comunista del mundo, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, la
URSS
, y dijo que aplicaba el pensamiento de Marx y Engels. Estableció un modelo que adoptaron los siguientes regímenes comunistas que fueron surgiendo. Por tanto, dado que el comunismo se ha implantado en una treintena de países y que siempre en esos países se ha sostenido que su base ideológica es el marxismo, es lógico pensar que el comunismo es la realización de la ideología marxista.

Sin embargo, hay quienes siguen creyendo que los regímenes que construyeron Lenin, Stalin, Mao o Fidel Castro no se adecúan al pensamiento de Marx.

¿Quiénes están en el lado cierto y quiénes en el equivocado, respecto a la conexión entre marxismo y comunismo?

Cabe recordar que ha habido corrientes católicas, como la Teología de la Liberación, nacida en América Latina, que concluyen que el marxismo es válido para defender a los pobres y que es distinto del comunismo.

Asimismo, el general Volkogonov, tan crítico con los crímenes de Stalin y de Lenin, tiene un punto de vista muy curioso respecto a Marx. En su libro *El verdadero Lenin* de 1994, no se atreve a culpar a Marx de todo lo ocurrido y quiere de algún modo excusarlo, aunque como veremos se contradice. Veamos algunas frases de su libro.

> Nos dijeron que el leninismo hubiese hecho posible la destrucción revolucionaria del viejo mundo y la creación, sobre sus ruinas de una civilización nueva y radiante. ¿Cómo? Mediante una dictadura ilimitada. Fue allí donde se cometió el pecado original del marxismo en su versión leninista, aunque para ser justos ello no quiere decir que Marx fuera muy partidario de la idea de la dictadura.

No cabe duda de que aquí Volkogonov reconoce que Marx era partidario de la dictadura, aunque sugiere que poco (Pero ¿qué quiere decir eso de poco? ¿Cómo se sale de una dictadura totalitaria cuando ya se ha instalado?).

Señala también que *Alexander, hermano de Lenin se interesó*

(en la década de 1880) *cuando sus amigos lo introdujeron en los escritos de Marx Engels y Plejanov* (en los que) *el marxismo subrayaba la necesidad de violencia para cambiar las condiciones existentes*.

Aquí Volkogonov deja claro que Marx consideraba necesario el uso de la violencia y que así se interpretaba en la década de 1880. ¿Entonces?

En otra frase, Volkogonov reconoce que la dictadura del proletariado forma parte de las ideas de Marx, aunque insiste en salvarlo diciendo que «había dicho muy poco» sobre ello:

> El pensamiento de Lenin estaba dominado por dos ideas del marxismo, las clases y la lucha de clases y la dictadura del proletariado. Ningún teórico marxista llevó esas ideas tan lejos como Lenin, aunque Marx mismo hubiese dicho muy poco acerca de la dictadura.

A continuación, Volkogonov se pregunta si Lenin se había planteado si la dictadura era compatible con la justicia y la libertad de que hablaba el marxismo:

> Parece que a Lenin nunca se le ocurrió preguntarse si la dictadura del proletariado era compatible con la justicia, que el marxismo atesoraba como idea fundamental. ¿Por qué derecho una clase debía dominar a otra, incondicionalmente? ¿Podía una dictadura tener prioridad sobre el valor de la libertad?

Sin embargo, cabría preguntarle también a Volkogonov, ¿por qué no le hace la misma pregunta a Marx? Señor Marx ¿eran la revolución y la dictadura que usted proponía compatibles con la justicia y la libertad?

Señala Volkogonov que «*para Lenin el marxismo significaba antes que nada la revolución*»; pero ¿y para Marx? ¿Era Marx revolucionario o no?

Después continúa diciendo que *la teoría de la revolución socialista, según Lenin, no dejaba lugar para las instituciones elegidas y representativas, ni para la democracia directa*. ¿Cómo es

posible que Volkogonov no pueda ver que ese era el mismo mundo al que llevaba la ideología de Marx? ¿Acaso no había leído los métodos que Marx preconizaba para transformar la sociedad?

Añade Volkogonov que *Lenin ignoró completamente los aspectos humanitarios de las obras de juventud de Marx*. Este es un argumento muy utilizado, pero ¿qué ideas representan mejor el pensamiento de Marx, las del joven Marx o las del Marx maduro? Marx, como veremos, fue muy religioso cuando tenía diecisiete años, pero ¿acaso cabe tildar a Marx de persona religiosa y de promotor de la religión cristiana?

Siguiendo con su intento de salvar a Marx, Volkogonov escribe que *la sociedad soviética debe a Lenin el haber establecido y dado un papel especial a los órganos represivos. En ello, ni Marx ni Engels dejaron instrucciones sobre el modo de crearlos o sobre su funcionamiento*.

Señor Volkogonov, este argumento es muy pobre. Usted ha reconocido que Marx consideraba necesario el uso de la violencia, la dictadura del proletariado y la represión. Por tanto, cabe suponer que, si ellos hubieran llegado al poder, habrían creado los órganos correspondientes de para ejercerla o ¿acaso piensa
Ud.
que se habrían reservado, solo para ellos, esas reprobables actuaciones?

En suma, ¿cuál puede ser la razón por la cual una persona que, como el general Volkogonov, tras obtener información secreta de los archivos reservados, se ha dado cuenta de la tenebrosa realidad de la sociedad comunista, quiera defender al marxismo y a su autor?

Aún más sorprendente resulta que el coautor y coordinador del *Libro Negro del Comunismo*, Stephane Courtois, sugiera, en el capítulo final, titulado «¿Por qué?» del que fue autor único, que Marx no pretendía impulsar la implantación del comunismo, tal y como ha sucedido.

Courtois se pregunta: *¿Por qué el comunismo moderno, que surge en 1917, se erigió casi de inmediato en una dictadura sangrienta y luego en un régimen criminal? ¿Acaso solo podía alcanzar sus objetivos, gracias a la violencia más extrema?*

Y dice que eso *fue sorprendente porque señalaba una evolución contraria a la del movimiento socialista*. ¿A qué socialismo se refiere Courtois? ¿Al de Bernstein, denostado por Marx y Engels? ¿Al que promovía Rosa Luxemburgo? ¿Al de Lenin?

A continuación, Courtois opta por atenuar o eximir, a Marx y Engels, de la responsabilidad en lo que pasó:

> Esta experiencia inaugural del terror (se refiere al terror de 1793 y posteriores en el siglo XIX) no parece haber inspirado demasiado a los principales pensadores revolucionarios del siglo XIX. El propio Marx le concedió escasa atención: si bien es cierto que subrayó y reivindicó el «papel de la violencia en la Historia», la tenía por una propuesta muy general no orientada a la práctica sistemática y voluntaria de una violencia contra las personas.

Cabe replicar a Courtois que ya en el *Manifiesto Comunista* de 1848, Marx abogó por el uso de la violencia, en el cambio social y que no era desconocedor de lo que había supuesto la época del Terror en Francia en 1793.

Por otra parte, ciertamente no se tiene constancia de que Marx haya escrito un manual específico de «práctica sistemática de la violencia» pero tampoco que lo hayan hecho ni Lenin, ni Stalin ni Hitler, pero quien promueve la violencia revolucionaria tiene que asumir la responsabilidad de los hechos que de ella se deriven.

También dice Courtois que *basándose en la experiencia, desastrosa para el movimiento obrero, de la Comuna de París y de la durísima represión que siguió* (hubo al menos veinte mil muertos) *Marx criticó con firmeza este tipo de acción*.

Parece que Courtois no haya leído bien el libro de Marx *La Guerra Civil en Francia*, escrito en abril-mayo de 1871, inmediatamente después de la derrota de la Comuna, en el que no reprocha, en absoluto, a los revolucionarios de la Comuna por haber tomado ese camino. Lo que hace Marx es lamentar que hayan perdido y critica al gobierno republicano que les había derrotado.

Courtois dice también que *Eduardo Bernstein, uno de los principales teóricos marxistas de finales del siglo XIX y albacea testamentario de Marx (junto con Karl Kautsky), considerando*

que el capitalismo no mostraba indicios del hundimiento anunciado por Marx, preconizó una transición progresiva y pacífica, hacia el socialismo, apoyado en el aprendizaje de la democracia y la libertad por parte de la clase obrera.

Eso es totalmente cierto, pero, señor Courtois, Bernstein no adoptó la línea de Marx. Todo lo contrario, como explicaremos en este libro. Los propios Marx y Engels, conjuntamente, repudiaron duramente a Bernstein por no seguir la línea marxista y se le calificó, y con razón, de revisionista no marxista. Luego, el «marxismo» de Bernstein no era el de Marx.

Alude también Courtois a que *en 1872, Marx expresó la esperanza de que la Revolución pudiera revestir formas pacíficas en Estados Unidos, Inglaterra y Holanda*. Lamentablemente no aporta las frases de Marx al respecto, las cuales, de ser claras y rotundas, serían totalmente contradictorias con las que, en 1879, remitió al Partido Socialdemócrata Alemán, descalificando totalmente la postura moderada de Bernstein.

Añade Courtois que *su amigo y discípulo Friedrich Engels profundizó en esta orientación en su prefacio, a la segunda edición del libro de Marx, La lucha de clases en Francia*.

Este comentario de Courtois tiene una cierta validez puesto que, en ese prólogo, del 6 de marzo de 1895, Engels dice: *¿Quiere decir esto que en el futuro los combates callejeros no vayan a desempeñar ya papel alguno? Nada de eso*.

Pero a la vez Engels también reconoce que, a través del sufragio universal, los obreros han ganado mucho: *En Bélgica, los obreros han arrancado, hace un año, el derecho al sufragio y han vencido en una cuarta parte de los distritos electorales. En Suiza, en Italia, en Dinamarca, hasta en Bulgaria y en Rumania, están los socialistas representados en el parlamento*.

Y añade Engels que *la ironía de la Historia Universal lo pone todo patas arriba. Nosotros, los «revolucionarios», los «elementos subversivos», prosperamos mucho más con los medios legales que con los ilegales*.

Cierto es que estas frases presentan a un Engels totalmente diferente de su tradicional posición y actitud, plenamente

revolucionaria. Nada que ver con su prólogo, escrito apenas cuatro años antes, en 1891, a la primera edición de *La Guerra Civil en Francia*, en el que aplaudía *el terror del filisteo socialdemócrata a la dictadura del proletariado* y le señalaba a la Comuna, como ejemplo de lo que sería «la dictadura del proletariado».

Bienvenidas sean las palabras de Engels, en su prólogo de marzo de 1895. Son un tanto tardías. Llegan apenas cinco meses antes de su muerte, el tres de agosto de 1895, pero lo malo es que son poco creíbles. No vienen acompañadas, ni mucho menos, por una renuncia pública a los tradicionales postulados marxistas favorables a la violencia, tanto de Marx como del propio Engels.

Además, en el prólogo aludido de 1895, Engels también decía que *ya el Manifiesto Comunista había proclamado la lucha por el sufragio universal, por la democracia*. En esta parte del prólogo Engels debía estar delirando. Ni literalmente ni en espíritu aparece en el Manifiesto esa idea. (Si me equivoco que alguien de la Fundación Engels me corrija).

El hecho de que, además de la Teología de la Liberación, dos conocedores de los hechos del comunismo, el general Volkogonov y Stephane Courtois, sugieran apartar a Marx de los crímenes del comunismo es un reto interesante, que hay que profundizar para dejar claro qué dijo y qué no dijo Marx.

A eso hay que añadir que Jean Claude Juncker, presidente de la Comisión Europea, el 5 de mayo de 2018, bicentenario del nacimiento de Marx, aceptó inaugurar en Tréveris (Alemania), su ciudad natal, una imponente estatua de bronce de cinco metros y medio de altura y casi dos toneladas de peso, regalo del Gobierno de China.

Su gesto obviamente es una forma de reconocer a Marx como una persona de valor para la historia. ¿Habría aceptado igualmente inaugurar una estatua de Lenin o de Hitler?

Mi opinión respecto a la Teología de la Liberación es que fue un movimiento que se apoyó en el «buenismo» de personas que lo veían como el único camino para defender a los pobres. Si actualmente, una vez que se ha echado a un lado el Telón de Acero y que se ha visto la realidad que ocultaba, siguen manteniendo la Teología de la Liberación hay que confrontar dialécticamente a sus partidarios, con la verdad teórica y práctica del marxismo y del

comunismo.

Si a pesar de ello insisten, hay que proponerles que vayan a explicar su Teología de la Liberación en las cárceles de Cuba y Venezuela y que nos expliquen sus conclusiones a su regreso.

Respecto a Volkogonov y Courtois, presumo que les afectó el síndrome de Estocolmo. Probablemente les costaba repudiar radicalmente al marxismo, con el que habían vivido o simpatizado.

La actitud de Jean Claude Juncker la interpreto como una manifestación de desconocimiento de la teoría marxista y de su directa implicación en la creación de regímenes comunistas o bien como un ejemplo, demasiado frecuente en política, de tratar de ser «políticamente correcto». A él y a quienes adopten posturas similares hay que confrontarlos con la realidad teórica y práctica del marxismo y del comunismo. No es aceptable que una persona de su posición acuda, con los datos actuales, a inaugurar una estatua a Marx, creador del marxismo.

A quienes compartan los puntos de vista o las actitudes de la Teología de la Liberación, de Volkogonov, de Courtois o de Juncker les propondría una amigable confrontación dialéctica y que refuten las opiniones que vierto en este libro.

Por ello he puesto énfasis en presentar de forma sencilla, pero apoyada en las citas literales, el pensamiento de Marx y Engels. Además, se ha dedicado un apartado especial al «Marx revolucionario»; otro a la «Revolución Francesa» y a la «Comuna de París»; otro al «disidente Eduard Bernstein»; otro a analizar «las diferencias entre Marxismo y Leninismo»; otro a la «Revolución de Octubre y sus secuelas»; otro al «proceso de caída del comunismo», etc.

Se trata, en suma, de intentar clarificar qué es el marxismo y de analizar si tiene, o no, una íntima conexión, en fondo y forma, con el comunismo.

La realidad es que dos decenios después de empezar el siglo XXI, el marxismo sigue obteniendo muchas victorias, y causando mucho dolor, en gran parte por el desconocimiento que de él se tiene. Hay también muchos que creen que el comunismo es cosa del pasado y que no hay que perder tiempo estudiando lo que es el marxismo. A mi entender se equivocan profundamente.

También hay quienes caen en la trampa marxista de confundir lo

social y lo económico, ámbitos que deben enfocarse con armonía pero que son distintos. Por ejemplo, hay quienes asumen sin cuestionar *los precios dignos y los salarios justos*, que no son más que meras falacias marxistas, como también explicaremos con detalle cuando analicemos *El Capital.*

Esta ceremonia de confusión sobre la identidad, o las discrepancias, que puedan existir entre marxismo y comunismo, se ve facilitada por las carencias ideológicas de muchos políticos de la derecha y de la socialdemocracia, lo que hace que carezcan de garra para rebatir al marxismo, columna vertebral del comunismo.

Es sorprendente lo escasos que son, y han sido, los seminarios que hacen un análisis crítico de la realidad comunista y de la falsedad e insostenibilidad de las ideologías y propuestas de acción de sus teóricos claves, Marx, Engels y Lenin.

Este desconocimiento teórico se ve agravado por el sentido de culpabilidad de la derecha y de la socialdemocracia, por ser incapaces de ofrecer una alternativa al marxismo atractiva y sólida, que sepa aunar, en la teoría y en la práctica, el desarrollo económico y la fraternidad social.

Esto lleva, en muchos casos, a que sus hijos, al menos en su juventud, se vean atraídos por alternativas marxistas y comunistas que ni sus padres ni las instituciones saben rebatir con datos teóricos y socioeconómicos. Es natural y bueno que los hijos busquen sus propias convicciones, pero es penoso que, en temas tan trascendentes como el comunismo, los padres y la sociedad no tengan respuestas que ofrecerles para que se puedan formar su propia opinión con mayores datos.

Ante un radical enemigo de la libertad y de la verdad, la mejor defensa es un buen ataque. Desvelar la mentira es el mejor camino para evitar que haga daño. Este es, reitero, el propósito fundamental de este libro.

MARX, RAÍCES FAMILIARES Y ADOLESCENCIA

El marco familiar, ideológico, social, económico y político en el que vivimos influye en el desarrollo de nuestra forma de pensar. Es una conclusión de mero sentido común, que hoy todo el mundo comparte. Por ello vamos a dedicar unos capítulos a exponer aspectos principales del entorno familiar, así como del contexto ideológico, económico y político de la Europa en que Marx vivió.

Karl Heinrich Marx nació el 5 de mayo de 1818 en Tréveris, una de las ciudades más antiguas de Alemania, fundada en el año 16 a. C. y conocida como la segunda Roma. Aún conserva importantes restos de su pasado romano, un anfiteatro, un puente romano y unas termas. También un antiguo templo del siglo IV, en el que se conserva una *Túnica Sagrada*, que según se cree era la que llevaba Jesucristo en su camino al calvario. Curiosamente, en esa segunda Roma, nació el fundador del marxismo, esa ideología que considera que la *religión es el opio del pueblo.*

Su abuelo se llamaba Marx Levi, nombre que luego redujo al de Marx, y fue rabino en Tréveris. Dos de sus hijos, Samuel y Hirschel, estudiaron.

Samuel (1781-1829) se hizo rabino, ocupando el puesto de su padre en Tréveris. Hirschel (1782-1838), padre de Carlos Marx, cursó la carrera de Jurisprudencia y se hizo abogado. Se casó con Henriette Presburg (1788-1863), ambos judíos. Tuvieron cuatro hijos y cinco hijas, siendo Karl el tercero de los nueve. Cinco murieron jóvenes, cuatro de ellos de

tuberculosis. Así, en 1842, cuando Karl Marx tenía veinticuatro años, era el único varón sobreviviente de la familia.

El padre de Marx ejerció la profesión de abogado desde 1814, aunque existía un edicto de Napoleón de 1812, que los franceses no hicieron cumplir, que impedía que los judíos pudieran ocupar puestos legales o en oficinas estatales. Sin embargo, tras la derrota de Napoleón, la región se incorporó al reino de Prusia, el cual aplicó el edicto, lo que causó problemas a Heinrich Marx. Sus colegas, incluido el presidente de la Corte Suprema Provincial, lo defendieron y solicitaron una excepción para él, pero el ministro de Justicia de Prusia la rechazó.

Por ello, en torno a 1818, cambió su nombre Hirschel por uno alemán, Heinrich, y se convirtió a la Iglesia Evangélica de Prusia (luterana) para que se le permitiera ejercer como abogado. Sus hijos se bautizaron en 1824 y su esposa un año más tarde. En 1838, tras la muerte de Heinrich, parece ser que Henriette Presburg regresó al judaismo, si bien, a su muerte en 1863, fue enterrada en el cementerio protestante, después de su funeral en la Iglesia Luterana del Redentor.

Probablemente estas «conversiones», motivadas por interés económico y profesional, para lograr la aceptación social, influyeran en el niño Marx que tal vez pudo, primero, sentirse marginado por ser un cristiano converso y, después, cuando su madre retornó al judaismo, marginado por ser miembro de una familia que había sido apóstata. Todo ello pudo contribuir a su posterior rechazo hacia la religión.

El libro de Richard Payne sobre Marx recoge tres ensayos que Marx escribió, para sus exámenes escolares, ante su proceso de graduación, que tuvo lugar el 24 de septiembre de 1835, cuando Marx tenía poco más de diecisiete años. Uno de ellos «Sobre la unión de los fieles en Cristo» (que no se recoge en *Marxist Internet Archives*, MIA) evidencia que, durante su adolescencia, Marx era claramente cristiano:

> Allí permanece el hombre, el único ser en la naturaleza que no cumple su propósito, el único miembro de la creación que no es digno del Dios que le creó, pero ese Creador benigno no podría odiar su obra: Desea que el hombre se eleve hacia

Él y envió a su Hijo a través de quién proclamó: «ahora ustedes están limpios por la palabra que yo les he hablado» Juan 15:3».

Y añade:

El corazón, la razón, la inteligencia, la historia, todo nos habla con voz fuerte de que la unión con Él es absolutamente necesaria, que sin Él somos incapaces de cumplir nuestra misión…

¿Quién ha expresado la esencia de esta unión de modo más hermoso que Cristo, en la parábola de la vid y los sarmientos?

Del mismo modo, en nuestra unión con Cristo, miramos amorosamente a Dios y sentimos una ardiente gratitud hacia Él y alegremente nos postramos a sus pies. Entonces, cuando por la unión con Cristo ha surgido un sol bello ante nosotros, cuando sentimos consciencia de toda nuestra iniquidad, nos regocijamos al mismo tiempo por nuestra salvación y aprendemos a amar a Dios, que antes nos parecía un Señor ofendido, pero ahora aparece como un Padre misericordioso y un buen maestro.

Este ensayo muestra a un Marx con una fe apasionada y firme en Dios y en la mediación de Cristo. Estos hechos no aparecen en las biografías elaboradas por comunistas, como la de Heinrich Gemcow, en 1967, que prefieren omitirlos.

Otro de sus ensayos tenía por título «Reflexiones de un joven al elegir su profesión», en el que decía:

La naturaleza, en sí misma, ha dado a los animales una esfera de la actividad en la que pueden moverse y cumplir su misión, sin intentar ir más allá de ella, y sin sospechar siquiera que exista otra. Sin embargo, además, Dios le dio al hombre un objetivo universal, a fin de que el hombre y la humanidad puedan ennoblecerse, y le otorgó también el poder de buscar los medios para lograr ese objetivo.

La historia solo considera grandes a los hombres que se han ennoblecido trabajando por el bien común. La

> experiencia demuestra que son más felices quienes han hecho felices a muchos otros. La religión misma nos enseña que el Ser ideal a quien todos se esfuerzan por imitar se sacrificó, por causa de la humanidad, ¿y quién se atrevería a contradecir esa opinión?

Este ensayo sí que se encuentra en *Marxist Internet Archives* (MIA) aunque se sustituye la palabra Dios por el término «deidad» que, para un comunista, es más «políticamente correcto».

Asimismo, donde Marx escribe «Ser Ideal», refiriéndose a Cristo, MIA lo retoca diciendo que *la religión misma nos enseña que el ideal de vida, al que todos se esfuerzan por imitar, se sacrificó por causa de la humanidad*. Este cambio en la traducción parece evitar reconocer que Marx, en esa etapa de su vida, creía profundamente en la persona de Cristo, y lo sustituye por «tener un ideal de vida».

Finalmente, en su certificado de graduación, antes de ir a la Universidad, en el área de Conocimientos Religiosos, sus profesores escribieron la siguiente nota: *Su conocimiento de la fe y moral cristianas está bastante claro y bien fundado. También tiene cierto conocimiento de la historia de la Iglesia cristiana*.

No obstante, poco después, entre sus diecisiete y diecinueve años algo cambió radicalmente su actitud ante la religión y lo divino, lo cual se pone de manifiesto en unas poesías muy extrañas, que se pueden descargar de *Marxist Internet Archives*.

En su poema «Invocación de un Desesperado» escribió:

Pues un dios me ha arrebatado todo,
en la maldición y tormento del destino.
Todos sus mundos se han ido irrevocablemente.
Solamente me resta la venganza.

Construiré mi trono en las alturas.
En una cumbre inmensa y fría.
Por baluarte - supersticioso espanto.
Por alguacil - la más negra agonía.

En su poesía «La Doncella Pálida», escribe:

He perdido el Cielo. Lo sé muy bien.
Mi alma, otrora fiel a Dios,

está seleccionada para el infierno.

Igualmente, en su poema «El violinista» escribió:

Los vapores infernales suben y llenan la mente
Hasta que enloquezco y mi corazón está trastornado
¿Ves esta espada?
El Príncipe de las Tinieblas me la vendió.
Para mí marca el compás, da las señales.
Cada vez con más osadía,
toco el baile de la muerte.

Violinista, con desprecio te desgarras el corazón.
Un Dios radiante te prestó tu arte,
Para deslumbrar con ondas de melodía,
Volar hacia la danza de las estrellas en el cielo.
Me sumerjo, me sumerjo sin fallar
Mi sable negro sangre en tu alma.
Que Dios no quiere ni quiere,
Salta al cerebro desde las nieblas negras del infierno.
Hasta que el corazón esté hechizado,
hasta que los sentidos se tambaleen:
Con Satanás he llegado a un acuerdo.
Él marca los signos, marca el tiempo para mí
Toco la marcha de la muerte rápida y gratis.

En una carta a su padre, de fecha 10 de noviembre de 1837, cuando Marx tenía casi veinte años, hay también una frase suya extraña que parece indicar que Marx estaba experimentando cambios, aunque no deja claro en qué dirección: *Una cortina cayó, mi más sagrado de los sagrados quedó hecho pedazos y nuevos dioses tuvieron que ponerse en su lugar. (…)*.

Algunos investigadores consideran que detrás de Marx y del comunismo y de sus líderes hay algo demoníaco. Algo parecido se sugirió también respecto al interés de Hitler por el ocultismo. Se trata de tesis no compartidas y asumidas por los estudiosos del marxismo o del nazismo. Pero ahí están.

Richard Wurmbrand, fue un pastor luterano rumano de origen judío, torturado por sus creencias cristianas y por su lucha por la libertad religiosa. Pasó catorce años en prisiones comunistas. En su libro «Marx, el desconocido», que también es descargable de

internet, insiste en el carácter satánico de Marx, de muchos de sus mentores y colaboradores, y considera que el *comunismo es una posesión demoníaca colectiva… que genera horribles resultados en las almas y las vidas de mucha gente*.

No obstante, reconoce que «*las evidencias que presenta* (en su libro) *son sólo circunstanciales*» y que él no proclama *haber aportado evidencia indiscutible, de que Marx era miembro de una secta de adoradores de Satanás, pero creo que hay suficientes pruebas que apoyan esta idea.*

La realidad es que la actitud de Marx ante la religión y ante lo sagrado, experimentó un cambio profundo, en sus primeros años de Universidad, sustituyéndolo por un rechazo a *un dios que se lo ha arrebatado todo y ante el cual solo le resta la venganza*, un reconocimiento de que ha *perdido el Cielo* y que su alma «*otrora fiel a Dios, está seleccionada para el infierno* y con específicas alusiones al *Príncipe de las Tinieblas*» y a *Satanás con el que ha llegado a un acuerdo.*

Más tarde aparecerá un Marx intelectual, muy crítico con la religión a la que calificará de «opio del pueblo» y la considerará una mera superestructura, una mera ficción o fantasía, cuya función era justificar y mantener el sistema opresor, a lo largo de la historia. Primero con la monarquía, luego con el feudalismo y, finalmente, con el capitalismo.

La religión para Marx será algo ficticio, sin fundamento real, creado con la finalidad de justificar la opresión del capitalismo. En consecuencia, la religión se eliminará durante el proceso revolucionario.

MARX, SU ENTORNO FILOSÓFICO

El contexto influye en la construcción de la visión que cada persona tiene del mundo. Veamos aspectos básicos del entorno ideológico y filosófico que rodeó a Marx.

Ideológicamente, estaban, por un lado, la religión y la monarquía como ejes de la línea conservadora y, por otro la línea revolucionaria agnóstica y antimonárquica. Ambas habían entrado en conflicto directo, en Europa, desde la Revolución Francesa de 1789.

En el plano filosófico destacaba, sin duda alguna, Hegel que ofrecía una visión muy innovadora y a la vez tranquilizadora ante los procesos de cambio. De su lectura surgieron dos enfoques. Por un lado, el Hegel conservador reformista y, por otro los Jóvenes Hegelianos, que hacían una lectura revolucionaria de su pensamiento.

HEGEL

Georg Hegel (1770-1831) fue el filósofo alemán más aclamado en su época. Consideraba que la naturaleza última de la realidad era Dios, el Espíritu Absoluto. Sin embargo, frente al enfoque tradicional, Hegel no considera a Dios un ser inmutable sino un ser que necesita manifestarse en el mundo, para perfeccionarse a sí mismo, a través del proceso de creación y progreso del mundo.

Dios sería como un gran intelectual, que procura autoconocerse para auto realizarse. Para lograrlo, Dios culmina su creación con un ser pensante y razonador, el hombre, a través del cual el Absoluto puede llegar a conocerse a sí mismo plenamente.

Georg Hegel, retrato de Jakob Schlesinger (1831)

Hegel con este enfoque introdujo el concepto de alienación. Es decir, es el propio Dios el que se hace ajeno a sí mismo al sumergirse en la materia.

Curiosamente su pensamiento recuerda a la doctrina esotérica de los Rosacruces (*Concepto Rosacruz del Cosmos*, Max Heindel) que

presenta a un Ser que va plasmándose, desde los planos más elevados hacia los más densos, más materiales y que, desde allí, vuelve a subir para llegar de nuevo a lo más elevado, tras haber vivido las experiencias del camino recorrido.

Según Hegel, la historia es el camino que ha recorrido la sociedad humana para salir de la alienación, para redescubrir al Ser Absoluto que tiene dentro de ella, y llegar a un estadio superior de comprensión y racionalidad.

Ha pasado por distintas etapas, de la sociedad primitiva a la sociedad esclavista, de esta a la monárquica, de esta a la burocracia y, según Hegel, concluiría en el Estado Racional, el Estado de Derecho que sería la meta de la historia humana que llevaría al hombre a la Libertad.

La historia del siglo XIX estaría a punto de alcanzar ese Estado Racional, que sería el que ofrecería y garantizaría esa Libertad real. Así se lograría el fin de la alienación del ser humano y del propio Ser Absoluto. El Estado prusiano sería, según Hegel, el modelo de sociedad que llevaría al logro de esa meta ideal.

El proceso de desarrollo se realiza a través de la dialéctica, que presupone que, durante el proceso de auto reconocimiento, se formula una tesis explicativa de la situación, ante la cual surge una antítesis, que aporta nuevos enfoques complementarios. De ese diálogo, de esa interacción entre tesis y antítesis, surge una síntesis o explicación más completa.

Posteriormente esa síntesis se asumiría como una nueva tesis, ante la cual aparecería una nueva antítesis y, de la relación entre ambas, una nueva síntesis a un nivel superior y así sucesivamente.

La conocida frase de Hegel *lo racional es real y lo real es racional* refleja el método dialéctico de progreso y desarrollo que consiste en la interacción entre las dos partes de la frase que, aparentemente, parecen contradictorias.

La frase dio lugar a dos líneas de pensamiento. Una, de derechas, *lo real es racional*, que enfatizaba que todo lo que existe se debe a que es racional que exista y que tiene un porqué, que lo hace mantenerse. Otra, de izquierdas, lo *racional es real,* que consideraba que había otros enfoques posibles más racionales, que debían ser tomados en consideración para llegar a hacerlos realidad, y construir así una sociedad más auténtica, más real.

Lo cierto es que la frase de Hegel, incluyendo ambas partes, *lo racional es real y lo real es racional*, es más completa que cada una de ellas por separado, pues promueve la reforma: hagamos que lo racional llegue a ser real, pero de forma serena, ya que lo real, lo que vemos, existe porque hay razones para ello. Por tanto, no nos precipitemos, optemos por un cambio basado en un proceso de reforma gradual y no por la ruptura radical con lo que existe, ya que puede llevarnos a la tragedia.

LOS JÓVENES HEGELIANOS

Marx, durante su estancia en las Universidades de Bonn y Berlín, tuvo contactos con pensadores que tuvieron gran influencia en el desarrollo de su propia visión del mundo. En particular, con los «Jóvenes Hegelianos», como así se denominaban los que se alineaban en el lado izquierdista, que se reunían en el llamado «Club de los Doctores».

Aplicaban la dialéctica hegeliana a la realidad presente, entendiéndola como un momento superable por una racionalidad mayor.

Hasta 1839 el horizonte crítico de los jóvenes hegelianos estuvo dominado por discusiones extremadamente complejas sobre materias teológicas. El punto central de las críticas consistía en considerar que la religión, en general, y el cristianismo, en particular, eran un producto histórico de la evolución del hombre que está destinado a ser superado por formas más altas de autoconciencia humana y que, en su forma actual, eran un factor de alienación y no de progreso.

El gobierno de Prusia consideró inaceptable la crítica de los Jóvenes Hegelianos porque concluían diciendo que el momento histórico había llegado, que la religión estaba obsoleta y que tenía que perder su rol, como soporte fundamental y oficial del Estado prusiano.

Como veremos más adelante todos ellos tuvieron un impacto importante en la evolución del pensamiento de Marx. Veamos algunos de los rasgos principales de cada uno de esos Jóvenes Hegelianos.

David Strauss

David Strauss (1808-1874) publicó, en 1835, su libro *La vida de Jesús* en el cual rechazó los milagros que narran los Evangelios, si bien no atribuyó a los evangelistas una intención de falsear los hechos, sino simplemente que, al no haber sido testigos, escribieron y transmitieron un conjunto de mitos que habían dado por ciertos, como hechos reales.

David Strauss, retrato anónimo (1903)

Además, Strauss cuestionó que Jesús fuera una persona única y, como tal, Hijo de Dios, señalando que el verdadero Dios-hombre no era un individuo, sino la humanidad en su conjunto, como especie.

Dio así un mazazo directo a la religión cristiana al considerar a Cristo como una personalidad histórica corriente, cuyo carácter sobrenatural era producto del mito. Como consecuencia de sus ideas fue expulsado de su puesto como profesor en la Universidad de Tubinga.

Posteriormente en 1865 publicó *El Cristo de la creencia y el Jesús de la Historia*, diferenciando los dos lados que veía en la figura de Jesús, el mítico, objeto de creencia, y el histórico, borroso y secundario.

Según Strauss las míticas enseñanzas de Jesús habrían sido aprovechadas por las clases dominantes, con el fin de manipular y oprimir a los pueblos, prometiéndoles una recompensa después de la muerte si no se rebelaban contra el orden establecido por los ricos.

Una anécdota personal: tuve amistad con Gonzalo Puente Ojea (1924-2017),
diplomático, embajador ante la Santa Sede y uno de los más reputados ateos españoles, que publicó, en 1991, *El Evangelio de Marcos*, poniéndole como subtítulo exactamente el título del libro de Strauss («Del Cristo de la fe al Jesús de la historia»).

En el año 2000 presentó, en el Ateneo de Madrid, su libro *El mito del alma*. Varias personas, desde el auditorio, pidieron la palabra e hicieron intervenciones muy elogiosas sobre los contenidos del libro.

Pedí también la palabra y cuestioné, respetuosa y racionalmente, su punto de vista ateo lo cual despertó murmullos entre el público, muy partidario de Puente Ojea, impidiéndome hablar.

Entonces él, que había presentado también en el Ateneo, un libro mío sobre tema religioso pidió al auditorio que respetaran mi turno de palabra y elogió mi capacidad para debatir con racionalidad el tema del ateísmo. Fue un gesto valiente y amistoso suyo que ahora en este libro aprovecho para reconocer.

La libertad de expresión no es negociable. Lamentablemente el comunismo, como veremos con detalle, no la permite. En otros momentos de la historia de España mucho me temo que, en el Ateneo, no se me hubiese permitido seguir con mi comentario respetuoso pero crítico.

Bruno Bauer

Bruno Bauer (1809-1882) Fue la figura dominante entre los jóvenes hegelianos de Berlín. Había estudiado Filosofía, con Hegel, y Teología. En 1834 empezó a enseñar como profesor en la Universidad de Berlín. En 1838 publicó su *Presentación crítica de la religión del Antiguo Testamento*, la cual muestra que, en esa fecha, seguía fiel a la derecha hegeliana y que era crítico con Strauss. En 1839 se trasladó a la Universidad de Bonn.

Sin embargo, poco después cambió radicalmente su pensamiento en dos trabajos: *Crítica Histórica del evangelio de Juan* (1840) y *Crítica Histórica de los Evangelios Sinópticos* (1841). En ellos fue más lejos que Strauss, al decir que Jesús no era una figura histórica real que había sido mitificada, sino que los textos evangélicos eran meras ficciones y que la personalidad de Jesús era una mera invención.

Bruno Bauer, retrato anónimo (siglo XIX)

Pasó entonces a cuestionar el papel social de la religión, y criticó el papel alienante que ejercía sobre los individuos, al reducir su capacidad de pensar por sí mismos, pues coartaba su libertad de opinar. Propugnó que la religión fuera un asunto privado, totalmente independiente del Estado para evitar la coacción de las religiones «oficiales» pero también el peso de las restantes

religiones.

Por todo ello, el gobierno presionó a la Universidad de Bonn y, el 29 de marzo de 1842, Bauer fue expulsado de su puesto como profesor de Teología de esa Universidad. En 1848, Bauer salió de la ciudad y se fue a vivir al campo de Rixdorf, cerca de Berlín, mientras trabajaba en la tienda de tabaco de su familia. Allí escribió intensamente hasta su muerte.

Ludwig Feuerbach

Ludwig Feuerbach (1804-1872) cursó estudios de teología protestante dedicándose posteriormente a la filosofía, tras seguir los cursos de Hegel. A los veinticuatro años llegó a ser años docente de filosofía en Erlangen.

Ludwig Feuerbach, fotografía anónima (siglo XIX)

La promoción al profesorado se le hizo casi imposible por su obra *Pensamientos sobre la muerte y la inmortalidad* (1830), en la que negaba la inmortalidad, por lo que se retiró de la universidad, en 1832, para dedicarse a la literatura.

En 1841 publicó su libro *La esencia del cristianismo*, un libro realmente complicado e intenso, a la vez teológico y antropológico,

que concluye diciendo que *el ser divino no es más que el ser humano* y que *la conciencia de Dios es la conciencia que tiene el hombre de sí mismo; el conocimiento de Dios es el conocimiento que tiene el hombre de sí mismo*. Es decir, no es Dios el que ha creado al hombre, sino el hombre quien ha creado a Dios.

Por tanto, Dios es una mera construcción mental, no un ser real, todas *las propiedades atribuidas a Dios son las propiedades del propio hombre, pero arrancadas de él, representadas como autónomas, personificadas en Dios*.

Dios no nos hizo a su propia imagen, sino que nosotros lo hacemos a la nuestra, por lo que la teología en realidad es un asunto de antropología.

Por tanto, el origen de la religión es una mentira, construida por el propio hombre, de la que debe desprenderse para superar su alienación. En primer lugar, porque Dios es una invención del hombre y, en segundo lugar, porque ese mundo inventado, la religión, se vuelve contra el hombre mismo, ya que, al centrar su preocupación en lo sobrenatural, pierde capacidad para ocuparse del único ámbito, el mundo real, en donde le es posible el perfeccionamiento.

Dado que el espíritu humano es un producto de la materia y que Dios no es otra cosa que una creación del espíritu humano, el ateísmo sería la vía correcta, porque afirma que la mera materia es la esencia de todo y que Dios no existe.

No obstante, enfatiza el valor y el papel del amor en la vida humana y su proyección en la sociedad, lo cual será muy criticado por Marx.

Moses Hess

Moses Hess (1812 - 1875). Nació en Bonn que estaba bajo el dominio francés en ese momento. Su padre era un rabino, pero nunca ejerció esta profesión. Hess recibió, de su abuelo, educación religiosa judía. Más tarde estudió filosofía en la Universidad de Bonn, pero nunca se graduó.

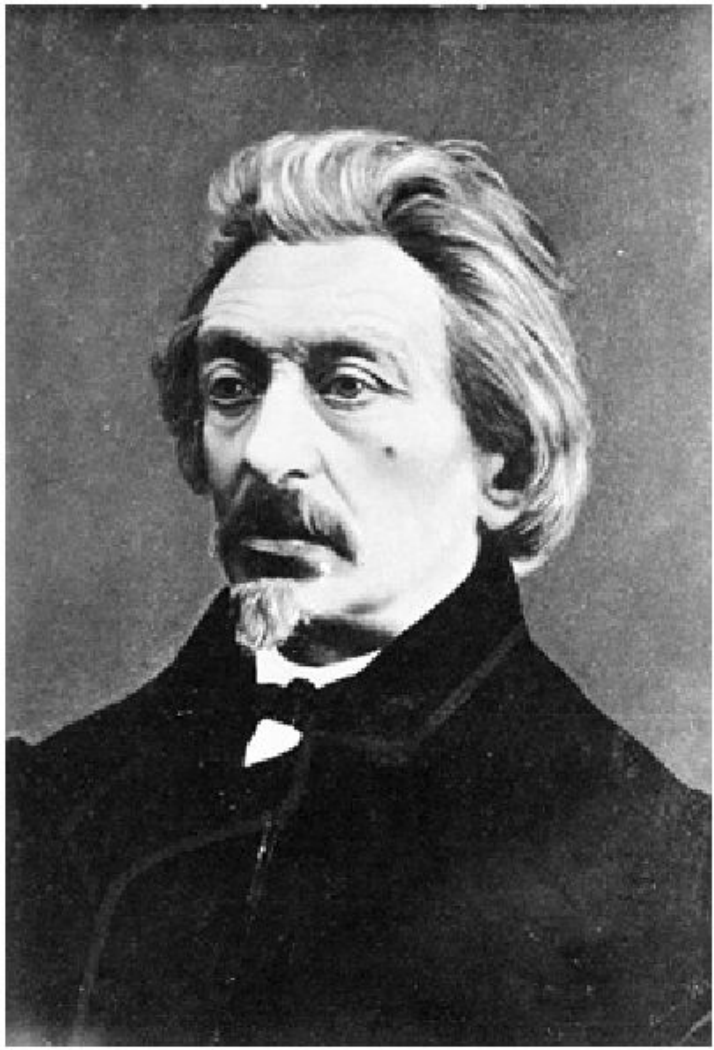
Fue un discípulo entusiasta de Feuerbach y elaboró la doctrina del comunismo filosófico, como una extensión del humanismo de

Feuerbach, si bien resaltando que la actividad productiva es el atributo esencial de la especie humana.

Se casó con una costurera católica pobre, Sibylle Pesch, *con el fin de reparar la injusticia cometida por la sociedad*. A pesar de que se mantuvo felizmente casada, hasta la muerte de Hess, Sibylle parece ser que tuvo un romance con Friedrich Engels, mientras que este la estaba llevando desde Bélgica a Francia, para que se reuniera con su marido. El incidente pudo haber sido la causa, posteriormente, de la ruptura de Hess con el movimiento comunista.

Vivió en París, desde donde fue corresponsal de la *Gaceta del Rin*, periódico radical, fundado por empresarios liberales renanos.

Fue uno de los fundadores, en 1836, de la «Liga de los Justos» junto con artesanos e intelectuales alemanes revolucionarios y progresistas, huidos a París para evitar la persecución del conservador gobierno prusiano. La Liga tenía como aspiración *la redención de la humanidad y establecer iguales derechos e iguales deberes para todos y cada uno*. También un lema muy significativo: *Todos los hombres son hermanos.*



Moses Hess, retrato de un fotógrafo alemán (siglo XIX)

Hess estudió exhaustivamente la literatura socialista y comunista. En particular se sintió impresionado por el libro del francés Josef Proudhon *¿Qué es la propiedad?*, publicado en 1840, en el cual Proudhon se anticipó a Marx en llamar a la relación capital trabajo una *explotación del hombre por el hombre.* Sostuvo que *la propiedad es un robo* y censuró el derecho de los

propietarios de bienes de capital a utilizar el trabajo de otros para aumentar su propia riqueza.

Hess, antes del traslado de Marx a París, en el otoño de 1843, fue el principal vínculo entre Marx y Engels y los comunistas y socialistas franceses. Tenía una gran admiración por Marx. En una carta que envió al poeta y escritor Berthold Auerbach, en el verano de 1841, le manifestaba el enorme influjo que ya ejercía el joven Marx en su entorno:

> Puedes prepararte para conocer al más grande, quizás al único verdadero filósofo viviente, quien pronto, dondequiera que aparezca (en letra impresa o en el estrado de la cátedra), atraerá hacia sí las miradas de Alemania.
>
> El doctor Marx —tal es el apellido de mi ídolo— es todavía muy joven (cuando mucho tendrá unos veinticuatro años), pero asestará el golpe definitivo a la religión y a la política de la Edad Media. Disponte a conocer al mayor, quizás el único filósofo genuino vivo. Imagínate a Rousseau, Voltaire, Holbach, Lessing, Heine y Hegel reunidos en una sola persona —digo reunidos, no amontonados— y tendrás al Dr.
> Marx.

Fue amigo y colaborador de Karl Marx y de Friedrich Engels. A mediados de la década de 1840, facilitó con su intermediación su acercamiento a la Liga de los Justos.

Marx y Engels habían fundado, a principios de 1846, el Comité Comunista de Correspondencia, el cual, en junio de 1847, celebró en Londres un congreso en el que se aprobó la integración del Comité en la Liga de los Justos y el cambio del nombre de esta, que pasó a llamarse Liga Comunista. Allí se cambió el lema «Todos los hombres son hermanos» por «¡Proletarios de todos los países, uníos!».

En 1848, Hess se separó de Marx, quien le criticaba por ser un socialista pequeño burgués, y se unió posteriormente al Partido de Lasalle, firme promotor de la mejora de la vida de los obreros, pero contrario a la lucha de clases.

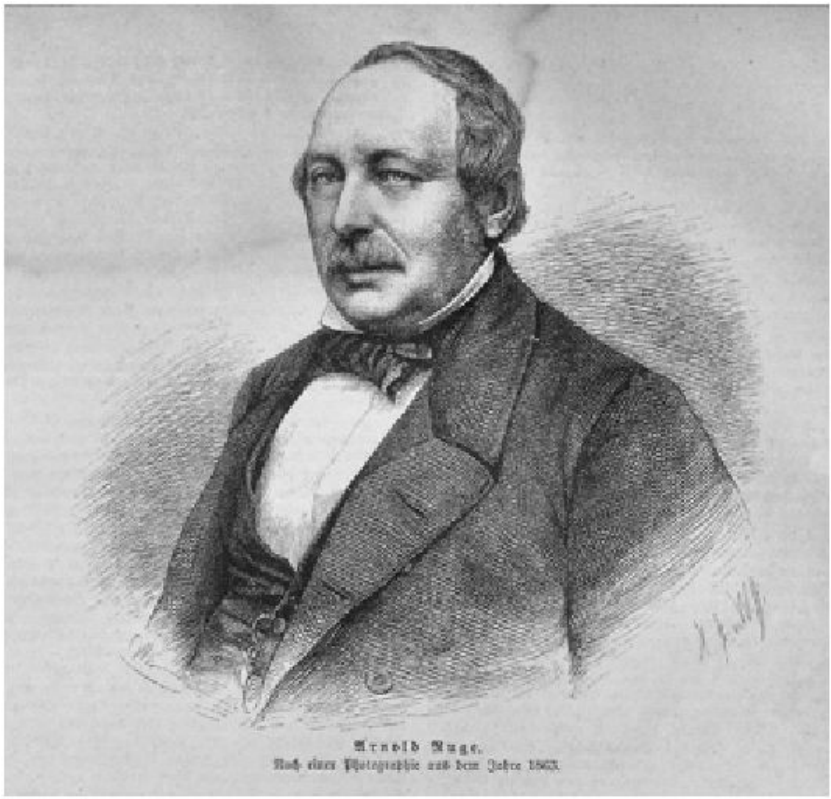
Hess era reacio a basar toda la historia en las causas económicas y en la lucha de clases. En su libro *Roma y Jerusalén* (1862),

consideró que la lucha entre razas o nacionalidades, no la lucha de clases, era el principal motor de la historia.

De 1861 a 1863 vivió en Alemania, donde sufrió la creciente ola de antisemitismo. En el libro antes citado, pidió el establecimiento de una comunidad socialista judía en Palestina, en línea con los emergentes movimientos nacionales en Europa, como la única manera de responder al antisemitismo y de afirmar, a la vez, la identidad judía en el mundo moderno.

Arnold Ruge

Arnold Ruge (1802-1880), dieciséis años mayor que Marx, fue uno de los jóvenes hegelianos. Sus actitudes revolucionarias le hicieron pasar seis años
(1824-1830)
en una cárcel prusiana. En 1837 fundó los «Anales de Halle», como órgano de los Jóvenes Hegelianos.



Arnold Ruge, según una fotografía (1863)

Ruge compartía la visión de la historia de Hegel, como camino hacia la realización de la libertad. Sin embargo, le criticaba porque Hegel consideraba que la historia llegaba a su culminación y no dejaba la puerta abierta a novedades posteriores.

Su compromiso personal con el cambio social fue firme. Políticamente aspiraba a que se estableciese una república democrática burguesa socialdemócrata.

Ofreció a Marx colaborar y dirigir los *Anales Francoalemanes* que se distribuirían en Alemania y Francia. De ellos solo se publicó el primer número, cuyos ejemplares fueron confiscados por el gobierno prusiano. Tuvo desavenencias con Marx, tanto por el contenido de ese primer número como ideológicas.

Llegó a ser diputado, pero sus frecuentes ausencias del

parlamento de Frankfurt dieron lugar a que, en noviembre de 1848, perdiera su acta. Apoyó las revueltas alemanas de mayo de 1849 y tras el fracaso del levantamiento, huyó a Brighton, en el sur de Gran Bretaña.

A partir de ese momento fue poco activo en la vida política, si bien en sus últimos años apoyó a Bismarck. Su característica principal fue la de ser una persona comprometida y de acción.

LOS SOCIALISMOS UTÓPICOS

Engels en su libro *Del socialismo utópico al socialismo científico* alude a tres socialismos utópicos, que se solaparon con su época, en particular al de Owen. Reconoce que los *conceptos de los utopistas han dominado durante mucho tiempo las ideas socialistas del siglo XIX, y en parte aún las siguen dominando hoy*.

Engels los valora positivamente como ejemplos de buenas intenciones y, a la vez, los toma como referencia, para afirmar que *el socialismo anterior criticaba el modo capitalista de producción, pero no acertaba a explicarlo, ni podía, por tanto, destruirlo ideológicamente*.

Criticaba a los socialistas utópicos por no haber descubierto la raíz del problema, la cual:

> … se puso de manifiesto con el descubrimiento de la plusvalía. Descubrimiento que vino a revelar que el régimen capitalista de producción y la explotación del obrero, que de él se deriva, tenían por forma fundamental la apropiación de trabajo no retribuido; que el capitalista, aun cuando compra la fuerza de trabajo de su obrero por el valor que representa como mercancía en el mercado, saca siempre de ella más valor que lo que le paga y que esta plusvalía es, en última instancia, la suma de valor de donde proviene la masa, cada vez mayor, del capital, acumulada en manos de las clases poseedoras.

Engels subrayó que, a diferencia de los socialistas utópicos, *las últimas causas de los cambios sociales no deben buscarse en la cabeza de los hombres, ni en la idea que ellos se forjan de la verdad eterna y de la eterna justicia sino en las transformaciones realizadas en el modo de producción y de cambio*.

Engels decía que el cambio auténtico solo se da cuando *el proletariado toma en sus manos el poder del Estado y convierte los medios de producción en propiedad del Estado*.

A partir de ese momento, se sucederán cosas maravillosas, pues Engels, en su libro *Del socialismo utópico al socialismo científico*, formula unas profecías poéticas y entusiastas:

> El gobierno sobre las personas es sustituido por la administración de las cosas y por la dirección de los procesos de producción.
>
> … acaba también con el derroche y la asolación de fuerzas productivas y de productos.
>
> La anarquía reinante en el seno de la producción social deja el puesto a una organización armónica, proporcional y consciente. Cesa la lucha por la existencia individual y con ello, en cierto sentido, el hombre sale definitivamente del reino animal y se sobrepone a las condiciones animales de existencia, para someterse a condiciones de vida verdaderamente humanas.
>
> Las condiciones de vida que rodean al hombre y que hasta ahora le dominaban, se colocan, a partir de este instante, bajo su dominio y su control, y el hombre, al convertirse en dueño y señor de sus propias relaciones sociales, se convierte por primera vez en señor consciente y efectivo de la naturaleza.
>
> Es el salto de la humanidad del reino de la necesidad al reino de la libertad.

Bonitas palabras. ¡Lástima que como profeta fue un fracaso! ¡Ninguna de ellas se hizo realidad! ¡Ni en el primer experimento marxista que tuvo lugar en la URSS, ni en los que le siguieron después!

Por el contrario, los ciudadanos soviéticos tuvieron y han mostrado al mundo la trágica experiencia de setenta años de terror y opresión, en nombre del socialismo científico. Seguro que hubieran preferido quedarse con las experiencias de los socialismos utópicos, que no fueron coactivas y, ni mucho menos, criminales.

Los experimentos de organización social de Saint-Simon, Fourier y Owen, pusieron de manifiesto, con sus luces y sus sombras, que no existe un modelo único de producción y consumo para la sociedad humana. No cabe pensar en aplicar el ordenado régimen

que existe en un hormiguero. No cabe pensar en una sociedad que elimine la libertad individual de poder acertar o equivocarse. El reto es definir un marco de reglas de juego que conjuguen la libertad y la fraternidad.

En todo caso, vale la pena conocer esos intentos de los utópicos, que aportan ideas y reflexiones interesantes y, en especial, el de Robert Owen, que abrió las puertas a una opción, aun viva y probablemente con bastante futuro: el cooperativismo, en el contexto de la economía de mercado.

Saint-Simon

El conde de Saint-Simon (París, 1760-1825), fue un prototipo del espíritu ilustrado, creativo y visionario. Puede considerarse como el primer teórico de la sociedad industrial, lo que hizo que algunos le atribuyeran el título de fundador del socialismo francés, e incluso de iniciador del socialismo. Luchó a favor de la independencia de los Estados Unidos, enrolándose con solo diecisiete años en el ejército de La Fayette.

Retrato de Henri de Saint-Simon en *La sociologie de Durkheim* (1915)

Fue un intelectual plenamente inmerso en el ambiente de su época. Desde joven tenía consciencia de que llegaría a realizar grandes tareas en ayuda de la humanidad. Así desde los quince años

ordenó a sus ayudantes de cámara que lo despertaran diciéndole: «Levántese, señor conde, tiene usted grandes cosas que hacer». Engels llegó a decir que fue, junto con Hegel, la mente más enciclopédica de su época y que casi todas las ideas del socialismo posterior estaban contenidas en su obra.

En sus inicios estuvo a favor de la Revolución francesa, pero con la llegada del régimen del terror se distanció por completo de ella. Pasó de la riqueza a la precariedad económica en la cual intentó suicidarse, pero falló el tiro, aunque perdió un ojo.

Consideraba que la sociedad se dividía en dos grupos: la clase industrial y la clase ociosa. Llamaba «industriales» a quienes, con su trabajo, impulsaban que la sociedad avanzara. Esta clase de «industriales» estaba conformada por banqueros, obreros, artesanos, campesinos, comerciantes e inversionistas.

En contraposición, la clase «ociosa» o parasitaria eran aquellos que simplemente vivían a expensas del esfuerzo ajeno, por ejemplo, los nobles, terratenientes, cortesanos, clérigos y el poder judicial.

Para Saint-Simon el conflicto de clases no era el de la «burguesía» con el «proletariado», como afirmará el marxismo, sino el que oponía a los «productores» con los «ociosos» improductivos, entre los que se encontraban en primer lugar los miembros del clero y de la nobleza.

En su obra más importante, *El nuevo cristianismo*, explicaba que el cristianismo debía prestar sus principios al ejercicio de la política, para que así se pudiera establecer una nueva y mejor sociedad. *La gran meta terrena de los cristianos… para obtener la vida eterna, es mejorar lo más rápidamente posible la existencia moral y física de la clase más pobre.*

Por tal motivo, proponía que debía realizarse una reorganización moral de la clase dominante, para que realmente se diera la transformación, de la sociedad de su época, en otra cuya base fuera el trabajo y en la que se reconociera el esfuerzo de cada trabajador.

En este sentido, proponía que el Estado debía tener, como objetivo primordial, el desarrollo e impulso de la producción y de la industrialización, como la clave para lograr la conformación de un nuevo orden social.

Proponía acabar con la «anarquía» capitalista, sustituyéndola por un nuevo Estado, dirigido por los científicos y por los

«industriales», que deberían ser los encargados, en vez de los juristas y metafísicos, de desarrollar realmente la Revolución francesa, garantizando así la prosperidad de la agricultura, comercio e industria y, en definitiva, de toda Francia.

En su libro de 1824 *Catecismo político de los industriales* señalaba que:

> Los industriales se constituirán en la primera clase de la sociedad. Los más importantes de entre los industriales se encargarán, gratuitamente, de dirigir la administración de la riqueza pública: ellos serán quienes hagan la ley y quienes marcarán el rango que las otras clases ocuparán entre ellas; concederán a cada una de ellas una importancia proporcional a los servicios que cada una haga a la industria…, la tranquilidad quedará completamente asegurada, la prosperidad pública avanzará con toda la rapidez posible, y la sociedad disfrutará de toda la felicidad, individual y colectiva, a la que la naturaleza humana puede aspirar.

No se oponía a la propiedad privada, como resultado que cada uno lograra con su propio esfuerzo, pero propuso suprimir la herencia. El Estado debía realizar grandes obras y servicios, en beneficio del conjunto social: ferrocarriles, diques, puentes, canales de comunicación, bancos populares,
etc.

No llegó a plasmarse en realizaciones materiales prácticas sino apenas en una filosofía a la que se adhirieron políticos, pensadores, hombres de negocios, banqueros, industriales y economistas, que ocuparían puestos importantes en Francia a mediados de siglo.

Cinco años después de su muerte en la mayor pobreza, en 1825 seguidores de Saint-Simon se establecieron en Ménilmontant, antes un pueblo cercano a París y hoy un barrio de la capital. Vestidos con un uniforme, compuesto por pantalón blanco, camisa interior blanca con ribete rojo y chaqueta de trabajo azul, se llamaban «hermanos» entre ellos y ponían en práctica las ideas sansimonianas. Cada día estudiaban astronomía, geología, física, música y geografía con el maestro «padre Enfantin».

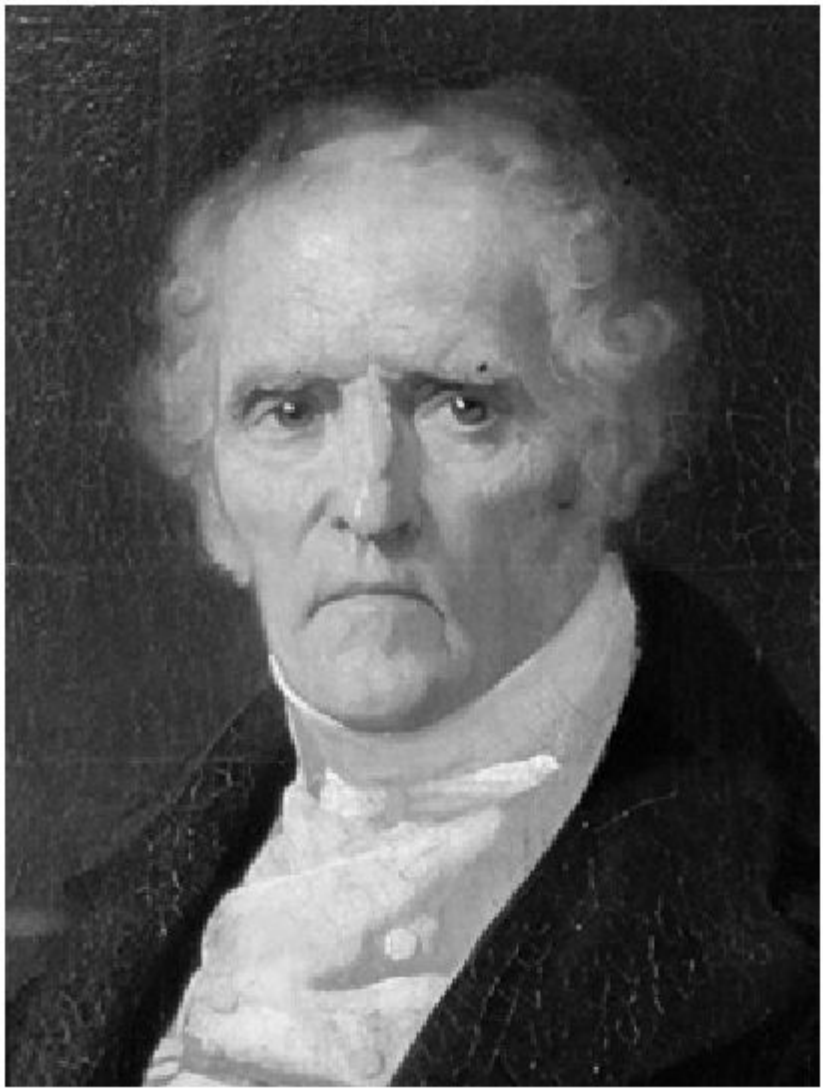
Dos veces en semana abrían las puertas de la finca al público para que se contagiaran del fervor socialista. Llegaron a visitarla

diez mil franceses en un domingo. El misterio de sus rituales y su fama de excéntricos despertaba la curiosidad de los paisanos. También defendían la igualdad de derechos civiles y la libertad sexual de la mujer. La asociación de la idea de mujer libre con la de mujer pública, dio lugar a que la policía interviniera y disolviera al grupo en 1832.

Engels en *Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico* valora de Saint-Simon *una amplitud genial de conceptos que le permite contener ya, en germen, casi todas las ideas, no estrictamente económicas, de los socialistas posteriores*.

Charles Fourier

François Marie Charles Fourier (1772-1837). Nacido en Besanzón (Francia). Hijo de un modesto hombre de negocios. Quiso ser ingeniero, pero en la Escuela de Ingeniería Militar solo se aceptaba a hijos de la nobleza. Fourier más tarde se alegró de no haber elegido ingeniería, porque le hubiera consumido, según él, mucho tiempo y lo hubiera distraído de su verdadero deseo: ayudar a la Humanidad.



Charles Fourier, retrato de Jean Gigoux (
CC
BY-SA
3.0)

En julio de 1781, a la muerte de su padre, Fourier recibe dos quintas partes de su fortuna, evaluada en más de doscientos mil

francos, lo que le permitió viajar a través de Europa a placer. En 1791 se muda de Besanzón a Lyon, donde trabaja para un mercader. También en París trabajó como jefe de la Oficina de Estadísticas por unos meses.

Con el deseo de obtener conocimientos en todo lo que pudiese, Fourier a menudo cambió de empleo y residencia para poder experimentar nuevas cosas. Entre 1791 y 1816 trabajó en París, Rúan, Lyon, Marsella y Burdeos. Se quejaba de tener que *servir a la picardía de los mercaderes* y de ejercer tareas engañosas y degradantes.

Su herencia le permitió dedicarse a escribir. Criticó las posiciones que justifican y perpetúan el sufrimiento humano, como serían el cristianismo, el conservadurismo o el nihilismo. Criticó las estructuras económicas del capitalismo, pero también la moral entera de la sociedad contemporánea y sus costumbres. Criticó la religión, rechazando la moral familiar y la jerarquía social tradicional.

Decía que vivir con la misma gente toda la vida, todo el tiempo y, peor aún, mantener una relación amorosa/sexual con la misma persona toda la vida, condenaba a los envueltos en ella, a la monotonía y al aburrimiento. E impedía un mayor desarrollo de la personalidad, que hubiera sido posible si se mantuvieran relaciones múltiples de diversa duración.

Señalaba que, en realidad, los individuos desean la realización de los deseos, pero se reprimen y recurren a la moral para auto justificarse, y a la vez reprimir a los que quieren perseguir sus deseos o pasiones. Se pronunciaba en contra de los matrimonios monogámicos y proponía el amor libre.

También denunció la explotación de que eran objeto los obreros, las mujeres y niños y la desigualdad social en su época. Fue el primero que llegó a afirmar, por ejemplo, que *el grado de emancipación de la mujer, en una sociedad, es el barómetro por el que se mide la emancipación general*.

Consideraba que la unidad económica familiar no puede por sí sola sustentar a todos sus miembros, por lo que era necesario crear fórmulas de mayor cooperación entre un mayor número de personas, así como fomentar el trabajo cooperativo para evitar la infrautilización del trabajo familiar de parcelas pequeñas.

Por ello propuso la creación de unas unidades de producción y consumo, las falanges o falansterios, basadas en un cooperativismo integral y autosuficiente.

El falansterio era una estructura colectiva mixta de producción y residencia. Estaría conformada por trescientas a cuatrocientas familias, unas mil ochocientas personas, que reemplazarían a la familia, como la institución básica de la organización social. Se irían constituyendo de manera gradual, voluntaria y pacífica. Cada persona podría decidir libremente, cuando quisiera, si quería seguir o retirarse.

El edificio del falansterio constaría de un espacio central destinado a las funciones públicas, como comedores, salas de estudio, biblioteca y lugares para asambleas. Una de las alas contendría espacios ruidosos y grandes salas especializadas, tales como talleres de carpintería y cocinas, mientras que en la otra se ubicarían los baños y los lugares de relaciones con personas ajenas.

Contaría también con un jardín de invierno, teatro, iglesia, depósitos y establos. Las grandes galerías facilitarían reuniones y la circulación de todos los individuos. Cada familia viviría en su propio apartamento, y utilizaría los restaurantes y salones comunes. Los pisos tendrían dimensiones distintas dependiendo de las necesidades y los gustos, así como de las diferencias económicas entre las distintas familias.

Los falansterios no tendrían que obedecer a un patrón único, repetitivo, sino que variarían según las preferencias de sus habitantes, con el objetivo de crear un espacio estimulante, en donde el trabajo fuera una fuente de diversión y placer y no un elemento opresivo.

La agricultura sería el eje principal para el trabajo y el abastecimiento. Los miembros del falansterio consumirían lo que ellos mismos produjeran. En el falansterio cada miembro podía elegir libremente la función que desempeñaría. Podría también alternarlas, para que nunca resultaran tareas aburridas, pero el trabajo era obligatorio para todos.

Fourier no propugnaba la igualdad económica total, ni tampoco se oponía al capitalismo, sino que, al contrario, veía la posibilidad de que el capitalista, que estuviera dispuesto a invertir en la realización del falansterio, se convirtiera en un dirigente a quien se

le intentaría modificar su forma de pensar.

A los empresarios les sería devuelto el capital sin interés. Los beneficios serían repartidos entre todos, trabajadores y dirigentes, pero no de forma igualitaria, sino dando especial recompensa al talento. Fourier pretendía convencer a los capitalistas para que proporcionaran los recursos necesarios para la construcción de falansterios, pero ninguno de ellos aceptó su propuesta.

Consideraba que la principal causa del conflicto social en las ciudades era la pobreza, y no la desigualdad económica o cultural.

Por lo tanto, si se garantizaban las necesidades mínimas de todos, incluyendo a los menos pudientes, la sociedad viviría en equilibrio, aun habiendo diferencias de clases.

La filosofía de Fourier dio lugar a la creación de unos cuarenta a cincuenta falansterios, en diversos países del mundo, pero solo seis duraron más de tres años. A título de ejemplo cabe señalar las iniciativas de:

A. La llamada Falange Norte Americana, creada en 1843 en el condado de Monmouth, New Jersey. Tras numerosas búsquedas, eligieron un emplazamiento de unas trescientas hectáreas con dos edificios agrícolas. A lo largo de 1844, alrededor de noventa personas se instalaron allí. Cultivaron la tierra, construyeron talleres y molinos, y desarrollaron progresivamente los detalles prácticos de su organización. En septiembre de 1854, hubo un incendio y tras ello se produjo la disolución del falansterio.
B. En Argentina, en 1857 se estableció, por Jean Joseph Durando, un falansterio en terrenos donados por el hacendado Luis Hughes, en lo que se llamó Colonia Hughes, cerca de Colón, provincia de Entre Ríos. Se mantuvo hasta inicios del siglo XX, si bien con un enfoque religioso, y no agnóstico como el de Fourier.
C. Incluso en España, en Tempul, cerca de Jerez de la Frontera, un grupo de intelectuales gaditanos, en 1841, trataron de crear un falansterio. Tenían el lugar, el capital e incluso llegaron a perfilar los planos. Tan solo restaba el sí de las instituciones.

Pero, se quedó apenas en proyecto.

Engels en su libro *Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico* dice:

> Fourier coge por la palabra a la burguesía, a sus encendidos profetas de antes y a sus interesados aduladores de después de la revolución.
>
> Pone al desnudo despiadadamente la miseria material y moral del mundo burgués, y la compara con las promesas engañosas de los viejos ilustradores, con su imagen de una sociedad en la que solo reinaría la razón, de una civilización que haría felices a todos los hombres y de una ilimitada perfectibilidad humana.

No obstante, Engels señala que uno de los puntos débiles de los utópicos era desarrollar propuestas, inclusive detallando todos los aspectos, pero sin explicar cómo llevar el proyecto a la realidad. Fourier en su descripción del falansterio no dejaba nada al azar: arquitectura, mobiliario, indumentaria, horarios destinados a cada actividad,
etc.
pero no aclaraba cómo se podría poner en práctica el modelo.

Robert Owen

Robert Owen (Newtown, Gran Bretaña 1771-1858). Su padre trabajó como ferretero y como jefe de correos local, y su madre provenía de una familia de agricultores prósperos. Desde muy joven trabajó como asistente en una tienda en Londres. Tan solo una década después con veinte años ya dirigía una fábrica de tejidos, en la que tuvo mucho éxito, en la ciudad inglesa de Manchester.

Ello le permitió adquirir la empresa hilandera New Lanark en Escocia en 1799, y poner en práctica sus ideas sobre la gestión empresarial, aprendidas por haber sido empleado y gestor.

A partir de su experiencia en ese lugar escribió algunas de sus obras más importantes: *La formación del carácter humano* (1814)

y *Una nueva visión de la sociedad* (1823) que trata sobre las reformas del régimen industrial y sus consecuencias para el carácter humano.

Entre sus líneas de dirección cabe señalar la introducción de nueva maquinaria, buenos salarios, viviendas saludables, sanidad, educación, establecimiento de las bases de una seguridad social mutualista y construcción de un vivero en la fábrica. Además, una parte de las ganancias industriales se destinaba a la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores.

Robert Owen, retrato de Mary Ann Knight (siglo XIX)

A pesar de los costes del innovador proyecto, Owen obtuvo grandes ganancias. Ello le permitió enfrentar con éxito las protestas de los otros socios, que tenían una visión más convencional sobre la gestión.

El éxito económico de su compañía contrastaba con la crisis

económica que azotaba a Inglaterra. Las altas tasas de desempleo y un aumento de la conflictividad social hicieron que Owen se plantease generalizar su proyecto. Así, en la segunda década del siglo, elaboró su modelo de convivencia ideal.

El modelo propuesto por Owen consistía en la creación de un asentamiento de aproximadamente mil doscientas personas. Estaría rodeado de una extensión de entre cuatrocientas y seiscientas hectáreas de tierras. El núcleo urbano se estructuraría a partir de un gran edificio, en un cuadrado, con cocinas públicas y comedores.

No obstante, tendría apartamentos familiares privados. Los niños estarían con la familia hasta los tres años. Posteriormente, se confiarían a la comunidad, pero sin perder el contacto con los padres. Un poco apartados, entre una arboleda, se ubicarían los laboratorios e industrias.

El plan se completó con más detalles en 1820, en el informe que Robert Owen emitió al Condado de Lanark, pero no consiguió apoyos para llevarlo a cabo, por lo que decidió irse a Estados Unidos.

En 1825 compró doce mil hectáreas de tierra en Indiana por ciento noventa mil dólares y creó un pueblo, New Harmony, que llamó la atención de personalidades e intelectuales.

Sin embargo, diversos desacuerdos llevaron a la secesión de grupos disidentes, que fundaron sus propias comunidades. Finalmente tuvo que vender el terreno en 1828, perdiendo con ello una buena parte de su fortuna. Regresó entonces a Gran Bretaña, donde las iniciativas tomadas por sus seguidores en Escocia y en Irlanda también habían fracasado.

En 1829 creó la Asociación Británica para la Promoción de la Ciencia Cooperativa y, en 1832, ya existían unas quinientas sociedades cooperativas de distribución y de producción, estas últimas vinculadas estrechamente a las organizaciones sindicales obreras.

En 1833 puso en marcha una nueva iniciativa, la creación de un gran sindicato nacional, con la doble finalidad de coordinar las acciones reivindicativas obreras y de alcanzar una economía socialista, basada en la cooperación.

No obstante, a pesar del éxito inicial, tuvo que disolverse a los pocos meses debido a la presión de los patronos, a las medidas

represivas adoptadas por el gobierno liberal, a las disensiones internas y a la falta de fondos para mantener las huelgas.

En 1835, tenía entonces sesenta y cuatro años, inició la última etapa de su vida, en la que se dedicó a hablar y escribir. Patrocinó periódicos y pronunció conferencias.

Owen siguió confiando en que la solución vendría de la propia sociedad. Paralelamente, fue cada vez más partidario de la participación de la administración pública para reducir las desigualdades sociales. Sin embargo, criticó a instituciones como la familia, la religión, la herencia,
etc.
, porque pensaba que limitaban la libertad del ser humano. En 1854, se convirtió al esplritualismo.

En oposición a los filósofos del individualismo, consideraba que el hombre es un libro en blanco, en el que la sociedad escribe. El carácter del individuo es creación del medio social y del azar de las circunstancias, y no consecuencia de una naturaleza metafísica predestinada. Por ello hay que construir un entorno social, económico y político al servicio del ser humano. Solo así sería posible una verdadera igualdad de oportunidades.

El propósito de Robert Owen era reformar la sociedad capitalista, no solo para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores, sino, sobre todo, para crear un «nuevo mundo moral», que regenerara a la sociedad y transformara la «naturaleza» del hombre.

Estas ideas las formuló por primera vez en 1813, recogidas en sus obras *La formación del carácter humano* (1814) y *Una Nueva Visión de la Sociedad* (1823) y las estructuró después entre
1836-1844,
en su periódico de propaganda de sus ideas *El Nuevo Mundo Moral* y en un libro de ese mismo título.

Otorgó siempre una gran importancia a la educación, que debía empezar desde la infancia. Se opuso radicalmente al trabajo infantil y promovió la formación intelectual de las clases trabajadoras.

Para alcanzar el «nuevo mundo moral», Owen rechazaba la revolución y la lucha de clases. Propugnaba la vía reformista e interclasista, porque confiaba en que los datos y la razón serían suficientes para convencer a las clases altas, para que hicieran

concesiones a los trabajadores y alumbraran así a la «nueva sociedad».

Siguiendo a los ilustrados, estaba persuadido de que el carácter del hombre lo modelaban las «circunstancias» por lo que, si se modificaba el medio social, sería posible su regeneración.

Su legado es fundamental para entender el socialismo inglés y el Partido Laborista, que siempre se ha considerado heredero del pensamiento de Owen y de otros socialistas no marxistas. Por el contrario, la mayor parte de los partidos socialistas europeos, adoptaron las premisas básicas del marxismo, aunque posteriormente casi todos renegarían de ellas.

El marxismo frente a los utópicos

El Manifiesto Comunista reconoce aspectos positivos y buenas intenciones en los socialistas utópicos. *Los verdaderos sistemas socialistas y comunistas, los sistemas de Saint-Simón, de Fourier, de Owen, etc. … tienen la conciencia de defender primordialmente los intereses de la clase trabajadora*.

Pero Marx y Engels los critican por no basar sus propuestas en un análisis científico del desarrollo histórico y del sistema capitalista y, en particular, porque se *consideran ajenos a la lucha de clases y situados en un plano muy superior. Aspiran a mejorar las condiciones de vida de todos los individuos de la sociedad, incluso de los mejor acomodados*.

También los critican por no haber entendido que la vía revolucionaria era la adecuada y *rechazan todo lo que sea acción política, y muy principalmente la revolucionaria; quieren realizar sus aspiraciones por la vía pacífica e intentan abrir paso al nuevo evangelio social, predicando con el ejemplo, por medio de pequeños experimentos que, naturalmente, les fallan siempre*.

En suma, Marx y Engels despreciaron a los socialistas utópicos, al igual que más tarde harían con todos los socialismos no marxistas, porque para ellos el único camino válido era la revolución, la toma del poder por la fuerza y la implantación del pensamiento marxista, como pensamiento único en la sociedad.

MARX, SU ENTORNO ECONÓMICO Y POLÍTICO

EL ENTORNO ECONÓMICO

La sociedad europea pasó por profundos cambios durante los siglos XVIII y XIX. Las comunicaciones comerciales entre España, Portugal, Inglaterra y Francia con América, que en su mayor parte pertenecía a los imperios español y portugués, se habían incrementado. Asimismo, Inglaterra, de forma más reciente, había colonizado el nordeste de Estados Unidos, y Francia el centro sur de ese país.

Las guerras internas, entre las principales potencias de Europa, dieron lugar a frecuentes e importantes modificaciones de fronteras, en especial en la Europa Central. El sistema feudal había dejado paso a la sociedad burguesa, con el desarrollo de las ciudades y de la producción artesanal.

En 1769, las máquinas de vapor de Watt marcaron el comienzo de la Primera Revolución Industrial, reemplazando a las comunidades artesanales, con la producción en masa.

No obstante, la gran mayoría de la población, más del 80 %, seguía viviendo en las áreas rurales. Los avances técnicos en la agricultura y el atractivo de las ciudades impulsaron la emigración de la población rural hacia los centros urbanos para trabajar en las fábricas. El libre comercio creó innovaciones que desarrollaron las ventas.

La Segunda Revolución Industrial tuvo lugar a finales del XIX, aproximadamente entre 1870 y 1914. Los avances tecnológicos dieron lugar a una fuerte aceleración de la industria y de las ciudades. El descubrimiento de metales como el acero (1855) que

fue sustituyendo al hierro; los productos químicos; el desarrollo de los explosivos (dinamita) para la industria; el cemento portland para las construcciones, y sobre todo, los grandes descubrimientos de la electricidad y las comunicaciones (telégrafo, radio y teléfono) así como el desarrollo de los transportes, en especial el ferrocarril, pero también el naval, dieron lugar a un intenso crecimiento económico y al crecimiento de las ciudades. Todo ello produjo un gran flujo de gente, información e ideas, si bien la población rural siguió siendo ampliamente predominante.

En Inglaterra y en los territorios de Europa central, en particular, en lo que ahora es Alemania, el crecimiento urbano e industrial fue más intenso. Las condiciones de vida se vieron afectadas por ello, pero también por las grandes y constantes guerras que asolaron Europa, en particular las napoleónicas, así como por las revoluciones internas que se fueron sucediendo, y que consumieron muchos recursos y provocaron graves destrozos.

Las fábricas, de formato primitivo, y las insalubres habitaciones de las viviendas más modestas, generaron o pudieron generar, situaciones de explotación y de miseria.

No obstante, todo debe que ser valorado en el contexto de la época. Ni la electricidad, ni el gas, ni el agua corriente eran servicios generales y la mortalidad era muy elevada. Recordemos que, en la familia de clase media en la que nació Marx, su padre era abogado, cinco de sus nueve hijos murieron jóvenes, cuatro de ellos de tuberculosis. Es decir, una mortalidad del 55 %.

EL ENTORNO POLÍTICO

La Primera Guerra Mundial influyó considerablemente en la caída del zar, en febrero de 1917, y en la llegada del comunismo a Rusia, en octubre de 1917.

De igual manera, el entorno político europeo a finales del XVIII y del XIX tuvo gran influencia en la creación y desarrollo del marxismo y en las reacciones, a favor y en contra, que generó en las diversas naciones y en numerosos grupos sociales. Conviene por ello tener en cuenta al menos tres hechos clave: la Revolución Francesa, las Guerras Napoleónicas y la Comuna de París, que se presentan a

continuación de forma sucinta.

La Revolución Francesa de 1789

En Francia, a final del siglo XVIII, se combinaron diversas causas que crearon un ambiente de gran descontento.

La presencia de una clase aristocrática privilegiada, con mucho poder y riqueza, frente a una gran mayoría de la población sometida y empobrecida; varios años de sequías y heladas que habían arruinado a los agricultores, que estaban presionados para pagar sus obligaciones fiscales; el conflicto entre la nobleza y el alto clero, aferrados a sus privilegios feudales frente a una clase burguesa consolidada, que había alcanzado un gran poder en el terreno económico, y que ahora aspiraba, pretenciosamente, a obtener el poder político.

Simultáneamente, con las causas anteriores, nuevas ideas políticas y sociales habían ido apareciendo con los tratados de Voltaire, Rousseau, Diderot o Montesquieu, que introducían los conceptos de libertad política, de fraternidad y de igualdad, de rechazo a la división social y en favor de la separación de poderes del Estado.

Por otra parte, las clases populares urbanas estaban irritadas y empobrecidas por la subida de los precios, en particular de los cereales y del pan, base de la alimentación, y por el incremento continuo de los impuestos y derechos señoriales y reales. El diezmo que cobraba el clero apenas servía para mantener el culto y socorrer a los pobres. Por su parte, el campesinado cuestionaba el origen de la propiedad, y de los derechos y servidumbres feudales, que les parecían abusivos e injustos.

El Rey convoca a los Estados Generales

En este contexto de crisis social, para encontrar una solución a la grave crisis financiera, el rey convocó a los Estados Generales, que eran asambleas convocadas por el rey, de manera excepcional, y a la que acudían representantes de los llamados tres estamentos o

estados: el clero (Primer estado), la nobleza (Segundo estado) y los representantes de las ciudades que disponían de ayuntamiento (Tercer estado).

Habían transcurrido más de ciento cincuenta años desde la anterior convocatoria de los Estados Generales, que tuvo lugar en 1614.

A la convocatoria de 5 de mayo de 1789, asistieron 1139 diputados: 291 pertenecían al clero, 270 a la nobleza y 578 al Tercer Estado.

El principal problema político que se planteó fue el sistema de votación. La nobleza y el clero reclamaban un voto por estamento, lo que les aseguraba la mayoría sin necesidad de lograr un consenso. El Tercer Estado pedía el voto por cabeza, que permitía más igualdad en la votación, y debates abiertos. Ante la negativa de los dos primeros Estados y el consecuente bloqueo de toda votación, el Tercer Estado, invitó a los diputados de la nobleza y del clero a que se unieran a ellos; dos nobles y ciento cuarenta y nueve miembros del clero lo hicieron.

Esto dio lugar a una revolución de carácter jurídico. Se desmantelaron los estamentos tradicionales del reino, y fueron sustituidos por una Asamblea única, en representación de todo el pueblo, a la que se dio el nombre de Asamblea Nacional.

Ante este acto revolucionario, el rey Luis XVI mandó cerrar la sala y prohibió su entrada a los representantes del Tercer Estado.

La Asamblea Nacional encontró otro lugar de reunión, la Sala del Juego de Pelota de Versalles, donde el 20 de junio de 1789, los diputados juraron no separarse antes de haber dado una Constitución al país. El 23 de junio el rey ordenó su disolución, pero el diputado Mirabeau habría entonces pronunciado la célebre frase: «Estamos aquí por la voluntad del pueblo y solo saldremos por la fuerza de las bayonetas».

Ante esta situación, el 27 de junio de ese mismo año, el rey cedió e invitó a la nobleza y al clero a que se unieran a la nueva asamblea, la cual, el 9 de julio de 1789, adoptó el nombre de Asamblea Constituyente y quedó encargada de redactar una nueva constitución. Prevaleció, sin embargo, la tesis liberal de que la Asamblea tendría una sola cámara, quedando el rey solo con el poder de veto, pudiendo posponer la ejecución de una ley, pero no

su total eliminación. En el mismo día, la mayor parte del clero y cincuenta nobles, se sumaron a la recién nacida Asamblea.

Para controlarla, el rey hizo traer desde Alsacia a los regimientos del mariscal de Broglie para tomar Versalles y París, pero la presencia de los soldados hizo que se descubriera el complot monárquico.

El 11 de julio de 1789, el rey Luis XVI, actuando bajo la influencia de los nobles conservadores, despidió a Necker, su conciliador y moderado ministro de Finanzas, que había desarrollado una política con numerosas medidas sociales. Gran parte del pueblo de París interpretó esta medida como un autogolpe de la realeza, y se lanzó a la calle en abierta rebelión. Algunos de los militares se mantuvieron neutrales, pero otros se unieron al pueblo. Necker se trasladó primero a Bélgica y luego a Suiza.

El 14 de julio de 1789, el pueblo de París respaldó en las calles a sus representantes del Tercer Estado y, ante el temor de que las tropas reales los detuvieran, asaltaron la fortaleza de la Bastilla, símbolo del absolutismo monárquico, pero también punto estratégico del plan de represión de Luis XVI, cuyos cañones apuntaban a los barrios obreros. Tras cuatro horas de combate, los insurgentes tomaron la prisión y mataron a su gobernador.

Si bien sólo fueron liberados cuatro presos, la Bastilla se convirtió en un potente símbolo de todo lo que resultaba despreciable en el antiguo régimen. La multitud, volvió al Ayuntamiento, acusó al alcalde, Jacques de Flesselles, de traición, y lo mató. Su cabeza fue cortada y exhibida en la ciudad clavada en una pica, naciendo desde entonces la costumbre de pasear en una pica las cabezas de los decapitados, lo que se volvió muy común durante la Revolución.

El 16 de julio el rey revocó la destitución de Necker; quien se reincorporó al ministerio de Finanzas.

El 17 de julio, Luis XVI partió hacia París, aunque la reina intentó por todos los modos hacerlo desistir, pues lo consideraba una acción humillante y peligrosa y no tenía esperanza de volverlo a verlo vivo.

Lafayette tomó el mando de la Guardia Nacional de París y Jean-Sylvain Bailly, presidente de la Asamblea Nacional Constituyente, fue nombrado nuevo alcalde de París. El rey visitó capital francesa

el 27 de julio. Había dado su apoyo a la revolución y llevaba sobre el sombrero la escarapela tricolor, símbolo de la unión de la monarquía y la nación.

La Revolución se fue extendiendo por ciudades y pueblos, creándose nuevos ayuntamientos, que no reconocían otra autoridad que la Asamblea Constituyente. La insurrección motivada por el descontento popular siguió extendiéndose por toda Francia. En las áreas rurales, para protestar contra los privilegios señoriales, se llevaron a cabo actos de quema de títulos de servidumbres, derechos feudales y propiedad de tierras. Varios castillos y palacios fueron atacados.

En las semanas que siguieron, las familias más conservadoras huyeron del país por miedo a ser asesinadas. Los nobles, no muy seguros del rumbo que tomaría la reconciliación temporal entre el rey y el pueblo, comenzaron a salir del país, algunos con la intención de fomentar una guerra civil en Francia y de impulsar a las naciones europeas a respaldar al rey. Estos fueron conocidos como los «emigrados».

Mientras tanto, el miedo a una reacción militar de los nobles emigrados, la hambruna y el desconcierto frente a los acontecimientos parisinos, provocaron en toda nación una serie de revueltas campesinas conocidas como el Gran Miedo, dirigidas casi exclusivamente en detrimento de la nobleza.

La noche del 4 de agosto de 1789, la Asamblea Nacional Constituyente suprimió por ley las servidumbres personales (abolición del feudalismo), los diezmos y las justicias señoriales, instaurando la igualdad ante el impuesto, ante las penas y para el acceso a cargos públicos. En cuestión de horas, los nobles y el clero perdieron sus privilegios y se puso fin al feudalismo.

El rey montó en cólera, puesto que su persona era la cúspide de la sociedad estamental, que los revolucionarios querían subvertir con sus reivindicaciones de igualdad.

Declaración de Derechos del Hombre

El 27 de agosto de 1789, la Asamblea publicó la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, inspirándose en parte en la

Declaración de Independencia de los Estados Unidos de 1776 y estableciendo los principios de libertad, igualdad y fraternidad, que serían la base ineludible de la futura Constitución.

El 1 de octubre, en el palacio de Versalles se dio una cena en honor a los regimientos de Flandes, pero en París se filtró la noticia de que, en realidad, era una reunión antirrevolucionaria.

El 5 de octubre, por la mañana, en los mercados de París las mujeres empezaron a protestar contra el alto precio y la escasez del pan y la falta de derechos. Rápidamente las manifestantes se unieron a los revolucionarios que exigían reformas políticas liberales y una monarquía constitucional para Francia.

Posteriormente, una multitud de ciudadanos parisinos, animados por los agitadores revolucionarios, saquearon el arsenal de armas de la ciudad y marcharon hacia el palacio de Versalles, para pedirle pan al rey y presentarle una petición con la esperanza de que la situación se resolviera. La multitud sitió el palacio y, tras un enfrentamiento dramático y violento, que produjo muertos entre guardias y civiles, consiguió imponer sus exigencias al rey Luis XVI. La familia real fue obligada entonces a trasladarse a París, al palacio de las Tullerías, donde permaneció bajo vigilancia de la Guardia Nacional.

El 10 de octubre de 1789, la Asamblea General aprobó el nuevo título de Luis: *Rey de los Franceses por la gracia de Dios y de la ley del Estado constitucional*. A partir de este momento ya no era rey de Francia, sino que ahora «pertenecía a los franceses» y por tanto les debía lealtad.

En noviembre, la Asamblea eliminó la autoridad de la Iglesia para imponer impuestos sobre las cosechas. Se suprimieron también los privilegios del clero y se confiscaron sus bienes. Bajo el antiguo régimen la Iglesia era el mayor terrateniente del país.

En 1790 se produjeron movimientos antirrevolucionarios, pero sin éxito. En este periodo se intensificó la influencia de los «clubes» políticos. En agosto de 1790 existían ciento cincuenta y dos clubes jacobinos.

En junio de 1790, se aprobó la «Constitución del Clero», que convertía a los sacerdotes en meros funcionarios estatales, elegidos por su parroquia o arzobispado, que debían jurar fidelidad al nuevo orden republicano, bajo la amenaza de destitución, deportación o

guillotina.

A principios de 1791, la Asamblea introdujo una legislación contra los franceses que emigraron durante la Revolución. Se pretendía coartar la libertad de salir del país para evitar que, desde el extranjero, se fomentara la creación de ejércitos contrarrevolucionarios, y también evitar la fuga de capitales.

En marzo de 1791, el Papa Pío VI rechazó la «Constitución del Clero», lo que dividió a la clerecía entre los que habían jurado y los que no, los constitucionalistas y los refractarios. Muchos de estos últimos tuvieron que vivir en la clandestinidad.

El 20 de junio de 1791, Luis XVI, opuesto al curso que iba tomando la Revolución, huyó junto con su familia de las Tullerías. Pero fue descubierto por un oficial del pueblo, que lo arrestó y lo devolvió a París escoltado por la guardia, donde tanto él como su esposa, María Antonieta y su familia, permanecieron bajo custodia.

Dado que Luis XVI había sido depuesto por el hecho de su huida, una gran multitud se congregó en el Campo de Marte para pedir que no se aceptara al rey. Danton y Desmoulins pronunciaron discursos exaltados. La Asamblea pidió a las autoridades municipales guardar el orden.

Bajo el mando de Lafayette, la Guardia Nacional se enfrentó a la multitud. Al principio, tras recibir una oleada de piedras, los soldados respondieron disparando al aire. Dado que la multitud no cedía, Lafayette ordenó disparar a los manifestantes, ocasionando más de cincuenta muertos.

Tras esta masacre, las autoridades cerraron varios clubes políticos, así como varios periódicos radicales, como el que editaba Marat. Danton se fugó a Inglaterra y Desmoulins y Marat permanecieron escondidos.

Primera Constitución

Mientras tanto, la Asamblea había redactado la primera Constitución de la historia de Francia, que fue aprobada y promulgada el tres de septiembre de 1791.

Una nueva organización judicial dio características temporales a todos los magistrados y total independencia de la Corona. Al rey

solo le quedó el derecho de vetar las leyes aprobadas por la Asamblea Legislativa. La Asamblea, por su parte, eliminó todas las barreras comerciales y suprimió las antiguas corporaciones mercantiles y los gremios.

El rey, forzado por la Asamblea, aceptó la Constitución y, ante las circunstancias, pronunció un discurso que la Asamblea acogió con un fuerte aplauso.

La Asamblea Nacional Constituyente cesó en sus funciones el 29 de septiembre de 1791 y dio paso a la nueva Asamblea Nacional legislativa, elegida por sufragio censitario.

Hasta esa fecha cabe decir que la Revolución había sido poco sangrienta y que acababa de poner fin a siglos de absolutismo monárquico, sustituyendo el sistema de gobierno por una monarquía parlamentaria.

La Asamblea Legislativa se reunió por primera vez el 1 de octubre de 1791. La componían doscientos sesenta y cuatro diputados situados a la derecha, portavoces republicanos de la gran burguesía. En el centro, figuraban trescientos cuarenta y cinco diputados independientes, carentes de programa político definido. A la izquierda, ciento treinta y seis diputados que representaban al pueblo llano parisino.

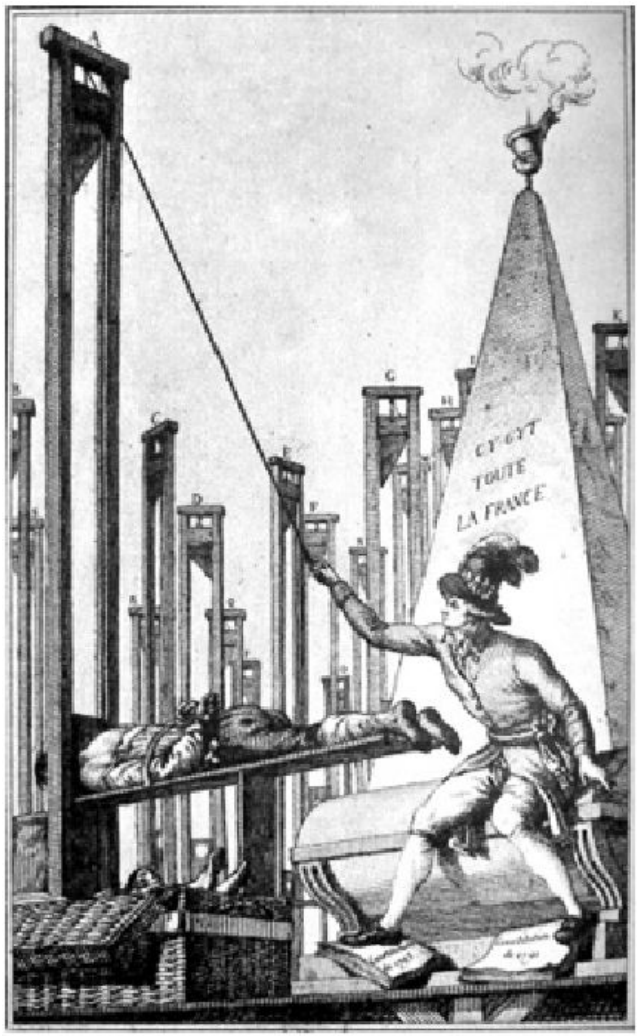
En noviembre de 1791 el rey vetó una ley que amenazaba con la condena a muerte a los «emigrados» y, en mayo de 1792, otra que exigía al clero prestar juramento de lealtad al Estado. Desacuerdos de este tipo fueron los que llevaron más adelante a la crisis constitucional.

El 20 de abril de 1792, la Asamblea declaró la guerra casi por unanimidad al emperador Francisco II por su ayuda a la contrarrevolución. Se acusó al rey de conspirar para lograr la vuelta al absolutismo, lo que dio lugar a que los jacobinos organizaran, el veinte de junio de 1792, una movilización de entre diez mil y veinte mil «*sans-culottes*» que sitiaron al rey, en el Palacio de las Tullerías.

En julio de 1792 Francia fue invadida por los ejércitos prusiano y austríaco y se amenazó a los habitantes de París con «someter la ciudad a una venganza ejemplar» si se tocaba al rey Luis XVI.

El 10 de agosto 1792, el club Jacobino, en rechazo al rey, derribó al gobierno municipal de París y organizó una Comuna revolucionaria (un Ayuntamiento revolucionario) que se opuso a la

Asamblea Legislativa.



La Convención Nacional y el Terror

La multitud asaltó entonces el Palacio de las Tullerías y la familia real tomó refugio en la Asamblea, la cual se doblegó a las fuerzas

parisinas, suspendió al monarca en sus funciones, lo encarceló, y convocó elecciones, que se celebrarían en la primera semana de septiembre, por sufragio universal masculino, para constituir la Convención Nacional que sustituiría a la Asamblea Legislativa.

Coincidiendo con las elecciones, particularmente en París, se produjeron unos hechos sangrientos. El 2 de septiembre de 1792, una multitud se encontró con un grupo de prisioneros que iban a ser trasladados a la prisión y se abalanzó sobre ellos matándolos a todos. A continuación, penetraron en varias prisiones ejecutando sistemáticamente a todos los reclusos, sin distinguir entre prisioneros políticos (nobles, sacerdotes refractarios y antiguos guardias suizos) y de derecho común.

El tres de septiembre llegaron noticias de que había caído la fortaleza de Verdún, el principal baluarte en el camino de los invasores que incluían a los ejércitos prusiano y austríaco y a tropas de los emigrados, hacia París.

Las prisiones parisinas estaban llenas de nobles y de guardias suizos, encarcelados porque se habían enfrentado a la multitud intentando defender al rey.

En los días siguientes, hasta el seis de septiembre de 1792, el resto de prisiones de la capital fueron asaltadas y, en ocasiones, se formaron tribunales improvisados, para distinguir a los «inocentes de los culpables». A los «contrarrevolucionarios», y también a presos comunes culpables de asesinato o delitos graves, se les sacó de sus celdas y fueron ejecutados en los patios de las prisiones o en las calles por verdugos voluntarios, provistos de hachas, de espadas, de picas o de palos. En esos cinco días fueron asesinadas entre mil cien y mil cuatrocientas personas, la mitad de la población reclusa de la capital.

La Convención Nacional, elegida a principios de septiembre, se constituyó el diecinueve de septiembre de 1792, y asumió los poderes legislativo y ejecutivo. El Legislativo, hasta el treinta de octubre de 1795, y el Ejecutivo, hasta 5 de abril de 1793, fecha en la que lo asumió, *de facto*, el Comité de Salvación Pública.

El 20 de septiembre de 1792, en la batalla de Valmy, las fuerzas francesas derrotaron a las invasoras. Fue una batalla de poca envergadura, pero detuvo el avance hacia París e impidió la posible derrota de la Revolución. Diez días después, sin haber disparado

ninguna otra bala, el ejército invasor comenzó su retirada.

El 21 de septiembre de 1792, en su primera sesión, la Convención Nacional, abolió la monarquía, y acusó a Luis XVI por traición.

El 19 de enero de 1793, fue condenado a muerte con el voto mayoritario de la Convención y guillotinado dos días más tarde. Su esposa María Antonieta fue guillotinada en octubre de 1793 y su hermana Isabel en mayo de 1794.

El 10 de marzo de 1793, la Convención Nacional aprobó, a propuesta de los jacobinos, Danton entre ellos, la creación del Tribunal Criminal Extraordinario, del cual fue su presidente.

El 17 de septiembre de 1793, la Convención votó a favor de la Ley de los Sospechosos que permitía masivas detenciones por la sola sospecha de ser enemigo de la revolución. Esto dio inicio formalmente a la época denominada El Terror.

Sus actuaciones fueron dirigidas por el Comité de Salvación pública, órgano colegiado de diez o doce integrantes, según las épocas, del cual era parte Robespierre, quien señalaría: *El terror no es más que la justicia rápida, severa e inflexible*.

El 5 de octubre de 1793, la Convención Nacional abolió el calendario cristiano e instauró el Calendario Republicano.

El 10 de noviembre, Nôtre-Dame de París fue rebautizada el «Templo de la Razón» y una actriz representó a la Diosa de la Razón, como objeto de culto para las masas. El Culto a la Razón se implemento rápidamente por todo París. Solamente tres iglesias cristianas permanecieron en funcionamiento. El terror religioso llenó París. Muchos sacerdotes fueron arrestados y algunos ejecutados.

El 25 de diciembre de 1793, Robespierre en su informe a la Convención en nombre del Comité de Salvación Pública dijo: *El gobierno revolucionarlo debe a los buenos ciudadanos toda la protección nacional; a los enemigos del pueblo no les debe sino la muerte*.

La Convención Nacional se encontró dividida, entre 1793 y 1794, por los conflictos entre grupos políticos y las acusaciones de corrupción y traición. Danton buscó una solución de compromiso con los distintos sectores. Sus propias simpatías estaban con aquellos que deseaban moderar la represión y el terror.

Robespierre, por el contrario, decidió que la unidad del gobierno solo podía mantenerse eliminando tanto a los radicales como a los «indulgentes», incluido el propio Danton, el cual, tras ser sometido a juicio por el Tribunal Revolucionario, murió en la guillotina el cinco de abril de 1794. El revolucionario girondino (moderado) Pierre Vergniaud, también guillotinado nueve meses antes, en octubre de 1793, había avisado de que *la Revolución devora a sus propios hijos*.

El 10 de junio de 1794 se aprobó la ley de Pradial, que prácticamente suprimió toda garantía para los acusados, e hizo pasar de la época del «Terror» a la del «Gran Terror».

La ley no dejaba más que dos opciones: la absolución o la muerte. La definición de «enemigos del pueblo» era tan vaga que todo el mundo podía ser incluido, ya que bastaba con «inspirar el desánimo», o incitar a la «depravación de las costumbres» o «alterar la pureza y la energía de los principios revolucionarios», sin que tales expresiones generales fueran jamás precisadas.

Dejó de haber interrogatorio antes de la audiencia, ni abogado, ni audición facultativa de los testigos. El Tribunal podía pronunciar su veredicto tomando como base simples presunciones morales. La situación anterior derivada de la Ley de Sospechosos se agravó y se intensificó el terror.

Por otra parte, el 26 de junio de 1794, el ejército francés aplastó al ejército austríaco, en la Batalla de Fleurus, lo que anulaba la posibilidad de una invasión de Francia, por tropas contrarrevolucionarias realistas.

El 26 de julio de 1794, Robespierre pronunció, ante la Convención, un discurso que se interpretó como aviso de que iba a denunciar ante la Convención a nuevos traidores a la revolución.

Al día siguiente, uno de sus colaboradores más estrechos, Louis de Saint-Just, vino para presentar un informe del Comité de Salvación Pública sin haberlo leído antes a los otros miembros de este mismo comité. Algunos diputados, aterrados ante la posibilidad de que fuera a reclamar su depuración, citando sus nombres, comenzaron a dar gritos, impidiéndole seguir con el discurso.

La Convención acusó a Robespierre de dictador y ordenó su detención junto con otros dos miembros del Comité, Saint-Just y Georges Couthon.

Las fuerzas de la Comuna de París lo liberaron de la cárcel y se refugió en el edificio del Ayuntamiento, respaldados por un sector del ejército. Esa misma noche, las tropas leales a la Convención asaltaron el Ayuntamiento, y lo detuvieron de nuevo.

El 28 de julio de 1794, Robespierre sería conducido a la plaza de la Revolución —hoy plaza de la Concordia—, en la que cientos de personas habían muerto durante los meses anteriores, y murió guillotinado, junto a veintiún colaboradores, entre los que se encontraban Saint-Just y Couthon. El cuerpo de Robespierre —y el de los demás condenados— fue enterrado en una fosa común, en la que se vertió cal viva a fin de borrar todo rastro. Su caída acabó con la época del Terror.

En ese corto periodo de nueve meses, de la ley de los Sospechosos (septiembre 1793) a la ejecución de Robespierre se estima que se ejecutaron entre treinta mil y cuarenta mil personas.

A esta importante cifra de víctimas hay que añadir las que se produjeron en las revueltas del campesinado, durante la Guerra de la Vendée, contra el radicalismo republicano y contra la represión religiosa. La guerra duró desde marzo de 1793 a marzo 1795 y ocasionó un total de ciento setenta mil víctimas entre civiles y militares.

En suma, un gran número de muertos y de destrucción que un proceso reformista podría haber evitado, como ocurrió en Gran Bretaña a lo largo de su proceso de revolución industrial. Lo que dejó en evidencia que cuando se pone en marcha un proceso revolucionario cargado de pasión y resentimiento, los riesgos de que corra mucha sangre son muy altos y que posiblemente se lamente después no haber aplicado otros métodos.

Las monarquías europeas recibieron así un claro mensaje sobre la sangre que podían generar los procesos revolucionarios, lo cual tuvo gran importancia en sus actitudes políticas ante posibles situaciones similares.

Las Guerras Napoleónicas (1797-1815)

Las guerras napoleónicas (1797-1815) terminaron tres años antes

del nacimiento de Marx, pero sus secuelas marcaron el entorno político y la sociedad en la que Marx vivió.

El 17 de agosto de 1795, poco después del año del Gran Terror, la Convención Nacional francesa aprobó una nueva Constitución, que ya era la tercera. Confería el poder ejecutivo a un *Directorio*, formado por cinco miembros llamados *Directores*, con lo que se pretendía impedir una nueva dictadura personalista, como la de Robespierre que tanto daño había causado.

Esta Constitución suprimió el sufragio universal masculino y restableció el sufragio censitario, con la oposición de grupos monárquicos y jacobinos.

El poder legislativo sería ejercido por una asamblea bicameral, compuesta por el Consejo de Ancianos (doscientos cincuenta miembros) y el Consejo de los Quinientos.

Retrato de Napoleón en su gabinete de trabajo, Jacques-Louis David (1812)

El Directorio procedió a la depuración política de las instituciones de la República y a juzgar a algunos responsables de El Terror. Mientras tanto, grupos monárquicos vengativos actuaron contra los jacobinos y se creó un clima interno de revueltas.

Asimismo, Francia siguió manteniendo guerras contra las

coaliciones europeas que apoyaban la restauración de la monarquía francesa.

El ejército francés, mandado por Napoleón, no pudiendo atacar directamente a Inglaterra, optó por cortar su vía comercial, invadiendo Egipto.

Napoleón toma el poder

La gestión del Directorio estaba en su nivel más bajo de popularidad, debido a la inestabilidad interior y exterior que vivía Francia. Su ineficaz actuación al frente de esas guerras, fue la causa que propiciaría que el general Napoleón Bonaparte, a su regreso de su campaña en Egipto, diera el 9 de noviembre de 1799 un golpe de Estado (dieciocho de Brumario), y elaborara una nueva Constitución, aprobada el trece de diciembre, instalando el Consulado y convirtiéndose en el primer Cónsul de la República.

El 2 de agosto de 1802, fecha en que se aprobó una nueva Constitución, Napoleón se proclamó Cónsul vitalicio y finalmente, el 18 de mayo de 1804, tras hacer aprobar una nueva Constitución que proclamó el Primer Imperio francés, Napoleón se convirtió en emperador de los franceses, hasta su derrota final, el 22 de junio de 1815.

Hizo importantes reformas, incluyendo la centralización de la administración de los departamentos, la educación superior, un nuevo código tributario, un banco central, nuevas leyes y un sistema de carreteras y cloacas.

El periodo de Napoleón Bonaparte fue de continuas guerras en Europa, contra coaliciones que querían inicialmente hacer frente al republicanismo revolucionario francés y derrotarlo y que finalmente terminaron enfrentándose al nuevo imperio que Napoleón, como emperador de Francia, quería implantaren Europa.

Desde 1792-1797, Austria, Prusia, el Reino Unido, España y el Piamonte (Italia) habían creado una Coalición antirrepublicana que concluyó en 1797, tras ser derrotada por el ejército francés, dirigido por Napoleón.

La Segunda Coalición (1798-1801) del Imperio ruso, Reino Unido, Imperio austríaco, el Imperio otomano, Reino de Portugal,

Reino de Nápoles y los Estados Papales, contra Francia fue, al principio, más efectiva que la primera. Terminó igualmente con la victoria de Napoleón contra el ejército austríaco en diciembre de 1800.

Napoleón, tras su llegada al poder, en diciembre de 1799 como Cónsul y después como Emperador en mayo de 1804, continuó dirigiendo las guerras napoleónicas en distintos contextos, llegando a ocupar Viena (1805) y derrotando a las fuerzas austro-rusas en la batalla de Austerlitz, el 2 de diciembre de 1805.

Derrotó igualmente al ejército de Prusia en octubre de 1806. Después invadió España, en mayo de 1808, y volvió a derrotar a los austríacos en julio de 1809.

En 1810, el Primer Imperio francés alcanzó su máxima extensión. Napoleón se casó con la archiduquesa Marie-Louise, hija del emperador de Austria, con el fin de asegurar una alianza estable con Austria y proporcionar al Emperador un heredero.

Napoleón, además del Imperio francés, controlaba la Confederación Helvética, la Confederación del Rin, el Gran Ducado de Varsovia y el Reino de Italia. Los territorios aliados incluían: el Reino de España (José Bonaparte), el Reino de Westfalia (Jerónimo Bonaparte), el Reino de Holanda (Luis Bonaparte), el Reino de Nápoles (Joachim Murat, hermano adoptivo), el Principado de Lucca y Piombino (Félix Bacciocchi, hermano adoptivo), y sus antes enemigos, Prusia y Austria.

Al principio, las guerras napoleónicas se promulgaron en nombre de la República francesa, pero después lo fueron en nombre de un nuevo linaje, los Bonaparte, que tenía a la cabeza al emperador Napoleón, pero que como cabe ver iba ocupando otros reinos a cuyo frente ponía a su familia de sangre y adoptiva.

La derrota de Napoleón

La Sexta Coalición (1812-1814) consistió en la alianza del Reino Unido, Rusia, España, Prusia, Suecia, Austria y cierto número de Estados alemanes contra Francia.

El 24 de junio de 1812, Napoleón invadió Rusia con la «Grande Armée», que se estima tenía entre seiscientos mil y seiscientos

noventa mil hombres, de los cuales trescientos mil eran franceses y el resto soldados de países aliados o súbditos. Auspiciado en su superioridad numérica, Napoleón esperaba destruir de una sola vez al ejército ruso, pero los rusos evitaron el enfrentamiento masivo, pues no les daba tiempo a preparar baluartes defensivos, por lo que optaron por atacar y retroceder.

El ejército francés penetraba en el territorio, pero no encontraba alimentos ni agua para su ejército. Esta estrategia rusa desmoralizaba a Napoleón y a sus soldados.

Finalmente, el 7 de septiembre los rusos, dirigidos por el príncipe Kutuzov, establecieron una posición defensiva en Borodino que terminó con la victoria francesa, lo que dejó el camino abierto hacia Moscú, mientras que las tropas de Kutuzov emprendían la retirada.

Las reglas clásicas de la guerra de aquella época acostumbraban a que el ejército enemigo se rindiera cuando se tomaba la capital. En aquel momento San Petersburgo era la capital real de Rusia, pero Napoleón esperaba que el zar Alejandro I le ofreciera su rendición tras tomar Moscú.

Sin embargo, Kutuzov ordenó abandonar Moscú, tanto al ejército como a todos sus habitantes y no dar batalla a Napoleón. De esta manera el 2 de septiembre el ejército ruso abandonó la capital moscovita, seguido de todos sus habitantes.

Napoleón entró finalmente el 14 de septiembre en una ciudad fantasma, vacía de habitantes y de suministros. En su lugar se encontró con un atroz incendio que duró varios días y destruyó casi toda la ciudad, ya que la mayor parte estaba constituida por casas de madera.

Se atribuye al gobernador militar de Moscú, el haber dado la orden, antes de evacuar la ciudad, de que el Kremlin y los principales edificios públicos (incluidas las iglesias y monasterios) fueran volados o incendiados. Esa acción se vio después reforzada por saboteadores rusos que volvían a la ciudad, mientras que el ejército de Napoleón permaneció en ella, durante más de un mes, para seguir provocando incendios, privando de forma efectiva a los franceses de la posibilidad de abrigarse en la ciudad.

Napoleón escribió tres veces a Alejandro I, proponiéndole que capitulara. El zar ignoró las tres cartas.

La ciudad incendiada era tácticamente inútil y la cercanía del invierno hacía insostenible, mantener a cerca de cien mil soldados franceses subsistiendo duramente entre las ruinas de Moscú, por lo cual Napoleón, el 19 de octubre, inició la larga retirada de la Grande Armée.

Kutuzov utilizó tácticas de guerrillas, que en España se habían empleado con éxito contra Napoleón, para hostigar y atacar constantemente a los franceses donde estos fueran más débiles. Las tropas cosacas asaltaban y rompían las unidades francesas aisladas o descolgadas. En una de sus acciones, los cosacos por poco apresaron a Napoleón, que a partir de ese momento decidió llevar un saquito de veneno colgado del cuello.

A comienzos de noviembre, coincidiendo con el inicio del invierno, el suministro al ejército se hizo cada vez más complicado. Las praderas rusas carecían de pastos para los caballos, que al no poder alimentarse morían y eran utilizados como fuente de carne para los soldados. Si bien esta medida permitía alimentar a las tropas, las obligaba a desplazarse lentamente a pie, a través de vías embarradas e impracticables, siendo presa fácil de la hipotermia y del congelamiento en pies, piernas y brazos, lo que ralentizaba la marcha del ejército.

El 14 de diciembre de 1812, el ejército francés sería expulsado definitivamente del territorio ruso. Del temible ejército de más de seiscientos mil soldados armados, hasta los dientes, que llegaron en junio a territorio ruso, apenas regresaron entre veintisiete mil y cincuenta y ocho hombres, es decir en torno a un 10 %. La victoria total, en esta ocasión, fue de los rusos.

Mientras tanto, en España, entre 1808 y 1812, tuvo lugar una guerra de guerrillas contra el ejército francés, tras la ocupación francesa del territorio. Se estima que hubo unos treinta y ocho guerrilleros divididos en veintidós bandas, sin incluir a las de Portugal. La guerrilla dio buenos frutos, pues mantuvo hostigado y bloqueado al ejército francés, mientras que los ejércitos regulares aliados, dirigidos por el duque de Wellington también lo acosaban.

Los primeros éxitos de las fuerzas españolas se habían producido en la primavera y el verano de 1808, con la batalla del Bruch, la resistencia de Zaragoza y Valencia y, en particular, con la sonada victoria de Bailón, lo que provocó que el ejército francés evacuara

Portugal y que se retirara al norte del Ebro.

Esto dio lugar, en el otoño de 1808, a la entrada de la «Grande Armée», encabezada por el propio Napoleón, que realizó su máximo despliegue hasta mediados de 1812. La población civil, padeció los efectos de una guerra total, con saqueos, pillaje a gran escala y destrucción de la industria española, que era considerada una amenaza para los intereses franceses.

A partir de 1812, la retirada de efectivos, con destino a la campaña de Rusia, fue aprovechada por los aliados para retomar la iniciativa, a partir de su victoria en los Arapiles (el 22 de julio de 1812). Después avanzaron a lo largo de 1813 hasta los Pirineos, derrotando a los franceses en las batallas de Vitoria (21 de junio) y San Marcial (31 de agosto), e incluso invadiendo el territorio francés, constituyendo la batalla de Toulouse, el diez de 10 de 1814, el último enfrentamiento de la guerra.

Refiriéndose a esta conflagración, Napoleón, en su exilio, declaró: *La maldita guerra de España fue la causa primera de todas las desgracias de Francia. Todas las circunstancias de mis desastres se relacionan con este nudo fatal: destruyó mi autoridad moral en Europa, complicó mis dificultades, abrió una escuela a los soldados ingleses… esta maldita guerra me ha perdido*.

Tras la desastrosa retirada de Rusia y su expulsión de España, Napoleón fue derrotado en la batalla de Leipzig, en Sajonia, el octubre de 1813, y finalmente los aliados entraron en París el 30 de marzo de 1814, dando lugar a la abdicación de Napoleón el 13 de abril y a su exilio a la isla de Elba.

La dinastía borbónica fue restaurada en Francia en la persona de Luis XVIII. París, irónicamente, fue capturada por el ejército ruso y sus aliados, siendo los términos de la rendición pactados principalmente por Alejandro I de Rusia, el cual envió a un emisario para reunirse con los franceses y así apresurar la rendición.

El zar ofreció generosos términos a los franceses y declaró que él traía la paz a Francia y no su destrucción.

El 31 de marzo de 1814 Talleyrand le dio la llave de la ciudad al zar. Ese mismo día, los ejércitos de la coalición entraron en la ciudad con el zar a la cabeza, seguido por el rey de Prusia y el general Schwarzenberg.

El 2 de abril, el Senado aprobó el «Acte de Déchéance de

l'Empereur»,
declarando depuesto a Napoleón, y el 3 de abril las tropas de la Sexta Coalición tomaron Versalles y Compiègne.

Napoleón, mientras tanto, había avanzado hasta Fontainebleau y tuvo noticias de que París se había rendido. Enfurecido, quería marchar hacia la capital, pero sus mariscales no le siguieron. Los aliados rechazaron que abdicara en su hijo y le obligaron a abdicar incondicionalmente el 6 de abril. Los términos de su abdicación incluían su exilio en la isla de Elba, hacia donde partió el 20 de abril de 1814.

No obstante, un año después, el 1 de marzo de 1815 Napoleón escapó de la isla y desembarcó en Cannes. A medida que se trasladaba hacia París, fue recabando apoyos por donde pasaba, y finalmente derrocó al recién restaurado Luis XVIII, sin haber disparado un solo tiro, siendo llevado en hombros hasta el palacio de las Tullerías por la multitud enardecida.

Los aliados prepararon de inmediato sus ejércitos para enfrentársele de nuevo. Napoleón reorganizó el ejército francés y realizó una maniobra preventiva para atacar a los aliados en Bélgica. Su intención era atacar a las tropas aliadas antes de que llegaran a unirse, con la esperanza de echar a los británicos al mar y sacar a los prusianos de la guerra.

Napoleón logró inicialmente el efecto sorpresa que había esperado, pero finalmente fue derrotado en la batalla de Waterloo, en la mañana del 18 de junio de 1815, lo que le obligó a regresar a París.

Allí, Napoleón todavía se aferraba a la esperanza de la resistencia nacional, pero los cargos políticos, y el pueblo en general, le habían retirado su apoyo. Napoleón se vio forzado a abdicar de nuevo el 22 de junio de 1815. Esta vez los aliados le exiliaron a la remota isla Santa Elena, en el Atlántico Sur, donde falleció.

Las guerras napoleónicas se extendieron por Europa a lo largo de casi veinte años. Ocasionaron grandes destrozos y dieron lugar, a nivel europeo, a un gran hartazgo. Los ciudadanos sufrían las decisiones tomadas por los poderosos, en muchos casos por razones geoestratégicas que los ciudadanos no compartían, mientras que anhelaban paz y prosperidad.

La Comuna de París de 1871

La alternancia entre la revolución de 1789 y la contrarrevolución que había vivido Francia, abrió el camino a Napoleón y a las guerras napoleónicas que terminaron en 1815.

El conflicto entre república revolucionaria y monarquía absolutista se manifestó también en diversas naciones europeas.

Tras la caída de Napoleón, los aliados restauraron la dinastía de los Borbón en el trono francés. Se inició entonces el período denominado la Restauración, y que se caracterizó por una aguda reacción conservadora y por el restablecimiento de la Iglesia católica como poder político en Francia, si bien debieron aceptar ciertas libertades surgidas con la Revolución francesa.

No obstante, entre 1827 y 1830, Francia sufrió una crisis económica, industrial y agraria, debida a una serie de cosechas muy malas, que hicieron subir los precios de los alimentos básicos y del grano. Los campesinos, de todo el territorio galo, presionaron para que se rebajaran los impuestos sobre el grano, con el fin de bajar los precios y salir de su mala situación, pero el rey, presionado por los terratenientes, que estaban obteniendo altos beneficios, no lo autorizó. La crisis económica se generalizó y en las elecciones fueron ganadas por los liberales.

El rey quiso adoptar medidas para reforzar su poder, lo que dio lugar a una nueva revolución que estalló en París en 1830, impulsada por los liberales, contra lo que consideraron un intento del rey por restaurar el antiguo régimen. El resultado fue un gobierno monárquico de corte más liberal, la llamada Monarquía de Julio, que duraría desde 1830 a 1848.

A partir de 1845, Francia comenzó a sufrir una nueva crisis económica. Se cerraron fábricas, aumentaron los desempleados y el hambre se generalizó. La pequeña burguesía y los estudiantes se unieron a las protestas de los obreros, de manera que cuando el gobierno intentó utilizar a la policía y a las fuerzas armadas, estas se negaron, obligando al rey Luis Felipe de Orleans a abdicar, lo que dio paso a una breve Segunda República, que duró desde 1848 a 1852, y cuyo presidente electo fue Luis Napoleón Bonaparte.

Esta Segunda República se transformó en Segundo Imperio, mediante plebiscito de diciembre 1852, pasando Luis Napoleón a

denominarse el emperador Napoleón III. Gobernó hasta 1863 sin oposición, con el respaldo de sus triunfos en política exterior.

No obstante, su política imperialista le llevó a la guerra con Prusia, la cual derrotó a Francia. Napoleón III aceptó capitular el 2 de septiembre de 1870 y quedó como prisionero de guerra, junto con varios miles de sus soldados.

Esto dio lugar a que, el día 4 de septiembre de 1870 en París, León Gambetta, líder de la oposición republicana en la Asamblea Nacional, proclamara la Tercera República con el apoyo del pueblo que estaba irritado contra Luis Napoleón III.

Aunque el emperador francés Napoleón III se había rendido, el ejército prusiano sitió París antes de retirarse, hasta que París capituló el 28 de enero de 1871, tras vahos meses de privaciones y hambruna.

El gobierno francés pactó un armisticio con los prusianos ese veintiocho de enero, para celebrar elecciones legislativas a la Asamblea Nacional el 8 de febrero. Como resultado de ellas, la izquierda republicana solo logró ciento cuarenta escaños de los seiscientos setenta y cinco en juego, frente a los trescientos noventa y seis de los monárquicos, setenta y dos de los liberales y veinte de los bonapartistas.

Tras estos resultados, el 17 de febrero de 1871, Adolphe Thiers, fue elegido presidente provisional de Francia.

Thiers era un liberal que, en julio de 1830, se había enfrentado al rey Carlos X, quien había promulgado unas ordenanzas que abolían la libertad de prensa, la nueva cámara y creaban una nueva ley electoral más restrictiva. Thiers rechazó esas decisiones del rey y publicó un alegato en el periódico *El Nacional*, en el que decía: *El gobierno pierde hoy toda su legitimidad, y los ciudadanos no tienen por qué obedecerle. Por lo que a nosotros se refiere, resistiremos, y Francia decidirá hasta donde debe llegar nuestra resistencia*. Después, durante la Segunda República Francesa tomó una posición de republicano conservador.

Thiers, apenas elegido presidente provisional de Francia, tuvo que enfrentarse con el movimiento revolucionario que se creó el 18 de marzo de 1871: la Comuna de París.

En esa fecha, la Guardia Nacional, formada en su mayoría por individuos de las clases populares y miembros de la pequeña

burguesía, rehusó entregar sus cañones y armas pesadas a las tropas gubernamentales, y tomó el control de París, instaurando un proyecto político popular socialista autogestionario: la Comuna (el Ayuntamiento) de París.

El movimiento estaba afiliado a la Primera Internacional y pretendía utilizar al proletariado como agente de la revolución. Tenía como objetivo destruir la cultura tradicional y transformar la estructura política y económica. Quiso implantar la autogestión de las fábricas abandonadas por sus dueños, la laicidad del Estado, la obligación de las iglesias de acoger las asambleas de vecinos, la cancelación de los alquileres impagados, la abolición de los intereses de las deudas y la prohibición de la enseñanza religiosa en las escuelas. En los dos meses que estuvo autogobernándose, la Comuna, puso en marcha todas esas medidas.

La Comuna rechazó firme y violentamente someterse al gobierno provisional de la Tercera República, presidida por Adolphe Thiers, a la vez que implantaba su proyecto revolucionario en París, con intenciones de extenderlo al resto de Francia.

Ello dio lugar a una operación militar para reconquistar París, que resultó de extrema dureza, la llamada «Semana Sangrienta», que ocasionó la muerte de unas veinte mil personas.

Ante la inminente derrota por las tropas de la República, los miembros de la Comuna destruyeron un gran número de edificios y monumentos de París, incluida la Columna Vendôme que conmemoraba a Napoleón, saquearon iglesias y asesinaron a clérigos.

El 23 de mayo de 1871, antes de que cayera la última línea de defensa, la Comuna puso la guinda a ese infierno de destrucción, y al igual que hizo Hitler antes de retirarse de Varsovia, ordenó la quema del Palacio de Luxemburgo, sede del Senado francés, del Palacio de las Tullerías y del Louvre, la Casa de la Ópera de París, el Ayuntamiento, el ministerio del Interior, el ministerio de Justicia, el Palais-Royal y los lujosos restaurantes y edificios de apartamentos de la clase alta, que había a ambos lados de la Avenida Champs-Élysées. La finalidad de esos incendios fue simplemente destruir esos inmuebles antes que dejarlos caer en manos del gobierno.

Marx en su libro *La Guerra Civil en Francia* aplaude aquellos incendios: *En el momento del heroico holocausto de sí mismo, el*

París obrero envolvió en llamas edificios y monumentos. Sin comentarios.

También, en ese mismo libro, Marx manifiesta que el comportamiento de los comuneros fue mucho menos sangriento y represor que el de los republicanos, a cuyo frente estaba Thiers, que exigían que París se sometiese a la República. Que los historiadores aclaren el tema, pero ojalá los leninistas (marxistas) hubiesen tenido durante la Revolución de Octubre de 1917 y después, ese comportamiento tan presuntamente bucólico, que Marx atribuyó a la Comuna.

CONCLUSIONES

La revolución francesa, las guerras napoleónicas y la Comuna de París fueron una clara información sobre los posibles desmanes que conllevaban los procesos revolucionarios, pero por otro lado Marx también percibió la dureza social que implicaba el desarrollo industrial de su época.

La mayor parte de la población siguió viviendo en el área rural, en un contexto de pobreza, propia de aquellos tiempos, pero con las seguridades que le daban sus relaciones de vecindad y sus pequeñas producciones agrícolas y ganaderas para el autoconsumo.

Sin embargo, los inmigrantes en las zonas urbanas, desconectados de esas raíces, vivieron situaciones de miseria al irse insertando en las industrias que se iban desarrollando. Probablemente, muchos de esos nuevos emigrados a las ciudades vivían en un contexto agravado de falta de recursos alimenticios, insalubridad y desprecio social, caldo de cultivo para la acción revolucionaria.

Marx fue consciente de que la Revolución francesa quedó indisolublemente unida con el Gran Terror, con la guillotina y con el rechazo radical a la burguesía y al hecho religioso.

Debió entender que todo ese terror estimuló una fuerte reacción contrarrevolucionaria, no solo en la nobleza y en los burgueses ricos sino también en el campesinado y en las clases medias.

Las sociedades europeas percibieron la amplitud, profundidad y duración de las guerras napoleónicas que, desde 1797 a 1815,

crearon un grave conflicto entre naciones, miles de muertos entre los ejércitos contendientes y una gran destrucción, por razones que tenían poco que ver con el progreso social y económico y mucho más con el ansia de poder personal y de dominio de unos países sobre otros.

El intenso impacto de la Revolución Francesa y de las Guerras estaban muy presentes en la Europa de la época de Marx, dando lugar en unos a un gran deseo de estabilidad y orden y, en otros a considerar la actitud revolucionaria como la única capaz de cambiar las cosas.

En cuanto a la Comuna de París, tanto Marx como Engels la tomaron como un referente ejemplar y encomiable. Tuvieron plena consciencia de lo que conllevaba la actuación revolucionaria.

Engels en su trabajo *Sobre la autoridad* publicado en diciembre de 1873, reconoce que la palabra revolución estaba inequívocamente asociada a la violencia:

> Una revolución es, indudablemente, la cosa más autoritaria que existe; es el acto por medio del cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte por medio de fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios si los hay; y el partido victorioso si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por medio del terror que sus armas inspiran a los reaccionarios. ¿La Comuna de París habría durado acaso un solo día, de no haber empleado esta autoridad de pueblo armado frente a los burgueses? ¿No podemos, por el contrario, reprocharle el no haberse servido lo bastante de ella?

Asimismo, Engels, en su prólogo de 1891, al libro de Marx *La Guerra Civil en Francia*, que versa precisamente sobre la Comuna de París, señaló a la Comuna como un ejemplo de lo que sería la dictadura del proletariado.

EVOLUCIÓN DEL PENSAMIENTO DE MARX

DESDE LA UNIVERSIDAD HASTA LONDRES

El pensamiento de Marx fue evolucionando desde su llegada a la universidad y se fue plasmando en sus actitudes y en sus escritos. En mi opinión, Marx en 1848 ya había completado la esencia de su pensamiento. Sus obras posteriores no fueron otra cosa que desarrollos filosóficos complementarios a sus afirmaciones fundamentales: la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, la derogación por la violencia del orden social existente, la lucha de clases como expresión práctica del método dialéctico marxista del desarrollo de la historia humana y la dictadura del proletariado.

En 1835, a los diecisiete años, se matriculó en la Universidad de Bonn. Deseaba estudiar Filosofía y Literatura, pero su padre le insistió en que hiciera Derecho porque ofrecía un porvenir profesional más seguro. Marx dedicó poco esfuerzo a esta carrera y, debido a sus bajas calificaciones, su padre le obligó a trasladarse a la Universidad de Berlín. Allí se matriculó en la carrera de Derecho el 22 de octubre 1836 si bien asistió más a las lecciones de Filosofía y de Historia, que a las de Jurisprudencia.

Allí entró en contacto con los Jóvenes Hegelianos (los hegelianos de izquierda) los cuales, hasta 1839, se centraban en discusiones muy complejas sobre materias teológicas: dudas sobre la figura de Jesús (Strauss), negación de la religión por ser instrumento de alienación (Bauer) y Dios como invención de la mente humana (Feuerbach).

En marzo de 1841, Marx remitió a la Universidad de Jena su

tesis doctoral, *Diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y Epicuro*, escrita bajo la influencia de Bruno Bauer. La tesis examinaba las enseñanzas de estos filósofos griegos, Demócrito (460-370 a. C.) y Epicuro (341-271 a. C.), ambos con una concepción materialista del mundo. Marx abogaba, en especial, por el ateísmo de Epicuro, firme oponente a la creencia en un dios o en los dioses.

En el prefacio, Marx se identificaba, con orgullo, con Prometeo que para él era un símbolo, el mártir de la libertad, el enemigo de los dioses y el amigo de la humanidad. Prometeo tras haber cometido el «pecado» de llevar la luz a los hombres, había sido condenado a permanecer encadenado en la montaña, donde un águila le devoraba durante el día las entrañas, que se le regeneraban por la noche, volviendo al día siguiente a repetirse la tortura y así eternamente.

Marx asumía la frase de Prometeo: *Odio a todos los dioses*. Como señala Henrich Gemkow, en su biografía de Marx, *La identificación de Marx con el ateísmo era, de modo indirecto, una declaración de guerra contra el «cristiano» Estado prusiano y el sistema feudal.*

Terminados sus estudios universitarios, Marx se trasladó a Bonn con la intención de hacerse profesor, pero la presión política del gobierno que quería frenar a los pensadores revolucionarios había despojado ya en 1832 a Ludwig Feuerbach de su cátedra, y, de forma similar logró que el 29 de marzo de 1842 la Universidad de Bonn prohibiera también a Bruno Bauer enseñar, por sus críticas radicales a la religión y por su ateísmo militante.

Todo ello obligó a Marx a renunciar a la carrera docente que deseaba emprender, al amparo de Bauer, su mentor, y le impulsó a centrarse en la agitación político-filosófica, por medio del periodismo y de los artículos de opinión.

En mayo de 1842, Bauer y Marx comenzaron a escribir en el recién fundado periódico *La Gaceta Renana* creado, como

adversario de tendencia liberal moderada a la conservadora *Gaceta de Colonia*, cuyo primer número había salido el 1 de enero de 1842. El nuevo periódico tuvo inicialmente un éxito considerable. Marx colaboró con entusiasmo y el 15 de octubre de 1842 se le nombró redactor en jefe, con un buen sueldo.

Los artículos y reportajes de Marx, muy apreciados por los lectores, estaban plenamente imbuidos de las ideas de Hegel. No obstante, el apoyo al periódico eran las clases medias de Renania, cuya reivindicación política fundamental no pasaba más allá de solicitar una monarquía constitucional ilustrada.

La tendencia revolucionaria del periódico fue acentuándose bajo la jefatura de redacción de Marx, si bien este consideraba que el radicalismo de muchos de sus amigos era una provocación vana, cuyo único resultado real era asustar a las clases medias y disminuir con ello la posibilidad de llevar a cabo un cambio de la sociedad alemana. Por ello comenzó a censurar las colaboraciones de algunos de sus viejos amigos.

En noviembre de 1842, tuvo su primer encuentro, desagradable con Engels, en las oficinas del Rheinische Zeitung. Marx reprobaba entonces los artículos extremistas de los intelectuales radicales, entre los que se encontraba Engels, pues creía que podían poner en peligro el periódico, propiedad de unos comerciantes liberales de Colonia. La crisis estalló en noviembre de 1842, llevando a la ruptura definitiva entre Marx y los jóvenes hegelianos berlineses.

El radicalismo de la posición de Marx en esos tiempos no debe exagerarse. En comparación con otros jóvenes hegelianos sus puntos de vista, especialmente después de la prohibición de enseñar dictada contra Bauer, eran bastante moderados.

Los jóvenes hegelianos berlineses, con Edgar, el hermano de Bruno Bauer a la cabeza, habían adoptado posiciones mucho más radicales, criticando sin piedad a todos aquellos que no estaban dispuestos a pasar a una lucha abierta contra la monarquía. Marx, sin embargo, asumió una posición bastante ambigua, incluso respecto a las protestas contra la destitución de Bruno Bauer.

No obstante, la línea del periódico había empezado a finales de 1842 a cuestionar la capacidad del Estado para representar los intereses generales, lo cual era según la filosofía hegeliana el papel central que se atribuía al Estado. Todo ello llevó a que el gobierno

prusiano empezara sometiendo el periódico a censura y a que más tarde decidiera suprimirlo totalmente.

Como consecuencia, a partir del 1 de enero de 1843, Marx se vio obligado a abandonar su puesto de redactor jefe, pero su salida tampoco logró salvar al periódico, al que se le retiró su licencia de publicación a partir del 21 de marzo de 1843.

En mayo de ese mismo se casó con su prometida Jenny von Westphalen. La madre de Jenny les dio algo de dinero de una herencia que acababa de recibir y les prestó su casa para vivir.

Arnold Ruge le visitó y le propuso que se trasladara a París y que desde allí fuera codirector con él de una nueva revista de tendencia radical «*Anales Francoalemanes*», que se vendería en Alemania y Francia. La propuesta era interesante y el sueldo, mil ochocientos francos, bueno. Sería el propio Arnold el que financiaría la publicación. Por ello los Marx, en otoño de 1843, se trasladaron a París.

Sin embargo, la revista solo llegó a publicar su primer número, del tamaño de un libro grueso porque su contenido irritó profundamente al gobierno prusiano que ordenó la confiscación de los ejemplares, allá donde se encontraran.

También surgieron discrepancias ideológicas entre Ruge, demócrata liberal reformista, y Marx, que en sus artículos se empezó a mostrar como un revolucionario, que proclamaba la necesidad de una crítica implacable a todo lo existente.

Marx creía que los Anales podrían haberse abierto camino a pesar de las dificultades, pero la firmeza del gobierno prusiano y la renuncia de Ruge a seguir financiando el proyecto, descartó la posibilidad de publicar otro número.

No obstante, había que abonar los gastos de edición del número ya publicado y además Jenny, la esposa de Marx, se encontraba embarazada. Afortunadamente los compañeros de la época de Rheinische Zeitung, enviaron en marzo mil táleros, y más tarde, ochocientos francos, para pagar los cien ejemplares confiscados de los Anales.

En 1844, en el primer número de los *Anales Francoalemanes*, Marx había publicado «Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel» que, fundamentalmente, se centraba en una crítica feroz a la religión, a la cual había que eliminar. Decía:

> La miseria religiosa es al mismo tiempo la expresión de la miseria real y la protesta contra ella. La religión es el sollozo de la criatura oprimida, es el significado real del mundo sin corazón, así como es el espíritu de una época privada de espíritu. Es el opio del pueblo.
>
> La eliminación de la religión como ilusoria felicidad del pueblo, es la condición para su felicidad real. El estímulo para disipar las ilusiones de la propia condición es el impulso que ha de eliminar un estado que tiene necesidad de ilusiones. La crítica de la religión, por lo tanto, significa en germen la crítica del valle de lágrimas del cual la religión es el reflejo sagrado.
>
> La religión es meramente el sol ilusorio que gira alrededor del hombre, hasta que este no gire en torno a sí mismo.
>
> Ser radical significa atacar las cuestiones en la raíz. (Hay que tomar) como punto de partida la eliminación de la religión.

A continuación, hacía un cierto elogio de Lutero que *ha liberado al hombre de la religiosidad de apariencia y lo ha recluido en la religiosidad de la intimidad*.

Pero, no nos engañemos, lo que Marx elogiaba no es la visión del cristianismo que aportó Lutero, sino el hecho de que Alemania se hubiera liberado de Roma, ya que *el día antes de la Reforma, la Alemania oficial era la sierva más completa de Roma*.

El resto del artículo, la mayor parte de sus siete mil palabras incurre en el frecuente estilo farragoso y oscuro de Marx. Hila unas frases con otras, incluye sutilezas, pero sin llegar a mostrar conclusiones precisas. Para ello, lector, será necesario esperar al Manifiesto Comunista de 1848.

Durante su estancia en París, Marx se hizo comunista, tras haber dedicado un tiempo a estudiar economía. Allí escribió los *Manuscritos económico-filosóficos*, también llamados «Cuadernos de París», que solamente serían publicados en 1932, cincuenta años después de su muerte.

En ellos Marx dice que el trabajador sufre cuatro tipos de alienación. Está alienado del producto de su trabajo, ya que este

queda en manos del empresario para el que trabaja. Está alienado del trabajo, pues vende su fuerza de trabajo al empresario, que es quien le dice, haz esto o aquello. Está alienado de la especie humana, ya que, al vender su trabajo ha vendido lo más importante y diferencial de la naturaleza humana. Finalmente, está alienado de los demás hombres, ya que, al estar alienado de su especie, el trabajador no es un ser humano, y, por tanto, no es realmente libre para relacionarse con sus compañeros.

Llegó también a la conclusión de que el trabajo era una mera mercancía, el salario del trabajador era de mero nivel de subsistencia y que la sociedad capitalista conlleva la explotación del trabajador, independientemente de la bondad del empresario. Todas estas ideas se incluirán, en 1867, en el primer tomo de *El Capital*.

En septiembre de 1844, Federico Engels llegó a París por unos días y se reencontró con Marx. Esta vez, a diferencia de las discrepancias que tuvieron en noviembre de 1842, surgió entre ambos una gran empatía que duró toda su vida. A partir de ese momento trabajaron en gran unidad, con un Marx predominante, al que Engels respetaba plenamente. Marx era la profundidad y la intensidad. Engels aportaba perseverancia y gran claridad intelectual, que se plasmaba en textos mucho más fáciles de leer que los elaborados por Marx.

Ambos tomaron conjuntamente parte activa en la vida de los grupos revolucionarios de París donde conocieron al anarquista Proudhon cuya obra *La propiedad es un robo* (1840) estaba muy en boga en esos ambientes. Marx y Engels simpatizaron con esas ideas de Proudhon, pero después discreparon respecto al uso de la violencia en el proceso de cambio.

Pierre-Joseph Proudhon, fotografiado por Nadar en 1862.

El 25 de enero de 1845 un policía llamó a la puerta de Marx, en la calle Vaneau y le entregó una orden de expulsión de Francia, dictada a instancias del gobierno prusiano que no toleraba que Marx, desde París, hiciera mediante sus escritos, un llamamiento a la revolución en Alemania.

Así, el uno de febrero, Marx sería expulsado de Francia y se trasladó a Bruselas, donde solicitó permiso para residir en Bélgica que le fue concedido, pero *con la prohibición de escribir sobre*

política.

En 1845 Engels se instaló también en Bruselas, en una casa contigua a Marx. Ese año, en colaboración con él, publicó *La sagrada familia*, una obra crítica e irónica en contra de las posiciones idealistas defendidas por Bruno Bauer y sus seguidores. Es una obra compleja con frases difíciles de entender. Parece que, con sus malabarismos, quisiera ocultar el mensaje que pretendía dar.

La discrepancia filosófica con Bauer se centraba en que este se limitaba a defender el ateísmo y a criticar a la religión como una fuente de opresión y de coacción de la libertad de los individuos. Bauer denunciaba el hecho de que pertenecer a un grupo religioso u otro, judío, católico, luterano, calvinista,
etc.
era, según el lugar donde se viviera, fuente de discriminación o de aceptación social, que no tenía nada que ver con el valor del individuo mismo.

Marx consideró válida, pero insuficiente, esta crítica de Bauer a la religión. Reconocía que la religión es una fuente de coacción y de alienación, pero que su eliminación no es la clave para impulsar el cambio que necesita la sociedad. Marx opinaba que la mera separación entre religión y Estado no basta para superar la alienación de los individuos y grupos.

En la primavera de 1845 Marx continuó su actividad política e intelectual, plasmada en su breve pero clara obra *Tesis sobre Feuerbach*. Fue publicado por primera vez por Friedrich Engels en 1888, como apéndice a la edición de su *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana.*

Marx, inicialmente, se había sentido atraído por las ideas de Feuerbach, el cual no solamente apoyaba el ateísmo, sino que además aportó la idea de que Dios era una creación del ser humano, que se engañaba y alienaba de sí mismo, creando un Dios imaginario, colmándole de atributos que en realidad eran atributos del hombre.

Feuerbach consideraba que el proceso de cambio social se lograría mediante el amor, palabra que aparece cuatrocientas noventa y tres veces en su libro «La esencia del cristianismo».

En *Tesis sobre Feuerbach*, Marx señalaba que este, *arranca de*

la auto alienación religiosa, del desdoblamiento del mundo en un mundo religioso, imaginario, y otro real […] No advierte que, después de realizada esta labor, queda por hacer lo principal.

Feuerbach se había declarado materialista al afirmar que el ser humano no era una creación de Dios, sino que, por el contrario, era el ser humano el que, mediante su fantasía, había creado a Dios. Esta idea había gustado mucho a Marx.

Sin embargo, a pesar de ello, Marx lo tildaba de idealista, porque Feuerbach consideraba que el cambio social se podía lograr a través del amor y de los valores del hombre.

Marx señalaba que Feuerbach *no ve por tanto que el «sentimiento religioso» (los ideales, el amor) es también un producto social,* que emana de su realidad material económica y que el cambio, no se lograría apelando al aspecto humanitario y amoroso del hombre sino cambiando las condiciones económicas de la sociedad.

Marx decía, en su *Tesis sobre Feuerbach* que *la modificación de las circunstancias y de la actividad humana solo puede concebirse y entenderse racionalmente como práctica revolucionaria*.

Y añadía (Feuerbach) *no comprende la importancia de la actuación revolucionaria* y concluía con su conocida frase: *Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo*.

Entre 1845 y 1846, Marx, en colaboración con Engels, redactó *La ideología alemana*, que al igual que los Manuscritos económico-filosóficos, no se publicaría hasta 1932.

Contiene elementos fundamentales de la concepción materialista de la historia y de otros temas que se publicaron en otros libros, tales como *La Sagrada Familia* (1845), *Contribución a la crítica de la Economía Política* (1859) y *Feuerbach y la filosofía clásica alemana* (1888).

Sobre la concepción materialista de la historia, «La ideología alemana» expresa que toda sociedad cuenta con dos planos. Uno, la infraestructura, que se manifiesta en la estructura de la propiedad y las fuerzas productivas (los trabajadores) y, otro la superestructura, o conjunto de instituciones jurídicas, políticas, religiosas y culturales, que han emanado de la infraestructura y que tienen

como finalidad principal justificarla y perpetuarla.

De estos dos niveles el real, el auténtico, el importante, es la infraestructura, el económico. Al cambiar este factor cambia la superestructura, la cual no es otra cosa que un invento para justificar la existencia de la infraestructura: por ejemplo, el derecho a la propiedad que sirve para justificar la existencia de la propiedad privada de los medios de producción.

Las afirmaciones de Marx y Engels en *La ideología alemana* son muy contundentes: *Lo que los individuos son depende… de las condiciones materiales de producción… condiciones… independientes de su voluntad.*

No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia.

En suma, el cambio no surge, como diría Feuerbach, del corazón de los individuos, sino de la realidad económica. Por tanto, cambiemos esta y cambiará la conciencia de los individuos y podrán salir de su alienación.

También en *La ideología alemana* Marx diseña un mundo ideal, en el que cada uno se dedicará a su actividad preferida, ya que el estado ideal comunista se encargará de suministrarle todo lo que necesita:

> En efecto, a partir del momento en que comienza a dividirse el trabajo, cada cual se mueve en un determinado círculo exclusivo de actividades, que le viene impuesto y del que no puede salirse; el hombre es cazador, pescador, pastor o crítico, y no tiene más remedio que seguirlo siendo, si no quiere verse privado de los medios de vida; sin embargo, en la sociedad comunista, donde cada individuo no tiene acotado un círculo exclusivo de actividades, sino que puede desarrollar sus aptitudes en la rama que mejor le parezca, la sociedad se encarga de regular la producción general, lo que hace cabalmente posible que yo pueda dedicarme hoy a esto y mañana a aquello, que pueda por la mañana cazar, por la tarde pescar y por la noche apacentar el ganado, y después de comer, si me place, dedicarme a estudiar, sin necesidad de ser exclusivamente cazador, pescador, pastor o estudiante, según los casos.

En 1845-46, Engels había escrito, juntamente con Marx, el libro *Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, pero habían dejado apartado el manuscrito para dedicarse a otros temas que consideraban más prioritarios. Finalmente, Engels, lo publicó en 1888.

El libro señala que las luchas políticas en la historia *son luchas de clases y que todas las luchas de emancipación de clases… giran en último término en torno a la emancipación económica*, tesis que sería un elemento central del Manifiesto que ambos escribieron en 1848.

Marx, que inicialmente había simpatizado con Proudhon, durante su estancia en París en 1844, tuvo una profunda discrepancia con él, debido al rotundo rechazo de Proudhon a la vía violenta. En efecto, en carta de 17 de mayo de 1846, Proudhon le escribió:

> Querido
> Sr.
> Marx, busquemos juntos, si usted quiere, las leyes de la sociedad, … pero ¡por Dios!, después de haber demolido todos los dogmatismos *a priori*, no soñemos a nuestra vez con adoctrinar al pueblo; … Aplaudo con todo mi corazón su pensamiento de someter un día a examen todas las opiniones; sostengamos una buena y leal polémica; demos al mundo el ejemplo de una tolerancia sabia y previsora; … no nos convirtamos en los jefes de una nueva intolerancia, no nos situemos como apóstoles de una nueva religión, aunque esta religión fuese la religión de la lógica.

Proudhon había escrito en 1846 el libro *Filosofía de la miseria*. Marx, en 1847, escribió *Miseria de la filosofía*, dándole la vuelta al título del libro y descalificándolo con ácida ironía:

> El señor Proudhon tiene la desgracia de verse incomprendido de singular manera en Europa. En Francia se le reconoce el derecho de ser un mal economista, porque tiene fama de ser un buen filósofo alemán. En Alemania se le reconoce el derecho de ser un mal filósofo, porque tiene fama de ser un

economista francés de los más fuertes.

La actitud despreciativa de Marx hacia Proudhon justifica que hoy se le pague a Marx con la misma moneda, y que se cuestione firmemente la presunción científica, que dio, y que los marxistas siguen dando hoy, a su obra. ¿De verdad Marx aportó luz verdadera sobre la economía? ¿Cabe hoy considerar a Marx un economista de primera?

La validez científica de toda teoría requiere que, cuando se experimente en el laboratorio, o se observe en la realidad, coincidan las previsiones con los resultados. Hoy resulta obvio, tras la plasmación reiterada de las ideas de Marx en regímenes de pobreza económica, que el pretendido «cientifismo» de sus ideas, no se sostiene. Las experiencias de «laboratorio» no cuadran con el cuadro idílico previsto.

¿Cuál es hoy el valor de Marx como filósofo y como economista? ¿Son correctas sus teorías económicas? ¿Contribuye su filosofía a construir una Humanidad mejor?

En 1846 Marx y Engels fundaron, en Bruselas, el Comité Comunista de Correspondencia, el cual como hemos comentado antes al hablar de Moses Hess, en su primer Congreso, celebrado en Londres en junio de 1847 se integró con la Liga de los Justos que pasó a denominarse Liga Comunista y adoptó un significativo cambio de lema, sustituyendo el de «Todos los hombres son hermanos» por «¡Proletarios de todos los países, uníos!».

Resulta curioso que la fraternidad universal pasara a segundo plano y que lo importante fuera que los proletarios se unieran para hacer la revolución.

En los estatutos de la Liga Comunista se declaró que su meta era: *El derrocamiento de la burguesía, el dominio del proletariado, la abolición de la antigua sociedad burguesa que se basa en el antagonismo de clases, y la fundación de una nueva sociedad sin clases y sin propiedad privada.*

También decían esos estatutos que la Liga Comunista sería democrática, pero con una organización estricta, militante, con dirigentes elegidos, sometidos a la constante posibilidad de remoción, lo cual suena muy bien, pero deja la puerta abierta a la arbitrariedad constante de la remoción, sin garantías de que esas

decisiones estuviesen bien fundadas y adoptadas por un órgano previamente bien definido.

En noviembre de 1847, también en Londres, Marx y Engels tuvieron una participación destacada en el II Congreso de la ahora llamada Liga Comunista, en la que recibieron el encargo de redactar el que sería el famoso Manifiesto Comunista, que apareció en febrero de 1848 y que es una obra crucial para entender el marxismo. A su contenido dedicamos un capítulo específico.

Apenas se había secado la tinta del *Manifiesto Comunista*, cuando estalló la Revolución de febrero de 1848 en Francia contra la Monarquía Constitucional de Luis Felipe. Marx, que había recibido recientemente una herencia de su padre de seis mil francos, utilizó una gran parte de este patrimonio familiar para comprar armas para los trabajadores belgas, que estaban planeando acciones revolucionarias. El ministerio de Justicia belga lo acusó de ello y posteriormente lo arrestó y le ordenó salir del país.

Esta expulsión no molestó a Marx porque precisamente se preparaba para trasladarse a París, ya que Flochón, miembro del gobierno provisional francés, en carta de uno de marzo de 1848, le había invitado a venir: *Querido y valiente Marx: La República francesa es el refugio de todos los amigos de la libertad. La tiranía le desterró a usted; la libre Francia le abre sus puertas, como a todos los que luchan por la sagrada causa de la fraternidad de los pueblos*.

A finales de mayo de 1848, ayudado por Engels, reunió a los miembros de la «Liga Comunista», y les facilitó la posibilidad de volver a Alemania y de participar en la Revolución alemana.

Marx y Engels volvieron a Renania, donde tomaron en sus manos la fundación del periódico que proyectaba crearse en Colonia, *La Nueva Gaceta Renana*, que empezó a publicarse el 1 de junio de 1848, siendo Marx su redactor jefe.

La censura, los procesos judiciales, las dificultades financieras y, sobre todo, la derrota de la insurrección de mayo de 1849, acabaron con el periódico, que cerró el día diecinueve de ese mismo mes.

Marx se trasladó de nuevo de Alemania a París donde no presenció la victoria que esperaba de la República Roja, sino, por el contrario, la victoria de la contrarrevolución. En efecto, cuando en junio el proletariado amenazó el orden social, la pequeña y la gran

burguesía se unieron y reaccionaron ante el riesgo de la subversión y revolución proletaria.

En julio de 1849, Marx fue desterrado a la Bretaña francesa, y, finalmente expulsado de Francia, por lo que se dirigió a Londres, adonde llegó el 26 de agosto de 1849. Allí, tras el agitado período, con continuos cambios de residencia, que había vivido desde 1845, se estableció de forma permanente hasta su muerte. Desde Londres realizó algunos viajes, relacionados con la salud y visitas familiares a Francia y a Alemania.

SU SITUACIÓN ECONÓMICA

Aportemos algunos breves datos sobre la situación económica y social de Marx desde su llegada a Londres en agosto de 1849, con su esposa Jenny, su familia y su criada Elena.

Su situación inicial fue muy dura y miserable. Se instalaron, en muy malas condiciones, en un pobre y pequeño apartamento de dos habitaciones, perseguidos constantemente por el impago de las deudas y préstamos que solicitaban.

En 1850 Engels, trasladó su residencia definitiva a Gran Bretaña, tras sus aventuras militares y revolucionarias en Alemania. Allí obtuvo un empleo bien remunerado en la fábrica de la que era socio su padre en Manchester.

A partir de ese momento Marx y su familia contaron con una modesta ayuda económica de Engels de cinco libras al mes, a lo que Engels también añadía «préstamos» extraordinarios a Marx, el cual, mientras tanto, se dedicaba a la actividad política y a escribir y publicar sus obras.

Afortunadamente, de 1851 a 1860, Marx también contó, con otra fuente de ingresos, una colaboración con el *New York Daily Tribune*, de dos artículos por semana, por cada uno de los cuales recibía al principio una libra y más tarde, dos. También en esto le ayudó Engels que fue quien redactó ciento nueve de los trescientos veintiuno artículos publicados en nombre de Marx.

En 1856, siete años después de su llegada a Londres, su situación mejoró radicalmente, al recibir la herencia de la madre de Jenny, lo que les permitió dejar su pequeño apartamento de dos habitaciones.

Se mudaron a una casa de dos pisos y siete habitaciones en Hampstead Hill, un barrio nuevo de Londres, lugar de excursión de los londinenses. Las hijas pudieron ir entonces a una buena escuela privada, tomaron clases de francés, canto, dibujo,
etc.

En 1860 se suspende la cooperación con el *New York Daily Tribune* por la Guerra Civil americana. Marx pide, logra y recoge ciento sesenta libras de un tío suyo, a cuenta de la futura herencia de su madre. Finalmente regresa a Londres el 29 de abril de 1861. Tras unos meses se les acaba de nuevo el dinero y vuelven a recurrir a Engels, cuya situación económica había empeorado y no podía darles más. No obstante, consiguió otros préstamos y, finalmente, también otro, de cien libras, del propio Engels.

A finales de 1863 muere la madre de Marx y este viaja en diciembre a Tréveris, donde, tras los trámites de herencia consigue unas ochocientas cincuenta libras, con las que regresa a Londres en febrero de 1864. A eso se une la herencia que le deja un amigo soltero de unas setecientas libras y además otras cuatrocientas que Marx ganó jugando en bolsa.

Todo eso le permite un cambio aún más radical de estándar de vida. Se mudan a una casa de tres pisos, frente a un parque y en un barrio agradable en Haverstock Hill, en el norte de Londres. En octubre de 1864, ofrecen un baile en su residencia, con orquesta y camareros profesionales.

Sin embargo, en 1866, gastan demasiado y, Marx escribe a Engels una carta muy de estilo burgués *Reconozco que nuestro alquiler está por encima de mis medios y que en estos últimos tiempos hemos vivido mejor que antes. Pero es la única manera de que mis hijas puedan hacer buenas relaciones y vivir en condiciones de asegurarles un futuro*. Engels le envía sesenta libras. Pero no será suficiente y Jenny tiene que volver a pedir prestado y a retrasarse en el pago de las deudas.

En 1867, Engels adelanta a Marx treinta y cinco libras para que lleve el manuscrito de *El Capital* a Hamburgo, donde reside su editor. Viaja allí en abril. Finalmente, en septiembre se lanza una edición de mil ejemplares, que apenas se vende.

En 1869, Engels, tras el fallecimiento de su padre, recibe una cuantiosa herencia de diez mil libras. Además, vende a sus socios su

parte en el negocio y obtiene con todo ello un capital importante, que le permitirá mantenerse como rentista y además ayudar a Marx. Hace un acuerdo con este por el cual asume las deudas que Marx tuviera pendientes y le da una asignación anual de 350 libras, pagaderas por trimestres.

Tras hacerle la segunda entrega Marx aparece con una deuda «pendiente» de setenta y cinco libras. Engels lo acepta, pero le avisa: *Los arreglos que hemos hecho no dejan margen para extravagancias*.

En suma, desde que se instalaron en Gran Bretaña, en 1849, vivieron unos años de miseria hasta 1856; luego una etapa acomodada razonable y finalmente, a partir de 1864, una situación familiar acomodada, que incluía una casa de tres pisos, más, desde 1869, una muy digna asignación económica regular de 350 libras anuales que le pasaba Engels.

SU OBRA DESDE 1849

Tras este inciso sobre la situación económica de Marx y su familia que consideramos importante para tener una mejor compresión del personaje, volvemos a centrarnos en el desarrollo de sus ideas, reflejadas en su obra escrita.

En 1852, el 5 de marzo, Marx, escribe una carta muy significativa e importante a Joseph Weydemeyer, militar, periodista e importante colaborador suyo en la creación de la Liga Comunista en Alemania, en la que le decía: *Lo que yo he aportado de nuevo ha sido demostrar… que la lucha de clases conduce, necesariamente, a la dictadura del proletariado*. No obstante, Marx evitó usar esta denominación en sus libros y artículos.

En 1859, Marx publicó su obra *Contribución a la crítica de la economía política* en la que aborda temas económicos, tales como el valor de las mercancías, el dinero y la formación del capital, entre otros. Esboza así puntos claves de su obra cumbre, *El Capital*, que publicará en 1867.

No obstante, lo más conocido de esta obra es su prefacio, en el que retomó, desarrolló y expresó con mayor claridad ideas claves

que aparecían en los manuscritos de *La ideología alemana* obra que, como se ha indicado, solamente sería publicada más tarde, en 1932.

En el citado prefacio a *Contribución a la crítica de la economía política* se expresan ideas tales como:

- Al margen de los ideales que tengan los individuos *en la producción social de su vida los hombres establecen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad… que corresponden a una fase determinada de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales*.
- *El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social.*
- De ellas, se deriva la toma de conciencia porque *no es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, es el ser social el que determina su conciencia*. En suma, es el contexto económico el que nos hace que pensemos lo que pensamos; no es lo que pensamos lo que cambia el contexto social y económico.
- *Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción, esto es con las relaciones de propiedad… y se abre así una época de revolución social.*

En diciembre de 1860, Marx escribió a Engels sobre la teoría de Darwin, elogiando *El origen de las especies*, publicado en noviembre de 1859, y diciéndole (este es) *el libro que contiene los fundamentos de historia natural para tu punto de vista sobre el materialismo histórico.*

En enero de 1862, Marx en una carta dirigida al filósofo socialista Ferdinand Lasalle, escribió: *El libro de Darwin es muy importante y me sirve como base científica natural para la lucha de clases en la historia*.

Más adelante, en 1876, Engels escribirá un pequeño opúsculo *El*

papel del trabajo en la transformación del mono en hombre, en el cual señala que fue el trabajo y el uso de herramientas primitivas lo que llevó al mono a evolucionar a hombre, dio lugar al lenguaje y, finalmente hizo que apareciera la conciencia de sí mismo.

El 28 de septiembre de 1864 se fundó en Londres la Asociación Internacional de los Trabajadores que sería conocida también como la «Primera Internacional». Marx trabajó para crear un grupo central de revolucionarios, estrictamente disciplinados, que movilizaran a los trabajadores hacia la insurrección.

Mijail Bakunin, el gran anarquista ruso, criticó a Marx por intentar convertir la
AIT
en un instrumento para la causa ideológica marxista, en lugar de una institución para representar a los trabajadores. Tuvo muchos apoyos y se oponía a Marx en dos puntos clave: a) rechazaba el camino de la dictadura del proletariado, porque consideraba que la igualdad sin libertad significa despotismo de Estado y b) propugnaba el cooperativismo frente al colectivismo.

En 1867, Marx publicó el primer tomo de *El Capital*. Los dos restantes volúmenes fueron publicados póstumamente por Engels, en 1885 y 1894.

Desde el punto de vista teórico, esta obra es el pilar central del marxismo, ya que, según Marx y Engels, la economía es el núcleo real de la sociedad humana.

El Capital, en síntesis, defiende la teoría de que siempre que existe propiedad privada de los medios de producción (tierras, locales, maquinaria,
etc.
) se explota al trabajador, independientemente de la voluntad del propietario.

Basa su justificación en dos teorías claves: la teoría del valor trabajo y la teoría de la plusvalía. Pretende con ellas demostrar que existen tres leyes que rigen el sistema capitalista: la ley decreciente de la tasa de beneficio; la ley de concentración del capital y la ley de empobrecimiento de la población proletaria.

Esas tres leyes explicarían que la sociedad capitalista camina hacia una etapa final, en la que quedaría un pequeño grupo de propietarios de todo el capital, frente a una masa empobrecida,

desempleada y hambrienta, lo que daría lugar a una revolución violenta, que acabaría con el sistema capitalista. Ese conflicto llegará de forma inevitable, por tanto, vale la pena adelantarse y hacer la revolución ya, cuanto antes.

La importancia de *El Capital* en el pensamiento marxista justifica que le dediquemos en esta obra un capítulo específico, para dar una explicación detallada y clara de sus teorías y de sus errores.

En 1871, la rama francesa de la Primera Internacional lanzó la primera revolución comunista, la Comuna de París. Desde el 18 de marzo al 28 de mayo, la revolución creó un poder independiente en la Comuna de París (el Ayuntamiento de París) y obligó al gobierno republicano francés a someterla por la fuerza.

Todo ello había ocurrido tras la derrota del Segundo Imperio de Luis Napoleón III ante Prusia, que forzó a Francia a capitular, a aceptar las condiciones de restauración de la República y el compromiso de pago de indemnizaciones de guerra.

Marx organizó manifestaciones de apoyo y escribió en mayo de 1871 La *Guerra Civil en Francia*, que se publicó en Gran Bretaña, en forma de folleto a mediados de junio de 1871, y a lo largo de 1871-1872 en Europa y en los EE. UU.

En él, Marx manifestaba su apoyo a la rebelión de la Comuna, con diversos argumentos, plenamente falaces, como ahora veremos.

Por ejemplo, cuando la República le pide a la Comuna que la Guardia Nacional entregue los cañones, Marx arguye que los *cañones habían sido adquiridos por suscripción abierta entre la Guardia Nacional. Se les habían reconocido oficialmente como propiedad privada suya*. Pero ¿no estaba Marx en contra de la propiedad privada? Si ante la Nación francesa, la Comuna esgrimía su presunto derecho a tener su «propia propiedad» ¿por qué no admitir que ese derecho también lo podrían esgrimir otros colectivos (la Iglesia, los vandeanos, etc.) e incluso los propios individuos?

> La clase obrera de Francia, se había levantado en armas contra el intento… de restaurar y perpetuar aquel viejo Poder que les había sido legado por el Imperio y se había

> deshecho del ejército, sustituyéndolo por una Guardia Nacional, cuyo principal contingente lo formaban los obreros.

En suma, Marx consideraba que todo lo que procediera de un levantamiento, en el que hubiera obreros, y tuviera finalidad revolucionaria era legítimo. Pero si se trataba de obreros antirrevolucionarios no les reconocería legitimidad. Marx siempre daba por legítima la violencia cuando se utilizaba para crear el ideal marxista.

Marx dejó también muy claro el propósito final de la Comuna: *No se trataba de destruir la unidad de la nación, sino, por el contrario, de organizarla, mediante un régimen comunal, convirtiéndola en una realidad al destruir el Poder del Estado*.

Ante esta situación, parece coherente que, ante el intento de la Comuna de destruir el poder del Estado, fuera la República francesa la que optara por someter a la Comuna de París por las armas, ya que el movimiento comunal no aceptaba una sumisión pacífica al gobierno de la República.

La Comuna anticipó también lo que más tarde hizo realidad el comunismo soviético, *el régimen comunal colocaba a los productores del campo bajo la dirección intelectual de las cabeceras de sus distritos*. Es decir, una nación sometida, primero a los soviets y luego al partido.

> La Comuna era, esencialmente, un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta, que permitía realizar la emancipación económica del trabajo.

Es decir, la lucha de clase legitima el resultado. Pero ¿y si el proletariado pierde la lucha? ¡Ah, no! En ese caso no. El marxismo solamente asume los resultados si le son favorables.

> La Comuna había de servir de palanca para extirpar los cimientos económicos sobre los que descansa la existencia de las clases […] Sí, caballeros, la Comuna pretendía abolir esa propiedad de clase, que convierte el trabajo de muchos en la riqueza de unos pocos.

Es decir, abolir la propiedad privada, mediante el uso de la fuerza, pero eso sí, siempre en nombre de la justicia social.

> La Comuna era pues la verdadera representación de todos los elementos sanos de la sociedad francesa.

Obviamente los que no estaban a favor de ella eran los elementos podridos. Marx legitima a los suyos. De los demás se puede prescindir.

> En el momento del heroico holocausto de sí mismo, el París obrero envolvió en llamas edificios y monumentos. Cuando los esclavizadores del proletariado descuartizan su cuerpo vivo, no deben seguir abrigando la esperanza de retornar en triunfo a los muros intactos de sus casas. El gobierno de Versalles grita: «¡Incendiarios!», y susurra esta consigna a todos sus agentes, hasta en la aldea más remota, para que acosen a sus enemigos por todas partes como incendiarios profesionales.
>
> La Comuna se sirvió del fuego pura y exclusivamente como medio de defensa.
>
> La Comuna sabía que a sus enemigos no les importaban las vidas del pueblo de París, pero que, en cambio, les importaban mucho los edificios parisinos de su propiedad.

Como ya se indicó, Marx justificó ese destruir para dañar. Lo mismo que hizo Hitler cuando ordenó a las
SS
destruir todos los edificios de Varsovia en su retirada en 1944.

> La ejecución por la Comuna de los sesenta y cuatro rehenes, con el arzobispo de París a la cabeza.

Marx también la justifica porque considera que los otros hacían lo mismo.

Marx señala que, después de la sangrienta batalla de la Comuna *ya no puede haber paz ni tregua posible entre los obreros de Francia y los que se apropian del producto de su trabajo*.

Es decir, Marx al rechazar la paz deja la acción revolucionaria como la única vía posible futura.

Concluye Marx su libro señalando que *los gobiernos de Europa, atestiguan así, ante París, el carácter internacional de su dominación de clase, braman contra la Asociación Internacional de los Trabajadores… como la fuente principal de todos estos desastres*.

En ningún momento sugiere Marx que el camino de la violencia sea rechazable y, sin embargo, critica que «bramen» contra la Asociación Internacional de Trabajadores, que propugna la violencia revolucionaria.

Para Marx la violencia era el instrumento necesario, inherente a su pensamiento, aunque procuraba no decirlo abiertamente.

En 1872 se celebró en La Haya, el Congreso de la Primera Internacional. En él se acordó sacar la sede de Europa y trasladarla a New York, lo que era una forma de desactivarla.

En la última votación, cuando ya un tercio de los representantes se habían marchado, se votó la expulsión de Bakunin, al cual Marx acusaba de ser agente del zar y de cobrar por ello veinticinco mil francos anuales, acusaciones que carecían de fundamento, pero que en el futuro fueron de uso frecuente para expulsar o eliminar a los discrepantes.

Al día siguiente de terminar el Congreso de La Haya, se celebró otro en Saint-lmier, en el Jura suizo, con delegados de Italia, España, del Jura, en el que las secciones francesas, belgas, americana y holandesa se negaron a reconocer la expulsión de esa federación, lo que dejó corta vida a la Primera Internacional, que se disolvió en 1876, justo el mismo año en que falleció Bakunin.

En 1875, Marx escribió *Crítica del programa de Gotha*, que no se publicó hasta 1891. Sus «glosas o notas marginales» constituyen la parte principal de ese opúsculo de doce mil palabras. Son un ejemplo de cómo, incluso cuando Marx escribe en textos no muy largos, retuerce las frases y hace difícil entender su sentido, que podría haberse redactado de forma mucho más sencilla.

No obstante, contiene ideas importantes en las que visualiza con palabras, incluso poéticas, un futuro ideal comunista de riqueza abundante compartida, con el criterio de a cada uno *según sus necesidades* y, colaborando cada uno *según sus capacidades*.

El libro deja claro que para llegar a la sociedad comunista habrá que pasar por la dictadura del proletariado. Sin embargo, no se publicó hasta 1891, ocho años después de la muerte de Marx y dieciséis después de haber sido escrito. ¿Será que, una vez más, quisieron demorar que se hiciese público el anuncio de una etapa de dictadura del proletariado?

> En una fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, el contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, solo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en sus banderas: ¡De cada cual, según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades!
>
> Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado.

En la última parte de su vida, hasta su fallecimiento el 14 de marzo de 1883, Marx se centró en escribir numerosas cartas a muchos pensadores y activistas, discutiendo o proponiendo aspectos ideológicos y de acción política.

Engels sobrevivió doce años a Marx, en los que editó los dos últimos tomos de El Capital. Además de los libros escritos conjuntamente con Marx, en el periodo anterior a la muerte de este escribió, el *Anti-Dühring*, 1878 y *Del socialismo utópico al socialismo científico* 1880. Después de la muerte de Marx escribió *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, 1884; *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana,* 1888; *El papel de la violencia en la historia*, 1888 y *Contribución a la historia del cristianismo primitivo,* 1894, entre otros.

Friedrich Engels en 1891.

En 1891 en su prólogo al libro de Marx *La Guerra Civil en Francia*, aludió y dejó claro cuál sería el comportamiento de la futura dictadura del proletariado: *Últimamente las palabras «dictadura del proletariado» han vuelto a sumir en santo terror al filisteo socialdemócrata. Pues bien, caballeros, ¿queréis saber qué faz presenta esta dictadura? Mirad a la Comuna de París: ¡he ahí*

la dictadura del proletariado!

En 1895, en la segunda edición de *La Guerra Civil en Francia*, Engels hizo otro prólogo mucho más positivo, y poco marxista, que ya hemos comentado al hablar de las opiniones de Stephane Courtois.

Engels realizó además una ingente labor de redactar los prólogos a las sucesivas reediciones de obras ya publicadas de Marx y suyas y se encargó de gestionar su publicación.

FAMILIA Y FALLECIMIENTO

El 19 de junio de 1843, Marx se casó con Jenny von Westphalen (1814-1881), con la que se había comprometido cuando todavía era estudiante. Su esposa pertenecía a una familia aristocrática y conservadora de Prusia y su hermano mayor, Ferdinand, fue ministro del Interior en Prusia desde 1850 hasta 1858. Los primeros meses, tras su boda, los pasaron en casa de su suegra.

Desde esa fecha hasta su asentamiento definitivo en Londres, en 1849, su vida fue de constantes traslados de residencia entre Alemania, Prusia, Francia y Bélgica, debidos a sus actividades ideológicas y políticas que motivaron persecuciones y órdenes de expulsión de unos países a otros.

Las fuentes marxistas son un tanto opacas en cuanto a la vida familiar de Marx. Dicen que tuvo seis hijos, pero no aluden a que tuviera alguno fuera del matrimonio. Dicen que varios murieron en la infancia en Londres, pero no dicen cuántos. ¿Por qué?

Marx tuvo seis hijos con su esposa Jenny von Westphalen: Jenny (1844-1883), Laura (1845-1911), Edgar (1847-1855), Eduard (1849-1850), Franziska

(1851-1852)
y Eleanor
(1855-1898).

Dos de sus hijos y una hija murieron en la infancia. De las tres hijas restantes, dos, Laura y Eleanor, se suicidaron. Tres de sus hijas se casaron con socialistas de Inglaterra y Francia: Jenny, con Charles Longuet, veterano de la Comuna de París; Laura, con Paul Lafargue, joven socialista español nacido en Cuba (se suicidaron juntos con cianuro) y Eleonor con Edward Aveling, marxista inglés; se suicidó con veneno a los cuarenta y tres años al descubrir que su marido se había casado en secreto, el año antes, con una joven actriz.

Marx tuvo, el 23 de junio de 1851, un hijo, Frederick Lewis
(1851-1929),
con la sirvienta de la casa, Elena Demuth. Después pidió a Engels que asumiera oficialmente la paternidad, cosa que su amigo hizo, fuera por amor a Marx o por el honor del comunismo, pero sin darle su apellido.

El niño fue criado por unos padres adoptivos pagados para ello, pero no se le dejó nunca entrar en la casa de Marx. La verdad fue desvelada por Engels, al final de su vida. Se lo hizo saber a su secretaria y ama de llaves y esta, por carta, a August Bebel, dirigente entonces del movimiento obrero alemán.

Se critica a Marx por haber atendido poco a las necesidades económicas de su familia, que vivió en condiciones bastante precarias hasta al menos 1856. Hay opiniones y libros muy críticos con la vida personal de Marx y también otros laudatorios.

Considero que su pasión por elaborar y comunicar su propio pensamiento y por la acción política, lo tuvo dedicado, prácticamente hasta su muerte, a estudiar, escribir y también a promover la actuación revolucionaria. Por ello tuvo pocos ingresos directos y vivió de préstamos y de las herencias de su esposa y suyas y de ayudas externas, especialmente provenientes de Engels.

El 2 de diciembre de 1881 murió su esposa, cuatro años mayor, que estuvo toda su vida profundamente enamorada de él. Marx, que ya estaba enfermo, se vio muy afectado por su fallecimiento, pues también estaba muy enamorado de ella. Y apenas catorce meses después, el 14 de marzo de 1883, murió él también.

Fue enterrado, el 17 de marzo, junto a su mujer, en el cementerio londinense de Highgate, barrio situado al norte de Londres. Posteriormente su criada de toda la vida, Elena Demuth, fallecida en 1890 fue también enterrada con ellos en la misma tumba, que se hallaba en un lugar retirado dentro del cementerio.

En 1954, el partido comunista británico, con acuerdo de los bisnietos de Marx, solicitó al ministerio del Interior una licencia de exhumación de los cuerpos de Marx, su esposa, otros miembros de la familia y la criada de los Marx. Elena Demuth fue desenterrada y enterrada nuevamente en un nuevo sitio, a unos cien metros. Los nuevos sepelios se realizaron el 27 de noviembre de 1954.

El 15 de marzo de 1956 tuvo lugar la ceremonia de inauguración de la nueva tumba de Marx por el secretario general del partido. En ella se grabó la siguiente inscripción: *Proletarios de todos los países uníos. Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo*.

Engels, ante las apenas once personas que acudieron al entierro, hizo el elogio fúnebre de Marx y señaló:

> Así como Darwin descubrió la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica, Marx descubrió la ley del desarrollo de la historia humana: el hecho, tan sencillo, … de que el hombre necesita, en primer lugar, comer, beber, tener un techo y vestirse antes de poder hacer política, ciencia, arte, religión,
> etc.
> ; por tanto, la producción de los medios de vida inmediatos materiales, y por consiguiente la fase económica de desarrollo de un pueblo o una época, constituye la base sobre la cual se han desarrollado las instituciones políticas, las concepciones jurídicas, las ideas artísticas e incluso las ideas religiosas…
>
> Pero no es esto solo. Marx descubrió también la ley específica, que mueve el actual modo de producción capitalista y la sociedad burguesa creada por él: el descubrimiento de la plusvalía… «Estos dos descubrimientos serían bastantes para toda una vida».

Engels destacó también su lucha revolucionaria:

> Marx era ante todo un revolucionario. Cooperar, de este o del otro modo, al derrocamiento de la sociedad capitalista y… contribuir a la emancipación del proletariado moderno… era la verdadera misión de su vida.
>
> Marx era el hombre más odiado y calumniado de su tiempo. Los gobiernos, tanto los absolutistas como los republicanos, le expulsaban. Los burgueses, tanto los conservadores como los ultras demócratas, competían en lanzar difamaciones contra él… Ha muerto venerado, querido, llorado por millones de obreros de la causa revolucionaria.
>
> ¡Su nombre perdurará a través de los siglos, lo mismo que su obra!

A continuación, habló Liebknetch, que había venido de Alemania para rendir el último tributo a su maestro y amigo:

> El hombre cuya pérdida lloramos hoy era tan grande en su amor como en su odio. Su odio nacía de su amor. Era un gran corazón, tanto como una gran inteligencia… De una secta, de una escuela, de la socialdemocracia, ha hecho un partido que lucha actualmente de una manera infatigable y que alcanzará la victoria.

MARX Y ENGELS REVOLUCIONARIOS

Marx y Engels no fueron demócratas reformistas, sino firmes partidarios de la revolución violenta. En este apartado hacemos un resumen de ello, para avalar esta afirmación.

En junio de 1847, en la reunión de Londres en la que participó Engels como delegado, la Liga de los Justos, se integró con el Comité Comunista de Correspondencia, pasando a denominarse Liga de los Comunistas, al tiempo que adoptaba una actitud mucho más beligerante.

En febrero de 1848, tras estallar la revolución en París que dio lugar a la caída de la monarquía, Marx y Engels trataron de que esta

se extendiese a Bélgica. Marx se implicó destinando parte de la herencia que acababa de recibir para comprar armas para los trabajadores belgas, que estaban planeando acciones revolucionarias. El ministerio de Justicia belga lo arrestó y deportó de inmediato, por lo que se trasladó a París. Engels le siguió poco después.

A finales de mayo de 1848, ayudado por Engels, animaron a los miembros de la «Liga Comunista» a volver a Alemania para participar en la Revolución alemana. Asimismo, Marx y Engels volvieron a Renania, donde fundaron el periódico radical *La Nueva Gaceta Renana* que empezó a publicarse el uno de junio de 1848, siendo Marx su redactor jefe.

En enero de 1849, Engels regresó a Colonia donde abogó por radicalizar la revolución y enfrentarse a las fuerzas prusianas, mediante una guerra de guerrillas. Marx se reunió con él y ambos se desplazaron a distintas localidades para respaldar levantamientos. Desesperado por la falta de espíritu revolucionario, Marx abandonó la zona y regresó a París.

Cuando Engels se disponía a hacer lo mismo, un oficial prusiano sublevado, al frente de una columna de ochocientos obreros y estudiantes, le ofreció que colaborara con él, lo que hizo participando en diversos enfrentamientos con valentía. No obstante, los revolucionarios acabaron siendo derrotados por las fuerzas prusianas y se retiraron a Suiza.

La derrota de la insurrección de mayo de 1849 acabó con el periódico, que cerró el 19 de mayo de ese año. Engels desde Suiza regresó a Londres donde, al igual que Marx, residió hasta el final de su vida. En 1849, Marx tenía treinta y un años y Engels veintinueve. Podría haber sucedido que, tras las experiencias vividas, se hubiesen dado cuenta de que las acciones revolucionarias producían muchos muertos y generaban pocos resultados sociales positivos. Eso podría haberlos llevado a modificar sus planteamientos y adoptar otras vías para el cambio social, pero no lo hicieron. A pesar de los intentos que se han hecho y se hacen para eximir a Marx y a Engels de los crímenes del comunismo, la realidad es que los escritos de ambos, hasta la última etapa de sus vidas, reafirman su propuesta de la vía revolucionaria violenta. Solo Engels apenas meses antes de su muerte, sin pretensión de hacer una rectificación

general, aludió a los logros sociales que se habían alcanzado por la vía del sufragio general.

En 1852, Marx en carta privada había anunciado a Weydemeyer, que *la lucha de clases conduce, necesariamente, a la dictadura del proletariado*.

En 1875, Marx había escrito la *Crítica del programa de Gotha*, pero no la había hecho pública. Sus palabras eran muy claras: *Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaria… que no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado*. Engels, en 1891, dieciséis años más tarde, optó por publicarlo.

También, en 1891, Engels en su prólogo a la primera edición del libro de Marx *La Guerra Civil en Francia*, dejó claro lo que sería la dictadura futura del proletariado: *Pues bien, caballeros, ¿queréis saber qué faz presenta esta dictadura? Mirad a la Comuna de París: ¡he ahí la dictadura del proletariado!*

Asimismo, cabe recordar que la última edición del *Manifiesto Comunista* fue prologada por Engels, en 1893, diez años después de la muerte de Marx. Así, Engels ratificaba, una vez más, la validez del texto del Manifiesto que publicaba de nuevo, con su apelación a «derrocar por la violencia el orden social existente» y a ejercer «una acción despótica sobre la propiedad».

También antes, aunque no de forma tan explícita, Marx y Engels, conjuntamente, el 18 de septiembre de 1879, habían dejado muy claro que la acción política que ellos propugnaban era la revolucionaria. Lo hicieron en una Carta Circular que enviaron a Bebel, pero también a Liebknecht, Bracke y otros, ya que iba destinada a toda la dirección del Partido Socialdemócrata Alemán, y tenía carácter de documento del partido.

La Carta era una crítica a las propuestas de Hochberg, Bernstein y Schramm, a los que Marx llama, en su carta, el Comité de Zúrich, los cuales propugnaban actuar dentro del respeto a la legalidad, optaban por vías pacíficas y posponían los objetivos globales del partido —abolir la propiedad privada, entre ellos— a una fase futura.

La Carta, enviada apenas tres años y medio antes de la muerte de Karl Marx, denuncia firmemente las propuestas políticas e

ideológicas moderadas del Comité de Zúrich.

Veamos algunos extractos en los que primero resumen las propuestas del Comité de Zúrich y, a continuación, pasan a criticarlas:

> El Partido Socialdemócrata no debe ser un partido unilateralmente obrero, sino el partido universal «de todas las personas de verdaderos sentimientos humanitarios, adquirir gustos finos» y «aprender buenos modales». Entonces no tardarán en acudir numerosos partidarios procedentes de las clases cultivadas y poseedoras. Son estos elementos los que deben atraerse… si se quiere que la propaganda alcance éxitos tangibles.
>
> La burguesía no debe ser atacada en ningún caso, sino conquistada mediante una propaganda enérgica… Si nos proponemos conquistar a las capas altas de la sociedad, o por lo menos a sus elementos bien intencionados, no debemos asustarlos.
>
> Si bajo la presión de la ley contra los socialistas, (una ley que suspendía al partido por su carácter revolucionario) el partido demuestra que no tiene intención de recurrir a la violencia e ir a una revolución sangrienta, sino que, por el contrario, está dispuesto… a seguir el camino de la legalidad, es decir, el camino de las reformas.
>
> Cuanto más sereno, objetivo y circunspecto sea el partido en su crítica del orden actual y en sus propuestas de reforma, menos posibilidades habrá de que se repita la jugada, que ahora ha tenido éxito (se había dictado una ley contra los socialistas), «gracias a la cual la reacción ha unido en un puño a la burguesía, intimidada por el fantasma rojo»
>
> Para liberar a la burguesía de toda sombra de temor, hay que demostrarle clara y palpablemente que el fantasma rojo no es más que eso, un fantasma que no existe en la realidad. «Acabemos con la lucha de clases y la burguesía… no temerá marchar del brazo con el proletariado»

Tras resumir brevemente la esencia del pensamiento del Comité de Zurich, Marx y Engels formulaban, en su Carta Circular, su rotundo veredicto condenatorio:

El secreto del fantasma rojo está precisamente en el miedo de la burguesía a la inevitable lucha a vida o muerte que tiene que librarse entre ella y el proletariado, está en el temor al inevitable desenlace de la actual lucha de clases.

Por lo que respecta a sus convicciones socialistas (del Comité de Zúrich) ya han sido bastante criticadas en el Manifiesto del Partido Comunista, en el capítulo donde se trata del socialismo alemán o socialismo «verdadero». «Cuando la lucha de clases se deja a un lado… la única base que le queda al socialismo es el "verdadero amor a la humanidad" y unas cuantas frases huecas sobre la justicia».

El partido puede prescindir perfectamente de unos educadores, cuyo principio fundamental es enseñar a los demás lo que ellos mismos no han aprendido.

Solo caben fuera del Partido Obrero Socialdemócrata y si estos señores se constituyen en un partido socialdemócrata pequeñoburgués, nadie les discutirá el derecho de hacerlo.

Que no cabe comprender en modo alguno, cómo puede el partido seguir tolerando que sigan en sus filas.

Y concluyen:

Durante cerca de cuarenta años hemos venido destacando la lucha de clases como fuerza directamente propulsora de la historia, y particularmente la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado, como la gran palanca de la revolución social moderna. Esta es la razón de que no podamos marchar con unos hombres que pretenden extirpar del movimiento esta lucha de clases.

¿Qué nos sugieren las palabras de esta Carta Circular de Marx y Engels de 1879? ¿Estaban a favor de la reforma pacífica o de la revolución violenta? ¿Por qué criticaban tanto a Hochberg, Bernstein y Schramm? ¿Eran Marx y Engels personas que creían en el diálogo y en los procesos democráticos? ¿O eran partidarios de la revolución armada y de la lucha a muerte entre el proletariado y la burguesía?

Casi cincuenta años más tarde, en 1923, nació en Frankfurt (Alemania) el Instituto para la Investigación Social, o simplemente,

la Escuela de Frankfurt, dirigida por el comunista húngaro Georg Lukács y financiada por el argentino Félix Weil.

Su objetivo era diseminar y llevar a la práctica la estrategia, concebida por el italiano Antonio Gramsci, sobre la utilización de la penetración cultural en lugar de la vía revolucionaria, apoyándose en la superestructura y no solo en la infraestructura (relaciones de propiedad y de producción) para llegar así al poder e implantar después el comunismo.

Más tarde, en la década de 1960, la Escuela de Frankfurt, de comunistas revisionistas, se hizo famosa por adoptar fundamentalmente esas propuestas como elemento básico. Formaron parte de esa Escuela pensadores muy conocidos (Max Horkheimer, Theodor Adorno, Herbert Marcuse, Erich Fromm, Jürgen Habermas) y estuvieron próximos a ellos otros tales como Ernst Bloch, Hannah Arendt, Bertrand Russell, Michel Foucault.

Una de las características principales de la Escuela era que se distanciaba de la ortodoxia del «socialismo realmente existente» (URSS). Pero por otra parte asumían el marxismo como su fuente de influencia fundamental. La Escuela se tildaba a sí misma de «neomarxista», no de neobernsteniana. ¿Por qué?

A la luz de la Carta Circular de Marx y Engels, resulta obvio que Marx no les hubiese aceptado a los de la Escuela de Frankfurt que se calificaran de marxistas, si no compartían los principios esenciales, formulados por Marx y Engels.

Por ello, a cualquiera que hoy se califique de neomarxista cabe preguntarle si cree que, realmente, ha asumido la esencia del pensamiento de Marx y Engels. Si responde que sí, o si no sabe responder, hay que explicarle lo que es el marxismo y sus errores, a efectos de conseguir que vea la luz y se aparte de esas teorías, que llevan al crimen, al terror y a la represión totalitaria. No se puede aceptar en un tema tan grave como el marxismo que siga persistiendo la ambigüedad.

RESUMEN

El pensamiento de Marx fue evolucionando desde una etapa adolescente y preuniversitaria, de contenido claramente cristiano y

conservador, hacia una conversión extraña hacia el mundo oscuro, probablemente influenciado por el marco romántico, rebelde y juerguista con el que entró en contacto, a su llegada a la Universidad de Bonn en 1835.

Tras sus malos resultados en ese primer año, su padre lo envió a la Universidad de Berlín, en la que Marx se orientó a su vocación principal, la Filosofía y la Historia.

Allí se encontró con el pensamiento de Hegel que transmitía la idea de que el Absoluto (Dios) se había sumergido en la creación y que, a través del hombre, pretendía llegar a reconocerse a Sí mismo. Ese auto reconocimiento lo realizaría el Absoluto mediante el proceso dialéctico, en el cual frente a toda idea (tesis) surgía una antítesis, que interactuaba con la tesis para dar lugar a la síntesis, que era un estadio más elevado.

A lo largo de la historia humana, el Absoluto había ido reconociéndose y estaba a punto de encontrarse a Sí mismo, puesto que, según Hegel, el Estado prusiano, con su esquema de orden y derecho, iba a ser la etapa final del desarrollo de la sociedad humana. Una sociedad en la que la racionalidad, y no la mera fe o la emoción, sería el eje que aportara luz. Cierto es que, en su época, el desarrollo del Estado prusiano llevaba hacia una sociedad muy avanzada, filosófica, jurídica y socialmente.

No obstante, la realidad económica y política europea era conflictiva y daba bandazos frecuentes entre la revolución y la contrarrevolución, que habían generado constantes guerras y cambios sociales, que no habían sido ni pacíficos ni prósperos, como cabría haber esperado, de haber aplicado el enfoque dialéctico conservador de Hegel.

Por el contrario, los cambios sociales habían sido, en general, violentos y sanguinarios y al mismo tiempo insuficientes para reducir las desigualdades económicas y culturales, entre las distintas clases sociales.

En ese contexto, Marx entró en contacto con los Jóvenes Hegelianos que optaban por una interpretación revolucionaria del pensamiento de Hegel, que incluía el rechazo a la religión, por considerar que era una institución que reprimía la libertad del individuo, creaba discordia en las relaciones sociales y era, en suma, un factor de alienación para el ser humano.

Marx vivió el conflicto religioso en su propia familia, inicialmente judía que luego se hizo cristiana por el interés económico y profesional de su padre. Por otra parte, su contacto con su profesor Bruno Bauer, que repudiaba la religión, inspiró a Marx una actitud similar y la manifestó en su tesis doctoral, en la que no solo defendió el materialismo sino también *el odio a todos los dioses*.

La crítica social de Marx a la religión se vio reforzada por la opinión filosófica, entonces revolucionaria, de Feuerbach, quien afirmaba que no era Dios el que había creado al hombre sino el hombre el que había creado a Dios con su imaginación. Por tanto, las iglesias eran instituciones basadas en la fantasía y no en la realidad.

Sin embargo, Marx fue más lejos que Feuerbach, al cual consideró un idealista ya que este creía que el espíritu, la conciencia, aunque era un producto de la materia, era el que, mediante el amor, promovía el cambio social. Recordemos que Feuerbach, citaba 493 veces la palabra amor en su obra *La esencia del cristianismo*. Marx, en su *Tesis sobre Feuerbach* (1845) lo descalificaba diciendo que Feuerbach no se da cuenta de que el *amor y los ideales son un producto social* y que «*no comprende la importancia de la actuación revolucionaria*».

La etapa de Marx a partir de su llegada a París en 1843 hasta finales de 1848 fue de una intensa creatividad de la que surgió la esencia del marxismo. Cabe destacar su reencuentro con Engels en octubre de 1844, que dio lugar a una gran amistad mutua y una perpetua colaboración intelectual. Ambos serán conjuntamente los formuladores del pensamiento marxista en sus distintas obras. Tendrán asimismo gran importancia sus estudios de economía, sus contactos con Proudhon y con la Liga de los Justos.

Todo ello irá concretando su pensamiento, y le llevará a elaborar, como se refleja en los *Manuscritos económicos y filosóficos*, de 1844, ideas claves tales como los cuatro tipos de alienación (alienación del producto del trabajo, del trabajo mismo, de la especie humana y de los demás hombres), el trabajo como mera mercancía, el salario que era siempre el mínimo para sobrevivir y la propiedad privada del capital como fuente de explotación, independiente de la voluntad o deseos del propietario.

Igualmente, en *La ideología alemana* escrita en 1846, plasma sus ideas esenciales sobre el concepto materialista histórico en el que señala que la esencia de toda sociedad es su infraestructura, es decir el tipo de relaciones económicas. Sobre ella se crea una superestructura o conjunto de instituciones sociales, jurídicas, políticas, religiosas y culturales emanadas de las relaciones económicas.

Cambiando la infraestructura, es decir cambiando las relaciones de propiedad, cambiarán las otras ineluctablemente.

Señala que la historia de la sociedad humana ha sido la historia de las luchas de clases entre los que tienen y los desposeídos.

No hay que esperar que el cambio social provenga de la conciencia de los individuos, sino de la modificación de las relaciones económicas. *No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, su ser social es el que determina su conciencia*.

De ahí surge la urgencia de realizar la revolución que permita la eliminación del mayor enemigo del hombre, la propiedad privada de los medios de producción.

A partir del año 1848, el marxismo está perfectamente claro en la mente de Marx y Engels y plasmado, de forma muy precisa, en el *Manifiesto Comunista*. Si bien esconde la alusión directa a la dictadura del proletariado, probablemente porque le parecía que iría a ser rechazado y/o perseguido, si la propusiera abiertamente.

En los años posteriores, las aportaciones de Marx y Engels (El *Capital, La Guerra Civil en Francia, Crítica del programa de Gotha, El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre, El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, etc.
) intentan reforzar o justificar la racionalidad de las ideas marxistas, pero no mudan su esencia: llegar a una lucha final a vida o muerte entre el proletariado y la burguesía, con el objetivo de eliminar la propiedad privada de los medios de producción e implantar la dictadura del proletariado, como etapa de transición hacia la sociedad ideal comunista.

Sus opiniones en su Carta Circular, de 1879, a los dirigentes comunista del Partido Socialdemócrata alemán, mostraban su

rechazo a cualquier opción de cambio que excluyera la acción revolucionaria, a pesar de que ambos, Marx y Engels, eran conscientes de toda la violencia y sangre que ello implicaba.

EL MANIFIESTO COMUNISTA

Fue elaborado por Marx y Engels por encargo del II Congreso de la Liga Comunista, celebrado en Londres en noviembre de 1847, con el objetivo de que fuera publicado como programa del Partido, a la vez teórico y práctico.

La primera edición, de quinientos ejemplares, fue publicada en Londres el 21 de febrero de 1848. Tuvo sucesivas ediciones. La versión comúnmente utilizada viene acompañada de prólogos de Marx y Engels a las ediciones de 1872, 1882 y de prólogos de Engels solo —ya había fallecido Marx— a las ediciones de 1883, 1888, 1890, 1892 y 1893.

Engels, en el prólogo de 1888, dice que *el Manifiesto es un documento histórico que ya no tenemos derecho a modificar*. La realidad es que ni en ese prólogo, ni en los siguientes, propone que se modifique en nada el texto del Manifiesto, por lo que hay que tomarlo como un documento que validaron, tanto Marx como Engels, hasta sus respectivos fallecimientos (en 1883 Marx; en 1895 Engels).

Es una obra crucial, sencilla e imprescindible para entender el marxismo. Ofrece, con claridad y rotundidad, una nueva concepción del mundo y un nuevo catecismo para que la raza humana camine hacia la perfección: el materialismo, aplicado también a la vida social; la dialéctica como la doctrina más completa y profunda del proceso de desarrollo; la teoría de la lucha de clases y de la histórica misión revolucionaria universal del proletariado, como creadoras de una nueva sociedad ideal, la sociedad comunista.

Manifest

der

Kommunistischen Partei.

Veröffentlicht im Februar 1848.

Proletarier aller Länder vereinigt Euch!

London.

Gedruckt in der Office der „Bildungs-Gesellschaft für Arbeiter"
von J. E. Burghard.

66, Liverpool Street, Bishopsgate.

Tiene apenas trece mil palabras, si se le quitan los prólogos, frente al millón largo que tiene *El Capital*, pero son realmente sustanciosas y fáciles de entender.

Veamos su contenido básico utilizando, entrecomilladas en cursiva, las frases literales del Manifiesto y aportando breves comentarios, cuando sea preciso, porque el Manifiesto es claro y habla por sí mismo:

1. *Un espectro se cierne sobre Europa: el espectro del comunismo* son sus conocidas palabras iniciales. Asimismo, señala, exagerando un poco, que *el comunismo se halla ya reconocido como una potencia por todas las potencias europeas* conservadoras y manifiesta que ya era hora *de que los comunistas expresen a la luz del día y ante el mundo entero sus ideas, sus tendencias, sus aspiraciones*.
2. Hace un breve, pero contundente análisis de la sociedad burguesa: *Toda la historia humana es una historia de luchas de clases; la burguesía ha simplificado estos antagonismos de clase a dos clases antagónicas: la burguesía y el proletariado*.
3. *La burguesía ha desempeñado, en el transcurso de la historia, un papel verdaderamente revolucionario, pues ha echado por tierra todas las instituciones feudales, patriarcales e idílicas* y *convirtió al médico, al jurista, al poeta, al sacerdote, al hombre de ciencia en sus servidores asalariados*.
4. El sistema burgués se ha extendido por todo el mundo al obligar *a todas las naciones a abrazar el régimen de producción de la burguesía o perecer, es* decir, a abrazar el capitalismo.
5. *Ha sabido hacer brotar como por encanto tan fabulosos medios de producción y de transporte (navegación de vapor, los ferrocarriles, el telégrafo eléctrico),* (y ahora,) *recuerda al brujo impotente para dominar los espíritus subterráneos que conjuró* ya que a la vez ha hecho que se *desarrolle también el proletariado*.
6. El trabajador se ha convertido en una mera parte de la máquina, y su salario se reduce *al mínimo de lo que necesita para vivir y para perpetuar su raza*.
7. *Los obreros empiezan a coaligarse contra los burgueses, se asocian y unen para la defensa de sus salarios* y «*arrancan algún triunfo que otro, pero transitorio siempre*».
8. *Los proletarios no tienen nada propio que asegurar, sino destruir todos los aseguramientos y seguridades privadas de los demás*.

9. *El obrero se empobrece y el empobrecimiento crece* mientras que *la clase burguesa concentra la riqueza en manos de unos cuantos individuos*.
10. Ante esta situación hay que actuar. *El objetivo inmediato de los comunistas es… derrocar el régimen de la burguesía, llevar al proletariado a la conquista del poder*.
11. *Los comunistas pueden resumir su teoría en esa fórmula: abolición de la propiedad privada*.
12. Hay que abolir la cultura burguesa porque vuestras ideas burguesas de libertad, cultura, derecho,
    etc.
    , *son simplemente productos del régimen burgués de propiedad y de producción*.
13. *Nos criticáis por querer abolir la familia. Pero veamos: ¿en qué se funda la familia actual, la familia burguesa? En el capital, en el lucro privado*. Hay que reconocer que en el siglo XIX y aún hoy, hasta épocas relativamente recientes, el negocio de la mujer era lograr un buen casamiento. En la actualidad el izquierdismo ha encontrado otro enemigo: el patriarcado, que considera sigue existiendo en la Europa del siglo XXL
14. *¿Nos reprocháis acaso que aspiremos a abolir la explotación de los hijos por sus padres? Sí, es cierto, a eso aspiramos. Decís, que pretendemos destruir la intimidad de la familia, suplantando la educación doméstica por la social*. El tema de educación es un debate vivo actualmente, ya que se está cuestionando el derecho de los padres a que no se dé a sus hijos una educación ideológicamente sesgada.
15. El Manifiesto intenta refutar la acusación de «pretender colectivizar a las mujeres», *A nuestros burgueses no bastándoles, por lo visto, con tener a su disposición a las mujeres y a los hijos de sus proletarios ¡y no hablemos de la prostitución oficial!, sienten una grandísima fruición en seducirse unos a otros sus mujeres. En realidad, el matrimonio burgués es ya la comunidad de las esposas. A lo sumo, podría reprocharse a los comunistas el pretender sustituir este hipócrita y recatado régimen colectivo de hoy por una colectivización oficial, franca y abierta, de la mujer*.

En realidad, el enfoque de compartir mujer o marido y el amor libre ya apareció en Platón (*La República*), en los socialistas utópicos Fourier y Owen,
etc.
Lo que indica que en el tema sexual hay algo aún no resuelto.

16. *A los comunistas se nos reprocha también que queramos abolir la patria, la nacionalidad. Los trabajadores no tienen patria. Mal se les puede quitar lo que no tienen. En la medida y a la par que vaya desapareciendo la explotación de unos individuos por otros, desaparecerá también la explotación de unas naciones por otras* y «*se borrará la hostilidad de las naciones entre sí.*» Nada hay que alegar en contra de la Fraternidad Universal, pero no ha sido esa la realidad en los países comunistas, ni siquiera entre ellos mismos.
17. Además, conviene recordar que la Liga Comunista sustituyó el lema de la Liga de los Justos «Todos los hombres somos hermanos» por el de «¡Proletarios del mundo uníos!». Ese cambio anticipó lo que luego pasó: primero la Revolución, de la Fraternidad se hablará más tarde. Y nunca más se habló de ella.
18. El Manifiesto enfatiza la toma del poder político *el primer paso de la revolución obrera será la exaltación del proletariado al Poder. El proletariado se valdrá del Poder para ir despojando paulatinamente a la burguesía de todo el capital, de todos los instrumentos de la producción, centralizándolos en manos del Estado. Esto sólo podrá llevarse a cabo mediante una acción despótica sobre la propiedad y el régimen burgués de producción*. Obviamente, esa acción «despótica» conlleva la violencia, que todos los regímenes comunistas han utilizado.
19. Podemos preguntarnos, ¿cómo se hará esto inicialmente en tanto en que se logra el poder total revolucionario? El Manifiesto sugiere algunos pasos: *Expropiación de la propiedad inmueble. Fuerte impuesto progresivo. Abolición del derecho de herencia. Centralización del crédito en el Estado por medio de un Banco del Estado en régimen de monopolio. Nacionalización de los transportes*,

etc.

Obviamente cuando se llega al poder por un golpe de Estado marxista, todas esas medidas se pueden aplicar de golpe, pero cuando no se tiene el poder total se puede optar por ponerlas en marcha a lo largo del tiempo, hasta que llega la catástrofe, se quitan la careta y se instala un gobierno policial represor. Ejemplo: la actual Venezuela.

20. Crítica radical a todo socialismo no marxista. El Manifiesto es contundente: no acepta ninguna otra vía al socialismo que no sea la marxista y por ello descalifica a todos los demás socialismos, utópicos, pequeñoburgueses, la socialdemocracia actual entre ellos,
etc.
A unos porque *mantienen el régimen tradicional de propiedad y la sociedad tradicional*; a otros porque no están de acuerdo con *la lucha de clases* y a todos ellos porque el cambio *solo puede alcanzarse por la vía revolucionaria*.
21. ¿Qué aliados buscar para llegar al poder? Deben apoyarse en los partidos de oposición al poder conservador. Se irán apoyando en la burguesía liberal *mientras esta actúe revolucionariamente, dando con ella la batalla a la monarquía absoluta, a la gran propiedad feudal y a la pequeña burguesía*.
22. Todo ello *para que en el instante mismo en que sean derrocadas las clases reaccionarias comience, automáticamente, la lucha contra la burguesía*. Lo dicen claramente, sin ambigüedades: traicionarán a sus «compañeros» de viaje cuando ya no les sean necesarios. Eso es lo que sucedió en todos los países de Europa del Este, tras el final de la Segunda Guerra Mundial. En dos o tres años liquidaron, en muchos casos físicamente, a sus «compañeros» y tomaron el monopolio del poder.
23. *Finalmente, los comunistas no tienen por qué guardar encubiertas sus ideas e intenciones. Abiertamente declaran que sus objetivos solo pueden alcanzarse derrocando por la violencia todo el orden social existente. Tiemblen, si quieren, las clases gobernantes, ante la perspectiva de una revolución comunista. Los proletarios, con ella, no tienen nada que*

perder, como no sea sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo entero que ganar. ¡Proletarios de todos los Países, uníos!

El Manifiesto Comunista lo deja bien claro. El Manifiesto es el marxismo, no nos engañemos.

EL CAPITAL

La obra principal de Marx, *El Capital*, no la ha leído casi nadie y desde luego muy pocos comunistas. Es una obra compleja, rebuscada. Tiene aproximadamente un millón de palabras, en la versión en español (es decir, casi siete veces más que el tamaño del libro que ahora tienes entre tus manos).

No obstante, eso no justifica que los comunistas, o los izquierdistas marxistas, desconozcan las ideas básicas y los argumentos de Marx. Si apoyan al marxismo y a su plasmación política, el comunismo, tienen la responsabilidad de saber por qué lo hacen y por qué lo consideran alternativa muy superior al capitalismo.

El Capital se compone de tres libros. Su tamaño ha dado lugar a que, en su edición en papel, por ejemplo, en Akal Ediciones Madrid, se haya dividido para facilitar su manejo, en ocho tomos (tres para el primer libro, dos para el segundo y tres para el tercero).

El primer libro en su versión original fue publicado en 1867, en vida de Marx; el segundo, del cual Marx había dejado terminado el borrador, fue editado y publicado por Engels en 1885; el tercero fue completado por Engels en bastantes capítulos, y publicado por este en 1894, poco antes de su muerte.

La teoría económica marxista fue esencialmente obra de Marx, con el apoyo y colaboración de Engels, el cual, ya en 1843, había escrito *Apuntes para una crítica de la economía política* que se publicó en febrero 1844, en *Anales Francoalemanes*. En él abordaba temas claves, que después profundizó Marx, como los siguientes:

A. La percepción del mercado como fuente de conflicto

consecuencia de la propiedad privada es el comercio, el intercambio de necesidades opuestas; cada uno debe tratar de vender tan caro como le sea posible y comprar tan barato como le sea posible; se encuentran asi dos humanos con intereses enfrentados uno frente al otro; el conflicto es decididamente hostil.

B. El valor del mercado: *El único camino posible para llegar a una decisión objetiva y aparentemente general sobre la mayor o menor utilidad de una cosa es, bajo el dominio de la propiedad privada, la relación de concurrencia.*

C. La existencia de *la diferencia entre valor real y valor de cambio de la mercancía.*

D. La condena de la oscilación de precios; *La eterna oscilación de los precios, conseguida a través de la libre concurrencia, saca del comercio completamente hasta la última huella de moralidad.*

E. Las mejoras tecnológicas como causantes de desempleo y de reducción de los salarios de los trabajadores: *El último gran descubrimiento en el telar mecánico, … sacó fuera de su empleo a la mitad de los trabajadores y rebajó el salario de los otros a la mitad.*

Das Kapital.

Kritik der politischen Oekonomie.

Von

Karl Marx.

Dritter Band.

Hamburg
Verlag von Otto Meissner.

EL CAPITAL, EN SÍNTESIS

A todo lector, presente o futuro, de *El Capital*; ¡¡Ánimo, decisión y mucha fuerza de voluntad!! Contiene una ingente cantidad de palabras. Con ellas, Marx compuso frases muy retorcidas y difíciles de entender. Nada que ver con el lenguaje sencillo y directo *de El*

Manifiesto.

Parece que su propósito fuera confundir en lugar de explicar con sencillez y claridad. De hecho, *El Capital*, durante mucho tiempo, ha engañado a mucha gente. Ha pretendido, y logrado, hacer creer a muchos que se trata de un libro que ofrece una explicación lógica y científica del funcionamiento de la economía. Nada de eso es cierto y se puede demostrar con claridad y bastante sencillez.

El lenguaje de Karl Marx en *El Capital* recuerda mucho al de Groucho Marx en «Una noche en la Ópera». Muchos nos reímos con esa película por lo enrevesado del texto del contrato: «La parte contratante de la primera parte será considerada como la parte contratante de la primera parte». Lamentablemente el marxismo no se puede tomar a risa, después de los más de cien millones de muertos que ha causado.

Voy a intentar resumir su millón de palabras y a desmontar sus mentiras en apenas ocho mil palabras. A ver qué te parece el resultado, amigo lector.

Para ello, dentro del esquema de brevedad que requiere este libro, voy a ir directo a exponer sus ideas y propuestas, utilizando como referencia, entrecomilladas en cursiva, las frases literales de *El Capital*, agrupadas en torno a los temas clave que aborda y aportando breves comentarios sobre ellas, tanto para clarificarlas como para cuestionar sus proposiciones.

No debemos ser esclavos de *El Capital*, ni de sus fórmulas matemáticas falsas ni de sus laberintos. Es él quien debió haber sido claro, como todo libro que pretenda ser serio. Marx y Engels o estaban muy confusos o no pretendieron ser claros en El Capital. Tampoco parece que lo pretendan los marxistas y neomarxistas actuales, que en su gran mayoría proponen dogmas, pero rehúyen la racionalidad. El espíritu revolucionario está, muchas veces, más cercano al fanatismo que al diálogo y la transparencia. Igualmente, los críticos del marxismo debemos retomar la humildad socrática, entender bien la esencia de *El Capital* y ser capaces de decirle a cualquier marxista, *estas son las ideas claves de El Capital. Si no estás de acuerdo dame tu versión con la misma brevedad que yo te la doy y a ver si logramos entendernos*.

En síntesis, *El Capital* pretende dar el mensaje siguiente:

1. Todas las mercancías son producto del trabajo y su valor, su precio, depende de la cantidad de trabajo invertido en ellas para producirlas (teoría del valor trabajo).
2. ¿De dónde saca el propietario/capitalista de la empresa su beneficio? De no pagarle al trabajador todo el valor de su trabajo. De todos los factores de producción (instalaciones, maquinaria, empleados,
   etc.
) el único capaz de crear valor es el trabajo humano. A este se le paga lo mínimo, solo para su mera subsistencia, y el resto, la plusvalía, es decir el presunto exceso de valor que produce el trabajador por encima del salario que recibe, se lo queda el propietario (teoría de la plusvalía).

De ahí derivan las tres leyes de la economía capitalista que permiten predecir la decadencia del capitalismo:

a. La ley de la tasa decreciente de beneficio. La relación entre la cada vez mayor inversión en maquinaria necesaria, para ser más competitivo y productivo, da lugar a que el número de obreros, los únicos de los que se obtiene la plusvalía, sea cada vez menor, luego la plusvalía disminuye, frente a un capital que aumenta, luego la tasa de beneficio (beneficio sobre el capital invertido) es cada vez menor.
b. La ley del empobrecimiento creciente de la población. Los trabajadores obreros o empleados solo reciben el salario mínimo necesario para mantenerse con vida y para tener hijos que los reemplacen, que los acompañan viviendo en la miseria. Por otra parte, la nueva maquinaria requiere menos trabajadores, luego muchos se quedarán sin empleo. Asimismo, los pequeños capitalistas no tienen capacidad para invertir en las nuevas maquinarias, por lo que sus productos no son competitivos y se arruinan, pasando a formar parte de la masa de proletarios.
c. Ley de acumulación del capital. Cada vez quedará un menor número de propietarios capitalistas que son los que tengan capacidad para comprar la nueva

> maquinaria; por tanto, el capital de la nación quedará cada vez más concentrado en menos manos.

Si estas tres leyes fueran ciertas, el futuro del sistema capitalista sería una ingente masa de la población, carente de todo recurso, una pequeña masa proletaria empleada, con salarios de miseria, y un mínimo número de capitalistas que lo poseen todo.

Conclusión: la revolución sería inevitable. Por tanto, no esperemos a que esa situación tan trágica se haga realidad. Deroguemos de inmediato, por la violencia, el actual sistema capitalista.

Sin embargo, esas leyes no se han cumplido en los 150 años transcurridos desde que Marx las formuló. En nombre del marxismo se ha aplicado la violencia revolucionaria, pero no porque se hubiese llegado a esa fase crítica que anunciaba *El Capital*. Sus leyes son falsas. Veamos qué argumentos ofrece *El Capital* para defender sus tesis y cuáles son sus errores.

INTRODUCCIÓN

Marx al principio de *El Capital* afirma que es un libro fácil de entender *salvo la sección dedicada a la forma del valor, nadie podrá acusar a este libro de ser difícil de entender*.

Comentario: La realidad es tozuda: es un libro tremendamente farragoso, oscuro y contradictorio. Lo puede comprobar quien lo desee. Basta con tomar como referencia los pocos que han sido capaces de empezar a leerlo y terminarlo.

Marx admite que la legislación puede evolucionar y favorecer al obrero, *la realidad alemana es mucho peor todavía que la inglesa, pues falta el contrapeso de las leyes fabriles*, y añade: *Si nuestros gobiernos y parlamentos instituyesen periódicamente, como se hace en Inglaterra, comisiones de investigación para estudiar las condiciones económicas, si estas comisiones se lanzasen a la búsqueda de la verdad pertrechadas con la misma plenitud de poderes de que gozan en Inglaterra, y si el desempeño de esta tarea corriese a cargo de hombres tan peritos, imparciales e*

intransigentes como los inspectores de fábricas de aquel país.

Comentario: Marx reconoció, muy a su pesar que, incluso dentro del sistema capitalista de su época, la legislación puede evolucionar y favorecer al obrero, y que gobiernos, como el británico, promovían el estudio de las condiciones de trabajo, lo que llevaba a modificaciones en la normativa para corregir las injusticias.

De hecho, Marx añade en *El Capital* muchas notas al pie, que hacen referencia a informes, en una gran mayoría de casos procedentes de los inspectores de trabajo de la propia Corona inglesa, que denunciaban las condiciones terribles de muchos trabajadores, hombres, mujeres y niños. Por tanto, la propia sociedad capitalista buscaba estudiar los hechos para buscar soluciones a los problemas laborales y sociales.

Frente a esos datos reales de aquella época, conviene señalar que la historia del desarrollo socioeconómico occidental muestra que, sin abolir la propiedad privada de los medios de producción, se han implantado normas (laborales, salariales, seguridad social, seguros médicos, desempleo,
etc.
) que han sacado al trabajador de aquellas situaciones de miseria que en muchos casos se daban en su tiempo.

La historia más reciente pone en evidencia que las naciones capitalistas han ofrecido a sus trabajadores un nivel social y económico muy superior al que se alcanzó en los regímenes comunistas del mundo, acompañado a la vez de libertades que el mundo comunista impide.

El capitalista no produce la mercancía solamente por la mera mercancía misma, en gracia al mero valor de uso que encierra ni por la mera satisfacción que le produzca el producirla. El objetivo de la producción de bienes y servicios para el mercado, tanto en las grandes como en las empresas unipersonales, incluye obtener un beneficio económico.

Lo cual no es incompatible con que el empresario, e inclusive sus trabajadores, deseen estar orgulloso de la calidad de sus productos o de la buena imagen de su marca. La demanda de productos es a su vez un indicador de lo que desean los consumidores, y, por otra parte, si las empresas no lograran beneficios, incurrirían en deudas, quebrarían y desaparecerían y con

ellas la producción y el empleo.

LA ESENCIA DEL VALOR DE LA MERCANCÍA

Marx define el concepto de mercancía su valor y su utilidad: *Un objeto externo, una cosa apta para satisfacer necesidades humanas, de cualquier clase que ellas sean*.

> La utilidad de un objeto lo convierte en valor de uso… En el tipo de sociedad que nos proponemos estudiar, los valores de uso son, además, el soporte material del valor de cambio. A primera vista, el valor de cambio aparece como la relación cuantitativa, la proporción en que se cambian valores de uso de una clase por valores de uso de otra, relación que varía constantemente con los lugares y los tiempos.

Comentario: Es una obviedad decir que una cosa es el precio de una mercancía y otra su uso. El jabón y el chocolate pueden tener el mismo precio, pero no se puede comer jabón ni lavarnos las manos con chocolate. Dejemos pues de lado las obviedades. Por otra parte, en palabras claras: el valor de cambio es el precio. Espero que ningún marxista lo ponga en duda.

Marx crea confusión. En economía, el valor de toda mercancía es su precio. Marx sigue mezclando el valor de uso, que para cada persona es diferente, con el valor como mercancía que es el precio de mercado, que además varía mucho en función de múltiples circunstancias. Piénsese en cómo varían los precios en las épocas de rebajas.

¿De dónde surge el valor de cambio de las mercancías? Es evidente que cada mercancía tiene un precio máximo para cada persona. Unos están dispuestos a pagar más y otros menos, en función de sus gustos y de las circunstancias. Sin embargo, Marx va a insistir en vincular el valor de la mercancía exclusivamente con el trabajo. ¿Por qué?

Porque ello le permitirá llegar a concluir que el empresario obtiene el beneficio del valor de la mercancía y, como el valor de esta depende solo del trabajo (según Marx), en realidad lo está obteniendo del trabajo, es decir del trabajador, que es explotado por

el empresario, que no le paga todo el valor que el trabajador produce. Veamos como lo explica *El Capital* y desmontemos su falsedad.

LA TEORÍA DEL VALOR TRABAJO

Marx pretende demostrar que el valor de toda mercancía se debe a la cantidad de trabajo empleada para producirla. No es el mercado el que da el valor a la mercancía, sino el trabajo, dice. Los restantes factores de producción añaden su valor a la mercancía, pero, más allá de ello, no generan valor adicional. El trabajo sí, según Marx.

Según Marx todas las mercancías tienen algo en común *la de ser productos del trabajo*. Nada que discutir.

Así es, pero Marx escribe, *un valor de uso, un bien, solo encierra un valor por ser encarnación o materialización del trabajo humano abstracto. ¿Cómo se mide la magnitud de un valor de uso? Por la cantidad de «sustancia creadora de valor» es decir, de trabajo, que encierra… La cantidad de trabajo que encierra se mide por el tiempo de su duración*. (¡Ojo! ya no está hablando de valor de cambio, sino de valor de uso ¿por qué?)

¿Cuánto es ese tiempo? Marx responde que es el necesario en condiciones de producción normales: *Tiempo de trabajo socialmente necesario es aquel que se requiere para producir un valor de uso cualquiera, en las condiciones normales de producción y con el grado medio de destreza e intensidad de trabajo imperantes en la sociedad*.

> Lo que determina la magnitud de valor de un objeto no es más que la cantidad de trabajo socialmente necesaria, o sea el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción.

¿Cuál es el valor de una mercancía? *La forma materializada del trabajo social invertido para su producción*. ¿Cómo se mide la magnitud de su valor? Por la magnitud del trabajo que encierra. *Consideradas como valores, las mercancías no son todas ellas más*

que determinadas cantidades de tiempo de trabajo cristalizado.

Comentario: Señor Marx, no nos quiera liar. La magnitud del valor de uso depende de muchas circunstancias. No tiene el mismo valor de uso una botella de agua en el desierto que cuando estamos en casa y podemos abrir el grifo y no nos es imprescindible el agua que contiene la botella. No le dé vueltas.

Hablemos de economía y por tanto del valor de cambio o precio de las mercancías. Dice usted que *la mercancía tiene un valor en función del tiempo de trabajo necesario para producirla*. Eso no es verdad. Es el mercado el que define el valor de la mercancía. Es en el mercado donde se puede medir la magnitud del valor de una mercancía. ¿Qué opina usted?

Y Marx responde: *La determinación de la magnitud de valor por el tiempo de trabajo es, por tanto, el secreto que se esconde detrás de las oscilaciones aparentes de los valores relativos de las mercancías. El valor de cambio no es más que una determinada manera social de expresar el trabajo invertido en un objeto*.

Y a continuación el gran Marx se contradice: *El trabajo humano invertido en las mercancías solo cuenta en cuanto se invierte en una forma* útil *para los demás. Hasta qué punto ocurre así, es decir, hasta qué punto esos productos satisfacen necesidades ajenas, solo el cambio mismo lo puede demostrar*.

Comentario: Por tanto,
Sr.
Marx, no es el trabajo humano el que da, por sí solo, el valor a la mercancía. Es necesario que el cambio, el mercado, lo reconozca. Hasta que la mercancía no va al mercado, no se puede ver qué valor le da la sociedad humana. Hasta ese momento no se sabe en qué medida satisface las necesidades de los clientes. Hay productos que no gustan y son rechazados y otros muy demandados. Todo ello influye en el valor, que finalmente se da a cada mercancía, lo que varía en cada momento y lugar y no depende solo del tiempo de trabajo necesario para producirla. No nos engañe señor Marx.

También Marx dice que el precio deja de ser la expresión del valor, porque cabe vender cosas que no son producto del trabajo. Cosas *que no son de suyo mercancías, por ejemplo, la conciencia, el honor,, pueden ser cotizadas en dinero por sus poseedores y*

recibir a través del precio el cuño de (que son) mercancías. Cabe, por tanto, que una cosa tenga formalmente un precio sin tener un valor.
etc.
No le dé vueltas señor Marx, no se engañe ni nos engañe. Si alguien ha pagado por algo es porque ese algo tenía valor para él.

Pero Marx insiste en que el precio de las mercancías es función del trabajo, y solo del trabajo empleado en su producción: *El valor de las mercancías aparece ya expresado en sus precios antes de que se lancen a la circulación; es, por tanto, premisa y no efecto de esta.*

Comentario: Otra mentira. Una cosa es que los costes de producción sean tenidos en cuenta por el productor, cuando fija el precio inicial con que lleva sus productos al mercado, y otra cosa muy distinta es decir que la suma de esos costes resulte igual al precio al que se venderán esas mercancías en el mercado. De hecho, los propios factores o medios de producción (materias primas, maquinaria, alquiler de instalaciones, salarios,
etc.
) dependen también de su precio de mercado y esos precios dependen de la oferta y la demanda. Si las materias primas son más baratas, los costes de producción se reducirán. Pero el coste de producción de una mercancía no es lo mismo que el precio de esa mercancía en el mercado.

El precio con que las mercancías se lanzan al mercado depende de muchas otras cosas (política de ventas de la empresa, publicidad, oportunidad en la fecha de salida al mercado,
etc.
). Para mayor evidencia, pensemos en cómo varían los precios en las rebajas y segundas rebajas. Esto demuestra que las mercancías no tienen un precio fijo, sino que dependen de la oferta y la demanda.

Marx rechazó razonamientos de otros respecto al valor que cada uno recibe en el intercambio que parecen de mucho más sentido común. Por ejemplo, los de Étienne de Condillac
(1714-1780),
sacerdote y economista francés, al cual el propio Marx cita en El

Capital:

> No es exacto que el cambio de mercancías verse sobre el intercambio de valores iguales. Es al revés. De los dos contratantes, uno entrega siempre un valor inferior, para recibir a cambio otro más grande. En efecto, si se cambiasen siempre valores iguales, ninguno de los contratantes podría obtener una ganancia, y, sin embargo, ambos ganan, o por lo menos ambos debieran ganar. ¿Por qué? El valor de los objetos reside, pura y simplemente, en su relación con nuestras necesidades. Lo que para uno es más es para el otro menos y, viceversa (…) Nos desprendemos de cosas que nos son inútiles con objeto de obtener a cambio otras que necesitamos: damos menos por más… Pero hay que tener en cuenta también otro factor, a saber: que ambos cambiamos lo que nos sobra por lo que nos falta. (Palabras de Condillac).

Sin embargo, Marx, con mucho menos sentido común, replica a Condillac: *Si lo que se cambia son mercancías, o mercancías y dinero con el mismo valor de cambio… es innegable que nadie puede sacar de la circulación más valor del que metió en ella*.

Comentario: El mensaje de Condillac es mucho más claro. En todo intercambio ambas partes consideran que han ganado respecto a su posición anterior. Uno da dinero a cambio de algo que para él vale más que el dinero que paga por ello. Si no, no lo haría. El otro prefiere el dinero a la mercancía que vende porque para él tiene más valor, en ese momento, el dinero que la mercancía.

A veces, hoy en día, con la mejor de las intenciones, se habla de precios justos para los productos. Voy a decir algo que puede sonar muy duro: las mercancías no tienen precios/valores «justos». Lo que tienen son precios de mercado.

Otra cosa bien distinta es que los gobiernos en determinados productos o suministros, generalmente de carácter básico, busquen fórmulas para evitar las grandes oscilaciones de precios y la posibilidad de que suban o bajen por presiones especulativas. También en determinados suministros básicos, atiende el Estado casos de necesidad social (agua, luz, gas), pero no bajando los precios sino haciendo que se paguen mediante ayudas sociales.

No hay precios «justos» solo precios de mercado. Cuando en un bonito pueblo de la sierra se ven carteles que piden «Precios justos para el olivar de la sierra» se está induciendo a confusión, pues el precio de la oliva es el precio de mercado.

Cierto es que, en esa zona, al estar los cultivos de olivos cubriendo unas colinas, con pendientes muy inclinadas, son más difíciles de trabajar, por lo que producir y recoger la aceituna tiene un mayor coste.

Lo que cabe hacer entonces no es aumentar de manera forzada el precio de la aceituna de la sierra, sino compensar esas circunstancias especiales de dificultad que tienen los cultivos, por razones justificadas, tales como su valor para impedir la erosión, mantener la belleza estética e interés turístico del paisaje, evitar la despoblación rural,
etc.
Todo lo cual puede y debe tener un «precio social» que se pague por hectárea, u otro indicador, pero dejando que la aceituna de esa localidad se venda, al igual que todas las demás, al precio que marque el mercado para cada calidad.

Por tanto, dejemos de usar el término «precios justos» que van en la errónea línea marxista del precio por valor trabajo y que a lo único que llevan es a conflictos sin solución.

LA FUERZA DE TRABAJO Y SU VALOR

El Capital dice lo siguiente:

La fuerza de trabajo es el conjunto de las condiciones físicas y espirituales… de un hombre, que este pone en acción al producir valores de uso de cualquier clase; la fuerza de trabajo solo puede aparecer en el mercado, como una mercancía, siempre y cuando que sea ofrecida y vendida como una mercancía por su propio poseedor. De acuerdo. Nada que objetar a esta definición, aunque podría haber sido menos rebuscada.

Pero añade: *El valor de la fuerza de trabajo (el salario), como cualquier otra mercancía, se determina por el tiempo de trabajo necesario para la producción, o sea reproducción.*

Después de haber trabajado hoy, el propietario de la fuerza de trabajo tiene que volver a repetir mañana el mismo proceso, en idénticas condiciones de fuerza y salud. Por tanto, la suma de víveres y medios de vida habrá de ser por fuerza suficiente para mantener al individuo trabajador en su estado normal de vida y de trabajo.

La suma de los medios de vida necesarios para la producción de la fuerza de trabajo incluye, por tanto, los medios de vida de los sustitutos, es decir, de los hijos de los obreros, para que esta mercancía pueda perpetuarse en el mercado.

El *obrero invierte la mayor parte de su salario en medios de sustento y su casi totalidad en artículos de primera necesidad*.

El *salario diario medio es siempre igual al producto de valor del número de horas que el obrero necesita trabajar para producir los medios de subsistencia indispensables*.

Comentario: Lo que quiere decir Marx en esos párrafos se puede simplificar: El salario del obrero es siempre el mínimo necesario para permitirle reproducirse y subsistir (según Marx).

Pues bien, eso no es cierto. Pasaba en tiempos de la esclavitud. El esclavo no tenía salario. Era alimentado y mantenido con vida con el mismo cuidado con el que se mantenía a un caballo o a cualquier otro animal. El paso a siervo de la gleba le dio un mayor nivel de vida. Igualmente, su trabajo en las ciudades, como criados o artesanos, resultó una alternativa mejor que seguir como siervo. También la época de la revolución industrial mejoró sus posibilidades, porque si no fuera así habría vuelto al campo. Por otra parte, como el propio Marx señala, las condiciones laborales en Gran Bretaña no eran iguales ni en todas las empresas ni con todos los empresarios.

Eso no quita que hubiese una clase aristocrática y burguesa que tuviese privilegios económicos y sociales desmesurados y, sobre todo, que mirase con desdén a los trabajadores. Pero ¡ojo! Miembros de esa clase fueron Engels y el propio Marx, que tuvo una criada a la que no dio salario y que, cuando tuvo medios, contó con gente de servicio a su casa y para sus hijas, o para la edición de libros o de los periódicos que dirigió. Es de esperar que no abusara de su posición económica y que al menos fueran generosos, como lo fue el socialista utópico Robert Owen.

Por otra parte, siempre hay que tener en cuenta el contexto de la

época. Y, sobre todo, hay que valorar la capacidad de evolucionar positivamente, como ocurrió en Gran Bretaña, donde no hubo revoluciones generalizadas y violentas, aunque sí luchas feroces, entre dinastías monárquicas y diferentes tendencias religiosas.

La realidad, al menos en las sociedades capitalistas occidentales actuales, es que los salarios, para la inmensa mayoría de los trabajadores, son muy superiores a los salarios de mera subsistencia. Por eso pueden comprar coches, salen de vacaciones, etc.

Además, incluso en el caso de los que perciben el salario mínimo, existen otras ayudas que no se computan como salario, tales como la sanidad, pensiones, educación, y otras ayudas sociales y que deberían computarse, como salario en especies que recibe todo asalariado, si se quiere tener una visión integral de la remuneración percibida.

Marx no contento con repudiar los salarios de miseria, cosa en la que todos estamos de acuerdo, los presenta como el funcionamiento natural de toda economía capitalista y ahí es donde más se equivoca, o miente conscientemente.

El salario del obrero se determinaba en aquella época por la oferta y la demanda, con todo lo que eso conllevaba dependiendo del propietario. Por ejemplo, el socialista utópico Robert Owen fue un modelo de empresario con una gran conciencia social.

También hay ejemplos, que se citan en el propio Capital, de empresas que disminuyeron las horas de trabajo y a la vez elevaron los salarios. Por tanto, si el salario anterior era de miseria, el nuevo ya superaba ese umbral.

Además, la realidad estadística de los salarios en el sistema capitalista no permite sostener que los salarios de los obreros sean, con generalidad, salarios de miseria. Lo veremos con datos al presentar la ley marxista de empobrecimiento creciente de la población. Por consiguiente, o la teoría marxista del valor de la fuerza de trabajo valía solamente para esa época, o bien era rotundamente falsa. Esta segunda opción es la auténtica.

Al igual que en el punto anterior, cabe hablar aquí de «salarios justos» para decir algo que a muchos lectores puede no sonarles bien: no hay salarios justos. Expliquémoslo. Los salarios son salarios de mercado, en muchos casos establecidos por convenios, que

suelen dejar siempre alguna vía de aplicar variables, además del componente fijo por categoría.

Otra cosa bien distinta es que aplicando un principio de justicia y de fraternidad como es el de igualdad de oportunidades se hayan introducido en las sociedades capitalistas, en mayor o menor medida, determinados servicios gratuitos básicos tales como la sanidad y la educación. Se trata de servicios que o bien son prestados directamente por instituciones públicas o bien se reintegra después un porcentaje de su precio, incluso su totalidad, a quien los haya necesitado, o que se atienden mediante cheques escolares, becas, o conciertos con instituciones privadas o muchas otras formas para lograr la gratuidad pretendida.

A la prestación de esos servicios cabe añadir diferentes ayudas sociales para atender casos, puntuales o permanentes, que necesiten ser protegidos. Pero tanto esos servicios como esas ayudas forman parte de las políticas sociales, las cuales son instrumentos diferentes del salario.

La economía, con carácter general, no entiende ni puede entender, ni asumir, el tema de la «justicia» del salario, si bien cada empresa u organización puede establecer fórmulas, dentro del marco legal, para atender lo que libremente considere que forma parte de su política de empresa.

Tanto en los salarios como en los precios de los productos y servicios, la libre movilidad, dentro de las reglas de mercado legales, son imprescindibles para que se puedan tomar decisiones eficientes, lo cual genera riqueza social.

LA TEORÍA DE LA PLUSVALÍA

Esta teoría, junto con la del valor trabajo, constituye la esencia de la teoría económica marxista. Ya hemos demostrado que la teoría del valor trabajo es falsa y que el valor de las mercancías no es igual a la cantidad de tiempo de trabajo empleado para producirlas, sino el valor que el encuentro entre la oferta y la demanda les asigne en el mercado.

Igualmente hemos demostrado que el salario no es equivalente al trabajo necesario para producir los bienes mínimos de

subsistencia que necesita el trabajador, sino que también el salario es el resultado del encuentro entre la oferta y la demanda de trabajo y de trabajadores.

Ahora haremos igual con la teoría de la plusvalía y demostraremos que también es falsa. Sin ellas (teoría del valor trabajo y de la plusvalía), El Capital, en cuyo nombre se han justificado, y se justifican tantos crímenes queda convertido en mera basura sofística.

No me gusta aplicar descalificativos tales como el de basura, pero una característica del marxismo y del comunismo ha sido la de descalificar a todos los críticos. Por ello creo que a veces es clarificador que, con el marxismo y comunismo, se usen, y con razón, los mismos calificativos que ellos aplican a otros.

La teoría de la plusvalía afirma que el propietario, el capitalista, extrae todo su beneficio, también llamado ganancia, de la explotación del trabajador, por el simple hecho de que no le paga todo el valor que produce su trabajo, o dicho con terminología marxista, porque *arranca directamente de los obreros un trabajo no retribuido*.

La teoría parte de la premisa de que todos los factores de producción (materias primas, maquinaria, trabajo humano,
etc.
) aportan a las mercancías creadas solo su propio valor, el cual según Marx sería el del tiempo de trabajo empleado para construir las instalaciones, las maquinarias, producir las materias primas,
etc.

Marx afirma que cada factor participante en el proceso de producción solo transmite su propio valor *un medio de producción no puede jamás transferir al producto más valor que el que pierde (o consume) en el proceso de trabajo.* Sin embargo, dirá que el medio de producción trabajo humano transfiere más valor que su coste/salario.

Comentario: Es una mera afirmación sin prueba alguna. Por ejemplo, una madera (materia prima) cuyo coste es de cinco euros es trabajada y transformada en una mesa que se pone en el mercado por cuarenta euros, ¿cuánto valor ha transmitido a la mesa? ¿Cuánto la maquinaria y cuánto el trabajo? No se puede saber, porque todos (trabajo, maquinaria y materia prima) han sido

indispensables para producir la mesa. Una cosa es el coste de cada factor de producción y otra el valor que cada uno transmite al producto fabricado.

Por otra parte, el valor de la mesa —cuarenta euros— solo será real si es vendida. Pero si nadie la compra, porque su diseño o color no gusta, habrá que bajarlo de precio. Puede incluso que haya que tirarla, si aun así nadie la quiere comprar. En este caso ninguno de los medios de producción utilizados, habría transmitido ningún valor al producto creado, ya que nadie lo ha querido comprar.

> Los medios de producción sólo transfieren un valor a la nueva forma del producto en la medida en que, durante el proceso de trabajo, pierden valor bajo la forma de su antiguo valor de uso.

Comentario: Es una mera afirmación sin prueba alguna y que la lógica desmiente. Contablemente, el coste de la maquinaria que se imputa a un proceso de producción se computa por su amortización, es decir, su coste de adquisición dividido por el número de productos que puede colaborar a crear durante su vida útil. Pero una cosa es un criterio contable y otra cosa es en qué medida la máquina ha contribuido al valor de las mercancías producidas. La realidad es que al igual que en el ejemplo de la mesa, sin la materia prima o sin la maquinaria no podría haberse producido la mesa. Ambos factores de producción son indispensables y ¿cuál es el valor de algo indispensable?

Por otra parte, imaginemos una máquina robot que haya sustituido al trabajador que antes hacía esas funciones, ¿tiene lógica decir que solo va a transferir al valor del producto su amortización? ¿No sería más preciso decir que transmite, al producto, al menos el mismo valor que generaba el obrero al que reemplazó?

En el propio Capital, Marx aporta ejemplos que contradicen su teoría sobre el valor que aportan las máquinas o instrumentos para la generación de valor.

Así,

> El rendimiento del trabajo no depende solo del virtuosismo del obrero, sino que depende también de la perfección de las herramientas con que trabaja… Solamente en Birmingham se

> producen unas quinientas variedades de martillos, entre los cuales hay muchos que se destinan, no ya a un proceso especial de producción, sino a una operación determinada dentro de este proceso.

Comentario: Por tanto, ese martillo adecuado es la herramienta imprescindible para un determinado proceso de producción. Sin él no se podría crear una mercancía que tuviera el mismo valor. Luego los instrumentos, las máquinas, son determinantes para que muchas mercancías lleguen a existir y para que puedan tener valor. Con la tecnología de la edad de piedra no se podría fabricar un coche, aunque se conociera perfectamente su diseño.

Marx insiste, porque es clave para su teoría de la plusvalía en que *la parte de capital que se invierte en medios de producción, es decir, materias primas, materias auxiliares e instrumentos de trabajo, no cambia de magnitud de valor (no añaden más valor que su coste) en el proceso de producción.*

Sin embargo, Marx afirma que *la fuerza de trabajo cambia de valor en el proceso de producción. Además de reproducir su propia equivalencia, crea un remanente, la plusvalía*.

La diferencia entre ese valor mayor y su salario deja un excedente, que es la plusvalía o plusvalor producido por el trabajador y del cual se apropia el empresario.

Si se le pregunta a Marx por qué el trabajo crea un valor adicional mientras que los demás factores de producción solo aportan su coste, su respuesta es simplemente: «es *así porque sí*». Recordemos el ejemplo antes citado de la máquina robot que ha sustituido al trabajador, y que, por tanto, debería crear tanto valor adicional como creaba el trabajador al que sustituyó.

También en *El Capital*, en unos de sus múltiples párrafos enrevesados, Marx reconoce la distinta fertilidad de las tierras, por ello, por analogía ¿por qué las distintas fábricas no deberían tener una distinta «fertilidad» y que eso se manifestara en su impacto en su producción final?

> La diferente fertilidad de las distintas clases de tierra solo actúa en la renta diferencial siempre y cuando consiga que los capitales invertidos en la tierra den resultados, productos

> desiguales con capitales iguales por su magnitud o por su cuantía proporcional. El hecho de que esta desigualdad se refiera a distintos capitales invertidos sucesivamente en la misma tierra, o a capitales invertidos simultáneamente en varias porciones de distintas clases de tierra, no puede traducirse en resultados distintos en cuanto a la diferencia de la fertilidad o de su producto, ni, por tanto, en cuanto a la formación de la renta diferencial respecto a las partes de capital invertidas en tierras más fértiles. Sigue siendo la tierra la que con una inversión igual de capital muestra una fertilidad distinta.

Comentario: Señor Marx, la tierra no es trabajo humano, sino un capital que tiene distinta fertilidad. Por tanto ¿no cabría pensar, por analogía con las tierras de distinta fertilidad, que los capitales (distintas inversiones, distintas maquinarias, distintos instrumentos, distinta organización,
etc.
), según su «fertilidad» (capacidad, adecuación, creatividad, diseño) pudieran dar lugar a distinto valor de las mercancías que generan?

Por tanto, señor Marx, no es solo el trabajo el que da valor a la mercancía sino también todos los demás factores de producción. Finalmente, es el consumidor, el que reconoce o no el valor de esa mercancía. Es el que decide si lo compra a ese precio o si prefiere otras mercancías diferentes como destino de su dinero.

¿Cómo cuantifica Marx la plusvalía que el capitalista arrebata al trabajador?

Marx lo explica así:

> La fuerza de trabajo se compra y se vende por su valor. Este valor se determina, como el de cualquier otra mercancía, por el tiempo de trabajo necesario para su producción.
>
> Por tanto, si la producción de los medios de vida del obrero exige, un día con otro, seis horas, deberá trabajar también seis horas diarias por término medio, para producir su fuerza diaria de trabajo. Pero, después de cubrir este tiempo de trabajo necesario, el obrero puede seguir trabajando dos, tres, cuatro, seis y más horas. De la magnitud

de esta prolongación depende la cuota de plusvalía.

Comentario: Esto parece que tiene cierto sentido. Si en lugar de una jornada de ocho horas, el empresario alarga la jornada a diez horas manteniendo al trabajador con el mismo salario, parece razonable pensar que el empresario, si el trabajador mantiene su misma productividad por hora, producirá más y ganará más.

Pero ¿ocurre eso en nuestro país? No, ni soñando. Ningún gobernante alargará sin más la jornada de trabajo en circunstancias normales, sin retribución adicional. Tampoco lo harán los empresarios. La mayoría de las normativas impiden la prolongación, sin retribución, de la jornada laboral.

Sin embargo, afirmaba Marx, en *El Capital*, que una de las formas, generalizadas, de obtener plusvalía no era ampliando la jornada de trabajo sino reduciendo el salario. Pero si el salario, según Marx, era apenas el mínimo necesario para la mera subsistencia, ¿cómo podían reducirlo más? ¿Qué explicación daba Marx? Veamos sus palabras:

> Dada la duración de la jornada de trabajo, el trabajo excedente (la plusvalía) solo puede prolongarse reduciendo el tiempo de trabajo necesario (para pagar el salario).
>
> La plusvalía producida mediante la prolongación de la jornada de trabajo es la que yo llamo plusvalía absoluta; por el contrario, la que se logra reduciendo el tiempo de trabajo necesario, con el consiguiente cambio en cuanto a la proporción de magnitudes entre ambas partes de la jornada de trabajo, la designo con el nombre de plusvalía relativa.
>
> La obtención de plusvalía relativa se lograría únicamente reduciendo el salario del obrero.

Pero ¿cómo reducir el salario?

La respuesta de Marx es otra frase complicada y oscura de entender. Ahí la tienen:

> El aumento de la capacidad productiva y el correspondiente abaratamiento de las mercancías en aquellas industrias que suministran los elementos materiales del capital constante, los instrumentos de trabajo y los materiales para la

elaboración de los medios de vida necesarios contribuyen a hacer bajar el valor de la fuerza de trabajo.

En cambio, si se da en ramas de producción que no suministran medios de vida necesarios ni medios de producción para fabricarlos, el aumento de la capacidad productiva deja intacto aquel valor.

La frase de Marx podría haber sido redactada de forma más sencilla, por ejemplo: «Al aumentar la capacidad productiva general, disminuye el precio de las mercancías mínimas que necesita el trabajador para subsistir y, por tanto, se le pueden reducir los salarios». ¿Por qué Marx prefiere la redacción compleja e ininteligible?

Comentario: Son los escasos seguidores de Marx que se hayan leído *El Capital* los que deberían responder a esta pregunta, pero me aventuro a dar yo mi opinión: Marx, pensador inteligente, oscureció deliberadamente la respuesta porque suele suceder lo contrario de lo que él había dicho. Los salarios tienden a aumentar y al mismo tiempo los beneficios del capitalista y eso contradice la teoría de la plusvalía relativa.

Marx quiso ocultar la realidad y seguir afirmando que el beneficio del capitalista se obtiene explotando al trabajador, descartando otros muchos argumentos que pueden explicar el beneficio, como son la mejor organización, la productividad, las nuevas tecnologías, los nuevos productos,
etc.
¿Por qué descartó esas otras posibles razones? Porque si las hubiera aceptado, la esencia de su pensamiento —el capital obtiene beneficios explotando al trabajador, al no pagarle todo el valor de su trabajo— se habría caído por tierra.

Pero Marx sigue erre que erre descalificando siempre al capital. Así cita a John Stuart Mili (filósofo y economista inglés
1808-1873)
y a su libro «Principios de economía política» en el que Mili decía: *Cabría preguntarse si todos los inventos mecánicos aplicados hasta el presente han facilitado en algo los esfuerzos cotidianos de algún hombre*.

A lo que Marx replica de forma contundente:

> La maquinaria empleada por el capitalismo no persigue ni mucho menos, semejante objetivo. Su finalidad, como la de todo otro desarrollo de la fuerza productiva del trabajo, es simplemente rasar (abaratar) las mercancías y acortar la parte de la jornada en que el obrero necesita trabajar para sí, y, de ese modo, alargar la parte de la jornada que entrega gratis al capitalista. Es, sencillamente, un medio para la producción de plusvalía.

Comentario: La observación de la realidad es contundente. Las herramientas y los inventos mecánicos han facilitado el trabajo humano. Basta con comparar el trabajo en las modernas cosechadoras, en las que el recolector con aire acondicionado recoge con gran comodidad la cosecha. Nada que ver con la situación anterior en la que una hilera de trabajadores, segaban el trigo a mano con hoces. Pero Marx insiste porque quiere justificar su punto de vista: el capital lo único que busca es poder recortar el salario del obrero.

Sin embargo, el propio Capital, contiene ejemplos que contradicen aún más la teoría marxista de la plusvalía:

> *Mr*.
> R.
> Gardner hizo que, a partir del 20 de abril de 1844, sus obreros trabajasen, en sus dos grandes fábricas de Presten, 11 horas diarias en vez de 12. Al cumplirse aproximadamente un año, resultó que se había obtenido la misma cantidad de producto, con el mismo costo, y que todos los obreros habían ganado en 11 horas de trabajo el mismo salario que antes en 12.

Otro ejemplo más, también del propio Marx en *El Capital*;

> En los talleres de tejidos el resultado fue el siguiente: Desde el 6 de enero hasta el 20 de abril de 1844, con una jornada de trabajo de doce horas, el salario medio semanal de cada obrero ascendió a diez chelines y un penique y medio: desde el 20 de abril hasta el 29 de junio de 1844, con una jornada de trabajo de once horas, el salario medio semanal fue de

diez chelines y tres peniques y medio.

Como se ve, en once horas de trabajo se producía más que antes en doce, gracias exclusivamente a la mayor uniformidad y perseverancia del trabajo y a la economía de tiempo. Los obreros percibían un poco más de salario y se encontraban con una hora libre adicional. El capitalista obtenía la misma masa de productos, y ahorraba el gasto de carbón, gas,
etc.
, durante una hora. Experimentos semejantes se hicieron, con idéntico resultado, en las fábricas de los señores Horros y Jackson.

Estos ejemplos, de El Capital, son incompatibles con la teoría de la plusvalía de Marx. O estaba inconsciente o tendría que haberse dado cuenta de que estos ejemplos, contradecían su teoría de la plusvalía.

Sin embargo, Marx insiste: *La producción de plusvalía absoluta es la base general sobre la que descansa el sistema capitalista y el punto de arranque para la producción de plusvalía relativa* y añade los *fabricantes aspiran a abaratar las mercancías disminuyendo violentamente los salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo*.

Comentario: La tozudez de Marx al insistir en su visión de la «realidad» se debe a que, si no lo hiciera, su teoría, que culpa a la propiedad privada de los medios de producción de la explotación del obrero, caería por tierra. Si su teoría de la plusvalía no se correspondiera con la realidad de los salarios y de la explicación del origen del beneficio, carecería de sentido implantar la dictadura del proletariado para abolir el capital, la propiedad privada. En conclusión, su afirmación de que el capitalista disminuye los salarios al nivel de mera subsistencia no encaja ni con la realidad actual ni con la realidad de su tiempo, ya que, como hemos visto, Marx mismo narra en El Capital muchos ejemplos que no encajan con su teoría de la reducción de salarios al mínimo vital.

Señor Marx, el beneficio empresarial, al que usted denomina plusvalía, aumenta por el incremento de la diferencia entre ingresos y gastos. La realidad pone en evidencia que esto no se fundamenta

en la reducción de salarios.

Por el contrario, cada vez más, el empresario, el malvado capitalista, ha percibido que priorizar un buen ambiente laboral, lo que incluye el salario, promueve la productividad y las sugerencias de los empleados, lo cual no sería posible si estos consideraran, como pensaba Marx, que el empresario está centrado en *disminuir violentamente los salarios*.

Además, la reducción unilateral de los salarios en los países capitalistas está prohibida, o impedida por la normativa laboral y la acción de los sindicatos, ¿cómo logran entonces hoy en día los empresarios obtener beneficios económicos, eso que llama Marx «arrancar la plusvalía» al trabajador?

Señor Marx, la realidad es mucho menos perversa. Uno de los componentes principales del beneficio empresarial es el aumento de ingresos, derivado del aumento de la productividad y de la diversificación de productos, en muchos casos lograda mediante mejoras organizativas, derivadas de la participación de los trabajadores y de la introducción de nuevas tecnologías.

Por cierto, señor Marx, ambas cosas, organización y nuevas tecnologías, son más atribuibles a la acción del directivo que al empleado/trabajador, aunque terminen beneficiando a todas las partes.

LEYES DEL DESARROLLO CAPITALISTA

Marx, de sus teorías del valor trabajo y de la plusvalía, deducía las tres leyes de la economía capitalista que predicen la decadencia del capitalismo. Son las siguientes:

a. *La ley de la tasa decreciente de beneficio*. Afirma que el capitalista debe invertir cada vez más en nuevas maquinarias para ser más productivo que sus competidores. Esto suele dar lugar a que disminuya el número de obreros, los únicos de los que, según Marx, se obtiene la plusvalía, luego esta disminuirá.

   Comentario del autor: Por tanto, el numerador (la plusvalía/ganancia) disminuirá mientras que el denominador (el capital invertido) aumenta, luego la tasa de beneficio (beneficio sobre el capital invertido) será cada vez menor./ganancia) disminuirá mientras que el denominador (el capital invertido) aumenta, luego la tasa de beneficio (beneficio sobre el capital invertido) será cada vez menor.

b. *La ley del empobrecimiento creciente de la población*. Los trabajadores obreros o empleados solo reciben el salario mínimo necesario para mantenerse con vida y tener hijos que los reemplacen. Viven en la miseria. Por otra parte, la nueva maquinaria requiere menos trabajadores por lo que muchos se quedarán sin empleo.

   Comentario del autor: Además, Marx prevé que los pequeños capitalistas se arruinarán, ya que no tendrán capacidad para invertir en las nuevas maquinarias más costosas, por lo que sus productos no son competitivos. Pasarán por tanto a formar parte de la masa de proletarios.

c. *Ley de acumulación del capital*. Cada vez quedará un menor número de propietarios capitalistas, que serán los que tengan capacidad para comprar la nueva maquinaria. Como conclusión, el capital

quedará cada vez más concentrado en menos manos.

LA TASA DECRECIENTE DE GANANCIA

Marx en *El Capital* lo explica así:

> El incremento gradual del capital constante (maquinaria) en proporción al capital variable (trabajo), tiene como resultado un descenso gradual de la cuota general de ganancia, siempre y cuando permanezca invariable la cuota de plusvalía, o sea, el grado de explotación del trabajo por el capital.
>
> El aumento de la plusvalía irá, pues, acompañado por un aumento del capital constante y la creciente explotación del trabajo llevará aparejado un encarecimiento de las condiciones de producción, por medio de las cuales se explota el trabajo, es decir, una inversión mayor de capital. Por consiguiente, en este caso la cuota de ganancia disminuye en uno de los lados, cuando aumenta en el otro.
>
> Una parte de las mercancías que figuran en el mercado sólo puede efectuar su proceso de circulación y reproducción mediante una contracción enorme de sus precios.

Comentario: Las previsiones de Marx de hace más de ciento cincuenta años, habrían hecho desaparecer hoy al capitalismo, si la tasa de beneficio fuera constantemente decreciente.

La realidad es que las buenas inversiones siguen generando beneficios, lo cual no quita que pudiera ser más conveniente dedicar más dinero a repoblar los montes de España que a crear discotecas, pero todo ello debe realizarse en el marco de una economía de mercado en libertad. Es previsible que en el futuro se dedique más dinero a cuidar el entorno natural, pagando el sector público al sector privado (individuos y empresas) para que se encarguen de hacerlo.

El PIB de las naciones capitalistas desarrolladas aumenta y el nivel de vida general es mayor. También aumenta el

PIB

en las naciones capitalistas subdesarrolladas. No obstante, es mejor indicador el
PIB
per cápita que, con carácter general, también aumenta en todos los países, inclusive en aquellos que tienen un excesivo crecimiento demográfico.

La tasa de beneficio es muy variada, dependiendo de las empresas, de la rama de actividad y de las circunstancias, pero no hay ningún dato objetivo que permita afirmar que es decreciente, sino más bien todo lo contrario.

Marx dice que la plusvalía es la ganancia/beneficio del empresario y que la plusvalía solo depende, para decirlo en forma sencilla, del número de trabajadores empleados (explotados).

Eso es falso, como ya explicamos en el punto sobre la plusvalía. El beneficio es generado por un conjunto de factores, incluso por un robot que trabajara solo. Las empresas se mantienen en tanto que tienen beneficios, si no desaparecen. Si no han desaparecido es porque siguen teniendo una tasa satisfactoria de beneficio.

Por otra parte, la «contracción de los precios» solo se da hasta el punto en que se equilibra la oferta con la demanda. Cierto es que los nuevos productos, cuando salen al mercado, suelen tener precios más altos; después van bajando al aumentar la producción.

No obstante, con carácter general, los precios de venta no descienden más allá de su coste de producción (más el beneficio empresarial), ya que la empresa optaría por dejar de producir/vender ese producto antes que endeudarse y arruinarse. Es decir, esa contracción que preveía Marx no se da más allá del punto donde la empresa entraría en pérdidas, en cuyo caso terminaría por cerrar.

Dado que el número de empresas —grandes, medianas y pequeñas— ha aumentado, la explicación obvia es que obtienen beneficios que compensan o satisfacen la inversión de capital, el riesgo y el esfuerzo realizado. De otra forma no habría interés por ser y permanecer como empresario.

Conclusión: La expansión económica, la creación de un mayor nivel de riqueza muestra que la ley de Marx de la tasa decreciente de beneficio es errónea, teóricamente ilógica y científicamente falsa pues contradice la realidad económica observable.

EMPOBRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN

La reducción del beneficio (plusvalía) que según Marx llevaría a una tasa de beneficio decreciente y a la contracción de precios daría lugar a:

a. Un elevado nivel de desempleo: *La paralización de la producción dejará ociosa a una parte de la clase obrera y, con ello, la parte que trabaja se verá colocada en condiciones en que no tendrá más remedio que acceder a una baja de salarios, incluso por debajo del nivel medio*.
b. Un exceso de mano de obra: La *acumulación capitalista produce constantemente, en proporción a su intensidad y a su extensión, una población obrera excesiva para las necesidades medias de explotación del capital, es decir, una población obrera remanente o sobrante*.
c. A un obrero medio totalmente depauperado: El *obrero invierte la mayor parte de su salario en medios de sustento y su casi totalidad en artículos de primera necesidad*.

El horizonte que preveían esas frases literales de *El Capital* de Marx era el de un número creciente de desempleados porque las máquinas, las nuevas tecnologías, iban reduciendo la demanda de asalariados. Ante esta circunstancia, el asalariado estaría dispuesto a aceptar menores salarios, inclusive por debajo de los necesarios para adquirir los artículos de primera necesidad.

Además, los capitalistas pequeños, los que no tuvieran posibilidad de invertir en maquinaria más productiva, tendrían que mantener precios más altos, no venderían, quebrarían y pasarían a engrosar la masa empobrecida.

Marx señala que la nueva maquinaria permite producir mayor número de unidades de producto por trabajador, por lo que el valor de cada unidad sería menor, lo que se manifestaría en su precio.

Mientras, los capitalistas que no hubiesen podido hacer inversiones en la nueva maquinaria, continuarían produciendo una

cantidad menor de unidades de producto por trabajador. Por tanto, su precio, por unidad de producto, sería mayor que el de aquellos capitalistas que hubieran podido adquirir las nuevas máquinas.

En consecuencia, el mercado no les compraría a ellos, a los pequeños capitalistas, porque sus mercancías serían de mayor precio, y se arruinarían y pasarían a formar parte de la masa de proletarios. Esto daría lugar a que el número de capitalistas sería cada vez menor, concentrándose más el capital, y el número de proletarios cada vez mayor, «una superpoblación obrera». (Ley del empobrecimiento creciente de la población y ley de concentración del capital)

Las previsiones de Marx se ven desmentidas por los datos objetivos. La población activa ocupada ha crecido en términos absolutos, incontestables, año a año. Los datos estadísticos son rotundos.

Además, el porcentaje de desempleo en el mundo capitalista desarrollado se sitúa en cifras asumidles en gran número de países. Desgraciadamente España no se encuentra entre ellos. Obviamente la incidencia del coronavirus ha modificado la situación, pero si tomamos el año 2018, es decir antes de que empezase la pandemia, los datos indican que la tasa de desempleo era: Corea del Sur 3,2 %; Japón, 3,3 %; EE. UU. 3,8 %; Alemania, 3,4 %; Hungría, 3,7 %; Holanda, 3,8 %; Gran Bretaña, 4,0 %; Suecia, 6,3 %; Portugal, 7,0 %; Francia, 9,1 %; Italia, 10,6 %, España 15,3 %; Grecia, 19,3 %.

También, ya que este libro se centra en el comunismo, hay que subrayar el bajo nivel de desempleo que existe en Estados Unidos, el país capitalista por excelencia.

¿Dónde está esa superpoblación obrera desempleada que preveía Marx?

Subsiste siempre un porcentaje de paro que se denomina estructural, debido, por ejemplo, a que determinadas actividades dan lugar a contratación temporal (turismo, recogida de cosechas) y posterior despido. También a que a veces se producen autodespidos, por distintas causas, de personas que se toman un tiempo en el desempleo, mientras que se ubican en un nuevo puesto.

La combinación de leyes laborales que estimulan la iniciativa empresarial con leyes sociales de prestaciones que palian las circunstancias de desempleo forzoso o de discapacidad, han dado

excelentes resultados. La combinación del énfasis en la responsabilidad individual junto con políticas de solidaridad social, ofrecen resultados muy aceptables, totalmente alejados de esa presunta masa de población depauperada que preveía Marx.

Hay muchos países donde existe un salario mínimo interprofesional (
SMI
) que sirve como referencia y que, en muchos, como es el caso de España, se ve complementado, como pago en especies, por sanidad y educación gratuitas y otras prestaciones sociales del Estado.

En cuanto a los salarios, los datos estadísticos muestran que, en España, que no es actualmente un país modélico en términos laborales, la estructura de salarios refleja que el porcentaje de los que perciben el salario mínimo es muy bajo.

Datos del Instituto Nacional de Estadística de España en 2017 eran: 1,27 % hasta 1 SMI; 36,6 % de 1 a 2 SMI; 30,8 % de 2 a 3 SMI; 15,6 % de 3 a 4 SMI; 7,9 % de 4 a 5 SMI; 3,4 % de 5 a 6 SMI; 2,1 % de 6 a 7 SMI; 1,2 % de 7 a 8 SMI; 1,2 % más de 8 SMI. Por tanto, tan sólo 1,27 % está en un salario mínimo y el 36 % entre 1 y 2 SMI.

Aunque en los países capitalistas desarrollados existan retos económicos y sociales importantes para el próximo futuro (la mejora nunca termina), los datos y argumentos anteriores ponen de manifiesto que las leyes de decadencia del capitalismo de Marx estaban equivocadas.

Por tanto, el coste humano de las revoluciones marxistas sangrientas no tiene sentido. Hubiera sido mucho más beneficioso realizar programas de reformas económicas y sociales sin revoluciones. Véanse por ejemplo los casos de Gran Bretaña o Alemania en Europa.

ACUMULACIÓN DEL CAPITAL

Según Marx, disminuye la tasa de ganancia y a la vez se va empobreciendo la población, bien porque perciba salarios por debajo del mínimo vital o, peor aún, porque se quede sin empleo y sin salario. Por otra parte, la lucha entre los capitalistas por seguir vendiendo en el mercado los lleva a necesitar maquinarias e

instalaciones más productivas y eso requiere inversiones adicionales de capital. En esa competencia, los capitalistas que no tienen capacidad de hacer esas nuevas inversiones no consiguen competir en precios, quiebran y se arruinan pasando a formar parte de la masa de proletarios.

Marx lo explica en El Capital de la siguiente forma:

> La lucha de la competencia se libra mediante el abaratamiento de las mercancías. La baratura de las mercancías depende del rendimiento del trabajo y este de la escala de la producción. Según esto, los capitales más grandes desalojan necesariamente a los más pequeños.

Al tener que *implantar nuevas instalaciones más costosas en capital, los pequeños capitales quedan eliminados de la industria para el futuro*.

Es decir, los pequeños capitalistas desaparecen por no ser capaces de afrontar el coste de las nuevas inversiones lo que *termina siempre con la derrota de los muchos capitalistas pequeños, cuyos capitales son engullidos por el vencedor, o desaparecen*.

Todo ello suena muy coherente. Teóricamente deberían quedar muy pocas empresas en el sistema, pues todo el capital se concentraría en un puñado de empresas enormes.

Sin embargo, la realidad, los datos estadísticos, demuestran que no ocurre así. Veamos el caso de España:

En 2018, había 3 337 000 empresas, de las cuales 1 845 000 no tenían asalariados, solo el dueño de la empresa; 1 339 000 tenían menos de diez trabajadores; 126 000 de diez a cincuenta trabajadores; 20 000 de cincuenta a doscientos trabajadores; 3900 empresas de doscientos a quinientos trabajadores; 1000 empresas entre quinientos y mil trabajadores; 750 empresas de mil a cinco trabajadores y 119 empresas más de cinco mil trabajadores.

Datos similares pueden encontrarse en multitud de países capitalistas democráticos. La acumulación de capital, anunciada por Marx, no se ha producido. La concentración en un puñado de grandes empresas no es cierta. Su teoría estaba equivocada. No queda lugar alguno para la duda. Como diría Hegel *lo real es*

racional y los datos estadísticos son incuestionables. Las ideas de Marx fueron una trágica quimera para la Humanidad.

¿Cómo es posible que estos datos contradigan las predicciones de las teorías de Marx? Simplemente porque aquellas estaban equivocadas. El potencial de la economía de mercado incrementa la riqueza individual y colectiva. En la medida en que se establezcan principios generales que procuren la prosperidad mutua sostenible, aún se obtendrán mucho mejores resultados sociales y económicos en el marco «capitalista» de la economía de mercado.

EL MUNDO IDEAL QUE PROPONÍA *EL CAPITAL*

El comunismo, ni siquiera en sus facetas más poéticas, por ejemplo, en la «Internacional», ofrece otra cosa que la lucha. Lo más constructivo que señala es que hay que *forjar al hombre libre*.

¡Arriba parias de la Tierra! ¡En pie famélica legión!
Atruena la razón en marcha: es el fin de la opresión.
Del pasado hay que hacer añicos.
Agrupémonos todos en la lucha final.

Ni en dioses, reyes ni tribunos, está el supremo salvador.
Nosotros mismos realicemos el esfuerzo redentor.
Para hacer que el tirano caiga y el mundo esclavo liberar
soplemos la potente fragua que el hombre libre ha de forjar.

Seguramente, a los camaradas que se les confinó en el Gulag se quedaron esperando el fin de la opresión y a que el hombre libre apareciera. La fragua debía estar apagada. Pero debieron tener paciencia más de setenta años
(1917-1989)
en la
URSS
y más de cuarenta años
(1945-1989)
en los países de Europa del Este, hasta librarse del yugo comunista.

Puestos a comparar con la Internacional, la canción falangista «*Cara al Sol*», es mucho más positiva. Habla de paz y de primavera:

Volverán banderas victoriosas, al paso alegre de la paz
y traerán prendidas cinco rosas, las flechas de mi haz.
Volverá a sonreír la primavera,
que por cielo, tierra y mar se espera.
¡Arriba, escuadras, a vencer,
que en España empieza a amanecer!

En España no hubo un sistema falangista puro a comparar con el

comunista. Tenían algunos aspectos sociales similares, ya que la Falange era muy proclive al desarrollo del sector público empresarial y a la firme intervención del Estado en lo económico y lo social. El régimen de Franco que era anticomunista adoptó varias ideas de carácter social del programa falangista (vivienda, seguridad social, sanidad, educación, Instituto Nacional de Industria).

Además, la tozuda realidad —lo real es racional—, nos muestra que, tras menos de cuarenta años
(1939-1975),
acabó la dictadura franquista y España hizo la transición a la democracia. El régimen de Franco, tras vencer en la Guerra Civil, tuvo que enfrentarse en su primer decenio, a guerrillas comunistas y al bloqueo internacional y además no fue beneficiario del Plan Marshall americano. A pesar de ello, en 1975, la situación económica y nivel de vida en España era muy superior al que se vio en la
URSS
y Europa del Este en 1989, quince años después de la muerte de Franco.

Igualmente, el nivel de libertades, desde finales de los años cincuenta, aunque muy restrictivo comparado con el de los países democráticos vecinos, fue muy superior al de los países comunistas. ¿Hubiera sido ventajoso para España que se hubiera implantado un gobierno marxista?

Los regímenes comunistas manifestaron, y manifiestan, la filosofía que los inspiró. El marxismo contiene muchos elementos de crítica a la sociedad burguesa y capitalista y mucha incitación a la acción revolucionaria violenta, pero habla muy poco, y de forma muy ambigua, del sistema de derechos humanos que propugna para ese «paraíso comunista» que iba a construir.

El Capital de Marx es una obra clave para el comunismo. Ni siquiera en sus partes más poéticas ofrece otra cosa que un futuro de opresión. Así, en la parte final del tercer y último libro que lo compone, define la Verdadera Libertad que generará la aplicación del marxismo y cómo se llegará a ella:

La riqueza real de la sociedad y la posibilidad de ampliar

> constantemente su proceso de reproducción no depende, pues, de la duración del plustrabajo, sino de su productividad y de las condiciones más o menos abundantes de producción en que se realice. En efecto, el reino de la libertad solo empieza allí donde termina el trabajo impuesto por la necesidad y por la coacción de los fines externos: queda, pues, conforme a la naturaleza de la cosa, más allá de la órbita de la verdadera producción material.

El Capital señala que la libertad empieza donde termina la necesidad de trabajar para atender nuestras necesidades.

Pero ¿cuáles son esas necesidades? ¿Viajar por todo el mundo? ¿Tener segundas residencias en la costa? ¿Trabajar solo cuando nos apetezca? ¿Son iguales las necesidades para todos los individuos? ¿Qué es eso de la coacción por fines externos? ¿De dónde proviene esa coacción de «fines externos»? ¿Del Partido, de la Iglesia, de la economía, de la infraestructura económica? ¿De dónde? ¿Cómo cabe explicar que los países comunistas tras la eliminación de la propiedad privada no hayan construido esos teóricos *Reinos de la Libertad*?

El Capital continúa presentando su meta social y explica cómo se logrará esa libertad:

> La libertad, en este terreno, solo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente este su intercambio de materias con la naturaleza, lo pongan bajo su control común en vez de dejarse dominar por él, como por un poder ciego, y lo lleven a cabo con el menor gasto posible de fuerzas y en las condiciones más adecuadas y más dignas de su naturaleza humana.
>
> Pero, con todo ello, siempre seguirá siendo este un reino de la necesidad. Al otro lado de sus fronteras comienza el despliegue de las fuerzas humanas que considera como fin en sí, el verdadero reino de la libertad, que, sin embargo, solo puede florecer tomando como base aquel reino de la necesidad. La condición fundamental para ello es la reducción de la jornada de trabajo.

Según estas frases, cabe entender que será la sociedad, en su conjunto, la que regule todo el intercambio; la que decida qué productos y servicios se generan; la que establezca lo que considera las *condiciones adecuadas y más dignas* de la producción. Por tanto, todo estará planificado.

Pero ¿qué ocurriría si los ciudadanos consideraran que no todo debe estar planificado?, ¿si consideraran que debe haber un mercado donde ellos muestren sus preferencias?, ¿si consideraran que para dar respuesta a las necesidades de bienes y servicios es necesario un ágil sistema de producción capaz de responder a ellas?, ¿si consideraran que para ello debe existir la iniciativa privada?, ¿si para ello fuera necesaria la propiedad privada, para asumir los riesgos en las decisiones económicas?

El Capital habla también de un futuro social: *Al otro lado de sus fronteras (del reino de la necesidad) comienza el despliegue de las fuerzas humanas que se considera como fin en sí, el verdadero reino de la libertad.*

¿En qué consistirá ese Verdadero Reino de la Libertad que ofrece el comunismo? ¿Cuáles son las fronteras del reino de la necesidad? ¿En dejar atrás las necesidades, por desapego, como propone el budismo? ¿O en un Reino de los Cielos en el espíritu en el cual no habrá necesidades materiales porque seremos espíritus? ¿O en un Reino de los Cielos en el que nuestros cuerpos físicos hayan resucitado y en los que alguien atenderá a nuestras necesidades?

El Capital no entra en estos posibles debates, tampoco el pensamiento marxista, porque ambos consideran que somos mera materia y que todo se acaba con la muerte. No aportan más aclaraciones. Se quedan apenas en decir que «hay que ir más allá de las fronteras del reino de la necesidad» y lo complementan diciendo que *la condición fundamental para ello es la reducción de la jornada de trabajo*.

Unidas ambas ideas, cabría concluir que la meta social del comunismo es llegar a la jubilación con una pensión razonable.

Como dice el refrán español, «para ese viaje no hacen falta tantas alforjas». Esta conclusión, como meta social, es muy ambigua y pobre si se la compara con la despiadada opresión y los más de cien millones de muertos que han causado y siguen causando los regímenes comunistas.

¿QUÉ ES EL MARXISMO?

El marxismo es el pensamiento de Karl Marx y Friedrich Engels. Todas las demás aportaciones, sean las de Lenin, Stalin, Mao Tse Tung, Bujarin, Trotski, Gramsci, Kollontai, Rosa Luxemburgo, Bernstein, Kautsky,
etc.
, son meras ideas complementarias, de mayor o menor interés, que o bien corroboran el marxismo de Marx y Engels o bien son otra cosa que no se puede calificar de marxismo, en la medida en que contradigan las ideas básicas o los textos literales de Marx y Engels.

No cabe argumentar que un fragmento de una carta o de un texto de Marx o Engels, modifique la esencia de los textos fundamentales. Por ejemplo, en «La ideología alemana» escrita en 1845 Marx decía: *Para nosotros, el comunismo no es un estado que debe implantarse*. Suena muy bien, pero ¿es eso coherente con *derrocar por la violencia el orden social existente* que propugna el Manifiesto Comunista en 1848 y con los comportamientos de Lenin, Castro o Maduro?

También hemos visto que el propio Marx aporta en *El Capital* ejemplos que contradicen su teoría de la plusvalía, pero esgrimirlos para defender un descafeinado marxismo no es de recibo. El marxismo es inseparable de la teoría de la plusvalía.

Hay que asumir los textos marxistas tal y como quedaron redactados, durante la vida de Marx y Engels, aunque algunos se publicaron con posterioridad a la muerte de ambos.

No hay que conceder validez, como marxistas, a los revisionistas pasados o presentes, se proclamen, o no, miembros de una escuela u otra. Si no comparten las ideas básicas de Marx y Engels, que lo

digan claramente pues contribuyen a la ceremonia de la confusión al calificarse de neomarxistas, postmarxistas,
etc.
y colaboran a blanquear al marxismo revolucionario criminal, pasado y presente.

Entre todas las aportaciones al pensamiento marxista, cabe destacar las de Lenin, porque elimina las dudas sobre el proceso que el marxismo establece para llegar al comunismo y que explica en su libro *El Estado y la Revolución*. Lo veremos con detalle en el capítulo donde planteamos si hay diferencia entre marxismo y leninismo.

Cuando se leen los escritos de los tres grandes, Marx, Engels y Lenin, resulta sorprendente la creatividad y el ingente trabajo intelectual que realizaron, en una época en la que no disponían del internet actual, que ofrece un gran e inmediato acceso a bibliotecas, datos y opiniones de la humanidad. Sus obras deslumbran por su cuantía y diversidad, así como por el radical cambio que proponen del tipo de sociedad.

Dejan traslucir una energía poderosa, sobrehumana, muy autoritaria, en su intento de racionalizar y justificar la acción revolucionaria que propugnan y que, a veces, acompañan de una crítica, muy ácida e irónica, a sus adversarios intelectuales (Bauer, Feuerbach, Hess, Proudhon,
etc.
).

Los escritos de Engels tienen una redacción más fácilmente comprensible, mientras que los de Marx, aun aquellos en los que colaboró Engels, son más rebuscados y confusos. Prueba de ello es el escaso número de marxistas que han leído íntegramente *El Capital*. No obstante, conviene tener en cuenta que los escritos de los filósofos de la época y, en especial, los de los Jóvenes Hegelianos, eran también, en muchos casos, obras con un lenguaje muy retorcido, que parecía pretender esconder las opiniones de sus autores, tras una palabrería compleja.

El reconocimiento del enorme esfuerzo intelectual realizado por Marx no debe hacernos olvidar el contenido de sus ideas y propuestas. No cabe criticar a Hitler, Stalin e incluso a Lenin y mantener a Marx y Engels en un pedestal. Eso es absurdo pues

como veremos, el comunismo no es otra cosa que la puesta en práctica de las ideas marxistas.

Hemos presentado el desarrollo del pensamiento de Marx y nos hemos detenido en sus dos libros ineludibles, el Manifiesto y el Capital, pero ¿cuál es la esencia del marxismo?

Simplificando, cabe decir que el marxismo es una ideología que pretende construir una sociedad humana ideal que se alcanzaría apoyándose en tres patas irrenunciables:

1. La abolición de la propiedad privada de los medios de producción
2. La derogación por la violencia del orden social existente
3. La dictadura del proletariado

El marxismo implica un enfoque filosófico que considero uno de los sistemas de pensamiento social más completos que han existido. ¡Lástima que no se quedara solo en eso, en un sistema de pensamiento, para promover la reflexión y el debate!

Sin embargo, Marx ya lo decía claramente en 1845, en su Tesis sobre Feuerbach: *Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo*. De ahí la importancia de las tres patas anteriores, citadas, que son inseparables de su mensaje.

¿QUÉ ES EN ESENCIA EL MARXISMO?

El marxismo es un pensamiento muy poderoso que ofrece respuestas a los problemas claves de toda filosofía:

a. Una visión ontológica: ¿Qué es el ser humano? ¿Cuál es su esencia?
b. Una respuesta metodológica: ¿Cuál es el proceso de desarrollo de los seres y del propio ser humano y de todas las instituciones de la sociedad humana?
c. Una respuesta historicista: ¿Qué sentido tiene la historia humana? ¿Camina en alguna dirección determinada? ¿Cuáles son los motores del cambio social?

d. Una explicación del papel de la economía en las sociedades humanas y de cómo ponerla al servicio del hombre.

Si de verdad el marxismo ofreciera respuesta válida a esos cuatro ejes ¿quién podría osar criticarlo? ¿Quién podría estar en su contra? El problema está en que sus respuestas no son válidas y conducen a una trágica realidad.

VISIÓN ONTOLÓGICA DEL MARXISMO

La ontología es la rama de la filosofía que se dedica al estudio del ser (del griego *ontos*, ser vivo y *logia,* estudio).

La visión ontológica de Marx deriva de su relación con los Jóvenes Hegelianos. De Bauer asume el ataque al sumo idealismo, el ataque a la religión, pero va más allá. De Feuerbach toma la idea de que Dios ha sido una creación de la fantasía del hombre. Lo trascendente es mera fantasía, por tanto, la esencia de todo es la materia. No existen seres invisibles que manejen fuerzas o poderes invisibles. Dios es un sinsentido.

Esta visión aplicada a la vida del ser humano se concreta en afirmar que la base de la sociedad humana es la economía, que es la que produce los bienes materiales que el ser humano necesita para sobrevivir. No hay detrás de ella ni dioses ni valores eternos ni creador alguno. La materia (el ser humano) solo necesita la materia (alimentos y medios básicos de subsistencia) para ser.

El ser humano es pura materia. Su conciencia es un producto de su cerebro, el cual en realidad *depende de las condiciones materiales de producción que son independientes de su voluntad (La ideología alemana)*. Es decir, depende del sistema económico en el que vive.

Lo mismo se afirma en «Contribución a crítica de la Economía Política». *No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia*. Es decir, no es la escala de valores del ser humano la que da lugar a su forma de comportamiento, sino la atención a sus necesidades materiales para subsistir, la que determina su

conciencia.

Como indicamos, Marx, en 1860, en carta a Engels elogiaba el libro de Darwin *El origen de las especies*, publicado en 1859, porque *aportaba una visión que reforzaba el concepto materialista de la existencia del mundo y del ser humano.*

Engels en *Dialéctica de la Naturaleza* decía: *Si alguna vez se consiguiera sintetizar químicamente cuerpos albuminoideos, inmediatamente presentarían manifestaciones vitales y realizarían intercambios de sustancia*, luego la vida no vendría a ser otra cosa que la manifestación de una mera organización de la materia. O, dicho con otras palabras, el día en que dominemos la bioquímica podremos, uniendo piezas y sustancias, crear vida.

Posteriormente, en 1924, Alexander Oparin
(1894-1980),
científico marxista ruso, en su libro *El origen de la vida*, lanzó la teoría de que, de las sustancias inorgánicas, mediante reacciones químicas habían surgido las sustancias orgánicas y que, después, en el caldo orgánico, que era el océano primitivo, se habrían terminado formando los aminoácidos y las proteínas y por fin la vida.

En la versión de su libro de 1955, Oparin incluye referencias al experimento realizado en 1953, en la Universidad de California en el que haciendo saltar descargas eléctricas entre dos electrodos, sobre una mezcla de metano, amoníaco, vapor de agua e hidrógeno, se obtuvieron los aminoácidos básicos de la vida, lo cual parecía apoyar el origen materialista de la vida sin necesidad de intervención de ningún «Ser Absoluto».

Por cierto, no se sabe si por decisión propia o por órdenes del partido, Oparin no cita al estadounidense Stanley Miller, autor de ese experimento, lo cual resulta un tanto extraño. Seguramente temió que no fuera a ser muy bien recibido en la
URSS
el aplauso a un norteamericano, obviamente «enemigo» del progreso de la humanidad.

El marxismo tiene un dios creador: el trabajo. Así, Engels en *Dialéctica de la Naturaleza* decía que *el trabajo es la primera condición fundamental de toda la vida humana, hasta tal punto*

que, en cierto sentido, deberíamos afirmar que el hombre mismo ha sido creado por obra del trabajo. En otra obra suya, su título resume su contenido: *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre.*

Ahora bien, el materialismo/ateísmo en el marxismo es muy diferente del de otros filósofos y pensadores ateos, a los cuales descalificó Marx, tales como Proudhon y Feuerbach.

El materialismo marxista no es una mera opinión o interpretación particular que emane del derecho de libertad de opinión que tenemos todos. El materialismo marxista es una verdad absoluta, un materialismo militante que no admite transacción alguna con otras formas de pensamiento pequeño burguesas. De ahí su radical descalificación a Feuerbach que era materialista pero que consideraba que el amor y los valores del ser humano eran el factor que impulsaba el cambio histórico.

El materialismo marxista es el punto de apoyo ontológico que justifica la revolución y las actuaciones revolucionarias. Descalifica a toda filosofía idealista o religión trascendente. Los considera elementos reaccionarios residuales del capitalismo o del patriarcalismo, que bloquean la liberación de la humanidad. Todo ello justifica plenamente su eliminación, su represión o, como mínimo, su marginación. El individuo humano es mera materia que puede ser exterminada si se opone a la realización del ideal comunista.

LA DIALÉCTICA MARXISTA

La dialéctica marxista es muy diferente de la de Hegel. No admite que se pueda llegar a un acuerdo, entre tesis y antítesis, que se plasme en una síntesis y así sucesivamente. La dialéctica marxista no deja lugar para el acuerdo, cree que la lucha violenta es el único camino.

En la Naturaleza se alcanzan equilibrios ecológicos entre las distintas especies. El león que ha satisfecho su hambre no sigue cazando por cazar. Si el número de depredadores es excesivo, sus fuentes de alimento se reducen en gran medida y el número de depredadores disminuye, por las muertes debidas a no poder

encontrar alimento. El ciclo biológico lleva al establecimiento de equilibrios.

Sin embargo, el marxismo no lo ve así. Pretende subrayar la lucha. Engels en la *Dialéctica de la Naturaleza* dice: *tan pronto como se reconoció la doctrina de Darwin, los mismos que antes hablaban de armonía, ya no veían en todas partes más que lucha (por la existencia)*.

Ese énfasis en la lucha lo traslada a la sociedad humana, donde persistirá hasta que se cree el Paraíso Comunista.

La dialéctica marxista excluye todo posible acuerdo, pues *toda la historia de la sociedad humana, hasta el día, es una historia de luchas de clases*. Pretender un acuerdo entre capital y trabajo es, por supuesto, un imposible.

La cooperación con los partidos liberales o con los progresistas utópicos, no tiene otro sentido que utilizarlos temporalmente, en tanto se llega al poder. No cabe confiar en el comunismo como compañero leal en la lucha política. Al final te eliminará, se considera plenamente justificado, cree que está cumpliendo una misión histórica. El Manifiesto lo dice inequívocamente: *para que en el Instante mismo en que sean derrocadas las clases reaccionarias comience, automáticamente, la lucha contra la burguesía*.

El pensamiento marxista, no lo oculta. *Derrocar por la violencia el orden social existente*. El marxismo es incompatible con la democracia, puesto que esta implica el compromiso de aceptar el resultado de las elecciones periódicas. ¿Cómo puede un revolucionario aceptar que el pueblo se equivoque y permita que se forme un gobierno reaccionario?

Según el marxismo, la historia humana progresa en la dirección del comunismo. Por tanto, no se puede tolerar un paso atrás. Esto justifica el golpe de Estado de Lenin contra Kerenski en 1917, o la eliminación de los guerrilleros no comunistas, como hizo Fidel con Manuel Urrutia, Huber Matos y tantos otros; o el golpe de Estado que los revolucionarios comunistas y socialistas dieron en España en 1934, contra el legítimo gobierno republicano,
etc.

Pero obviamente condenan los golpes de Estado de la derecha

porque solo cabe respetar aquello que conduce a la sociedad comunista. Cualquier golpe de Estado contra el comunismo es una repudiable acción reaccionaria y antiprogresista.

Lo chocante de la dialéctica marxista es que se abandona totalmente cuando el comunismo llega al poder. Ya no se permite presentar ninguna propuesta alternativa (antítesis) ante el gobierno comunista (tesis).

Se acabó el hegelianismo. Ya estamos en el marxismo. Ya no hace falta la dialéctica de progreso porque ya ha llegado la dictadura del proletariado, la que nos va a conducir automáticamente al paraíso comunista. Silencio. Todos callados se llega antes.

EL MATERIALISMO HISTÓRICO MARXISTA

¿Qué sentido tiene la historia humana? ¿Va en alguna dirección determinada? ¿Cuáles son los motores del cambio social? El marxismo ofrece una respuesta clara y contundente.

Marx y Engels, en *La ideología alemana*, escrita en 1846, dicen que *la primera forma de la propiedad es la propiedad de la tribu… lo que presupone la existencia de una gran masa de tierras sin cultivar… apoyada en una estructura social constituida por patriarcas, miembros de la tribu y esclavos.*

Posteriormente se habría dado paso a *la antigua propiedad comunal y estatal,… resultado de la fusión de diversas tribus… mediante acuerdo voluntario o por conquista, y en la que sigue existiendo la esclavitud. Junto a la cual va desarrollándose ya la propiedad privada mobiliaria, y más tarde la inmobiliaria, pero como forma anormal, supeditada a aquella*.

Luego viene la propiedad feudal en la que los señores feudales detentaban *la propiedad territorial con el trabajo de los siervos a ella vinculados* y, por otra parte, *el trabajo propio con un pequeño capital*, constituido por la propiedad mobiliaria, su sencilla maquinaria y herramientas, así como por las pequeñas industrias artesanales, prácticamente sin división interna del trabajo.

La cuarta forma de propiedad fue la burguesa con el desarrollo

de la industria manufacturera, con la cual apareció *la propiedad privada pura, despojada ya de toda apariencia de comunidad*, que fue impulsada por el comercio internacional y después por la máquina de vapor, electricidad,
etc.
, dando lugar a la etapa capitalista, especialmente en Gran Bretaña, de la época de Marx y Engels.

Ahora bien, ¿cuáles fueron las causas que explican el paso de un tipo de sociedad a otra?

La raíz de todo se encuentra en el momento en el que el ser humano se vio despojado de la propiedad que inicialmente era colectiva. Como consecuencia, como escribe Marx en sus *Manuscritos Económicos y Filosóficos* de 1844, el ser humano quedó alienado de su fundamento ontológico, el trabajo, que es lo que lo diferencia del animal.

El patriarca, faraón, señor feudal o capitalista era el propietario de los medios de producción (tierras, rebaños, pozos, herramientas, instalaciones,
etc.
). A los que no tenían propiedad solo les quedaba obedecer a los propietarios y producir dentro de ese esquema económico.

En consecuencia, el ser humano se aliena, queda ajeno al producto de su trabajo, a su capacidad de trabajo, a la especie humana, que se fundamenta en su capacidad de trabajo, y al resto de miembros de la especie. Todo su ser clama por la libertad. Pero ese anhelo de libertad no tiene su raíz en su espíritu, ya que no existe. Tampoco es un producto de su cerebro, ya que este es un mero instrumento.

Toda su conciencia procede de la estructura económica, de las relaciones de producción, de su condición de propietario o no propietario y aunque en la historia haya peleado por su tribu, por su patria, por su religión o por sus ideales, todo eso era falso. Sus pensamientos, sus valores, eran un mero producto del marco económico de la sociedad en que vivía.

Sobre el marco económico se fue construyendo una superestructura constituida por el marco jurídico, político, religioso y cultural, que tuvo y tiene como finalidad mantener y justificar la realidad social en que vivimos.

Pero ¿por qué se produce el cambio social? En «La ideología alemana» se explica que *al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción, esto es con las relaciones de propiedad… y se abre así una época de revolución social.*

Es decir, llega una etapa en la que el grado de represión sobre los no propietarios, esclavos, siervos de la gleba, proletarios que son las fuerzas productivas claves, es tan fuerte que no pueden expresar su potencial de creatividad en plenitud. Entonces se produce un estallido tendente a modificar y a repartir la propiedad y, en su etapa socialista, a transformarla en propiedad colectiva acabando así con los propietarios amos, señores, aristócratas, burgueses o capitalistas.

No son los individuos los que hacen avanzar la historia por las motivaciones que surjan de su conciencia, sino que previamente su conciencia ha sido creada, por su posición en el sistema económico, sin que ellos se den cuenta.

Todas estas ideas además de en «La ideología alemana», que se publicó en 1932, medio siglo después de la muerte de Marx, aparecen en el prefacio de *Contribución a la crítica de la economía política* que publicado en 1859.

Engels también lo dice claramente en su obra «Del socialismo utópico al socialismo científico»:

> Las últimas causas de todos los cambios sociales y de todas las revoluciones políticas, no deben buscarse en las cabezas de los hombres, ni en la idea que ellos se forjen de la verdad eterna ni de la eterna justicia, sino en las transformaciones operadas en el modo de producción y de cambio.

¿Cuál es el instrumento revolucionario de todos los cambios sociales? Marx y Engels en *Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* dicen *que todas las luchas políticas son luchas de clases y que todas las luchas de emancipación de clases… giran, en último término, en torno a la emancipación económica*.

La lucha de clases es el motor de la historia, sea entre esclavos y faraones o patriarcas, entre siervos y señores feudales o entre

proletarios y capitalistas. En la medida en que en cada etapa histórica crecen las fuerzas productivas (esclavos, siervos o proletarios), se produce una rebelión contra el poder que los oprime (faraones, señores feudales o capitalistas) y de esa lucha se produce el paso de la sociedad hacia una etapa superior.

Este es, según el marxismo, el proceso evolutivo que mueve a las sociedades humanas. Ahora bien ¿hay alguna meta final? ¿Cuál será la sociedad ideal?

La lucha del proletariado con la burguesía es el inicio de la meta final. Marx en *Crítica del Programa de Gotha* escribe: *Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaria, de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado*.

Es una fase dura, pero Marx continúa diciendo:

> En una fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, el contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, solo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en sus banderas: ¡De cada cual, según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades!

Pues bien, han pasado ciento setenta años desde que se proclamó el Manifiesto Comunista, y más de cien años desde que se implantó el comunismo en la URSS, y ese paraíso comunista en el que correrían a *chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva*, ni está ni se le espera.

Y en cuanto al hombre nuevo, que ha alcanzado la plena libertad humana y superado toda alienación, debe estar refugiado

en alguna reserva comunista y no ha tenido tiempo de mostrarse. Las dictaduras proletarias nunca han dado ejemplo alguno de la construcción de ese reino de la libertad, sino tan solo de su capacidad de crear Estados policiales y totalitarios.

Lenin de forma precisa y concisa, decía en su biografía de Engels que *el socialismo no es invención de soñadores, sino fin último y resultado necesario del desarrollo de las fuerzas productivas en la sociedad moderna*. El materialismo histórico no había hecho otra cosa que explicar y justificar esa conclusión.

Así como para Hegel la consumación de la historia se realizaría en el Estado Racional Prusiano (el Estado de Derecho), para Marx y Engels la consumación de la historia humana se daría en la Sociedad Comunista Marxista, a la que se llegaría, tras una guerra sin cuartel contra los propietarios de los medios de producción.

LA TEORÍA ECONÓMICA MARXISTA

Dado que este tema se ha abordado en detalle al analizar *El Capital*, haremos ahora una presentación muy esquemática.

El marxismo dice, y el comunismo lo pone en práctica, que la propiedad privada de los medios de producción siempre implica la explotación del trabajador, y que, por tanto, es imprescindible eliminar esa propiedad privada.

¿Por qué la propiedad privada explota siempre al trabajador, por muy bueno y generoso que sea el propietario que la gestiona? Porque el trabajo es el único que añade valor a las mercancías, más allá de su propio coste, el salario. El resto de los factores de producción maquinaria, instalaciones, materias primas, etc., solo añaden su coste al valor de las mercancías producidas. Ya explicamos al presentar *El Capital* la falsedad de esta afirmación.

En términos populistas, vulgares y revolucionarios, el marxismo dice que el propietario nunca le paga al trabajador lo que vale su trabajo y retóricamente le pregunta, a quien ose discutirlo, y sino *¿de dónde saca el beneficio el empresario?* y además remata señalando que «*si no hubiera trabajadores, el empresario no podría hacer funcionar su fábrica*».

A la falacia comunista hay que responder con inteligencia, hay que llevar a los marxistas al núcleo del marxismo y preguntarles: ¿Cuál es el salario justo que el empresario debe pagar a cada trabajador? ¿Son justos los salarios que se pagan en Cuba? ¿Si no hubiera fábricas de dónde obtendría el ciudadano los productos? ¿Eran más eficientes las fábricas soviéticas que las del mundo capitalista? ¿Por qué se produjo entonces la «perestroika»? ¿Y si no hubiera empresas donde encontrarían empleo los trabajadores? ¿Acaso desearían ir a las penosas empresas y comercios públicos que había en la URSS o que hay en Cuba? Que ofrezcan respuestas, si es que las tienen.

El marxismo rechaza el mercado libre para la venta y compra de

las mercancías y factores de producción (materias primas, maquinaria, instalaciones, salarios de los trabajadores, combustibles,
etc.
). Lo hace porque considera que el mercado libre es el mecanismo que permite que los vendedores obtengan beneficios privados (las famosas plusvalías) basados, obviamente, en la explotación del trabajador.

En consecuencia, en la economía comunista toda la producción de mercancías y de factores de producción, está planificada por el Estado (cantidades, precios y salarios) que con su sabiduría lo monta todo como un enorme y perfecto rompecabezas de empresas públicas, en el que todo encaja, generando una gran satisfacción general.

Eso suena muy bien, pero el problema es que no funciona: los comercios están desabastecidos, los productos son de baja calidad y es imposible planificar la producción.

El número de artículos diferentes que tiene un centro comercial, teniendo en cuenta sus diferentes áreas, marcas, tamaños,
etc.
, supera los doscientos mil. ¿Es el Estado capaz de planificar la producción, los precios, gestionar los *stocks*, añadir los nuevos productos,
etc.
? Imposible.

Son muchas las empresas que aportan las mercancías, cada una con su política de producción y ventas, adaptándose a las circunstancias constantemente cambiantes. El Estado, la economía centralizada es incapaz con todos sus burócratas de adoptar decisiones ágiles y eficaces. Sin el mercado y la iniciativa privada el fracaso está garantizado.

EL DISIDENTE EDUARD BERNSTEIN

Las ideas revolucionarias de Marx y Engels tuvieron mucho impacto en el mundo socialista. Sin embargo, hubo algunos socialistas que discreparon en puntos clave con el marxismo, como Ferdinand Lasalle
(1825-1864),
que se centró en el logro del sufragio universal y en la creación de asociaciones de producción, con la convicción de que estas podían superar a las empresas privadas.

Lasalle fue un pragmático que buscaba la mejora de la situación de los obreros, pero no era partidario de la lucha de clases ni de la revolución que preconizaba Marx. No obstante, murió muy joven, con treinta y nueve años, como consecuencia de las heridas que recibió en un duelo por temas amorosos y no tuvo demasiado tiempo para responder a las críticas que le hacía Marx.

Otra persona que tuvo mucho impacto en la evolución del socialismo alemán fue Eduard Bernstein
(1850-1932),
nacido en Berlín, en una familia judía de trabajadores adinerados. Se afilió en 1872 al Partido Socialdemócrata Alemán (
SPD
), ilegalizado y llamado Partido Socialdemócrata de los Trabajadores.

Perseguido por las leyes antisocialistas de Bismarck, estuvo exiliado en Suiza desde 1878. Allí, junto con Hochberg y Schramm, envió un escrito conjunto al
SPD
, sugiriendo suavizar el enfoque revolucionario del partido. Esto dio

lugar a una fuerte crítica por parte de Marx y Engels que enviaron, el 18 de septiembre de 1879, una famosa Carta Circular (que vimos con detalle en el apartado Marx y Engels revolucionarios) a la directiva del
SPD
, criticando las ideas de esos tres, a los que denominaron el Comité de Zúrich.

Eduard Bernstein, en una fotografía de 1895.

Después marchó a Londres, donde entró en contacto con el socialismo moderado y gradualista de la Sociedad Fabiana y con el evolucionismo social. Allí mantuvo contactos con Engels.

A la muerte de este, en 1895, Bernstein se decidió a divulgar sus tesis, revisionistas del marxismo ortodoxo, publicándolas en la revista de la Internacional en las que decía:

a. El marxismo no es puramente materialista ni puramente económico.
b. En la Historia no actúan exclusivamente fuerzas económicas.
c. La teoría de la plusvalía es simplista y demasiado abstracta.
d. La lucha de clases, no se da exclusivamente entre capitalistas y proletarios, sino también entre capitalistas entre sí y proletarios entre sí.
e. No es precisa una revolución violenta para alcanzar el socialismo, porque puede llegarse a él mediante una evolución pacífica a través del sindicalismo y de la acción política.

En su obra *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia* (1899), publicada después en inglés con el título *Socialismo evolutivo*, afirmó que las predicciones del marxismo eran erróneas: los obreros viven mejor, el capitalismo es más fuerte y existe legislación social, lo que exige una revisión y corrección del pensamiento clásico marxista: *la crítica es indispensable y la tradición puede convertirse en una carga opresiva, un grillete restrictivo* (Este párrafo y los siguientes son de esa obra)

La burguesía actual, señalaba Bernstein, ya no era la que criticaban Marx y Engels: era mucho más fragmentaria (grande, pequeña y nuevas clases medias) y consideraba que al menos parte de ella era susceptible de adherirse al socialismo. Asimismo, cuestionó la teoría del valor trabajo, así como la predicción de un agravamiento de las crisis económicas que conduciría al derrumbamiento del sistema capitalista.

Creía en la democracia, la eliminación de privilegios de clase y la igualdad para los individuos. El socialismo debía ser la extensión de todo esto, en todos los sectores.

Bernstein no creía tampoco en el camino de la revolución sino en un cambio paulatino. El socialismo llegaría después de una señe de éxitos. La socialización sería gradual:

> *La regeneración física y moral de los trabajadores textiles en Lancashire a través de la Ley de Fábricas de 1847.*
>
> *La sociedad de hoy no es un cristal firme, sino un organismo capaz de cambiar y constantemente comprometido en un proceso de cambio.*
>
> Todo esto no lleva a la desesperanza, sino que enfatiza la capacidad de mejora en las condiciones de los trabajadores. Ningún socialista capaz de pensar sueña hoy, en Inglaterra, con una inminente victoria del socialismo por medio de una revolución violenta; nadie sueña con una rápida conquista del Parlamento *por un proletariado revolucionario*.

Señaló también que había que buscar las sinergias de mejora entre las distintas fuerzas: *Donde una revolución peca por exceso de prisa, el legislador de todos los días peca por dilación. La legislación funciona como fuerza sistemática, la revolución como fuerza elemental.*

La nacionalización o municipalización de propiedades debía realizarse con prudencia. El Estado interviene cada vez más, pero en las empresas privadas *una buena ley industrial puede ser mejor que cien nacionalizaciones*.

Había que fomentar la educación de las clases trabajadoras y que crearan organizaciones fuertes que las representaran. Los socialistas debían ser el partido de los proletarios, pero no la dictadura del proletariado.

> Se puede derrocar a un gobierno o a una minoría privilegiada, pero no a una nación. Cuando las clases trabajadoras no poseen organizaciones económicas propias muy fuertes, y no han alcanzado, mediante la educación en los órganos de autogobierno, un alto grado de independencia mental, la dictadura del proletariado significa la dictadura de los oradores y escritores del club.

Utilizó un lenguaje prudente, razonable, evitando la provocación. No obstante, la influencia del pensamiento de Bernstein fue escasa a corto plazo, ya que sus tesis revisionistas perdieron dentro del
SPD
frente a las de Karl Kautsky, que quería que el partido desarrollase una enérgica tarea de desgaste del gobierno. También perdieron ante las posiciones de Rosa Luxemburgo que, más radical que Kautsky, quería que el
SPD
hiciese una labor de derrocamiento del gobierno.

Sin embargo, a la larga Bernstein influyó mucho en la socialdemocracia europea durante gran parte del siglo XX.

Tiene el valor de haber sido capaz, desde dentro del socialismo, recordemos que murió en 1932, de denunciar el pensamiento marxista, que iba a dar lugar, como sí sucedió, a revoluciones sangrientas y a experimentos sociales trágicos en Europa y el mundo entero.

Por tanto, no cabe ignorar que, aunque marginados, hubo socialistas críticos del marxismo en los partidos europeos, si bien en su época una gran mayoría asumieron el pensamiento marxista, entre ellos el Partido Socialista Obrero Español (
PSOE
), fundado en Madrid el dos de mayo de 1879, por Pablo Iglesias Posse. Recordemos que el
PSOE
, tardó cien años, hasta 1979, en renunciar al marxismo.

La enérgica oposición de Felipe González a seguir manteniéndolo como ideología del partido y su renuncia a seguir como Secretario General provocaron una intensa reflexión en el partido y la convocatoria de un Congreso Extraordinario en el que el marxismo quedó apenas como un elemento residual del ideario y Felipe González volvió a aceptar su nombramiento de Secretario General.

¿HAY DIFERENCIA ENTRE MARXISMO Y LENINISMO?

Es frecuente, aún hoy, que muchos intelectuales afirmen que el marxismo de Marx y Engels no es el que aplicó Lenin y, por tanto, que hay diferencia entre marxismo y marxismo leninismo. Sin embargo, Lenin, en su libro *El Estado y la Revolución*, escrito entre agosto y septiembre de 1917, es decir, poco antes de tomar el poder, dejaba muy claro que estaba aplicando la doctrina marxista.

El aspecto clave de Lenin fue su voluntad de alcanzar el poder y lo hizo aplicando las ideas de Marx y Engels. En mi opinión, Lenin, en ese libro, es un intérprete magistral del marxismo de Marx y Engels y lo pone claramente al descubierto. Sin ambigüedades.

Veamos lo que dice Lenin en el libro citado, acompañándolo de sus frases literales.

Lenin denuncia que, tras la muerte de Marx, se había intentado suavizar y cambiar su mensaje. Se refiere entre otros a Bernstein y a Kautsky. *Después de su muerte* (las clases opresoras) *intentan convertir (a* los pensadores revolucionarios) *en iconos inofensivos, castrando el contenido de su doctrina revolucionaria. Ante esta situación, ante la inaudita difusión de las tergiversaciones del marxismo, nuestra misión consiste, ante todo, en restaurar la verdadera doctrina de Marx sobre el Estado*.

Lenin corrige a quienes sostienen que la dictadura del proletariado no es un componente fundamental de la ideología marxista: *Lo fundamental en la doctrina de Marx es la lucha de clases. Así se dice y se escribe con mucha frecuencia. Pero esto no es exacto […] Circunscribir el marxismo a la doctrina de la lucha*

de clases es limitar el marxismo, bastardearlo, reducirlo a algo que la burguesía puede aceptar. Marxista solo es el que hace extensivo el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la dictadura del proletariado.

Para justificar lo que es la «verdadera doctrina marxista», Lenin aporta citas del libro de Engels *El origen de familia, la propiedad privada y el Estado*;

> Esta sociedad… se ha dividido en antagonismos irreconciliables… Y para que estos antagonismos… no devoren a la sociedad… se hizo necesario un poder situado, por encima de la sociedad… llamado a amortiguar el conflicto, a mantenerlo dentro de los límites del «orden». Y este poder… es el Estado.
>
> Una característica del Estado es que dispone de una fuerza pública… está formada no solo por hombres armados, sino también por aditamentos materiales (cárceles e instituciones coercitivas de todo tipo).

Lenin critica a los ideólogos burgueses y pequeñoburgueses los cuales *corrigen a Marx de manera que el Estado resulta ser el órgano de la conciliación de clases*.

Lenin, dice que eso no se ajusta a la doctrina marxista, que es *evidente que la liberación de la clase oprimida es imposible, no solo sin una revolución violenta, sino también sin la destrucción del aparato del poder estatal que ha sido creado por la clase dominante*.

Lenin, para avalar la ortodoxia marxista de sus ideas, cita escritos de Marx y Engels, en los que estos proponen claramente el uso de la violencia y de la dictadura del proletariado para implantar el régimen comunista.

Así, señala que Marx utilizaba el término «dictadura del proletariado» aunque solo en privado. Cita Lenin la carta de Marx, de 5 de marzo de 1852, a un importante colaborador suyo, Joseph Weydemeyer, en la que le decía: *Lo que yo he aportado de nuevo ha sido demostrar… que la lucha de clases conduce, necesariamente, a la dictadura del proletariado*.

También señala que Marx empleó, por primera vez el término «dictadura del proletariado» en su obra «Crítica del Programa de Gotha», escrita en 1875, pero publicada, por Engels, solo en 1891, donde Marx decía: *Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaría de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado*.

Igualmente cita las palabras de Engels en su libro *Anti-Dühring* (1878) en las que afirma: *El señor Dühring no sabe que la violencia desempeña en la historia, un papel revolucionario; que, en palabras de Marx, es la comadrona de la vieja sociedad preñada de otra nueva, es el instrumento con el cual el movimiento social se impone y rompe formas políticas rígidas y muertas*.

Llama la atención que, aunque Lenin en *El Estado y la Revolución*, dedica todo el capítulo III a la Comuna de París y en el capítulo IV, un apartado específico al Prólogo de Engels a la edición, en 1891, de *La Guerra Civil en Francia*, no recoja las rotundas palabras de Engels que aparecen al final de ese prólogo: *Últimamente las palabras «dictadura del proletariado» han vuelto a sumir en santo terror al filisteo socialdemócrata. Pues bien, caballeros, ¿queréis saber qué faz presenta esta dictadura? Mirad a la Comuna de París: ¡He ahí la dictadura del proletariado!*

Cabe que Lenin no haya considerado oportuno, en su libro *El Estado y la Revolución*, recoger las palabras de Engels tal vez porque fueran demasiado explícitas respecto al grado de violencia que podía conllevar la dictadura del proletariado. Aunque cabe también que en la apresurada redacción de su libro se le haya pasado incluir esa frase final del prólogo de Engels.

La realidad es que la insurrecta Comuna de París, no se quiso rendir al gobierno republicano francés, dando lugar a más de veinte mil víctimas, así como al incendio deliberado y la destrucción de doscientos edificios, monumentos y palacios, por parte de los rebeldes.

Lenin, siguiendo ese ejemplo, no tuvo reparos después de su golpe de 1917, en aplicar una represión muy firme, que reconoce

Kruschov en su informe secreto de 1956, contra los enemigos de la revolución comunista.

Lenin cita también al Manifiesto Comunista, *esta guerra civil desencadena una revolución abierta y franca, y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, echa las bases de su poder.*

El proletariado se valdrá del Poder para ir despojando paulatinamente a la burguesía de todo el capital, de todos los instrumentos de la producción… Claro está que, al principio, esto solo podrá llevarse a cabo mediante una acción despótica sobre la propiedad y el régimen burgués de producción.

En suma, Lenin deja claro en su libro *El Estado y la Revolución*, con sólidos argumentos, que el uso de la violencia y la dictadura del proletariado son elementos que ha tomado del pensamiento de Marx y Engels. Deja muy claro que las actuaciones que pretendía desarrollar, y que luego efectivamente desarrolló, estaban plenamente basadas en frases literales de los escritos de Marx y Engels.

A continuación, el propio Lenin clarifica con detalle en *El Estado y la Revolución* cómo interpreta la actitud revolucionaria que propugna siempre en plena coherencia con los textos y escritos de Marx y Engels.

Veamos las palabras de Lenin:

> El desarrollo hacia el comunismo pasa a través de la dictadura del proletariado, y no puede ser de otro modo, porque el proletariado es el único que puede, y solo por este camino, romper la resistencia de los explotadores capitalistas.
>
> En la transición del capitalismo al comunismo, la represión es todavía necesaria, pero ya es la represión de una minoría de explotadores por la mayoría de los explotados.
>
> La represión de una minoría de explotadores por la mayoría de los esclavos asalariados de ayer es algo tan relativamente fácil, sencillo y natural, que costará muchísima menos sangre que la represión de las sublevaciones de los esclavos, de los siervos y de los obreros asalariados.

> Nosotros no somos utopistas y no negamos, en modo alguno, que es posible e inevitable que algunos individuos cometan excesos.

Lenin asume, sin evasivas, la violencia y la dictadura del proletariado y justifica que son ideas que están en el pensamiento marxista.

¿Para qué esa violencia? ¿Para qué la dictadura del proletariado? *La dictadura del proletariado* —dice Lenin— *implica una serie de restricciones puestas a la libertad de los opresores, de los explotadores, de los capitalistas*.

¿Para qué? Pues sencillamente para hacer lo que propugna *El Manifiesto Comunista; despojar a la burguesía de todo el capital, de todos los instrumentos de producción*, es decir para lograr «la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción».

En suma, Lenin se identifica en fines y medios con Marx y Engels: violencia, dictadura del proletariado y eliminación de la propiedad privada.

¿Dónde está la diferencia entre el leninismo y el marxismo? No existe. Lenin utilizó el camino que Marx había marcado. Lenin fue un auténtico marxista. Su libro, «El Estado y la Revolución», no tiene desperdicio. Reitero, como dije al principio de este capítulo, que Lenin fue un intérprete magistral del pensamiento marxista.

¿CÓMO SE IMPLANTÓ EL COMUNISMO EN RUSIA?

Existe la creencia, muy generalizada pero errónea, de que la Revolución de octubre de 1917, fue una epopeya de lucha heroica del pueblo ruso por su libertad, frente al régimen imperial y tiránico de los zares. En esa epopeya, los bolcheviques habrían encabezado, democráticamente, la voluntad popular, y promovido un golpe de Estado, que eliminó al zar, y permitió liberar a la población rusa de la pobreza, de la explotación y de la total carencia de derechos en que estaba sumida. Nada más alejado de la verdad.

La realidad fue muy diferente. La llamada «Revolución de Octubre» fue, en realidad, un golpe de Estado, dado por los bolcheviques, contra el gobierno provisional democrático que había surgido de la Revolución de Febrero de 1917, que fue la que derrocó al zar.

La Revolución de Octubre, no la de Febrero, sumió a los ciudadanos rusos en la primera y trágica puesta en práctica del comunismo marxista, que experimentó la humanidad. Setenta largos años hubieron de transcurrir hasta que, en 1991, pudieron librarse de ese yugo que, aun hoy, aprisiona el cuerpo y la mente de muchas personas.

Vamos a intentar resumir el proceso, para el cual he acudido a múltiples fuentes que, he ido contrastando y sintetizando, con el deseo de hacer una presentación sencilla pero acompañada de datos objetivos y de los hechos básicos más significativos.

En aquella época se utilizaba en Rusia el calendario juliano, que tenía trece días de retraso con el calendario gregoriano habitual en occidente y hoy también en Rusia. Sin embargo, para evitar confusiones cronológicas, en este texto vamos a utilizar las fechas, según el calendario gregoriano.

CAE LA MONARQUÍA ABSOLUTA

El zarismo era una monarquía absoluta. En 1810 el zar Alejandro I creó el Consejo de Estado como órgano consultivo legislativo, constituido por personas de la confianza del zar.

A principios del siglo XX, Rusia tenía muchas características feudales y los terratenientes ejercían grandes abusos sobre el campesinado. No obstante, según reconocían Marx y Engels, en el prólogo a la edición de 1882 de su Manifiesto Comunista, en *Rusia… más de la mitad de la tierra es propiedad común de los campesinos*.

La población urbana era inferior al 20 %. En las grandes ciudades, principalmente San Petersburgo y Moscú, había un desarrollo industrial en crecimiento, que manifestaba las lacras de un capitalismo explotador, frecuente en aquella época. Desde finales de 1904 se habían realizado numerosas huelgas, en las que los obreros solicitaban salarios más altos y mejores condiciones laborales.

El 22 de enero de 1905 (9 de enero según el calendario juliano), en el llamado «Domingo Sangriento», doscientos mil trabajadores, conducidos por el padre Capón, llevando iconos religiosos y retratos del zar, para resaltar el carácter pacífico de su manifestación, se reunieron a las puertas del Palacio de Invierno en San Petersburgo, para pedir la intercesión del zar Nicolás II.

En ausencia de este, su tío, el gran duque Vladímir, ordenó a la Guardia Imperial abrir fuego contra la multitud, provocando unos doscientos muertos y ochocientos heridos, entre ellos mujeres y niños.

La noticia de la matanza no tardó en conocerse en todo el país, lo que desencadenó que muchos campesinos se sublevaran en las zonas rurales, y que se produjeran numerosas huelgas en diferentes ciudades, así como motines en las fuerzas armadas. Se desarrollaron a lo largo de todo el año, dando lugar a la llamada Revolución rusa de 1905, que fue una ola de agitación política, a lo largo de grandes zonas del Imperio.

CREACIÓN DE LOS SOVIETS

El zar dio orden de que los trabajadores eligiesen delegados para presentar sus quejas a la comisión que, a tal efecto, había nombrado el monarca, tras los graves incidentes del «Domingo Sangriento».

En octubre de 1905 estalló una huelga general en San Petersburgo, iniciada en las imprentas de la capital, que se extendió pronto a otros sectores y a otras localidades del imperio. Los tipógrafos huelguistas decidieron formar un organismo, con delegados obreros de cincuenta imprentas.

Estos delegados dieron lugar a los soviets —asambleas de trabajadores— cuya primera reunión tuvo lugar el 29 de octubre de 1905. El 30 de octubre se eligió a la presidencia ejecutiva del soviet: los bolcheviques, mencheviques y socialrevolucionarios enviaron tres representantes cada uno. El principal representante menchevique fue Trotski, que más tarde se hizo bolchevique. Para frenar la huelga, el zar promulgó el 30 de octubre, el Manifiesto de Octubre, en el que prometía la implantación de una Constitución y el reconocimiento de derechos civiles y sufragio universal.

El 3 de noviembre se dio fin a la huelga con el apoyo del soviet, si bien nuevas reclamaciones se plantearon, tales como la eliminación de la censura de prensa y la jornada de ocho horas. El soviet ganó gran autoridad ante la población, ya que se trataba de la primera organización electa de la clase trabajadora, hasta entonces sin derecho al voto.

El Soviet, que se reunía en el Instituto Tecnológico de San Petersburgo, contó con delegados que representaban a unas doscientas mil personas. El número de delegados creció primero hasta los cuatrocientos y llegó a alcanzar los quinientos sesenta. El soviet actuó como movilizador de las reivindicaciones obreras y políticas, pero finalmente fue disuelto por el gobierno el 16 de diciembre de 1905.

Durante 1905 y los inicios de 1906 continuaron los altercados, unos dirigidos contra el gobierno, por incumplimiento del Manifiesto de Octubre; otros, reclamaciones puntuales de la clase obrera; otros, huelgas de trabajadores, motines militares y disturbios campesinos. Todos tenían en común la insatisfacción popular generalizada hacia el régimen del zar Nicolás II de Rusia.

MONARQUÍA CONSTITUCIONAL

El 23 de abril de 1906, forzado por la presión social, el zar Nicolás II, aprobó la Primera Constitución Rusa que limitaba en alguna medida los poderes del zar, al crear dos órganos legislativos, el nuevo Consejo de Estado y la Duma Estatal.

No obstante, el poder seguía residiendo esencialmente en el zar, ya que el artículo 44 establecía que: *Ninguna ley nueva será promulgada si no es con la aprobación del Consejo de Estado y la Duma Estatal, y no podrá legalmente obligar a su cumplimiento, sin la aprobación del Emperador Soberano*.

El presidente del Consejo de Estado era nombrado por el zar, así como la mitad de sus componentes, entre personas distinguidas por sus servicios civiles y militares. La otra mitad era designada mediante elecciones entre las diferentes categorías de la sociedad: gobiernos locales, nobleza, empresariado, iglesia ortodoxa y otros.

La Duma Estatal era el equivalente a la Cámara baja y estaba constituida por unos quinientos diputados, elegidos entre los distintos partidos que concurrían a las elecciones. No obstante, las injerencias del zar, y modificaciones introducidas en las leyes electorales perjudicaron su representatividad real.

Entre 1906 y 1917 hubo cuatro Dumas de las cuales la cuarta fue la de mayor duración
(1912-1917).

LOS PARTIDOS POLÍTICOS RUSOS

En el periodo de 1906 a 1918, los principales partidos rusos fueron:

a. *Partido Octubrista* ubicado en el centro del espectro político. Fundado por el empresario Aleksandr Guchkov. Consiguió el apoyo del ala centrista-liberal de la aristocracia, de empresarios y de algunos burócratas imperiales. Tenía un carácter no revolucionario.
b. *Partido Democrático Constitucional*, o *Kadete,* fue un partido político liberal. Los Kadetes estaban a la

izquierda de los Octubristas, pedían el sufragio universal, incluso para las mujeres, y una Asamblea Constituyente que determinara la forma de gobierno para el país.

c. *Partido Social Revolucionario* o *Eserista*, no abogaba por la nacionalización de la tierra, sino por la formación de un fondo de tierras expropiadas a los terratenientes, que debía repartirse en usufructo, no en propiedad, entre el campesinado y sus comunas. La colectivización se habría de lograr paulatina y voluntariamente, no por la fuerza.

   Rechazaba la coacción como método para lograr su ideal colectivista y se oponía también a la inmediata nacionalización de los medios de producción en la industria, lo que debería quedar para una fase posterior de la revolución.

   Se centraba en exigir ciertas mejoras económicas para los obreros, seguro universal, obligatorio y gratuito, limitación del horario laboral, participación en la gestión de las fábricas…

d. *Partido Menchevique*, era una fracción del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR). Surgió en 1903 tras la disputa entre Vladímir Lenin y Yuri Martov. En 1912 se convirtió en un partido separado.

   Su diferencia fundamental con los bolcheviques era su renuncia a la dictadura del proletariado y su opción por una revolución democrática de la burguesía con el apoyo de los trabajadores. Solamente después de su triunfo, con el desarrollo capitalista, se crearían las condiciones para una revolución proletaria.

e. *Partido Bolchevique*, fracción principal del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR). Ideología pura y dura marxista, con la dictadura del proletariado como instrumento necesario de la revolución para lograr el socialismo.

PRIMERA GUERRA MUNDIAL: SU IMPACTO

El 28 de junio de 1914 en Sarajevo se produjo el asesinato del archiduque Francisco de Austria, a manos de un joven nacionalista serbio. Entonces el Reino de Austria-Hungría dio un ultimátum al Reino de Serbia y, en julio, inició la invasión de ese país.

Alemania se puso del lado de Austria e inició la invasión de Bélgica, en camino hacia Francia. El Reino Unido declaró la guerra a Alemania siendo frenado el avance alemán, a pocos kilómetros de París, lo que dio lugar a la guerra de trincheras que se mantuvo hasta 1917.

Por su parte Rusia, en función de sus acuerdos de coalición con Francia y Gran Bretaña, atacó a Alemania y Austria, logrando algunas victorias, pero siendo detenido por Alemania, creando lo que se llamó el frente oriental.

Turquía atacó a Rusia en noviembre de 1914. Italia entró en 1915 en guerra contra Austria. Rumania se unió contra Austria en agosto 1916. Finalmente, EE. UU. entró en guerra en abril de 1917.

Inicialmente, el 20 de agosto de 1914, las tropas rusas tuvieron éxito frente a las tropas alemanas, que se replegaron a las cercanías de Danzig. No obstante, en 1915, las tropas austro-alemanas asestaron a Rusia un gran golpe, causándole muchas bajas humanas y grandes pérdidas territoriales, así como el abandono de Polonia, Lituania y parte de Estonia.

El 4 de junio de 1916 Rusia comenzó la Ofensiva Brusilov, llamada así por el nombre del general que la dirigía, logrando grandes avances y una victoria sobre el ejército austrohúngaro, el cual perdió un millón y medio millones de soldados, incluyendo cuatrocientos mil prisioneros.

La Primera Guerra Mundial (1914 a 1918) dio lugar a una enorme leva en Rusia, estimada en diez millones de personas, en gran parte procedentes del campesinado. Hubo un altísimo número de bajas —unos dos millones entre muertos y heridos en el frente y un millón y medio de civiles—, todo lo cual tuvo un gran impacto en la economía, que ya se encontraba en una situación muy convulsa.

A finales de 1916 y principios de 1917, había un gran descontento del pueblo ruso con la guerra y con el esfuerzo

económico que exigía. Por otra parte, Rusia era requerida por los aliados para que rehabilitara el frente oriental y obligara a Alemania y Austria a desplazar fuerzas del frente occidental al frente ruso.

El gobierno democrático ruso realizó la Ofensiva Kerenski en julio de 1917, operación que, tras unos inicios de grandes éxitos, resultó un fracaso con una gran derrota, lo que tuvo gran impacto en la nueva etapa que había abierto la Revolución de Febrero de ese año.

La inestabilidad general de la nación rusa dio lugar a que el número de deserciones fuese muy elevado. En el frente suroeste se estimó que, a mediados de abril 1917, unos dos mil soldados desertaban cada día, empleando los ferrocarriles.

Esto no solo afectaba a las acciones militares. La llegada de los desertores a las guarniciones de la retaguardia afectó a la moral de estas, además de influir en el campo. En otoño de 1917 se estimaba que había unos dos millones de desertores circulando por todo el país, lo cual generaba una gran desmoralización entre la tropa y los oficiales.

El propio gobierno, por presión de la izquierda y contra la opinión de los mandos, había permitido la discusión política a los soldados que no se encontrasen de servicio. Estos debates, la propaganda derrotista y la crisis de avituallamiento del frente, hicieron que el extremismo político de izquierda se extendiese rápidamente entre las tropas.

Las exigencias de los soldados, unos siete millones en el frente y otros dos millones y medio en las guarniciones de retaguardia, al comienzo de la revolución eran moderadas, centradas principalmente en la democratización del Ejército y en el fin de los privilegios de los oficiales y del trato humillante a las tropas.

La incapacidad del grueso de los mandos para adaptarse a la nueva situación, el respaldo del gobierno a los oficiales y la sospecha de que las llamadas a recuperar la disciplina militar y la preparación de una ofensiva tenían además una segunda intención contrarrevolucionaria, llevó al descrédito del gobierno entre los soldados.

En el frente, las malas condiciones de las tropas por el desabastecimiento hicieron crecer las deserciones; en su mayoría

«campesinos uniformados», que regresaron a sus aldeas, llevando con ellos el radicalismo, que ya crecía en las ciudades, y que se extendió de esta manera por las provincias.

Además de los agitadores bolcheviques que el partido enviaba a las provincias, los soldados de permiso, y los desertores, actuaban también como propagandistas de las posiciones extremistas en asuntos políticos y sociales, a menudo con gran repercusión en las poblaciones del campo ruso.

LA SITUACIÓN LABORAL

Al comienzo de la Revolución de Febrero, las exigencias de los trabajadores eran solamente reformistas y buscaban sucintamente mejorar las condiciones de vida y trabajo, a menudo insalubres y peligrosas: implantación de la jornada de ocho horas, subidas de salarios, fin de los abusos de la patronal, seguro por enfermedad, descansos para las comidas, campamentos para los niños, sanatorios… En general, se centraban en abandonar la miseria, limitar el horario laboral y mejorar las condiciones de vida y de trabajo.

La reacción represora del empresariado radicalizó a los trabajadores, a pesar de las peticiones de moderación del gobierno y del Soviet de Petrogrado. Los obreros respondieron creando comités fabriles y, en ocasiones, tomando el control de las fábricas y atacando a los capataces y a los propietarios.

Los empresarios comenzaron por ceder a las exigencias de aumentos salariales de los obreros, principalmente en las grandes ciudades, con más resistencia en las localidades de tamaño medio y en las pequeñas fábricas.

Sin embargo, la inflación acabó, ya en el verano de 1917, con la mejora en la situación económica de los trabajadores. Nuevas peticiones de los obreros fueron rechazadas, en parte por razones políticas y en parte económicas, ya que los beneficios empresariales habían desaparecido con el gran aumento de los costes de las materias primas, el combustible, los sueldos y la caída de la productividad.

Las exigencias obreras de supervisar las fábricas se vieron, en

general rechazadas por los empresarios. Los trabajadores sospechaban que los recortes tenían un objetivo político, pero en realidad la mayoría de las veces tenían un origen económico. Los obreros percibían los cierres de empresas como un ataque a la revolución. Algunos de estos cierres, especialmente en el verano, tuvieron efectivamente carácter político y estaban organizados por los empresarios para presionar al gobierno y a los trabajadores.

El enfrentamiento llevó a un aumento de las huelgas y de la tensión entre las dos partes. La vacilación del gobierno, entre las exigencias del proletariado y las del empresariado, defraudó a ambos. Los intentos de mediación fomentados por el gobierno fracasaron.

Los empresarios comenzaron a clamar por un gobierno fuerte a final del verano; los obreros, por una mayor intervención gubernamental en la industria, e incluso por la socialización de las fábricas.

La oposición del gobierno y la falta de respaldo de la dirección del Soviet de Petrogrado a los comités fabriles condujo a que estos apoyasen cada vez más a la izquierda radical. La continua inflación, la guerra y la pobreza alimentaron el creciente extremismo obrero.

El número de bolcheviques y anarquistas, ambos extremistas, elegidos como representantes en los comités, en los consejos y en las juntas sindicales, fue creciendo con el tiempo. Los comités de las fábricas se fueron convirtiendo en un poder alternativo al del Soviet de la capital y al poder del gobierno.

La población rural constituía más del 80 % del total. El régimen en el campo tenía un componente aristocrático y feudal, aunque, al mismo tiempo, más de la mitad de la tierra era propiedad común de los campesinos.

LA REVOLUCIÓN DE FEBRERO

Caída del zarismo

La llamada Revolución Rusa de Febrero de 1917, tuvo lugar en apenas una semana. Comenzó el 23 de febrero, según el calendario juliano, de ahí su nombre —el 8 de marzo según el calendario gregoriano—, con grandes manifestaciones y huelga general en Petrogrado (San Petersburgo).

Las causas principales de la revolución fueron las derrotas del Ejército Ruso en la Primera Guerra Mundial, que hicieron decaer el ánimo de la nación; el gran número de bajas que provocó, el esfuerzo económico que exigía la guerra, a lo que se añadían las largas colas para lograr pan y carbón, y el descontento general de la población, por las desigualdades y pobreza.

En los días siguientes al 8 de marzo, las manifestaciones crecieron, con enfrentamientos con la policía, mientras que se confraternizaba cada vez más con las tropas del ejército. El incremento de número de víctimas creció. Las guarniciones militares empezaron a oponerse a las órdenes de utilizar las armas contra la población. El gobierno perdió el control de la mayoría de las unidades militares de la ciudad y quedó impotente para acabar con la revuelta.

Por su parte, la Duma Estatal, reacia hasta entonces a enfrentarse abiertamente con el gobierno del zar, ya que prefería un acuerdo de reformas con el soberano, cambió de actitud y decidió empezar a apoyar las protestas para tratar de controlarlas.

El zar reaccionó negándose a otorgar reformas políticas y ordenó la marcha de tropas contra la capital, pero los altos mandos del ejército fueron renuentes a envolverse en grandes operaciones militares en la retaguardia, mientras que el frente ruso en la Guerra Mundial seguía abierto.

Por otra parte, los rebeldes controlaban las comunicaciones y se temía que la policía y las tropas cercanas a la capital no estuvieran dispuestas a sofocar la revolución.

La Duma Estatal, tras fuertes enfrentamientos internos, dimitió el doce de marzo de 1917. Entonces Kerenski, diputado de la Duma, ordenó el arresto de los ministros del gobierno y acordó crear un Comité provisional de la Duma, para oponerse al gobierno zarista y restablecer el orden.

Aleksandr Kerenski.

El 13 de marzo los revolucionarios tomaron el control en Moscú y la base naval de Kronstadt, que controlaba el acceso por mar a Petrogrado; y el comité provisional de la Duma decidió tomar el

control de los ferrocarriles y de su importante red de telégrafos, enviando a un comisario a hacerse con el ministerio de Transporte. En conclusión, el catorce de marzo, Petrogrado se hallaba en manos de los alzados.

El 15 de marzo de 1917, el zar abdicó en nombre propio y también en el de su hijo, poniendo fin así al régimen zarista.

El monarca y su familia acabaron confinados en la Villa de los Zares, cercana a San Petersburgo, donde permanecieron bajo custodia. Tras la Revolución de Octubre, fueron trasladados a la ciudad de Ekaterinburgo, donde, el dieciséis de julio de 1918, fueron asesinados a tiros, bayonetazos y palos, por orden de Lenin.

Primer gobierno provisional

El mismo 15 de marzo, se formó un gobierno provisional, plural y democrático, cuyo primer ministro, hasta el 20 de julio, fue el príncipe Gueorgui Lvov, progresista y liberal.

Constituyó un gabinete en el que la mayor parte de sus ministros eran miembros del Partido Democrático Constitucional (Kadete), con excepción del ministro de la Guerra (Partido Octubrista) y el de Justicia, Aleksandr Kerenski (Social Revolucionario). Este último infringió la prohibición, del Soviet de Petrogrado y la de su partido, de formar parte del gobierno, si bien después le dieron permiso.

En su ministerio, Kerenski se concentró en redactar un marco legal modélico y en evitar el procesamiento de los antiguos funcionarios zaristas, para disipar los temores de los liberales de una posible imposición del terror revolucionario.

El gobierno fue elegido por la Cuarta Duma, que se había formado por un censo muy restringido. Por tanto, no era muy representativo de la población. A lo largo de la primavera, principalmente en mayo y junio, se fueron creando soviets en las grandes ciudades y también en toda Rusia, unos de campesinos y otros de soldados y trabajadores. Estos soviets fueron, en la práctica, un centro de poder alternativo al gobierno.

En la capital, hubo una dualidad de poder entre el gobierno y el Soviet de Petrogrado, lo que provocaba un caos administrativo. No obstante, al comienzo el Soviet de Petrogrado, el principal del país,

contaba con mayoría de socialistas moderados, por lo que se limitó a controlar la política del nuevo gobierno.

Pronto surgieron desacuerdos entre el gobierno de cariz liberal, decidido a posponer la reforma agraria y a continuar la guerra hasta lograr la victoria, y el Soviet de Petrogrado, formado por socialistas deseosos de aplicar reformas sociales importantes.

El programa del nuevo gobierno, publicado el mismo 15 de marzo, no abordaba ni la postura sobre la guerra ni el problema de la tierra.

No obstante, este primer gabinete del gobierno provisional llevó a cabo una gran tarea legislativa. Aprobó una ingente cantidad de leyes e importantes reformas políticas como amnistía, abolición de la discriminación religiosa o nacional, extensión de los derechos civiles, abrogación de la pena de muerte, igualdad de derechos para las mujeres, separación de la iglesia y del Estado, concesión de autonomía a diversas regiones…

También emitió numerosas leyes sociales, tal como la aprobación de la jornada de ocho horas, formación de comités de empresa, instauración de un ministerio de Trabajo, implantación de un monopolio sobre el grano… No obstante, el gobierno no pudo poner en práctica muchas de ellas, por falta de suficiente control administrativo del país.

Los Soviets, hasta el otoño de 1917, no constituyeron una amenaza seria para el gobierno al estar controlados mayoritariamente por socialistas moderados (mencheviques y socialrevolucionarios), partidarios de mantener la coalición con los elementos liberales y del mantenimiento del esfuerzo bélico hasta el logro de una paz negociada.

Los elementos más radicales, entre ellos los bolcheviques de Lenin, recién regresado a Rusia en abril, eran minoritarios tanto en los Soviets como en las simpatías de los soldados, campesinos y trabajadores. Además, entre ellos había un ala moderada liderada por Kamenev, reacia a la confrontación con el gobierno y también a la ruptura con los socialistas moderados. Por ello el partido bolchevique optó en abril por emprender una revolución socialista, pero de una forma muy ambigua, sin fijar fecha ni procedimiento para llevarla a cabo.

El deterioro de la situación económica a lo largo de la primavera

supuso, sin embargo, una desilusión creciente de una parte importante de la población con el nuevo gobierno.

La continuación de la guerra, la agudización de la crisis alimentaria, la escasez de artículos, la inflación creciente, el caos en los suministros a las ciudades y al campo y el fracaso del racionamiento implantado por el gobierno, deslucieron las esperanzas iniciales.

Los Soviets ganaron prestigio, y se le consideró instituciones verdaderamente democráticas, como alternativa al gobierno.

La Asamblea Constituyente

La creación del primer gobierno provisional incluía la promesa de reunir una Asamblea Constituyente lo antes posible. Pero se terminó haciendo demasiado tarde. En el clima de inestabilidad existente, el gobierno realizó los preparativos muy lentamente. La Junta Electoral que debía redactar el estatuto que había de regular las votaciones a la Asamblea, se constituyó formalmente el siete de abril; los delegados del Soviet a la Junta se eligieron a mediados de mayo y esta se reunió por primera vez el siete de junio.

El gobierno propuso la fecha de elecciones para el 30 de septiembre y la apertura de la Asamblea para el 13 de octubre. El 21 de julio, Kerenski, al asumir el cargo de primer ministro, reiteró estas fechas. Sin embargo, el 22 de agosto, el nuevo gobierno de Kerenski decidió retrasar las elecciones hasta el 25 de noviembre y la reunión de la Asamblea hasta el 11 de diciembre.

La lentitud en los trabajos preparatorios y el posponer la reunión de la Asamblea se debió en gran parte a la actitud de los kadetes. La primera fecha elegida por el gobierno se fijó por la presión de los bolcheviques en las calles, en un contexto de continuas desavenencias en la Junta Electoral y los intentos de los kadetes de retrasar las elecciones y la apertura de la Asamblea.

Cuando finalmente se llevaron a cabo las elecciones a la Asamblea, el 25 de noviembre, el gobierno provisional había sido sustituido por el gobierno golpista de Lenin, que en breve disolvió la recién elegida Asamblea Constituyente.

Segundo gobierno provisional

El 19 de mayo se produjo la primera crisis de gobierno. Tuvo como causa principal las discrepancias sobre la posición a mantener respecto a la permanencia de Rusia en la Guerra Mundial. Los «defensistas», tanto de derecha como de izquierda, consideraban que Rusia tenía que defender y mantener sus fronteras, en conexión con sus aliados, Francia y Gran Bretaña, con la esperanza de un pronto final de la guerra.

El partido Kadete propugnaba una actitud más firme mientras que los socialistas moderados enfatizaban su interés en una paz, con honor, pero a corto plazo. Por su parte, los bolcheviques eran partidarios de una paz inmediata, por considerar que era una mera guerra entre regímenes capitalistas, que no beneficiaba a Rusia.

Las diferentes posiciones del gobierno y del Soviet de Petrogrado hicieron temer que se llegase a desencadenar una guerra civil. Sin embargo, finalmente pactaron una solución «defensista» moderada, que incluía la entrada de socialistas en el gobierno.

En consecuencia, el primer ministro Lvov, formó un segundo gobierno provisional, plural y democrático, un gobierno de coalición social-liberal que incluía a destacados dirigentes socialistas, entre ellos a los mencheviques Tsereteli (Correos y Telégrafos) y Skobelev (Trabajo), los socialrevolucionarios Chernov (Agricultura), Pereverzev (Justicia), Peshejonov (Abastecimiento) y Kerenski (Guerra y Marina). Un total de nueve ministros liberales (partido kadete) y seis socialistas.

El nuevo gabinete prometió luchar contra la desorganización de la economía, mejorar las condiciones de trabajo, aumentar los impuestos sobre los beneficios excesivos, aumentar el autogobierno y convocar cuanto antes las elecciones a la Asamblea Constituyente. La cuestión de la propiedad de la tierra quedó pospuesta hasta la reunión de la Asamblea Constituyente.

El principal objetivo del nuevo gobierno fue el reforzamiento del Ejército, puesto que Rusia se encontraba inmersa en la Primera Guerra Mundial. La derecha consideraba que esto podría servir para debilitar a sus rivales de izquierda. Para los socialistas moderados, la ofensiva era necesaria para demostrar la fuerza del país y reforzar así su posición a favor de la paz, ante los demás países enfrentados

en la guerra.

A finales de mayo, el ministro Kerenski comenzó sus esfuerzos para mejorar la moral del ejército y de la población y favorecer una próxima ofensiva militar en la Guerra Mundial. Todas las fuerzas políticas y la mayoría socialista moderada del Soviet de Petrogrado lo apoyaron, a excepción de la extrema izquierda, los bolcheviques.

El 16 de junio, comenzó el primer Congreso de los Soviets, dominado por la fracción «defensista». Los dirigentes del Soviet de la capital acordaron dos medidas para sus planes de paz: recabar el apoyo de la población en las naciones beligerantes a su conferencia de paz, mediante el envío de una delegación socialista a los países aliados, y apoyar la inminente ofensiva militar que debía servir, en su opinión, para reforzar la importancia de Rusia ante los aliados y demostrar que seguía siendo una gran potencia.

Esta última medida condujo a la pérdida de respaldo de la población, que se oponía a la continuación de la guerra, incluso si se justificaba como un paso necesario para alcanzar la paz.

Kerenski, ministro de la Guerra, se trasladó personalmente al frente. El ataque iniciado el 29 de junio logró, al inicio, unos avances sorprendentes, pero tras un mes de combates, las tropas austro-alemanas derrotaron plenamente al ejército ruso, siendo el amotinamiento y la deserción de las tropas rusas, una de sus causas principales.

Es llamativo que, de forma simultánea en el tiempo, los bolcheviques, organizaron la Revolución de Julio, entre los días 16 y 19 de julio, en la que criticaban el empeoramiento de la situación económica y se oponían a la reanudación de las operaciones militares, lo cual favorecía a Alemania y Austria al debilitar el frente ruso.

Los bolcheviques incitaron al Soviet de Petrogrado a dar un golpe de Estado, derrocar al gobierno provisional y tomar el poder. No obstante, se publicaron acusaciones de que Lenin estaba en connivencia con los alemanes, los cuales le habrían facilitado, ya que Lenin estaba en el exilio, la llegada a Rusia en un tren precintado y le financiaron con cuarenta millones de marcos en oro para reforzar su equipo de revolucionarios.

Estas acusaciones, que luego resultaron ciertas, dieron lugar a que los dirigentes del Soviet pusieran fin a las protestas y

recuperaran el control de la capital frente a los bolcheviques, rechazando a Lenin. Así la pretendida Revolución bolchevique de Julio quedó en mera intentona desactivada.

Kerenski, nuevo primer ministro

El 20 de julio, dimitió el primer ministro Gueorgui Lvov debido al descalabro militar, las presiones del soviet de Petrogrado —abolición de la Duma, la proclamación de la República y diversas medidas agrarias— y la dimisión, el 15 de julio, de dos ministros kadetes.

Kerenski asumió el puesto de primer ministro, a la vez que mantuvo la cartera de Defensa. Tuvo que hacer diversos equilibrios para lograr que los socialistas moderados siguieran en el gobierno. El menchevique Tsereteli pasó a Interior, pero hasta el 6 de agosto, Kerenski no consiguió que se reincorporaran los kadetes al gobierno de coalición. Finalmente, el 23 de julio, logró constituir, el tercer gobierno provisional.

Kerenski, en respuesta al fracasado intento de golpe, la «Revolución de Julio» —de 16 a 19 de julio—, que había sido promovida por el partido bolchevique, trató de reforzar su autoridad y a la vez aplastar a los radicales de izquierda, con escaso éxito. Logró arrestar a algunos dirigentes bolcheviques, pero no impidió la fuga de otros, como el propio Lenin, y se mostró incapaz de someterlos a juicio.

Intentó ampliar su gobierno para incluir a los kadetes, lo que exigió varios días de conversaciones. Tuvo incluso que amenazar con dimitir para lograr formar una coalición. Finalmente, el 4 de agosto logró crear un nuevo gabinete con cuatro ministros kadetes, tres liberales y varios ministros socialistas. El cuarto gobierno provisional tomó posesión el 6 de agosto. Mientras tanto, Kerenski, el uno de agosto, probablemente para lograr el apoyo de los kadetes, había nombrado al general Kornilov, prestigioso militar, comandante en jefe del ejército.

Los kadetes impusieron a Kerenski un veto que impedía la promulgación de nuevas reformas sociales y políticas, que deberían quedar pendientes hasta que la Asamblea Constituyente decidiera al

respecto. Solicitaron y lograron que la convocatoria de elecciones para la Asamblea se retrasara hasta el 25 de noviembre.

El 16 de agosto Kornilov expuso a Kerenski un plan para restaurar la disciplina en las fuerzas armadas, que no gustó a Kerenski, por lo que no autorizó a que lo presentara al pleno del gobierno.

El 23 de agosto Kornilov trajo un nuevo plan que incluía la militarización de fábricas y ferrocarriles, la eliminación de los soviets y el aplastamiento de los bolcheviques.

Volvió a entrevistarse con Kerenski, el cual se mostraba partidario de las medidas redactadas para tratar de acabar con la crisis industrial y de transporte, pero temía la reacción del Soviet y de los obreros y soldados. Por ello no permitió, tampoco esta vez, que el general expusiese sus propuestas ante el gabinete en pleno. Fue una tensa entrevista que acabó a gritos. Ambos se acusaron de llevar al país al desastre.

La Conferencia Estatal en Moscú

Los días 25, 26 y 27 de agosto, Kerenski convocó una Conferencia Estatal informativa, con la intención de buscar apoyos para su política de centro, que estaba intentando desarrollar, en una situación muy complicada.

El desastre militar, el gran consumo de recursos que requería la participación de Rusia en la Primera Guerra Mundial, el ingente número de bajas y la desastrosa situación económica y de suministros, por un lado, y la creciente radicalidad de la izquierda bolchevique, por otro, dificultaban en gran manera la posibilidad de dar respuesta a los grandes cambios que Rusia necesitaba con urgencia.

En ese contexto tan difícil, la gran masa de la población, fundamentalmente campesina, se encontraba en una situación muy dura por las grandes requisas que exigía la guerra. Por su parte el proletariado obrero, de las grandes zonas industriales, trabajaba y vivía en un contexto económico en el que la inflación afectaba gravemente a la producción y a los salarios.

En suma, una situación explosiva en la que resultaba difícil

combinar el orden y el progreso.

La Conferencia reunió a dos mil cuatrocientos catorce delegados, entre los que se contaban miembros del Consejo de Ministros, altos oficiales del Ejército, diputados de las cuatro Dumas del periodo imperial, miembros del Comité Ejecutivo Central del Congreso de Soviets de Soldados y Obreros, del de Campesinos, representantes de sindicatos, ayuntamientos, cooperativas, universidades, organizaciones locales, negocios, Fuerzas Armadas, banqueros e industriales.

En porcentaje, los delegados de la izquierda moderada representaban en torno al 35-40 % del total. Los restantes representaban a la derecha y a una parte de la derecha radical. Los bolcheviques se negaron a asistir a la Conferencia. La diversidad de participantes mostraba que Kerenski quería apelar a la pluralidad de Rusia, para buscar puntos de acuerdo en el camino hacia una sociedad mejor.

Los oradores de derecha, en general, fueron muy incisivos en apelar a la necesidad de orden. El comandante en jefe del Ejército, general Kornilov, fue la estrella de la conferencia.

Mantuvo, a petición de Kerenski, un tono profesional en torno a la situación militar, si bien indicó que el general Kaledin, hablaría de las cuestiones no militares. En ellas se pidió *poner fin de forma inmediata y radical a la usurpación del poder estatal por comités centrales, locales y soviets; la disolución de los soviets; la creación de un gobierno fuerte y el abandono de las medidas económicas socialistas*.

Los grupos de derechas se mostraron divididos entre aquellos que creían necesario prestar su apoyo a Kerenski y a su gobierno y los que se inclinaban por una alternativa autoritaria de derecha.

Los delegados de izquierda fueron abiertos y comprensivos hacia la necesidad de orden, pero pedían a la vez reformas. El menchevique, Nikolái Chjeidze, presidente del Soviet de Petrogrado y del Comité Estatal de los soviets, leyó una declaración en la que se aceptaban la mayoría de las exigencias de liberales y conservadores (la continuación de la guerra y posponer la redacción de una nueva legislación agraria), a la vez que incluían moderadas reivindicaciones populares, tales como el control de la economía nacional, una mayor tributación por parte de los ricos y el

apartamiento de los contrarrevolucionarios del mando militar.

Los socialistas moderados se mostraron conciliadores, dispuestos a poner *los Intereses de todo el país, de la revolución, por encima de los intereses de clases o grupos específicos de la población*.

Kerenski trató de adoptar una postura neutral entre los bloques si bien, para conectar con el auditorio, mayoritariamente de derechas, afirmó que *todo motín sería aplastado a sangre y fuego*.

Sus ministros trataron de reducir la tensión entre los extremos políticos mediante la continua exposición de los problemas económicos y laborales y de propuestas para tratar de resolverlos, que requerían la cooperación de izquierda y derecha.

Las sucesivas intervenciones de decenas de delegados sirvieron para poner de manifiesto la imposibilidad de acuerdo entre los bloques de izquierda y derecha.

Kerenski cerró la conferencia en un último encendido discurso, largo y errático, en defensa de la concordia, que los delegados cortaron finalmente con una ovación, más para acabar con la situación que por apoyo al primer ministro.

La Conferencia Estatal de Moscú, se clausuró la noche del 28 de agosto. No fue suficiente para acercar las posturas de los kadetes y los socialistas moderados, ni las de estos y las bases de los Soviets de Moscú y Petrogrado.

Puso además de manifiesto la creciente hostilidad entre el primer ministro y el general Kornilov, así como la menguante fuerza de Kerenski y la polarización de la sociedad rusa. No logró aunar a los diversos elementos de la sociedad rusa en apoyo del gobierno de Kerenski y confirmó el respaldo decidido de la derecha al general Kornilov.

El golpe de Estado de Kornilov

Tras la Conferencia de finales de agosto, Kerenski no logró que sus ministros consensuaran un programa de reformas que enderezase la situación. Tampoco se decidió a aplicar una represión radical ante el desorden. El gobierno quedó paralizado.

Influyentes elementos liberales y conservadores comenzaron a plantearse la posibilidad de apoyar un intento para implantar un

gobierno militar, que restaurase el orden en el frente y frenase el creciente caos interno. La mayoría del Partido Democrático Constitucional (partido kadete), adoptó esta postura, mientras una minoría mantenía su respaldo a la coalición con los socialistas.

Las organizaciones partidarias de un gobierno militar sopesaron varios candidatos para el puesto de dictador, decantándose finalmente por el general Kornilov, valiente, pero de ideas políticas conservadoras algo primitivas.

El 30 de agosto, Kerenski, cada vez bajo mayor presión, indicó a Savinkov, viceministro de Defensa, su disposición a aceptar en principio los planes de reforma del general Kornilov, incluyendo la restauración de la pena de muerte en la retaguardia.

El 6 de septiembre tras intensas negociaciones entre Savinkov, Viceministro de Defensa, y Kornilov, comandante en jefe del Ejército, se llegó a un acuerdo sobre las medidas a adoptar.

Una de ellas estipulaba que la capital quedaría fuera de la jurisdicción militar del comandante, a pesar de las reiteradas peticiones de Kornilov de controlar las unidades acuarteladas en la ciudad. Otra que Kerenski recibiría a las tropas del III Cuerpo de Ejército en la capital, cosa que Kornilov interpretó como la intención de Kerenski de utilizarlas contra los bolcheviques y demás organizaciones radicales. Para justificar la marcha de estas unidades sobre la capital, Kornilov preparaba un falso levantamiento de oficiales que se harían pasar por bolcheviques rebeldes en Petrogrado.

Lavr Georgievich Kornilov (1916)

Savinkov urgió en varias ocasiones a Kerenski a firmar los borradores de las leyes pactadas con Kornilov y presentarlas ante el gabinete. Le recriminó sus vacilaciones y sus dilaciones en aprobar las leyes acordadas, logrando que Kerenski prometiera hacerlo el 8 de septiembre.

Los días 7 y 8 de septiembre, un antiguo diputado octubrista, Vladímir Lvov, llevó a cabo varias reuniones por separado con el primer ministro y con Kornilov, con el fin de acercar posturas, y confundió a ambos.

Lvov estaba convencido de que tanto Kerenski como Kornilov estaban decididos a implantar un nuevo gobierno autoritario, necesario en su opinión para restaurar el orden en el país. El primer ministro aceptó seguir las conversaciones para descubrir lo que creyó que era una conspiración de la derecha para acabar con su gobierno. Lvov, por su parte, creía haber recibido poderes plenipotenciarios del primer ministro para tratar con Kornilov el cambio de gobierno.

El 7 de septiembre, Lvov se entrevistó con Kornilov, después de hacerlo con representantes de la derecha en Moscú, favorables a un acuerdo pacífico con Kerenski, y le comunicó la disposición de Kerenski a dimitir y traspasar el poder a Kornilov como dictador militar.

Kornilov, creyendo que Lvov hablaba en nombre del primer ministro, se mostró dispuesto a aceptar el puesto e incluir a Savinkov y al propio Kerenski en su futuro gobierno.

El 8 de septiembre, al volver a la capital, Lvov planteó a Kerenski la renuncia y la implantación de un gobierno militar y la proclamación de la ley marcial, como si fuera un ultimátum de Kornilov. Entonces Kerenski pidió a Lvov que pusiese por escrito las condiciones, supuestamente exigidas por el comandante en jefe, y que según Lvov eran las siguientes: *Que se proclame la ley marcial en Petrogrado; que toda la autoridad civil y militar se traspase al generalísimo y que todos los ministros, a excepción del presidente del gobierno, dimitan*.

Por la tarde, Kerenski convocó a Lvov al ministerio de Defensa para ponerse en contacto con el general y confirmar sus condiciones. No obstante, Lvov se retrasó en llegar a la cita por lo que fue el propio Kerenski el que, haciéndose pasar por Lvov, la comunicación fue por teletipo, entró en contacto con Kornilov.

Cada uno entendió la conversación de manera diferente. Kerenski creyó que Kornilov no deseaba ayudarle a aplastar a los radicales de izquierda, sino apartarlo a él del poder. Decidió entonces utilizar la conversación con el general para denunciarlo

como rebelde. Lvov llegó poco después de acabarse la comunicación y fue inmediatamente arrestado.

Por su parte, Kornilov quedó convencido de haber llegado a un acuerdo definitivo con el primer ministro, gracias a la mediación de Savinkov y de Lvov. Kornilov pretendía, creyendo tener el apoyo del gobierno, eliminar a los elementos más radicales de la revolución mediante un golpe militar.

El 9 de septiembre por la mañana, Kerenski destituyó por telegrama a Kornilov, el cual reaccionó sorprendido, ya que no pretendía alzarse contra el gobierno, sino acabar con los bolcheviques y los elementos más extremistas. Creyó que el telegrama se debía a que Kerenski estaba siendo presionado por el Soviet de Petrogrado, por lo cual se negó a obedecer.

Kerenski llamó a Savinkov, al que mostró la nota de Lvov y la cinta del teletipo de su conversación con Kornilov. Savinkov, que desconocía las gestiones de Lvov, se mostró convencido de que había un malentendido. Condenó el supuesto ultimátum de Kornilov y recibió permiso del primer ministro para tratar de resolver la situación, antes de que se convirtiese en un enfrentamiento público.

Mientras, Kerenski acudió al gabinete cerca de la medianoche para exponer su conversación (por teletipo) con Kornilov y sus exigencias, tal como se las había transmitido Lvov, presentándolas como una conspiración de la derecha radical. Kerenski solicitó al gabinete poderes ilimitados para enfrentarse a lo que consideraba una revuelta, obtuvo la dimisión de todo el gabinete y actuó desde entonces con poderes dictatoriales.

Los ministros no deseaban acusar públicamente de traición a Kornilov. Algunos incluso propusieron la dimisión conjunta de Kerenski y del propio Kornilov, y ofrecer al general Mijaíl Alekseyev la presidencia del gobierno.

La madrugada del 10 de septiembre, Kerenski trató de impedir la publicación de la acusación de rebeldía de Kornilov, pero fue tarde, lo que dio lugar a que, en la mañana de ese mismo, Kornilov se declarase abiertamente en rebeldía contra el gobierno. Había creído que iba a contar con el apoyo del Consejo de Ministros para la toma del poder y, al ver que no era así, volvió a su plan original de hacerse con él por la fuerza, sin la cooperación de Kerenski.

El presidente del gobierno provisional solicitó el apoyo popular

contra un supuesto golpe de Estado y dio orden de armar a los trabajadores, para oponerse al avance de las tropas de Kornilov, armas que después, en la Revolución de Octubre, se usaron contra el propio gobierno de Kerenski.

El Soviet dudó inicialmente en dar su apoyo al primer ministro, pero finalmente se decidió a respaldarlo tras recibir la noticia del avance de las tropas hacia la capital. Las unidades militares, ignorantes de los planes de Kornilov, recibieron a los enviados del Soviet capitalino y en ocasiones fueron rodeados por trabajadores y campesinos que los acusaron de traicionar a la revolución.

Las tropas, al ser informadas de que en la capital no se había producido ningún alzamiento bolchevique, detuvieron su avance y depusieron las armas.

El 13 de septiembre, los bolcheviques lograron la mayoría en el Soviet de Petrogrado, síntoma de la radicalización política en la capital. Cuatro días más tarde, Trotski y otros bolcheviques que luego desempeñarían importantes papeles en la Revolución de Octubre fueron liberados. El 14 de septiembre, Kornilov se rendía y acababa el levantamiento.

Kerenski forma un Directorio

Ese mismo día, 14 de septiembre, Kerenski proclamó la República y la formación de un Directorio con cinco miembros, con él a la cabeza. En realidad, siguió tomando por sí mismo las decisiones políticas, aunque cada vez era más impotente para aplicarlas.

Había tratado de recuperar fuerza aplastando el golpe, pero quedó completamente debilitado. Supuestamente dictador, su autoridad era nula. La izquierda creía que había estado implicado de alguna manera en los planes del general, mientras que la derecha no le perdonaba haber hecho fracasar el pronunciamiento.

Por otro lado, la disciplina en el Ejército se hundió tras el golpe. A pesar de que únicamente algunos oficiales habían apoyado abiertamente a Kornilov, las tropas sospechaban que muchos otros habían simpatizado con él en secreto. Las deserciones se multiplicaron y muchos soldados campesinos, marcharon a participar en la recogida de las cosechas.

Los guardias rojos, tras haber sido armados por el propio gobierno, se vieron reforzados como la principal defensa de la revolución. Serían después estas milicias las que formaron el grueso de las tropas favorables a la toma del poder bolchevique en la Revolución de Octubre, apenas dos meses después.

El hundimiento bursátil tras el fallido golpe de Kornilov empobreció a parte de las clases medias y desató el caos financiero. El gobierno tenía cada vez más dificultades para recaudar impuestos.

Esta situación de crisis fomentó los debates sobre la necesidad de que el gobierno actuase y la posibilidad de que fuese sustituido por otro. Kerenski, consciente de su debilidad política, buscó recuperar el apoyo del partido kadete, a pesar de la hostilidad que gran parte de los dirigentes socialistas les tenían, tras el intento de golpe de Estado de Kornilov.

La imposibilidad de atajar la crisis económica, sin acabar antes con la guerra, hizo que el deseo de paz se convirtiese en abrumador. La amenaza alemana de llegar a Petrogrado se acentuó en otoño, lo que llevó también al gobierno a anunciar planes para enviar parte de la guarnición de la capital al frente, para defender la ciudad y para evacuar las principales industrias. Los radicales, básicamente los bolcheviques, partidarios de transferir el poder a los Soviets, aprovecharon para acusar al gobierno de planear una contrarrevolución.

La crisis económica, caracterizada por un aumento de la inflación —los precios se habían casi cuadruplicado entre julio y octubre— y un alarmante desabastecimiento en la capital, también favorecieron la radicalización política.

La inflación acabó con las mejoras salariales de los obreros industriales; la producción cayó. Se estimaba que la mitad de las fábricas de la ciudad tendrían que cerrar a final de año por falta de combustible y materias primas.

El sentimiento de crisis nacional se vio reforzado además por el gran aumento de los delitos y desórdenes públicos, muy aireados por la prensa. La percepción popular era la de un gobierno desbordado por la situación y con un cuerpo policial, la milicia, insuficiente.

La Conferencia Democrática

Los socialrevolucionarios, Kerenski entre ellos, promovieron la convocatoria de una Conferencia Democrática que se convertiría en un Preparlamento, hasta su relevo una vez que se hubieran realizado las elecciones a la Asamblea Constituyente. La convocaron tanto los mencheviques, a través del comité ejecutivo central, como sus aliados socialrevolucionarios, a través del Comité Ejecutivo de los Soviets de Campesinos en el que eran mayoritarios.

La Conferencia se inauguró la noche del 27 de septiembre de 1917 por el menchevique Chjeidze y el socialrevolucionario Avksentiev, y duró hasta el 2 de octubre. Participaron 1198 delegados. Gran parte de ellos no declararon su filiación política, si bien había, al menos, 365 socialrevolucionarios y 340 socialistas (251 mencheviques y 89 bolcheviques) así como otros muchos cercanos a los kadetes.

Kerenski acudió a la apertura y advirtió a los bolcheviques contra cualquier intento de tomar el poder por la fuerza. Aunque tuvo críticas, abandonó la sesión entre ovaciones.

Durante cuatro días, la Conferencia discutió ampliamente el asunto de la composición del futuro gobierno, pero el 2 de octubre en la votación no se llegó a una conclusión precisa. Por ello, el 3 de octubre se aprobó una moción que traspasó el tema al llamado Consejo Democrático o Preparlamento, dentro del cual se eligieron diez delegados que debían tratar con Kerenski la formación del nuevo gabinete.

La Conferencia quedó reducida en número de miembros y transformada en un organismo permanente, el Consejo Democrático o Preparlamento. Eligió presidente a Avksentiev, socialrevolucionario, representante de su facción moderada, y cambió su nombre por el de Consejo de la República, tras admitir a representantes no socialistas: 367 delegados de la Conferencia Democrática y otros 150 añadidos.

Los bolcheviques habían votado, en su Comité Central, a favor de participar en el Consejo, pero tras la decisión de admitir a representantes burgueses renunciaron a ello y decidieron abandonarlo. Detrás de esta decisión estaba la presión de Lenin, partidario de tomar el poder por la fuerza.

Por la tarde del 4 de octubre, el Preparlamento, abrió la sesión oficialmente con su nueva composición, mezcla de burgueses y socialistas, con cerca de quinientos delegados y la presencia de Kerenski, el cuerpo diplomático y numerosos periodistas.

El Preparlamento no logró ser reconocido como portador de la soberanía nacional, la cual siguió residiendo en el gobierno, por exigencia de los kadetes, que estimaban que la soberanía debería ser establecida cuando se eligiese la Asamblea Constituyente. Se convirtió meramente en un consejo que podía realizar y elevar consultas al gobierno, pero no aprobar legislación.

Kerenski, consciente de su debilidad política, buscó recuperar el apoyo del partido kadete, a pesar de la hostilidad que gran parte de los dirigentes socialistas les tenían, tras el intento de golpe de Estado de Kornilov.

Kerenski, quinto gobierno provisional

En la noche del 6 de octubre, el Preparlamento aprobó que una delegación suya negociara con Kerenski, la composición del nuevo gobierno, lo que dio lugar a que el 8 de octubre se constituyera el quinto gobierno provisional, que fue el último gabinete de Kerenski. En él incluyó a cuatro ministros kadetes y a dos socialistas. El menchevique Tsereli contribuyó en gran medida a que se aprobara esta nueva coalición.

Tras ese proceso, el gobierno adquiría un respaldo democrático indudable, aunque siguiera siendo provisional hasta que no se realizaran las elecciones a la Asamblea Constituyente, que sería la futura representante de la ciudadanía.

No obstante, fue un gobierno débil con escasos apoyos. No logró reavivar la cooperación entre socialistas y liberales y fue incapaz de poner fin al caos creciente que atenazaba el país: huelgas ferroviarias, mineras, en los pozos petrolíferos, cierres de fábricas en la capital, motines en la flota, deserciones en el frente y hundimiento del mercado de grano en el campo.

La Revolución de Octubre

Tras el fracaso del golpe de Kornilov, Kerenski había impulsado un proceso, lo más democrático posible, la reunión de una Conferencia Democrática que diera legitimidad a la creación de un nuevo gobierno provisional hasta que se eligiera a la Asamblea Constituyente.

Sin embargo, los bolcheviques radicalizaron a las masas, lo que dio lugar a que los socialrevolucionarios, que tenían posturas más moderadas perdieran el control de los principales Soviets del país. El Soviet de Moscú pasó a control bolchevique el 18 de septiembre, mientras que el de Petrogrado lo hizo el 8 de octubre, tras sucesivas votaciones. Trotski, recientemente liberado de prisión, se convirtió en presidente del Soviet de la capital.

Los bolcheviques seguían defendiendo el fin de las coaliciones con los elementos burgueses y la formación de un nuevo gabinete, completamente socialista, posición que propugnaban Kamenev y Trotski.

El 28 de septiembre, el Comité Central del partido bolchevique había recibido dos cartas de Lenin, en las que abogaba por una insurrección inmediata. El Comité Central decidió desoír las exigencias de Lenin y evitar que se conociesen, para no minar la actitud conciliadora de cooperación con los socialistas moderados (socialrevolucionarios y menchevique) tras la intentona de Kornilov.

Dado que la Conferencia Democrática había rechazado el intento de formar un gobierno solo con socialistas, la mayoría del Comité Central del partido comenzó a basar sus esperanzas de lograrlo en el próximo Congreso de los Soviets.

Para los más radicales, ese Congreso podría transferir el poder a un gobierno de extrema izquierda, que aplicase rápidamente medidas radicales. Para los bolcheviques más moderados, este nuevo gobierno provisional garantizaría la elección y reunión de la Asamblea Constituyente.

La actitud antidemocrática de Lenin fue clara desde el principio. Estuvo decidido en todo momento a tomar el poder mediante la

insurrección armada.

El 14 de octubre de 1917, el comité central bolchevique tenía informes sobre la actitud de obreros y soldados, dispuestos a respaldar una transferencia de poder a los Soviets, pero no a alzarse únicamente por el partido bolchevique. Ello les hizo descartar la propuesta de Lenin de tomar el poder, a través de un alzamiento en la capital y prefirió tomarlo a través del próximo Congreso de los Soviets, que contaba con gran legitimidad entre la población.

La mayoría de la dirección del partido prefería realizar un traspaso del poder, durante el Congreso de los Soviets —el representante principal de esta opinión era Trotski—. En el Comité Central una parte notable, encabezada por Kamenev y Zinoviev, veía con aprensión los llamamientos de Lenin a la insurrección.

El 20 de octubre, Lenin regresó de Finlandia a la capital y los bolcheviques optaron por no acudir a la primera reunión del Preparlamento.

El 22 de octubre, el mando militar de la capital ordenó la marcha de un tercio de los regimientos de la guarnición al frente (en realidad, por motivos políticos, ya que el comandante del frente norte prefería no recibir refuerzos de la capital) pero las unidades de la guarnición repudiaron entonces al gobierno provisional y proclamaron su lealtad al Soviet de Petrogrado.

El 23 de octubre Lenin se reunió con el Comité Central bolchevique y logró que aprobase un alzamiento armado contra el gobierno, pero no que se fijase una fecha ni que se realizase antes de la celebración del Congreso de los Soviets.

El Comité confirmó la decisión de tomar el poder a pesar de la dura oposición de los moderados. Kamenev amenazó con dimitir y junto con Zinoviev comenzaron a expresar públicamente su oposición, para disgusto de Lenin.

El objetivo final de las maniobras del Soviet de Petrogrado las expuso el propio Trotski: el Congreso de los Soviets debía arrogarse el poder gubernamental, declarar un armisticio inmediato y entregar la tierra a los campesinos. Para Lenin, sin embargo, la toma del poder debía realizarse antes del Congreso y el papel de este debía limitarse a aceptar la toma del poder una vez efectuada.

El Comité Militar Revolucionario

El 22 de octubre el Soviet de Petrogrado, dominado por los bolcheviques, *autorizó al Comité Ejecutivo Central Panruso (de los Soviets) organizar un comité revolucionario de defensa, que concentraría en sus manos toda la información relativa a la defensa de Petrogrado y sus alrededores.*

El 25 de octubre, se creó el Comité Militar Revolucionario de Petrogrado (
CMR
) que debía constituirse con representantes del Soviet, de los soldados, de la flota, de los sindicatos, de los comités de fábricas, de las organizaciones militares de los distintos partidos del Soviet, de las milicias obreras y de otras organizaciones. Se convocó además una reunión de las unidades de la guarnición para los días siguientes.

Estuvo controlado por Trotski, presidente del Soviet de Petrogrado, al cual, el 29 de octubre, se le unieron otros cinco miembros del Comité Central bolchevique (Stalin, Sverdlov, Bubnov, Dzerzhinski y Uritski). El
CMR
tomó medidas para armar a los trabajadores y asegurar la defensa de Petrogrado y la seguridad del pueblo, frente al posible ataque que prepararan civiles y militares golpistas. El papel del
CMR
fue decisivo para el derrocamiento del gobierno provisional democrático y para el triunfo del golpe de Estado de Lenin.

El 26 de octubre, Kerenski compareció ante el Preparlamento para desmentir los rumores que afirmaban que preparaba el traslado de la capital a Moscú. Entre el 27 y el 30 de octubre, Kerenski se hallaba de visita al frente. A su regreso, hubo que convencerlo para permanecer en la capital y asistir a una reunión del gabinete, en la que los ministros de Defensa e Interior mostraron estar confiados en poder aplastar cualquier disturbio. El propio Kerenski expresó su deseo de que los bolcheviques se alzasen para

poder aplastarlos.

El 3 de noviembre, una conferencia de unidades de la guarnición de Petrogrado, organizada por el Comité Militar Revolucionario de Petrogrado (
CMR
), confirmó la lealtad de las unidades al Soviet de Petrogrado y no al gobierno.

El 4 de noviembre, el mando militar del distrito de la capital rechazó la exigencia de que el
CMR
controlase las órdenes a la guarnición, ante lo cual el
CMR
proclamó la ruptura de relaciones y procedió a la toma de control de las unidades de la capital.

Los intentos del mando del distrito militar para impedirlo fracasaron. Ese mismo día hubo manifestaciones en la capital. Se había proclamado «el día del Soviet de Petrogrado» y tanto los bolcheviques como los socialrevolucionarios de izquierda trataron, con gran éxito, de movilizar a la población a favor del traspaso del poder a los Soviets.

El 5 de noviembre, el
CMR
anunció a la población las medidas que había tomado para controlar la guarnición y los puntos estratégicos de la capital aduciendo que estaba defendiendo la revolución.

La noche de ese mismo día, Kerenski propuso detener al
CMR
, pero el gabinete solo aprobó el procesamiento de algunos miembros, el cierre de dos periódicos bolcheviques y el refuerzo de la defensa del Palacio de Invierno, medidas menores e insuficientes.

Alrededor de las tres de la madrugada del 6 de noviembre, Kerenski se encontraba en el Palacio de Invierno acompañado por los mandos militares para adoptar medidas con el fin de desbaratar los propósitos de los bolcheviques. Pero, la milicia de la ciudad, que dependía del Ayuntamiento y no del Consejo de Ministros, desobedeció las órdenes del gobierno de arrestar a los miembros del
CMR
y de disolver a las fuerzas leales a los bolcheviques.

Ese mismo día Kerenski trató, sin éxito, de acelerar la llegada a la capital de tropas leales al gobierno, de acuartelar a la guarnición y de retirar de ella a los comisarios políticos del Comité Militar Revolucionario. Por la tarde, se supo que las tropas, que habían de acudir a la capital para socorrer al gobierno se habían pasado a las filas del Comité, o estaban siendo retenidas lejos de la ciudad por los partidarios de este.

A mediodía, del día 6, el Preparlamento comenzó una nueva sesión presidida por Nikolái Avksentiev. Kerenski acudió poco después y solicitó realizar una comunicación especial al Preparlamento. En un largo discurso de una hora, en su estilo característico, tras describir los acontecimientos de los últimos días, pidió el apoyo incondicional del Preparlamento, que le fue denegado.

Cerca de la medianoche del 7 de noviembre, Lenin fue a la sede del Soviet de Petrogrado, intensificándose desde entonces las acciones del Comité, contra el gobierno provisional de Kerenski. Se abandonó toda referencia a la mera defensa de la revolución y se adoptaron medidas para crear un nuevo gobierno revolucionario antes de la apertura, ese mismo día, del Segundo Congreso Panruso de los Soviets.

El 7 de noviembre, el Comité Militar Revolucionario de Petrogrado, dirigió las operaciones de derrocamiento del gobierno provisional, la llamada Revolución de Octubre, desde la sede del Soviet de Petrogrado en la que se iba a celebrar, ese mismo día, el II Congreso de los Soviets.

A las once y media de la mañana del día 7, ante la situación desesperada en la capital, Kerenski abandonó la ciudad camino del frente con el objetivo de reunir tropas leales.

Mientras, Lenin redactó la proclamación que deponía al gobierno de Kerenski y que se difundió inmediatamente por la ciudad:

¡A los Ciudadanos de Rusia!

El gobierno provisional ha sido depuesto. El poder estatal ha pasado a manos del órgano del Soviet de Obreros y Soldados de Petrogrado, el Comité Militar Revolucionario, que dirige al proletariado y a la guarnición de Petrogrado.

La causa por la que el pueblo ha luchado que es: la oferta

inmediata de una paz democrática, la abolición de la propiedad de la tierra por los terratenientes, el control obrero de la industria y la creación de un gobierno de los Soviets ha quedado asegurada.

¡Viva la revolución de los trabajadores, soldados y campesinos!

El Comité Militar Revolucionario del
Soviet de Obreros y Soldados de Petrogrado.

LA TOMA DEL PODER POR LENIN

El CMR comenzó a tomar los puntos estratégicos de la ciudad y a lo largo del día, las fuerzas del
CMR
tomaron los últimos edificios relevantes todavía controlados por el gobierno y cercó al Palacio de Invierno.

Mientras, en el Palacio de Invierno, tras la marcha a media mañana de Kerenski, en busca de refuerzos, el gabinete se encontraba reunido, presidido por el vicepresidente del gobierno, Konovalov.

Lenin incitó a los responsables del asedio a concluirlo cuanto antes, para evitar más retrasos en la apertura del Congreso Panruso de los Soviets y evitar el nerviosismo de los delegados. Por ello se envió a las 18:30 un ultimátum que expiraba a las 19:10 y exigía la rendición del gobierno y de sus tropas. Los ministros se volvieron a reunir precipitadamente abandonando su cena. Rechazaron la exigencia de rendición y decidieron no responder al ultimátum.

Entre las 20:00 y las 21:00 horas, parte de las fuerzas que defendían el Palacio negociaron con los sitiadores su marcha, con el beneplácito de sus oficiales.

Hacia las dos de la madrugada del día 8 de noviembre, los atacantes, que no encontraron resistencia, llegaron finalmente a la sala donde se encontraba reunido el gabinete, que ordenó a los militares que la defendían que no ofreciesen tampoco resistencia, para evitar el derramamiento de sangre. Antonov-Ovseyenko encabezó a las tropas que ocuparon rápidamente la habitación y arrestó a todos los ministros, a excepción de Kerenski y

Prokopovich, que no se encontraban presentes en el Palacio.

Tal y como señala el historiador Boris Sapunov, *los líderes soviéticos tenían argumentos para asegurar que la revolución de octubre había sido la menos sangrienta, en la historia de los levantamientos en Europa*.

Mientras tanto, solapándose con el proceso de toma del Palacio de Invierno, el día siete de noviembre, a las 10:40 de la noche, se había inaugurado el Segundo Congreso de los Soviets de Diputados de los Obreros y Soldados, con casi nueve horas de retraso. Acudieron unos seiscientos setenta delegados electos, de los cuales trescientos eran bolcheviques y cerca de cien eran socialrevolucionarios de izquierda.

La primera tarea del congreso fue la elección de una nueva presidencia. Los bolcheviques propusieron una representación proporcional a las delegaciones, con catorce bolcheviques, siete socialrevolucionarios, tres mencheviques y un menchevique intemacionalista (Martov), moción que se aprobó en una bulliciosa votación.

Poco después de comenzar la sesión, los delegados oyeron los disparos contra el Palacio de Invierno, ante lo cual a propuesta de Martov, el congreso aprobó por unanimidad proclamar un gobierno democrático conjunto, de todos los partidos que formaban parte del Soviet de Petrogrado, con el fin de evitar el derramamiento de sangre. La propuesta recibió el apoyo de los bolcheviques y de los socialrevolucionarios de izquierda.

Sin embargo, al saberse que el gobierno provisional y sus miembros, entre los cuales se encontraban los ministros socialrevolucionarios y mencheviques, estaban sitiados, algunos congresistas, de estos partidos en el Soviet de Petrogrado, denunciaron estos hechos y abandonaron la sala en señal de protesta. Trotski logró la inmediata condena de los moderados que acababan de abandonar el congreso y tachó su actitud de contrarrevolucionaria.

Se leyó la proclamación, que anunciaba la toma del poder redactada por Lenin, aún no presente en el congreso, y también el programa fundamental del nuevo gobierno:

El gobierno soviético propondrá inmediatamente una paz

democrática a todas las naciones y el establecimiento de un armisticio inmediato en todos los frentes.

Asegurará el traspaso de la tierra de los terratenientes, de la Corona y de los monasterios a los comités campesinos sin compensación; protegerá los derechos de los soldados mediante la introducción de una democracia completa en el Ejército; establecerá el control obrero de la producción; asegurará la convocatoria de la Asamblea Constituyente en la fecha fijada; se encargará de abastecer de pan las ciudades y de productos básicos a los pueblos; garantizará a todas las naciones que pueblan Rusia un genuino derecho de autodeterminación.

El Congreso decreta que todo el poder en las poblaciones pasará a los Soviets de los diputados de obreros, soldados y campesinos.

Se aprobó el decreto con únicamente dos votos negativos y doce abstenciones. A la luz del desarrollo siguiente de la famosa Revolución de Octubre, ninguna de las promesas principales de Lenin —«democracia completa en el Ejército», «pasar a control obrero y a los Soviets»— se cumplió. En su lugar se impuso la dictadura del proletariado.

EL NUEVO GOBIERNO DE LOS SOVIETS

Al día siguiente, 8 de noviembre, delegados de todos los partidos socialistas volvieron a reunirse para elegir al nuevo Comité Ejecutivo Central de los Soviets y al nuevo gobierno.

El Comité Ejecutivo de los Soviets quedó encabezado por el bolchevique moderado Kamenev y compuesto por sesenta y dos bolcheviques, veintinueve socialrevolucionarios de izquierda, seis mencheviques y cuatro miembros de otros partidos menores.

En el nuevo Consejo de Ministros, que sería denominado Consejo de Comisarios del Pueblo, se ofrecieron tres puestos a los socialrevolucionarios de izquierda, que prefirieron no participar, si no conseguían que también lo hiciesen el resto de los partidos. Así, todos los comisarios gubernamentales fueron miembros del partido bolchevique. Lenin presidía el nuevo Consejo de Comisarios del

Pueblo, Trotski la Comisaría de Exteriores y Stalin la de Nacionalidades. Las fuerzas armadas quedaban bajo la dirección de un triunvirato formado por Vladímir Antonov-Ovseyenko, Pavel Dybenko y Nikolái Krylenko.

Finalmente, a las cinco de la madrugada del día 9 de noviembre, el Congreso de los Soviets legitimó al Consejo de Comisarios del Pueblo como nuevo gobierno, hasta la convocatoria de la Asamblea Constituyente.

El 10 de noviembre, la administración municipal y la nacional en la capital se encontraban prácticamente paralizadas por las huelgas, respaldadas por el Ayuntamiento y las juntas de distrito, así como por el Comité Panruso para la Salvación de la Patria y la Revolución, todo ello al mismo tiempo que el general cosaco Krasnov avanzaba hacia la capital.

Enterado el
CMR
de que estas huelgas tenían como objetivo facilitar el avance de Krasnov, las aplastó brutalmente el once de noviembre, en unos enfrentamientos que causaron muchas víctimas.

El gobierno, con Lenin, su Comisario del Pueblo al frente, aplicó rápidamente medidas represivas que marcarían profundamente el nuevo periodo, tales como una severa censura de prensa, detenciones arbitrarias y disolución de los partidos de oposición.

El ala extremista, encabezada por Lenin, y la moderada, dirigida por Kamenev, diferían en el objetivo del nuevo gobierno, que debía surgir del Congreso de los Soviets. Para Lenin era un gobierno permanente que debía aplicar sin tardanza un programa de reformas radicales y búsqueda de la paz; para Kamenev y los moderados, era un gobierno provisional de coalición entre socialistas que daría paso a la Asamblea Constituyente.

LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE

Los adversarios de Lenin, al ver que eran aplastados los diversos organismos creados para oponerse al gobierno bolchevique, y que sus intentos para frenar la revolución habían sido derrotados, depositaron sus esperanzas en la Asamblea Constituyente, que debía

permitirles expulsar del poder a los bolcheviques.

Las elecciones para la Asamblea Constituyente se celebraron el 25 de noviembre. Los bolcheviques y Lenin, en especial, se encontraron con la sorpresa de que solo obtuvieron el 24 % de los votos y ciento setenta de los setecientos siete escaños, mientras que los socialrevolucionarios obtuvieron el 40,4 % y trescientos sesenta escaños.

La Asamblea, compuesta en su gran mayoría por opositores al gobierno bolchevique, no reconoció al gobierno como autoridad suprema y se negó a someterse a las decisiones de los Soviets.

Pero Lenin, mediante maniobras dilatorias y represivas, impidió el funcionamiento de la Asamblea. En Pravda, el 26 de diciembre Lenin señaló que *la república de los Soviets es una forma superior de democracia a la habitual república burguesa con su Asamblea Constituyente* y que *todo intento de considerar la Asamblea Constituyente… dentro del esquema de la democracia ordinaria burguesa, sin tener en cuenta la lucha de clases, sería una traición a la causa proletaria*.

Dentro del propio grupo bolchevique hubo una cierta división, pues no todos compartían el boicot del gobierno a la Asamblea Constituyente. Pero Lenin disolvió las manifestaciones, en las cuales hubo muertos, y declaró el estado de sitio dificultando la acción de la Asamblea, la cual finalmente fue convocada el 18 de enero de 1918.

A Lenin no le tembló el pulso: al no validar ese día la Asamblea las decisiones del Comisario del Pueblo, procedió sin más a disolverla. Su desaparición eliminó todo vestigio de democracia que pudiera esgrimir la Revolución de Octubre. A partir de esa fecha, el brazo policial del gobierno fue el principal garante del poder comunista.

LA DICTADURA Y LA CHEKA

Mientras tanto, a lo largo de noviembre de 2017, el
CMR
, no solo llevó a cabo tareas militares, sino que, tomó a su cargo los

servicios municipales de la capital, en particular el abastecimiento. Aplicó medidas drásticas de requisa de alimentos, envió para ello cuadrillas a las provincias, y aplicó duras medidas contra la especulación de abastos.

Asumió también la distribución y control del combustible y de la ropa de invierno, la emisión de visados de salida del país, la gestión de instituciones de salud pública, prisiones, viviendas o transportes. Cerró los diarios más críticos con los bolcheviques, entregó sus instalaciones a organizaciones cercanas al partido, controló la distribución de papel y suprimió las publicaciones clandestinas.

El conflicto entre el nuevo organismo y los ministerios y organismos administrativos tradicionales dio lugar a que, el 28 de noviembre, el Comité Ejecutivo Central de los Soviets sopesase la posibilidad de disolverlo o de restringir sus actividades. Finalmente, el 18 de diciembre se decretó la disolución del
CMR
y a la vez la creación de una comisión para asumir interinamente sus funciones en la lucha contra las actividades contrarrevolucionarias.

Al día siguiente de la disolución del
CMR
, el Comité de Gobierno de los Soviets, en el cual los bolcheviques tenían una mayoría de dos tercios, encargó a Dzerzhinski la creación de una comisión especial para enfrentarse a la huelga y a las actividades de sabotaje. La creación de esta comisión especial y la disolución del
CMR
fue debida a que Lenin, iba a dar entrada a un social revolucionario en la cartera de Justicia y deseaba disponer de un órgano que estuviese al margen del ministerio de Justicia, y que se encargara de eliminar a toda disidencia contrarrevolucionaria.

Félix Dzerzhinski en 1918.

Así el 20 de diciembre se creó la CHEKA (Comisión Extraordinaria Nacional para la Lucha contra la Contrarrevolución, la Especulación y el Sabotaje), al margen del control del ministerio

de Justicia. Se fundó inicialmente con 100 funcionarios, alcanzó la cifra de 12 000 en julio de 1918. En Moscú, se instaló en la Lubianca, el 10 de marzo de 1918, con 600 miembros.

Realizó una intensa actividad contra los «saboteadores», los kadetes, los socialrevolucionarios de derecha, periodistas, huelguistas… Multiplicó los llamamientos a la delación y a la constitución de Chekas locales. Su actividad se intensificó a partir de marzo de 1918 y constituyó el instrumento de terror que sostuvo en gran medida a la dictadura comunista de Lenin.

RESUMEN DE FEBRERO 1917 A MARZO 1918

La llamada Revolución Rusa de febrero de 1917, se realizó en apenas una semana. Comenzó el 23 de febrero en el calendario juliano, de ahí su nombre, el 8 de marzo según el calendario gregoriano. Los factores principales que dieron lugar a ella fueron las derrotas del Ejército ruso en la Primera Guerra Mundial, la alta movilización militar de la población (10 000 000), las numerosas requisas para abastecer el frente y la caída de la economía que provocó largas colas para lograr pan y carbón.

Discurso de Lenin (1920). Trotsky, de pie a su derecha, fue eliminado de esta foto.

Hubo grandes manifestaciones, con enfrentamientos con la policía mientras que se confraternizaba cada vez más con las tropas del ejército. Las guarniciones militares empezaron a oponerse a las órdenes de utilizar las armas contra la población. El gobierno perdió el control de la mayoría de las unidades militares de la ciudad y quedó impotente para acabar con la revuelta.

Finalmente, la Duma Estatal dimitió el 12 de marzo. Kerenski, diputado de la Duma, ordenó el arresto de los ministros del gobierno, y acordó crear un Comité provisional de la Duma, para oponerse al gobierno zarista y restablecer el orden.

El 13 de marzo los revolucionarios tomaron el control en Moscú y de la base naval de Kronstadt. El quince de marzo abdicó el zar, siendo confinado junto con su familia en la Villa de los Zares, cercana a San Petersburgo.

El mismo 15 de marzo se formó un gobierno provisional cuyo primer ministro, hasta el 20 de julio, fue el príncipe George Lvov,

de carácter progresista y liberal. Constituyó un gabinete multipartidista en el que Kerenski asumió el Ministerio de Justicia.

A lo largo de la primavera, principalmente, en mayo y junio, se fueron creando soviets en las grandes ciudades, pero también en toda Rusia, unos de campesinos y otros de soldados y trabajadores, que constituían un centro de poder alternativo al gobierno, si bien los soviets principales estaban dominados por los socialistas moderados (socialrevolucionarios y mencheviques).

Hubo desacuerdos desde el principio entre el gobierno, decidido a posponer la reforma agraria y a continuar la guerra hasta lograr la victoria, y el Soviet de Petrogrado, formado por socialistas deseosos de aplicar reformas sociales. Los bolcheviques de Lenin, recién regresado a Rusia en abril, eran minoritarios, tanto en los Soviets como en las simpatías de soldados, campesinos y trabajadores.

La continuación de la guerra, la agudización de la crisis alimentaria, la escasez de artículos, la inflación creciente, el caos en los suministros a las ciudades y al campo, y el fracaso del racionamiento, implantado por el gobierno, deslucieron las esperanzas iniciales.

La creación del primer gobierno provisional conllevaba la promesa de reunir la Asamblea Constituyente lo antes posible, pero se fue demorando y no se realizaría hasta el 25 de noviembre.

Se creó un nuevo gobierno en el que Kerenski asumió también la cartera de Defensa y, con el apoyo del primer Congreso de los Soviets, donde primaban los moderados, se acordó un nuevo plan militar «defensista» (en defensa de la Patria) en la Primera Guerra Mundial.

Las primeras acciones tuvieron éxito, pero en menos de un mes el escenario paso a ser de derrota, lo cual provocó, el 21 de julio de 1917, la dimisión de Lvov, primer ministro del gobierno.

Fue sustituido por Kerenski, el cual, durante su mandato como primer ministro, de 21 de julio a 8 de noviembre, no logró lidiar con la guerra en curso, tomar el control de la economía, poner orden y hacer un programa válido de reformas.

Los militares urgían la toma de medidas, entre ellas la pena de muerte a los desertores, para salir del desastre militar que el ejército ruso estaba sufriendo en la Primera Guerra Mundial, y que en gran parte se achacaba a la desmoralización de las tropas y a las

frecuentes deserciones.

La derecha exigía la restauración del orden como condición para poder volver a impulsar la producción y los suministros que eran escasos y que la población demandaba. La izquierda rechazaba ambas demandas —pena de muerte y firme restauración del orden en el contexto social y económico— y ponía el énfasis en reformas agrarias y en mejoras sociales y laborales.

La dualidad de poder entre el gobierno y el Soviet de Petrogrado colaboraba a generar una sensación de ingobernabilidad. Por otra parte, el carácter provisional del gobierno de Kerenski y la falta de fecha, y su postergación después, para la realización de las elecciones a la Asamblea Constituyente, le restaba legitimidad popular.

En ese contexto grupos de derecha promovían una solución militar que garantizase el orden en el país, tanto en el frente militar como en el civil, eliminase la dualidad de poder gobierno-Soviet, reforzase al gobierno y suprimiese al detestado partido bolchevique. El fracaso del golpe del general Kornilov, que tuvo lugar entre el 8 y el 10 de septiembre, radicalizó la situación. Los bolcheviques aprovecharon esa crisis y fueron tomando el poder de los Soviets. Trotski fue elegido presidente del Soviet más importante, el de Petrogrado.

El 25 de octubre a propuesta de este Soviet se constituyó el Comité Militar Revolucionario que apenas dos semanas más tarde fue el autor táctico del golpe de Estado contra el gobierno de Kerenski, que se realizó el 7 de noviembre, el 26 de octubre según el calendario juliano, sin que hubiera resistencia por parte del gobierno de Kerenski y, por tanto, con apenas derramamiento de sangre. El nuevo gobierno provisional, a cuyo frente estaba Lenin, adoptó el nombre de Consejo de Comisarios del Pueblo, y quedó en su totalidad en manos de los bolcheviques, ya que los socialrevolucionarios no quisieron entrar si no se incluía también a los restantes partidos.

El 25 de noviembre tuvieron lugar las elecciones a la Asamblea Constituyente, que Lenin creía que iba a ganar. Sin embargo, se encontró con la sorpresa de que solo obtuvieron el 24 % de los votos y ciento setenta de los setecientos siete escaños.

La Asamblea se reunió en primera convocatoria el 18 de enero y

se manifestó contraria a validar el programa de Lenin, al cual no le tembló el pulso: la disolvió de inmediato y definitivamente.

A partir de esa fecha, el gobierno de Lenin se apoyó en el brazo policial represivo, la
CHEKA
, que había creado y que fue la garante principal del poder comunista. Siguió a esto una terrible guerra civil entre Rojos (leninistas) y Blancos, por el rechazo que gran parte de la ciudadanía tenía a la dictadura leninista.

Terminada la Guerra Civil a finales de 1922, siguió Lenin, ya enfermo, en el poder y después dio paso a Stalin.

EXPANSIÓN DEL COMUNISMO POR EL MUNDO

El comunismo, desde su implantación en Rusia en 1917, se expandió por el mundo de forma espectacular. En apenas sesenta años constituyó un imperio ideológico, totalitario y militar con un poder e influencia increíbles en el planeta Tierra, muy superior al que tuvieron los restantes imperios que se conocen en la Historia.

Primero, en la época de Stalin, tras la Segunda Guerra Mundial, tomó los países de la Europa del Este; después Oriente, empezando por Corea (1948), China (1949).

Tras la toma del poder por Kruschov en 1953 se instaló en Vietnam del Norte (1954) y Cuba (1959) y se establecen alianzas con Egipto (1954) y Siria (1955) e Irak (1958).

Durante la dictadura de Breznev (1964-1982) el comunismo alcanzó su máxima expansión. Libia entró en alianza con los soviéticos en 1969. Se establecieron regímenes comunistas en Etiopia (1974), Camboya (1975), Vietnam del Sur (1975), Angola y Mozambique (1975), Laos (1975), Afganistán (1978), Nicaragua (1979).

A todo ello hay que añadir las guerrillas comunistas en El Salvador, Argentina, Uruguay, Chile y Granada. El conjunto de regímenes comunistas ocupaba más de un tercio de la superficie terrestre e incluía a un tercio de la población mundial.

El proceso de expansión del comunismo siguió las pautas señaladas por Marx: derogar por la violencia el orden social existente, implantar la dictadura del proletariado y abolir la propiedad privada de los medios de producción.

Veamos primero sus prolegómenos y después, con casos concretos, qué ocurrió en la mayoría de los países de Europa del Este.

1939: EL PACTO ENTRE HITLER Y STALIN

El pacto fue un Tratado de no Agresión entre Alemania y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, también llamado Pacto Ribbentrop-Molotov. Se firmó en Moscú el 23 de agosto de 1939, nueve días antes de iniciarse la Segunda Guerra Mundial. Contenía cláusulas de no agresión mutua, así como el compromiso de que ninguno de los países firmantes entraría en ninguna alianza política o militar en contra del otro.

Incluía un Protocolo adicional secreto que definía el reparto de territorios de Finlandia, Polonia, Repúblicas bálticas y parte de Europa oriental y central, estableciendo los límites de la influencia alemana y soviética. Tuvo mucha trascendencia en los inicios de la Segunda Guerra Mundial, y también después, porque definió nuevas fronteras que beneficiaron, en particular, a la
URSS
.

Estas cláusulas secretas fueron descubiertas tras el final de la guerra por tropas británicas, y se revelaron al público. Durante décadas, la política oficial de la Unión Soviética fue negar la existencia de tales «cláusulas secretas» del Pacto.

Tras la gran manifestación, denominada Cadena Báltica, en la época de Gorbachov, en agosto de 1989 —en el quincuagésimo aniversario del Pacto—, se creó una comisión especial en la Unión Soviética, para investigar la existencia de las «cláusulas secretas», cuya conclusión fue reconocer que dichas cláusulas existían.

El pacto nazi-soviético, establecía que Polonia quedaría como zona de influencia de ambos Estados, los cuales se repartirían sus territorios, mediante un común acuerdo que tuviese en cuenta los intereses mutuos. Además, la Unión Soviética se quedaría con Finlandia, Estonia, Letonia y Besarabia y, más tarde también con Lituania.

Momento de la firma del pacto. Mólotov en primer plano; tras él se encuentran Ribbentrop —con los ojos entrecerrados— y Stalin.

La consecuencia inmediata fue la invasión de Polonia por Alemania en septiembre de 1939. La Unión Soviética no solo rechazó condenar la actuación germana, sino que lanzó su propia invasión contra Polonia dieciséis días después.

De idéntica forma, Alemania guardó silencio ante el ataque lanzado contra Finlandia por parte de la Unión Soviética, durante la Guerra de Invierno, en diciembre de ese año.

En junio de 1940 la Unión Soviética se anexionó Estonia, Lituania y Letonia y territorios del reino de Rumania, justo después del triunfo alemán en la batalla de Francia.

No obstante, el 31 de julio de 1940, los alemanes tomaron la decisión de invadir la Unión Soviética, en la primavera de 1941, en un plan que tenía el nombre de «Operación Barbarroja». La decisión de atacar a la Unión Soviética fue confirmada por Hitler en una asamblea de guerra el 18 de diciembre de 1940. Los soviéticos

trataron de apaciguar a Alemania durante la primera mitad de 1941, negándose a condenar la invasión nazi de Yugoslavia y Grecia.

Sin embargo, el 22 de junio de 1941, Alemania invadió el territorio polaco que la Unión Soviética se había anexionado en septiembre de 1939. Ahí murió el Pacto Molotov-Ribbentrop, apenas dos años después de ser firmado.

1945: LA CONFERENCIA DE YALTA

La Conferencia de Yalta tuvo lugar antes de terminar la Segunda Guerra Mundial, entre el 4 y el 11 de febrero de 1945, entre Josef Stalin, Winston Churchill y Franklin
D.
Roosevelt, como presidentes de gobierno de la Unión Soviética, del Reino Unido y de Estados Unidos, respectivamente. Se realizó en territorio soviético, en el antiguo palacio imperial de Livadia en Yalta (Crimea).

El desarrollo de la Conferencia fue preocupante. El presidente estadounidense Franklin
D.
Roosevelt llegó a Malta el 2 de febrero de 1945 y habló con el primer ministro británico sir Winston Churchill en La Valeta. Pero, según el ministro de Exteriores británico Anthony Edén *fue imposible iniciar la discusión de los temas… vamos a una conferencia decisiva y hasta ahora no se ha acordado qué vamos a discutir o cómo vamos a manejar la reunión, con un oso* (Stalin), *que sin duda alguna sabe qué tiene en mente*.

Lamentablemente Churchill y Roosevelt no concretaron ninguna postura ni estrategia ante Stalin para esa trascendente reunión, aunque ya estaba claro que los aliados iban a derrotar a Alemania.

El 4 de febrero por la mañana, Roosevelt se reunió primero con sus jefes militares, como preparación para la Conferencia que se iniciaría por la tarde. También se reunió con oficiales del Departamento de Estado, entre los que se encontraba Alger Hiss, al cual, posteriormente, en 1948, se le acusó de ser un espía soviético

y condenado en 1950. Hiss cumplió cinco años de prisión, pero durante toda su vida siguió manteniendo su inocencia.

Churchill, Roosevelt y Stalin durante la Conferencia de Yalta.

Los principales puntos para tratar por los Estados Unidos fueron:

- El futuro de Polonia y su negativa al reconocimiento del gobierno comunista que se había creado en Lublin (ciudad del Este de Polonia)
- La creación de las Naciones Unidas
- El futuro de Alemania
- El mejoramiento de las relaciones entre el Kuomintang y el Partido Comunista de China

El 5 de febrero por la tarde tuvo lugar la segunda reunión.

El primer tema fue qué hacer con Alemania en la posguerra. Una comisión conjunta de las tres principales naciones aliadas ya había

establecido las áreas de ocupación, pero Roosevelt no estaba conforme con la región suroriental que le había sido asignada a Estados Unidos.

Stalin llevó el tema más lejos, solicitando que se acordara definitivamente el desmembramiento de Alemania a lo que Churchill se opuso de inmediato. Por su parte, Roosevelt sugirió dividir la nación germana en «cinco o siete Estados».

Después se discutió la zona de ocupación francesa. Churchill estaba dispuesto a entregarles a los franceses parte de la zona de ocupación británica, ya que tenía especial interés en que estuvieran presentes en el oeste de Alemania contra el comunismo. Stalin se negó a permitirles tener una zona propia, adivinando las intenciones británicas. Roosevelt sugirió ofrecerle a Francia la zona indicada, pero sin que formara parte de la Comisión de Control.

No obstante, después de que Roosevelt anunciara imprudentemente, que sus tropas abandonarían Europa en dos años, Stalin aceptó la propuesta y se acordó:

> Que una zona de Alemania será asignada a Francia para ser ocupada por las fuerzas francesas. Esta zona será tomada de las zonas británica y americana y su extensión será fijada por británicos y americanos, de acuerdo con el gobierno provisional francés. También se ha decidido que el gobierno provisional francés será invitado a tomar parte de la Comisión de Control Aliada en Alemania.

Después se pasó al tema de las indemnizaciones de guerra que debía pagar Alemania. Los soviéticos reclamaron el pago de diez mil millones de dólares estadounidenses, pero Churchill se negó alegando que las altas indemnizaciones pagadas por Alemania en la Primera Guerra Mundial trajeron nefastas consecuencias. Además, resaltó que esto generaría hambruna en Alemania. Roosevelt sugirió dejar suficiente industria a Alemania para que pudiera autoabastecerse, pero sin llegar a adquirir un nivel de desarrollo superior al soviético.

El tercer día de reunión, el 6 de febrero, el primer tema a tratar fue la organización de las Naciones Unidas.

Roosevelt abordó el tema de Polonia. Churchill expresó su deseo de que la nueva Polonia fuese un Estado libre e independiente, y

sugirió definir de inmediato un gobierno provisional polaco, y la realización de elecciones libres ya que el gobierno comunista polaco, establecido por los soviéticos, no representaba ni siquiera a la tercera parte de los polacos.

No se cerró ningún acuerdo al respecto, aunque después, Roosevelt escribió una carta a Stalin tratando de nuevo el asunto polaco. En ella, expresó su negativa a reconocer al gobierno polaco comunista, y solicitó traer de inmediato a los representantes de este último a Yalta, así como a los representantes del gobierno polaco en el exilio.

Estados Unidos y Gran Bretaña no tuvieron ningún planteamiento estratégico eficaz ante el comunismo. No pusieron sobre la mesa, al igual que hicieron con el tema polaco, los casos de Rumania, Hungría y Bulgaria. El de Austria fue abordado colateralmente. Todo lo cual posibilitó que después, las naciones del Este de Europa, con excepción de Austria, cayeran como fichas de dominó, en manos del comunismo.

Los acuerdos de Yalta fueron polémicos incluso antes del encuentro final en Potsdam, que fue su continuación. Entre otras cosas se estipuló lo siguiente:

1. La declaración de la Europa liberada, es decir, que ya no necesitaban seguir en estado de guerra, y que procedía permitir elecciones en todos los territorios liberados. No obstante, no se incluyeron fórmulas que garantizaran suficientemente el carácter democrático de esas futuras elecciones.
2. Se acordó celebrar en abril una conferencia en San Francisco para organizar las Naciones Unidas, cuya Carta fue finalmente aprobada el 26 de junio de ese año. Las Naciones Unidas reemplazarían a la antigua Sociedad de Naciones. A la España de Franco solo se la dejó entrar en la ONU en 1955.

   El 10 de diciembre de 1948 se aprobó la Declaración Universal de Derechos Humanos que, entre otros, reconoce *el derecho a la propiedad, individual y colectivamente* (art. 17), *libertad de conciencia y religión* (

art.
18), *libertad de expresión* (
art.
19), *libertad de asociación* (
art.
20). La Unión Soviética de Stalin y los países de la Europa del Este se abstuvieron.

3. La cuestión de los crímenes de guerra se pospuso.
4. También se dejaron pendientes las fronteras de Italia con Yugoslavia y Austria y se pospusieron los temas concernientes a las relaciones entre Yugoslavia y Bulgaria y otros.
5. El desarme, desmilitarización y partición de Alemania, se consideró un «requisito para la futura paz y seguridad». Se acordó la eventual partición de Alemania en zonas de ocupación aliada: británica, estadounidense, soviética y, finalmente, también una francesa, aunque este país no participó en la Conferencia. A la Unión Soviética se le cedió el control sobre una tercera parte de Alemania.
6. Se abordó el tema de las indemnizaciones, a pagar por Alemania, por las «pérdidas que había causado a las naciones aliadas en el curso de la guerra». Las indemnizaciones podían salir de la riqueza nacional alemana (maquinaria, barcos, participaciones en empresas alemanas,
etc.
), del suministro de bienes por un período a determinar, o del uso de mano de obra alemana. Estadounidenses y soviéticos acordaron una cifra de veinte mil millones de dólares de indemnización, mientras que los británicos no creyeron posible llegar a una cifra definitiva.
7. Se asumió, como un hecho, la emigración de alemanes de las tierras de Europa del Este hacia Alemania. Unos lo hicieron huyendo del Ejército Rojo, tras su llegada a Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumania, Países Bálticos y los Balcanes. Otros porque también se aprobó la expulsión y confiscación de tierras de millones de alemanes que vivían, desde hacía varias generaciones en la Europa del Este.

   En total se estima que, entre doce y catorce millones de alemanes, que vivían en la Europa del Este, fueron expulsados, justificándose esta decisión por su supuesta

colaboración con los nazis y como una sanción proporcional por los crímenes de guerra nazis contra la población civil de la Europa Oriental.

EE. UU. y Gran Bretaña estuvieron de acuerdo con esta decisión, pues ello permitiría que los países de la Europa Oriental fuesen en el futuro naciones homogéneas (sólo polacos en Polonia, sólo húngaros en Hungría,
etc.
), sin minorías étnicas, para evitar las perturbaciones que esas minorías podrían causar con la población local, lo cual podría servir como pretexto para una futura reavivación del expansionismo germano.

En tiempos recientes organizaciones de expulsados (o sus descendientes) han exigido a los gobiernos de Polonia, Rusia o la República Checa el pago de indemnizaciones por la pérdida forzada de sus propiedades. Sin embargo, el gobierno alemán liderado por Angela Merkel ha manifestado que no apoya a nivel oficial estas reclamaciones. Fueron una trágica consecuencia de la guerra que desató Hitler.

8. Se acordó que Polonia tuviera un «gobierno provisional de Unidad Nacional», el cual prepararía las «elecciones libres tan pronto como fuera posible, basándose en el sufragio universal y el voto secreto».

   Polonia perdió sus tierras orientales a favor de la Unión Soviética. Se acordó compensar a Polonia con las tierras que durante siglos habían sido alemanas: la región de Lebus, la parte occidental de Pomerania, Prusia Oriental, Silesia, así como la ciudad libre de Danzig. Lo peor fue que se cedió a la Unión Soviética, mediante su presencia militar, el control del territorio donde iba a constituirse la nueva Polonia.

1945: LA CONFERENCIA DE POTSDAM

Entre el 17 de julio y el 2 de agosto de 1945, tuvo lugar la conferencia de Potsdam (cerca de Berlín) que fue el colofón a la de Yalta. Stalin, Clement Attlee (que había sucedido a Churchill) y Harry Truman (que había sucedido a Roosevelt) llegaron a acuerdos

sobre:

1. Viejas y nuevas fronteras polacas, en las que Polonia perdía una parte de su territorio a favor de la
   URSS
   y era compensada con otra parte procedente de Alemania.
2. La devolución de todos los territorios europeos anexionados por la Alemania nazi desde 1938 y la separación de Austria de Alemania.
3. Desmilitarización, desnazificación y democratización de Alemania como objetivos durante la ocupación aliada.
4. La división de Alemania y Austria en cuatro zonas de ocupación, ya acordada en la conferencia de Yalta, y una división similar de Berlín y Viena.
5. La persecución de los criminales de guerra nazis.
6. El establecimiento temporal de la línea Oder-Neisse, que sería la frontera del territorio administrado por el gobierno de Polonia (la frontera final entre Alemania y Polonia debía discutirse en una conferencia de paz final).
7. El reasentamiento de forma humana y ordenada de las minorías alemanas de Polonia, Hungría y Checoslovaquia, dentro de las nuevas fronteras establecidas para Alemania y Austria.
8. Acuerdo para la reconstrucción. Los aliados estimaron sus pérdidas en doscientos mil millones de dólares. Alemania fue obligada a pagar únicamente veinte mil millones en productos industriales y mano de obra. Sin embargo, la Guerra Fría evitó que se pagara esta deuda.
9. Los términos de la rendición para Japón y un ultimátum para que lo hiciera inmediatamente sin condiciones.
10. Stalin inicialmente quería la ruptura de toda relación con el gobierno de Franco. Finalmente se llegó al acuerdo de que Estados Unidos, la
    URSS
    e Inglaterra se opondrían a la entrada de España en la Organización de Naciones Unidas. Es obvio que fue un tremendo error, pues Franco, si bien había ganado la Guerra Civil con la ayuda de Hitler y Mussolini, había sido el primero en el mundo, en derrotar a la dictadura comunista que iba camino de implantarse en España. Fue también contradictorio

negar la entrada a España y abrirla, no solo a la dictatorial URSS, sino también a los países de Europa del Este que habían adoptado, o lo harían en breve, el comunismo.

11. El resto de los asuntos debían tratarse en una conferencia de paz final tan pronto como fuera posible.

Hoy en día, es evidente que, en las Conferencias de Yalta y Potsdam, las potencias occidentales vencedoras y negociadoras, Estados Unidos y Gran Bretaña, fracasaron estrepitosamente en su estrategia geopolítica.

Renunciaron a liberar a la Unión Soviética del comunismo, lo que hubiera requerido una nueva guerra, esta vez contra la URSS, guerra que se hubiera encontrado con la oposición de gran parte de los ciudadanos de occidente. Pero lo peor es que no supieron garantizar que se respetara el derecho a la democracia que tenían los países de Europa del Este, lo que dio lugar a que a finales de los años cuarenta, todos ellos hubieran implantado dictaduras comunistas con el apoyo de Moscú.

Occidente no supo ser capaz de entender el marxismo y de ofrecer una alternativa teórica y práctica capaz de lograr la victoria en el campo ideológico, político, y social.

EUROPA DEL ESTE SE HACE COMUNISTA

POLONIA

A principios del siglo XX, Rusia consideraba a Polonia como una de sus provincias y no como un país independiente. Tras la victoria del Ejército Rojo de Lenin, en 1919, frente a los rusos blancos en la Guerra Civil rusa, Polonia y Rusia entraron en guerra en Ucrania, en abril de 1920, donde ambos querían imponer un gobierno amigo que les favoreciese. Tras unos éxitos iniciales, los polacos fueron finalmente derrotados en Kiev, el 13 de junio de 1920, por los bolcheviques.

Dos meses más tarde, el 13 de agosto, el Ejército Rojo invadió Polonia con la pretensión de tomar Varsovia, en su camino hacia Berlín y París.

Tanque soviético frente a una columna motorizada alemana (

CC

BY-SA
3.0)

Lenin quería trasladar su triunfante revolución comunista hacia Europa Occidental y lograr que el Ejército Rojo se uniera a la revolución alemana, Sin embargo, el Ejército polaco lo derrotó y lo hizo retirarse de Varsovia el 25 de agosto de 1920, Esta contundente e Inesperada derrota dañó seriamente a las fuerzas bolcheviques y en los meses siguientes, varios éxitos más del ejército polaco aseguraron la Independencia, la frontera oriental de Polonia y sirvieron de freno a la Implantación de otros gobiernos comunistas en Europa Central.

Veinte años más tarde las cosas fueron muy diferentes, En 1939, tras el Pacto entre Hitler y Stalin, ambos países se repartieron y ocuparon Polonia, si bien en 1941, Hitler, violando ese Pacto, tomó la parte de Polonia que había ocupado la
URSS
y, a continuación, Invadió la propia
URSS
.

En septiembre de 1939, tras la Invasión alemana y soviética de Polonia, el presidente polaco había nombrado legalmente como sucesor a Raczkiewlcz, que se encontraba en París, el cual nombró entonces al general Slkorskl como primer ministro y comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas polacas, del gobierno de Polonia en el exilio.

Tras la derrota de Francia, a comienzos del verano de 1940, el gobierno polaco y sus tropas se trasladaron a Gran Bretaña, siendo reconocido como el legítimo representante de Polonia durante toda la guerra por los aliados occidentales.

Después, en 1945 tras la derrota de Hitler, el Ejército Soviético había ocupado toda Polonia, lo que fue determinante para que este país se hiciera comunista.

Las fosas de Katyn

Los soviéticos, tras su invasión a Polonia en 1939, asesinaron a unos veintidós mil polacos civiles y militares desarmados, en el bosque de Katyn, entre abril y mayo de 1940.

Tras el ataque alemán a la URSS el 22 de junio de 1941, la actitud soviética hacia Polonia cambió radicalmente, y el 30 de julio de 1941 reconoció al gobierno en el exilio y firmó con él un acuerdo, en el que repudiaba los cambios territoriales de 1939, derivados del Pacto Molotov-Ribbentrop.

No obstante, cuando el gobierno polaco en Londres trató de forzar el reconocimiento de las fronteras de 1939, los soviéticos se negaron y los polacos no lograron el apoyo de Churchill, que daba prioridad entonces a mantener la nueva alianza con Stalin contra Hitler.

En 1942 el ejército alemán descubrió los restos de las fosas comunes en Katyn y permitió a la Cruz Roja investigarlos, e invitó a oficiales de los aliados y a otros testigos, para que pudieran ver lo que habían hecho los soviéticos y así debilitar las relaciones de los aliados con Stalin. El gobierno polaco en el exilio estuvo a favor de la investigación de la Cruz Roja.

En respuesta, el 25 de marzo de 1943 los soviéticos cortaron las relaciones con los polacos, acusándoles de colaboración con los alemanes. La masacre fue empleada profusamente con fines propagandísticos por el régimen nazi, anunciando su descubrimiento el 13 de abril de 1943, mientras que la URSS culpaba a las SS de Hitler de la autoría.

Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia prefirieron no tomar partido en plena guerra. Posteriormente, las libertades y la transparencia, introducidas por Gorbachov permitieron comprobar que realmente los soviéticos habían sido los autores de aquellas matanzas.

Polonia sola ante la URSS

El 4 de julio de 1943, la muerte en accidente del general Sikorski debilitó a los polacos. Fue sustituido como jefe del gobierno en el exilio por Mikołajczyk, el cual insistió en que Polonia conservara las fronteras anteriores a 1939, como base de la futura frontera polaco-soviética.

Sin embargo, esta posición no podía ser defendida en la práctica, pues Stalin ocupaba el territorio en cuestión, y había obtenido por parte de Churchill y Roosevelt, la promesa del control futuro de dichas áreas.

El gobierno en el exilio rechazó aceptar esas cesiones a Stalin, lo que enfureció a los aliados particularmente a Churchill, haciendo que se vieran menos inclinados a oponerse a las intenciones de Stalin, acerca de cómo debía estructurarse el nuevo gobierno de Polonia.

La conferencia de Moscú, de 18 de octubre a 11 de noviembre de 1943, debilitó aún más la postura polaca. Los soviéticos se negaron a retomar las relaciones diplomáticas con el gobierno polaco en el exilio, si este no aceptaba las cesiones territoriales. Los británicos y los americanos no defendieron abiertamente la postura polaca.

En la conferencia de Teherán, de 28 de noviembre 1943, Stalin sacó el tema de las fronteras con Polonia, sugiriendo la cesión de los territorios al Este del Oder a Polonia, con ayuda soviética. Churchill se mostró favorable. Por su parte, Roosevelt en privado, también se mostró favorable a las propuestas de Stalin, aunque no hizo declaraciones públicas por la posible repercusión negativa que podrían tener en los votos de los americanos de origen polaco, en las próximas elecciones estadounidenses.

En conjunto, todas las partes acordaron la cesión a la URSS de los territorios al Este de la línea Curzon, cuyo nombre proviene del ministro de Asuntos Exteriores del Reino Unido, lord Curzon, quien la había sugerido como una probable frontera de tregua durante la guerra ruso-polaca de 1919-1920. A cambio de estas cesiones a la URSS, Polonia recibiría compensaciones territoriales equivalentes en el Oeste.

Estos funestos precedentes dejaban muy pocas esperanzas para

los polacos de recuperar su territorio, tras la derrota de Alemania en la Segunda Guerra Mundial. La URSS estaba en el lado vencedor y su ejército ocupaba el territorio de Polonia.

El 4 enero de 1944 el ejército soviético había alcanzado territorio polaco, que estaba en manos de los alemanes. El 23 de julio de 1944, tras la toma por los soviéticos de la ciudad polaca de Lublin, se constituyó el llamado Comité Polaco de Liberación Nacional, que emitió el Manifiesto de Lublin.

En él, se declaró ilegal al gobierno polaco en el exilio, que estaba en Londres, y se reconoció la legitimidad del Consejo Nacional de Estado, un nuevo gobierno provisional, dirigido por el socialista Osobka-Morawski. Estaba compuesto por populistas, demócratas, socialistas, comunistas y otras organizaciones, pero los comunistas tenían la mayoría de los puestos clave.

También se afirmaba que en el futuro la política del gobierno polaco estaría basada en la seguridad colectiva y que se restaurarían las libertades democráticas, la igualdad de todos los ciudadanos, sin distinción de raza, religión o nacionalidad, la libertad de conciencia y de las organizaciones políticas, sindicatos y prensa.

Se apelaba a la definición de la frontera polaca-soviética y polaca-checoslovaca por acuerdo mutuo, y se pedía la creación de una nueva fuerza de policía, la milicia del ciudadano, para asegurar el orden.

1945: Gobierno procomunista

El primer ministro de Polonia en el exilio, Stanislaw Mikołajczyk, dimitió en 1944 y, junto con otros muchos polacos regresó a su patria donde creó el Partido del Pueblo Polaco, de orientación centrista y opuesto al comunismo.

El 31 de diciembre de 1944, tras recibir el permiso de Moscú, el Comité Polaco de Liberación Nacional se transformó en gobierno provisional, teóricamente por exigencias de la población. Sólo la URSS reconoció al nuevo gobierno.

Ya cerca del final de la Segunda Guerra Mundial las fuerzas del Ejército alemán fueron expulsadas totalmente del territorio polaco, por el avance del Ejército soviético. La conferencia de Yalta del 4 al 11 de febrero de 1945 sancionó la formación provisional de un gobierno de coalición procomunista polaco. Muchos fueron los polacos que vieron en este acuerdo una traición, además de ser una fórmula para contentar a Stalin.

Un nuevo gobierno provisional llamado de Unidad Nacional se estableció el 28 de junio de 1945 con Osobka-Morawski, como primer ministro, y con Mikołajczyk y Gomulka, ambos como viceprimeros ministros en un gobierno multipartidista. Los partidos de orientación soviética, apoyados por el Ejército rojo y las fuerzas de seguridad, consiguieron la mayor parte del poder, bajo el control de los comunistas Gomulka y Bierut.

Mikołajczyk se apoyaba en el Partido del Pueblo Polaco (PSL). En febrero de 1946, en el congreso del partido se aprobó el programa en el cual, dadas las circunstancias, se optaba por una política de buena vecindad con la URSS y por el proceso de reconstrucción del sistema socioeconómico que se estaba llevando a cabo. El documento decía: «*Ni la tierra volverá a los grandes terratenientes, ni la industria a los industriales ni los bancos a los banqueros*». Mikołajczyk tuvo que aprobar los aspectos fundamentales de la reforma liderada por los comunistas en espera de que se produjese una evolución democrática.

Elecciones fraudulentas

Stalin había prometido en la conferencia de Yalta que se celebrarían elecciones libres en Polonia. No obstante, los comunistas, guiados por Gomulka y Bierut, eran conscientes de que carecían de apoyo en la sociedad polaca.

Por ello, en lugar de unas elecciones parlamentarias optaron por realizar antes, el 30 de junio de 1946, un referéndum que incluía tres preguntas muy generales, a fin de lograr unos resultados que dieran a entender que las simpatías hacia el comunismo eran mayoritarias:

¿Está a favor de la abolición del Senado?

¿Quieres que se consolide, en la futura constitución, el sistema económico fundado en la reforma agraria y en la nacionalización de las industrias nacionales básicas, incluyendo la preservación de los derechos legales de la empresa privada?

¿Quieres consolidación de la frontera occidental del Estado polaco en el Báltico, el río Oder y Neisse Lusatian?

Ya de por sí las dos últimas preguntas eran engañosas. La segunda porque incluía a la vez el tema de las nacionalizaciones y al mismo tiempo los derechos de la empresa privada. La tercera porque se refería a las fronteras occidentales en las cuales Polonia ganaba territorio a Alemania, pero «olvidaba» el tema de las fronteras orientales en las cuales la URSS recortaba territorio de Polonia.

El Partido del Pueblo Polaco (PSL) decidió oponerse al referéndum que pedía la abolición del Senado, como prueba de fuerza contra los comunistas. Dos tercios de los votantes apoyaron a Mikolajczyk, pero el ministerio del Interior, controlado por los comunistas, emitió datos falsos que mostraban el resultado opuesto.

Según los resultados oficiales ganó el SÍ. En la primera pregunta, obtuvo el 68 % de los votos; en la segunda el 77,2 % y en la tercera el 91,4 %.

Tras la liberación de 1989, las investigaciones realizadas señalaron que los resultados reales de 1946 fueron muy diferentes a los que se dieron oficialmente. En la primera pregunta, ganó el NO por el 73,1 % de los votos; en la segunda ganó el NO por el 58 % de los votos. En la tercera pregunta, el 66,9 % eligió «SÍ».

Los resultados «oficiales» del referéndum de 1946 se explican:

- Por el control que los comunistas ejercían en el gobierno, en

los militares, en la policía y en los servicios secretos, lo que dio lugar a muchas amenazas y coacciones, sustitución de unos votos por otros, destrucción de votos del no, etc.

- Porque en el ejército las votaciones se hicieron sin respetar el secreto del voto.
- Porque los supervisores fueron expertos y oficiales de alto rango de la Unión Soviética, lo que eliminó toda garantía democrática.

En 1946, aplicando los «resultados oficiales» del referéndum, la economía polaca comenzó a nacionalizarse, apoyada en el fraudulento SI a la segunda pregunta.

Entre esa fecha y las elecciones generales de enero de 1947, el Partido del Pueblo Polaco (PSL) fue objeto de una persecución despiadada y se impidió que cientos de sus candidatos hicieran campaña.

De 1946 a 1948, los tribunales militares condenaron a treinta y dos mil cuatrocientas setenta y siete personas, la mayoría de ellos miembros de partidos democráticos, por «delitos contra el Estado». Solo entonces se llevaron a cabo las elecciones.

Mikołajczyk al frente del PSL pretendió aprovechar las elecciones libres, a que obligaban los acuerdos de Yalta, para evitar que los comunistas monopolizaran el poder, reafirmar el sistema parlamentario y mantener una economía de mercado. Sus esperanzas se basaban en la capacidad del partido para funcionar legalmente, tener su propia red de oficinas, celebrar reuniones públicas y tener su propia prensa.

Sin embargo, todo esto fue impedido. Los medios de comunicación fueron acosados y reprimidos mediante la censura de prensa; la violencia impedía las reuniones del partido y se les aterrorizaba, mediante detenciones de sus miembros y una constante intimidación policial.

Los comunistas, para asegurarse de que las elecciones legislativas de enero de 1947 produjeran los resultados «correctos»,

hicieron que el aparato de seguridad polaco reclutara al 47 % de los miembros de los comités electorales como agentes. Los supervisores, al igual que en la consulta de 1947, fueron expertos y oficiales de alto rango de la Unión Soviética, lo que no dio ninguna garantía democrática al proceso electoral.

Las elecciones amañadas dieron lugar a que el «Bloque Democrático», controlado por los comunistas, obtuviera trescientos noventa y cuatro escaños, el 96 % del total, frente a solo veintiocho escaños para el
PSL
, un resultado que solo se podía explicar mediante un fraude electoral masivo. De hecho, la oposición afirmó que habría ganado hasta el 80 % de los votos si las elecciones se hubieran llevado a cabo de manera justa.

Muchos miembros de los partidos de la oposición abandonaron el país. El
PSL
siguió siendo legal por poco tiempo. Pronto se le ilegalizó acusándole de apoyar la violencia armada. A principios de octubre de 1947, el Comité Ejecutivo del
PSL
declaró que las autoridades estatales estaban impidiendo aún más el funcionamiento del partido. El 20 de octubre el propio Mikołajczyk huyó a Occidente, con la ayuda americana, para evitar su encarcelamiento y posible ejecución.

Los gobiernos occidentales no protestaron, lo que llevó a muchos anticomunistas a considerar que los polacos habían sido traicionados. Arthur Bliss Lane, embajador de Estados Unidos en Polonia desde el 4 de agosto de 1945, fue testigo de cómo el comunismo se apoderó de Polonia, sin el menor respeto a las reglas democráticas. El 24 de febrero de 1947 dimitió de su puesto como embajador, en protesta por considerar que Estados Unidos y Gran Bretaña, habían incumplido su promesa de garantizar a los polacos elecciones libres tras la guerra.

Reflejó su experiencia en su libro Yo *vi a Polonia traicionada*. Además, según Lane, la conferencia de Teherán de noviembre de 1943, en la que se aceptó, la apropiación de parte de Polonia por la
URSS

fue una violación de la Constitución estadounidense, ya que Roosevelt nunca informó de este acuerdo al Senado.

En suma, el proceso que llevó a Polonia a convertirse en una dictadura comunista fue el siguiente: primero, la ocupación del territorio por el ejército soviético; segundo, la constitución de un gobierno provisional procomunista; tercero, la realización de elecciones bajo coacción y falsificación de los resultados y, cuarto, la persecución, prisión y ejecución de los opositores no comunistas. Una apisonadora ideológica y política imparable. Así cualquier país se transforma en una «feliz nación comunista».

HUNGRÍA

Hungría había sido el primer país europeo que, tras la victoria del comunismo en Rusia, en 1917, llegó a constituir, en la primavera de 1919, un régimen de dictadura del proletariado, con el nombre de República soviética húngara. Tuvo una duración muy efímera, de poco más de cuatro meses. No obstante, es interesante ver cómo se llegó a ello, aprovechando el contexto de la derrota derivada de la Primera Guerra Mundial, y siguiendo los patrones represivos y policiales del leninismo, modelo que se hizo habitual en todas las llegadas del comunismo al poder.

El 1 de noviembre de 1918, Carlos IV, el rey emperador del imperio austrohúngaro, había nombrado, ante la derrota en la Primera Guerra Mundial, al aristócrata Karoly, primer ministro de gobierno provisional de Hungría, con la finalidad de mantener este territorio coaligado con el imperio. La designación de Mijail Karoly fue bien recibida, pues había mostrado su oposición a la prolongación de la guerra y firme preocupación por resolver los problemas sociales. Asimismo, se le consideraba una persona que sería bien valorada por los aliados, lo que podría facilitar los acuerdos de paz que habría que firmar.

El 3 de noviembre el imperio austrohúngaro había firmado el Armisticio de Padua, es decir, el cese de hostilidades, previo al acuerdo de paz a redactar después. Los húngaros depusieron las armas, sin embargo, los aliados (Italia) siguieron avanzando, ocupando el territorio y haciendo prisioneros.

El 11 de noviembre se firmó el Armisticio de Compiègne entre los aliados y el Imperio alemán, que reconocía la victoria de los aliados y la derrota de Alemania. También el 11 de noviembre de 1918, Carlos IV renunció a la jefatura del Estado lo que hizo que varios miembros del gabinete de Karoly insistieran en que se debía firmar un nuevo armisticio, ahora que Hungría surgía como independiente.

Karoly era reticente a hacerlo, pero cedió, dando lugar a que el 13 de noviembre, en Belgrado, se firmara otro armisticio entre su gobierno y el comandante aliado en los Balcanes. Sin embargo, el

nuevo armisticio introdujo condiciones más duras, en particular en cuanto a cesiones territoriales a los países vecinos.

También supuso la retirada del Ejército de ciertos territorios en el sur y en el este, una amplia desmovilización de las fuerzas armadas y el derecho de los aliados a ocupar puntos estratégicos del territorio. Los adversarios políticos del primer ministro Karoly argumentaron que, al buscar sin necesidad alguna un segundo armisticio, había colocado al país en una situación peor.

El 16 de noviembre de 1918, Karoly proclamó la República Popular de Hungría, con él como presidente y primer ministro provisional; disolvió el Parlamento y constituyó un gobierno provisional multipartidista, que incluía tanto a miembros de su partido, como del importante partido Socialdemócrata y del pequeño partido Radical.

El 11 de enero de 1919 asumió formalmente el nombramiento de presidente y nombró primer ministro a Berinkey. El gobierno se vio muy afectado por la crisis económica y por las consecuencias políticas de la derrota en la guerra, fundamentalmente, por las enormes pérdidas territoriales y de población, con respecto a la situación anterior al inicio de la guerra.

Por otra parte, los socialdemócratas, que eran el mayor partido de Hungría, desautorizaban frecuentemente a Karoly y le imponían sus decisiones, sin hacerse responsables de sus consecuencias.

Karoly deseaba, por ejemplo, transferir casi toda la tierra a los campesinos, expropiando los latifundios mayores de una cierta superficie, que se compensarían a precios de 1913. Para dar ejemplo, cedió todas sus vastas propiedades familiares a sus arrendatarios. Pero fue la única transferencia de tierras que tuvo lugar en Hungría, ya que los socialdemócratas, en realidad filocomunistas, bloquearon cualquier medida que pudiese dar el control de la tierra al campesinado, alegando que así se promovía el capitalismo y disminuía la producción.

El 28 de febrero de 1919, en la Conferencia de Paz de París, el consejo de las naciones aliadas notificó a Hungría el trazado de una nueva línea de demarcación, hasta la que avanzaría el ejército rumano.

Además, las condiciones del armisticio entre el nuevo gobierno republicano de Hungría y los aliados, fueros infringidas

sistemáticamente por estos al no asumir sus responsabilidades. En los meses siguientes al armisticio, los países vecinos, con el apoyo de los políticos de las minorías, fueron tomando el control de distintas zonas en disputa, en violación de las cláusulas del armisticio. Los Estados vecinos deseaban controlar los territorios antes del comienzo de las conversaciones de paz, los aliados no contaban con fuerzas necesarias para detenerlos y el gobierno magiar, casi desarmado, se veía impotente para mantener el control del territorio del antiguo reino.

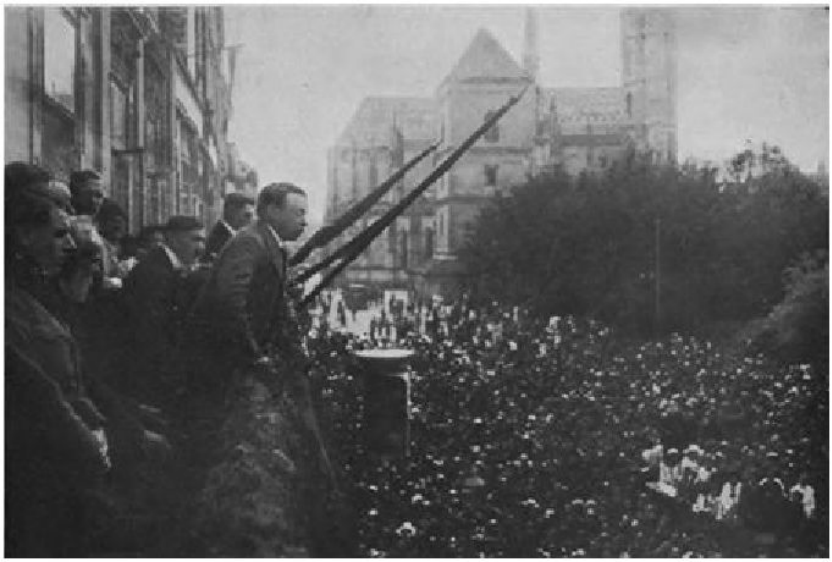
El 20 de marzo de 1919, los franceses presentaron una nota en la que se ordenaba a las tropas húngaras ceder una gran parte de territorio, en particular a Rumania. El primer ministro Berinkey era reacio a aceptar porque afectaba la integridad territorial del país, pero como no tenía fuerza para rechazarlo. Él y su gabinete dimitieron en bloque.

1919: Primer intento comunista

El presidente Karoly, que desconocía que los socialdemócratas se habían fusionado con los comunistas, anunció que solamente los socialdemócratas podrían formar un nuevo gobierno, capaz de abordar el tema del conflicto militar que, por razones territoriales, Hungría tenía con Checoslovaquia y, especialmente, con Rumania. Por ello, el 20 de marzo de 1919, dimitió como presidente y les entregó el poder. Unos meses después, en julio 1919, se exilió en Francia.

El 21 de marzo, tras la dimisión de Karoly, se formó un nuevo gobierno social-comunista, cuyo presidente y primer ministro fue Sandor Garbai, quien puso fin a la República Popular de Hungría y proclamó la República Soviética Húngara.

Si bien Garbai estaba formalmente al frente de la República, la autoridad práctica estaba en manos del ministro de Relaciones Exteriores, Bela Kun, que era el presidente y fundador del partido comunista húngaro y quien, *de facto*, asumió como el caro de primer ministro.



Discurso de Bela Kun días después de tomar el poder.

El gobierno de Bela Kun aprobó profundas reformas y medidas contra los que consideraba enemigos de clase, siguiendo el modelo radical ruso, por lo que perdió rápidamente el apoyo inicial. Nacionalizó la banca, la gran industria y las grandes propiedades rurales. Su negativa a repartir las tierras entre los campesinos hizo que la oposición al nuevo régimen creciese entre estos ciudadanos, aumentando las dificultades de abastecimiento, ya escaso por la guerra, y dando lugar a revueltas contra el gobierno.

La gestión económica fue caótica: el viceministro de Comercio ordenó el cierre de todos los comercios y negocios y abolió la propiedad privada. Aunque el decreto fue abrogado al poco, el comercio cesó y la producción industrial cayó entre un 25 % y un 75 %.

La falta de crédito obligó al gobierno a la impresión de moneda que causó inflación y el rechazo del pago en papel por el campesinado. A la mala gestión se unió el bloqueo aliado, que no había terminado con la guerra mundial, en la cual Hungría había formado parte del lado perdedor.

Siguiendo el modelo ruso, el gobierno creó un sistema de policía

política para reprimir a los elementos opositores. Inmediatamente, tras la creación de la República Soviética húngara, Bela Kun proclamó la ley marcial y la pena de muerte para quienes se opusieran a los soviets —consejos de militares y obreros, similares a los establecidos en la URSS en 1917—, así como un sistema de tribunales revolucionarios, con competencias para juzgar toda oposición. Posteriormente, a mediados de mayo, una ley permitió los juicios sumarios en las zonas de combate, en la práctica en todo el país.

Las reformas radicales, y el contexto de conflictos militares con rumanos y checos, hicieron que la situación alimentaria fuera desesperada en las ciudades, lo que llevó a Kun, siguiendo el modelo de Lenin, a establecer destacamentos de expropiación forzosa de carácter terrorista (los llamados «chicos de Lenin») al mando del Comisario del Pueblo para Asuntos Militares, Tibor Szamuely, que empeoraron aún más la imagen del gobierno, sobre todo entre el campesinado que se veía obligado a entregar sus productos a la fuerza.

Estas medidas alienaron a las clases privilegiadas y tampoco lograron atraer al proletariado urbano ni a los campesinos pobres. Todo ello dio lugar a revueltas armadas contra el gobierno, como la del 5 de junio, en la que 4000 campesinos marcharon sobre la ciudad de Sopron, de donde fueron rechazados, con muchas bajas causadas por la guarnición de la ciudad.

Asimismo, el 24 de junio, algunos oficiales anticomunistas intentaron dar un golpe de Estado, pero fracasaron. Kun reaccionó de forma radical creando tribunales revolucionarios, que ordenaron la ejecución de cientos de personas, en un período que se conoce como el «terror rojo».

Sin embargo, el factor clave de la caída de esta dictadura del proletariado no fue interno sino externo: las derrotas militares contra el ejército checo y, en especial, contra el rumano.

Tras el 21 de marzo de 1919, Rumania se había encontrado entre dos naciones con gobiernos comunistas: Hungría al Oeste y la Unión Soviética al Este. La delegación rumana en la Conferencia de Paz de París pidió que se le permitiera al ejército rumano expulsar al gobierno comunista de Kun en Hungría. Por otra parte, los

términos del Armisticio habían dado lugar a que Rumania se anexionara la región de Transilvania. Todo ello fue la causa de que, el 15 de abril, entrara en guerra con Hungría. El desarrollo de las acciones militares incluyó avances y retrocesos por ambas partes, pero finalmente el ejército húngaro fue derrotado, siendo esta la causa fundamental de la caída del gobierno comunista de Bela Kun.

Así pudo aflorar una oposición interna. El 31 de julio, una reunión de la Junta de Sindicatos, con cuarenta y seis dirigentes sindicales presentes, votó abrumadoramente en contra del mantenimiento del sistema soviético, que tuvo solo tres votos favorables. El resultado se comunicó de inmediato a Bela Kun, que el día anterior se había negado a dimitir y había afirmado que el Ejército podría sostener el frente.

En este contexto, Bela Kun, renunció a su ejercicio *de facto* como primer ministro y el presidente Sándor Garbai convocó a Peidl y, el 1 de agosto, le comunicó su encargo de formar Gobierno, así como la lista de ministros, que Peidl aceptó con renuencia por su cercanía al anterior gabinete.

Esa misma noche, Kun recibió confirmación de que el gobierno austríaco estaba dispuesto a concederle asilo a él y a algunos de sus seguidores, lo que provocó que inmediatamente, Kun y algunos de sus comisarios políticos, abandonaron Budapest en dos trenes, siendo acosados por multitudes anticomunistas en su camino a la estación. Finalmente llegaron a Viena en las primeras horas del 2 de agosto.

Ese mismo día, en la primera reunión del gabinete de Gyula Peidl, se abolió oficialmente la República Soviética y se restauró la República Popular, se disolvieron los tribunales populares, se liberó a los presos políticos, y se comenzó a desmantelar la herencia soviética que había creado Bela Kun.

La noche del día dos, las fuerzas rumanas se encontraban ya a solo veinte km de la capital y, en la tarde siguiente, las primeras unidades entraban en Budapest. El día cuatro, se disolvió la policía comunista (Guardia Roja), regresó la antigua policía y se ordenó secretamente la captura de los dirigentes comunistas. Los rumanos tomaron la capital ese mismo día, sin combates, a petición de los contrarrevolucionarios refugiados en Viena.

El día seis, la policía y parte del ejército estaban ya en manos de

los conspiradores contrarrevolucionarios. Detuvieron al ministro de Interior y exigieron, bajo amenaza de arresto, la dimisión del gobierno, lo cual consiguieron. Así terminó la República Soviética de Hungría que, formalmente, se había eliminado, el 1 de agosto de 1919. En esa fecha, en un contexto de provisionalidad, se nombró presidente el archiduque José Augusto de Austria y un nuevo primer ministro Istvan Friedrich.

En conclusión, Hungría fue la segunda nación del mundo donde se llegó a implantar un régimen comunista. Duró apenas cuatro meses, de marzo a agosto de 1919, pero su revolución fue sangrienta y solo se derrocó por la victoria del ejército rumano, que posibilitó la abolición de la dictadura marxista que había creado Bela Kun.

Bela Kun, el Stalin húngaro

Bela Kun, ex primer ministro *de facto*, comenzó su exilio en Austria, desilusionado con el resultado de la República Soviética Húngara, que a su juicio había fracasado por la falta de apoyo del proletariado y del campesinado, de apoyo militar ruso y por las acciones de rumanos, checos y serbios. Kun no admitió sus errores en la dirección de la república y atribuyó su fracaso a factores externos.

Tras pasar un año en diversos campos, prisiones y hospitales austríacos, Kun regresó a Petrogrado el 12 de agosto de 1920. Había logrado llegar a la Rusia soviética tras abandonar Austria en junio de 1920, cuando temió ser deportado a Hungría, donde había comenzado el juicio a los comisarios comunistas capturados por el nuevo gobierno.

El 30 de julio de 1920, después de ser retenido en la frontera por la policía alemana, que trató en vano de devolverlo a Austria, las autoridades alemanas le permitieron pasar a territorio soviético.

Lenin lo envió al frente sur a luchar contra los restos del ejército blanco, en el transcurso de la Guerra Civil rusa. Tras la ocupación de Crimea, a finales de 1920, lo nombró presidente del Comité Revolucionario de Crimea, donde, traicionando la promesa que se había hecho a los soldados enemigos que se habían rendido, ordenó

ejecutar a varios miles de ellos, incurriendo en la ira de la jefatura soviética. Entre diez y veinte mil soldados blancos fueron fusilados o ahogados en el mar por orden de Kun.

Lenin, Trotski y Stalin consideraron que la atrocidad de Kun, tenido por un maníaco sediento de sangre y un cobarde, trataba de vengar su derrota en Hungría en 1919.

En el año 1921 fue enviado a Alemania, donde consiguió dar un golpe de Estado en marzo, que fracasó tras diez días de disturbios, a pesar de la oposición de parte de la dirección del partido en Alemania. Ante la apatía general de los trabajadores, Kun había propuesto la aplicación de actos tales como el asesinato o secuestro de funcionarios comunistas para provocar una reacción obrera favorable al alzamiento.

En la fallida revuelta, 3470 trabajadores fueron arrestados y 145 murieron en los enfrentamientos con la policía. Kun se refugió en el despacho de un diputado del Reichstag antes de huir del país. A comienzos de abril, Lenin exigió su regreso inmediato a Moscú, donde sufrió un ataque al corazón tras entrevistarse con el furibundo dirigente ruso.

A partir de 1924, apoyó a Stalin contra Trotski y a finales de la década se le consideró un fiel seguidor de Stalin.

En 1929, se criticó oficialmente su papel en la dirección del partido comunista húngaro en el periodo en que se implantó la República Soviética Húngara, y quedó cada vez más alejado del poder.

En mayo de 1937 fue denunciado mediante documentos amañados. Detenido en junio, fue acusado de trotskismo, desviacionismo y traición en sus actividades en la Internacional, pasando veintinueve meses preso, en los que fue brutalmente torturado para que confesase sus crímenes de espionaje y conspiración.

Finalmente se volvió loco, siendo ejecutado el 30 de noviembre de 1939. Fue rehabilitado tras el famoso XX Congreso del PCUS de 1956, lo que pone en evidencia que muchos criminales fueron rehabilitados simplemente por haber sido ajusticiados en las purgas realizadas por Stalin, no porque hubiesen sido personas intachables.

1946: La democracia aplastada

Las fronteras definitivas de Hungría, como consecuencia de su derrota en la Primera Guerra Mundial, fueron fijadas por el Tratado de Trianón, firmado el 4 de junio de 1920, que dejaban fuera del país a casi tres millones de magiares, mayoritarios en muchos distritos y municipios fronterizos. Un millón de magiares fueron incorporados a Checoslovaquia, un millón setecientos mil a Rumania y quinientos mil a Yugoslavia.

En cuanto a territorio, de los trescientos veinticinco mil kilómetros cuadrados que tenía en vísperas de la guerra mundial, solo conservó noventa y tres mil treinta y seis, menos de la tercera parte de su superficie anterior.

Estas pérdidas de población y territoriales tuvieron mucho que ver con el posicionamiento de Hungría en los preámbulos de la Segunda Guerra Mundial, próxima a la Alemania nazi.

En octubre de 1938, Hungría, tras el fracaso de las conversaciones con Checoslovaquia sobre sus líneas fronterizas, que habían quedado establecidas en 1920 por el tratado de Trianon, solicitó el arbitraje de Italia y Alemania, que contó con la aprobación tácita de Gran Bretaña y Francia.

Esto dio lugar al Tratado de Viena, firmado el 2 de noviembre de 1938, que devolvió más de once mil km2 y alrededor de un millón de personas, la mayoría magiares, aunque no logró todas las ciudades que anhelaba. El tratado corrigió la frontera entre Hungría y Checoslovaquia basándose en la distribución étnica.

En 1940 tuvo lugar un nuevo arbitraje en Viena, para resolver la reclamación de Hungría, que pedía de nuevo la mediación de Alemania e Italia para lograr de Rumania la devolución de la región de Transilvania, que perdió con el Tratado de Trianon. Alemania e Italia les recomendaron conversaciones bilaterales entre Hungría y Rumania, que se celebraron a mediados de agosto, pero que no llegaron a ningún resultado. En vista de ello, Hitler temió que ocurriese un enfrentamiento bélico que le privase del petróleo y demás materias primas rumanas y de los Balcanes, así como una posible ocupación de Rumania por la
URSS
, por lo que convocó a las dos naciones a un arbitraje en Viena a

finales de mes.

El 30 de agosto de 1940, en Viena, los ministros de Asuntos Exteriores alemán e italiano impusieron un arbitraje que dividió la región en disputa en dos partes aproximadamente iguales, devolviendo a Hungría la mitad que estaba en poder de Rumania. Tras la derrota del Eje, en 1945, las fronteras del arbitraje fueron derogadas y se volvió al trazado anterior, establecido en el Tratado de Trianon de 1920, lo que permitió a Rumania recuperar el control de la región.

Los dos arbitrajes de Viena hicieron a Hungría deudora de Alemania e Italia, lo que dio lugar a que Hungría actuara, durante la Segunda Guerra Mundial, como un aliado menor de Alemania. Participó así, con las potencias del Eje, en la guerra contra Yugoslavia, primero, y, después, contra la URSS y los aliados.

Los ejércitos húngaros del frente oriental, a comienzos de 1943, sufrieron enormes pérdidas, por lo que se retiraron al territorio húngaro para defenderlo ante posibles ataques de Croacia, Rumania y Eslovaquia. Para evitar que Hungría cambiara de bando, como había ocurrido con Italia que había capitulado en septiembre de 1943, los alemanes invadieron sin oposición, el país el 19 de marzo de 1944.

El nuevo Consejo de Ministros, supervisado por el enviado alemán Edmund Veesenmayer, quedó encargado de reformar el Ejército y la economía húngara en favor del esfuerzo bélico alemán, así como de poner fin «al problema judío». Esto dio lugar a que en menos de dos meses cuatrocientos treinta y siete mil judíos fueran deportados a campos de exterminio. Se estima que en total unos quinientos sesenta y cinco mil judíos fueron asesinados en los territorios controlados por Hungría.

A la vista de los sucesivos reveses alemanes en la contienda, Horthy, el regente húngaro destituyó a finales de agosto de 1944, al presidente/primer ministro que había sido impuesto por los alemanes, formando un nuevo gobierno presidido por el general Lakatos, que tenía por objetivo lograr un armisticio con los aliados, rindiendo el país a los soviéticos que habían penetrado finalmente en Hungría.

Sin embargo, este intento fracasó porque en octubre de 1944, los alemanes dieron un golpe de Estado que acabó con la regencia de Horthy y entregaron el poder al fascista Perene Szalasi, ya con los soviéticos a las puertas de la capital. El uno de agosto, el general Bela Miklos, huyó pasándose a los soviéticos. El país se convirtió en un campo de batalla entre las fuerzas soviéticas y alemanas.

El 23 de diciembre de 1944, en el territorio en poder de los soviéticos, se formó un gobierno provisional proaliado, presidido por Miklos, que el 21 de enero de 1945 firmó el armisticio con los aliados en Moscú. Budapest sufrió un durísimo asedio de dos meses, que destruyó gran parte de la ciudad y que concluyó el 13 de febrero de 1945. Los alemanes contraatacaron en marzo, con unidades acorazadas, pero los soviéticos lograron expulsarlos finalmente el 4 de abril del territorio húngaro, devastado por los combates.

El gobierno provisional de Miklos, desde el lado soviético, era una coalición de cuatro partidos que se repartieron los ministerios: el Partido Comunista, el Socialista, el Partido de los Pequeños Propietarios y el Partido Nacional Campesino. El primero era pequeño, pero contaba con el apoyo soviético; el segundo contaba con respaldo en las ciudades; el tercero, con el del campo y el cuarto era una pequeña agrupación de intelectuales radicales, expertos en el problema agrario.

Los intentos de los comunistas de sustituir la antigua Administración por un sistema de consejos (tipo soviets), pactados por los partidos coaligados, no tuvieron mucho éxito. El nuevo Parlamento provisional se formó por acuerdo de los cuatro partidos, con un reparto igualitario de escaños, salvo para los nacional-campesinos, que recibieron un número ligeramente inferior.

Hungría empezó el período de posguerra como una democracia multipartidista. Tras rechazar la propuesta soviética de fijar un porcentaje de diputados para cada partido, independientemente del resultado electoral. Las elecciones se celebraron el cuatro de noviembre de 1945.

En estos comicios, el Partido de los Pequeños Propietarios (
PPP
) logró un triunfo aplastante al obtener el 57 % de los votos y un total de doscientos cuarenta y cinco representantes de un

Parlamento de cuatrocientos nueve escaños, siendo elegido primer ministro su líder Zoltan Tildy. El Partido Comunista obtuvo un 17 % de los votos, el Partido Socialdemócrata otro 17 % y el Partido Nacional Campesino un 7 %.

Este resultado que en cualquier democracia justificaría sobradamente un gobierno monocolor, dio lugar por la presión soviética, a un gobierno de coalición, en el que los ministerios se repartieron entre los partidos.

Al PPP se le asignó el ministerio del Interior y al partido Comunista, apoyado por la Unión Soviética, que solo había obtenido el 17 % de los votos y setenta escaños, el ministerio de Finanzas. No obstante, este acuerdo fue rechazado por el ministro de Exteriores soviético Molotov, quien ordenó al mariscal jefe del ejército soviético en Hungría, que renegociara el ministerio del Interior para los comunistas. Las tropas soviéticas habían ocupado Budapest en febrero de 1945. Así, paso a paso, el partido comunista húngaro logró minar el poder del gobierno electo e introducirse en el aparato del Estado.

En enero de 1946, Zoltan Tildy formó un nuevo gobierno que abolió la monarquía y proclamó la República de Hungría de la que el 1 de febrero de 1946, se convirtió en su primer presidente, pasando su puesto de primer ministro a Perene Nagy, también miembro del
PPP
, que ocupó el cargo entre el 1 de febrero de 1946 y el 31 de mayo de 1947.

Perene Nagy, en su puesto de primer ministro, resistió varios intentos del partido comunista para hacerse con el completo control del gobierno, pero finalmente cedió bajo coacción al ser secuestrado su hijo. El 20 de marzo de 1946, apenas mes y medio después de tomar posesión como primer ministro, el general mariscal soviético Voroshílov le obligó a entregar el ministerio del Interior al Partido Comunista Húngaro.

El nuevo ministro del Interior, Laslo Rajk, que había participado en la Guerra civil española, en las Brigadas Internacionales, llegando a ser comisario de uno de sus batallones, creó la llamada Autoridad de Protección del Estado, una policía política que, en especial a partir de 1948, consiguió una especial reputación de

brutalidad entre los húngaros, por una serie de purgas que comenzaron en ese año, se intensificaron en 1949 y duraron hasta 1953. Fue una de las policías secretas más crueles del bloque del Este. Mediante intimidación, falsas acusaciones, encarcelamientos y torturas, toda oposición política fue suprimida poco a poco. Paradójicamente el propio Rajk, en 1949, se convertiría en una de sus víctimas.

A mediados de 1947, Hungría y Checoslovaquia eran los únicos países de Europa del Este que mantenían un régimen democrático, mientras que los demás países de la región o bien ya eran Estados comunistas (Albania, Yugoslavia, Polonia, Bulgaria) o bien los comunistas ya se habían hecho con el poder y el sistema parlamentario había desaparecido *de facto*, como en el reino de Rumania, cuyo rey sería depuesto tan solo cuatro meses después. No obstante, la influencia soviética en Hungría ya era muy notoria.

Las presiones que sufrió el primer ministro Perene Nagy le obligaron a exiliarse el 30 de mayo de 1947, dejando a Lajos Dinnyes, también del
PPP
, que era su ministro de Defensa desde marzo de 1947, como su sucesor. Las presiones soviéticas continuaron y Dinnyes tuvo que renunciar en julio de 1947, a las ayudas del Plan Marshall, porque los soviéticos querían impedir la influencia de Estados Unidos en el país.

El 31 de agosto de 1947, durante la ocupación soviética, se realizaron nuevas elecciones. Los comunistas esperaban que la crisis interna del partido gobernante, el Partido Independiente Cívico de los Pequeños Propietarios y de los Trabajadores Agrarios, o Partido de los Pequeños Propietarios, que había obtenido mayoría absoluta en la anterior elección, jugara en su favor para darles la victoria en la siguiente legislatura.

El tema central de la campaña comunista era el carácter nacional del partido resaltando que, durante los años del gobierno de coalición, los comunistas se habían presentado como defensores de los intereses nacionales y herederos de la tradición húngara. No obstante, la popularidad real de los comunistas entre la población húngara era escasa.

Las elecciones se llevaron a cabo bajo una nueva ley electoral,

llamada «Lex Sulyok», que excluyó a unas cuatrocientas sesenta y seis mil personas de la votación, casi una décima parte del electorado, por haber estado afiliadas al Partido de la Cruz Flechada, antes de la guerra. Además, con el fin de garantizar su victoria, el Partido Comunista, recurrió al fraude electoral. Se confirmó posteriormente que al menos cincuenta mil papeletas fraudulentas fueron introducidas en las urnas durante esas elecciones.

La población estaba descontenta con las actitudes de los comunistas y lo manifestó en las urnas. El Partido Comunista solo obtuvo el 22 % de los votos y 100 escaños, seguido del Partido Popular 16,5 % y 60 escaños, el PPP (Pequeños Propietarios) 15,3 % y 68 escaños; los socialdemócratas 14,8 % y 67 escaños; Partido de la Independencia 13,4 % y cuarenta y nueve escaños y Partido Nacional Campesino 8,28 % y 36 escaños.

Los resultados dieron lugar a un nuevo gobierno de coalición y propiciaron que Dinnyes (
PPP
) continuara como primer ministro. Sin embargo, su poder fue meramente nominal, pues Rakosi, secretario general del Partido Comunista, obligó a la nacionalización de fábricas, bancos y escuelas religiosas.

Entonces, el Partido Comunista forzó su fusión con el Partido Socialdemócrata, creando así el Partido de los Trabajadores Húngaros, lo que hizo que en 1948 el Partido Socialdemócrata dejara de existir, como organización independiente. Su líder, Bela Kovacs fue detenido y enviado a Siberia. También otros líderes de la oposición fueron encarcelados o enviados al exilio. Rakosi, que era secretario general del partido comunista desde 1945, pasó en junio de 1948 a ser el secretario general del nuevo Partido de los Trabajadores.

1948: El comunismo toma el poder

Zoltan Tildy, fue mantenido como presidente hasta el 31 de julio de 1948, fecha en que fue obligado a dimitir, siendo sustituido por Arpad Szakasits, un socialdemócrata que se había pasado al partido

comunista.

En diciembre de 1948, los comunistas usaron la fuga del ministro de Finanzas, Miklos Nyaradi, como excusa para sustituir a Dinnyes como primer ministro y reemplazarlo por el procomunista Istvan Dobi. Hacia fines de 1948 todos los líderes de partidos no comunistas habían sido arrestados, silenciados, o habían huido del país.

Pero no solo los no comunistas fueron perseguidos. Rakosi, secretario general del Partido Comunista, desde 1945, y después del partido de los Trabajadores, vio en Rajk, ministro del Interior, un potencial rival para llegar al poder, y decidió deshacerse de él, mediante falsos cargos que llevaron a su detención el 30 de mayo de 1949, acusado de ser un agente secreto de Tito, el dictador comunista de Yugoslavia, y de pretender restaurar el «orden capitalista» en Hungría.

El proceso contra Rajk dio comienzo a la purga de todos los sectores molestos para el estalinismo, tanto en Hungría como en otros países de la órbita de influencia soviética. De hecho, un emisario de Stalin se trasladó a Budapest para supervisar el proceso judicial. Tras un simulacro de juicio, Rajk fue ejecutado el 15 de octubre de 1949.

Poco antes, el 18 de agosto, el Parlamento aprobó la nueva constitución de Hungría, que tomó como modelo la Constitución de la Unión Soviética de 1936. El país pasó a denominarse República Popular de Hungría, recuperando el antiguo nombre que había tenido en 1918 con Karoly, si bien ahora se puso el énfasis en que era «*el país de los trabajadores y campesinos*» donde «*cada autoridad es sostenida por el pueblo trabajador*». En cuanto a mensajes de propaganda el marxismo es un maestro. El socialismo fue declarado el objetivo principal de la nación. El país adoptó un nuevo escudo, con símbolos comunistas tales como la estrella roja, la hoz y el martillo.

Rakosi, secretario general del Partido Comunista desde 1945, se describía a sí mismo como «el mejor discípulo húngaro de Stalin». Asumió el poder, como primer ministro, en agosto de 1952, sustituyendo a Istvan Dobi y reforzó la política de mano dura. Fue cesado en junio de 1953, tras la muerte de Stalin. Se le imputa la ejecución de unas dos mil personas y el encarcelamiento de otras

cien mil.

En conclusión. Tras la Segunda Guerra Mundial los factores que transformaron a Hungría en un país comunista fueron, en primer lugar, la ocupación del territorio por el ejército soviético; en segundo lugar, la presión sobre los anticomunistas, que habían ganado las elecciones de 1946, para que cedieran puestos clave como el ministerio del Interior; en tercer lugar, la creación de una policía política firmemente represiva, destinada a suprimir toda oposición política, y que terminó ejecutando al propio creador de dicha policía y, finalmente, la supresión de todo vestigio de democracia y la implantación, pura y dura, de la dictadura del proletariado.

Por otra parte, cabe resaltar, en el caso de Hungría, la lista de atroces criminales que impulsaron la implantación del comunismo:

- Bela Kun, presidente en 1919.
- Laslo Rajk, que había participado en la Guerra Civil española, llegando a ser comisario del Batallón Rakosi de la XIII Brigada Internacional y que, en 1946, fue creador de una temida policía política, y posteriormente ejecutado por los propios comunistas en 1949.
- Istvan Dobi, primer ministro desde diciembre de 1948 a agosto de 1952. Apoyó el aplastamiento de la Revolución húngara de 1956. Fue ganador del Premio Lenin de la Paz en 1962.
- Rakosi, secretario general del partido comunista desde 1945 que, como se ha dicho, se describía a sí mismo como «el mejor discípulo húngaro de Stalin».
- Gero Erno, que desde 1932 fue delegado de la Internacional Comunista en Barcelona. Se le atribuye una gran influencia en la constitución del partido comunista de Cataluña. Durante la Guerra Civil española, intervino directamente en la tortura, por despellejamiento, y posterior asesinato de Andrés Nin, líder del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). En Hungría fue el lugarteniente de Rakosi y segundo hombre más poderoso del país.

RUMANÍA

El partido comunista, marxista-leninista de Rumanía, fue fundado en 1921. Fue ilegalizado en julio de 1924, por las autoridades, por «*infringir el estado de sitio y poner en peligro la seguridad del Estado*». Promovió revueltas y militantes suyos fueron llevados a prisión. Igualmente, en 1933 promovió una huelga de los trabajadores ferroviarios, a lo que el gobierno respondió disolviéndolo de nuevo y arrestando a doscientos de sus miembros.

El 11 de febrero de 1938 el rey Carlos II abolió la constitución, prohibió la existencia de partidos políticos, y comenzó un régimen de dictadura real que duró hasta el 5 de septiembre de 1940.

Rumanía intentó, en 1939, mantener un equilibrio entre las potencias del Eje y Gran Bretaña y Francia. En marzo de 1939, Rumanía firmó un acuerdo con el Tercer Reich por el que garantizaba a Alemania el suministro de petróleo rumano, pero no participó en el reparto de Checoslovaquia por lo que, el 13 de abril de 1939, Francia y el Reino Unido le ofrecieron, unilateralmente, garantizar la independencia de Rumanía, como habían hecho con Polonia.

El 23 de agosto de 1939, la Alemania nazi y la URSS firmaron el pacto Ribbentrop, germano-soviético, en el que una cláusula secreta señalaba el interés soviético sobre Besarabia, territorio en disputa entre Rumanía y Rusia, con amplia mayoría de población rumana, que había formado parte de la Rusia zarista desde 1812, cuando se la arrebataron al Imperio otomano. Después, a lo largo del siglo XIX Besarabia fue entregada, por sucesivos tratados, unas veces a Rusia y otras a Rumania. Finalmente, en 1919 fue integrada en Rumania, aunque Rusia no reconoció el acuerdo.

Ocho días después de la firma del Pacto Ribbentrop, los alemanes invadieron Polonia. Oficialmente, Rumania se mantuvo neutral.

1940: Un contexto extremista

El 27 de mayo de 1940, alemanes y rumanos firmaron un acuerdo que establecía un intercambio de armamento alemán —principalmente material polaco capturado durante la invasión de Polonia por Hitler— a cambio de petróleo rumano, a precios de 1938.

El 26 de junio de 1940, la URSS lanzó un ultimátum contra Rumania respecto a la Besarabia, ante lo cual el rey Carlos decidió enfrentarse a los soviéticos, pero, ante la negativa alemana a apoyarle, desistió y aceptó el ultimátum.

El 28 de junio de 1940 en julio, la Unión Soviética ocupó la Besarabia, lo cual provocó la dimisión del primer ministro rumano Tatarescu.

El 4 de julio de 1940, el nuevo primer ministro, Ion Gigurtu, formó gobierno incluyendo en una cartera a Horia Sima, militante que lideraba el partido fascista La Guardia de Hierro, tras el asesinato, por orden del rey, de su líder anterior Codreanu, mientras estaba en la cárcel.

El 30 de agosto, en el llamado Segundo Arbitraje de Viena, Alemania e Italia obligaron a Rumania a ceder la Transilvania septentrional a Hungría. Por su parte Rumania, el 7 de septiembre, sin presión exterior alguna, para evitar posibles conflictos territoriales, firmó con Bulgaria los Acuerdos de Craiova, por los que le devolvió la parte sur de la Dobrudja, que Rumania se había anexionado en 1913.

En este contexto de pérdidas territoriales, a principios de septiembre de 1940, hubo grandes manifestaciones contra el rey, promovidas principalmente por la Guardia de Hierro. Ante esta situación, el día cuatro el rey Carlos ordenó al primer ministro Gigurtu la ejecución de quince presos de la Guardia de Hierro, a lo que este se negó y dimitió.

Al rey no le quedó otra solución que recurrir al prestigioso general Antonescu, el cual había sido detenido por orden del propio monarca, el 12 de julio y mantenido en prisión atenuada desde el 11 de agosto. Antonescu, para aceptar la responsabilidad de gobernar, exigió la abdicación del rey Carlos II en su hijo Miguel, de

diecinueve años, así como plenos poderes.

El 5 de septiembre el rey accedió a ello, y el nuevo monarca, Miguel al día siguiente concedió plenos poderes a Antonescu, nombrándole «Caudillo del Estado rumano» (Conducatorul Statului Roman) el mismo día que el rey Carlos II partió al exilio.

Antonescu intentó formar un gobierno de unidad nacional con el Partido Nacional Campesino y el Partido Nacional Liberal, además de la Guardia de Hierro, pero no tuvo éxito, ya que los dirigentes de los dos primeros rechazaron entrar en el gobierno. Por ello, el 14 de septiembre implantó una dictadura militar.

La proximidad de Alemania, las cesiones territoriales a la URSS y la debilidad inicial de los países occidentales, empujó a Antonescu a ponerse del lado alemán. Se vio obligado a contar con el apoyo político de la Guardia de Hierro, un partido muy próximo al nacionalsocialismo, integrándolo en el gobierno. La Guardia de Hierro cometió muchos asesinatos políticos y obligó a Antonescu a hacer un gran esfuerzo para controlarla.

Antonescu, opuesto al desencadenamiento de la violencia interna en el país, trató de mantener la estabilidad del Estado y de mitigar algunas medidas antisemitas, implantadas ya en septiembre por la Guardia de Hierro.

No obstante, la violencia social que desarrolló ese partido y su desobediencia a las órdenes de Antonescu fue tal que, tras entrevistarse con Hitler el 14 de enero de 1941, logró su respaldo para enfrentarse a la Guardia de Hierro. Hitler simpatizaba con la Guardia de Hierro y con su visceral antisemitismo, pero necesitaba al ejército rumano.

Así, Antonescu, entre el 18 y 20 de enero de 1941, cesó al ministro del Interior y a los gobernadores civiles de la Guardia de Hierro, lo que dio lugar a que ese partido promoviera una violenta revuelta, creyendo que recibiría el apoyo del ejército alemán. Durante treinta horas controló numerosos edificios oficiales en Bucarest, mientras que las guarniciones permanecían acuarteladas en espera de refuerzos.

En ese día y medio asesinaron a ciento veinte judíos, pero el día 22 el ejército rumano, a las órdenes de Antonescu, aplastó la revuelta de la Guardia de Hierro. Muchos de sus líderes, protegidos

por el ejército alemán, se exiliaron a Alemania donde Hitler los mantuvo como una alternativa por si Antonescu traicionaba su alianza con él. Antonescu llevó a cabo una intensa represión de los legionarios (Guardia de Hierro) y metió en prisión a unos nueve mil de ellos. Los tribunales militares juzgaron a un tercio de ellos y algunos de los que habían participado en las matanzas de judíos fueron ajusticiados. En junio, un tribunal militar condenó en ausencia a los dirigentes legionarios.

La nueva dictadura militar de Antonescu recibió el respaldo de los antiguos partidos políticos, que lo veían como la única figura capaz de guiar al país en las circunstancias del momento.

En marzo de 1941 un plebiscito aprobó casi por unanimidad las medidas impuestas por Antonescu en las semanas anteriores, que consistían en la implantación de un Estado militarista, autoritario y conservador, pero no fascista, interesado principalmente en el mantenimiento del orden público y de la seguridad del país.

Abrió la puerta a la entrada de partidos en su gobierno, pero no quisieron compartir la responsabilidad de gobernar en un periodo tan difícil, aunque otorgaron un apoyo indirecto a Antonescu.

En contrapartida, toleró su existencia cuasi clandestina, excepto la de los comunistas, dos mil de los cuales fueron encarcelados y setenta y dos ejecutados, por sabotaje o espionaje en favor de la Unión Soviética. El partido La Guardia de Hierro fue aplastado sin miramientos y desapareció como movimiento de masas durante los primeros meses de 1941.

El 12 de junio de 1941, Antonescu fue el primer aliado de Alemania que recibió la noticia de los planes de Hitler de atacar a la Unión Soviética, tras el despliegue a comienzos del mes de varias divisiones del ejército rumano en la frontera soviética a petición alemana.

Antonescu expresó su deseo de participar desde el comienzo en la invasión. Deseaba no solo recuperar los territorios perdidos en junio de 1940 —la Besarabia—, sino también participar en lo que consideraba una cruzada cristiana contra el bolchevismo infiel.

1941-1944 Entre dos bandos

El 22 de junio de 1941, Rumania entró en guerra, al lado de Alemania y sus aliados, atacando a la Unión Soviética, sin declaración de guerra previa. Era el inicio de una conflagración considerada en Rumania «guerra santa, anticomunista, justa y nacional», que causó entusiasmo entre gran parte de la población.

Rumania quería recuperar las provincias obtenidas por los soviéticos en junio de 1940 y eliminar, definitivamente, cualquier amenaza soviética. Los dirigentes rumanos y la población confiaban en que la campaña fuese corta gracias a la supuesta superioridad militar alemana.

Maniu y Bratianu, dirigentes de los principales partidos, Nacional Campesino y Nacional Liberal, aconsejaron a Antonescu que detuviese el avance de las tropas rumanas y no ocupase territorio soviético, que no hubiese pertenecido con anterioridad a Rumania, a lo que el mariscal se negó. Sostenía que la seguridad de las provincias recuperadas dependía de la derrota soviética, meta en la que estaba dispuesto a cooperar con los alemanes.

A lo largo de 1943, el gobierno de Bucarest inició contactos diplomáticos con los representantes de los aliados con el propósito de firmar una paz separada con Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, excluyendo a la URSS. Asimismo, en enero de 1944, Antonescu expresó su disposición a abandonar la alianza con Alemania, si los aliados garantizaban las fronteras rumanas, cosa que no consiguió.

En cuanto al antisemitismo de Antonescu cabe señalar que fue intermitente, unas veces dando instrucciones de tolerancia o defensa de los judíos y otras promoviendo su deportación y su represión. Así el servicio secreto rumano (
SSI
), que dependía directamente de Antonescu, formó una unidad especial, similar a los escuadrones de las
SS
alemanas, que participó en matanzas de judíos, junto con las tropas alemanas.

En concreto, tras la toma de Odesa, las tropas rumanas perpetraron una enorme matanza de más de quince mil judíos. La causa fue la voladura por los partisanos del cuartel general rumano en la ciudad. Antonescu ordenó la ejecución de siete mil

ochocientas personas en represalia, además de la toma de rehenes comunistas y judíos. Sin embargo, a finales de 1942 y durante 1943, Antonescu mejoró las condiciones en los campos y, a finales de 1943, permitió la repatriación de los cincuenta y tres mil supervivientes.

En todo caso en las zonas bajo control de Antonescu, tanto en la propia Rumania como en los territorios ocupados a Rusia, hay estimaciones que afirman que al menos cien mil judíos murieron en las primeras matanzas en Bucovina y Besarabia, otros ciento cuarenta mil de las mismas regiones perecieron en Transnitria y al menos ciento ochenta mil judíos ucranianos murieron en la zona, todos bajo la autoridad de Antonescu. Rumania, bajo su mandato fue el mayor exterminador de población judía, entre los aliados de Alemania.

El 2 de febrero de 1943, tras la derrota en la batalla de Stalingrado, que había durado casi seis meses, empezó la retirada alemana en el frente oriental. El doce de abril de 1944, los soviéticos, de acuerdo con sus aliados, habían presentado a Rumania sus condiciones para un armisticio que incluían *la ruptura de la alianza alemana, la lucha contra las fuerzas del Reich, el restablecimiento de la frontera de junio de 1941, el pago de compensaciones de guerra a la, la liberación de prisioneros aliados, la libre circulación de tropas soviéticas en Rumania*
URSS
.

Entrada del ejército soviético en Bucarest.

Antonescu lo rechazó, en abril y mayo, esperando poder evitar la ocupación soviética y conseguir el despliegue de tropas británicas o estadounidenses en el país.

El 20 de junio de 1944, los partidos de oposición —Partido Nacional Campesino, Partido Nacional Liberal, Partido Socialdemócrata y Partido Comunista Rumano— sentaron las bases de una coalición nacional, el Bloque Nacional Demócrata, con el objetivo de sacar a Antonescu del poder, firmar el armisticio con los aliados y regresar al régimen democrático.

El 20 de agosto se desencadenó una nueva ofensiva soviética. Ello impulsó a fijar la fecha del día veintiséis para llevar a cabo el golpe de Estado que habría de deponer a Antonescu, el cual había ido a hacer una visita al frente, donde constató la gravedad de la situación militar, con los soviéticos a punto de romper las líneas de la vanguardia rumana.

El 23 de agosto de 1944, tras el regreso de Antonescu a la capital para informar al rey, los confabulados decidieron adelantar el golpe. Tras una tensa entrevista con Antonescu, el rey Miguel, lo destituyó y lo detuvo, tras haberse negado el mariscal a solicitar el

armisticio sin antes avisar a Hitler.

El rey nombró inmediatamente un nuevo gobierno encabezado por el general Sanatescu, formado principalmente por militares y con los dirigentes de los partidos del Bloque como ministros sin cartera. El Ejército permaneció fiel al rey, sin que los oficiales de alto rango defendiesen al mariscal, y obedeció las órdenes del nuevo gobierno.

Ese mismo día, el general Radescu, que se hallaba desde 1942 internado como preso político por orden de Antonescu, por haber criticado la intromisión del embajador de Alemania en los asuntos internos de Rumanía, fue puesto en libertad y nombrado jefe del Estado Mayor del Ejército rumano.

Tras el golpe de Estado, Rumanía cambió de bando en la Segunda Guerra Mundial. El rey Miguel anunció que Rumanía había cesado unilateralmente todas las acciones militares contra las fuerzas aliadas, aceptó la oferta de armisticio aliado y se unió a la guerra contra las Potencias del Eje.

Como ninguna oferta formal de armisticio se había firmado aún, el Ejército Rojo ocupó la mayor parte de Rumania como territorio enemigo, antes de la firma del armisticio de Moscú el 12 de septiembre de 1944.

A raíz de la orden de alto el fuego dado por el rey Miguel, entre ciento catorce mil y ciento sesenta mil soldados rumanos fueron hechos prisioneros de guerra por los soviéticos, sin oponer resistencia, y se vieron obligados a marchar a remotos campos de detención en la Unión Soviética, muriendo un tercio de ellos en el camino.

El 7 de diciembre de 1944, dado el contexto de guerra, el rey consideró conveniente poner a un militar al frente del gobierno y nombró primer ministro al general Radescu, el cual incluyó en su gobierno al Bloque Nacional Democrático, coalición de partidos cada vez más dominada por los comunistas, que exigieron una reforma agraria inmediata a lo que Radescu se opuso. Concedió al Bloque varios ministerios, aunque se guardó el de Interior para sí, manteniendo de esta manera el control sobre las fuerzas de seguridad. No obstante, la crisis gubernamental se agudizó por las continuas presiones políticas ejercidas por el Bloque, así como por campañas de prensa contra los partidos tradicionales y, más tarde,

contra el propio Radescu, el cual calificaba a los comunistas de «extranjeros sin Dios ni nación».

1945 Tretas comunistas

Tres meses más tarde del nombramiento del anticomunista Radescu, el veinticuatro de febrero de 1945, el partido comunista rumano, y sus aliados, organizaron una manifestación masiva ante el Palacio Real para pedir la renuncia de Radescu. Durante la protesta, personas desconocidas abrieron fuego desde el edificio del ministerio del Interior, que se encontraba enfrente del palacio, matando a unas diez personas.

Se le achacó a Radescu la responsabilidad de la matanza. Por otra parte, Stalin había advertido a Bucarest, de que la Unión Soviética no permitiría la devolución a Rumania del norte de Transilvania, en manos húngaras desde el verano de 1940, si se le mantenía como primer ministro.

Por todo ello, Radescu renunció a su cargo el 1 de marzo de 1945. El anuncio de su dimisión coincidió con una manifestación multitudinaria del Bloque en la capital como medida de presión.

Una delegación soviética, encabezada por el vicecomisario de Exteriores Andrei Vyshinski, llegó a Bucarest para promover la dimisión de Radescu. El rey, tras momentos de duda, accedió a las exigencias. Las unidades del Ejército rumano en la capital habían marchado al frente, por orden soviética, para evitar su posible uso contra el Bloque Nacional Democrático.

En este contexto, el 6 de marzo de 1945 se formó el primer gobierno dominado por los comunistas en Rumania, con el procomunista Petru Croza, que había sido viceprimer ministro de Radescu, como primer ministro. En los años sucesivos los comunistas consolidaron su poder en el país.

El 10 de marzo de 1945, Croza consiguió su primer gran éxito. La Unión Soviética accedió a entregar el norte de Transilvania, más de cuarenta y cinco mil km^2 de territorio, que había sido adjudicado a Hungría, en agosto de 1940, por el Segundo Arbitraje de Viena.

En contrapartida, Croza prometió respetar los derechos de los grupos étnicos en el territorio recién recuperado, refiriéndose

principalmente a la minoría húngara. La adquisición de este territorio, cuya población rumana estaba en torno al 58 % en 1945, fue celebrada como un gran logro del gabinete de Croza.

El nuevo primer ministro se apoyó en los soviéticos y adoptó medidas cada vez más autoritarias, para mantenerse en el gobierno. Durante el mes de marzo, trató de cerrar Romanía Nueva, diario popular publicado por editores cercanos a Maniu, dirigente del Partido Nacional Campesino, que estaba en rotundo desacuerdo con las reformas que proponía Croza.

También clausuró nueve periódicos de provincias y una serie de publicaciones periódicas que, según declaró, eran producto de aquellos *que sirvieron al fascismo y al hitlerismo*.

La declaración final de la conferencia de Potsdam, de finales de julio de 1945, exigía la instauración de gobiernos democráticos antes de que las potencias firmasen la paz con los países que habían combatido con el Eje. El rey Miguel solicitó entonces la dimisión de Groza y su reemplazo por otro gabinete más aceptable para los Estados Unidos y Gran Bretaña.

Los soviéticos, entendiendo que la petición del rey era una maniobra estadounidense, se negaron en redondo. Groza viajó a Moscú donde recibió pleno respaldo. El rey se negó entonces a firmar los decretos gubernamentales y se creó una crisis que moderó temporalmente las acciones de Groza durante ese otoño.

La conferencia de Londres, celebrada entre el 11 de septiembre de 1945 al tres de octubre de 1945, no logró resolver el enfrentamiento. Los estadounidenses asumían que la URSS gozase de países vecinos afines y afirmaban no alentar movimientos opuestos a los soviéticos, pero a la vez exigían elecciones libres y apoyaban en la práctica a estos grupos.

Groza, por su parte, mantuvo la ficción de un gobierno de coalición. Nombró miembros de diversas organizaciones políticas para ocupar puestos en su gabinete y expresó los objetivos de su gabinete en términos menos ideológicos, a la vez que reforzaba la posición del partido comunista, mediante una serie de reformas políticas y cesaba a todos los opositores del funcionariado gubernamental.

El 8 de noviembre de 1945, una manifestación de celebración

del cumpleaños del rey, utilizada por la oposición con fines políticos, fue disuelta violentamente por partidarios del gobierno y tropas afines.

En la conferencia de Moscú, que tuvo lugar entre el 16 y 26 de diciembre de 1945, los aliados se mostraron dispuestos a reconocer al gobierno de Groza, si se cumplían ciertas condiciones: cambio de gobierno para incluir ministros de los partidos tradicionales, pronta convocatoria de elecciones libres, respeto a la aplicación de la libertad de prensa, asociación, expresión y religión. La supervisión del cumplimiento de estas condiciones quedó en manos de una comisión tripartita de las potencias aliadas.

Groza se comprometió a celebrar elecciones a la mayor brevedad y a respetar los derechos civiles. Por ello, los Estados Unidos, el 4 de febrero de 1946, reconoció finalmente a su gobierno, entendiendo que se comprometía a aplicar lo acordado en Moscú en diciembre.

Se produjo entonces una disminución de la tensión política en el país que permitió a la oposición una mayor libertad de expresión, pero fue efímera. De nuevo, en la primavera, el gobierno volvió a emplear la censura, los arrestos y la intimidación contra sus adversarios políticos, acciones que las potencias occidentales criticaron, protestando por el continuo retraso de las elecciones.

Finalmente, el 19 de noviembre de 1946 se celebraron elecciones. Sus resultados fueron falseados mediante numerosas infracciones y coacciones. Carece de toda lógica que el Bloque Nacional Democrático obtuviera el 69.8 % de los votos frente al 30,2 % del resto de la oposición que, en esa fecha desconfiaba mucho de Groza.

El Bloque obtuvo trescientos cuarenta y siete escaños, el Nacional Campesino treinta y tres, la Unión Popular Húngara veintinueve, el Nacional Liberal tres y Campesinos Democráticos dos escaños.

Los partidos de la oposición no aceptaron los resultados y el 25 de noviembre de 1946, en una declaración conjunta, enumeraron las irregularidades en las votaciones, expresaron su oposición al gobierno y decidieron no ocupar sus escaños en el nuevo Parlamento. Estados Unidos y Gran Bretaña, mostraron su rechazo al proceso electoral y manifestaron que, según los acuerdos de la

Conferencia de Yalta de 1945, solo «*las autoridades provisionales ampliamente representativas de la población*» debían recibir el apoyo de las grandes potencias.

1947: Represión y poder absoluto

Petru Groza retomó pronto la represión política mediante la limitación del número de partidos permitidos dentro del Estado. En la primavera de 1947, desencadenó otra ola de represión de la oposición que incluyó una serie de arrestos nocturnos de dirigentes opositores, sin justificación legal alguna.

En agosto de 1947, tanto el Partido Nacional Campesino como el Partido Nacional Liberal habían sido disueltos.

La convención de armisticio y, finalmente, los Tratados de Paz de París de 10 de febrero de 1947, exigían a Rumanía el respeto de los derechos humanos y las libertades individuales. Pero ello no cambió la situación, ya que, a la vez, proporcionaron base jurídica para la presencia militar soviética en Rumania, que duró hasta 1958, llegando a un máximo de unos seiscientos quince mil militares soviéticos en 1946, lo que dejaba claro dónde estaba el poder.

El 30 de diciembre de 1947, Gheorghiu-Dej, secretario general del partido comunista, y el primer ministro Groza obligaron al rey Miguel a abdicar y a exiliarse del país, al mismo tiempo que se proclamó la República Popular de Rumania.

En febrero de 1948, se creó la Unión de Trabajadores, teórica fusión del Partido Socialdemócrata y del Comunista; en realidad, el primero se integró en el segundo. Poco después, la coalición de gobierno integró a la Unión Popular Húngara en el Partido Rumano de los Trabajadores, lo que redujo aún más la oposición política dentro del Estado. A comienzos de mayo de 1948, Titel Petrescu, cabeza de los opositores socialdemócratas que no habían sido absorbidos por el Partido Comunista, fue arrestado y permaneció, sin juicio, siete años en prisión, de donde salió gravemente enfermo para morir dos años después, en septiembre de 1957.

La nueva coalición, dirigida por los comunistas, con prácticamente toda la oposición eliminada, ganó las «elecciones» de

marzo de 1948, obteniendo cuatrocientos cinco de los cuatrocientos catorce escaños.

La nueva asamblea aprobó la nueva Constitución, similar a otras del bloque soviético, y declaró la unión de todos los partidos de la coalición gubernamental en el partido comunista rumano (
PCR
), que pasó a ser el partido guía, dentro de la nueva sociedad socialista que se buscaba construir.

En 1948 y 1949, se llevaron a cabo una serie de juicios públicos de supuestos opositores que incluyeron empresarios, oficiales del Ejército, estudiantes, miembros del clero y sionistas. Se abandonó toda apariencia de colaboración con los partidos burgueses y se amplió el control de la Administración Pública. En 1949 se definió explícitamente la república como una dictadura del proletariado.

Y se acabó. Ya no hizo falta seguir haciendo más teatro. Rumania entró en el falso camino de «*crear una sociedad nueva, en la que todas las fuentes de riqueza manarían en plenitud*».

En conclusión, los factores que transformaron a Rumania en un país comunista tras la Segunda Guerra Mundial fueron: la ocupación del territorio por el ejército soviético; el nombramiento el 6 de marzo de 1945 del primer gobierno dominado por los comunistas en Rumania, con Petru Groza; el falseamiento de las elecciones de 19 de noviembre de 1946 mediante numerosas infracciones y coacciones; la represión de la oposición en la primavera de 1947; la disolución de los partidos anticomunistas en 1948, la fusión en un partido único, el Partido Comunista Rumano y la presencia militar soviética, que duró hasta 1958.

ALEMANIA DEL ESTE

La rendición de la Alemania nazi tuvo lugar el 8 de mayo de 1945. En julio, los estadounidenses se retiraron en Alemania desde la línea de contacto con los soviéticos hacia las fronteras de ocupación previamente acordadas. Áreas importantes que estaban bajo control de los americanos fueron traspasadas a lo que sería después la zona soviética de Alemania.

El territorio alemán fue dividido en cuatro zonas bajo control de las tropas de los aliados, Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la URSS. En el verano de 1945 se convocaron elecciones en las zonas ocupadas, a celebrarse a finales de 1946.

En junio de 1945 las autoridades soviéticas convocaron elecciones a realizarse en octubre de 1946 en su zona de ocupación. Se indicó que solo podrían participar partidos antifascistas para excluir así la posibilidad que antiguos nazis intentaran recuperar el poder.

Se presentaron el Partido Comunista de Alemania (
KPD
), el Partido Socialdemócrata de Alemania (
SPD
), la Unión Demócrata Cristiana de Alemania (
CDU
) y el Partido Liberal Democrático de Alemania (LDPD).

1945 Coacción y amaño electoral

En abril de 1946, bajo presión de la
URSS
, el
SPD
y el
KPD
de la zona soviética se fusionaron, en el nuevo Partido Socialista Unificado de Alemania (SED). Los socialdemócratas en la zona

occidental, particularmente su líder Kurt Schumacher, condenaron esta unificación forzosa. El proceso forzado de unión, entre las fuerzas comunistas y socialdemócratas, seguía las mismas pautas de lo que estaba ocurriendo en los países de la Europa del Este que se hallaban bajo dominio o influencia soviética.

Propaganda electoral del
SED
en Alemania del Este (
CC
BY-SA
3.0)

Giles MacDonogh, en su libro *Después del Reich*, de 2010, dice que:

> Se celebró una consulta (sobre la fusión de comunistas y socialdemócratas) en los sectores occidentales mediante el sistema de voto secreto, pero los soviéticos lo prohibieron en su zona y confiscaron las urnas allí donde fueron instaladas.
>
> En el oeste, los resultados fueron desastrosos para las

pretensiones de la
URSS
: 29 610 votos en contra y sólo 2937 a favor de la unión de comunistas y socialdemócratas. La Administración Militar Soviética intentó eliminar las desconfianzas mutuas de las dos facciones izquierdistas recién unificadas, (aunque) los socialistas dijeron que fueron apartados de toda decisión por sus nuevos «aliados» comunistas y por la propia administración soviética.

En suma, el mismo patrón de coacciones, integración forzosa en el partido comunista y supresión de toda libertad, que ocurrió en Rumanía y en los otros países cuyo territorio estaba bajo el dominio soviético.

En ese contexto de coacción, señala MacDonogh, *en las elecciones de octubre de 1946, el recién fundado ganó la mayor parte de los votos emitidos en la zona de ocupación soviética, pero fue derrotado en la ciudad de Berlín, donde los socialistas locales habían rechazado la unión forzosa con los comunistas*
SED
.

La enorme discrepancia de los resultados en la zona de elecciones libres y secretas con los de la zona soviética, pone en evidencia la falta de libertad y las coacciones que se ejercieron en ese territorio.

En efecto, el 20 de octubre de 1946 se celebraron las elecciones en toda la ciudad, incluida la zona soviética, con una participación del 92,3 %. Los resultados mostraron un claro rechazo de los berlineses hacia las fuerzas de ocupación soviéticas.

Las votaciones para el Ayuntamiento de la ciudad dieron como ganador al
SPD
con un 48,7 % de los votos y 63 de 130 escaños. En segundo lugar, quedó la
CDU
con el 22,2 % de los votos y 29 escaños. El
SED
, formado producto de la fusión del

SPD
con el
KPD
en la zona de ocupación soviética, sufrió una aplastante derrota con el 19,8 % de los votos y 26 escaños. El 9,3 % restante de los votos se emitió para el LDP, que recibió 12 escaños.

El SPD, la
CDU
y el LDP formaron una coalición y eligieron al alcalde, dejando en la oposición al
SED
(comunista). Este partido no volvió a comparecer en Berlín en futuras elecciones, tras el inicio de la dictadura comunista, que se aplicó sin tapujos en la República Democrática Alemana, fundada el 7 de octubre de 1949, en la zona de Alemania que se encontraba bajo control militar soviético. Lo que incluía el establecimiento de fronteras en la zona de la ciudad de Berlín ocupada por los soviéticos separándola *de facto* del resto de la ciudad.

El comunismo obtuvo un fracaso similar en las zonas alemanas en las que, por estar bajo control de Occidente, se pudieron realizar elecciones libres.

En el Estado de Hesse, el 30 de junio de 1946 se realizó la elección de la Asamblea Constituyente Consultiva, resultando vencedor el
SPD
con el 44,3 % de los votos y 42 escaños, seguido por la
CDU
con un 37,3 % y 35 escaños. Después el KPD (Partido Comunista) con apenas el 9,7 % y 7 escaños y por el LDP (partido Liberal) con el 8,1 % y 6 escaños.

Cinco meses más tarde, el 1 de diciembre de 1946, los ciudadanos de Hesse fueron llamados a elegir libremente el primer parlamento, por primera vez después de la guerra. Los resultados fueron muy similares. El
SPD
obtuvo 42,71 % y 38 escaños, seguido por el
CDU
con el 30,95 % y 28 escaños, después el LDP 15,67 % y 14 escaños y

por último el
KDP
con solo 10,66 % y 10 escaños.

En el Estado de Baviera, el 30 de junio de 1946, se celebraron elecciones, para elegir a los miembros de la Asamblea Constituyente de Baviera, la cual se encargó de redactar y aprobar una nueva constitución para el Estado bávaro, después de lo cual se disolvió y se convocaron nuevas elecciones para diciembre.

Los resultados de las elecciones de junio fueron los siguientes: Unión Socialcristiana de Baviera 58,3 % y 109 escaños,
SPD
(socialdemócrata) 28,8 % y 51 escaños,
KDP
(comunista) 5,3 % y 9 escaños, Liga de la Reconstrucción 5,1 % y 8 escaños y LDP (liberal) 2,5 % y 3 escaños.

En las elecciones de diciembre entró en vigor una ley electoral que incluía un requisito que favorecía las mayorías.

Para obtener representación parlamentaria, se requería superar el 5 % de votos en el Estado, y además superar el 10 %, al menos en un distrito electoral, lo que dio lugar a que el partido comunista
KDP
, no obtuviera ningún escaño a pesar de tener el 6,1 % de los votos.

Los resultados de los otros partidos fueron la Unión Socialcristiana de Baviera 52,3 % y ciento cuatro escaños;
SPD
28,6 % y cincuenta y cuatro escaños; Liga de la Reconstrucción 7,4 % y trece escaños;
KPD
(comunista) 6,1 % y cero escaños y LDP (liberal) 5,6 % y nueve escaños.

En Hamburgo, el 13 de octubre de 1946, en las elecciones municipales, el
SPD
obtuvo el 43,1 % de los votos 83 diputados, de un total de 110 escaños, es decir, la mayoría absoluta, por lo que pudo designar al alcalde y formar gobierno en solitario.

El segundo partido fue la
CDU

con un 26,7 % del voto y 16 escaños; después el
FDP
(partido Democrático Libre, de carácter liberal) con el 18,2 % de los votos y 7 escaños y finalmente el
KDP
con el 10,4 % del voto y 4 escaños.

En las elecciones municipales de la ciudad de Bremen, el 13 de octubre de 1946, los resultados también dejaron muy mal parados a los comunistas. Ganó el
SPD
con el 47,6 % de los votos y 51 escaños, seguido por la
CDU
con el 18,9 % y 12 escaños, por el
BDV
(partido Democrático Popular, de carácter liberal) con el 18,3 % y 12 escaños y por último el
KDP
con el 11,5 % y 3 escaños.

Todos estos resultados fueron totalmente diferentes de los que se dieron en la zona de ocupación soviética, lo que lleva a concluir que solo la coacción y el falseamiento de los resultados permitió que el comunismo tomara el poder en esa zona.

Ante esta constatación de la evidente falta de libertades en la zona soviética, en la parte occidental, zonas americana, británica y francesa, los partidos políticos promovieron, desde finales de 1948, la fundación de la República Federal Alemana (
RFA
) lo que se realizó en el mes de mayo de 1949.

Inmediatamente se convocaron elecciones en la nueva República, que se realizaron en el mes de agosto, resultando ganador la
CDU
con el 31 % de los votos y 139 escaños, seguido por el
SPD
29,2 % y 131 escaños y el
FDP
(partido Democrático Libre) con 11,9 % y 52 escaños. El partido

KDP
(comunista) obtuvo apenas el 5,7 % y 15 escaños. Un mes después se constituía el gobierno bajo la dirección del conservador Konrad Adenauer.

La creación de un Estado alemán (la
RFA
) por parte de las potencias occidentales fue visto por Moscú como un desafío, dado que el nuevo país se había creado sin contar con la URSS. El comunismo se rasgó las vestiduras por este hecho, pretendiendo ignorar las dictaduras del proletariado que, *de facto*, estaba imponiendo en su zona alemana de ocupación y en todos los países de Europa del Este.

Stalin respondió creando, el 7 de octubre 1949, en la zona soviética un nuevo Estado alemán, al cual, con el descaro que sería habitual en el comunismo, no dudó en denominar República Democrática Alemana (
RDA
) con la capital en Berlín. Nada de Federal, Democrática porque según pretendía hacer creer Stalin, esa «era la naturaleza del comunismo».

En conclusión, el comunismo se implantó en la
RDA
, en primer lugar, por la ocupación militar soviética de la zona; después por el falseamiento electoral y por la forzosa integración de los partidos en un Bloque que antidemocráticamente se puso bajo dominio del partido comunista y, finalmente, por la creación de un nuevo Estado, la
RDA
, que adoptó la fórmula marxista de dictadura del proletariado.

En la República Federal Alemana, el Tribunal Federal en octubre de 1952, ilegalizó a un partido que pretendía reconstituir al partido nazi «*por ser contrario al orden democrático, despreciar los derechos fundamentales y hallarse sus dirigentes estrechamente ligados a los del partido de Adolf Hitler*».

Igualmente, en agosto de 1956, el mismo Tribunal, ilegalizó al Partido Comunista Alemán (
KPD

) por pretender implantar una dictadura del proletariado. En ambos casos la sentencia del Tribunal se basó en el artículo 21 de la Constitución alemana que establecía que:

> Los partidos que por sus fines o por el comportamiento de sus adherentes tiendan a desvirtuar o eliminar el régimen fundamental de libertad y democracia, o a poner en peligro la existencia de la República Federal de Alemania, son inconstitucionales.

CHECOSLOVAQUIA

Checoslovaquia era el único país de Europa Central que mantuvo una democracia parlamentaria de 1918 a 1938, si bien debió enfrentarse a graves problemas con sus minorías étnicas, siendo la más importante la alemana, que se concentraba en la zona de los montes Sudetes. La población alemana, en el período de entreguerras, era de tres a tres millones y medio del total de catorce millones de la población checoslovaca. Estaban principalmente concentrados en las regiones fronterizas de Bohemia y Moravia, denominadas Sudetenland, tierra de los Sudetes.

Checoslovaquia se quedó sin aliados, tras el ascenso de Hitler en Alemania, la anexión de Austria, el resurgimiento del revisionismo fronterizo en Hungría, la agitación por la autonomía de Eslovaquia y la política de apaciguamiento de las potencias occidentales (Francia y el Reino Unido). Quedó expuesta en tres frentes, a las hostiles Alemania y Hungría por el oeste y el sur y a una poco amigable Polonia por el norte.

La minoría nacionalista alemana liderada por Konrad Henlein, y vivamente respaldada por Hitler, exigió la unión con Alemania de los distritos de mayoría alemana. Amenazando con una guerra, Hitler logró por medio de los Acuerdos de Múnich, la cesión de los territorios de frontera (Bohemia, Moravia y Silesia), de donde toda la población checa sería expulsada.

Los Acuerdos fueron firmados el 30 de septiembre de 1938 por Alemania, Italia, Francia y el Reino Unido. El gobierno checoslovaco aceptó acatar el acuerdo que estipulaba que Checoslovaquia debía ceder el territorio de los Sudetes a Alemania.

Benes, presidente de la República checoslovaca, renunció el 5 de octubre de 1938 y huyó al Reino Unido. En 1940 se trasladó a Londres, donde formó un gobierno checoslovaco en el exilio del que fue su presidente.

Como resultado de los Acuerdos de Múnich, Bohemia y Moravia perdieron, en conjunto, alrededor del 38 % de su territorio en favor de Alemania, en el que vivían tres millones doscientos mil alemanes y setecientos cincuenta mil checos.

A inicios de noviembre de 1938, bajo el Segundo Arbitraje de Viena, Checoslovaquia fue forzada por Alemania e Italia a ceder el sur de Eslovaquia (un tercio del territorio eslovaco) a Hungría. Así, Hungría obtuvo 11
882 km
2 del sur de Eslovaquia y el sur de Rutenia. De acuerdo con un censo de 1941, alrededor del 86,5 % de la población de ese territorio era húngara.

Por su parte, Polonia, tras un ultimátum del 30 de septiembre de 1938, sin consulta con ningún otro país, adquirió el pueblo de Cesky Tesin, junto con el área circundante de Zaolzie, de unos novecientos seis km2 con doscientos cincuenta mil habitantes, en su mayoría polacos, y dos áreas fronterizas menores en el norte de Eslovaquia, en las regiones de Spis y Grava con doscientos veintiséis km2 y cuatro mil doscientos ochenta habitantes, de los cuales sólo el 0,3 % de ellos eran polacos.

El 16 de marzo de 1939, Alemania creó un Protectorado en la Bohemia y Moravia anexionadas, que fue regido por un estatuto aprobado por decreto de Hitler. El Protectorado no disponía de ninguna representación propia en el extranjero y su ejército, bajo control del gobierno, tenía un mero papel auxiliar.

Hitler nombró gobernador al diplomático y militar alemán Konstantin von Neurath, el cual, si bien estableció la censura de prensa y suprimió los partidos políticos y los sindicatos, mantuvo la ocupación alemana de forma relativamente suave, para ganarse a los obreros, cuyo trabajo le era necesario, y centró la represión en los intelectuales.

Hitler consideró que Von Neurath era demasiado clemente y nombró a Reinhard Heydrich como su adjunto el 24 de septiembre de 1941. De hecho, Von Neurath se quedó casi sin ningún poder.

Desde su llegada a Praga, Heydrich endureció la ocupación alemana. Su primer gesto fue condenar a muerte al primer ministro Alois Elias. Después, entre el 27 de septiembre y el 29 de noviembre de 1941, hizo fusilar a más de cuatrocientos checos. La Gestapo, cada vez más activa, hizo desaparecer a más de cuatro mil oponentes y miembros de la resistencia.

Von Neurath intentó renunciar, pero Hitler no aceptó su renuncia. El 27 de mayo de 1942, se produjo un atentado contra

Heydrich, que resultó gravemente herido y murió una semana después. El atentado fue realizado por un grupo de comandos checos y eslovacos, entrenados por británicos. La inteligencia nazi vinculó falsamente a los miembros del comando con los pueblos de Lídice y Lezaky.

Como venganza por el asesinato de Heydrich, Lídice se arrasó hasta los cimientos; todos los hombres y adolescentes de más de dieciséis años fueron ejecutados, y los habitantes restantes (mujeres y niños) deportados y luego asesinados en los campos de concentración nazis. El 24 de agosto de 1942, Wilhem Frick sería designado oficialmente sucesor de Von Neurath.

El 8 de mayo de 1944, Benes, desde su exilio en Inglaterra, firmó un acuerdo con los líderes soviéticos, que estipulaba que el territorio de Checoslovaquia, liberado por el ejército soviético, sería puesto bajo control civil checoslovaco. El 21 de septiembre de 1944, Checoslovaquia fue liberada por el Ejército Rojo. Tan solo la región del suroeste de Bohemia fue liberada por otras tropas aliadas por el oeste.

En mayo de 1945, las tropas estadounidenses liberaron la ciudad de Plisen. La proximidad de los americanos estimuló el 5 de mayo una revuelta civil en Praga contra la guarnición nazi. El 7 de mayo, la Waffen-SS de blindados y unidades de artillería estacionados a las afueras de Praga, frustrados por la falta de progresos decisivos, realizados por la infantería, lanzaron varios ataques furiosos contra los defensores de la ciudad. La situación fue muy grave. La Waffen-SS comenzó a emplear sus equipos pesados y además los ataques aéreos de la temida Luftwaffe. Muchos lugares del centro histórico de Praga fueron bombardeados. En las horas posteriores, las fuerzas de ocupación alemana, poco a poco, superaron a los combatientes checos. La resistencia solo tenía unas pocas armas antitanques para hacer frente a los blindados alemanes. Y sus municiones se estaban agotando.

El 8 de mayo de 1945, al no haber previsiones de la llegada de ayuda aliada y ante la destrucción inminente de la ciudad anunciada por los alemanes, los insurgentes se vieron obligados a negociar, y aceptaron los términos alemanes presentados por el gobernador militar alemán, que exigió la inmediata capitulación y el paso libre de las fuerzas alemanas, incluidos civiles, a través de

Praga. A cambio, Praga no sería destruida.

El 9 de mayo de 1945, el Ejército Rojo soviético llegó a Praga. Unidades del Ejército de EE. UU. habían estado más cerca de Praga que los soviéticos, incluso sus unidades de reconocimiento ya estaban presentes en los suburbios de Praga cuando se inició la insurrección, pero en cumplimiento de los acuerdos que tenían con los soviéticos renunciaron a entrar en la ciudad.

Excepto por las brutalidades de la ocupación alemana en Bohemia y Moravia, y por la Insurrección nacional eslovaca, después, en agosto de 1944, Checoslovaquia sufrió relativamente poco por la guerra. Bratislava fue tomada el cuatro de abril de 1945 y Praga el nueve de mayo de 1945 por tropas soviéticas. Tanto las tropas soviéticas como las aliadas se retiraron ese mismo año.

En abril de 1945 se había iniciado la Tercera República, cuyo gobierno, se instaló inicialmente el 4 de abril en Kosice y se trasladó a Praga en mayo, tras la liberación de la ciudad. El gobierno se constituyó por una coalición de Comunistas (KSC), Socialdemócratas, Partido Nacionalsocialista Checoslovaco y también, con menor representación, el Partido Popular Católico en Moravia y el Partido Democrático de Eslovaquia.

Tras la rendición de la Alemania nazi, unos dos millones novecientos mil de alemanes étnicos fueron expulsados de Checoslovaquia, con aprobación de los aliados.

El entusiasmo popular tras la liberación por el ejército soviético benefició al KSC (Partido Comunista). Además, los checoslovacos, estaba muy decepcionados con Occidente por las concesiones de los Acuerdos de Múnich (1938), lo que les hizo ser favorables al KSC y buscar la protección soviética. Reunidos en un solo Estado, después de la guerra, los checos y los eslovacos convocaron a elecciones nacionales para la primavera de 1946.

Las fuerzas democráticas, lideradas por el presidente en el exilio Edvard Benes, esperaban que la Unión Soviética dejara a Checoslovaquia la libertad de elegir su propia forma de gobierno y aspiraban a convertirse en un puente entre Oriente y Occidente. Los comunistas lograron una fuerte representación en los Comités Nacionales, popularmente electos como nuevos órganos de administración local.

1946: Gana el partido comunista

En las elecciones parlamentarias de 26 de mayo de 1946, el Partido Comunista de Checoslovaquia emergió como la primera fuerza del país, ganando ciento catorce de los trescientos escaños del Parlamento: noventa y tres para el partido principal y veintiuno para su rama eslovaca.

El Partido Comunista (
KSC
), con el 38 % de los votos (31 % para el principal partido y 6.9 % para la rama eslovaca) obtuvo un gran resultado, pues hasta entonces ningún partido checoslovaco había obtenido más del 25 % de los votos. La participación electoral fue del 93,9 %.

El KSC había obtenido la mayor parte del voto popular en la parte checa (40,17 %) mientras que el moderadamente anticomunista Partido Democrático ganó en Eslovaquia (62 %). En suma, el
KSC
a nivel nacional ganó al obtener un 38 % del voto. Esta fue el mejor resultado en la historia de los partidos comunistas europeos en unas elecciones libres.

Los comunistas mantenían la apariencia de estar dispuestos a trabajar dentro del sistema. El presidente Edvard Benes, no era comunista pero sí muy abierto a la cooperación con los soviéticos y con las potencias aliadas. Por ello, invitó a Gottwald (
KSC
) a ser primer ministro.

Los comunistas tuvieron solo una minoría de los ministerios —nueve comunistas y diecisiete no-comunistas—, pero controlaron ministerios claves, tales como el ministerio del Interior y las Fuerzas Armadas, así como los relacionados con la propaganda, la educación, el bienestar social y la agricultura, y pronto dominaron la Administración Pública.

Sin embargo, hacia el verano de 1947, el partido comunista se había enemistado con sectores enteros de votantes potenciales. Muchos ciudadanos consideraban que las actividades del ministerio del Interior y la policía eran sumamente ofensivas. Los agricultores se opusieron a hablar de la colectivización y algunos trabajadores

estaban enojados con las exigencias comunistas de aumentar la producción, sin mejorar los salarios. La expectativa general era que los comunistas serían derrotados en las elecciones de mayo de 1948.

En 1947, Stalin convocó al primer ministro Gottwald a Moscú. A su retorno a Praga, el partido comunista se radicalizó, y aceleró sus actuaciones para hacerse con el control total. Posteriormente durante la Primavera de Praga de 1967, al abrir los archivos del partido se pudo constatar que Stalin, cuando vio que los partidos comunistas de Francia e Italia fueron derrotados en 1947 y 1948, abandonó la idea de la vía parlamentaria para los checos y los eslovacos. Por ello, durante el invierno de
1947-1948,
aumentó la tensión, tanto en el gabinete como en el parlamento, entre los comunistas y los no comunistas.

La situación se hizo crítica en febrero de 1948, cuando el ministro comunista del Interior, Vaclav Nosek, purgó, aunque no tenía competencias para ello, a los elementos no comunistas del Cuerpo Nacional de Policía. Se quería transformar al aparato de seguridad y a la policía en instrumentos al servicio del
KSC
, lo que ponía en peligro las libertades cívicas básicas.

El 12 de febrero de 1948, los no comunistas en el gabinete exigieron castigo por estas actuaciones y el fin de esas purgas, pero Nosek, respaldado por Gottwald, se negó.

El 21 de febrero de 1948, doce ministros no comunistas dimitieron en protesta por la negación de Nosek a reincorporar a ocho oficiales de policía de alto rango no comunistas, a pesar de que había una mayoría de votos en el gabinete a favor de hacerlo. Los no comunistas creyeron que Benes se negaría a aceptar su renuncia, manteniéndolos en un gobierno de transición, y que forzaría a los comunistas a que cedieran, o bien convocaría elecciones anticipadas, que el
KSC
(partido comunista) no habría tenido tiempo de amañar.

Era necesario actuar con rapidez antes de que el ministerio del Interior tuviese el control total sobre la policía y obstaculizase el proceso electoral libre. Sin embargo, Benes se negó a aceptar las renuncias, pero no convocó a elecciones.

1948: Golpe de Estado comunista

Mientras tanto, el partido comunista reunió sus fuerzas para dar el golpe de Estado. Los «comités de acción» comunistas y las milicias sindicales se establecieron rápidamente, armados y enviados a la calle, además de estar preparados para llevar a cabo una purga de anticomunistas. En un discurso ante cien mil personas, Gottwald amenazó con una huelga general, a menos que Benes acordase la formación de un nuevo gobierno dominado por comunistas.

El embajador soviético Zorin llegó a ofrecer los servicios del Ejército Rojo, acampados en las fronteras del país. Sin embargo, Gottwald declinó la oferta, pues creía que la amenaza de la violencia, combinada con una fuerte presión política, sería suficiente para forzar a Benes a rendirse.

El 25 de febrero de 1948, Benes cedió, temeroso de la posibilidad de una guerra civil y de una intervención soviética. Aceptó las renuncias de los ministros no comunistas y nombró un nuevo gobierno de acuerdo con las demandas del partido comunista.

Gottwald continuó como primer ministro de un gobierno dominado por comunistas y socialdemócratas pro-Moscú. Incluía miembros de los partidos Popular Checoslovaco, Nacional Social Checo y Democrático, por lo que el gobierno seguía siendo nominalmente una coalición. Sin embargo, estos partidos fueron infiltrados por simpatizantes comunistas y los ministros de estas agrupaciones fueron meros compañeros de ruta.

El único ministro de alto rango no comunista era el ministro de Exteriores, Jan Masaryk, quien, sin embargo, el 10 de marzo de 1948, sería encontrado muerto en el jardín del ministerio de Exteriores. La investigación inicial del ministerio del Interior afirmó que se trataba de un suicidio, y que se había arrojado por la ventana. En 1989, durante la llamada Revolución de Terciopelo, se realizaron nuevas investigaciones que llevaron a la conclusión de que fue asesinado, siguiendo el tradicional estilo comunista de liquidar a los opositores.

Tras el golpe de Estado, los comunistas se movieron rápidamente para consolidar su poder. Miles de personas fueron despedidas y varios cientos fueron arrestadas; se produjeron

asimismo miles de casos de personas que se exiliaron del país.

El 9 de mayo se proclamó por el Parlamento una nueva Constitución que declaraba a Checoslovaquia una «democracia popular». Aunque no era un documento totalmente comunista, se le parecía tanto al modelo soviético que el presidente Benes se negó a firmarlo.

En las elecciones del 30 de mayo, los votantes se encontraron ante una sola lista, la del Frente Nacional, que oficialmente ganó con el 89,2 % de los votos.

Dentro de la lista del Frente Nacional, los comunistas y los socialdemócratas, que luego se fusionaron con aquellos, tenían la mayoría absoluta. También todos los partidos no comunistas que habían participado en las elecciones de 1946 estuvieron representados en la lista del Frente Nacional y, por lo tanto, recibieron escaños parlamentarios. El Frente Nacional se convirtió en una amplia organización patriótica dominada por el partido comunista, que ejercía el monopolio del sistema político.

Consumido por estos eventos, el presidente Benes dimitió el dos de junio, y falleció tres meses después, de un ataque al corazón, tal vez de pena.

El 14 de junio de 1948, el parlamento eligió a Gottwald como presidente del país. Leal estalinista, dirigió las nacionalizaciones de la industria y la colectivización de la agricultura.

Ante las primeras resistencias a la política checoslovaca, Gottwald realizó una serie de purgas. Primero cesando a los dirigentes no comunistas y más tarde a importantes dirigentes del propio partido comunista (
KSC
), tales como su secretario general, Rudolf Slansky, bajo la acusación de haber organizado un complot sionista. También, el ministro de Asuntos Exteriores, Vlado Clementis, acusado de ser un nacionalista burgués y así mismo, de haber participado en la conspiración sionista. Ambos, tras los Juicios de Praga de 1951, fueron ahorcados.

Gottwald falleció el 9 de marzo de 1953, apenas cuatro días después de asistir al funeral de Stalin en Moscú. Fue sustituido por Zapotocky como presidente de la República, el cual favoreció una vía de gobierno más humana, pero el verdadero gobernante era el

primer secretario general del partido, Antonín Novotny.

En noviembre de 1957 falleció Zapotocky, siendo elegido Novotny para sucederle, el cual fue protagonista del proceso de desestalinización que, desde 1956, encabezaba Nikita Kruschov, desde la
URSS
.

En resumen, Checoslovaquia, tras el final de la Segunda Guerra Mundial, fue inicialmente favorable al partido comunista (
KSC
) y a una alianza con los soviéticos que habían sido sus principales liberadores, lo que facilitó, en abril de 1945, la creación de un gobierno de amplia coalición. Por ello las elecciones parlamentarias de 26 de mayo de 1946, dieron un excelente resultado al
KSC
con un 38 % de los votos, dando lugar a que el presidente designara a Gottwald (
KSC
) como primer ministro.

Este formó un gobierno en el que los comunistas eran minoría, pero controlaban los ministerios claves, como el ministerio del Interior y las Fuerzas Armadas, Propaganda, Educación y Agricultura.

Al empezar a desarrollar las políticas comunistas muchos ciudadanos se pusieron en contra. Hacia el verano de 1947, una gran parte de la población esperaba derrotarlos en las elecciones de mayo de 1948.

Sin embargo, el
KSC
dio un golpe de Estado el 25 de febrero de 1948 mediante el uso de la violencia y la coacción, movilizando a las masas del partido, marginando totalmente a los partidos de la coalición. El nueve de mayo se proclamó una nueva Constitución aprobada por el Parlamento que definía a Checoslovaquia como una «democracia popular».

El 30 de mayo de 1948, se celebraron unas las elecciones amañadas y bajo coacción, a las que se presentó una sola lista que, oficialmente, obtuvo el 89,2 % de los votos.

La dictadura quedaba así formalmente legitimada.

BULGARIA

El 1 de marzo de 1941, Bulgaria firmó el pacto tripartito, y oficialmente se convirtió en miembro de las potencias del Eje. Como resultado de la invasión alemana de Yugoslavia y Grecia en abril, Bulgaria llegó a ocupar parte de estos países. En 1942, el Frente de la Patria fue el paraguas bajo el que se agrupaban comunistas, socialistas y liberales.

1944 Entra el Ejército Rojo

En 1944, tras la entrada del Ejército Rojo en Rumania, el Reino de Bulgaria cambió su alianza y declaró su neutralidad.

El 5 de septiembre, la Unión Soviética le declaró la guerra y tres días más tarde, el Ejército Rojo entró en el noreste de Bulgaria, cosa que aceptó el gobierno para evitar un choque militar.

El 9 de septiembre, los partidarios comunistas organizaron un golpe de Estado, que de hecho puso fin a la monarquía búlgara y a su administración. Un nuevo gobierno asumió el poder dirigido por el Frente de la Patria (
FF
), pero ejerciendo ahora los comunistas un liderazgo pleno e indiscutible.

Bajo los términos del acuerdo de paz con la
URSS
, se le permitió a Bulgaria conservar el sur de Dobruja, pero renunció formalmente a todas las reclamaciones de territorio griego y yugoslavo, retornando muchos búlgaros que se habían establecido en aquellos territorios.

En un primer momento, los comunistas tomaron deliberadamente un papel menor en el nuevo gobierno, mientras que los representantes soviéticos tenían el poder real, con el apoyo de una Milicia Popular comunista que se creó para acosar e intimidar a los partidos no comunistas.

En la noche del 1 de febrero de 1945, el príncipe regente Kiril,

el ex primer ministro Bogdan Filov, el general Nikola Mikhov y una serie de exministros, consejeros reales y sesenta y siete diputados fueron ejecutados. Sus sentencias de muerte habían sido pronunciadas ese mismo día por un «Tribunal Popular». El nuevo gobierno comenzó a arrestar a colaboradores nazis y antes de junio muchos otros también fueron ejecutados.

A medida que la guerra llegaba a su fin, el gobierno amplió su campaña de revolución política para atacar a las élites económicas en la banca y la empresa privada, lo que se intensificó cuando se hizo evidente que Estados Unidos y el Reino Unido no iban a mover sus fuerzas para defender la democracia en Bulgaria.

En noviembre de 1945, Dmitrov, líder del Partido Comunista, regresó a Bulgaria después de veintidós años de exilio. Hizo un discurso agresivo y rechazó la cooperación con los grupos de la oposición. Las elecciones se celebraron unas semanas más tarde, en las que obtuvo una gran mayoría para el Frente de la Patria.

En septiembre de 1946, la monarquía fue abolida por plebiscito, cuyo resultado fue un 95,6 % de votos a favor de la república. El joven zar Simeón II fue enviado al exilio.

Los comunistas tomaron el poder abiertamente, y Bulgaria fue declarada República Popular. Vasil Kolarov, miembro del partido, se convirtió en su presidente. Las elecciones para una asamblea constituyente en octubre de 1946 dieron a los comunistas la mayoría. Un mes más tarde, Dimitrov pasó a ser primer ministro.

1947: Se ahorca a los disidentes

Los agrarios se negaron a cooperar con el nuevo régimen, y en junio de 1947 su líder, Nikola Petkov, que desde enero de 1945 se había convertido en el líder de la oposición anticomunista, sería detenido, acusado de espionaje, condenado a muerte el 16 de agosto y, a pesar de las fuertes protestas internacionales, ahorcado el 23 de septiembre de 1947 y enterrado en una tumba desconocida. Esto marcó de forma definitiva el establecimiento del régimen comunista en Bulgaria.

Dimitrov en una fotografía de 1930.

En ese mismo año de 1947, las tropas soviéticas se retiraron de Bulgaria y en diciembre, la Asamblea Constituyente ratificó una nueva constitución para la República, conocida como la «Constitución Dimitrov», elaborada con la ayuda de juristas soviéticos, utilizando la Constitución Soviética de 1936 como modelo. En 1948, los partidos de oposición restantes fueron forzados a fusionarse con los comunistas, a subordinarse a ellos o a ser disueltos.

Durante 1948 y 1949, las organizaciones religiosas ortodoxa, musulmana, protestante y católica se restringieron o prohibieron. La

Iglesia ortodoxa de Bulgaria continuó funcionando, pero muchos altos puestos, dentro de la Iglesia, serían asumidos por funcionarios comunistas.

En 1962 tomó el poder Todor Zhivkov, secretario general del partido comunista búlgaro, que se mantuvo al frente del país hasta la caída del comunismo en 1989, nada menos que treinta y siete años. El partido comunista, que había asumido el nombre de Frente de la Patria, era en la práctica, desde 1947, el único que se presentaba a las elecciones en las que obtenía, como ocurrió en 1976, el 99,99 % de los votos lo que, de forma irónica, se ha dado en denominar «elecciones búlgaras».

En conclusión, tras la Segunda Guerra Mundial la transformación de Bulgaria en un país comunista se debió a la influencia del ejército soviético que, desde principios de septiembre de 1944, estaba amenazadoramente presente en el noreste del país. Su apoyo permitió que los comunistas dieran el 9 de septiembre un golpe de Estado, que puso fin a la monarquía búlgara y a su administración, procediendo en 1945 a la ejecución del príncipe regente y de otras setenta personalidades del régimen anterior.

Las convocatorias electorales siguientes, y un plebiscito sobre la monarquía, se realizaron en un contexto de manipulación y coacción. Se disolvieron los partidos de oposición; se ahorcó al líder opositor más conocido y se culminó con una nueva Constitución en 1948 que tomó como modelo la soviética.

En suma, Bulgaria por su carácter de nación fronteriza con la URSS, y por el hecho de haber sido aliada de las potencias del Eje quedó, tras la guerra, en poder de los comunistas que procedieron a reprimir y a liquidar físicamente a todos los discrepantes, e implantaron la dictadura del proletariado.

AUSTRIA

La idea de unión entre Austria y Alemania había surgido ya en el siglo XIX, por razones históricas, políticas y geográficas, así como por la identidad cultural y de lengua alemana, si bien tanto en Austria como en Alemania, coexistían en sus territorios otras minorías —polacas, checas y húngaras—, que tenían su origen en los movimientos de fronteras europeas, que se habían ido produciendo a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII. Estas tendencias integradoras desembocaron finalmente en el Anchsluss (adhesión o unión).

La llegada de Hitler al poder había intensificado la presión política de Alemania sobre Austria, exigiendo la legalización del partido nazi austríaco y más adelante su participación en el gobierno. En las elecciones de abril de 1932, ese partido, aunque fue el más votado, no obtuvo la mayoría absoluta, por lo que se quedó en la oposición.

El gobierno lo ocupaba el Partido Socialcristiano, partido político austríaco de orientación derechista, cuya milicia, en septiembre de 1931, había intentado en vano tomar el poder por las armas.

En 1933, el canciller socialcristiano Engelbert Dollfuss decidió gobernar por decreto y disolvió el Parlamento, el partido comunista, el partido nacionalsocialista, y desarmó y disolvió la poderosa milicia socialdemócrata, la Schutzbund.

Su régimen adquirió un tinte fascista, en la línea de Benito Mussolini, basado en el catolicismo tradicional, por lo cual recibió el nombre de austrofascismo. Dollfuss reprimió a los socialdemócratas que deseaban salvar a la democracia, tanto de canciller como de los nazis. En Linz, en febrero de 1934, se produjo una insurrección socialdemócrata, que causó entre mil y dos muertos, y que dio lugar a que muchos socialdemócratas se fueran al exilio.

Entretanto, los nazis austríacos se habían reforzado y exigieron un fascismo más germánico y subordinado a Alemania. El 25 de julio de 1934 iniciaron una revuelta y asesinaron en Viena al

canciller Dollfuss, pero su golpe de Estado fracasó. El Ejército austríaco no se unió a la rebelión, mientras que los seguidores austrofascistas de Dollfuss lograron aislar y reducir a las bandas de nazis armados, que intentaban organizarse.

Al día siguiente, el 26 de julio, Mussolini, al saber lo acontecido a Dollfuss en Viena, ordenó movilizar tropas italianas en la frontera alpina con Austria, amenazando con intervenir militarmente, para sostener a los sucesores de Dollfuss en caso necesario. Hitler no tenía entonces el control total de su ejército y se abstuvo de enviar tropas para apoyar a los nazis austríacos.

El nuevo canciller socialcristiano, Kurt Schuschnigg, insistió en la línea de Dollfuss, manteniendo una dictadura nacionalista, fascista e impidiendo toda opción política que propugnase la anexión a Alemania, para lo cual contó con el apoyo tácito de políticos socialistas y católicos, que juzgaron que el austrofascismo era un mal mucho menor que el nazismo alemán.

Preparativos para la unión

En agosto y septiembre de 1934, tras recabar pruebas de la intromisión alemana en los asuntos internos austríacos, Schuschnigg solicitó a las tres potencias, Reino Unido, Francia e Italia, la formación de una liga para proteger a su país logrando, el 27 de septiembre de 1934, que manifestaran su interés en que Austria se mantuviese independiente.

Recibió de ellos buenas palabras, pero no se comprometieron a auxiliar en caso de que Austria fuera amenazada por Alemania, principalmente porque el Reino Unido se negaba a intervenir militarmente en Centroeuropa.

En 1935 la situación siguió igual, sin que Austria lograse un apoyo firme de esas tres potencias. Por otra parte, la intervención de Italia en Etiopía, la distanció del Reino Unido, e impulsó su acercamiento a Alemania. De esta forma, Austria, al perder el apoyo de Italia, tuvo una mayor sensación de desprotección.

La remilitarización de Renania, en marzo de 1936, desató el pánico en el gobierno austríaco, convencido de que su país sería el próximo objetivo de Hitler. Mientras tanto, desde agosto de 1934

hasta marzo de 1938, los atentados de los nazis austríacos habían matado a unas ochocientas personas, y amenazaban con dar lugar a una guerra civil entre el gobierno y los nazis austríacos. Estos recibían financiación y armas del Tercer Reich, y habían logrado captar a un alto número de simpatizantes entre la juventud austríaca, que sufría el desempleo provocado por la Gran Depresión de 1929, que aún afectaba a Austria.

En este contexto de disturbios sociales, el canciller Kurt Schuschnigg sería convocado a una reunión con Hitler en el Nido del Águila, en Berchtesgaden, el 12 de febrero de 1938.

Hitler exigió amnistía para los nazis austríacos por los crímenes cometidos, participación de sus miembros en el gobierno, establecimiento de un sistema de colaboración entre las Fuerzas Armadas alemanas y el Ejército federal austríaco, así como la inclusión de Austria en el área aduanera alemana. Todo ello a cambio de que el Tercer Reich dejara de intervenir en la crisis política austríaca. Además, Hitler, amenazó a Schuschnigg, haciendo alusión a la en esa fecha intensa Guerra Civil española, con «*transformar Austria en una segunda España*» si no se satisfacían sus demandas.

Schuschnigg abandonó el «Nido del Águila» el mismo 12 de febrero, junto con el presidente de Austria, Wilhelm Miklas, temiendo ambos una invasión por parte de Alemania en cualquier momento. De vuelta en Viena, el canciller de Austria Kurt Schuschnigg aceptó otorgar la libertad a los nazis austríacos encarcelados, y entregó el ministerio de Policía al nacionalsocialista austríaco Arthur Seyss-Inquart, en un último intento de mantener la independencia de Austria.

No obstante, los nazis austríacos no se daban por satisfechos, ya que Schuschnigg se apoyaba en socialistas y católicos para preservar la independencia de Austria, por lo cual los atentados y sabotajes nazis prosiguieron.

Por su parte Hitler, en un discurso público, se refirió, el tres de marzo de 1938, a los austríacos como «*diez millones de alemanes que viven fuera de nuestras fronteras*», acreditando así su intención anexionista respecto de Austria.

Un par de días antes, el 1 de marzo de 1938, el canciller decidió llevar a cabo, para evitar la pérdida paulatina de poder y con la

esperanza de lograr ayuda europea contra Alemania, un plebiscito el domingo 13 de marzo.

La pregunta no incluía la aceptación de la anexión alemana, sino que se limitaba a solicitar el apoyo del votante al mantenimiento de una «*Austria unida, cristiana, social, independiente, alemana y libre*».

Schuschnigg, de acuerdo con el presidente Miklas, fijó en veinticuatro años la edad mínima para votar, evitando la participación masiva de jóvenes desempleados, que constituían la mayor reserva de militantes nazis de Austria.

Cuando Hitler se enteró de las intenciones de Schuschnigg se puso furioso y ordenó a los nazis austríacos pasar a la acción, para evitar que se celebrara tal referéndum. Mientras, en Austria, la noche del 9 de marzo, los nacionalsocialistas exigieron, para permitir la votación, que se abrogara el artículo 88 del Tratado de Saint-Germain-en-Laye que impedía la unión con Alemania.

El 10 de marzo llegó la confirmación de que el Reino Unido no intervendría en favor de los austríacos, si el conflicto se limitaba a las dos naciones. Alemania cerró las fronteras y empezó a movilizar sus tropas, mientras que Hitler decidía la invasión alemana de Austria y discutía con el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas los planes necesarios, perfilados apresuradamente a lo largo del día diez.

Al amanecer del viernes 11 de marzo, las juventudes nazis, ahora armadas y disciplinadas, tomaron los edificios gubernamentales en las ciudades principales de Austria, con apoyo de agentes de la Gestapo infiltrados inclusive en la misma capital austríaca. Ni el Reino Unido ni Francia mostraron intención alguna de intervenir para detener la agresión alemana.

El 11 de marzo de 1938, finalmente Schuschnigg decidió tomar la iniciativa y pronunció un emotivo discurso radiofónico, a las 19:47, a la vez que se despedía del pueblo austríaco y presentaba su renuncia al cargo de canciller.

Mientras tanto Hitler aún dudaba de la reacción de Benito Mussolini ante los hechos, teniendo en cuenta que Italia ya había otorgado su protección a Austria en 1934, tras el asesinato de Dollfuss. No obstante, tras la colaboración ítalo-alemana en la conquista de Abisinia y en la Guerra Civil española, la Italia fascista

se había alineado definitivamente con el Tercer Reich.

Así, tras una consulta diplomática del príncipe Phillip von Hesse, embajador alemán en Roma, el 11 de marzo a las 22:00, el ministro italiano Galeazzo Ciano respondió a Hitler, por medio de Von Hesse, que Mussolini no intervendría en los sucesos de Austria.

Esta noticia fue conocida de inmediato en Viena y dejó a Miklas y Von Schuschnigg privados de su único gran aliado extranjero, mientras de inmediato Hitler llamaba por teléfono a su embajador en Roma, para que este expresase el profundo agradecimiento personal del Führer hacia el Duce.

1938: Unión con Alemania

El sábado 12 de marzo, las tropas alemanas invadieron Austria, siendo recibidas por numerosos simpatizantes austríacos. El presidente Miklas renunció ese mismo día, tras haber sido forzado a nombrar canciller interino al nazi austríaco Arthur Seyss-Inquart, quién en 1946 sería condenado a la horca, por crímenes de guerra, por el tribunal de Nuremberg.

Wilhelm Miklas (1955)

El propio Hitler cruzó ese mismo día a las 16:00 horas la frontera austríaca, dirigiéndose a Braunau am Inn, su localidad natal, pequeña población fronteriza con Alemania, y más tarde a Linz. El recibimiento entusiasta de la población austríaca a las

tropas alemanas sorprendió incluso al líder nazi Hermann Göring, que llegó a Viena el domingo 13 de marzo, para coordinar con Seyss-lnquart los detalles de la toma del poder por los nazis.

Hitler llegó a Viena el catorce, aclamado por una enorme multitud. La culminación fue la intervención de Hitler en Viena el martes 15 de marzo, declarando la anexión de Austria a Alemania.

El presidente Miklas quedó retenido en Viena hasta el fin de la Guerra Mundial mientras que excanciller Schuschnigg fue detenido, maltratado por la Gestapo e internado en un campo de concentración hasta el final de la guerra.

Hitler, para legitimar los eventos de marzo de 1938, anunció un plebiscito para el 10 de abril, menos de un mes después de la anexión, que serviría para convalidar el Anschluss (la Unión), que se realizó de forma sesgada, mediante la siguiente pregunta: *¿Estás de acuerdo con la reunificación de Austria con el Imperio Alemán, efectuada el 13 de marzo de 1938 y votas a favor de la lista de nuestro Führer Adolf Hitler?*

El contexto fue intimidante pues, si bien el resultado no fue manipulado, lo había sido todo el proceso electoral. Para empezar, el voto no fue secreto. La papeleta se tenía que rellenar delante de los oficiales de las
SS
y entregársela en sus manos, sin posibilidad de que el elector la introdujera en una urna por sí mismo. En dicha papeleta aparecía en el centro un círculo muy grande donde poner sí, y otro más pequeño a la derecha donde poner no, incitando claramente al voto a favor de la anexión.

Tampoco hubo campaña posible a favor del no, pues inmediatamente, y tras la anexión, se habían detenido a setenta mil personas en pocos días, principalmente judíos, socialdemócratas y comunistas, así como toda la cúpula política de la República de Austria.

Además, el censo electoral dejó fuera a cuatrocientos mil ciudadanos (un 10 % de los votantes potenciales), mayoritariamente izquierdistas y judíos. En ese contexto, la unión de Austria con Alemania obtuvo el apoyo del 99.73 % del electorado. Los comunistas no lo habrían hecho mejor. El Anschluss se había logrado.

La respuesta internacional al Anschluss fue bastante tibia: los aliados de la Primera Guerra Mundial solamente presentaron protestas diplomáticas, sin tomar acciones concretas que revirtieran la situación, a pesar de que eran ellos, como establecía específicamente el Tratado de Versalles, los responsables de impedir la unión política entre Austria y Alemania.

El Reino Unido sostuvo que los eventos del Anschluss eran irreversibles, aun reconociendo que Hitler había violentado el tratado de paz. Francia se expresó en similares términos y se abstuvo de pedir boicot alguno contra Alemania por esta acción.

Dentro de Austria, el Anschluss encontró fuerte resistencia en los opositores al nazismo, pero fue asumido como una situación política inevitable por la mayoría de la población. Los líderes religiosos católicos y protestantes pidieron a sus feligreses no oponerse activamente a la nazificación de Austria, por temor a desencadenar un conflicto sangriento.

Por su parte, los nazis austríacos apoyaron decisivamente la anexión a Alemania y colaboraron eficazmente en la nazificación de Austria y su sociedad. Muchos nazis nativos de Austria, además del propio Hitler, llegaron a ocupar cargos destacados dentro de la jerarquía política del Tercer Reich, mientras varios centenares de nazis austríacos engrosaron pronto las filas del Partido Nazi, la Gestapo, y las propias
SS
, sin desmerecer en fanatismo y brutalidad de sus compañeros alemanes.

Austria dejó de ser una nación independiente. Sus funcionarios públicos y oficiales del Ejército pasaron a depender de sus homólogos alemanes, excepto aquellos expulsados de sus puestos por oponerse al nazismo.

El violento antisemitismo del Tercer Reich fue puesto en práctica de inmediato en todo el territorio austríaco, tanto por nazis locales como por los agentes llegados de Alemania. Las grandes comunidades judías de Viena y Graz fueron prontamente sometidas a la discriminación hitleriana y resultarían aniquiladas años después, durante el Holocausto.

1943: Austria víctima del nazismo

En 1943, los aliados, mediante la Declaración de Moscú, reconocieron a Austria como *la primera víctima del nazismo* y se comprometieron a restablecer su independencia nacional, declarando nulo y sin valor el Anschluss. No obstante, los firmantes de la declaración también advirtieron que el nacionalsocialismo austríaco y sus adherentes asumían plenamente la culpabilidad que les correspondiera, por participar en crímenes de guerra, en la misma proporción que el Tercer Reich.

Por ello al terminar la Segunda Guerra Mundial, pese a que se había reconocido a Austria como «víctima de la agresión nazi», fue preciso iniciar allí un proceso de desnazificación similar al de Alemania, al ser evidente que, antes y después del Anschluss, existía una gran masa de varios miles de nazis austríacos que habían colaborado, de forma voluntaria y entusiasta, con el Tercer Reich.

Hasta la fecha, en la sociedad austríaca, es motivo de polémica histórica la cantidad real de simpatizantes nazis que existían en Austria, en el momento del Anschluss, así como el nivel de apoyo popular que tuvo la unión con Alemania.

En 1998, el gobierno austríaco formó una Comisión Histórica con el fin de evaluar la responsabilidad de Austria por las expropiaciones contra los judíos, desde un punto de vista académico, no jurídico. Ello no ha impedido las críticas de historiadores como Raúl Hilberg o Norman Finkelstein contra las actitudes evasivas de los sucesivos gobiernos de Austria ante la responsabilidad de los nazis austríacos en el Holocausto.

1944 Ocupación por los aliados

El trece de abril de 1945, las tropas soviéticas ocuparon Viena. El 27 de abril de 1945, cuando el ejército alemán salió de casi todo el territorio austríaco, expulsado por empuje de las fuerzas aliadas, se instauró un gobierno provisional austríaco en Viena.

El socialista Karl Renner, con el apoyo de la
URSS
formó un gobierno de coalición con socialistas, socialcristianos y

comunistas, constituido por líderes políticos que mostraron su oposición al nazismo con anterioridad a los sucesos de 1938.

Renner, de acuerdo con la Declaración de Moscú de 1943, proclamó la independencia el 27 de abril de 1945, declaró nulas todas las medidas de la administración nacionalsocialista impuestas desde marzo de 1938 y estableció la Segunda República Austríaca.

Los aliados occidentales reconocieron a este gobierno con ciertas reticencias, aunque el país quedó sometido a la administración de las potencias vencedoras, URSS, EE. UU, Reino Unido y Francia.

Viena fue dividida, como Berlín, en cuatro zonas de ocupación, partición que se extendió al resto del país, siendo el comandante militar de cada zona, la máxima autoridad política de la misma. El nuevo gobierno convocó elecciones generales en noviembre de 1945, siendo Karl Renner elegido presidente de la República y Leopold Figl, líder del Partido Popular, nombrado canciller.

Se formó una coalición con socialistas, socialcristianos y comunistas, por el sistema de proporcionalidad, que acordó que compartirían el poder siendo socialista el presidente de la República y populista el canciller.

El 13 de abril de 1946 el Parlamento restableció la Constitución de 1929. De 1945 a 1952 se procedió a desnazificar el país y se restableció la economía. En el año 1948, Austria recibió cuatrocientos ochenta y ocho millones de dólares como ayuda del Plan Marshall.

En las elecciones de 1953, 1956 y 1959 se mantuvo la relación de fuerzas entre los partidos y la coalición de socialistas y conservadores, asignando el puesto de presidente a un socialista y el de canciller, a un conservador. Así, al canciller Figl le sucedió en 1953 por el conservador Julius Raab. De forma similar tras la muerte de Karl Renner, el 31 de diciembre de 1950, le sucedió, como presidente, Theodor Korner, otro socialista, que había sido alcalde de Viena.

En enero de 1954, en la conferencia de ministros de Exteriores de las grandes potencias, se decidió acabar con la ocupación de Austria. El canciller Julius Raab visitó Moscú en abril de 1955 para discutir sobre el tratado de paz. (Stalin había muerto en 1953)

1955: Milagro, Austria neutral

Finalmente, el 15 de mayo de 1955, se firmó en Viena por las potencias ocupantes, el Tratado para el Restablecimiento de Austria Independiente y Democrática, en el que se reiteró la consideración de Austria como víctima del nazismo y se declaró nula la unión con Alemania.

De acuerdo con el tratado, Austria sería un Estado soberano, independiente y democrático, se convertía en un país neutral y se le prohibían los tratados militares, la unión con Alemania y la restauración de los Habsburgo. Se garantizaban asimismo los derechos de las minorías eslavas.

El tratado entró en vigor el 27 de julio de 1955, dando lugar a que, el 25 de octubre, las últimas tropas extranjeras abandonarán el país, dejando a cargo del mismo a la recién creada República, dotada de gobierno propio y una nueva Constitución.

El 5 de noviembre de 1955 el Parlamento austríaco aprobó por ley la neutralidad del país, lo que fue respaldado por EE. UU. y la URSS

.

El caso de Austria ante el comunismo fue diferente tanto en sus inicios como en su desenlace, de lo que ocurrió en los restantes países del Este de Europa que cayeron, durante cuarenta años, en las garras del comunismo soviético.

Considerando su situación geográfica resulta curioso que Austria no se transformara en otro país comunista de la Europa del Este. Estaba rodeada por Checoslovaquia, Hungría y Eslovenia (entonces parte de Yugoslavia), todas ellas, tras la Segunda Guerra Mundial, convertidas en dictaduras comunistas. No obstante, no tenía frontera con la parte de la zona de ocupación alemana asignada a la URSS

, sino con la asignada a Estados Unidos y esto, probablemente, jugó a su favor.

Por otra parte, la muerte de Stalin (1953) y los nuevos aires que trajo Kruschov tras su toma del poder, fueron circunstancias que facilitaron que se firmara, en 1955, por las cuatro potencias ocupantes, el Tratado para el Restablecimiento de Austria Independiente y Democrática, si bien con un condicionante de

neutralidad que se respetó y respeta escrupulosamente por el país. Inclusive en la actualidad Austria no forma parte de la
OTAN
.

CONCLUSIONES GENERALES

El proceso de constitución de las dictaduras comunistas de Europa del Este siguió un patrón muy similar:

1. Presencia física del ejército soviético
2. Formación de gobiernos provisionales
3. Ocupación comunista de los puestos de fuerza claves, ministerios del Interior y de Defensa
4. Coacción en las elecciones
5. Disolución de los partidos de la oposición; represión, prisión y muerte de los líderes opositores y, finalmente
6. Implantación, sin tapujos, de dictaduras del proletariado

Hoy, con la perspectiva histórica resulta obvio que, ante el comunista Stalin, se cometió el gravísimo error de no haber acordado en las Conferencias de Yalta y Potsdam de 1945, la ocupación conjunta tripartita por las grandes potencias, Estados Unidos, Gran Bretaña y la
URSS
, de todos los territorios de los países de la Europa del Este, tras liberarlos de las tropas nazis.

Habría sido el único camino para evitar el expansionismo soviético y para evitar la implantación de dictaduras comunistas en la Europa del Este. Estos países fueron las víctimas y la humanidad en conjunto pagó un precio.

El comunismo no aceptó la democracia porque es incompatible con su ideología marxista. ¡Ojalá sirva para dejar de ceder ante la intolerancia marxista en todas sus manifestaciones!

Es imprescindible ser firme ante los regímenes comunistas y ante el marxismo intelectual. Hay que denunciar su incompatibilidad con los derechos humanos. No cabe seguir callando más, ante una mentira que ha traído tanto terror y tanto dolor a la humanidad. Hay que ponerla definitivamente al descubierto.

LEVANTAMIENTOS CONTRA EL COMUNISMO

Todos los regímenes comunistas europeos adoptaron la forma de dictaduras del partido comunista presentándose, no obstante, como fórmulas democráticas modernas, que tenían como eje el logro de la justicia social y que pretendían representar a todo el proletariado.

La realidad es que no representaban democráticamente a todos los ciudadanos, y ni siquiera a todos los proletarios, sino tan solo al omnipresente partido comunista y, en particular, a su casta dirigente, a la nomenklatura.

El marco de represión que necesitaban para mantenerse en el poder fue abrumador, pero aun así los ciudadanos se levantaron en algunos casos. La violencia y el terror policial los aplastaron sangrientamente.

1953: ALEMANIA DEL ESTE

El 10 de marzo 1952, Stalin propuso la unificación de los dos países alemanes, bajo la premisa de neutralidad militar, sin incluir la exigencia de que la Alemania del Este fuera un Estado socialista, tratando de dejar abierto el camino hacia una eventual Alemania reunificada, en el marco de la Guerra Fría.

Sin embargo, su actitud cambió rápidamente cuando, en 1952, las potencias de la
OTAN
y el gobierno de la República Federal de Alemania (
RFA
), entonces en manos de Konrad Adenauer rechazaron su propuesta

de reunificación alemana y de retirada de las superpotencias de la política interna. Adenauer dijo: «*Prefiero una media Alemania por completo a una Alemania completa a medias*».

La realidad mostraba, en 1952, de forma incontestable, lo que había ocurrido en los países de Europa del Este en los que las superpotencias habían renunciado a supervisar la autenticidad del carácter democrático de la política interna. Todos habían caído en las garras opresivas del comunismo.

A partir de ese momento en la Alemania del Este se aceleró la colectivización de la agricultura y la nacionalización de empresas. En ese mismo año se disolvieron los Estados federados que fueron reemplazados por distritos.

MANIFESTACIONES OBRERAS

Stalin murió en marzo de 1953. En la primavera de ese año, el Comité Central del Partido Socialista Unificado de Alemania (
SED
) decidió abordar las dificultades económicas que aquejaban a la RDA. Aprobó un paquete de cambios que incluían impuestos más altos, subida de precios y un incremento de las normas de trabajo, que exigían un aumento de la productividad del 10 %.

La decisión se tomó entre el 13 y 14 de mayo, y el Consejo de Ministros la aprobó el 28 de mayo. Los cambios entrarían en vigor el 30 de junio de 1953, en el sesenta cumpleaños de Walter Ulbricht, primer secretario del partido.

Se plasmaron en una directiva para todas las empresas propiedad del Estado que establecía que, si las nuevas cuotas de producción no eran alcanzadas, los trabajadores tendrían que aceptar una reducción de salarios, lo cual se recibió con gran descontento.

A principios de junio, el gobierno soviético, alarmado por informes sobre el malestar de la población, convocó a Ulbricht a Moscú. Malenkov le advirtió que si esta política no era corregida inmediatamente podría haber una catástrofe.

El 16 de junio, el 60-80 % de trabajadores del sector de la construcción de Berlín Oriental se puso en huelga, después de que

sus superiores anunciaran un recorte en los sueldos, si no alcanzaban la cuota de trabajo. Su número aumentó rápidamente y se convocó a una huelga general y protestas para el día siguiente. La radio norteamericana con base en el Berlín Oeste informó sobre los eventos del Berlín Este, lo que probablemente ayudó a incitar al levantamiento, en otras partes de la Alemania Oriental.

Al amanecer del 17 de junio, unos cuarenta mil manifestantes estaban reunidos en Berlín Oriental, y muchos más llegaron a lo largo de la mañana. Hubo muchas huelgas y suspensiones de trabajo en todos los centros industriales, así como manifestaciones en las grandes ciudades del país y por toda la
RDA
.

Las demandas iniciales de los manifestantes, mantener las cuotas anteriores de producción, se convirtieron en demandas políticas. Los funcionarios del partido salieron a las calles y empezaron a discutir con pequeños grupos de manifestantes.

Finalmente, los trabajadores, en abierta crítica a la política gubernamental del partido comunista (
SED
), pidieron la renuncia del gobierno de la Alemania del Este.

TANQUES SOVIÉTICOS

El gobierno de la
RDA
decidió usar la fuerza para detener la sublevación. Solicitó y obtuvo de la
URSS
apoyo militar. En total, se movilizaron dieciséis divisiones soviéticas, un total de veinte mil soldados, así como ocho mil miembros de la policía.

En Berlín, tuvieron lugar enfrentamientos importantes entre la Puerta de Brandemburgo y la Plaza de Marx y Engels, donde se encontraban las tropas soviéticas y la policía. Todavía no está claro cuántas personas murieron durante la sublevación y cuantas fueron sentenciadas a muerte. El número de víctimas conocidas es de

cincuenta y cinco, pero otras apreciaciones lo cifran en por lo menos en ciento veinticuatro.

Las estimaciones de Alemania Federal sobre el número de muertos fueron considerablemente más altas. En 1966, el ministro de Relaciones Interalemanas dijo que, en junio de 1953, trescientos ochenta y tres personas fueron asesinadas en el levantamiento, incluyendo a ciento dieciséis «funcionarios del régimen» y que ciento seis personas fueron ejecutadas por aplicación de la ley marcial o condenadas después a la pena capital.

Además, mil ochocientas treinta y ocho personas fueron heridas, cinco mil cien arrestadas, de las cuales unas mil doscientas se sentenciaron a un total de seis mil años en campos penitenciarios. También se señaló que diecisiete o dieciocho soldados soviéticos fueron ejecutados por negarse a disparar contra los obreros manifestantes.

En el ámbito interno de la República Democrática Alemana, la sublevación tuvo consecuencias. Supuso el final de la carrera del entonces ministro para la Seguridad del Estado, Wilhelm Zaisser, y dio lugar a una purga en los cuerpos policiales, la Administración, y entre los dirigentes del Partido Socialista Unificado de Alemania (
SED
).

Por esas fechas de 1953, Kruschov estaba afirmándose en el poder como sucesor de Stalin. En septiembre fue elegido primer secretario del partido y en diciembre de 1953 confirmó su poder tras ejecutar en ese mes a Lavrenti Beria, el todopoderoso jefe de las temidas Fuerzas de Seguridad de la
URSS
.

Se da la paradoja de que Beria, tras la muerte de Stalin, quiso hacer gestos que lo alejaran de él e hizo varias propuestas para rebajar el contexto represivo. Una de ellas, que fue aprobada, consistió en una amnistía que dio lugar a la liberación de más de un millón de prisioneros. Otra, que fue rechazada, consistía nada menos que en liberar a la Alemania Oriental para que formase parte de una Alemania unida y neutral, a cambio de una compensación económica de Occidente.

1956 y 1980: POLONIA

1956: KRUSCHOV APERTURISTA

El famoso discurso secreto de Nikita Kruschov de 25 de marzo de 1956, ante el XX Congreso del Partido, sobre el culto a la personalidad y los crímenes de Stalin, tuvo amplia repercusión no solo en la URSS, sino también fuera de la Unión Soviética y en otros países comunistas. Precisamente, mientras asistía en Moscú a ese Congreso, falleció el polaco Boleslaw Bierut, primer secretario del Partido Obrero Unificado polaco, conocido como el «Stalin de Polonia». El secretariado del partido decidió que el discurso de Kruschov debía tener amplia circulación en Polonia, decisión única en el Bloque del Este.

Estas circunstancias facilitaron la apertura de debates en Polonia de crítica al culto a la personalidad de Stalin, pero también sobre otros temas.

A fines de marzo y principios de abril, muchos mítines del partido tuvieron lugar en toda Polonia, con la bendición del Politburó y el Secretariado. Miles de personas tomaron parte. La actitud de apertura del Secretariado tuvo más éxito de lo esperado. La atmósfera política había cambiado.

Se plantearon cuestiones duras sobre la legitimidad de los comunistas polacos; la responsabilidad en la ejecución de antiguos afiliados del partido comunista de Polonia, durante la Gran Purga ordenada por Stalin; el arresto del crecientemente popular Gomulka; las relaciones soviético-polacas; la presencia militar soviética continuada en Polonia; el Pacto Ribbentrop-Molotov; la Masacre de Katyn y el fracaso soviético en apoyar el alzamiento de Varsovia contra Hitler, así como también sobre el derecho a escoger una vía más independiente de socialismo local, nacional, en lugar de seguir el modelo soviético hasta el último detalle.

La resistencia anticomunista en Polonia también se vio reforzada

y un grupo de líderes de la oposición y figuras de la cultura fundaron, en la ciudad de Poznan, considerada cuna histórica de la nación polaca, un club donde promovían discusiones sobre la independencia polaca, los fallos de la economía centralizada por el Estado (la llamada economía de miseria), el desprestigio gubernamental e incluso sobre las acciones de Armia Krajowa (el ejército anticomunista) durante la Segunda Guerra Mundial.

Mientras los intelectuales formulaban sus críticas en sus discusiones y publicaciones, los trabajadores tomaron las calles. Las condiciones de vida en Polonia no mejoraban, lo que contradecía la propaganda del gobierno, y los obreros encontraban que tenían cada vez menos poder en comparación con la burocracia del Partido.

La ciudad de Poznan era uno de los centros urbanos e industriales más grandes de la República Popular de Polonia. Allí, las tensiones fueron creciendo, en particular desde el otoño de 1955. Los obreros de la fábrica más grande de la ciudad, Industrias Metálicas Josef Stalin, se quejaban de los impuestos más altos que se aplicaban a los obreros más productivos, lo que afectaba a varios miles de trabajadores.

Los directores locales eran incapaces de tomar cualquier decisión significativa debido a que los cargos superiores no delegaban en ellos y que, por tanto, carecían de iniciativa. Durante meses se enviaron inútilmente peticiones, cartas y delegaciones al ministerio polaco de Industria Mecánica y al Comité Central del Partido Obrero Unificado Polaco.

Finalmente, una delegación de obreros se desplazó, el 23 de junio de 1956 al ministerio de Industria Mecánica. La delegación regresó a Poznan la noche del 26 de junio, creyendo sus miembros que algunas de sus reclamaciones las habían aceptado de manera favorable. Pero, a la mañana siguiente, el ministro de Industria Mecánica llegó a la fábrica y, en un mitin masivo, retiró algunas de las promesas que la delegación había recibido en Varsovia.

Esto dio lugar a que a las seis de la mañana del 28 de junio de 1956, se iniciara una huelga espontánea en el complejo de Industrias Metálicas Josep Stalin. Alrededor del 80 % de los obreros, la mayoría de los cuales había perdido su prima salarial en junio, cuando el gobierno incrementó repentinamente la cuota de trabajo

requerido para lograrla, salieron a las calles en demanda de pagos compensatorios y de algunas concesiones de libertad. Marcharon hacia el centro de la ciudad. Trabajadores de otras plantas, instituciones y estudiantes se unieron a ellos.

Entre las nueve y las once de la mañana unas cien mil personas se concentraron en la plaza Adam Mickiewicz, frente al Castillo Imperial de Poznan, rodeados de edificios de las autoridades de la ciudad, del partido y de la sede de la policía. Los manifestantes pedían precios más bajos para los alimentos, incrementos salariales y la revocación de algunos cambios legales recientes, que habían deteriorado las condiciones laborales.

Además, solicitaron una visita del primer ministro polaco Jozef Cyrankiewicz, dado que el gobierno local había manifestado que carecía de autoridad para resolver esos problemas. Algunos oficiales de la policía se unieron también a la multitud.

Después de las diez de la mañana, la situación se deterioró rápidamente por la acción de algunos provocadores, o desinformados, que aseguraron que los miembros de la delegación negociadora fueron arrestados.

Las unidades de la policía local no pudieron contener a la muchedumbre y la situación se convirtió en un violento levantamiento cuando la multitud tomó por asalto la prisión de la calle Mlynska, donde algunos de los manifestantes habían creído que se había encarcelado a los miembros de la delegación.

Alrededor de las 10:50, liberaron a cientos de prisioneros. A las once y media de la mañana accedieron al depósito de armas del edificio de la prisión y las armas se distribuyeron entre los manifestantes. A eso de las once de la mañana, la multitud saqueó la sede del partido comunista y atacó la oficina de seguridad de la policía secreta polaca, pero se retiró cuando desde sus ventanas se hicieron los primeros disparos.

Desde entonces, hasta las seis de la tarde, los manifestantes tomaron o sitiaron varios edificios gubernamentales e instituciones en Poznan y sus alrededores, incluyendo la Corte del distrito y la Oficina del Fiscal, el Instituto del Seguro Social, las estaciones de la policía civil en Junikowo, Wilda, Swarzedz, Puszczykowo y Mosina. También irrumpieron en el campo de prisioneros de Mrowino y la Escuela Militar de la Universidad de Tecnología de Poznan, al igual

que las armas que albergaban. Además, destruyeron los documentos que encontraron en la estación de policía local, en la fiscalía y en el tribunal.

Entretanto, alrededor de las once de la mañana se desplazaron dieciséis tanques, dos transportes blindados de personal y treinta vehículos, desde una guarnición de Poznan, la Escuela de Oficiales de formaciones blindadas y mecánicas, para proteger los edificios atacados.

Pero no se produjo ningún intercambio de disparos entre ellos y los insurgentes. Los soldados entablaron conversaciones amigables con los manifestantes; algunos informes señalan que fueron tomados dos tanques y desarmadas algunas tropas.

Después de eso, el general soviético Rokosovski, ministro de Defensa Nacional, que estaba al mando de todas las fuerzas armadas en Polonia, decidió tomar personalmente el control de la situación y esta cambió dramáticamente.

TANQUES CONTRA LA APERTURA

Rokosovski envió a su adjunto, el general polaco-soviético Stanislav Poplavski y a un grupo de oficiales soviéticos de bajo rango, con la orden de sofocar la rebelión de manera consistente. Había que poner fin a las manifestaciones tan pronto como fuera posible, para evitar que se produjera una situación similar a la sublevación de 1953 en Alemania del Este, en la cual una protesta similar, no acallada a tiempo, se propagó por todo el país.

Los oficiales rusos llegaron a las dos de la tarde al aeropuerto de Poznan y tomaron el mando. Poplavski no se molestó en usar militares locales de las guarniciones de Poznan, en su lugar tomó otras tropas del Distrito Militar de Silesia y llamó a tropas especiales del Polígono de Biedrusko, una gran base militar al norte del país y totalmente fuera de los límites jurisdiccionales de Poznan.

A las tropas se les dijo que los manifestantes estaban liderados y organizados por «provocadores alemanes» que pretendían oscurecer la imagen polaca durante la Feria Internacional de Poznan que estaba en curso.

A las siete y media de la mañana del 29 de junio, llegó el primer

ministro y declaró en la estación radiofónica local que «cualquier provocador o lunático, que levantara su mano contra el gobierno del pueblo, podía estar seguro de que esa mano sería cortada».

A eso de las cuatro de la tarde 10 300 soldados, bajo el mando de Poplavski, entraron en Poznan. Durante dos horas, una procesión de cuatrocientos tanques, vehículos blindados, cañones de campaña y camiones llenos de soldados atravesaron la ciudad y la rodearon.

Bajo las órdenes del general polaco-soviético Poplavski, esas fuerzas fueron las encargadas de sofocar la manifestación y al efecto dispararon a los manifestantes civiles, produciendo numerosos muertos y heridos.

A las nueve de la noche comenzaron los arrestos. Los detenidos fueron llevados al aeropuerto de Lawica, donde los sometieron a un interrogatorio brutal; setecientas cuarenta y seis fueron las personas detenidas hasta el 8 de agosto.

Las protestas continuaron hasta el 30 de junio, cuando las tropas finalmente tomaron el control de la ciudad, después de intercambiar disparos con algunos manifestantes.

El número de víctimas es objeto de debate académico. El historiador Lukasz Jastrzq, del Instituto de Memoria Nacional, estima que hubo cincuenta y siete muertos y unos quinientos heridos; mientras que otro académico del mismo instituto, Stanislaw Jankowiak, calcula la cifra en cien muertos y seiscientos heridos. La lista oficial de víctimas, aprobada por el gobierno comunista, y redactada en 1981, establece la cifra de fallecidos en setenta y cuatro.

Alrededor de doscientas cincuenta personas se arrestaron en los primeros días, de las cuales ciento noventa y seis eran obreros. Varios centenares más fueron arrestadas durante las siguientes semanas. El abogado que los defendió, Stanislaw Hejmowski, sufrió represalias por declarar que las acciones del gobierno habían causado la muerte de civiles inocentes.

El gobierno fracasó en sus intentos de coaccionar a los detenidos para que confesaran que habían sido provocados, por servicios secretos extranjeros (occidentales), lo cual se convirtió en la versión oficial del gobierno en los años posteriores.

Las autoridades comunistas censuraron toda información sobre los eventos de Poznan durante un cuarto de siglo. Se prohibió que

los historiadores tuvieran acceso a fuentes de investigación y la campaña fue efectiva, eliminando cualquier mención de los eventos de junio de 1956 en las fuentes oficiales.

No obstante, el recuerdo de lo sucedido permaneció en la memoria de los manifestantes y miembros de la oposición. Una de las primeras iniciativas emprendidas por el sindicato independiente Solidaridad después del Acuerdo de Gdansk, fue la construcción de un monumento que conmemorara los eventos de junio de 1956.

El 21 de junio de 2006, para conmemorar el Cincuenta aniversario de los eventos, la Cámara Baja polaca declaró el 28 de junio como día festivo en Polonia con el nombre de «Día del Recuerdo de junio de 1956 en Poznan».

SE LOGRA MAYOR AUTONOMÍA

Muchos historiadores consideran que las protestas de Poznan de 1956 fueron un hito importante en la historia moderna de Polonia y uno de los eventos que precipitaron más tarde la caída del comunismo en ese país.

Las protestas no fueron motivadas inicialmente por una ideología anticomunista, ya que las demandas de los trabajadores eran mayormente de naturaleza económica y se centraban en mejores condiciones laborales más que en algún otro objetivo político. Los trabajadores cantaron «La Internacional» y sus pancartas decían «Exigimos pan».

La incapacidad sistemática del gobierno para cumplir con las demandas económicas básicas fue lo que condujo a la petición de un cambio político, pero incluso durante la historia de Solidaridad pocos reclamaron amplias reformas políticas, aunque también es cierto que las protestas de Poznan fueron un paso importante para el logro de un gobierno polaco con menor control soviético.

Inicialmente, se etiquetó a los manifestantes como «agentes provocadores contrarrevolucionarios e imperialistas». Poco después, sin embargo, la jerarquía del partido reconoció que los disturbios habían despertado un movimiento nacionalista y cambiaron de opinión. Los salarios fueron incrementados en un 50 % y se prometió un cambio económico y político.

Las manifestaciones de junio de 1956 de Poznan no fueron las únicas. La protesta social se reanudó con furia ese otoño. La actividad en las calles alcanzó su momento crítico durante, e inmediatamente después, del VIII Pleno del Comité Central del partido que tuvo lugar del diecinueve al 21 de octubre.

En ese pleno, el primer ministro polaco Edward Ochab nominó a Wladyslaw Gomutka como primer secretario del Partido. Gomulka era un comunista moderado, que se había indispuesto con la línea dura de la facción estalinista. Había sido purgado por Bierut y estaba en prisión desde 1951.

Gomulka podía ser aceptable para ambas líneas comunistas: para los reformistas que defendían la liberalización del sistema y para la línea dura que se había dado cuenta de que era necesario llegar a un compromiso.

Gomulka pidió que le dieran poder real para implementar reformas e impuso como condición específica que el mariscal soviético Rokosovski, que había movilizado tropas contra los trabajadores de Poznan, fuera removido del Politburó polaco y del ministerio de Defensa, demanda que fue aceptada por Ochab. Inimputable por los escándalos del estalinismo, Gomulka era aceptable para las masas polacas, pero al principio era visto con mucha sospecha por Moscú.

En los últimos diez días de octubre, los monumentos y símbolos del ejército rojo, despreciados por los polacos, fueron atacados: las estrellas rojas se arrancaron de los tejados de las casas, fábricas y escuelas; se desmantelaron las banderas rojas; retratos de Rokosovski, que recordaban la expulsión de las fuerzas alemanas nazis de Polonia, se tacharon con pintura, se realizaron intentos de entrar por la fuerza en las casas de ciudadanos soviéticos, mayormente en la Baja Silesia, hogar de muchas tropas soviéticas.

No obstante, las manifestaciones de octubre fueron menos políticas que las de junio. Las autoridades comunistas no fueron desafiadas tan abierta e inequívocamente, como lo habían sido en junio. Los eslóganes anticomunistas que habían prevalecido en el levantamiento de junio, como «Queremos elecciones libres», «Abajo la dictadura comunista» o «Abajo el partido», fueron mucho menos numerosos y las sedes del partido no fueron atacadas.

El liderazgo soviético vio los sucesos de Polonia con alarma. La

desestalinización también estaba en camino en la Unión Soviética con Kruschov, pero los dirigentes soviéticos no vieron aceptable el grado de reforma democrática que los polacos deseaban. En Moscú, se consideraba que cualquier tendencia hacia la democracia, en un país del bloque, podía llevar a la destrucción del comunismo y a la pérdida de la influencia soviética en la región.

La URSS no estaba preocupada solamente por las implicaciones políticas de una reforma, sino también por sus implicaciones económicas. La Unión Soviética había invertido fuertemente en Polonia. Había financiado la industria polaca, era el principal socio comercial de Polonia y decidía qué productos tenían que producir. Los soviéticos compraban productos e importaban bienes de Polonia que no eran ya producidos dentro de su país.

Las economías polaca y soviética estaban fuertemente integradas; cualquier reforma, fuera política o económica, en uno de ambos países tendría inevitablemente un gran impacto en el otro. Por ello, la idea de una economía polaca independiente no era realista. A su vez Polonia había sido forzada a depender de los soviéticos por tanto tiempo que cortar ese vínculo abruptamente resultaría desastroso.

La elección de Gomulka se tomó a pesar de las amenazas de Moscú de invadir Polonia si el partido optaba por nombrarlo. Una delegación de alto nivel del Comité Central del
PCUS
voló a Polonia en un intento de bloquear el retorno de Gomulka a la dirección del partido. Fue liderada por Nikita Kruschov e incluyó a Anastas Mikoyan, Nikolai Bulganin, Viacheslav Molotov, Lazar Kaganovich e Ivan Konev, entre otros. Las negociaciones fueron tensas. Tanto las tropas polacas como las soviéticas se pusieron en alerta, y desarrollaron «maniobras» que fueron como amenazas apenas veladas.

Por su parte, los dirigentes polacos señalaron que deseaban un comunismo más nacional. La Unión Soviética debía dejar de controlar directamente al pueblo polaco. En este sentido, el aperturismo de Kruschov jugaba en su propia contra. Durante el estalinismo, la Unión Soviética había colocado a los polacos amigos de Moscú, o a los mismos rusos, en posiciones políticas importantes en Polonia; incluso, en 1956, el ministro de Defensa de Polonia era

ruso, aunque de origen polaco.

Tras haber denunciado el estalinismo de forma tan vehemente, Kruschov no podía retroceder y volver a imponer a otros rusos como dirigentes polacos.

Por otra parte, conocedores del clamor popular, los dirigentes polacos necesitaban que los soviéticos no ejercieran un control directo, pero entendían que no podían exigir concesiones que hicieran peligrar sus relaciones con el bloque comunista.

Por ello, Gomulka pidió una mayor autonomía y permiso para llevar a cabo algunas reformas, pero también aseguró a los soviéticos que las reformas polacas eran meros asuntos internos y que Polonia no tenía intención de abandonar el comunismo ni sus tratados con la Unión Soviética.

Los soviéticos también fueron presionados por los chinos para satisfacer las demandas polacas y además se vieron más preocupados por los acontecimientos en Hungría. Finalmente, cuando Gomulka aseguró que no alteraría los fundamentos básicos del comunismo polaco, Kruschov retiró la amenaza de invasión y accedió a transigir, y Gomulka fue confirmado en su nuevo cargo.

La postura de los dirigentes polacos contribuyó a la dimensión, relativamente moderada, de la protesta social en octubre. La imagen de los nuevos dirigentes comunistas polacos fue percibida positivamente por muchos ciudadanos, que vieron que también los dirigentes polacos se oponían a la dominación soviética.

Así, Gomulka fue apoyado de manera entusiasta por una gran mayoría de la sociedad, no como líder comunista, sino como líder de una nación que, al resistir a las demandas soviéticas, encarnaba el anhelo nacional de independencia y soberanía.

Su nombre fue coreado, junto con eslóganes antisoviéticos, en miles de concentraciones: «Vete a casa, Rokosovski», «Abajo con los rusos», «Larga vida a Gomulka», «Queremos una Polonia libre». Su imagen antisoviética se exageró y mitificó al subrayarse su línea antiestalinista en 1948, así como los años de encarcelamiento que había sufrido. La transición que experimentó el comunismo en Polonia introduciendo una moderada apertura fue conocida como el Octubre polaco.

A pesar de todo, los disturbios continuaron hasta finales de año. El 18 de noviembre, los manifestantes destruyeron la sede de la

milicia y el equipo de interferencia radial en Bydgoszcz. El 10 de diciembre, una multitud en Szczecin atacó edificios públicos, incluyendo una prisión, la oficina del fiscal de la nación, la sede de la milicia y el consulado soviético. En todo el país, la gente criticaba a la policía de seguridad y pedía la disolución del Comité de Seguridad Pública y el castigo de los funcionarios culpables.

Se pidió que se denunciara a los colaboradores de la policía secreta y presuntos colaboradores fueron asaltados. En muchas localidades, se reunieron multitudes fuera de la sede de la policía secreta, gritaban eslóganes hostiles y rompían las ventanas.

Tuvieron lugar mítines públicos, manifestaciones y marchas callejeras en cientos de pueblos en todo Polonia. Los mítines eran usualmente organizados por las células locales, autoridades locales y sindicatos. Sin embargo, los organizadores oficiales tendían a perder el control cuando el contenido político iba más allá de su propósito inicial.

Tuvo lugar una intensificación del sentimiento religioso… Se cantaban himnos y se pedía la liberación del cardenal Wyszynski y la reincorporación de obispos silenciados, así como la reintroducción de educación religiosa y de crucifijos en los salones de clase.

El nacionalismo fue la argamasa de la movilización de masas y dominó los mítines públicos, durante los cuales las personas cantaban el himno nacional y otras canciones patrióticas, pidiendo el retorno del águila blanca a la bandera, el uso de los uniformes tradicionales del ejército y atacaban la dependencia de Polonia hacia la Unión Soviética y sus militares.

Pedían la devolución de los territorios polacos, anexionados por la Unión Soviética, una explicación por la masacre de Katyn y la eliminación de la lengua rusa de los planes educativos.

Muchas de estas peticiones no prosperaron porque el pragmatismo de Gomulka, temeroso de una invasión soviética, no las tomó en consideración. Una mayoría de polacos entendió y valoró estas circunstancias y dio su apoyo a Gomulka, lo que contribuyó a la legitimación del dominio comunista en Polonia, si bien incorporó sentimientos populares nacionales y antisoviéticos. En Polonia la protesta se centró en aspectos más pragmáticos mientras que, como veremos, en Hungría tuvo un contenido mucho

más político y anticomunista.

Gomulka permaneció en el poder hasta el 20 de diciembre de 1970 en que fue sustituido por Edward Gierek como nuevo secretario general del partido.

1980: SOLIDARIDAD, EL SINDICATO

Un cuarto de siglo más tarde, en agosto 1980, los obreros polacos, de los astilleros de Gdansk, ejercieron una gran presión para que el gobierno les permitiera constituir sindicatos independientes del partido, reclamación que, sin éxito, se había hecho en Checoslovaquia en 1968 en la Primavera de Praga. El presidente de gobierno Edward Gierek, el 31 de agosto, permitió su registro y constitución.

No obstante, las huelgas promovidas por ese sindicato por la subida de los precios de los bienes de consumo dieron lugar a que Breznev convocara a Gierek exigiéndole soluciones, en particular por el bloqueo que la huelga había hecho de la red ferroviaria, lo que afectaba a la
URSS
.

El ministro de Defensa Jaruzelski no consideró conveniente el empleo del ejército y aconsejó dejar pasar el tiempo. Gierek fue sustituido, el 6 de septiembre de 1980, por Kania al frente de la secretaría del partido, para buscar soluciones.

El 17 de septiembre de 1980, se realizó un congreso en el que más de veinte sindicatos libres se fusionaron en el sindicato Solidaridad que se inscribió oficialmente como sindicato el 10 de noviembre de 1980.

Tres meses más tarde, el 6 de diciembre de 1980, Kania se reunió con Leónidas Breznev, el cual le amenazó con una invasión rusa de Polonia, para normalizar el país, si Kania no ponía orden. Le llegó a mostrar un mapa en el que aparecía el itinerario que seguirían las tropas rusas para hacerse con el control de Polonia. Kania le hizo ver que esa hipotética invasión produciría una reacción antisoviética, incluso por parte de diversos sectores del régimen comunista polaco. Finalmente, Breznev paralizó la

invasión.

La política contemporizadora del presidente Kania, tanto con los obreros como con la Iglesia, fracasó por la radicalización de las protestas, de ahí que el Comité Central del partido le obligara a presentar la dimisión el 18 de octubre de 1981, siendo sustituido por el general Jaruzelski.

A fines de 1981 Solidaridad tenía casi once millones de miembros y seguía con sus movilizaciones. El 13 de diciembre de 1981, el presidente Jaruzelski declaró la ley marcial, posiblemente para demostrar a Moscú que su país podía poner orden en sus propios asuntos sin necesidad de intervención del Kremlin.

Encarceló a la mayoría de los dirigentes de Solidaridad y prohibió su funcionamiento. La ley marcial ocasionó muertes que se cifraron oficialmente en una docena. Sin embargo, una comisión parlamentaria entre 1989 y 1991 dio una estadística de unas noventa víctimas mortales.

En julio de 1983 se levantó la ley marcial, si bien Solidaridad persistió solamente como organización clandestina. No obstante, a finales de los ochenta, aprovechando la apertura realizada por Gorbachov en el comunismo, Solidaridad promovió huelgas a nivel nacional en 1988 que forzaron al gobierno a negociar con el sindicato, el cual dejó de presentarse exclusivamente como asociación de trabajadores e hizo públicas sus pretensiones de ser un partido político y de participar en unas elecciones libres.

El gobierno de Jaruzelski accedió, en un exceso de confianza, estimulado por Mijail Gorbachov, que pretendía experimentar con nuevas posibilidades, y convocó elecciones, que ganó Solidaridad lo que hizo posible que el 24 de agosto de 1989 se nombrara a Tadeus Mazowiecki, miembro de Solidaridad, como primer ministro, no comunista, de Polonia.

1956 HUNGRÍA

En 1948 el comunismo había tomado el poder de forma absoluta en el país. Rakosi, secretario general del partido comunista húngaro desde 1945 y ferviente estalinista, era quien realmente manejaba los hilos del poder. La economía húngara, bajo directrices comunistas, no funcionaba y la población percibió una gran caída de su nivel de vida.

De 1950 a 1952, la policía política reubicó de manera forzada a miles de personas para obtener propiedades y alojamientos para los miembros del Partido de los Trabajadores Húngaros, así como para eliminar la amenaza de la clase intelectual y burguesa. La penuria económica y la impopularidad de la intensa represión dieron lugar a que el propio Rakosi, en agosto de 1952, asumiera la posición de primer ministro, pero no consiguió mejorar la situación social.

La muerte de Stalin, en marzo de 1953, abrió la puerta en la URSS a la formulación de críticas. En ese contexto, en junio de 1953, Rakosi y otros líderes del partido comunista húngaro fueron convocados a Moscú, donde fueron criticados por el fracaso de la economía. Para apaciguar las críticas soviéticas, se aceptó el modelo de liderazgo soviético compartido, cediendo Rakosi el puesto de primer ministro y conservando la posición de secretario general del partido.

Así en julio de 1953, se nombró primer ministro al comunista Imre Nagy, que había sido un modesto colaborador del gobierno de Bela Kun en 1919, y posteriormente ministro de Agricultura (1944-1945) y ministro del Interior (1945-1946).

Imre Nagy, al presentar el 4 de julio de 1953, su programa de gobierno, hizo fuertes críticas al gobierno saliente de Rakosi. *El nivel de vida de la clase obrera había descendido. El ritmo de la colectivización de la agricultura era muy forzado. Se daba un tratamiento indigno a los intelectuales. Había que cambiar de*

actitud frente a las iglesias.

En su programa prometió elevar el nivel de vida, aumentar la producción de artículos de consumo, disolver los campos de internamiento, dar libertad para elegir el lugar de trabajo, posibilidad de abandonar las empresas colectivas para volver a la economía privada, garantía de la propiedad privada en el campo, autorización del libre arrendamiento de las tierras, sanciones contra las extralimitaciones de los funcionarios y organismos estatales.

No obstante, Rakosi desde su posición, como secretario general del partido, bloqueó y limitó el alcance de muchas de las reformas que Imre Nagy pretendía realizar. Así el decreto de amnistía excluyó a los condenados por «crímenes de guerra», «crímenes contra el pueblo» y «contra el orden democrático del Estado». El decreto de supresión de las deportaciones y disolución de los campos no incluyó permitir a los exdeportados regresar a sus domicilios habituales y no hizo mención de los campos de trabajos forzados. El decreto sobre la posibilidad de abandonar las empresas colectivas agrarias se aprobó, pero con unas condiciones que hacían prácticamente imposible salir de ellas.

Todas estas limitaciones redujeron en gran medida el alcance de los decretos de Nagy, impidiendo que se obtuvieran los resultados políticos y económicos deseados.

El 8 de febrero de 1955 se produjo la caída y destitución del primer ministro soviético Malenkov, que era promotor y protector de Imre Nagy. El 19 de febrero, Radio Budapest comunicó que «*Imre Nagy se encontraba enfermo desde hacía tiempo y que no se podía contar con su restablecimiento hasta el mes de abril*». La realidad fue que el 18 de abril de 1955, Imre Nagy el partido lo destituyó de su cargo de primer ministro y sustituido por Andras Hegeduss.

La política de Nagy fue condenada oficialmente por el partido por su «desviación derechista»: *Imre Nagy se encuentra con sus opiniones políticas en grave contradicción con la política general de nuestro Partido, con los intereses de la clase obrera; el compañero Nagy se proponía frenar las fuerzas motoras de la construcción socialista, Intentaba limitar y oscurecer el papel director del Partido*.

SE PIDE LIBERTAD POLÍTICA

El poder de Rakosi, desde la sombra, se vio también socavado por el famoso discurso de Nikita Kruschov, en febrero de 1956, durante XX Congreso del partido comunista de la
URSS
, en el que denunció las políticas y los crímenes de Stalin y de sus imitadores en Europa del Este. Esto dio lugar a que, el 18 de julio de 1956, Rakosi fuera cesado como secretario general del partido por orden de Moscú.

Sin embargo, logró asegurar, aunque por breve tiempo, el nombramiento como sucesor al frente del partido, de Erno Cero, el cual —como ya vimos— era un duro estalinista, que durante la Guerra Civil español intervino directamente en la tortura y asesinato, en 1937, del marxista Andrés Nin.

La renuncia de Rakosi, en julio de 1956, animó a los estudiantes, escritores y periodistas a ser más activos y críticos en la política. Los estudiantes y los periodistas empezaron una serie de fórums intelectuales donde examinaban los problemas que enfrentaba Hungría. Estos fórums se hicieron muy populares y atrajeron a miles de participantes. Soplaban vientos de cambio muy fuertes.

El 3 de octubre de 1956, el Comité Central del Partido de los Trabajadores Húngaros denunció que Laslo Rajk, y otros, habían sido injustamente ejecutados, por falsos cargos promovidos por Rakosi en 1949.

El 6 de octubre de 1956, se exhumó el cadáver de Laslo Rajk para ser sepultado nuevamente en una ceremonia emotiva que fortaleció a la oposición dentro del partido. Más tarde, en ese mes, el reformista Imre Nagy sería rehabilitado como miembro del partido comunista húngaro.

La tarde del 23 de octubre de 1956, ante unos veinte mil manifestantes, el presidente del sindicato de escritores leyó un manifiesto a la multitud, los estudiantes leyeron sus proclamas y la multitud cantó la censurada «Canción Nacional», cuyo estribillo dice: *Juramos que no permaneceremos más tiempo como esclavos*. Alguien en la multitud quitó el escudo comunista de la bandera húngara, dejando un hueco distintivo. Otros lo imitaron rápidamente.

Artillería pesada soviética en las calles de Budapest bajo una bandera con el escudo arrancado. Octubre 1956 (©American Hungarian Federation)

Posteriormente, la mayor parte de la multitud cruzó el Danubio para unirse a los manifestantes que se encontraban en las afueras del edificio del Parlamento. Hacia las seis de la tarde, la multitud había aumentado a más de doscientas mil personas. La manifestación era bulliciosa, pero pacífica.

Sobre las ocho de la tarde el secretario general, Erno Gero, transmitió un discurso en el que condenaba las demandas de los escritores y los estudiantes y calificaba a los manifestantes de turba reaccionaria. Ante esta actitud, algunos integrantes de la manifestación decidieron derribar el monumento a Stalin, una estatua de bronce de diez metros de alto, que había sido erigida en 1951 en el lugar donde anteriormente se encontraba una iglesia, que fue demolida para colocar el monumento.

A las nueve y media de la noche, la estatua fue echada abajo mientras que la multitud, jubilosa, lo celebraba colocando banderas húngaras en las botas de Stalin que fue lo único que quedó de la estatua.

Aproximadamente al mismo tiempo, una gran muchedumbre se reunió en el edificio de la Radio Budapest que estaba fuertemente protegido por la
AVH
, la policía política. Una delegación que intentaba difundir sus demandas fue detenida y la multitud se tornó progresivamente agresiva, mientras se difundían rumores de que los manifestantes habían sido tiroteados.

La AVH hizo algunas detenciones y trató de dispersar la muchedumbre con gas lacrimógeno. Cuando los protestantes intentaron liberar aquellos que se habían detenido, la policía abrió fuego sobre la multitud, provocando amotinamientos en todas partes de la capital.

Después la
AVH
trató de reabastecerse escondiendo armas dentro de una ambulancia, pero la multitud detectó el ardid e interceptó el vehículo. Soldados húngaros enviados para relevar a la
AVH
dudaron y quitaron las estrellas rojas de sus gorras para tomar partido con la muchedumbre.

Los manifestantes, como reacción al ataque de la AVH, incendiaron coches de policía, se apoderaron de armas de los depósitos militares y las distribuyeron entre la gente, mientras que se destruían todos los símbolos del régimen comunista.

Durante la noche del 23 de octubre, el secretario del partido comunista húngaro, Erno Gero, solicitó la intervención militar soviética para «*sofocar una manifestación que estaba alcanzando una escala sin precedentes*». Los líderes soviéticos habían formulado planes de contingencia para una intervención en Hungría varios meses antes. Hacia las dos de la madrugada del 24 de octubre, tanques soviéticos entraron en Budapest, bajo las órdenes del ministro de Defensa ruso.

El Comité Central del partido llamó a Imre Nagy para salvar la situación, y al día siguiente le encargó que asumiera como primer ministro, y que formara un nuevo gobierno. Nagy ofreció, como punto de partida de la futura evolución política, su programa de 1953, prometiendo la democratización de la vida pública, la elevación del nivel de vida y la construcción de un socialismo «conforme al específico carácter húngaro».

El 24 de octubre, los tanques soviéticos se encontraban posicionados fuera del edificio del Parlamento y soldados soviéticos custodiaban los puentes claves y los cruces de calles. Los revolucionarios armados montaron barricadas para defender la ciudad y se informó que habían capturado algunos tanques soviéticos a media mañana.

IRA ANTICOMUNISTA

El 24 de octubre, Imre Nagy reemplazó a András Hegedus como primer ministro. Por la radio Nagy hizo un llamamiento al fin de la violencia y prometió iniciar las reformas políticas que habían sido pospuestas tres años antes. La población continuó armándose y se apoderaron del edificio de la radio. En las oficinas del periódico comunista «Gente Libre», manifestantes desarmados fueron tiroteados por guardias de la AVH

, que huyeron cuando llegaron manifestantes armados. A partir de aquí, la ira de los revolucionarios se enfocó en la AVH. Las unidades militares soviéticas todavía no habían entablado combate y corrieron rumores de que algunas tropas soviéticas mostraban su simpatía hacia los manifestantes.

El 25 de octubre, una masa se reunió frente al edificio del Parlamento. Unidades de la
AVH
empezaron a disparar a la multitud desde los tejados de los edificios vecinos. Algunos soldados soviéticos respondieron con disparos a la
AVH
, creyendo erróneamente que eran ellos los objetivos del tiroteo. Algunas personas de la multitud empezaron a disparar, con las armas tomadas de la
AVH
o dadas por los soldados húngaros que se unieron a la revuelta.

Los tanques soviéticos abrieron fuego sobre los manifestantes en la Plaza del Parlamento. Un periodista en la escena vio doce cadáveres y estimó que ciento setenta habían sido heridos. Sobresaltado por estos acontecimientos, el Comité Central del Partido de Trabajadores húngaro forzó a Erno Gero a dimitir y lo sustituyó por Janos Kadar, como secretario general del partido.

Imre Nagy fue a la Radio, anunció que había asumido el mando como primer ministro y prometió *la democratización de gran alcance de la vida pública húngara, la realización de un camino húngaro al socialismo de acuerdo con nuestras propias características nacionales, y la realización de nuestro objetivo nacional más alto: la mejora radical de las condiciones de vida de los trabajadores*.

Este nuevo gobierno abolió tanto la
AVH
como el sistema unipartidista. Los ataques en la zona del Parlamento forzaron el colapso del gobierno. El primer secretario del partido comunista Erno Gero y el ex primer ministro Andras Hegedus huyeron a la Unión Soviética.

Los revolucionarios empezaron una ofensiva agresiva contra las tropas soviéticas y los remanentes de la AVH. Mientras la

resistencia húngara peleaba contra los tanques soviéticos usando cócteles molotov en las estrechas calles de Budapest, surgían consejos revolucionarios a nivel nacional que asumían la autoridad gubernamental local y convocaban a huelgas generales.

Símbolos públicos comunistas, tales como las estrellas rojas y los monumentos conmemorativos de guerra soviéticos fueron retirados y libros comunistas quemados.

Surgieron milicias revolucionarias espontáneas, como el grupo de cuatrocientos hombres, liderados por Josef Dudas, que atacaron y mataron a simpatizantes soviéticos y a miembros de la AVH. Las unidades soviéticas lucharon principalmente en Budapest. En otras partes, en zonas rurales, la situación estaba mayormente tranquila.

Los comandantes soviéticos a menudo negociaron a nivel local ceses del fuego con los revolucionarios. En algunas regiones, las fuerzas soviéticas lograron sofocar la actividad revolucionaria. En Budapest, la lucha contra los soviéticos llegó a un punto muerto y las hostilidades empezaron a decaer.

El 28 de octubre, Nagy y un grupo de sus partidarios, incluyendo a Janos Kadar, Geza Losonczy, Antal Apro, Karoly Kiss, Perene Münnich y Zoltan Szabo, consiguieron hacerse con el control del Partido de los Trabajadores húngaro. Al mismo tiempo, consejos de los trabajadores revolucionarios y comités locales se crearon por todas las regiones de Hungría, rechazando a las autoridades comunistas implantadas por los rusos.

El general húngaro Bela Kiraly, que estaba condenado a cadena perpetua por razones políticas, fue liberado, actuó en apoyo del gobierno de Nagy y trató de restaurar el orden unificando elementos de la policía, ejército y grupos insurgentes en una Guardia Nacional. Se concertó un alto el fuego el 28 de octubre y dos días después, la mayoría de las tropas soviéticas se habían retirado de Budapest a sus guarniciones en las afueras de la ciudad.

El cambio de mando en el partido se vio reflejado en los artículos del periódico del gobierno «*Szabad Nep*» (en húngaro, Gente Libre). El 29 de octubre, el periódico dio la bienvenida al nuevo gobierno y abiertamente criticó las tentativas soviéticas de influir en la situación política en Hungría. Esta visión fue apoyada por la Radio Miskolc, que pidió la retirada inmediata de tropas soviéticas del país.

El control local no estuvo siempre exento de episodios sangrientos. En Debrecen, y otras ciudades, multitud de manifestantes fueron tiroteados por la
AVH
, con muchas pérdidas de vidas. La
AVH
fue desarmada, a menudo por la fuerza, en muchos casos con ayuda de la policía local.

El 30 de octubre, Imre Nagy anunció que liberaba al cardenal Josef Mindszenty y otros presos políticos. También informó que su gobierno iba a autorizar la formación de partidos políticos. La decisión más polémica de Nagy tuvo lugar el uno de noviembre, cuando anunció que Hungría tenía la intención de retirarse del Pacto de Varsovia, y proclamar la neutralidad del país. Pidió a las Naciones Unidas que viera la posibilidad de librar a Hungría de la invasión de la Unión Soviética y que garantizase la libertad del país y sus decisiones.

LOS TANQUES APLASTAN LA REBELIÓN

El 3 de noviembre, Nagy anunció los detalles de su gobierno de coalición. Incluyó a tres comunistas (Janos Kadar, Georg Lukacs, Geza Losonczy), a tres miembros del Partido de Minifundistas (Zoltan Tildy, Bela Kovacs e Istvan Szabo), a tres socialdemócratas (Anna Kethly, Gyula Keleman, Joseph Fischer), y a dos del Partido de los Campesinos Petofi (Istvan Bibo y Perene Farkas). Pal Maleter sería designado ministro de Defensa.

Andropov, que era el embajador soviético en Hungría desempeñó un pape clave en aplastar la rebelión. Por un lado, convenció a un reticente Kruschov de que la intervención militar era necesaria. Por otro, astutamente, engañó al primer ministro Imre Nagy, haciéndole creer que el ejército soviético no iba a volver a entrar en Hungría.

Sin embargo, el 4 de noviembre de 1956, Kruschov, líder de la Unión Soviética, dio la orden al Ejército Rojo para que acabara con la rebelión en Hungría. Los tanques soviéticos, en una intervención relámpago capturaron, en la madrugada del 5 de noviembre,

campos de aviación, intersecciones viales y puentes importantes para aislar los posibles despliegues del ejército húngaro. Hubo enfrentamientos por todo el país, pero las fuerzas húngaras fueron rápidamente derrotadas.

Durante la Revolución Húngara de 1956, murieron aproximadamente tres mil húngaros y setecientos soviéticos. Imre Nagy fue detenido y sustituido por Janos Kadar, como principal cabeza del partido. Nagy fue encarcelado hasta su ejecución en 1958. Otros ministros de su gobierno también fueron ejecutados o murieron en cautiverio incluyendo a Pal Maleter, Geza Losonczy, Attila Szigethy y Miklos Gimes.

Para Andrópov la «tragedia húngara» fue un excelente trampolín para el despegue vertiginoso de su carrera. El embajador, que ya a principios de 1957 se había distinguido en Hungría, fue creciendo hasta encabezar un departamento del Comité Central del PCUS, creado especialmente para él, que administraba las relaciones con los partidos comunistas de los países comunistas.

El nuevo líder de Hungría, Janos Kadar, reprimió duramente a los participantes en las acciones revolucionarias, encarceló a veintiún mil seiscientos disidentes, internó a trece mil y ejecutó a cuatrocientos. Más adelante, en los primeros años de la década de 1960, Kadar anunció una nueva política bajo el lema «*El que no está contra nosotros está con nosotros*». Declaró una amnistía general, frenó, gradualmente, algunos excesos de la policía secreta, e introdujo un camino cultural y económico relativamente liberal en el contexto de Europa del Este, pero claramente una dictadura policial y económica bajo los estándares de Europa Occidental.

1968: CHECOSLOVAQUIA

El 14 de marzo de 1957, Antonin Novotny, accedió al cargo de secretario general del partido comunista checo y en noviembre asumió el cargo de presidente de Checoslovaquia. Era la época en que Kruschov, había dado su famoso Informe Secreto al XX Congreso del
PCUS
, en febrero de 1956 y había iniciado una cierta apertura en la
URSS
.

En ese contexto, Novotny, inició la desestalinización de Checoslovaquia, si bien a un ritmo más lento que la mayoría de los otros Estados del Bloque del Este. Por ejemplo, no aceptó, hasta 1960, sacar de prisión al comunista Gustav Husav que, en 1950 había sido procesado, acusado de nacionalismo burgués eslovaco, detenido en 1951 y condenado a cadena perpetua en 1954. Asimismo, demoró su rehabilitación, hasta 1963, como militante del partido comunista. Conviene recordar que Gustav Husak, tampoco era un ángel pues entre 1946 y 1950 actuó *de facto* como primer ministro de Eslovaquia y, como buen comunista, contribuyó a las purgas contra el anticomunista Partido Democrático de Eslovaquia que había ganado las elecciones en esa región con el 62 % de los votos.

Novotny también se demoró, hasta 1967, en rehabilitar a los ejecutados en noviembre de 1952, en los juicios de Slansky, acusados de haber organizado un «complot sionista». Sobre el proceso Slansky el director Costa-Gavras rodó el film «*La Confesión*», cuyo guión, basado en el libro de uno de los supervivientes del proceso, fue escrito por Jorge Semprún, ministro de cultura de Felipe González.

A principios de la década de 1960, Checoslovaquia sufrió una recesión económica. Novotny intentó reestructurar la economía poniendo en marcha el Nuevo Modelo Económico de 1965, cuyo teórico principal era el economista Ota Sik, considerado el padre de las reformas económicas checas. Todas ellas fallaron, como también

le ocurrió más tarde al bienintencionado Gorbachov, ya que el marco económico marxista es incompatible con la eficiencia económica.

El Nuevo Modelo Económico limitaba la planificación centralizada y daba mayor papel a los mecanismos de mercado. También pretendía basar la remuneración de los trabajadores en sus cualificaciones y competencias técnicas, a efectos de incentivar mejoras tecnológicas y de gestión.

Igualmente, en 1966 se creó una comisión estatal de gestión y organización, encaminada a darle mayor importancia a la participación de los trabajadores. Todo ello guardaba gran similitud con los intentos futuros de Gorbachov, que también fracasaron por carecer de los tres pilares imprescindibles de una buena economía productiva: el libre mercado, la iniciativa y la propiedad privada.

El Nuevo Modelo Económico de 1965, impulsó una mayor demanda de reformas políticas porque ampliaba la necesidad de poder discutir, con mayor libertad, los temas económicos. A medida que el régimen flexibilizó sus reglas, la Unión de Escritores Checoslovacos comenzó a expresar, con cautela, el descontento de la población y sugirió que la literatura debería ser independiente de la doctrina del partido.

Hacia finales de 1967, en una reunión del partido, se decidió que se tomarían medidas administrativas contra los escritores que habían expresado abiertamente su apoyo a un proceso de reformas. Miembros del partido que luego se convirtieron en importantes reformadores, como el propio Dubcek, respaldaron entonces esas medidas de sanción.

SOCIALISMO CON ROSTRO HUMANO

El presidente Antónín Novotny fue criticado por Alexander Dubcek, que era primer secretario del partido comunista de Eslovaquia, en una reunión del Comité Central. Novotny invitó a Leonid Breznev, líder de la
URSS
a una reunión en Praga en diciembre.

El 5 de enero de 1968, Breznev, al ser informado del alcance de

la oposición a Novotny dentro del partido, apoyó su sustitución por Dubcek lo que dio lugar a que este asumiera, el puesto de secretario general del partido comunista de Checoslovaquia, en sustitución de Novotny.

Dubcek puso entonces en marcha reformas aperturistas durante el periodo conocido como la Primavera de Praga, declarando que el partido perseguía una política de «socialismo con rostro humano», que implicaba una reducción del control burocrático y cierta tolerancia hacia los deseos y necesidades de los ciudadanos. Dubcek, dirigió el intento de democratizar el Estado y las estructuras internas del partido, y abrir la nación a los países occidentales. En este periodo florecieron las artes y algunos artistas anticomunistas, como el dramaturgo Vaclav Havel, se incorporaron a la escena.

El 4 de febrero, un mes después del nombramiento de Dubcek como secretario general y en aplicación del espíritu aperturista que había manifestado, el presidente de la Unión de Escritores Checoslovacos criticó abiertamente a Novotny, anterior secretario general del partido, señalando que muchas de sus políticas impedían el progreso.

Dubcek dejó que estas críticas se expresaran y empezó a tender puentes de confianza entre los medios de comunicación, el gobierno y los ciudadanos. Sus palabras despertaron muchas esperanzas de cambio. Hizo hincapié en la necesidad de *imponer el papel de liderazgo del partido de manera más efectiva*, y declaró que la misión del partido era *construir una sociedad socialista avanzada sobre bases económicas sólidas… un socialismo que corresponda a las tradiciones democráticas históricas de Checoslovaquia, de acuerdo con la experiencia de otros partidos comunistas…*

Uno de los pasos más importantes que dio fue la reducción de la censura de prensa, que se consumó con su abolición formal el 4 de marzo de 1968.

El 22 de marzo de 1968, Novotny renunció a la presidencia de Checoslovaquia y fue reemplazado por Ludvik Svoboda, que era un candidato comunista aceptable, tanto para los checos como para los eslovacos, ya que gozaba de alta estima entre la población, por ser héroe de guerra y víctima de las purgas de principios de la década de 1950. Svoboda dio su consentimiento a las reformas

emprendidas.

El 8 de abril de 1968, Oldrich Cerník, tomó posesión del cargo de primer ministro, en el que se mantuvo hasta el 28 de enero de 1970. Desde su puesto fue uno de los artífices de las reformas democratizadoras de la Primavera de Praga, que tuvo lugar ese mismo año.

En abril, Dubcek, secretario general del partido en Checoslovaquia, lanzó su «Programa de Acción» que incluía el aumento de la libertad de prensa, la libertad de expresión y la libertad de movimiento, con énfasis económico en los bienes de consumo a la vez que abrió la posibilidad futura de un gobierno multipartidista.

El programa se basó en que el *socialismo no puede significar solo la liberación de los trabajadores del dominio de las relaciones de clase, sino que debe adoptar medidas para una vida más completa de la personalidad que cualquier democracia burguesa*.

Habló de que una transición de diez años haría posibles elecciones democráticas, así como una nueva forma de socialismo democrático que reemplazara a la situación actual.

Los que redactaron el Programa de Acción evitaron criticar las acciones del régimen comunista de la posguerra, limitándose a señalar que había medidas políticas que consideraban que habían dejado de ser útiles. Por ejemplo, reconocían que la situación inmediata de la posguerra había requerido «métodos centralistas y directivo-administrativos» para luchar contra los «restos de la burguesía». Ahora bien, añadían que, dado que la existencia de «clases antagónicas» había sido superada con los logros del socialismo, estos métodos ya no eran necesarios.

Afirmaron que se necesitaba una reforma para que la economía checoslovaca se uniera a la «revolución científico-técnica del mundo» en lugar de depender, casi de manera exclusiva, de la industria pesada, la fuerza laboral y las materias primas como se hacía desde la era estalinista. Además, dado que se había superado el conflicto de clases interno, los trabajadores ahora podrían ser debidamente remunerados por sus calificaciones y habilidades técnicas, sin contravenir el marxismo-leninismo, y que, por tanto, no había que atenerse a la rigidez e igualitarismo salarial de la era anterior.

El Programa sugirió que era necesario asegurar que las posiciones importantes fueran «*ocupadas por cuadros de expertos socialistas, capaces y educados*» para competir con el capitalismo.

Las exportaciones checoslovacas estaban disminuyendo por la competitividad, y las reformas de Dubcek pretendían resolver este problema, combinando economía planificada y mercado, cosa muy poco factible. Dentro del partido hubo diferentes opiniones sobre cómo se debería proceder para lograr esto; unos deseaban una economía mixta, mientras que otros querían que la economía siguiera siendo mayormente planificada.

Las reacciones iniciales dentro del Bloque Comunista fueron variadas. Janos Kadar, de Hungría, había apoyado el nombramiento de Dubcek, como secretario general, en enero de 1968, pero Leonid Breznev y otros se preocuparon por las reformas de Dubcek, que temían podrían debilitar la posición del Bloque Comunista durante la Guerra Fría.

El 23 de marzo, en una reunión en Dresde, Alemania Oriental, los líderes de los «Cinco de Varsovia» —Unión Soviética, Hungría, Polonia, Bulgaria y Alemania Oriental— preguntaron a la delegación checoslovaca sobre las reformas planeadas, y manifestaron que todo diálogo sobre «democratización» era preocupante.

A principios de mayo de 1968, el líder soviético Leónidas Breznev, presentó al Politburó una propuesta para realizar en Checoslovaquia ejercicios militares del Pacto de Varsovia, como forma de presión sobre los dirigentes checoslovacos para que frenasen el proceso de reformas.

Seguidamente se celebró en Moscú una reunión de los máximos representantes de cinco países del Pacto de Varsovia: Polonia, República Democrática Alemana, Hungría, Bulgaria y Unión Soviética. En ella se discutió el uso de los ejércitos de los países participantes para resolver la situación en Checoslovaquia.

El dirigente búlgaro, Todor Zivkov, fue el primer estadista en proponer oficialmente el uso de la fuerza militar contra la Primavera de Praga. En su discurso se refirió al encuentro que había mantenido en Praga con Kolder, que pertenecía al ala conservadora del partido comunista de Checoslovaquia: *El camarada Kolder me dijo abiertamente que ellos no podían cambiar la situación solo*

con medios políticos. Me pidió que dijera a los camaradas soviéticos que, sin una ayuda enérgica del exterior, las fuerzas sanas no podían resolver la situación.

Unas semanas después los conservadores checoslovacos enviaron a la cúpula soviética dos cartas sucesivas, pidiendo una intervención militar para aplastar la supuesta «contrarrevolución» que se estaba llevando a cabo en Checoslovaquia.

TANQUES SOVIÉTICOS

La presidencia checoslovaca consintió —no le quedaba otra alternativa— que se realizaran en territorio checoslovaco las maniobras de las tropas del Pacto de Varsovia, denominadas «Sumava». Comenzaron el 20 de junio de 1968. Fueron un ensayo general para la futura invasión. Al mismo tiempo, unidades soviéticas y de Alemania Oriental entrenaron en la
RDA
«el aplastamiento de la contrarrevolución en Praga».

Las maniobras del Pacto de Varsovia terminaron el 30 de junio, pero las unidades participantes retrasaban su salida. La prensa europea, que aún sentía caliente el Mayo 68 francés, empezó a prestar atención al asunto. También los ciudadanos checoslovacos querían saber cuándo se marcharían las tropas extranjeras. Para tranquilizar a la ciudadanía, los órganos militares checoslovacos anunciaron que la última unidad se marcharía del país el 21 de julio. Sin embargo, ciertas unidades soviéticas recorrieron Checoslovaquia de punta a punta y no salieron del territorio hasta el tres de agosto.

La cúpula soviética tomó la decisión de intervenir militarmente en Checoslovaquia en la reunión del politburó del 22 de julio de 1968. Según el guión elaborado en Moscú, «camaradas leales» formarían en Praga un gobierno obrero-campesino que tomaría el poder con ayuda de los tanques soviéticos.

No obstante, la Unión Soviética mantuvo unas conversaciones bilaterales con Checoslovaquia a finales de julio, cerca de la frontera eslovaco-soviética. En la reunión, celebrada del 29 de julio al 1 de agosto, asistieron por el lado soviético, Breznev, Alexei

Kosyguin, Nikolai Podgorny, Mikhail Suslov y por el lado checoslovaco, Dubcek, Svoboda, Cerník, Smrkovsky y otros.

Tanques soviéticos en Praga (
CC
BY-SA
3.0)

Dubcek defendió las propuestas del ala reformista del partido comunista checoeslovaco, al tiempo que se comprometió con el Pacto de Varsovia y con el Consejo de Ayuda Mutua Económica, el COMECOM
, equivalente al Mercado Común de la Europa del Este.

Dentro del partido comunista checoslovaco hubo una división entre los reformistas (Smrkovsky, Cerník y Kriegel) que apoyaron a Dubcek, y los conservadores (Bilak, Kolder, y Svestka) que adoptaron una postura antirreformista.

El 3 de agosto, representantes de los «Cinco de Varsovia» y Checoslovaquia se habían reunido en Bratislava y firmaron la Declaración de Bratislava. Esta declaración expresaba la inquebrantable fidelidad al marxismo-leninismo y al internacionalismo proletario y declaraba una lucha implacable contra la ideología «burguesa» y todas las fuerzas «antisocialistas».

Los soviéticos acordaron retirar sus fuerzas armadas, que aún permanecían en Checoslovaquia a pesar de que las maniobras habían finalizado en junio, y dijeron que permitirían que el XIV Congreso del Partido comunista checoslovaco se celebrara el 9 de septiembre como estaba previsto. Terminada la conferencia de Bratislava, el ejército soviético abandonó el territorio checoslovaco, pero se mantuvo a lo largo de sus fronteras.

En los días siguientes a la reunión de Bratislava, la URSS se fue reafirmando en la decisión de actuar con su ejército para poner fin a la «Primavera de Praga». Según los historiadores, lo que acabó por convencer a la cúpula soviética de que la intervención militar era inevitable, fueron los resultados de las elecciones de delegados para el próximo XIV congreso del partido comunista de Checoslovaquia. El 75 por ciento de los delegados, elegidos por las bases, eran partidarios de las reformas democráticas. Todo indicaba que ese congreso, previsto para el nueve de septiembre, confirmaría el rumbo reformista.

Andropov, futuro líder de la URSS y entonces embajador en Checoslovaquia, fue el principal promotor de las «medidas extremas» que se materializaron mediante la invasión del Pacto de Varsovia a Checoslovaquia. Para lograrlo ordenó que se fabricara información falsa, no solo para el consumo público, sino también para el Politburó soviético, creando el miedo de que Checoslovaquia pudiera ser víctima de una agresión de la OTAN o de un golpe de Estado. Así, cuando Oleg Kalugin, agente de la KGB, informó desde Washington que había obtenido acceso a *documentos absolutamente fiables, que demostraban que ni la ni ninguna otra agencia estaba manipulando el movimiento reformista checoslovaco CIA*, su mensaje fue destruido, porque contradecía la teoría de conspiración fabricada por Andrópov.

El mismo día antes de la invasión, Andropov, al igual que había hecho en Hungría, negó a Dubcek, que fuera a haber una

intervención soviética en Checoslovaquia. Sin embargo, en la noche del 20 al 21 de agosto de 1968, con doscientos mil soldados y dos mil tanques de los ejércitos de cuatro países del Pacto de Varsovia —la Unión Soviética, Bulgaria, Polonia y Hungría—, invadieron la República Socialista Checoslovaca. Su actuación fue realizada con total sorpresa. Primero ocuparon el aeropuerto internacional de Praga, donde se organizó el despliegue aéreo de más tropas. Las fuerzas checoslovacas fueron rodeadas en sus cuarteles, para evitar que efectuaran un contraataque. En la mañana del 21 de agosto, Checoslovaquia quedó ocupada.

Ni Rumania ni Albania participaron en la invasión. La URSS también se abstuvo de recurrir a las tropas de Alemania Oriental por temor a revivir los recuerdos de la invasión nazi de 1938. Durante la invasión de los ejércitos del Pacto de Varsovia, setenta y dos checos y eslovacos fueron asesinados —diecinueve de ellos en Eslovaquia—, doscientos sesenta resultaron heridos de gravedad y otros cuatrocientos treinta seis heridos leves. Alexander Dubcek pidió a su gente que no se resistiera. Sin embargo, hubo resistencia dispersa en las calles.

A la invasión le siguió una ola de emigración nunca vista, que se detuvo poco después. Se estima que setenta mil ciudadanos huyeron inmediatamente y un total final de unos trescientos mil checoslovacos emigraron.

La intensidad de la resistencia hizo que la Unión Soviética abandonara su plan original de cesar a Dubcek, que había sido arrestado en la noche del 20 de agosto, como secretario general del partido. En lugar de eso fue llevado a Moscú para las negociaciones. Allí, él y varios otros líderes, incluidos todos los funcionarios de mayor rango, el presidente Svoboda, el primer ministro Cerník y el presidente de la Asamblea Nacional Smrkovsky, firmaron el Protocolo de Moscú, bajo la presión de los políticos soviéticos.

Se acordó que Dubcek permanecería en su cargo y que continuaría con un programa de reforma moderada. A su regreso pidió al pueblo checoslovaco que cooperara con la URSS, y prometió continuar las reformas. Se le mantuvo como secretario general del partido seis meses más, pero ya sin poder real alguno.

El primer ministro Cerník, se distanció públicamente de su anterior apoyo a las reformas, aunque esto no evitó que fuera forzado a renunciar a su cargo de primer ministro el 28 de enero de 1970. Posteriormente fue expulsado del partido.

El 25 de agosto de 1968 algunos ciudadanos de la Unión Soviética que no aprobaban la invasión protestaron en la Plaza Roja. Siete manifestantes abrieron pancartas con consignas contra la invasión. Los manifestantes fueron brutalmente golpeados y arrestados por las fuerzas de seguridad, y luego castigados por un tribunal secreto. La protesta fue calificada de «antisoviética» y varias personas fueron llevadas a los temidos hospitales psiquiátricos.

El secretario general comunista portugués Álvaro Cunhal fue uno de los pocos líderes políticos de Europa occidental que apoyó la invasión, junto con el partido comunista luxemburgués y las facciones conservadoras del partido comunista griego.

La mayoría de los países ofrecieron solamente críticas verbales después de la invasión. Canadá, Dinamarca, Francia, Paraguay, el Reino Unido y los Estados Unidos solicitaron una reunión del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. En la reunión, el embajador checoslovaco Jan Muzik denunció la invasión. Por su parte el embajador soviético Jacob Malik insistió en que las acciones del Pacto de Varsovia eran «asistencia fraterna» contra «fuerzas antisociales».

Una de las naciones que condenó con más vehemencia la invasión fue China, que se opuso furiosamente a la llamada «doctrina Breznev», que declaraba que solo la Unión Soviética tenía derecho a determinar qué naciones eran propiamente comunistas, y a invadir a aquellas naciones, cuyo comunismo no contara con la aprobación del Kremlin.

El 9 de septiembre de 1968, se celebró el Congreso previsto del partido comunista de Checoslovaquia, pero los vientos habían cambiado totalmente. Se aprobó una nueva ley de censura: *La prensa, la radio y la televisión son, ante todo, los instrumentos para llevar a la práctica las políticas del Partido y el Estado*. Seis meses más tarde, en marzo de 1969, bajo la presión soviética, se instituyó una censura total.

El 17 de abril de 1969, Dubcek fue sustituido como secretario

general del partido, por Gustav Husak, y comenzó el período de «normalización» basado en el control estricto del partido comunista sobre la vida checoslovaca. Más de ochocientas mil personas perdieron sus empleos y muchos fueron encarcelados.

Husak revirtió las reformas de Dubcek, purgó a los miembros aperturistas del partido, y destituyó de su función pública a las élites profesionales e intelectuales que abiertamente habían expresado su apoyo a las reformas. Volvió a centralizar la economía, ya que una considerable libertad se había concedido a las empresas durante la Primavera de Praga.

Dubcek, tras su cese como secretario general del partido, fue destinado, durante unos meses, como embajador a Turquía; después se le destituyó y se le expulsó del partido comunista. Fue destinado a trabajar, como oficial forestal, en la empresa Bosques del Estado de Eslovaquia Occidental, hasta su jubilación en 1985. Junto con su familia fueron constantemente vigilados por la policía secreta.

A finales de 1989, tras la Revolución de Terciopelo, Gustav Husak dimitió como presidente de Checoslovaquia. El 18 de diciembre de 1989 se eligió a Dubcek como presidente del Parlamento y a Havel como nuevo presidente de Checoslovaquia.

En suma, la Primavera de Praga, fue inspirada e iniciada desde dentro del partido comunista checoeslovaco. Fue apenas una larga primavera de esperanzas que terminó en verano, el 21 de agosto, con la entrada de los tanques del Pacto de Varsovia.

Una invasión sangrienta con casi cien muertos y más de trescientos mil exiliados, a la que siguió una fuerte represión de todos los reformistas, que afectó a unas ochocientas mil personas, que fueron perjudicadas en su empleo y condiciones de vida.

La Primavera de Praga creó desilusión en muchos izquierdistas occidentales, proclives a las ideas marxistas-leninistas. Contribuyó al crecimiento de las ideas eurocomunistas en Occidente, que se distanciaban de la Unión Soviética, si bien sin renunciar al marxismo. No obstante no fue antídoto suficiente ante el izquierdista Mayo 68 francés. Es algo increíble, pero ¿cómo fue posible que no quedara radicalmente claro que el comunismo era enemigo de la democracia y, por tanto, de Occidente?

CONCLUSIONES ANTE LOS LEVANTAMIENTOS

La democracia no tiene encaje en el comunismo marxista. Una vez que toman el poder, por la fuerza y la violencia en la inmensa mayoría de los casos, instalan dictaduras político-policiaco-militares de partido que rechazan el pluripartidismo y las elecciones libres. No dejan camino a un retorno pacífico a la democracia, como ocurrió en las dictaduras de derechas, tales como las de Franco, Salazar o Pinochet. Cualquier intento popular de rebelarse contra el régimen comunista, se enfrenta a las armas de policías y militares, como hemos podido ver.

El hecho de que en el caso de la Primavera de Praga (1968) no se ejecutara a sus líderes y promotores, sino que solo se les reprimiera, muestra una suavidad mucho mayor que el trato que se dio en los casos de los levantamientos en Alemania del Este (1953), Polonia (1956) y Hungría (1956).

No obstante, incluso en el caso de Checoslovaquia, la represión de los disidentes fue muy intensa.

Dado que, en los Estados totalitarios todos los poderes, incluso el económico, están en manos del partido, ser reprimido por el Estado es una condena de por vida. Es el Estado quien tiene en sus manos la decisión de a qué parte del país destinarte, qué tipo de trabajo y remuneración darte, qué vivienda asignarte, a qué universidad pueden ir tus hijos,
etc.
Por tanto, su poder represor es inmenso, muy superior al de las dictaduras de derechas.

Los casos presentados muestran cómo se aplasta, con mayor o menor sangre, a la disidencia. Normalmente el partido, el Ejército y la Policía actúan sin contemplaciones. Sin embargo, en la
URSS
cayó el comunismo en 1991. No fue el resultado de un levantamiento ciudadano ni tampoco de un golpe militar ni de un ataque exterior. Entonces ¿cómo cayó el comunismo en la Unión Soviética? Vamos a analizarlo con detalle.

¿POR QUÉ CAYÓ EL COMUNISMO EN LA URSS?

El sistema comunista que se había instalado en la Unión Soviética desde hacía setenta años y en los países de Europa del Este desde hacía cuarenta años, cayó por tres causas principales:

a. Por la ineficiencia y el desastre económico,
b. Por su insoportable opresión de las libertades.
c. Por el contraste con la prosperidad capitalista.

INEFICIENCIA Y DESASTRE ECONÓMICO

El sistema marxista soviético se caracterizaba por un gran desabastecimiento de productos básicos de alimentación, así como de higiene personal (perfumes, cosméticos, máquinas de afeitar, productos de limpieza), electrodomésticos (televisiones, neveras, lavadoras, planchas eléctricas), textiles (trajes, ropas, medias, etc.)

En 1989, para los ciudadanos de la URSS, visitar centros comerciales en España tales como El Corte Inglés o los supermercados, llenos de productos, los transportaba a un mundo inimaginable.

Los comercios soviéticos, por supuesto del Estado, mostraban casi permanentemente un absoluto desabastecimiento de todos los productos que en teoría debían tener. En el mejor de los casos, tenían muchísima menos diversidad y calidad que los que podían disfrutar los ciudadanos españoles y del resto del mundo capitalista

desarrollado.

La causa fundamental de esa desastrosa situación económica, setenta años después de la tan alabada Revolución de Octubre, consistía en que, al renunciar al libre mercado por ser un instrumento de explotación capitalista, se perdía el indicador que permite a las empresas decidir qué producir, en qué dirección innovar y mejorar los procesos y productos, y qué nuevos productos pueden satisfacer mejor lo que los ciudadanos desean. Por el contrario, la economía marxista, al renunciar al mercado, deja en manos del Estado la responsabilidad de decidir qué mercancías fabricar, qué cantidades y a qué precios. Las sucesivas propuestas de reforma de los economistas marxistas tales como el polaco Oscar Lange, el soviético Liberman, o el checoeslovaco Ota Sik, no funcionaron porque no abrían la puerta a la economía de mercado, que es imprescindible. La economía marxista, llamada de planificación centralizada, pretende sustituir a la interacción entre empresas y consumidores, por una burocracia ingente que tiene que dar respuestas a todos los interrogantes que aparecen en todo proceso de producción y distribución y asumir la responsabilidad de satisfacer a los ciudadanos. En fin, lo imposible.

La economía marxista no deja lugar a otro sistema más que el de planificación centralizada porque

a. su teoría del valor trabajo afirma que el valor/precio de toda mercancía es la suma del conjunto de tiempos de trabajo empleados para producirla. Por lo que no hace falta el mercado para establecer los precios, pero alguien tiene que establecerlos. Sin embargo, parece que ningún marxista es capaz de sumar ese conjunto de tiempos de trabajo cuyo resultado sería el precio al que se debe vender el producto.
b. al abolir la propiedad privada desaparece la empresa y la iniciativa privada, lo que traslada la responsabilidad de producir y distribuir a las empresas del Estado y en especial a los planificadores que tienen que adoptar las decisiones principales, que deben asumir las empresas (todas de propiedad pública).

La realidad ha demostrado, sobradamente, que ni siquiera los mayores ordenadores son capaces de recoger, acumular los datos y tomar después decisiones eficaces porque ¿quién es capaz de determinar el precio que un consumidor está dispuesto a pagar por un helado, cuando está sentado en la playa? Depende de los gustos, de la temperatura, de las alternativas que haya,
etc.

Por otra parte, las empresas que producen deben cubrir sus costes de producción (salarios, materias primas, maquinaria,
etc.
), lo cual va a depender no solo del precio de las mercancías, sino también de las cantidades vendidas (no basta con que sean meramente producidas). ¿Qué pueden hacer cuando no cubren sus costes?

En la economía de mercado todo esto tiene respuestas claras: los precios que se pueden aplicar son los que acepta el consumidor, siempre que cubran los costes de producción, distribución y los beneficios necesarios para retribuir al capital y para innovaciones futuras.

Asimismo, las empresas privadas toman el beneficio (ingresos menos costes) como indicador. Si es negativo, la empresa tiene que reducir sus costes (inclusive despidiendo a empleados) y si no puede hacerlo, desaparece.

En la economía de mercado, actuando dentro del marco normativo que la rija, son las empresas y los consumidores los que toman sus propias decisiones y es eso lo que da agilidad al sistema y lo hace eficiente.

En el sistema de planificación centralizada ocurre que, si los precios fijados por el Estado no cubren los costes, es el Estado el que debe seguir atendiendo el pago de los salarios, las materias primas, instalaciones y demás. La empresa pública en ese contexto se somete a las instrucciones de producción recibidas del órgano de planificación central, se compromete a cumplir la cuota de producción que le haya sido asignada y solicita que la surtan de todos los medios de producción necesarios.

Esto da lugar a que las empresas pidan más medios de los imprescindibles, por temor a que ocurran circunstancias imprevistas, cosa que sucede continuamente en la vida de las

empresas. Con ese sobredimensionamiento de medios, pretenden evitar que se las haga responsables, si se incumple la meta de producción asignada, porque el personal se haya puesto enfermo, la maquinaria no ha funcionado, no han llegado a tiempo los suministros,
etc.
Por ello el sistema además de rígido es ineficiente (por estar sobredimensionado).

En la economía de planificación centralizada, las empresas son meros órganos administrativos de producción, que dependen de los ministerios, cuyos trabajadores son prácticamente funcionarios obedientes que hacen lo que se les pide. El problema reside en la variada tipología (incluyendo las distintas calidades) de mercancías que van a cada mercado, y en la variada tipología de empresas existentes por tipo de producción, localización, tamaño, tecnología, diseño, organización
etc.

El Estado debe actuar como gerente de todas y cada una de las unidades de producción del país, cada una de ellas con su tipo de plantilla, instalaciones, maquinaria, gama de producción,
etc.
No le basta con dar instrucciones generales. Eso le obliga a asumir la responsabilidad de resolver todas y cada una de las circunstancias productivas que surjan en todas y cada una de las unidades de producción. Pretender que el sistema económico de una nación funcione mediante instrucciones detalladas procedentes desde arriba, es claramente imposible. Por ello, la economía productiva marxista, en la que todo es de propiedad pública, termina «descubriendo» que hay que descentralizar la responsabilidad en las unidades productivas y de apoyo, las cuales se interconectan unas con otras, de acuerdo con las instrucciones recibidas desde arriba, de modo que una es la responsable del transporte, otra de la producción de materias primas o piezas, otra de la maquinaria, otra de las instalaciones,
etc.

Esto exige que el Estado tenga que «firmar» múltiples contratos de producción con las variadas empresas para obtener la cantidad y variedad de productos que desea. En esos contratos, el Estado a

través de otras empresas, se compromete a suministrar, a cada empresa productiva, todos los factores de producción necesarios.

Para coordinar todo ese tinglado (¡qué palabra en español tan adecuada!) se creó el Gosplan (Comité Estatal de Planificación) el cual elabora el plan de producción centralizado, aprobado por el partido, que asigna cuotas de producción a cada área y unidad.

Dentro de ella, cada unidad obtendría unos ingresos derivados de vender sus cuotas de producción al precio que el Gosplan haya fijado y pagar con ellos las materias primas, la maquinaria, los servicios de transporte, mantenimiento,
etc.
, al precio fijado, también por el Gosplan.

La realidad es que, dado que todo es propiedad del Estado, esa «descentralización» es muy limitada (no puede existir propiedad privada, no puede existir iniciativa privada, los precios son fijos, el beneficio está mal visto) y al final se vuelve al punto de partida. Las empresas prefieren no ser «descentralizadas» sino simplemente cumplir órdenes y le dicen *tú, Estado, me dices la tipología de productos que quieres, te encargas de darme los elementos de producción (personal, medios, locales, maquinaria, procesos,) que necesito, yo te entrego los productos y tú los vendes.*
etc.

Y todo ello ¿por qué? Porque no basta con planificar las mercancías o bienes a obtener, las cantidades a producir, los precios a que se van a vender y ni siguiera diseñar las instalaciones y poner la fábrica en marcha. A continuación, surgen hay que tener en cuenta las circunstancias que surgen en el día a día de los procesos de producción, distribución y venta: el suministro de abono no llegó a tiempo para hacer la siembra; el camión que se iba a llevar la producción se rompió y no pudo llegar hasta medio mes más tarde, los productos perecederos, que debían haber llegado a las cámaras frigoríficas, permanecieron fuera de ellas y tuvieron unas grandes mermas; los puntos de venta no pudieron mantener un aprovisionamiento regular; los clientes rechazaron parte por defectuoso,
etc.
Circunstancias similares, imprevistos ocurren en todos los sectores agrario, industrial y servicios y el rompecabezas anual del Gosplan

falla año tras año.

Cabe pensar que los gerentes de las unidades descentralizadas, por propia iniciativa, podrían intentar subsanar esos problemas buscando suministradores alternativos de fertilizantes, materias primas, piezas de montaje, u otros servicios de transporte o almacenamiento,
etc.

Pero el gerente tiene que pedir los suministros, o el transporte u otros servicios, solo a las empresas previstas en el Gosplan (de su región o de su área de actividad), porque otras empresas ya estarán afectadas a otras unidades productivas y no pueden permitir que esas otras unidades requieran sus servicios y que no puedan dárselos por estar atendiendo a otra empresa de otra región o área.

Claro que podrían hacer un servicio suplementario, por ejemplo, de transporte nocturno, pero ¿cómo se compensa al trabajador que lo haga y que mañana tendrá que estar de nuevo en su puesto de trabajo?

Por otra parte, si la iniciativa sale mal (
ej.
el camión tiene un accidente durante el transporte nocturno que ha realizado con un exceso de celo, fuera del horario establecido) será el camionero, o el gerente de la agencia estatal en la que trabaja, el responsable final, pero el recuerdo de Stalin y de los campos de concentración está muy vivo.

Además, el gerente necesitaría contar con un equipo de trabajadores que comparta la misma presunta buena voluntad que él (siempre los hay sea cual sea el régimen) pero que viven con salarios miserables, en viviendas mejores o peores, según tengan amigos o no en el partido, y que cuando salen al mercado a comprar, observan el desabastecimiento y la mala calidad de las mercancías.

En ese contexto social y de empresa los trabajadores no van a encontrar gran motivación para luchar por lograr los objetivos establecidos por el gerente el cual, tal vez por ser miembro del partido, pueda sacar beneficios, pero ellos no.

En conclusión, es muy posible que el gerente se encuentre ante variadas que circunstancias que no puede resolver, sea porque no tiene un fondo para pagar incidencias, o porque no puede

atenderlas por su magnitud o porque se lo impiden sus compromisos básicos con el Gosplan a los que no puede dejar de lado,
etc.
Todo ello conduce a que, al final, el gerente, todos los gerentes, se rinden y consideren más prudente no asumir compromisos personales de producción y dejar que sean las decisiones, los planes elaborados desde el Comité Central del partido, los que establezcan las cuotas y planes de producción para cada empresa.

Los gerentes y sus trabajadores son cada vez más conscientes de que esas cuotas serán inalcanzables porque siempre puede haber imprevistos en los suministros de materias primas, maquinarias, transporte,
etc.
y que los planes serán ambiguos. Todos se resignan y lo aceptan como una gran farsa. Y así funciona todo.

Un problema adicional se halla en la impredecible creatividad de la cual surge la innovación y mejora de productos y procesos. Como es obvio el grado de innovación de los Departamentos de Investigación y Desarrollo de tamaño similar de empresas similares puede ser muy diferente, lo que hace que se diversifiquen y modifiquen los procesos de producción, distribución y venta en sus respectivas empresas. Por otra parte, el sistema reprime la creatividad que requiere toda innovación (de productos o procesos) pues es un riesgo y nadie siente interés en asumir la responsabilidad de proponerla y menos aún de aplicarla (¿y si sale mal qué?)

La complejidad de conjunto de todo sistema económico moderno hace imposible su gestión por parte de los órganos del Estado e inclusive la mera supervisión de su funcionamiento y multiplica las posibilidades de que las unidades de producción hagan trampas, en su contabilidad, para «arreglar» los datos de producción y hacerlos cuadrar con los previstos en el plan.

Por ello al final en la economía marxista todo se reducía a que las empresas dijeran y justificaran que habían alcanzado su cuota en términos de valor trabajo, horas de trabajo,
etc.
, al margen de la calidad de lo producido, o bien a que aplicaran el generalizado sistema comunista del prudente silencio: *«Todo está*

bien» tanto lo que yo he producido, como el suministro de materiales que he recibido, y el transporte que se ha llevado las mercancías y por supuesto el «sabio» plan de producción que nos han encomendado altas instancias del Partido.

Desde tiempos de Stalin (y de Ceaucescu y tantos otros) quedó muy claro que *cuando algo estaba mal* rodaban cabezas o se enviaba a la gente a campos de trabajos forzados. Por eso los ciudadanos aprendieron que en el comunismo hay que decir que *Todo está bien* y así, al menos, evitar el riesgo inmediato que amenaza a nuestro cuello por ser «saboteadores» o algo parecido.

Esa situación había sido denunciada por Kruschov en su Informe secreto de 1956:

> No debemos olvidar tampoco que, debido a las numerosas detenciones de líderes del Partido, del Soviet y de la economía, muchos trabajadores comenzaron a trabajar con incertidumbre, mostrándose excesivamente cautos; temerosos, respecto a su capacidad, perdían toda iniciativa y además temblaban ante su propia sombra.

El sistema marxista estalinista de la URSS era un inmenso aparato burocrático muy rígido. No permitía la crítica ni la creatividad. Ni la asunción de riesgos y beneficios que conlleva el sistema de economía de libre mercado. Tenía como resultado endémico el desabastecimiento, la mala calidad y la ineficiencia.

Los líderes marxistas intentaron introducir reformas económicas con decisiones impuestas desde arriba para racionalizar la producción.

Kruschov se sintió impresionado por la capacidad de producir maíz del sistema americano. Creyó que las empresas o unidades productivas más grandes eran más eficaces, pero luego resultó que esa no era la solución, porque como se demuestra en el mundo capitalista, no siempre una fábrica, restaurante o empresa de gran dimensión logra más beneficios que dos de la mitad de tamaño. Y sobre todo no se dio cuenta de que el impulso no viene de la tecnología, que se puede copiar, sino del sistema organizativo, del

sistema económico.

Breznev, también introdujo reformas, algunas en la línea de Kruschov de fusionar granjas por creer que mayores tamaños aumentarían la productividad, lo cual no funcionó. En el área económica, sobre todo por impulso de su primer ministro Kosyguin, se introdujeron reformas en 1965, 1973 y 1979 que incrementaron la producción industrial de bienes de consumo (electrodomésticos).

Se introdujeron también reformas en la gestión, en la línea del economista soviético Lieberman, que proponía simplificar los objetivos marcados a las empresas, asignándoles un volumen genérico de producción y permitiéndoles la posibilidad de obtener beneficios, mediante la toma de decisiones autónomas para reducción de costes y aumento de productividad de los trabajadores. Pero no funcionaron porque el sistema económico marxista era ineficiente por naturaleza y la única solución era rectificarlo radicalmente.

Por otra parte, el expansionismo comunista por el mundo, que tuvo lugar desde los años sesenta hasta casi finales de los ochenta, se basaba en gran medida en la fuerza militar soviética, en la guerra fría y en la ayuda y venta militar directa o indirecta (vía Cuba y otros) que se daba a los movimientos revolucionarios. Todo ello consumía una parte importante del
PIB
de la
URSS
.

Eso dio lugar a la necesidad de frenar el incremento de las industrias de productos de consumo y destinar recursos al gasto militar y policial, en contra de la opinión de Kosyguin, quien declaró que *mayores gastos en defensa llevarían a la Unión Soviética hacia una ruina total*. A la muerte de Breznev (1982) se estima que los gastos en defensa consumían el 15 % del
PIB
.

En suma, las medidas liberalizadoras de la gestión promovidas por Kosyguin, se minimizaron porque

a. la palabra beneficio sonaba muy capitalista a los

oídos de los comunistas ortodoxos

b. sin libre mercado, se carecía de un indicador claro de la demanda, y
c. sin propiedad privada, las empresas no podían asumir la responsabilidad de invertir y poner en marcha su creatividad e iniciativa

Breznev, ya en su etapa final en 1977 y 1981, dictó dos decretos permitiendo que la propiedad privada de los campesinos pudiese llegar a media hectárea, lo cual fue un avance importante pero no suficiente para resolver el problema agrícola. A pesar de ello, la ventaja de esas medidas fue evidente: las parcelas privadas, que solo ocupaban el 4 % de la agricultura soviética, produjeron el 30 % de la producción agrícola nacional.

Andropov, en sus quince meses de gobierno, trató de mejorar la economía aumentando la eficacia de la gestión sin cambiar los principios de la economía socialista. Intentó descentralizar la planificación y mejorar la productividad.

Se centró en luchar contra la violación de la disciplina en el partido, el Estado y el trabajo, aunque sin percibir que esas corrupciones eran consecuencia de un sistema al margen de toda racionalidad económica, basado en una maraña de decisiones burocráticas contradictorias, imposibles de cumplir, que empujaba a guardar las apariencias y facilitaba la corrupción.

En su corto periodo de gobierno no consiguió mejoras reales. Igual ocurrió con Chernenko su sucesor, que murió al año de llegar al poder.

Marx describía en 1845 en «La ideología alemana» ese mundo feliz ideal en el que

> […] la sociedad se encarga de regular la producción general, con lo que hace cabalmente posible que yo pueda dedicarme hoy a esto y mañana a aquello, que pueda por la mañana cazar, por la tarde pescar y por la noche apacentar el ganado, y después de comer, si me place, dedicarme a estudiar, investigar, sin necesidad de ser exclusivamente cazador, pescador, pastor, estudiante o investigador, según los casos […].

Pero nada de eso ha sido posible en la economía marxista. Por tanto, o bien en *La Ideología alemana* o bien en *El Capital* hay algo que no cuadra.

Por el contrario, en las sociedades capitalistas se han creado las condiciones en las que una gran parte de personas de las clases media y baja, pueden, además de atender sus necesidades, desarrollar muchas actividades que les agradan, obviamente compatibilizándolas con su obligación de trabajar para lograr ingresos económicos.

Pero los marxistas siguen erre que erre sin ser capaces de ver el problema y mucho menos de encontrarle solución. Parecen no darse cuenta de que tienen que quitarse la venda marxista que tienen en los ojos.

INSOPORTABLE OPRESIÓN DE LAS LIBERTADES

El comunismo se basa en la «verdad» marxista, por lo que no cabe cuestionarla ni salirse de la «claridad» de ideas y de la «bondad» de comportamientos que se derivan de las teorías marxistas. Los hijos aprenden en casa a callar, por consejo de sus propios padres, y a reprimir, en particular en público, todo pensamiento discrepante de la ideología oficial. Los campos de concentración, Siberia y las políticas de reeducación inducen a optar por un silencio prudente y forzoso.

Tampoco se pueden criticar las realidades más palpables. No cabe criticar el desabastecimiento alimenticio ni de otros productos porque eso es hacerle el juego al capitalismo. Ni los criterios de asignación de viviendas, ni de puestos de trabajo porque eso es criticar la «sabiduría y la justicia» del partido.

No se puede salir del país para evitar la tentación del capitalismo, ni recibir en tu vivienda a extranjeros porque obviamente pueden ser espías o saboteadores internacionales. Toda esa opresión de las libertades termina siendo insoportable.

El sistema de terror se implantó con el golpe de Estado de Lenin en 1917. El 20 de diciembre de ese año, se creó la temida CHEKA (Comisión de Emergencia para Combatir el Sabotaje y la Contrarrevolución), después llamada OGPU, NKVD, MVD, NKGB, KGB y hoy
FSB
) que ejerció un poder policial absoluto y creó un sistema de terror y de eliminación de los opositores.

Este sistema continuó durante la Guerra Civil en Rusia, entre 1918 y 1922, entre el Ejército Rojo, que apoyó o se creó, tras el golpe de Lenin, y el Ejército Blanco, que quería derrotar a la dictadura bolchevique. La
CHEKA
era una institución policial cuya sola mención causaba terror.

El periodo de Stalin (1924 a 1953) fue especialmente criminal y sanguinario. Aunque a menor nivel, el miedo siguió presente en la ciudadanía soviética hasta la caída definitiva del comunismo con

Gorbachov y Yeltsin.

KRUSCHOV 1956: EL INFORME SECRETO

Kruschov sucedió a Stalin, muerto en marzo de 1953, y a pesar de su poco elegante personalidad que manifestó en Occidente, recuérdese la escena en la que golpeó con su zapato la mesa durante su intervención en la
ONU
, lo cierto es que inició, dentro del comunismo, un periodo de apertura a la información y a la crítica.

Sustituyó las tradicionales ejecuciones de los líderes caídos en desgracia, por meros ceses y dimisiones forzosas, salvo en el caso del todopoderoso Beria, director de la
NKVD
, después
KGB
, al cual, junto con algunos de sus colaboradores, ordenó ejecutar en diciembre de 1953.

El 25 de febrero de 1956, Kruschov tuvo el valor de presentar su amplio y detallado Informe Secreto al XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (
PCUS
), denunciando los crímenes de Stalin, dando a conocer numerosos casos de personalidades comunistas torturadas y ejecutadas.

El discurso de Kruschov fue «secreto», en tanto que fue pronunciado en sesión cerrada del Congreso, y no formó parte de los informes y resoluciones oficiales emitidas. Sin embargo, se distribuyeron copias a los diversos directores regionales del
PCUS
y a algunos gobiernos extranjeros. El texto completo del discurso se hizo público el 18 de marzo de 1956, solo en Belgrado y en Washington. También en Polonia fue difundido por el partido.

Las revelaciones hechas por Kruschov y su línea de «desestalinización» crearon una gran expectativa en Europa oriental, donde se produjeron levantamientos anticomunistas en Polonia en junio de 1956 y en Hungría en octubre de ese mismo

año, que fueron aplastados por los tanques soviéticos, dejando claro que una cosa era repudiar a Stalin y otra cosa muy distinta tolerar que se desmontasen las dictaduras del proletariado.

Nikita Kruschov.

Probablemente, el propio Kruschov pensó que, tras su audaz y

profunda crítica al «padrecito Stalin», no podía tensar más la cuerda de la liberación del régimen, por temor a una posible reacción de los comunistas ortodoxos. Corría el riesgo de perder la cabeza ante un posible golpe conservador contra él en la propia URSS. Además, sus críticas habían provocado rechazo y revueltas callejeras en Georgia, tierra natal de Stalin.

A pesar de que Kruschov había dado el informe secreto ante las dos mil personas del XX Congreso, el texto completo del discurso no se publicó en la
URSS
hasta treinta años más tarde, en 1988, en la etapa de Gorbachov.

El informe secreto tiene más de veinte mil palabras, pero merece la pena leerlo entero. Se descarga de la red con facilidad.

Vamos a presentar, en mil doscientas palabras, que hablan por sí solas, un extracto literal de las ideas principales del informe. Lo acompañaremos de algunos breves comentarios:

Camaradas: Después de la muerte de Stalin, el Comité Central del Partido comenzó a estudiar la forma de explicar, de modo conciso y consistente, el hecho de que no es permitido y de que es ajeno al espíritu del marxismo-leninismo elevar a una persona hasta transformarla en superhombre, dotado de características sobrenaturales semejantes a las de un dios.

A un hombre de esta naturaleza se le supone dotado de un conocimiento inagotable, de una visión extraordinaria, de un poder de pensamiento que le permite prever todo, y, también, de un comportamiento infalible.

Entre nosotros se asumió una actitud de ese tipo hacia un hombre, especialmente hacia Stalin, durante muchos años…

Los méritos de Stalin son bien conocidos a través de un sinnúmero de libros, folletos y estudios que se redactaron durante su vida. El papel de Stalin en la preparación y ejecución de la revolución socialista, en la guerra civil, en la lucha por la construcción del socialismo en nuestro país, es conocido universalmente. Nadie lo ignora.

Pero ahora *nos incumbe considerar cómo el culto a la persona de Stalin creció gradualmente, culto que en momento dado se transformó en la fuente de una serie de perversiones, excesivamente serias de los principios del Partido, de la democracia del Partido y de la legalidad revolucionaria*.

Durante la vida de Lenin, el Comité Central fue la expresión real de un tipo de gobierno colegial… Lenin nunca impuso por la fuerza sus puntos de vista a sus colaboradores (esto es más que dudoso).

Temiendo por el futuro del Partido y de la nación soviética, Lenin (señaló) que era necesario examinar la necesidad de desplazar a Stalin de su puesto de Secretario General, porque siendo insolente en exceso… y caprichoso, podría abusar del poder.

Kruschov denunció el impacto perjudicial de Stalin y su apoyo *a prácticas criminales. Las características negativas de Stalin… han causado al Partido un daño ilimitado. Debemos… analizar… este asunto con el objeto de desterrar para siempre la posibilidad de que se repita, en cualquier forma, en el futuro*.

Debemos atestiguar que el Partido ha tenido que reñir serias luchas contra los trotskistas, derechistas y nacionalistas burgueses… En todo esto Stalin desempeñó un papel positivo…

Pero algunos años después, cuando el socialismo en nuestro país estaba fundamentalmente estructurado… cuando la base social no permitía movimiento político o grupos hostiles al Partido… entonces comenzó una política de represión contra ellos.

[…] persecuciones en masa, primero contra los enemigos del leninismo, o sea trotskistas, zinovievistas, bujarinistas, derrotados desde hacía tiempo por el Partido, y posteriormente, también contra comunistas honrados.

Stalin inventó el concepto de enemigo del pueblo. Este término hizo automáticamente innecesario que los errores ideológicos de los hombres, expresados en una controversia, se comprobasen… hizo posible que se usaran los más crueles métodos de represión… cada vez que alguien estaba en desacuerdo con Stalin, o que se sospechara en él una intención hostil, o debido simplemente a que tenía una mala reputación.

La única prueba de culpabilidad *valedera eran las confesiones que se obtenían presionando por medios físicos al acusado*.

Stalin descartó el método de lucha ideológica, reemplazándolo por el sistema de violencia administrativa, persecuciones en masa y terror.

Las detenciones y las deportaciones en masa de muchos miles de personas, las ejecuciones sin previo juicio y sin una investigación normal del comportamiento de los acusados, engendraron condiciones de

inseguridad, temor y aun de desesperación.

No obstante, Kruschov quiso marcar diferencias entre Lenin y Stalin: *¿Pero, podríamos decir que Lenin no se decidió a emplear incluso las medidas más severas contra los enemigos de la Revolución cuando fue imperativo hacerlo? No, nadie podría decir tal cosa. Vladímir llich exigió siempre un trato sin consideraciones para los enemigos de la Revolución y de la clase trabajadora y, cuando lo estimaba necesario, aplicaba los métodos más severos*.

Pero Kruschov disculpa a Lenin: *La severidad de Lenin era extrema solo cuando lo consideraba indispensable, cuando las clases explotadoras existían todavía, y se oponían vigorosamente a la revolución… mientras se proseguía la guerra civil.*

Kruschov informó que *el Comité Central ha creado una Comisión del Partido (para) investigar todo lo que hizo posible las represiones.*

Y que como resultado de ello *la Comisión ha* (estudiado) *los archivos de la y ha*
NKVD
(descubierto) *muchos hechos* (de) *fabricación de cargos contra comunistas, falsas acusaciones y descarados abusos de la legalidad socialista que tuvieron como consecuencia la muerte de gente inocente…*

[…] se trataba de gente acusada injustamente, que, no pudiendo soportar tanta bárbara tortura, se autoacusaban, por orden de los jueces investigadores y de los falsificadores, de toda clase de crímenes graves e increíbles…

[…] de los ciento treinta y nueve miembros y candidatos del Comité Central del Partido que se eligieron en el XVII Congreso, noventa y ocho de ellos, es decir el 70 %, fueron detenidos y fusilados.

De los mil novecientos seis delegados que fueron a ese Congreso, mil ciento ocho fueron apresados y acusados de crímenes contra la revolución.

Citaba casos expresos de personas importantes del partido comunista que dicen:

No me fue posible soportarlas torturas. (Eikhe)

[…] se *le torturó en forma terrible y se le ordenó que confesara*

informaciones falsas respecto a su persona y a otras. (Rosenblum)

Hoy tengo sesenta y dos años y me siguen amenazando los jueces con torturas degradantes y severas… Se me ha torturado hasta el extremo. Se ha quebrantado mi salud y desfallecen mis fuerzas y mi energía. Se acerca mi fin. ¡Morir en una prisión soviética, acusado de ser un vil traidor a la patria! (Kedrov).

El informe de Kruschov era rotundo al describir los efectos de la tortura: *¿Y qué pruebas se ofrecían? Las confesiones de los detenidos; los jueces instructores aceptaban estas confesiones. ¿Y cómo es posible que una persona confiese haber realizado crímenes que no ha cometido? Solo si se aplican métodos de tortura física que la reducen a un estado de inconsciencia, que la privan de su juicio y la despojan de su dignidad de ser humano. De esta manera se obtenían las confesiones*.

Kruschov planteaba una pregunta: *Algunos camaradas pueden preguntarnos: ¿Dónde estaban los miembros del Politburó y del Comité Central? ¿Por qué no lucharon a tiempo contra el culto al individuo? ¿Y por qué esto se está haciendo solo ahora?*

Y la responde: *Quien intentara oponerse a cargos y sospechas sin base, esgrimidas contra inocentes, terminaba por caer víctima de la represión*.

Kruschov finalmente señaló que es *nuestro deber examinar muy seriamente el problema del culto a la personalidad. No podemos permitir que este asunto salga del Partido y llegue a la prensa. Por esta razón lo estamos discutiendo aquí en una sesión secreta. No es conveniente proveer al enemigo de municiones; no debemos lavar nuestra ropa sucia ante los ojos del mundo*.

Y concluyó con una propuesta, que fue aprobada por unanimidad por el Congreso del Partido: *En primer lugar, condenar y eliminar, de una manera bolchevique, el culto a la personalidad por ser contrario al marxismo-leninismo y ajeno a los principios del Partido y a sus normas; y combatir inexorablemente todo intento de reintroducir su práctica en cualquier forma*.

En segundo lugar, (aplicar) *los principios leninistas… y regirse por las normas del Partido… que atribuyen gran importancia a la*

crítica y a la autocrítica.

En tercer lugar, restablecer completamente los principios de la democracia soviética.

¿Cómo sonaba esta propuesta de Kruschov? No era espectacular. No garantizaba derechos ni libertades, pero era un cambio muy importante respecto a la era anterior.

Kruschov renunció al culto a la personalidad, tuvo mayor tolerancia a la crítica, no obligó a la autocrítica y volvió a la «democracia» leninista, dejando atrás la «democracia» de Stalin.

Una prueba concreta de ello es que permitió que, en 1962, Solzhenitsyn
(1918-2008)
publicara *Un día en la vida de Iván Denisovich*, en la que el autor narraba su experiencia de ocho años en el Gulag, los campos de concentración de Stalin.

¿Qué pasó tras el XX Congreso del
PCUS
?

La valiente actitud de Kruschov desenmascaró a Stalin, el cual había superado con creces, en su largo reinado de casi treinta años
(1924-1953),
al despotismo de los zares. Había implantado un régimen de terror al que se imputan entre veinte y sesenta millones de víctimas, según las fuentes. No obstante, siguió teniendo admiradores entre los ortodoxos del partido y entre los militares que habían mitificado su papel en la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, como consecuencia de la denuncia de sus crímenes y de sus métodos, el terrorífico régimen policial disminuyó en intensidad. De todas formas, el miedo a la policía siguió vivo con Kruschov desde su toma del poder a inicios de 1956 hasta su cese en 1964. Cabe recordar que fue precisamente él quien, en junio de 1956, ordenó el aplastamiento sangriento del levantamiento de Polonia, y otro tanto hizo en noviembre de ese mismo año con el levantamiento en Hungría.

No obstante, a nivel interno de la
URSS
se produjo un cierto «deshielo» y una reducción del nivel represivo. El historiador ruso Roy Medvedev, dijo que en los años de Kruschov

en el poder *el terror político como un método cotidiano de gobierno fue reemplazado por la vía de represión administrativa* (en la carrera profesional).

Bajo su mandato, los campos de trabajo del Gulag fueron siendo eliminados hasta su completa desaparición en 1960.

En todo caso, el Informe Secreto de Kruschov es un claro ejemplo de lo que los regímenes comunistas actuales pueden estar haciendo en sus países, ya que se hallan al margen de todo control interno y externo.

LOS SUCESORES DE KRUSCHOV

Le sucedió Breznev, durante casi veinte años, desde 1964 hasta su muerte en 1982. Volvió a un cierto culto a la personalidad, aunque no al nivel de Stalin. Por cierto, la dictadura de Breznev coincidió casi cronológicamente con la dictadura militar de Brasil
(1964-1985)
y si se comparan ambas, la dictadura marxista soviética con la dictadura militar brasileña, hay que reconocer que esta última desembocó en la democracia, con una transición rápida y no traumática, mientras que la de Breznev, se prolongó en la dictadura de Andropov y Chernenko.

La apertura política real en la
URSS
solo empezó con Gorbachov a través de un proceso de seis años
(1985-1991)
que resultó muy traumático. Al final de ambos procesos, tanto el marco político y cultural de Brasil como su economía, a pesar de las grandes diferencias sociales, era muy superior al de Rusia, traumatizada profundamente tras sus setenta años de comunismo.

Breznev puso fin a las reformas liberalizadoras de Kruschov en materia de economía y ejerció un fuerte control sobre las libertades culturales. A mediados de la década de 1970, se estimaba que había unos diez mil presos políticos y religiosos, internados en condiciones muy penosas.

Su política exterior quedó caracterizada por el aplastamiento de las reformas en Checoslovaquia en 1968, así como su ayuda

económica y militar a la expansión del comunismo en Vietnam, Camboya y Laos; la invasión de Afganistán,
etc.
Durante su gobierno se produjo la mayor expansión del comunismo por el mundo (Etiopía, Angola, Mozambique, Nicaragua).

No obstante, ya poco antes de su muerte, desistió de invadir militarmente Polonia ante las revueltas promovidas por el sindicato Solidaridad, y dejó que el control comunista fuera realizado internamente, por el presidente de Polonia, el general polaco Jaruszelski.

Andropov, sucedió a Breznev, tras la muerte de este. Gobernó apenas quince meses, desde noviembre 1982 hasta su muerte en febrero 1984. Tenía una imagen refinada, muy distinta de la de Kruschov y Breznev, pero fue un firme representante del comunismo duro y expansivo dando lugar a que Ronald Reagan, en marzo de 1983, calificase a la Unión Soviética como «el imperio del mal». Fue una mano de hierro cubierta por un guante de seda.

Tuvo un papel importante en la represión de Hungría en 1956 y fue promotor de la invasión y aplastamiento de la Primavera de Praga en 1968. Justo a principios de ese año, había sido puesto por Breznev al frente de la
KGB
desde donde emitió una instrucción: *Sobre las tareas de los organismos de Seguridad del Estado en la lucha contra el sabotaje ideológico del adversario*, convocando a la lucha contra los disidentes y sus «amos imperialistas».

El 29 de abril de 1969, presentó ante el Comité Central del
PCUS
, un plan para la creación de una red de «hospitales psiquiátricos», a fin de defender «el gobierno soviético y el orden socialista». Su propuesta consistía en utilizar la psiquiatría para represaliar a disidentes, mediante tratamientos destinados a destruirlos física y mentalmente. Fueron aplicados a Vladímir Bukovski, Natalia Gorbanevskaya, Zhores Medvedev, entre muchos otros.

En 1971, Bukovski logró filtrar a occidente más de ciento cincuenta páginas, en las que se documentaba el abuso psiquiátrico por parte de las instituciones de salud mental por razones políticas en la Unión Soviética. Los sucesos conmocionaron a los activistas de

los derechos humanos de todo el mundo incluyendo a los de la misma Unión Soviética.

En enero de 1972, las autoridades soviéticas encarcelaron a Bukovski durante siete años, a los cuales se agregaron cinco años, por ponerse en contacto con periodistas extranjeros y por posesión y distribución de literatura clandestina. Finalmente, el 18 de diciembre de 1976, a propuesta del dictador chileno Augusto Pinochet, se realizó un canje mediante el cual la Unión Soviética liberaba a Bukovski de la cárcel para ser intercambiado en Zúrich (Suiza) por Luis Corvalán, el secretario general del Partido Comunista de Chile, liberado por Pinochet tras permanecer internado tres años en distintos campos de concentración.

En 1974, Andropov propuso y logró que el Premio Nobel Aleksander Solzhenitsyn, autor del *Archipiélago Gulag* fuera privado de la ciudadanía soviética y expulsado de la URSS. Igualmente, en 1980, promovió el destierro del físico Andrei Sajarov, futuro Premio Nobel de la Paz, a Gorki, privado de su trabajo como investigador científico.

Sin embargo, curiosamente, Andropov fue uno de los principales mentores de Gorbachov, gracias a cuyo liderazgo se logró poner en marcha el proceso de trasformación de la Unión Soviética, que culminó con el abandono del comunismo.

Chernenko fue el sucesor de Andropov, con un perfil duro y conservador. En los años treinta se había significado por su activa y contundente participación en la sangrienta represión de los kulaks. No obstante, su gobierno fue breve. Falleció en marzo de 1985, tras haber llegado al poder en febrero de 1984.

CONTRASTE CON LA PROSPERIDAD CAPITALISTA

La diferencia entre el próspero capitalismo y las carencias económicas del comunismo fueron, poco a poco, siendo mejor conocidas por los ciudadanos de la
URSS
.

Los medios de comunicación de masas que existían en la época del golpe de Estado de Lenin, periódicos y telégrafo, permitían un conocimiento muy limitado de la realidad internacional. Si a ello añadimos que la población de Rusia era básicamente rural, la información sobre las naciones extranjeras, incluso europeas, era muy escasa. La opresión generada tras el golpe de Estado, el gran terror de Stalin y la posterior Segunda Guerra Mundial no ayudaron a los ciudadanos de la
URSS
a conocer lo que verdaderamente pasaba en el resto del mundo.

En los años cincuenta, tras la llegada de Kruschov al poder, el desarrollo de la radio, teléfono y televisión, y, sobre todo, la flexibilización de la censura política, hicieron posible que, aunque de forma limitada, la población de la
URSS
pudiera tener más noticias sobre la vida en los países no comunistas.

Durante el gobierno de Breznev (1964-1982) la censura política se reforzó de nuevo, si bien el desarrollo de los medios de comunicación jugaba en su contra. Eran una ventana que hacía posible ver o escuchar un poco del exterior. Las emisoras de onda corta, la
BBC
, la Voz de América o Europa Libre emitían programas en ruso que daban información a los oyentes que, con prudencia y miedo, los sintonizaban. La televisión empezó poco a poco a emitir películas occidentales. Todo ello aportaba más información sobre la realidad socioeconómica de los países capitalistas, a pesar de la intensa propaganda y censura oficial.

La televisión oficial, la única que existía, en sus noticiarios solo presentaba informaciones que ponían de manifiesto la «verdadera realidad del capitalismo», es decir, crímenes, injusticias sociales e incluso accidentes. De lo que ocurría en la propia Rusia nada de nada. Silencio total.

Cuenta Félix Sayón, corresponsal en Moscú desde 1981 a 1984, que la Gran Enciclopedia Soviética decía que «el *robo es una característica intrínseca del capitalismo*». Por tanto, en la Rusia comunista los robos no podían existir.

Añade Sayón que también *había una absoluta censura de noticias relativas a catástrofes naturales o simples accidentes en los periódicos de la URSS. Sin embargo, en sus últimos minutos de la noche, el programa «Vremia» de televisión solía recoger cualquier suceso llamativo, que hubiese ocurrido en el otro lado del mundo, desde un tifón en Florida hasta el incendio de un gran hotel en Tokio. Mientras, aparentemente, en la nunca sucedía nada grave*
URSS
.

Félix Sayón aporta otros ejemplos: Ninguna información crítica era autorizada, salvo sobre temas menores; los grandes errores o corrupciones soviéticos no cabían en las noticias. Así, el derribo, el día 1 de septiembre de 1983, del avión coreano con doscientos sesenta y nueve pasajeros por cazas soviéticos, fue silenciado por Pravda en tiempo de Andropov.

Igualmente, ya bajo el gobierno de Gorbachov, la catástrofe del reactor nuclear de Chernóbil, el 26 de abril de 1986, tardó quince días en reconocerse públicamente.

Los periódicos y las revistas no publicaban, salvo de forma muy ambigua y maquillada, datos estadísticos económicos de producción, presupuestos, inflación
etc.
No se hacían públicos para no dar información al «enemigo capitalista». Esa era la justificación de un largo y extenso silencio informativo. Sin embargo, las emisoras extranjeras, y poco a poco los medios de comunicación internos, fueron poniendo cada vez más información al alcance del ciudadano soviético, tanto sobre la

realidad exterior como interior.

Asimismo, el incremento de los viajes y estancias en el extranjero, no solo las del personal diplomático, sino también las visitas e intercambios militares, científicos, académicos, culturales y deportivos, fueron una importante fuente de información, que se trasladaba a familiares y amigos de confianza.

En conjunto, las informaciones sobre la realidad económica y social del mundo capitalista fueron penetrando, aunque lentamente, en la sociedad soviética. El mensaje esencial era demoledor: en los denostados países capitalistas, el nivel general de bienestar material y de libertades era muy superior al de la Unión Soviética.

¿POR QUÉ FUE NECESARIO GORBACHOV?

Las tres causas indicadas de la caída del comunismo en Rusia (la ineficiencia y el desastre económico, la insoportable opresión de las libertades y el contraste con la prosperidad capitalista) no se manifestaron de repente, ni en la misma medida, a lo largo de los setenta años de la época soviética.

La ineficiencia y desastre económico, en la época de Lenin, hasta 1923, y en especial con Stalin (1924-1953), se agravaron con la eliminación de la propiedad privada en la industria y en el campesinado. Incluso la propiedad comunal campesina, que representaba el 50 % de las tierras cultivadas, fue eliminada. Todo ello generó, primero, el abandono económico y luego la ineficiencia marxista en la gestión de la tierra, ya propiedad del Estado.

La Segunda Guerra Mundial, como toda guerra, perjudicó la economía al destruir una gran parte de las industrias, equipamientos e infraestructuras existentes. Ahora bien, solo duró cinco años de los treinta que reinó el comunista Stalin, el cual optó por concentrar la economía en el desarrollo de la industria pesada —acero, cemento, armamento— marginando la industria de bienes de consumo y dejando a la gran mayoría de la población en una situación desastrosa.

La época de Kruschov (1956-1964) intentó introducir reformas en el ámbito económico. Buscó la eficiencia aumentando el tamaño de las empresas industriales y agrícolas, aunque con pobres resultados. No era ese el problema.

En los veinte años de Breznev, se llegó a destinar un 15 % del PIB a gastos de defensa, en detrimento de las industrias de consumo.

Kosyguin intentó introducir medidas liberalizadoras de la gestión económica, pero fueron frenadas por Breznev.

Sus sucesores, Andropov y Chernenko, siguieron manteniendo el sistema de planificación y control económico centralizado sin resultados.

Los líderes soviéticos intentaron hacer que el sistema económico marxista fuera más productivo, pero se encontraban siempre en un callejón sin salida. Era necesario dar marcha atrás, pero el adoctrinamiento marxista, por un lado, y el miedo a desmontar lo existente, por otro, impedían el cambio real y el logro de resultados. Parecía que una nube oscura impedía ver la causa del problema.

Por otra parte, la opresión política se hallaba en el origen y en la naturaleza del sistema marxista. El partido era el poseedor de la «verdad» ideológica. Lenin tomó el poder mediante un golpe de Estado, disolvió la vía democrática (la Asamblea Constituyente), creó y utilizó la CHEKA. A continuación, hubo una guerra civil sangrienta, todo lo cual impidió cualquier oposición al poder tiránico armado, policiaco, y represivo del comunismo revolucionario.

Después, en el periodo de Stalin (1924-1953), Segunda Guerra Mundial incluida, la situación de terror no permitió que la población y las instituciones del partido pudiesen manifestar sus deseos, opiniones y, ni mucho menos, sus posibles propuestas de cambio.

Kruschov inició un periodo de apertura política, durante sus ocho años de gobierno. Tras la denuncia del estalinismo se concentró en curar las heridas de ese periodo. Propuso una cierta rotación de puestos en el partido, a lo cual encontró resistencia, ya que sus ocupantes se aferraban a ellos para no perder los beneficios que conllevaban.

Breznev puso fin a las reformas liberalizadoras de Kruschov y ejerció medidas represivas sobre la libertad, a la vez que apoyó la expansión del comunismo en el plano internacional, con lo que incrementó la tensión con EE. UU. y los países de la
OTAN
.

Andropov, que había sido director de la
KGB
desde 1967 hasta suceder a Breznev, no fue ningún aperturista, sino que pretendió *aplastar la disidencia en todos sus tipos* y siempre consideró que *la lucha por los derechos humanos era parte de un amplio complot imperialista, para socavar los cimientos del Estado soviético*.

Chernenko, en su corto gobierno de apenas un año, no se caracterizó por introducir ninguna apertura en las libertades políticas ni ninguna reforma real en la economía, aparte de las consabidas directrices de mejorar la productividad laboral y hacer campaña contra la corrupción.

En la época de Gorbachov el contexto social era más sensible hacia la insatisfactoria realidad económica y política de la sociedad comunista de la
URSS
y tenía mayor percepción del mundo exterior, pero le faltaba el detonante para el cambio.

Mijail Gorbachov (CC-BY-SA 3.0).

Las dictaduras de derechas, al no ser totalitarias, dejan un gran marco de libertad a la economía y dan lugar a que surjan fuerzas internas que induzcan al debate para promover el cambio y la mejora.

Eso no ocurre en las dictaduras comunistas que son verticales y totalitarias y que concentran todo el poder en la nomenklatura dirigente y, sobre todo en su cúspide, en el secretario general del partido. Todo quedaba al albur de quien alcanzara esa posición a la que frecuentemente solo se accede tras la muerte del líder anterior.

Fue imprescindible la llegada de un nuevo líder que además de alcanzar esa posición desde dentro del partido, tuviera la voluntad de salir de la tela de araña, ideológica y política, en la que el marxismo y el comunismo habían envuelto a la
URSS
.

No era necesario, y así fue, que el nuevo líder tuviera una visión clara de hacia dónde caminar. Gorbachov no la tenía. Sin embargo, era imprescindible que tuviese una firme voluntad de poner en movimiento a la sociedad comunista soviética y Gorbachov tuvo ese coraje de forma perseverante.

Si quisiéramos expresarlo con terminología marxista cabría decir que el desarrollo de las fuerzas productivas, en este caso la manifestación del potencial de creatividad de verdad, belleza y bondad del espíritu humano se sentía bloqueado por las relaciones de producción, en este caso por el poder totalitario del Estado comunista, y fue necesaria la revolución centrada en un nuevo líder.

Ese fue el papel de Gorbachov quien, tras los setenta años de comunismo y ante un sistema capitalista que generaba y manifestaba una enorme prosperidad, supo atender al clamor callado de su pueblo, y apoyado en la reforma (Perestroika) y en la transparencia (Glasnost), emprendió un nuevo y realmente difícil camino hacia la libertad y la eliminación de la injusticia y del terror.

GORBACHOV: SU CAMINO HACIA EL PODER

Mijail Gorbachov (1931) fue un personaje clave en la caída del comunismo en la URSS. Estudiar su persona y sus actuaciones políticas resulta de gran interés, pues ofrece orientaciones para diseñar una estrategia que haga posible contribuir a la caída de las dictaduras comunistas aún existentes en el mundo.

Cuatro han sido las fuentes principales que he utilizado para entender a Gorbachov y su proceso de reforma política: *La vieja Rusia de Gorbachov* de Félix Bayón 1987; la *Perestroika* de Gorbachov publicado en 1987; *La tierra y el destino* de Andrei Grachov, publicado en 2001 y *Gorbachov, su vida y su tiempo*, de William Taubman, publicado en 2017.

Son libros muy bien documentados, clarificadores e imprescindibles. El libro de Gorbachov son sus propias palabras, publicadas cuando ya llevaba más de dos años y medio en el poder y había puesto en marcha el proceso, anunciando e introduciendo cambios en el sistema soviético.

Además, he utilizado como fuentes numerosos trabajos existentes en internet, en particular, los de Felipe Sahagún, Lagos Matos, Manuel Becerra, Manuel García Álvarez, Francisco Herranz, Oehling Ruiz,
CIDOB
, y otros que aportan muchos datos objetivos muy interesantes sobre el periodo
1985-1992.
Y por supuesto, numerosos artículos e informaciones de particulares, instituciones y medios. Todo lo cual he intentado contrastar, cribar y ordenar para ofrecer un enfoque coherente,

sistemático y simplificado.

INFANCIA Y UNIVERSIDAD

La familia de Gorbachov como tantas otras, fue afectada por el proceso de implantación del comunismo en las épocas de Lenin y Stalin.

Su abuelo paterno Andrei, productor autónomo se resistió a la colectivización. En 1934, fue condenado por no cumplir el plan de siembra, pues se habían tenido que comer las semillas porque las requisas no les habían dejado nada. Fue enviado a los campos de Siberia, a cortar y transportar madera. Logró cuatro medallas de mérito al trabajo y fue liberado.

Por el contrario, Pantelei, su abuelo materno, recibió con entusiasmo al régimen comunista, se hizo miembro del partido y colaboró activamente en la colectivización y en la requisa de productos agrícolas. Sin embargo, en 1937, durante la Gran Purga, por ser miembro de un grupo trotskista, fue detenido, le rompieron los brazos contra una puerta y lo golpearon duramente. Estuvo catorce meses en prisión. Lo liberaron. No obstante, siguió creyendo que *Stalin no sabe lo que los hombres de la son capaces de hacer NKVD*
. Creía sinceramente que el «bueno» de Stalin no sabía lo que pasaba.

Peor fue la suerte del abuelo de Raisa, futura esposa de Gorbachov, que fue condenado y fusilado en 1937.

Al iniciarse la Segunda Guerra Mundial, Gorbachov tenía diez años. Su padre fue llevado al frente y él tuvo que encargarse de cultivar la parcela familiar para alimentar a su madre y abuelos.

Terminada la guerra, retorna a la escuela, y en 1946 se unió a las Juventudes Comunistas. Desde ese año se dedicó durante los veranos a ayudar a su padre con la máquina segadora trilladora.

En 1948, año en el que hubo mucha cosecha y trabajando muy duro, cosecharon unas ochocientas noventa toneladas, superando la cifra de ochocientas, lo que dio lugar a que a su padre se le condecorase con la Orden de Lenin y a él, que apenas tenía diecisiete años, con la Orden de la Bandera Roja del Trabajo.

CARRERA PROFESIONAL Y POLÍTICA

En junio de 1950, finalizando el instituto, a los diecinueve años, solicitó el ingreso en el partido. Consiguió además ser admitido para estudiar Derecho, en la Universidad de Moscú, en lo que probablemente influyó tanto la condecoración recibida, la Orden de la Bandera Roja del Trabajo, como su solicitud de ingreso en el partido.

Aunque aún Stalin estaba vivo, Gorbachov recuerda que:

> En nuestra residencia donde éramos unos quince o veinte estudiantes, manteníamos acaloradas discusiones día y noche. Obviamente éramos unos niños descerebrados y lo podríamos haber pagado muy caro. Algunos estudiantes del Curso Superior pagaron este tipo de debates con diez años en un campo, pero nosotros tuvimos suerte; entre nosotros no había ningún chivato.

En 1952 se le admitió como miembro del partido y elegido jefe de célula primero y, después, secretario del Komsomol (Juventudes Comunistas) de toda la facultad.

A la muerte de Stalin, el 5 de marzo de 1953, se creó una situación de inquietud. Como Grachov señala, *Gorbachov no tenía ninguna veneración exaltada por el Gran Jefe, pero tampoco mostraba ninguna reserva particular. Se entristeció como todo el mundo y después pasó a otra cosa*.

Se habían ido acostumbrando a vivir con el estalinismo. No obstante, poco a poco más informaciones fueron apareciendo. Beria, el jefe de la temida
NKVD
, fue ejecutado en diciembre de 1953. La gran apertura tendría que esperar a 1956, fecha en la que Kruschov presentó su informe secreto, lo que ocurrió después de que Gorbachov se hubiera graduado.

Gorbachov tuvo un gran compañero y amigo en la Universidad, el checo Zdeněk Mlynář, que justo en su quinto año empezó a tener serias dudas ideológicas, porque un estudiante, miembro del partido, le había dicho que cuando los alemanes invadieron la

URSS
, los campesinos esperaban que desmontaran el sistema de granjas colectivas comunistas.

Otro le comentó que se sentía apenado porque no tendría posibilidad de hacer nada para cambiar los fallos del sistema.

Incluso el propio Gorbachov, tras ver juntos una película en la que se veía a los campesinos ir llenos de alegría a recoger la cosecha, le dijo que la realidad era que en los koljoses si el líder no usaba la fuerza bruta, lo más probable es que los koljosianos no trabajaran.

Mylnar también se dio cuenta de que sus colegas estudiantes rusos conocían mucho más sobre la realidad del terror de Stalin de lo que contaban, mientras Stalin estuvo vivo.

No obstante, a pesar de sus dudas, Mylnar, que después fue ideólogo de la Primavera de Praga de 1968 y represaliado por ello, encontraba aún razones para seguir creyendo en el comunismo: no había explotación capitalista, no había un ejército de desempleados y la política exterior no se basaba en la agresión y en la guerra.

Desde luego capitalismo no había y todo el mundo tenía trabajo, aunque fuera ficticio, y un salario, aunque fuera muy escaso. Eso sí, las mejores viviendas, puestos y salarios eran para los miembros del partido. En cuanto a guerra y agresión ya había hecho la
URSS
lo suficiente con haber sometido a los países de Europa del Este tras la Segunda Guerra Mundial y, más recientemente en 1953, haber sofocado sangrientamente el levantamiento de Alemania del Este.

Gorbachov, tras su graduación en 1955, deseaba trabajar en la oficina del Fiscal, en la que se había creado un programa para rehabilitar a las víctimas inocentes de la represión de Stalin y se iban a revisar las actuaciones de los órganos de seguridad. Sin embargo, las más altas autoridades concluyeron que revisar la actuación de la policía debía ser hecho por personas más experimentadas y no por gente joven.

Fue entonces destinado a la oficina del fiscal de Stávropol, su región natal. Ese puesto no le apetecía por lo que intentó, y logró, ser destinado al Komsomol, como director adjunto de movilización y propaganda. Inspirado por el aperturismo de Kruschov abrió los primeros clubes de debate, pero cuando empezaron a abordar temas

políticos se eliminaron discretamente.

Sus capacidades y dedicación le llevaron en 1958, a ser nombrado segundo secretario del Comité Regional del Komsomol y, en marzo de 1961, a primer secretario del Komsomol por lo que entró automáticamente en el Comité Regional del partido.

Kulakov, entonces primer secretario del Comité Regional le tuvo en gran aprecio y contribuyó en gran medida a su promoción política.

En 1966 pasó a la cabeza del comité del partido de la ciudad de Stávropol, desde donde realizó una ingente labor, ampliando las redes de agua potable y de alcantarillado, construyendo viviendas y abriendo centros de educación superior y escuelas técnicas.

En 1968 fue nombrado segundo secretario del Comité Regional del
PCUS
, y finalmente, en 1970, con apenas treinta y nueve años, tras entrevistarse y recibir la aprobación de Breznev, ascendió al cargo de primer secretario regional, la máxima autoridad en la región, un territorio de tamaño equivalente a Austria. Por encima de él solo estaba Breznev, secretario general del partido.

Desde su nuevo puesto tuvo la oportunidad de establecer muchos contactos personales, con personajes clave de la jerarquía política (Suslov, Kosyguin, Ustinov, Andropov) ya que pudo invitarlos a las estaciones termales, o de veraneo, que había en la región y que estaban bajo su mando. Obviamente ello incluía el ritual de halago, obligatorio en aquellos tiempos, en sus discursos públicos al recibirlos. Gorbachov, en función de su puesto de secretario regional de Stávropol, era miembro del pleno del Comité Central del
PCUS
, pero los veteranos lo relegaban a las últimas filas.

En 1978, Kulakov, su mentor en Stávropol, y entonces miembro del Politburó, le dio la oportunidad de subir a la tribuna y dar un discurso sobre el tema agrícola, lo cual sirvió como su presentación oficial.

Días más tarde, el súbito fallecimiento de Kulakov propició que Gorbachov, con el apoyo de Suslov y Andropov, fuera elegido como secretario del Comité Central y del Politburó, lo que conllevaba

dejar su puesto de primer secretario regional de Stávropol y trasladar su residencia a Moscú.

Las habilidades personales de Gorbachov, en especial su diplomacia, su energía y su capacidad de trabajo, junto con el apoyo de Andropov, fueron sus grandes bazas a partir de 1978, en su carrera política en Moscú.

Andropov, que tras la muerte de Breznev en noviembre de 1982, había sido elegido nuevo secretario general del partido y líder de la URSS encargó a Gorbachov dar el discurso del aniversario del nacimiento de Lenin en abril de 1983. Este honor era considerado por el partido como un claro gesto de a quien prefería el secretario general como posible sucesor.

Sin embargo, a la muerte de Andropov, el nueve de febrero de 1984, el elegido fue Chernenko, el 13 de febrero, como nuevo secretario general. Su salud era mala y murió el diez de marzo de 1985.

Gorbachov que había cumplido cincuenta y cuatro años, apenas una semana antes, fue elegido al día siguiente como nuevo secretario general del partido, con el apoyo unánime del Comité Central y del Politburó. Su fama como protegido de Andropov y sus gestiones tras las bambalinas, en especial, con Gromyko, fueron las causas principales de su elección.

Este recorrido biográfico subraya que Gorbachov fue durante toda su vida política un hombre del aparato y un convencido marxista leninista. Las circunstancias le llevaron a ser quien recorrió la mayor parte del camino para llevar a la URSS desde la dictadura comunista hasta la democracia.

A veces las circunstancias te hacen estar en uno u otro bando, como ocurrió en la Guerra Civil española. También, en el caso de Adolfo Suárez, su puesto como secretario general del Movimiento facilitó que tras la muerte de Franco pasara a ser el coordinador del proceso de transición de España, de la dictadura a la democracia.

Pero una vez que se llega al liderazgo, lo importante son los valores que se promueven, las acciones que se realizan y los resultados. Salvo casos de fuerza mayor, los líderes se encuentran ante el reto de asumir su propia responsabilidad ante la sociedad y

ante la historia.

SUS IDEAS POLÍTICAS Y ECONÓMICAS

Gorbachov no fue nunca un reformista insistente, ni mucho menos un disidente. Toda su vida fue un miembro del aparato de poder del partido al cual pertenecía desde los veintiún años. Había ingresado en la universidad en la época de Stalin, sabía que sus abuelos habían sido víctimas de este y era consciente de que el poder del partido era omnipresente.

Tras finalizar sus estudios y comenzar su actividad profesional, siempre en el ámbito del partido, fue testigo de la dura realidad de las granjas estatales y de la poca motivación que los trabajadores encontraban para realizar sus tareas agrícolas.

Igualmente supo de las corrupciones a que daba lugar el sistema, que inducía a que las unidades productivas buscasen recompensas en especies, en productos, debido a la insuficiencia de los salarios y al desabastecimiento generalizado. En muchas empresas se toleraba un cierto aprovechamiento personal de sus productos para intercambiarlos por otras mercancías o para pagar favores. *De facto*, los teóricos precios fijos de productos se veían, en realidad, encarecidos por los sobornos y compadreos que había que hacer para conseguirlos y saltarse las listas de espera.

Por otra parte, sus visitas a Occidente, Francia, Italia, Alemania y Bélgica, en los años setenta, cuando Gorbachov ya era primer secretario del
PCUS
de la región de Stávropol, le permitieron descubrir, cito literalmente a Grachov, que:

> Los habitantes del país de los soviets no vivían en el mejor de los mundos, como pretendía continuamente la propaganda. No solo los explotadores, que se enriquecían como es normal a costa de los trabajadores sino incluso los explotados, que recibían con cordialidad a los enviados de la patria del socialismo, vivían y trabajaban en condiciones que el proletariado soviético sólo podía soñar.

Incluso su esposa Raisa, a la vuelta de un viaje al Occidente, le hizo a su marido una pregunta realmente muy delicada: *Mijail, ¿por qué vivimos nosotros peor que ellos?*

Por tanto, Gorbachov tenía claro que el sistema económico soviético no funcionaba, pero la cuestión era cómo hacerlo funcionar.

También era consciente de la represión política que existía. Su familia había sufrido el estalinismo. Durante su vida en la Universidad había visto como algunos estudiantes habían sido condenados a duras penas por hacer críticas al sistema. El Informe Secreto de Kruschov había sido contundente y había abierto las puertas a una cierta apertura, pero la libertad de discusión era muy limitada, la policía omnipresente y Breznev había vuelto a poner el cerrojo.

En 1969 había ido a Checoslovaquia, con una delegación de la URSS, tras el aplastamiento de la Primavera de Praga, para ayudar a la «normalización». Pero no hizo nada por volver a ver a su amigo Zdeněk Mlynář, que había sido apartado del partido y colocado como conserje en un museo. Pertenecía a la casta de los intocables con los que estaba prohibido relacionarse, por desafectos.

No obstante, Zdeněk Mlynář sabía que Mijail no le había olvidado. Tenía razón. Cuando ya fue secretario general y no tenía que dar cuentas de sus contactos, Gorbachov emprendió la búsqueda de su antiguo y malogrado camarada y dio con él en Viena, donde vivía como refugiado político. Le hizo venir a Moscú y pese a su posición, se vio obligado a recibirlo en la sede del Comité Central por la noche, en secreto, para no levantar sospechas.

Las precauciones eran inherentes al sistema comunista. No había libertad de expresión. Por ello Gorbachov, desde su llegada a Moscú en 1978, y hasta que en 1985 fue elegido secretario general, cuando quería hablar de temas delicados o libremente con su esposa Raisa, no lo hacía en casa por miedo a las escuchas de la KGB, sino que salían ambos a pasear por un parque.

Gorbachov era realista. Había comprendido que, si no se tomaban medidas urgentes para hacer productivo el sistema económico, el descontento hundiría al país y al régimen. También

creía, por experiencia personal, que era necesaria mayor libertad para poder opinar, participar y aportar.

Pero una cosa era ser consciente de los problemas y otra muy distinta resolverlos. Desde que llegó a Moscú, como secretario del Comité Central del partido, sus propios discursos en la época de Breznev tenían poco contenido y muchas referencias a Marx, Lenin y Breznev. A fin de cuentas, formaba parte del aparato dentro del sistema comunista.

Tan solo al final de la época de Breznev empezó a buscar sugerencias sobre cómo resolver las carencias materiales y políticas que tenía la sociedad soviética.

¿QUÉ MEDIDAS TOMAR?

El sistema económico burocrático ruso daba lugar a situaciones esperpénticas. Félix Bayón, en su libro de 1985 «La vieja Rusia de Gorbachov», aporta algunos ejemplos.

En 1974 se dio orden de construir, cerca de Leningrado, una fábrica para reparar tractores que debía terminarse en 1976. No ocurrió así. El vicepresidente de la comisión de construcción, para quitarse el problema de encima, dio orden, en 1978, de que se certificara que se había construido la fábrica, para lo cual involucró a ocho directores de diversos organismos, relacionados con la construcción, a fin de que firmaran el acta de finalización, cosa que logró que hicieran.

Más tarde, cuando en enero de 1980 Pravda denunció la realidad, un director dijo que había visto las firmas de los demás y había añadido la suya. Otro que había firmado porque el medio ambiente no tenía nada que temer ya que la fábrica no existía. El representante del Banco del Estado dijo que creía que los miembros de la comisión tenían gran experiencia y que lo hacían con las mejores intenciones. Otro porque era el último firmante. Etc.

En suma, nadie se había querido oponer a la petición de firma que le era requerida, ni preocuparse de comprobar la realidad: la fábrica no funcionaba y ni siquiera había sido terminada. Su director había incluso propuesto, ya en 1979, un primer plan de producción anual. Lo importante era que las cifras cuadraran sobre

el papel y evitar conflictos.

En 1982, Gorbachov, mientras preparaba el Programa de Alimentos de Breznev, invitó a un grupo de académicos expertos para que asesoraran. Le dijeron que las medidas que proponía el Programa de Alimentos no cambiarían nada. Una economista llamada Tatiana Zaslavskaya hizo un diagnóstico osado: «*la gente no tiene ninguna razón para trabajar bien, no quiere trabajar bien y no sabe cómo trabajar bien*».

Animado por la receptividad que Gorbachov había mostrado, el Instituto en el que trabajaba Zaslavskaya, celebró en Novosibirsk, en abril de 1983, un seminario con la Academia de Ciencias de la URSS, el Comité Estatal para la Planificación Central (Gosplan) y secciones económicas del Comité Central del PCUS.

Se distribuyó, en copias numeradas y selladas, un documento reservado que había sido elaborado por un grupo de científicos y expertos de Novosibirsk, capital de Siberia, tercera población de la URSS, considerada como referencia del desarrollo industrial del país y vivero de críticas y sugerencias (dentro del sistema). A mediados de agosto de 1983 el documento se filtró a algunos diplomáticos y corresponsales occidentales y fue publicado por el Washington Post.

Los llamados «Papeles de Novosibirsk» aludían en primer lugar a las tópicas causas, tradicionalmente esgrimidas, de los problemas económicos de la URSS: *empeoramiento de las condiciones extractivas de las materias primas minerales, la reiterada sequía, los fallos del sistema de transporte, el escaso interés de los trabajadores por el resultado de su trabajo y la escasa disciplina laboral*.

A continuación, con terminología marxista, señalaban el *retraso del sistema de relaciones productivas y del mecanismo estatal de dirección que rige la economía* así como que *los métodos administrativos se han impuesto sobre los métodos económicos* y que *la centralización ha vencido sobre la descentralización*.

Advertían también del peligro con el que se habían topado intentos reformistas anteriores. Recuérdese lo que dijo Kruschov en su Informe Secreto de 1956, treinta años antes, en el que señaló el temor de los gerentes a asumir responsabilidades, ya que el sistema había cercenado la iniciativa de los directivos, provocando que se *apreciara más a los que tienen menos talento y menos audacia, pero son más obedientes*.

Al final los Papeles de Novosibirsk concluían reconociendo que el *sistema se ha ido convirtiendo cada vez más en un freno que impide la marcha hacia el progreso* y que *eran conscientes de la necesidad de reformas, pero que no sabían en qué debían consistir estas*.

En mayo de 1983, Gorbachov hizo una visita a Canadá, donde se centró en conocer la organización de la producción agrícola, visitando importantes granjas.

Tras haber dedicado varios años de su vida, en Stávropol, región agrícola, a movilizar a los koljoses en la batalla de la cosecha, Gorbachov no acababa de comprender el mecanismo de autorregulación de las granjas canadienses, las cuales, sin necesidad de asesoramiento ni instrucciones ni control del Estado, realizaban un trabajo mucho mejor que las soviéticas.

En suma, los problemas económicos se conocían, las soluciones no.

REFORMAS QUE APLICÓ CHINA DESDE 1978

Deng Xiaoping llegó al poder en diciembre de 1978 e inició un proceso de reformas en la economía. A partir de 1979 introdujo reformas de tipo capitalista, aunque manteniendo la retórica de estilo comunista. El sistema de propiedades colectivas del Estado en la agricultura se desmanteló progresivamente. La tierra se fue dividiendo en lotes que se arrendaban, no se vendían, junto con otros medios de producción, a los campesinos, los cuales entregaban una parte de su producción al Estado y vendían libremente el resto en los mercados.

El incremento de la producción fue tan positivo que impulsó de

forma muy generalizada la extensión de esta medida en la agricultura.

En las empresas estatales se pusieron en marcha reformas para incrementar la productividad. Se estableció un sistema dual de precios, por el que a la empresa estatal le era permitido vender libremente lo que produjera por encima de la cuota establecida. Las materias primas eran vendidas al precio establecido y sus excedentes de cuota a precio de mercado, permitiendo a los ciudadanos evitar los racionamientos de la era maoísta. Además, en los ochenta se implantó un Sistema Industrial Responsable que permitió que empresas propiedad del Estado pudieran ser, mediante contrato, gestionadas por individuos o grupos.

También se permitió que las empresas privadas operaran, por primera vez desde la llegada del comunismo, lo que hizo que gradualmente comenzaran a representar un mayor porcentaje en la producción industrial. Asimismo, se aceptó la flexibilidad de precios lo que produjo la expansión del sector de servicios (reparaciones, fontanería,
etc.
)

El país se abrió también a la inversión extranjera, haciendo caso omiso de la teoría marxista que sostiene que el capital privado, esté donde esté y venga de donde venga, sea extranjero o no, es siempre causa de explotación.

Se crearon una serie de zonas económicas especiales para la inversión extranjera, que estaban relativamente exentas de regulaciones burocráticas e intervenciones que dificultaran su desarrollo. Estas regiones se convirtieron en motores de crecimiento para la economía nacional.

Además, se descentralizó el control estatal, dejando que los líderes provinciales experimentaran formas de incrementar el crecimiento económico y privatizaran el sector estatal en sus regiones.

La economía creció rápidamente durante este período, si bien los problemas económicos en el ineficiente sector público aumentaron y quedaron expuestos a la luz, en contraste con la eficiencia del sector privado. Las pérdidas tuvieron que ser compensadas con ingresos del Estado, pero a la vez facilitaron la adopción de medidas

adicionales de privatización, que se aceleraron después de 1992.

A mediados de los noventa el sector privado superó al sector público en participación en el PIB. El gobierno de China había empezado por el reconocimiento de la economía privada, como un «complemento» del sector público (1988) y luego como un «importante componente» (1999) del «mercado de la economía socialista».

En 1997 y 1998, ocurrió una privatización a gran escala, en la que todas las empresas del Estado, excepto algunos grandes monopolios, fueron liquidadas y sus activos vendidos a inversores privados.

Entre 2001 y 2004, el número de empresas propiedad del Estado disminuyó en un 48 %. Durante el mismo período, se redujeron los aranceles, barreras comerciales y regulaciones, se reformó el sistema bancario, se desmontó buena parte del sistema de asistencia social de la era de Mao, se obligó al Ejército a deshacerse de muchos negocios militares, se redujo la inflación y China se integró en la Organización Mundial de Comercio.

No obstante, estas decisiones generaron descontento en algunos grupos, especialmente en los trabajadores despedidos de las empresas del Estado que habían sido privatizadas.

En 2005, el sector público constituía ya solo el 30 % del PIB, una presencia menor que en muchos países occidentales. Sin embargo, algunos monopolios estatales aún permanecían, tales como la industria petrolera y la banca.

La URSS, en la época de Gorbachov (1985-1991), se había quedado muy atrás con respecto a China en el campo de la economía. China había avanzado muy rápidamente en el abandono de los dogmas de la economía marxista, y se había transformado en lo que los chinos, eufemísticamente, denominaban «economía socialista de mercado».

China había dejado totalmente de lado «El Capital» de Marx y todos sus engaños, así como todos los remiendos, infructuosos, que se habían intentado introducir en la gestión de la economía en la URSS y en Europa del Este antes de 1989.

Lo que China había hecho, en esencia, era poner a funcionar a

los mecanismos de mercado de fijación de precios y abrir, de forma increíble, la puerta a la iniciativa y a la propiedad privada.

En resumen, había surgido una China comunista, que despreciaba la teoría económica marxista, contrataba las tierras públicas a los campesinos para su explotación autónoma, autorizaba la creación de empresas privadas, contrataba empresas del Estado a individuos y grupos para producir mercancías destinadas al mercado, abría el país a las inversiones y a la iniciativa privada extranjera,
etc.

El resultado económico fue espectacular. Pasaron a la historia las cartillas de racionamiento, la carencia de productos tanto agrícolas como de la industria de consumo,
etc.
Las fuentes de riqueza empezaban a manar en plenitud en el contexto de la economía de mercado, a la cual ellos, con sonrisa picara, denominaban «economía socialista de mercado».

En 1998, veinte años después de que Deng Xiaoping hubiera iniciado ese proceso de abandono del marxismo económico, tuve la oportunidad de ser testigo de ese contexto.

Participé en un proyecto de consultoría en China para la Comisión Europea, cuya finalidad era evaluar la posibilidad de que la Comisión Europea destinara una donación de ocho millones de dólares, para la formación de los ministros y altos directivos chinos, en una cuasi universidad, con edificios impresionantes, que el gobierno chino había creado, al margen de la Universidad del partido comunista, con la astuta intención de ir sacando, poco a poco, a los altos directivos fuera de la influencia directa del partido comunista. Una jugada brillante.

Ello me dio la oportunidad de entrevistarme con ministros y altos oficiales, así como con los directivos de la Universidad de Formación del partido comunista en Pekín y en Shanghái. El objetivo era obtener información sobre la opinión del partido sobre la posible formación, fundamentalmente en alta gestión económica, paralela a la suya, que se haría con dinero y con profesores de la Unión Europea.

Las autoridades chinas nos trataron como a visitantes de alto nivel y prácticamente todos los días estábamos invitados a comer en

restaurantes excelentes, esas comidas chinas, con unas tablas centrales circulares, en las que van apareciendo quince o veinte platos, a veces con una sopa entremedio, lo que sorprende a quienes estamos acostumbrados a la estructura europea de primero, segundo y postre, y que en todo caso la sopa, se toma solo al principio.

El ministro, o alto directivo, a cuyo lado tenías el honor de estar sentado, te servía desde esa tabla rotatoria de la mesa cuando llegaba un plato y al siguiente le correspondías haciendo lo propio y sirviéndole a él. Por cierto, todo acompañado con un vino tinto excelente. Lo que nunca se sabía era el momento final de la comida porque no había postre.

Pude pasear libremente por las calles. Visité supermercados y centros comerciales, todos abiertos al pueblo chino, no había tiendas «solo para extranjeros». Un día me apeteció cenar diferente, me excusé, salí del hotel y encontré un McDonald's.

En la cola coincidí con cuatro o cinco visitantes cubanos, seguramente miembros del partido comunista, en visita de toma de contacto con el comunismo chino. Estuve hablando brevemente con ellos pues se les veía muy recelosos, ya que el ojo del partido es omnipresente y yo podía ser una persona enviada para espiarlos y denunciarlos. Por ello no hubo lugar a un amplio diálogo abierto con ellos, pero desde luego los vi enormemente sorprendidos por encontrar, en la capital china, a la capitalista empresa McDonald's, algo impensable en la Cuba de Castro.

La ciudad de Shanghái me sorprendió con sus altos rascacielos y su moderna y enorme zona financiera. Transmitía una imagen mucho más capitalista que Wall Street en New York o la City de Londres. China carecía de libertad política y el partido comunista era todopoderoso, pero el nivel de abastecimiento de productos y servicios era comparable al de Occidente.

El modelo económico chino puesto en marcha, desde 1978, podía haber sido una clara indicación del tipo de medidas económicas a tomar por Gorbachov.

GORBACHOV 1985-1987

Gorbachov consideraba que no era posible seguir con un sistema que no era eficiente, a la hora de atender los deseos materiales de la población. También percibía que la falta de libertad para opinar reducía la posibilidad de que se formulasen iniciativas nuevas, capaces de hacer funcionar el sistema comunista.

No pretendía derribar el sistema, sino simplemente hacerlo más eficiente y participativo. No tenía un plan concreto de reformas políticas ni un calendario preciso. Todo eran apenas meras generalidades en largos discursos, llenos de buena voluntad.

PERESTROIKA: 1985-1987

El 10 de marzo de 1985, dos horas antes de ser elegido por el Comité Central, había recibido el apoyo del Politburó. En sus palabras de agradecimiento señaló que *la sociedad soviética necesita más dinamismo, pero no tenemos que cambiar nuestra política. La que tenemos es la verdadera, es la correcta, una política genuinamente leninista*.

A continuación, tras ser elegido por el Comité Central, por unanimidad, secretario general del PCUS, utilizó, en su discurso de agradecimiento, las palabras *democratización* y *glasnost*, pero sin mayores explicaciones, y apoyó la estrategia proclamada por Breznev en 1981, en el XXVI Congreso del partido, *aceleración del desarrollo socioeconómico del país, el perfeccionamiento de todos los aspectos de su vida social; transformación de la base material y técnica de la producción; desarrollo del hombre mismo y mejoras cualitativas de sus circunstancias materiales y de su vida espiritual.*

Todo era tranquilizador, un líder joven, con energía y carisma, pero con la misma retórica de siempre. Gorbachov utilizó la palabra

aceleración como símbolo de la nueva época contrastando con el estancamiento, pero detrás de esa palabra no había ningún plan de acción concreto.

Hasta el XXVII Congreso del
PCUS
de 1986, celebrado del 25 de febrero al 6 de marzo, Gorbachov preconizaba medidas bastante clásicas, ya pedidas por los dirigentes que le precedieron, tales como más disciplina, más eficacia, mejor planificación. Pero ni funcionaron antes ni funcionarían con él, porque no atacaban la raíz del problema.

En el XXVII Congreso presentó algunas líneas legislativas innovadoras, entre ellas la autonomía financiera para las empresas, la transferencia de competencias en la gestión económica del partido/ministerios a los directivos de las empresas, la promoción de cooperativas y del trabajo individual y la reorganización del Comité de Planificación del Estado (
GOSPLAN
).

Las nuevas leyes, y sus decretos de desarrollo, tendrían el objetivo de liberalizar la economía para darle más agilidad y diversidad e incentivar el compromiso de los trabajadores y aumentar la producción, pero frecuentemente las nuevas medidas chocaban con la ideología marxista tradicional.

En marzo de 1986, un año después de llegar al poder, en una reunión del Politburó, Gorbachov explotó diciendo: Se *nos informa por todos lados que las tiendas están vacías. Siempre tenemos miedo de que autorizar parcelas agrícolas privadas mine el socialismo. ¿No deberíamos tener miedo*, más bien, *de que lo minen los estantes vacíos?*

Pero tan pronto como hubo pronunciado esas palabras, por temor de ser sospechoso de herejía, se apresuró a ocultarse tras Lenin: *Lenin no tenía miedo de estimular las pequeñas empresas, incluso cuando el Estado era débil. Entonces, nosotros ¿qué tememos?* (Grachov).

Gorbachov creía en un Lenin abierto y liberal, que nunca existió.

Gorbachov era consciente de los problemas económicos que existían y también de que no se les estaba dando solución eficaz.

Pero ¿qué camino tomar?

En 1986, en diversas reuniones del Politburó señalaba temas como los que siguen: (Taubman)

- *En Moscú se venden cada día cuatro mil toneladas de vegetales y necesitamos siete mil. Entre 1981 y 1985 tres millones trescientas mil toneladas, de un total de trece millones, se pudrieron en los almacenes*. (29 de mayo)
- *Hablamos de embarcarnos en un Plan a Cinco años de Eficiencia y Calidad, pero no hemos hecho nada y no lo estamos haciendo*. (23 de junio)
- *Casi todos los economistas están a favor del cambio, pero cuando se les pregunta por sugerencias ninguno tiene nada que ofrecer*. (24 de julio)

A lo largo de todo el año 1986 y la primera mitad de 1987, tras percibir que el refuerzo de la disciplina y una normativa más clara no daban resultado, se aprobaron varias leyes que abrían vías importantes para la mejora del funcionamiento de la economía.

Estas leyes fueron: una nueva Ley de Salarios que entraría en vigor el uno de enero de 1987; la Ley sobre la Actividad Laboral Individual que entró en vigor el uno de mayo de 1987 y, sobre todo, la Ley de las Empresas Estatales y Mixtas, aprobada por el Soviet Supremo el 30 de junio de 1987 y que entró en vigor el 1 de enero de 1988.

La nueva Ley de Salarios de Gorbachov pretendía ofrecer mayor motivación a los trabajadores, para alcanzar una mayor productividad. En su informe de 25 de julio de 1987 al Pleno del Comité Central del PCUS, Gorbachov justificaba la nueva ley como una aplicación del *principio básico del socialismo, de cada uno según sus capacidades, a cada uno según su trabajo, pero que en la práctica se sacrificaba a una igualdad concebida de manera simplista*. Gorbachov pretendía romper el igualitarismo salarial.

La realidad es que el sistema comunista soviético era un gran sistema burocrático administrativo, y en él, como en la inmensa mayoría de sistemas administrativos burocráticos occidentales, se sueña muchas veces con sistemas salariales que, por sí solos, resuelvan los problemas de motivación y productividad.

En la época de Stalin se había enfatizado el trabajo a destajo lo cual, si se quiere organizar de una manera objetiva, exige definir las cuotas de producción para cada área de actividad y para cada fase del proceso. Luego hay que realizar muchos controles a cada individuo y además hay que valorar no solo la cantidad, sino también la calidad producida, todo lo cual genera una enorme burocracia para el cálculo y pago de los salarios.

Cada ministerio o departamento soviético era encargado de cumplir las macro cuotas que tuvieran asignadas. Para que lo lograra se le permitía que estableciese sus propias tarifas y escalas salariales, en los órganos y fábricas que dependían de ellos.

Al final resultaba que, en un mismo ministerio, y por supuesto entre ministerios distintos, podía haber una gran variación en la remuneración de trabajos que demandaban responsabilidades y habilidades en gran medida idénticas. La realidad es que ese tipo de intentos se transformaba en un rompecabezas irresoluble. No era el camino.

Tras la llegada de Kruschov al poder se formó un Comité Estatal de Trabajo y Salarios, orientado a establecer un sistema centralizado de ajustes salariales, que incentivara y que al mismo tiempo redujera la rotación de personal que se trasladaba de unas empresas a otras en busca de mejores retribuciones.

Para ello se incrementaron los salarios básicos para que el peso de la parte variable, derivada del cumplimiento de la cuota, no fuera tan importante en el salario final, lo cual facilitaba a los gestores poder redistribuir mejor la fuerza laboral o/y cambiar las tareas asignadas a los trabajadores. Pero obviamente eso era contradictorio con el objetivo de remunerar de forma diferente a los mejores. ¿Qué hacer?

Ley de Salarios

La ley de Salarios de Gorbachov intentó que los sueldos fueran un factor de motivación y que estuviesen ligados a la productividad, pero tampoco dio resultado y finalmente tuvo que ser reemplazado en 1991, por un sistema descentralizado.

La causa principal del poco éxito de la ley radicó en que lo

primero e imprescindible es crear una economía de mercado que oriente las decisiones productivas de forma eficiente hacia la obtención de unos ingresos, que es de donde se derivan los salarios. Ninguna normativa salarial garantiza la eficiencia económica, pero hay algunas normativas que pueden desincentivarla.

La tozuda realidad de la economía es que «no hay salarios objetivamente justos». Los salarios «justos» no son necesariamente iguales ni necesariamente desiguales. Los salarios son fruto de acuerdos, que pueden ser diferentes en las distintas empresas y tener distintos componentes fijos y variables, pero, en todo caso, todo ello tiene como premisa imprescindible la existencia de una economía eficiente, lo cual es imposible sin mercado ni iniciativa privada. Pero ¿qué hacer si esas cosas las prohíbe *El Capital*?

Ley sobre la Actividad Laboral Individual

El 19 de noviembre de 1986, se aprobó la «Ley sobre la Actividad Laboral Individual» que entró en vigor en mayo de 1987. Esta ley permitía, como principio general, que los *ciudadanos mayores de edad, que participan en la producción social, durante el tiempo libre de su trabajo fundamental, tas amas de casa, los inválidos, pensionados y estudiante* pudieran realizar trabajos individuales.

También, aunque ya no como principio general, abría la posibilidad, en los casos previstos por la legislación de la URSS y de las Repúblicas, de que los «*ciudadanos que no participen en la producción social*» pudieran realizarlos y cobrar por ellos.

Estas actividades iban acompañadas de una normativa de control. Era necesario pagar un impuesto anual progresivo, dependiente de los ingresos del trabajador, y obtener una autorización en los soviets regionales. Los trabajadores deberían llevar un libro de contabilidad, declarar sus ingresos y permitir la inspección fiscal. No obstante, esto era, en el contexto comunista soviético, una innovación que rompía el monopolio burocrático empresarial del Estado.

La ley era una vía que facilitaba el reconocimiento de la importante economía paralela que la necesidad había hecho surgir

(carpintería, fontanería, albañilería,
etc.
). Abría, asimismo, la puerta a taxis privados, talleres de reparaciones, pequeños restaurantes, servicios de reparaciones domésticas,
etc.
No obstante, se puso en marcha de una forma tan restrictiva, por la exigencia de permisos, controles, necesidad de locales, maquinaria,
etc.
, que impidió que tuviera un impacto claro en la economía.

La ley era también una forma de ayudar a regularizar el mercado negro que existía, ya que muchas de las actividades paralelas —talleres de mantenimiento, reparación de coches, fontanería,
etc.
—, necesitaban piezas y materiales que se tenían que conseguir en un mercado negro, cuya existencia todos fingían ignorar.

¿Por qué era tan restrictiva la normativa de aplicación de la Ley sobre la Actividad Laboral Individual? Porque el régimen soviético había creado una gigantesca burocracia que, por un lado, justificaba la existencia de muchos puestos de trabajo y que, por otro impulsaba a controlar, ya que nadie quería ser «purgado» por haber flexibilizado los controles en su área y que después se hubiese producido algún resultado que pudiera serle imputable.

Además, lamentablemente, a veces se adoptaron normas totalmente contradictorias. Así, en mayo 1987, entraron en vigor dos normativas, una de *apoyo a la empresa individual* y otra de *lucha severa contra los beneficios no procedentes del trabajo*. La segunda era obviamente un frenazo a la primera.

La ley sobre la Actividad Laboral Individual chocaba de lleno con uno de los tabúes del marxismo, su rechazo frontal al beneficio individual (que siempre es perverso, según el marxismo) y a la propiedad/iniciativa privada (que siempre es explotadora). Por tanto, no había solución si no se tomaba la decisión de afrontar el problema ideológico de fondo.

En su informe de julio de 1987 al pleno del Comité Central del PCUS, Gorbachov reconoció estos problemas: *La actividad laboral cooperativista e individual se desarrolla con mucha dificultad y*

lentitud. La causa es una falta de iniciativa por parte de las autoridades locales, desinterés hacia la cuestión, y, a veces, falta de deseo de ocuparse de ella; hay toda clase de obstáculos burocráticos.

Ley de Empresas Estatales y Mixtas

La Ley de Empresas Estatales y Mixtas, aprobada el 30 de junio de 1987, con entrada en vigor el 1 de enero de 1988, en su artículo 19 establecía que: *Las empresas estatales, junto con las cooperativas son el eslabón fundamental del complejo coherente de la economía popular.*

A las empresas les corresponde un papel básico, en el desarrollo del potencial económico del país, y en la obtención de los más altos fines de la producción común en el socialismo: la más completa satisfacción de las crecientes necesidades materiales y espirituales de las personas.

Todo ello sonaba muy bien, pero en concreto, ¿sería posible el despido, aunque el afectado fuera recolocado en otra ubicación?

La ley afirma que hay que *garantizar al trabajador las condiciones de verdadero dueño en el puesto de trabajo y en la sociedad* (¿en el puesto o del puesto?).

Una cosa es que mientras que estés en el puesto puedas considerarte un «pequeño dueño» de la empresa y otra cosa, muy distinta, es que no puedas ser removido del puesto, por falta de productividad o por crisis de la empresa.

¿Cuál sería la autonomía de la empresa para fijar los precios de venta y para distribuir sus beneficios, financiarse,
etc.
? La ley decía que la *actividad de la empresa se realiza fundamentándose en el plan estatal de desarrollo social y económico… La empresa elabora, aprueba sus planes y celebra sus contratos en forma independiente.*

Pero ¿qué grado de autonomía de la empresa quedaba a la empresa? ¿Cuántos productos y a qué precio tenía que entregar (dentro del plan) al Estado? ¿Qué precios podría poner a los productos que excedieran de la cuota? ¿Cómo plantear el tema del

diseño y producción de nuevos productos y su salida al mercado?

La ley de Empresas reconocía al conjunto de los trabajadores como «*dueños de pleno derecho de la empresa*», lo cual no conllevaba que fueran los propietarios —los que detentaran la propiedad de una parte de las acciones—, ya que la Constitución soviética establecía que *la base del sistema económico de la URSS* es *la propiedad socialista de los medios de producción, en forma de propiedad del Estado*.

Por tanto, los trabajadores podrían gestionar la empresa, pero ¿cómo afrontar el tema de las inversiones futuras? Estas, al igual que el resto de la empresa, formarían parte de la propiedad del Estado y no de los trabajadores.

Sin embargo, las nuevas inversiones deberían ser financiadas con las ganancias que la empresa, autogestionada por los trabajadores hubiera tenido. Por otra parte, al no tener la propiedad, los trabajadores tampoco podían obtener créditos, utilizando la propia empresa como garantía, para la devolución de los préstamos.

La ley establecía la forma de distribuir las ganancias de la empresa, una vez atendidos los costes de producción, incluidos los salarios. «*La actividad social y el pago de los salarios de la empresa se realiza con cargo a los recursos adquiridos por el colectivo de trabajo*». Con el excedente o ganancia, la empresa tendría que financiar diversos tipos de gastos que establecía la ley: cubrir los créditos; dotar un fondo para investigación y desarrollo de la producción; un fondo para el pago de primas a los trabajadores en función de su productividad; un fondo social para la construcción de viviendas; medidas de salubridad, prevención de riesgos laborales; un fondo para mantenimiento de la empresa, etc.

En suma, un enfoque racional de la variada gama de posibilidades sobre cómo distribuir los ingresos de la empresa tras atender los gastos de producción. Pero ¿cuál debería ser el tamaño de cada uno esos distintos fondos de la empresa? ¿Y si no hubiera ingresos suficientes para nutrirlos?

Todo ello requería regulación y control, pero no todas las empresas son iguales, cada una tiene sus propias circunstancias.

Hacer una normativa central muy rígida provocaba bloqueos, que chocaban con la autonomía de la gestión, y nadie explicaba cómo resolverlos. Por otra parte, lo tradicional era emitir normativas centralizadas y generales. ¿Cómo salir de ese círculo cerrado?

La ley daba también a los trabajadores la competencia de elegir al director, así como al soviet de la empresa, equivalente a los representantes sindicales. No obstante, el ministerio del que dependía la empresa podía rechazar al elegido por los trabajadores, lo cual era una forma de control político.

La ley aprobó también la posibilidad de que se crearan empresas mixtas con capital extranjero, pero faltaba un contexto de garantías suficientemente claro que animase a la inversión externa.

Todas las dificultades que se han señalado dieron lugar a que desde el primer momento se pudo comprobar que estas reformas, llenas de buena voluntad, quedarían en agua de borrajas, si no venían acompañadas por una reforma política en profundidad, que permitiera reducir el papeleo y que modificara el comportamiento de mero control burocrático de los cuadros del partido al frente de los aparatos locales.

Era imprescindible evitar rigideces innecesarias en los procesos productivos, y fomentar la motivación, la creatividad y el logro de beneficio económico por parte de las empresas.

Por otra parte, el Politburó, compuesto de liberales y conservadores, frenaba la posibilidad de tomar decisiones de fondo. Por ejemplo, aprobaba grandes inversiones en electrónica para la mejora de la maquinaria industrial, pero para su sorpresa los resultados económicos no mejoraban. ¿Por qué? Porque no se trataba meramente de un problema tecnológico, no era un mero problema técnico, consistente en disponer de la máquina adecuada. El problema era el sistema marxista de planificación centralizada.

Las medidas que, con las mejores intenciones, promovía Gorbachov, eran en unos casos contradictorias, en otros confusas. La creación de comités de control de la producción agrícola o de la calidad de los productos industriales, no eran más que medidas administrativas burocráticas, que seguían sin abordar el problema de base. Al final no daban resultados. No se lograba ni producción suficiente ni calidad satisfactoria. ¿Qué es lo que no estaba funcionando?

En economía una cosa son las reglas de control y otra las motivaciones. Si estas últimas no son satisfactorias, no habrá impulso para cambiar los comportamientos, tomar iniciativas y asumir responsabilidad por ellas. Las normativas confusas y contradictorias no estimulan a asumir responsabilidad. En ese contexto, el trabajador soviético seguía considerando que lo mejor era dejar que las cosas siguieran como estaban. Que fueran los burócratas del Estado los que siguieran diciendo qué producir y cómo y que asumieran, por tanto, la responsabilidad de controlar su cumplimiento.

En 1987, periódicos occidentales transmitían la idea de que la perestroika trataba de restablecer elementos de una economía de mercado, reduciendo así el poder y la inercia de los aparatos administrativos centrales. Señalaban también que, aunque existía cierta resistencia del aparato, el problema principal era que la economía de mercado es un sistema cuyos elementos principales, no pueden funcionar unos sin los otros, lo cual es cierto.

Había también quien señalaba que había que introducir la economía de mercado en pequeñas dosis. La prudencia es adecuada en los procesos de cambio. Sin embargo, el ejemplo de China, ya en 1987, iba «más allá de las pequeñas dosis».

Otro de los factores, que se señalaba como causa de las dificultades en el abastecimiento de productos industriales de consumo, era el alto porcentaje del
PIB
que se destinaba a gastos de defensa. En 1987, según el periódico Moscú Times, era del 15 al 20 % del Producto Interior Bruto frente al 6 % de EE. UU. Evidentemente era un problema porque orientaba la producción económica hacia el complejo militar industrial, en detrimento de la producción para el consumo (neveras, lavadoras,
etc.
). No obstante, tampoco era ese el problema principal. Se puede cambiar el destino de las partidas presupuestarias para producir esto o aquello, pero ese mero cambio no garantiza la eficiencia del sistema.

Gorbachov, en su informe de 25 de julio de 1987 al Pleno del Comité Central, decía que:

> Hay que acabar con la tutela administrativa, en la que se empeñan tanto los ministerios respecto a las empresas; es necesario liberarlos de las funciones de dirección económica operativa; hay que liquidar los organismos correspondientes; hay que reducir el personal del aparato ministerial y de las instituciones que trabajan para los ministerios.

Como era de esperar, esta línea de actuación encontró mucha resistencia entre los afectados y, en particular, entre los burócratas directivos principales, en su mayoría miembros del partido.

Sin embargo, no era prioritario desmontar el aparato burocrático, bastaba al inicio con evitar que fuera un estorbo. Por donde había que empezar era por permitir, aunque fuera gradualmente, que las empresas públicas adoptasen prácticas de mercado, decidiendo qué producir y vendiendo en el mercado. Podía haberse optado por prudencia comenzando por determinados sectores o por determinadas regiones, pero desde luego era imprescindible que las empresas estatales empezasen a caminar a la vez que se facilitaba la creación de empresas privadas.

Sin embargo, Gorbachov dio prioridad a realizar una reforma política en profundidad, que permitiera reducir la burocracia y modificar el comportamiento de los cuadros del partido que controlaban el funcionamiento de las empresas. Para lograrlo, Gorbachov consideró que necesitaba el apoyo político de la población y lo fue buscando, a través de cambios normativos que le exigieron un gran desgaste. Lamentablemente, no conseguía a la vez encarrilar la mejora del funcionamiento de la economía y eso jugaba en su contra.

GLASNOST, 1985-1987

La maraña de normas y de controles del sistema económico soviético no permitía que la economía funcionara con agilidad. Gorbachov consideraba que faltaba claridad de diagnóstico y sinceridad al analizar los problemas. Estimaba que era imprescindible que el partido funcionase con transparencia (glasnost).

Sin embargo, tardó demasiado tiempo en percibir que la *glasnost* sería insuficiente y que era urgente introducir cambios en la economía soviética. Sólo tras el fracaso del golpe de Estado de 1991, empezó a darse cuenta de que era imprescindible abandonar el marxismo leninismo, para lograr que la economía funcionase de forma eficiente.

Gorbachov tuvo, a la vez que lidiaba con las reformas económicas internas y con el control del partido, que enfrentarse a otros problemas políticos extremadamente difíciles: el accidente nuclear de la central de Chernóbil del 26 de abril de 1986; las conversaciones de desarme, imprescindibles para ganar credibilidad internacional y apoyo económico de Occidente, más allá de las buenas palabras; la retirada de Afganistán y el tema de las nacionalidades de la
URSS
, que amenazaba la unidad nacional. Ante todos ellos demostró tener una actitud realmente constructiva.

El caso de Chernóbil le hizo ganar muchos puntos. Tardó catorce días en reconocer lo sucedido, pero tuvo la audacia de hacerlo en un discurso en televisión. Su valentía al aplicarse la glasnost (transparencia) a sí mismo le dio autoridad moral y política.

El entonces embajador de Estados Unidos en la URSS, Jack Matlock, señaló que Gorbachov dio orden a las autoridades que revelaran *toda la información, pero que la burocracia soviética bloqueó el flujo de información*. La inercia del secretismo comunista aún existía. La ropa sucia se lava en casa, pero ¿dónde estaba la lavadora?

En 1986, otro de los temas pendientes fue abordar el tabú de la libertad de salir de la URSS. Gorbachov lo hizo de una forma muy efectiva, muy inteligente y menos conflictiva. Lo asumió como un mero tema administrativo, haciendo que se aprobase una normativa de *simplificación práctica de los requisitos de entradas y salidas de la*
URSS
.

Aplicó un conocido aforismo de la Administración Pública española, y probablemente de todas las Administraciones Públicas del mundo: «Deja *que ellos hagan las leyes que nosotros haremos*

los reglamentos», que enfatiza que las reglas de aplicación de detalle son, en muchos casos, más poderosas que las propias leyes. En el tema que nos ocupa, la idea de Gorbachov fue muy inteligente y práctica, «*hagamos que los trámites de control de salidas sean muy sencillos, sin pedir muchos requisitos, o pidiéndolos de forma muy simple, y con un enfoque de permiso cuasi automático, salvo en los casos en los que explícitamente la ley lo impida*».

En el otoño de 1986, Gorbachov formuló definitivamente la clave de la nueva etapa de reforma: una perestroika total del partido, del Estado y de la economía. Su palanca para la perestroika era la democratización del sistema, idea que reiteró después en su libro *La Perestroika*. Empezó a creer que el partido era el principal obstáculo para la perestroika y no la naturaleza marxista del sistema económico y político.

En diciembre de 1986, Gorbachov tuvo un claro gesto de apertura, con gran repercusión internacional. Se trajo de vuelta a Moscú a Sajarov, un eminente físico nuclear soviético, que había colaborado en el desarrollo de la bomba nuclear de hidrógeno. Desde 1970 había apoyado la fundación del Comité de Derechos Humanos, en Moscú. Fue un activista en favor de las libertades democráticas y del desarme nuclear.

En 1975 se le otorgó el Premio Nobel de la Paz, pero no se le permitió ir a recogerlo. Tuvo que ser su mujer la encargada de representarle en la ceremonia de aceptación del premio. El 22 de enero de 1980, fue arrestado por sus protestas públicas, contra la presencia militar soviética en Afganistán, y deportado a Gorki, por orden de Breznev.

Gorbachov decidió traerlo de vuelta a Moscú para reemprender sus ocupaciones y lo justificó, con mucha astucia, ante el Politburó: *¿Por qué vamos a tener en la ociosidad, en Gorki, a este reconocido científico? Traigámoslo a Moscú y que trabaje como todos por el bienestar de la patria*.

El 30 de junio de 1987, a la vez que se aprobaba la ley de Empresas Estatales presentó también un proyecto de ley sobre la Discusión Popular de los Asuntos Importantes de la Vida Estatal. Pretendió así ampliar la participación ciudadana y aprovecharla para dar legitimidad a las importantes modificaciones que iba a

introducir posteriormente. Con esta estrategia limitaba los poderes de aparato del partido y promovía la participación de los ciudadanos en la vida política.

La ley desarrollaba el artículo 5 de la Constitución de Breznev de 1977:

> Las cuestiones trascendentales de la vida del Estado, se ponen a discusión de todo el pueblo y también se someten a su votación (refrendo)

y el artículo 48:

> Los ciudadanos de la
> URSS
> tienen derecho a participar en la administración de los asuntos del Estado y de la sociedad, en el examen y adopción de las leyes y decisiones de trascendencia estatal y local.

La ley precisaba la forma de aplicar estos principios constitucionales y, sobre todo, establecía la obligación de que, los Soviets de Diputados Populares, organizaran y garantizaran la discusión de las leyes y decisiones importantes. También obligaba a que las organizaciones estatales, los dirigentes de las empresas e instituciones, juntamente con las organizaciones sociales, crearan las condiciones necesarias para esos debates.

Asimismo, en julio de 1987, se publicó un proyecto de «Ley Acerca del Procedimiento para Presentar Recurso en el Tribunal por Actividades Ilícitas de Funcionarios que Menosprecien los Derechos de los Ciudadanos». Este proyecto de ley establecía la responsabilidad administrativa y penal de los funcionarios, muchos de ellos miembros del partido, en particular en los niveles directivos, en el caso de que obstaculizaran o bloquearan el derecho de los ciudadanos a ser informados y a expresar sus críticas.

La Constitución soviética de 1977, ya incluía en su artículo 58 esos derechos:

> Los ciudadanos de la
> URSS
> tienen derecho a recurrir las acciones de los funcionarios y

de los órganos estatales y sociales. Estas quejas deben ser examinadas en el orden y en el plazo establecidos por la Ley.

Las acciones de los funcionarios, que suponen infracción de la Ley o abuso de autoridad y menoscaban los derechos de los ciudadanos, pueden ser recurridas ante los tribunales en la forma establecida por la Ley.

Los ciudadanos de la URSS tienen derecho a la indemnización del daño causado por acciones ilícitas de organizaciones estatales y sociales, así como por los funcionarios durante el desempeño de sus obligaciones.

Sin embargo, al no haberse desarrollado esos derechos a nivel legal y reglamentario, no quedaban claras las formas de exigir que se respetaran, lo que impedía poner en práctica el contenido del artículo 58.

La ley estableció los procedimientos, instancias y plazos ante los que recurrir, pero sobre todo fue un toque de atención a los poderes de la burocracia, en su gran mayoría detentados por miembros del partido. La Administración Pública se presenta como una organización todopoderosa ante el ciudadano, incluso en Occidente, tanto más aun en el contexto del totalitario sistema soviético.

No obstante, a pesar de todos estos intentos de mejora del marco político y del reconocimiento de derechos a los ciudadanos, la reforma de la economía, prioridad aprobada en el Congreso del PCUS de 1986, no avanzaba.

El primer ministro Rizkov, que era de la línea comunista ortodoxa, ponía trabas a todo, lo cual llevó a Gorbachov a considerar que el único camino era avanzar en la reforma política, lo que implicaba la abolición del monopolio del PCUS y la apertura ideológica.

Gorbachov afirmaba: «La *perestroika es una revolución desde arriba porque ha sido una iniciativa del partido y es el partido el que la dirige*» (De su libro La Perestroika). Es decir, ya que viene de arriba, si el partido del que parte la bloquea, es necesario hacer un

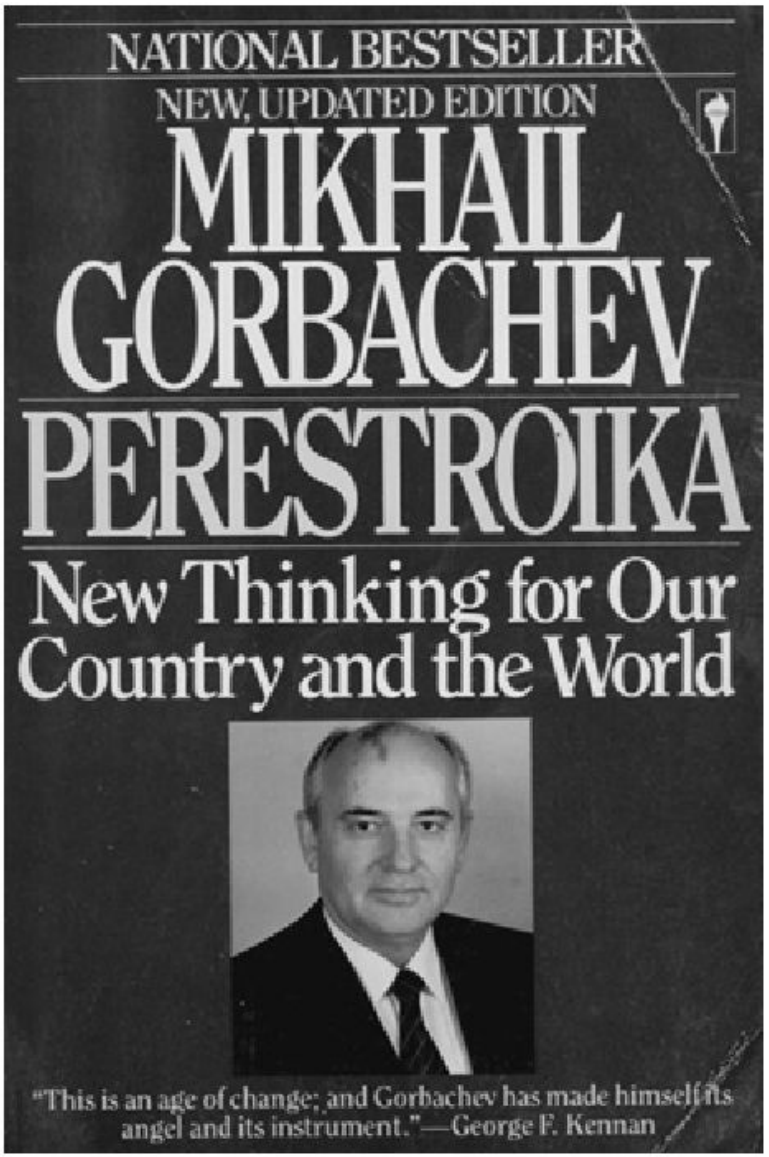
cambio legal más allá del partido para que no pueda bloquearla. Ciertamente era una reforma necesaria, pero hubiese sido más fácil realizarla si hubiese ido acompañada de buenos resultados en la mejora del sistema económico.

1987. EL LIBRO *LA PERESTROIKA*

A finales de 1987, Gorbachov publicó un libro que fue un supervenías mundial: *Perestroika: Mi mensaje a Rusia y al mundo entero*. Lo compré, lo leí y me frustró un poco, porque tenía muchas palabras (unas ochenta y cinco mil) con muy poco contenido, y con escasa concreción. Faltaba la respuesta a un tema clave: cómo iba a cambiar a la sociedad comunista rusa y hacia dónde la quería llevar.

Gorbachov llevaba ya camino de tres años en el poder y, a tenor del ambiguo contenido del libro, el cambio iba para largo.

Veamos los contenidos de su libro, publicado en noviembre de 1987, *Perestroika: Mi mensaje a Rusia y al mundo entero* y hagamos una breve valoración de los mismos.



CONCEPTO DE PERESTROIKA

Gorbachov tenía claro que la gente deseaba saber qué era la

perestroika: *A menudo se nos pregunta que esperamos de la perestroika y cuáles son nuestros últimos objetivos. No podemos desde luego contestar con una respuesta detallada y exacta*.

Esta respuesta era preocupante, máxime cuando añadía que *no bastaría con remiendos y arreglos superficiales, lo que hacía falta no era un lavado de cara*.

Sin embargo, él mismo responde con meras generalidades: *Perestroika significa la superación de un proceso de estancamiento…, la iniciativa de las masas…, la intensificación generalizada de la economía soviética…, la resuelta adopción de medios científicos*… Palabras, pero en concreto ¿en qué consistía la perestroika?

> La democracia y la glasnost pueden llegar ahogarse en retórica y a perder su significado.

Pero seguía sin aclarar qué pretendía hacer, ni siquiera en los escasos párrafos en los que en su libro entra en temas económicos.

El objetivo clave de la Perestroika, o reestructuración económica, era sacar a la
URSS
de sus problemas económicos crónicos: desabastecimiento y falta de calidad.

Sin embargo, las propuestas de actuación eran ideas vagas tales como: aumentar los niveles de disciplina y responsabilidad; o bien sugerencias, repetidas desde Lenin hasta Gorbachov, tales como: creación de estímulos económicos, salarios vinculados a resultados, autonomía de producción y venta, autofinanciación, contratos individuales.

En ningún momento citaba ninguno de los instrumentos claves: mercado y propiedad privada. ¿Por qué? Porque eso contradecía a El Capital y era una herejía inaceptable. La solución era clara: abandonar el socialismo, pero eso, o no lo entendía o no lo quería decir. Yo creo que Gorbachov no lo entendía. Ni por asomo pensaba en abandonar a Lenin y mucho menos a Marx.

> La prioridad más inmediata consistía en ordenar de algún modo la economía, incrementar la disciplina, aumentar los

niveles de organización y responsabilidad.

> ¿Cuál es el principal inconveniente de la antigua maquinaria económica? Yo diría que se trata de la falta de estímulos internos.
>
> Las empresas reciben desde arriba encargos y recursos. Prácticamente todos sus gastos están cubiertos; la venta de sus productos está esencialmente garantizada y, sobre todo, los ingresos de sus empleados no dependen de los resultados finales del trabajo colectivo. Nos guste o no, un mecanismo así tenderá inexorablemente a crear productos de mediana o incluso mala calidad…
>
> Todas las empresas deben partir de las auténticas demandas sociales para determinar sus propios planes de producción y venta… Hay que poner a las empresas en unas condiciones que favorezcan la competencia económica, para mejor satisfacer las demandas de los consumidores. Los ingresos de los empleados deben depender estrictamente del resultado final, de los beneficios que obtenga.
>
> Les preocupa la posibilidad de que estemos debilitando las raíces y engendrando pequeños propietarios. Piensan que al introducir diversas formas de contratos estamos socavando las granjas colectivas. Pero ¿qué decir acerca del hecho de que en las tiendas faltan tantos artículos?

La descripción que Gorbachov hacía de los síntomas del problema era clara, pero dónde estaban las soluciones, *¿en qué consistía* la perestroika? ¿Por qué se fallaba en su puesta en marcha?

ELOGIO DE LENIN

Gorbachov era partidario de Lenin. Cabría pensar que lo usaba como un escudo para evitar críticas, pero las numerosas veces que lo cita, tanto en su libro como en sus intervenciones ante el partido, llevan a pensar que Gorbachov creía que la filosofía de Lenin era la

que necesitaba el sistema soviético para funcionar de forma eficiente.

> Las obras de Lenin y los ideales socialistas siguen siendo para nosotros una fuente inagotable de creativo pensamiento dialéctico, de riqueza teórica y de sagacidad política. Lenin sigue vivo en las mentes y los corazones de millones de personas.
>
> «Tengo presente desde hace tiempo una declaración muy notable formulada por Lenin: el socialismo es la creatividad viva de las masas».

Imagino que se refiere a la creatividad de los miembros del partido, porque al resto de ciudadanos no se le dejaba expresarla.

> En Occidente suele representarse a Lenin como un defensor de los métodos de administración autoritarios. Esto refleja una completa ignorancia de las ideas de Lenin. Según Lenin, socialismo y democracia son inseparables… Hay otra idea de Lenin… La necesidad de convencer a millones de personas…
>
> Siempre hemos aprendido y seguimos aprendiendo del creativo enfoque de Lenin sobre la teoría y la práctica de la construcción socialista.

Realmente el lavado de cerebro que producen las dictaduras comunistas es increíble. Gorbachov debería conocer la historia del golpe de Estado que dio Lenin contra el gobierno provisional de Kerenski y cómo disolvió la Asamblea Constituyente, porque los bolcheviques solo habían obtenido el 24 % de los votos.

Después creó la CHEKA, la terrible policía política; realizó una fortísima represión de los opositores; dio lugar a una guerra civil fratricida contra los Blancos; generó una terrible hambruna… ¿En qué democracia creía Lenin? La respuesta era muy sencilla: en la dictadura del proletariado. Sin embargo, Gorbachov parecía incapaz de darse cuenta de ello.

> Lenin y sus compañeros tenían la capacidad de convencer a

> la gente, de explicar claramente las cosas y de entusiasmar a los demás… La perestroika necesita dirigentes del Partido que se acerquen mucho al ideal leninista de un bolchevique revolucionario.

Efectivamente, el Comité Militar Republicano, y después la Cheka, fueron capaces de «convencer» a la gente. Si el camino que propugna la perestroika es acudir, una vez más, a los bolcheviques revolucionarios que aplicaron una violencia criminal, ¿quién podría creer en ella?

Lo principal es la verdad. Lenin dijo: más luz que el Partido lo sepa todo, ¡Pero si hasta al partido mismo se le reprimió, como reveló Kruschov en su Informe Secreto!

Como ya indicamos, el propio Gorbachov cuando vivía en Moscú y quería hablar en privado con su esposa, la llevaba a pasear a un parque, por miedo a que pudiera haber escuchas en su propia casa. Su protector y mentor, Andropov, creó los hospitales psiquiátricos donde se torturaba a los disidentes. Su amigo checoslovaco Mlynář fue represaliado por ejercer sus ideas,
etc.
¿Qué grado de «verdad y de luz» habían heredado los ciudadanos soviéticos de Lenin?

> Desde los inicios del gobierno soviético, Lenin y el Partido atribuyeron una importancia esencial al mantenimiento y la consolidación de la ley: un nuevo sistema de gobierno, abolir la propiedad privada de los medios de producción, nacionalizar la tierra; dar al pueblo trabajador el control de la producción, y proteger de la contrarrevolución los intereses de los obreros y los campesinos. Todo esto había de quedar justificado y formalizado en ellas.

Gorbachov lo describe muy bien. Ahora bien, ¿fueron esas leyes positivas para los ciudadanos? Dictaron leyes para el pueblo, pero sin contar con el pueblo, y establecieron un sistema policíaco que lo tenía aterrorizado y esclavizado.

La inspiración la hemos obtenido de Lenin. Al ser el líder del

> partido del proletariado e interpretar teórica y políticamente las tareas revolucionarias de este, Lenin podía ver más allá, podía situarse más allá de los límites que imponía la clase.

Suena a la mera arenga comunista. ¿Cómo no podía saber Gorbachov que Lenin fue un fanático que impuso por la fuerza su ideal marxista a sus conciudadanos? ¿Cuál era el más allá que vio Lenin? ¿La URSS que Gorbachov ahora quería cambiar?

> Lenin dijo que nosotros, el Estado socialista, influenciaríamos principalmente en el desarrollo del mundo a través de nuestros logros económicos.

Gorbachov parece no darse cuenta de que, como profeta, Lenin había fallado totalmente. ¿No podría ser un falso profeta? ¿Cuáles eran los «logros económicos» comunistas que el mundo quería imitar?

> Lo que necesitamos no es un socialismo inventado, puro y doctrinario, sino un socialismo real leninista.
>
> ¿Cómo se ha desarrollado la perestroika en el terreno económico? El socialismo y la propiedad pública, que es su fundamento, poseen un potencial prácticamente ilimitado para desarrollar procesos económicos progresistas… Está en la idea de Lenin hallar las maneras más modernas y eficaces para combinar la propiedad pública y el interés personal.

¿A qué «potencial prácticamente ilimitado» socialista se refiere Gorbachov? Fuese el que fuese era obvio que en la URSS no había funcionado porque, setenta años después, Gorbachov estaba proponiendo la perestroika o reestructuración.

Obviamente, ese lenguaje contradictorio no tranquilizaba mucho ni a Reagan, ni a Bush ni a Occidente y no era suficiente garantía, cuando Gorbachov pidió una ingente ayuda económica.

Solo cuando se avanzó en el tema del desarme y, sobre todo, cuando dejó que cayera el Muro de Berlín y que se liberaran los

países comunistas de Europa del Este, pudo Bush en su reunión cumbre con Gorbachov en Malta, los días 2 y 3 de diciembre de 1989, empezar a confiar en él.

Muchos de sus amigos personales, consideran que Gorbachov era un convencido leninista. Desde luego sus manifestaciones desde el día en que tomó el poder el 15 de marzo de 1985, hasta casi el día en que dimitió, 25 de diciembre de 1991, fueron de total apoyo al leninismo y de ninguna crítica al marxismo.

En la Plaza Roja, en la celebración de la Revolución de Octubre se exhibían los retratos de los tres grandes: Marx, Engels y Lenin, y se desfilaba frente al Mausoleo de Lenin rindiéndole homenaje. Esto solo cambió en la Rusia postsoviética en 1996, cuando el Día de la Revolución se reemplazó por el Día de la Armonía y la Reconciliación. Finalmente, en 2005, el 7 de noviembre dejó de ser día festivo.

No obstante, el Mausoleo de Lenin sigue en la Plaza Roja, aunque un número cada vez mayor de rusos desea que Lenin sea enterrado. Vladímir Putin ha afirmado que yacerá en el mausoleo, a los pies del Kremlin, hasta que una mayoría clara de rusos manifieste públicamente lo contrario, para evitar una división de la sociedad.

ELOGIO DE LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE

Gorbachov elogió también la Revolución de Octubre de 1917, lo que transmitía la idea de que consideraba que seguía siendo válida tanto en su objetivo como en su proceso revolucionario. Cabe la posibilidad de que lo hiciera también para frenar, o evitar, críticas del Partido, pero desde luego defendió la Revolución de Octubre.

> La Unión Soviética es un Estado joven sin parangón en la historia y en el mundo moderno. El atrasado Imperio Ruso semicolonial y semifeudal fue sustituido por una de las mayores potencias del mundo… Es evidente el hecho de que el progreso de mi país solo llegó a ser posible gracias a la Revolución.
>
> ¿Acaso la perestroika significa que abandonamos el

> socialismo? Hay personas en Occidente a las que le gustaría decirnos que el socialismo se halla en una crisis profunda. Nos aseguran que nada puede salir de la perestroika dentro del marco de nuestro sistema. Llegan incluso a afirmar que la Revolución de Octubre fue un error. Quienes albergan la esperanza de que abandonemos el camino del socialismo van a quedar muy desengañados.
>
> No tenemos ningún motivo para hablar de la Revolución de Octubre y del socialismo en voz baja como si nos avergonzáramos de ello.
>
> La idea de que nuestro país es un imperio del mal, que la Revolución de Octubre es una mancha en la historia y que el periodo posrevolucionario es un zigzag en la historia, se caerá por su propio peso.

Gorbachov estaba profundamente equivocado. La mayoría de los países de Europa no adoptaron el camino de la Revolución y, sin embargo, estaban en mejor situación política, económica y social que la URSS, antes de la Segunda Guerra Mundial, y, si solo nos referimos a la Europa del Oeste, muchísimo mejor que la URSS, cuando en 1985 llegó Gorbachov al poder.

La realidad pondría en evidencia, muy poco después, que el único cambio posible y liberador de los países comunistas era el abandono del socialismo, la renuncia a la mítica Revolución de Octubre, que tanto sufrimiento causó durante setenta años.

Hoy en día la mayor parte de ciudadanos de Rusia y de Europa del Este repudian la Revolución de Octubre, que aplastó la apenas nacida democracia rusa y la sustituyó por la funesta y sangrienta dictadura del proletariado, que luego, mediante la violencia, se fue extendiendo por el mundo.

Al insistir en que no había que avergonzarse del pasado del comunismo, Gorbachov cometía un gran error en su libro, pues ponía en evidencia que aún no sabía valorar bien los crímenes del comunismo.

Asimismo, Gorbachov tenía una visión distorsionada de los

hechos históricos de la Revolución cuando decía que *la colectivización cambió todo el sistema de vida del campesinado permitiendo que se convirtiera en una clase social moderna y civilizada*.

La realidad era que los campesinos del Estado soviético, como el propio Gorbachov reconoce, no se sentían integrados en las granjas colectivas ni en las granjas del Estado. Se interesaban, y fueron mucho más productivos, en las pequeñas parcelas de hasta media hectárea, que poco a poco se les fueron entregando.

Tampoco veía Gorbachov la realidad cuando señalaba que *desde la Revolución de Octubre nos hemos encontrado bajo la amenaza permanente de una agresión potencial*. ¿De quién provenía esa amenaza de agresión potencial? ¿Quién ocupó Europa del Este? ¿Quién envió los tanques a la
RDA
, a Polonia, Hungría y Checoslovaquia para reprimir a los ciudadanos? ¿Quién impedía elecciones libres en la
URSS
?

Puede que fuera cierto que *la Rusia zarista fue calificada como una prisión de naciones*, pero era innegable que la
URSS
fue una prisión tanto para los ciudadanos como para las naciones que a la fuerza la componían.

En las conclusiones de su libro, Gorbachov no hablaba de la «perestroika ideológica» imprescindible en su país, sino que reiteraba que *estamos motivados por las ideas de la Revolución de Octubre de 1917, el pensamiento de Lenin y los intereses del pueblo soviético*. Nada de cambio ideológico, lo que manifiesta que Gorbachov, aunque tenía buena voluntad, carecía de visión del problema clave de la
URSS
.

A la vez, refiriéndose a las relaciones internacionales, expresaba sus «ansias de comprensión mutua y comunicación» y un hermoso deseo final de que *queremos que la libertad reine soberana en el próximo siglo en todos los rincones del mundo*.

Pero todo eso quedaba en meras y bonitas palabras, al recordar la dura política interna y externa, que realizaron sus predecesores Breznev y Andropov, y el inquietante elogio de Gorbachov a Lenin y a la Revolución de Octubre.

Sin embargo, es cierto que sus hechos, al permitir la libertad de los países de la Europa del Este en 1989, fueron los de una persona que cree en la libertad. Pero indiscutiblemente las palabras de su libro, en 1987, no presagiaban que eso fuera algo que Gorbachov fuera a tolerar.

ELOGIO DEL SOCIALISMO

El libro hacía un elogio del socialismo y de su potencial. No detallaba a qué socialismo se refería, pero hay que inferir que tomaba como referencia el socialismo marxista leninista que se implantó en la
URSS
.

> El socialismo, en tanto que forma de vida sincera y sistema de organización social muy joven, posee enormes posibilidades todavía sin utilizar.
>
> ¿Qué conclusiones hemos extraído de estas lecciones de la historia? En primer lugar, el socialismo como sistema social ha demostrado que posee enormes posibilidades para resolver los más complejos problemas del progreso social.

Y empezaba a enumerar y resaltar sus valores:

> La claridad es un atributo del socialismo.
>
> El comunismo contiene un enorme potencial de humanismo.
>
> El partido desea que todos los ciudadanos manifiesten confiadamente su opinión desde esta tribuna.
>
> En nuestra sociedad el individuo desea ser parte integrante de todo y eso es bueno. No le gusta aquella situación en que no se le pide su opinión, en la que se le considera como mera

mano de obra.

Observemos este principio todo lo que no esté prohibido por la ley está permitido.

Nosotros abogamos por un diálogo amplio por la comparación de opiniones y por el debate y la discusión.

El socialismo debe mostrar plenamente el dinamismo de sus sistemas político y económico como un medio humano de vivir.

Durante mi visita a Checoslovaquia un joven me dijo: Entonces esto se reduce a que digamos la verdad, amemos la verdad y deseemos la verdad para los otros. Y yo añadí: Y actuemos de acuerdo con la verdad.

¿Quién no compartiría ese brillante conjunto de valores? Sin embargo, los setenta años de socialismo hicieron de la URSS una sociedad totalmente diferente y ajena a ellos. En lugar de aplicar esos principios, se optó por imponer la «verdad marxista», la dictadura policíaca y totalitaria del proletariado.

Si la claridad es un atributo del socialismo, ¿por qué Gorbachov hablaba de la glasnost? Si ya había transparencia, ¿por qué proponía la *glasnost*?

El partido tenía el poder, ¿qué le impedía haber pedido la opinión y la participación de todos? ¿Dónde estaba esa gran libertad socialista? ¿Dónde estaba ese entorno humano? ¿Por qué no se podía salir fácilmente ni a los países socialistas?

Gorbachov señalaba que *una de las tradiciones de nuestra prensa es la defensa de los valores fundamentales del socialismo*. Sin embargo, la prensa no era más que un instrumento que el poder comunista utilizaba para contar la «verdad comunista», para hacer propaganda. Félix Bayón en su libro da ejemplos muy claros de que esa «verdad» era una gran mentira.

Gorbachov enfatizaba que *no hay democracia ni puede haberla si no hay glasnost. Y no hay socialismo ni puede haberlo si no hay democracia*. Totalmente de acuerdo en que sin transparencia no hay democracia, pero en la

era innegable tanto la falta de transparencia como de democracia. Gorbachov tuvo que esforzarse mucho hasta que logró que hubiera elecciones, bastante libres en marzo de 1989. Lo que quería decir que, antes de ese momento, no hubo «socialismo». No le dé más vueltas, querido Gorbachov. El socialismo marxista ha estado siempre reñido con la libertad. Nada que ver con la democracia. Siempre se impone y se mantiene mediante la violencia.

A continuación, Gorbachov añadía *escucharemos y tomaremos en consideración todo lo que fortalezca al socialismo y combatiremos todas las tendencias ajenas al socialismo*. Eso resultaba preocupante, ya que lo podría haber dicho perfectamente Lenin o Breznev o el propio Andropov.

Recordemos el gran espíritu «democrático» que inspiraba a Lenin cuando disolvió la recién elegida Asamblea Constituyente en su primera reunión de enero de 1918 y recordemos como combatió todo lo que no era «socialismo marxista revolucionario», es decir a los mencheviques, a los socialrevolucionarios e inclusive a los trotskistas.

Gorbachov interpretaba en su libro los hechos históricos de una forma elogiosa para el socialismo soviético y descalificadora para sus oponentes:

> Pensando en la expansión de las relaciones comerciales y económicas con Occidente, llegamos a considerar que nos resultaría más ventajoso comprar ciertas máquinas que fabricarlas nosotros, pero ¿qué ocurrió en realidad? Fuimos severamente castigados por nuestra ingenuidad, llegó un periodo de embargos, boicots, prohibiciones, restricciones e intimidaciones a quiénes comerciaban con nosotros.
>
> […] las fuerzas derechistas y la propaganda de EE. UU. describen nuestro interés por la América Latina como una intención de poner en marcha una serie de revoluciones socialistas en aquel territorio.

Es decir, Gorbachov señalaba con el dedo a un «Occidente malvado» que renunciaba a obtener beneficios al no querer vender maquinaria a la URSS. Pero deliberadamente pretendía ignorar los

veinte años en los que Breznev apoyó a las guerrillas comunistas de Vietnam, Camboya, Nicaragua, Etiopia, Angola, y aplastó a Checoslovaquia, Polonia, Hungría,
etc.

Hubiera sido de una ingenuidad política inaceptable que Occidente no tomara represalias comerciales con esa
URSS
, que promovía revoluciones armadas para a continuación crear dictaduras en las naciones «liberadas».

Mirando al pasado, Gorbachov no dudaba en alabar al socialismo de Stalin, diciendo que:

> La Unión Soviética tuvo que enfrentarse al fascismo políticamente en 1936, también con las armas, prestando su ayuda al gobierno republicano español.

Parecía ignorar que no fue un préstamo, que fueron pagadas con el «oro de Moscú». Pero lo peor es que no reconocía ni pedía perdón por la injerencia soviética estalinista y por el régimen de terror que se creó en la zona republicana española, basado en los métodos de la Cheka. De todo ello no debería Gorbachov estar orgulloso.

Si el ejército republicano rojo hubiese triunfado, España habría tomado el camino que ya tomó la Unión Soviética en 1917. Fue mucho mejor para España, y para Europa, que España no cayera en las garras de Stalin, ¿o no, señor Gorbachov?

Gorbachov también elogiaba en su libro los «logros» del socialismo soviético a nivel europeo: *El socialismo marcó un cambio drástico en la historia secular de esta parte del mundo. La derrota del fascismo y la victoria de las revoluciones socialistas, en los países de Europa del Este, crearon una nueva situación en el continente*.

La realidad es que mientras que la derrota del nazismo fue un gran logro para Europa, lo que Gorbachov denominaba «victoria de las revoluciones socialistas» fue una trágica y larga pesadilla para la Europa del Este y para el mundo entero.

Gorbachov aludía a la bondad del marxismo *de acuerdo con la teoría marxista, el futuro pertenece a una sociedad en la que no haya explotación del hombre por el hombre y ninguna opresión*

nacional o regional.

Suena muy bien, pero son solo palabras, que no se pueden sacar de su contexto, no se pueden separar de lo que es la ideología marxista ni de lo que han sido los hechos del comunismo. Las palabras y los gestos no son más que meros momentos. A Hitler y a Stalin les encantaba hacerse fotos con los niños.

Lo que importa es la línea global del discurso y de las acciones y desde luego ni el pensamiento de Marx, Lenin, Stalin o Hitler tranquilizan a los que desean unas relaciones basadas en el diálogo, en la justicia y en el respeto a las reglas de juego democráticamente acordadas. Ninguno de ellos defendió la democracia ni respetó los derechos de todos los ciudadanos, ni colaboró a que se pusieran en práctica.

Manifestaba Gorbachov que la *división de Europa la iniciaron quiénes desintegraron la política de coalición anti-Hitler, desarrollaron la Guerra Fría contra los países comunistas y crearon la como instrumento de enfrentamiento político militar OTAN*

.

De nuevo se equivocaba. La coalición contra Hitler se mantuvo hasta su derrota final. Pero la actitud de Stalin, ocupando los países de Europa del Este, e implantando dictaduras fue una amenaza para Occidente. No fue el mundo occidental quien levantó el Muro de Berlín, ni quien cerró los pasos fronterizos. Fueron los países comunistas los que impidieron a sus ciudadanos salir libremente por sus fronteras.

Pretender echarle la culpa a la Europa Occidental y a los EE. UU. de la Guerra Fría y de haber creado la

OTAN

, carece de toda lógica cuando se piensa en cómo los tanques soviéticos habían intervenido en la

RDA

, en Polonia, en Hungría y en Checoslovaquia. Esto demuestra el terrible «síndrome de Estocolmo» que afectaba al bueno de Gorbachov, secuestrado por Marx y Lenin.

Gorbachov también se movía en un mundo irreal cuando comparaba la apertura de Occidente con la soviética:

> Cuando invitamos a los países de Occidente a discutir de forma seria y constructiva el tema de los derechos humanos, y a comparar, en una atmósfera de franqueza mutua, cómo vive realmente la gente en nuestro país y en los países capitalistas, estos se mostraron inquietos y tratan de reducirlo a casos individuales y esquivan discutir el resto.

Gorbachov vivía en un mundo imaginario. La posibilidad de hablar de derechos humanos ha sido algo real en todos los países democráticos, inclusive en los últimos tiempos de la España de Franco, mientras que, en la URSS, todo tema de discusión de derechos humanos era considerado, poco menos que un sabotaje contra el comunismo.

Así lo veía su mentor, Andropov, que decía que *la lucha por los derechos humanos era parte de un amplio complot imperialista para socavar los cimientos del Estado soviético*.

Gorbachov afirmaba que *una nación puede elegir entre el capitalismo o el socialismo tal es su derecho soberano, dejemos que cada nación decida qué sistema y qué ideología es mejor*.

Pero ¿a quién corresponde la decisión? ¿A todos los ciudadanos o solamente a los comunistas? ¿Cómo llegó el socialismo a Rusia y a la Europa del Este? ¿Cómo se mantuvo? La Policía, el Ejército y el Partido aplastaron toda oposición.

Criticaba también la visión que Occidente tiene de la URSS: *Cuando un país ve a otro como la encarnación del diablo y a sí mismo como la personificación de la bondad absoluta sus relaciones están condenadas al fracaso*.

¿Cómo veía Gorbachov al Hitler de los campos de concentración? ¿Por qué no ver igualmente a la URSS del Archipiélago Gulag, de los tanques que aplastan libertades y de los hospitales psiquiátricos de Andropov para disidentes?

Ante esta ceguera sobre las realidades del sistema soviético no es de extrañar que Gorbachov sostuviera que *nadie debe pretender arrojarnos al vertedero de la historia, idea que al pueblo soviético*

solo le mueve a sonreír. La respuesta se la dieron primero los países del Este de Europa en 1989 y la propia Rusia poco después.

Sin embargo, es cierto que aún falta por arrojar el pensamiento marxista al vertedero de la historia. No por venganza sino para que la luz y la verdad se abran paso y todos, incluso los comunistas convencidos, podamos alcanzar la libertad.

Finalmente, Gorbachov escribía: *Dicen que nuestro ejército es contrario a la reestructuración y que la todavía no ha dicho la última palabra al respecto*
KGB
. Con estas palabras Gorbachov demostró que era demasiado bien pensado. En agosto de 1991, el Partido (Lukyanov), el Ejército (Yazov) y la KGB (Kriukov) le dieron un golpe de Estado. Lo que él creía que no iba a pasar, pasó. Menos mal que fallaron.

FALLOS DE LA IDEOLOGÍA SOCIALISTA

Gorbachov reconocía en su libro que la ideología socialista tenía fallos, pero, tal y como los presentaba, parecía sugerir que al principio el socialismo iba por buen camino, pero que después *comenzó a producirse una erosión gradual de los valores morales e ideológicos de nuestro pueblo. Se favorecía la adulación y el servilismo, al tiempo que se ignoraban las necesidades y opiniones del trabajador corriente y del pueblo en general*.

> Se creó un abismo entre las palabras y los hechos, lo cual fomentó la pasividad del pueblo y su incredulidad hacia las consignas que se proclamaban.
>
> Para disfrazar la situación se efectuaban pomposas campañas, actividades y celebraciones de numerosos aniversarios, tanto generales como locales, (pero) el mundo de las realidades cotidianas y el mundo de la prosperidad fingida divergían cada vez más.
>
> Las organizaciones del Partido seguían trabajando y la inmensa mayoría de los comunistas cumplía con sus obligaciones hacia el pueblo, de forma sincera y altruista.

> Las personas honradas constataban con amargura que el pueblo estaba desentendiéndose de los asuntos sociales, que el trabajo había perdido su respetabilidad y que la gente, sobre todo los jóvenes, buscaban el beneficio a cualquier precio.

La realidad es que la Gran Rusia fue a peor desde el mismo momento en que se derrocó al gobierno provisional democrático de Kerenski y se implantó la «dictadura del Partido». La URSS la sustituyó para peor. Se dice que el poder corrompe, lo cual puede ocurrir, pero no hay duda de que el poder totalitario conlleva la corrupción de toda ética humana.

Reconocía algunos fallos en el socialismo, pero no profundizaba en su *porqué los asistentes a las reuniones nos hemos vuelto más abiertos* (ahora). *¿Qué ocurría antes? Si se le preguntaba algo a alguien lo más probable es que permaneciera callado, quizás por miedo o por falta de confianza*.

La realidad era obvia. Estaban en un régimen socialista leninista donde lo mejor era no abrir la boca. *La intelectualidad sufrió graves pérdidas a veces irreparables a consecuencia de la represión de los años treinta*. Se queda corto. También ocurrió en los cuarenta, cincuenta, sesenta, setenta y ochenta. ¿Acaso no había represión en la época de Breznev, que terminó en el 1982?, ¿o en la de Andropov? Que se lo pregunten a Solzhenitsyn, Sajarov o Bukowski o tantos otros. O a Mylnar, el amigo checo de Gorbachov.

> Algunos países socialistas pasaron graves crisis en su desarrollo, tal fue el caso de Hungría en 1956, Checoslovaquia en 1968, Polonia en 1956 y de nuevo en los años ochenta.

Es una vergüenza que Gorbachov usara aquí la palabra «crisis» para aludir al aplastamiento sangriento, por los tanques soviéticos, de la movilización ciudadana en esos países en favor de la libertad. En esta frase estuvo muy desacertado.

MALFUNCIONAMIENTO ECONÓMICO

Gorbachov en su libro Perestroika reconocía que el sistema económico funcionaba mal, pero daba a entender que era mejorable pues *funciona una forma socialista de economía en un nutrido grupo de países*.

Lo que no decía era dónde. ¿Cuál era ese nutrido grupo de países? La realidad es que, salvo cuando se introdujo la economía capitalista de mercado y la propiedad privada, como fue el caso de China, el sistema económico funcionaba mal. Algunos países tales como Yugoslavia y Hungría parecían los faros de la esperanza, porque habían introducido pequeñas liberalizaciones en ese sentido, pero eran claramente insuficientes.

Citaba muy pocos ejemplos de los problemas económicos de la URSS
, los cual contradecía el objetivo de la Perestroika, que se centraba en la reforma económica.

> El esfuerzo hacia la producción bruta en la industria pesada se había convertido en una tarea de máxima prioridad, en un fin por sí mismo… El obrero o la empresa que más esfuerzos (dinero o materiales) gastaba era considerado el mejor.

Es decir, reconoce que ocurría el problema burocrático que sucede en las Administraciones Públicas de Occidente, cuando solo se las valora en función del porcentaje de presupuesto que han conseguido ejecutar (gastar), sin medir si ese gasto ha sido productivo y proporcional a lo logrado.

Aun siendo uno de los principales productores de cereales alimenticios, la se ve en la necesidad de comprar cada año millones de toneladas para elaborar piensos
URSS
. Problema crónico desde que se creó el régimen comunista, que no sabían corregir.

> Virtualmente no existe el desempleo. El Estado asume la responsabilidad de garantizar el pleno empleo; aunque uno sea un mal trabajador cobra lo suficiente para vivir con

> bastante comodidad… La asistencia sanitaria es gratuita al igual que la educación… Existen personas deshonestas que tratan de explotar esas ventajas del socialismo; conocen perfectamente sus derechos, pero no quieren oír hablar de sus deberes.

Gorbachov echaba aquí la culpa a los individuos —al mal trabajador, a los deshonestos— y no al sistema, lo cual es fórmula habitual en muchos contextos. Es una falta de visión muy generalizada. O no sabía o no quería reconocer, que lo que no funcionaba era el sistema.

> En el Comité Central del
> PCUS
> realizado en junio de 1987 se aprobaron los fundamentos de una reestructuración radical de la dirección económica. La reforma dio un aumento espectacular de la independencia de la empresa y asociaciones.

Es cierto, La «Ley de Empresas Estatales y Mixtas» fue aprobada el 30 de junio de 1987, pero cuando se publicó su libro aún no había entrado en vigor. Lo hizo el 1 de enero de 1988, y no funcionó. Debió servir de experiencia a Gorbachov para la etapa siguiente de
1988-1991.

CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN

La glasnost interna que Gorbachov estaba aplicando en la URSS, tuvo una importancia decisiva en la caída del comunismo en la Europa del Este.

En octubre de 1988, Gorbachov había recibido un memorándum de su asesor para asuntos de Europa del Este, en el que planteaba qué debería hacer Moscú en caso de inestabilidad en los países europeos de la órbita soviética, en particular en Polonia, Hungría y Checoeslovaquia. Pero, Gorbachov no convocó ninguna reunión del Politburó para discutir la situación, hasta el 31 de enero de 1989. Mantuvo siempre la convicción de que serían reformas en las cuales los comunistas mantendrían el control.

La liberación de las naciones comunistas se vio grandemente facilitada porque, en diciembre de 1988, Gorbachov, manifestó que la «doctrina Breznev» sería abandonada y que los países de Europa del Este podrían hacer lo que consideraran conveniente.

Asalto al Muro de Berlín (CC BY SA 3.0)

Posteriormente, a esta nueva posición se la denominaría la «doctrina Sinatra», término que utilizó Gerasimov, portavoz oficial del ministerio de Relaciones Exteriores de la URSS, el 25 de octubre de 1989, en una entrevista con la televisión estadounidense. Cuando se le preguntó sobre la reacción soviética ante los países del Pacto de Varsovia, que empezaban a aplicar su propia perestroika, respondió: *Nosotros tenemos hoy la doctrina Frank Sinatra. Él tiene una canción, «My Way». Igualmente nosotros pensamos que cada país debe decidir qué camino seguir*.

Como anécdota de la historia, la guinda del pastel del fracaso del comunismo fue la caída del Muro de Berlín. No obstante, hay que destacar que, previamente, desde finales de 1988 y a lo largo de 1989, tuvieron lugar procesos que liberaron del yugo del comunismo a Polonia (junio 1989) y Hungría (octubre 1989). Posteriormente a la caída del Muro se produjo la liberación de Checoeslovaquia y Bulgaria (noviembre 1989), Rumanía (diciembre

1989) y después los países bálticos.

Vamos a saltarnos ese orden cronológico y empecemos por la caída del Muro de Berlín, que fue y es la imagen que expresa de forma más rotunda la derrota del comunismo. El muro tenía cuarenta y seis km y setecientos metros y junto con su prolongación, más allá del propio Berlín Oeste, totalizaba una longitud de ciento cincuenta y cinco kilómetros.

Estuvo en pie veintiocho años, hasta que el 9 de noviembre de 1989, se produjo su caída, la cual tuvo algo de sorprendente y casual. Casi de película cómica, de Groucho Marx, si no fuera por su trascendencia humana y política.

En el contexto del desarrollo político que había tenido lugar en la
URSS
—elección del Congreso de Diputados del Pueblo de la
URSS
— y en Polonia y Hungría, en la República Democrática Alemana (
RDA
) se produjeron a principios de noviembre de 1989, manifestaciones masivas de protesta que reclamaban que se redujeran las limitaciones que impedían la salida del país.

El 9 de noviembre de 1989, el Politburó de la
RDA
preparó nuevas reglas provisionales sobre los permisos de salida. El borrador final de las nuevas reglas de salida se encargó a los funcionarios, que lo tendrían preparado para el día siguiente, 10 de noviembre.

Sin embargo, Egon Krenz, que había reemplazado el 18 de octubre a Honecker, como líder del partido y del país, dio el borrador a Gunter Schabowschi, otro miembro del Politburó, con instrucciones de que lo mencionara en la conferencia internacional de prensa que iba a tener lugar a las seis de la tarde de ese día nueve.

Casi al final de la rueda de prensa, un periodista preguntó por el tema y Schabowschi, que se había olvidado de ello, sacó apresuradamente el borrador y dijo que *las reglas aún no están en vigor. Se trata de un borrador de decisión que permite a los ciudadanos de la dejar el país a través de cualquier frontera*

RDA
.

Otro periodista preguntó cuándo entraba en vigor, a lo que respondió que «acabo de ser informado de este anuncio que se ha distribuido hoy… permite la salida permanente a través de las fronteras». Le insistieron sobre cuándo entraba en vigor y dijo *hasta donde yo sé entra en efecto inmediatamente*.

Le preguntaron si se aplicaba a Berlín Oeste, miró los papeles y dijo: *La salida puede realizarse por todas las fronteras de la con la República Federal y con el oeste de Berlín*
RDA
.

La noticia se difundió rápidamente en las televisiones de la República Federal que eran vistas en la
RDA
, dando lugar a que alemanes orientales comenzaran a apiñarse ante el muro, en los seis puntos de cruce entre Berlín del Este y del Oeste, pidiendo a los guardias fronterizos que abrieran las rejas inmediatamente.

Los sorprendidos y abrumados guardias pidieron instrucciones a sus superiores. Quedó claro que ninguna autoridad de la
RDA
deseaba tomar responsabilidad personal de ordenar el uso de las armas, por lo que los soldados, al no tener forma alguna de retener a esa multitud, abrieron las puertas a las once y media de la noche. Muchas personas pasaron de un lado al otro y se subieron encima del muro para celebrarlo. En consecuencia, un mero error de comunicación fue el detonante que aceleró la caída del Muro y todas sus implicaciones para el resto de los países de la Europa del Este.

Al despertar Gorbachov, en la mañana del día diez, le informaron de que las puertas entre las dos Alemanias se habían abierto y respondió «han hecho lo correcto».

Casi nueve millones de alemanes del Este, la mayoría de la población, visitó el Oeste durante la primera semana después de la apertura del muro y la mayoría regresó a casa.

El 3 de diciembre, Egon Krenz fue sustituido por un nuevo líder, Hans Modrow, que parecía el Gorbachov de Alemania del Este y

que el diecisiete de diciembre propuso un programa de reformas que fue bien recibido por los líderes de la disidencia.

El 22 de diciembre de 1989 se abrió la Puerta de Brandemburgo en el Muro de Berlín y el canciller de Alemania Occidental, Helmut Kohl, atravesó la Puerta y fue recibido por el primer ministro de Alemania Oriental, Hans Modrow. A partir del veintitrés de diciembre se permitió a los alemanes y berlineses occidentales viajar sin visado.

El subsiguiente proceso de la reunificación alemana se produjo a una extraordinaria velocidad. En enero de 1990 se disolvió la Stasi, la temida policía política de la
RDA
.

El 18 de marzo de 1990 se celebraron en la
RDA
las primeras elecciones democráticas y pluripartidistas, en las que la Alianza por Alemania —una agrupación de partidos liberales y democráticos— obtuvo el 48 % del voto, seguido por el Partido Socialdemócrata que obtuvo el 21,9 % y por el PSD (Partido Comunista) con el 16,4 %.

El 12 de abril fue elegido presidente del Consejo de Ministros, Lothar de Maiziére, del partido Unión Demócrata Cristiana.

El 13 de junio de 1990, las tropas fronterizas de Alemania Oriental comenzaron oficialmente a desmantelar el Muro, cuya demolición se completó en 1992.

El 1 de julio de 1990, Alemania del Este adoptó la moneda occidental alemana y todos los controles de frontera cesaron, aunque la frontera interalemana se había vuelto insignificante ya hacía tiempo.

El 1 de agosto de 1990, prácticamente todas las carreteras que alguna vez unieron Berlín Occidental con Berlín Oriental, y que habían sido cortadas por el Muro de Berlín, fueron reconstruidas y reabiertas.

El 1 de octubre de 1990, entró en vigor el tratado de reunificación oficial del Estado alemán.

EUROPA DEL ESTE SE LIBERA

POLONIA

En Polonia, desde los años setenta, existieron movimientos políticos que habían desarrollado una lucha pacífica por las libertades democráticas. Después en 1980 y 1981, las huelgas, promovidas por el sindicato Solidaridad, dieron lugar a la amenaza de intervención de los tanques soviéticos. El 10 de febrero de 1981, el general Jaruzelski, fue nombrado secretario general, y por tanto líder de Polonia, sustituyendo a su predecesor, Kania, que había mantenido una actitud dialogante con los sindicatos.

Finalmente, Jaruzelski, declaró la ley marcial el 13 de diciembre de 1981. La aplicación de esta ley dio lugar a unos noventa muertos, según calculó una comisión parlamentaria entre 1989 y 1991.

En septiembre de 1988, Jaruzelski decidió dialogar con la oposición, sin formular consulta previa a Moscú, desde donde tampoco se le puso ninguna objeción. Del 6 de febrero al 4 de abril de 1989, el gobierno llegó a acuerdos con el Sindicato Solidaridad y con otros grupos de la oposición. El acuerdo principal consistió en la libre elección del 35 % de los escaños de la Cámara baja y del 100 % de los del Senado.

El 4 de junio tuvo lugar la primera vuelta y el 18 de junio la segunda vuelta. El resultado fue aplastante. Solidaridad obtuvo en el Congreso ciento sesenta de los ciento sesenta y un escaños disponibles, y en el Senado, noventa y nueve de los cien escaños en juego. Como consecuencia fue elegido Tadeusz Mazowiecki, como primer jefe de gobierno no comunista en cuarenta y un años, y tomó posesión el 24 de agosto.

A continuación, se suprimió el techo del 35 % de los escaños en el Congreso y se convocaron elecciones presidenciales en mayo de 1990, en las que Walesa, presidente del sindicato Solidaridad, fue elegido presidente de Polonia sustituyendo a Jaruzelski.

Balcerowicz, ministro de Economía de Mazowiecki, fue el que

preparó el paquete de leyes, que hizo la transición desde el sistema de economía planificada a una economía de mercado.

HUNGRÍA

Hungría también tomó el camino hacia su liberación política. Desde 1956, tras el aplastamiento por los tanques rusos, del levantamiento ciudadano contra el comunismo, tenía como líder a Janos Kadar, el cual, inicialmente, castigó a unos veintiún mil seiscientos disidentes, de los cuales trece mil fueron encarcelados y cuatrocientos ejecutados, entre ellos el primer ministro Imre Nagy.

En 1960 decretó una amnistía general y, a partir de 1968, introdujo pequeñas liberalizaciones en el sistema productivo y de mercado.

En mayo de 1988, Kadar, fue sustituido por Grosz como nuevo secretario general, el cual, en noviembre de 1988, presionado por el propio partido, nombró al reformista Nemeth primer ministro.

En enero 1989, el ministro de Educación, Imre Pozgay, declaró en la radio que la revuelta húngara, aplastada por Moscú en 1956, no había sido una contrarrevolución, sino una insurrección popular.

En junio, Nemeth rehabilitó públicamente a Imre Nagy, líder de la revuelta antisoviética de 1956, dándole un funeral de Estado. El 19 de agosto de 1989, informó a Gorbachov de que su gobierno había decidido abrir sus fronteras con Austria y así lo hizo, auspiciando el llamado Picnic Paneuropeo, abriendo por tres horas la frontera entre Hungría y Austria, como una «señal de pacifismo», para que, sin restricciones, los ciudadanos de ambos países cruzaran de un lado a otro.

El 11 de septiembre, el gobierno húngaro permitió el libre paso de ciudadanos de Alemania Oriental, por suelo húngaro, para dirigirse a Alemania Occidental. En octubre de 1989, el Parlamento húngaro acordó modificar la Constitución comunista de 1948 y eliminar el unipartidismo.

El 23 de mayo de 1990 se celebraron elecciones que transformaron a Hungría en una democracia parlamentaria. El Partido Socialista Húngaro (comunista) obtuvo tan solo el 10 % de los votos.

CHECOSLOVAQUIA

En Checoslovaquia, el gobierno comunista no era aperturista. El jueves 16 de noviembre de 1989, en Bratislava, tuvo lugar una manifestación de estudiantes, reclamando libertades políticas. La manifestación no tenía autorización previa de la policía y se la dispersó violentamente. El hecho se conoció pronto en Praga y al día siguiente, viernes 17 de noviembre, la policía atacó a miles de estudiantes que protestaban contra el régimen comunista en la capital checoslovaca.

Este suceso provocó el inicio de nuevas manifestaciones, el sábado 18 y el domingo 19 de noviembre, con mayor número de participantes, así como huelgas de teatros y cines, lo cual hizo más visible la protesta política, sobre la cual los medios de comunicación habían guardado silencio.

Hubo una ruptura dentro del partido comunista checoslovaco entre los inmovilistas, Husak, presidente del país, y los reformistas como Adamec, primer ministro. Este último, el 21 de noviembre recibió a los líderes opositores y les prometió no reprimir las protestas, así como incluir a no comunistas en el gobierno.

El día 23, los jefes de las fuerzas armadas aceptaron estar «listos para actuar en defensa del gobierno», pero insistieron en que no usarían la fuerza contra civiles.

Las manifestaciones continuaron y el 27 de noviembre se declaró una huelga general. Ese mismo día, Milos Jakes, el secretario general del partido solicitó ayuda a Gorbachov, pero no la obtuvo por lo que el gobierno aceptó abandonar el poder, modificando a la vez, en la mañana del veintinueve de noviembre, la Constitución para eliminar el monopolio del poder que tenía el Partido Comunista. En junio de 1990 se celebraron las primeras elecciones democráticas, en las que el Partido Comunista obtuvo apenas el 13,7 % de los votos.

Al proceso de cambio se le llamó la «Revolución de Terciopelo», por su desarrollo plenamente pacífico. Una característica fue que los manifestantes hacían tintinear sus llaves lo que simbolizaba que era la hora de abrir las puertas y asimismo de decirles a los comunistas: «Adiós, es hora de irse a casa».

BULGARIA

Bulgaria también se deshizo del régimen comunista ante la pasividad de Gorbachov. El 10 de noviembre de 1989, el partido comunista de Bulgaria destituyó de sus cargos a Todor Zhivkov, que había sido el máximo líder del país durante treinta y cinco años.

Inmediatamente, se iniciaron reformas que permitieron la creación de partidos políticos, celebrándose las primeras elecciones democráticas en el verano de 1990 para constituir una Asamblea Constituyente en la que el Partido Socialista (antes Partido Comunista) obtuvo el 47,15 % de los votos. Sin embargo, en las elecciones legislativas de noviembre 1991, la Unión de Fuerzas Democráticas obtuvo el 34,4 % de los votos superando por poco al Partido Socialista (33,1 %) dando lugar al nombramiento de Filip Dimitrov como primer ministro no comunista desde 1945, que dio paso hacia la economía de mercado.

RUMANÍA

También Rumanía abandonó el comunismo. El 16 de diciembre empezaron las protestas en Timisoara, que luego se extendieron a otras ciudades importantes y a Bucarest, la capital. El dictador Ceaucescu reprimió intensamente las manifestaciones, apoyado en la policía política y en el ejército, lo que dio lugar a más de mil cien muertos y unos tres mil cuatrocientos heridos.

Finalmente, en ese contexto tan sangriento, el ejército se rebeló, siendo detenido el dictador Ceaucescu, el cual juntamente con su esposa, fue sumariamente juzgado y ejecutado el 25 de diciembre de 1989, dando así lugar a la caída del comunismo.

REPÚBLICAS BÁLTICAS

En 1991, Lituania, Letonia y Estonia, consiguieron la independencia y abandonaron el comunismo.

Gorbachov, previamente, en un importante gesto de transparencia, en agosto de 1989, creó una comisión especial que

concluyó reconociendo que eran ciertas las «cláusulas secretas», del Pacto Molotov Ribbentrop de agosto de 1939, por el cual Hitler y Stalin se repartieron el Oriente de Europa. Finlandia, parte de Polonia, Repúblicas bálticas y parte de Rumanía para Stalin y parte de Polonia para Hitler. La
URSS
había negado siempre la existencia de tales «cláusulas secretas».

Es innegable que la actitud de Gorbachov, su glasnost, fue determinante en la caída del comunismo en toda Europa del Este, antes inclusive que en la propia
URSS
.

CHINA

Sin embargo, a China no llegó la glasnost.

Este país había avanzado de forma muy intensa al introducir la propiedad privada y el mercado, paulatinamente, desde 1978, pero tomó un camino represivo de las libertades políticas. Había aplicado sabiamente, en la economía, el refrán chino «Gato blanco o gato negro, lo importante es que cace ratones». Pero optó por guardar, celosamente, el monopolio del poder político en manos del partido y así sigue cuarenta años después.

Los estudiantes habían realizado una serie de protestas, durante el funeral de Hu Yabao, que falleció el 15 de abril de 1989 y que había sido secretario general del partido desde 1982. Tuvo un cierto talante reformista, si bien fue cesado por Deng Xiaoping, en 1987, por no haber sabido reprimir unas manifestaciones de estudiantes.

A su muerte se pidió que se le dieran los honores adecuados y el partido le organizó un funeral de Estado, pero sin poner demasiado interés. Entonces empezaron a realizarse acciones en su recuerdo, que se centraron en el Monumento a los Héroes del Pueblo en la plaza de Tiananmen. Derivaron en críticas al gobierno. En mayo de 1989, las manifestaciones se intensificaron y el trece de ese mismo los estudiantes ocuparon la plaza de Tiananmen.

Gorbachov visitó China desde el 15 al 18 de mayo 1989 y habló bastante con el secretario general del partido comunista Zao

Zillang, cuya visión reformista le parecía mucho más cercana a la suya, pero Zao sería reemplazado poco después de que Gorbachov regresara a Moscú. A causa de la visita del presidente del gobierno soviético, muchos periodistas, de medios de comunicación extranjeros, se presentaron en China, difundiendo así mucha información sobre la situación en este país.

Finalmente, el 20 de mayo, Deng Xiaoping declaró la ley marcial y después dio orden a las tropas chinas de aplastar a los manifestantes, cosa que se llevó a cabo el tres y cuatro de junio, dando lugar a una cifra de entre cuatrocientos y varios miles de fallecidos, dependiendo de las fuentes, y a miles de heridos y a un fuerte proceso represivo.

Se da la paradoja de que Gorbachov, que había empezado con la perestroika económica en 1985, no la consiguió desarrollar, pero impulsó y propició la glasnost política, la cual, en 1989 y en particular, en 1991, dio lugar al cambio político y a la caída del comunismo.

Por el contrario, China que había iniciado su perestroika en 1978, la desarrolló con éxito económico hasta hoy, pero no hizo glasnost política alguna y se encuentra aun siendo un régimen comunista represivo.

MÁS GLASNOST QUE PERESTROIKA

El mensaje central que Gorbachov trajo a la URSS en 1985 era el de la perestroika o reestructuración. Su propósito era lograr un buen funcionamiento de la economía, para producir bienes de consumo, tanto alimenticios como industriales, en cantidad y calidad suficiente, para la población de la URSS.

Quería dejar atrás la tradicional penuria, mejorar el nivel de vida de la población y aproximarlo al que tenían los países desarrollados. ¿No era la sociedad comunista un estadio superior de la sociedad humana? Por tanto, no era posible que la URSS

siguiera, por más tiempo, a tan humillante distancia de la prosperidad capitalista, de la cual el pueblo soviético era cada vez más consciente.

Al lado de la perestroika venía la glasnost o transparencia, cuyo propósito era que se dijeran las cosas claras, que no se ocultasen las opiniones, para así encontrar las mejores sugerencias y ponerlas en práctica.

La glasnost parecía un complemento secundario a la perestroika, sin embargo, los escasos resultados de las medidas económicas dieron lugar a que Gorbachov fuera dando prioridad a la glasnost. Con ello pretendía conseguir un amplio respaldo político para profundizar las medidas de la perestroika, en la dirección liberalizadora que le proponían sus asesores, que se veía obstaculizada por los ortodoxos del partido, del Comité Central y del Politburó.

En este capítulo utilizo, en especial, como fuentes, el excelente libro de William Taubman *Gorbachov, su vida y su tiempo* (2017) muy rico en detalles y muy bien organizado cronológicamente, así como el de Andrei Grachov *Gorbachov, la tierra y el destino* (2001), ambos imprescindibles si se quiere entender con profundidad la situación y el papel de Gorbachov, en ese momento tan decisivo de la historia de la
URSS
.

PERESTROIKA: 1988-1991

Este periodo de la perestroika fue especialmente importante. Era necesario pasar de las declaraciones generales a las propuestas concretas y sobre todo a su efectiva implementación. Los ciudadanos le exigían resultados a Gorbachov, que había llegado al poder, hacía ya tres años, el 10 de marzo de 1985. Sin embargo, la dificultad del proceso y, sobre todo, la falta de claridad en las decisiones y de energía para llevarlas a la práctica, impidieron avances sustanciales. Por un lado, estaban quienes impulsaban el cambio de régimen y por otro, quienes querían mantenerlo. Gorbachov se mostró indeciso entre ambos.

En una sociedad occidental, las dudas de un presidente no hubiesen tenido demasiada trascendencia, pues la política va por su lado y la economía de mercado forma ya parte de la estructura social. Aunque un líder, mediante su política económica, perjudique el nivel de empleo y el crecimiento, la economía sigue funcionando y, en las próximas elecciones, un nuevo líder vendrá y reconducirá, en su caso, la situación. Los líderes introducen cambios en la política económica, pero no es necesario, como ocurría en la URSS, hacer una reestructuración profunda, una perestroika.

Dudas y vacilaciones

La cuestión en la URSS no era cambiar de líder, la alternancia no estaba prevista, sino cambiar el carro ineficiente del sistema económico marxista y ya se estaba tardando demasiado en hacerlo. La situación era muy complicada, se tomaron decisiones contradictorias y, lo que es peor, muchas veces se permaneció en la indecisión.

El uno de enero de 1988, entró en vigor la Ley de Empresas Estatales, ley estrella de la perestroika. Un 60 % de las empresas industriales, que dependían directamente de los ministerios, se transfirieron al nuevo sistema que proponía la ley. Se preveía además que el resto de las empresas deberían también pasar al sistema de autofinanciamiento hacia 1990.

La ley encontró muchos problemas, que se derivaban de que debía aplicarse en el marco de la economía socialista. La propiedad de los medios de producción era estatal y no había un mercado libre en el que se encontraran la oferta y la demanda, y se fijaran los precios.

Al no existir autonomía real para las empresas, los órganos reguladores y de control tenían que dictar numerosas instrucciones de funcionamiento y al final todo se centralizaba de nuevo.

La posibilidad de crear «*joint-ventures*», empresas mixtas junto con capital extranjero, se había visto frenada porque la participación se había limitado a un 49 %, lo que las dejaba bajo el

control de los ministerios soviéticos y disuadía a los posibles inversionistas. No obstante, a finales de 1988, se elevó hasta un 80 % la posibilidad de la inversión extranjera, para el caso de empresas mixtas dedicadas al comercio exterior. De todas formas, las restricciones de convertibilidad del rublo y las dificultades para repatriar beneficios limitaron el interés de los inversores extranjeros.

La ley tuvo un efecto muy limitado porque la burocracia central, en particular, la encargada de la Planificación, logró asfixiarla. Cuando el sistema empezó a fallar, el primer ministro Nikolai Ryzkov, presionó y obtuvo la anuencia de Gorbachov para dictar numerosos decretos, revocando elementos claves de la independencia de las empresas. A finales de 1989, la economía había sido nuevamente centralizada. Se había dado marcha atrás. Los decretos habían bloqueado la ley.

El 26 de mayo de 1988 se promulgó la ley de Cooperativas de la URSS para promover la actividad en la producción y en el consumo, en régimen cooperativo. En el ámbito de la producción bastaba un mínimo de tres socios para poder constituir una cooperativa. Además, se abrían a las cooperativas muchas áreas de actividad que hasta el momento estaban reservadas al Estado, tales como la construcción de viviendas, construcción de caminos, servicios médicos y también servicios jurídicos, de investigación, proyectos tecnológicos e innovaciones técnicas.

No obstante, la incertidumbre del proceso de cambio, las restricciones administrativas, las dificultades de abastecerse de materiales y piezas, la mala imagen que tenía el beneficio y el resentimiento de los burócratas, limitaron el desarrollo del sector cooperativo. En 1988, Gorbachov manifestaba:

> Desde el Congreso del PCUS de marzo de 1986 hemos intentado avanzar en varias direcciones a la vez. Hemos aprobado una ley sobre empresa, que entró en vigor el 1 de enero de 1988, nos hemos esforzado en el movimiento en dirección del autofinanciamiento, hemos empezado a introducir la práctica

de los precios contractuales, no fijados por el Gosplan, y a reducir los controles desde el Estado, pero todo esto se ha atascado.

¿Cuál era la causa? Gorbachov, culpaba a la nomenklatura de resistirse a aplicar las nuevas normas porque cambiaban el orden establecido. Los burócratas se encargaban del control, pero no se les daban normas que redujeran ese control y no querían ser responsables de que ocurriera algo y se les culpara a ellos por no haberlo controlado. Gorbachov no percibía que no se trataba de mala voluntad ni de obstruccionismo y no lograba entender que el problema estaba en el sistema mismo.

¿Dónde estaban los recursos necesarios para producir, que centralizaba el Gossnab, Comité Estatal para el Abastecimiento material y técnico? ¿Cómo cuadrar los ingresos con los gastos en un contexto de precios, que controlaba el Comité Estatal de Precios, y que no se basaba en el juego entre oferta y demanda?

Toda esta maraña de dificultades llevaba a los trabajadores y a los directivos de las empresas del Estado, que eran todas, a adoptar una postura llena de sentido común, similar a la siguiente: Sí *me asignan el objetivo de producción, controlan a las empresas que me tienen que suministrar los medios para producir y van a controlar mi actividad, lo mejor es que me digan también, exactamente, lo que tengo que hacer, obedezco y me quito de encima el problema organizativo*
Uds.
Uds.
.

En cuanto al tema de la tierra, en 1988, después de tres años de experiencias infructuosas, Gorbachov renunció a mejorar el sistema de agricultura colectiva soviética y empezó a pensar en adoptar el camino chino, en el cual, sin llegar a la propiedad privada de la tierra, se podría autorizar incluso su arrendamiento vitalicio y el derecho a transmitirlo como herencia. *Dad libertad a la población y tendréis más productos*, dijo a su primer ministro, y añadió: Los *chinos, en dos años, han conseguido llegar a alimentar a mil millones de personas.*

En el ámbito agrícola, el 15 de marzo de 1989, Gorbachov, pidió al Soviet Supremo la aprobación de un decreto por el que los agricultores, podrían arrendar sus tierras por períodos de hasta cincuenta años y disponer libremente de su producción, pero no hubo grandes avances. En ausencia de una legislación y de una posición clara del Estado sobre las cuestiones relativas a la propiedad privada, la base social proclive a la perestroika, la clase media constituida por nuevos empresarios, comerciantes y granjeros no llegó a formarse.

Gorbachov, de ascendencia campesina, se ponía especialmente nervioso cuando sus ayudantes le proponían distribuir las tierras de los koljoses para convertirlas en propiedades privadas. Incluso en el otoño de 1990 decía: *Estoy a favor del mercado, pero me seguiré oponiendo a la propiedad privada de las tierras*.

Gorbachov decía: *Los burócratas no pueden hacer nada, la gente está acostumbrada a trabajar según las órdenes de arriba y habrá que forzarla a ser autónoma*.

El problema era ¿quién tendría el valor de asumir el riesgo de tomar iniciativas en un régimen comunista? Máxime cuando las propias directrices operativas que emanaban del gobierno no eran claras ni eficientes.

En Occidente, la Administración Pública se encarga del mero control y supervisión de la actividad económica general, así como del desarrollo normativo de las leyes, para facilitar y clarificar su funcionamiento.

Sin embargo, en la URSS, al ser toda la economía una actividad del Estado no bastaba con la supervisión general, sino que era necesario dirigir y controlar todas y cada una de las empresas que operaban en las distintas ramas de la actividad económica. Esto exigía un inmenso aparato de planificación, regulación, ejecución y control.

Por otro lado, ese numeroso grupo de directivos y funcionarios de planificación y control necesitaba tener competencias para poder justificar su propia existencia. El resultado era el bloqueo de los intentos de liberalización por falta de una decidida voluntad política y de esfuerzo por descender a nivel de detalle para estimular el surgimiento de una nueva economía liberalizada.

La economía no despega

La situación social y económica era mala. Las expectativas de mejora que Gorbachov había despertado cuando tomó el poder no se cumplían.

En febrero de 1989, Gorbachov invitó a trabajadores de todo el país a reunirse con él en el Kremlin y recibió un montón de quejas sobre el racionamiento de alimentos, malas viviendas, pensiones miserables,
etc.
La economía no había mejorado, sino que iba peor. Había escasez de mercancías. Los almacenes carecían de televisiones, neveras, lavadoras, muchos de los productos de limpieza, planchas eléctricas, máquinas de afeitar, perfumes, cosméticos, cuadernos para la escuela y bolígrafos.

En julio de 1989 hubo ciento cincuenta y ocho huelgas de mineros en las que participaron más de ciento setenta y siete mil trabajadores que querían mejores viviendas, mejores condiciones de trabajo, jabón para lavarse las caras cuando venían de las minas,
etc.

A su vuelta de vacaciones, en septiembre de 1989, Gorbachov manifestó en televisión que para hacer frente a los problemas eran *necesarias medidas dolorosas, impopulares y difíciles* con las que *la sociedad no estará de acuerdo*.

En una reunión con el Politburó, el 12 de octubre de 1989, Gorbachov dijo que *ninguna de nuestras reformas de la agricultura ha funcionado, no podemos ni alimentarnos a nosotros mismos*. Asimismo, el primer ministro Ryzkov, el 3 de noviembre, señaló que *importamos más grano cada año, pero la situación se hace peor y peor*.

En el segundo Congreso de los Diputados del Pueblo, que tuvo lugar del 12 al 24 de diciembre de 1989, Sajarov señaló la necesidad de modificar la Constitución, para abrir la posibilidad de la propiedad privada de la tierra y de la propiedad privada en general.

También solicitaba que se modificara el artículo 6 que establecía que el partido comunista era la única fuerza guía y líder del país.

Gorbachov le respondió diciéndole que una cosa era proponerlo y otra implementarlo y no le dejó seguir desarrollando el tema.

Dos días más tarde, el 14 de diciembre de 1989, Sajarov murió de un ataque al corazón. Gorbachov cometió el error de no anunciar, al día siguiente, la muerte de Sajarov en el Congreso. Ese día perdió una oportunidad de haber reconocido el valor de Sajarov.

El año 1989 fue para Gorbachov un año en el que obtuvo un gran reconocimiento a nivel internacional (muro de Berlín, política de desarme) pero escaso éxito interno en el plano económico.

El Plan de los 500 días

A finales de 1989 Gorbachov contrató al economista Petrakov, como nuevo asesor económico el cual, en enero de 1990, asistió a su primera reunión en el Politburó y observó que el nivel de discusión era muy bajo, tan solo críticas, sin ninguna propuesta de solución. Sin embargo, el año de 1990 era necesario adoptar medidas económicas urgentes y eficaces.

En la primavera de 1990, el primer ministro Ryzkov presentó, un plan que frenaba la liberalización de la economía, mientras que los partidarios del mercado presionaban por una transición rápida a la economía de mercado.

En un debate, celebrado en Madrid a principios de mayo de 1990, con la presencia de los ministros de la URSS, Pavlov (Hacienda), Sherbakov (Trabajo) y Chatalin, miembro del consejo presidencial de Gorbachov, se pusieron en evidencia los desacuerdos que existían incluso entre los partidarios de la economía de mercado.

Sherbakov se mostró dispuesto a implementar, de verdad, una economía de tipo occidental, pero señaló que incluso en el gobierno y en otros órganos había personas que se oponían y que saboteaban las medidas renovadoras. (Pavlov era uno de ellos)

A fines de julio de 1990, Yavlinsky, asesor de Yeltsin, habló con Petrakov, asesor de Gorbachov, y le propuso que hicieran un plan conjunto para la transición hacia la economía de mercado. Fue una gran oportunidad para que Gorbachov, que estaba al frente de la

URSS
, y Yeltsin que era el líder de Rusia, la principal república de la URSS
, superaran sus rencillas mutuas y cooperaran.

Petrakov pidió a Yavlinsky que le hiciera una propuesta por escrito para el día siguiente y se la mostró a Gorbachov, al cual le pareció bien que se creara un nuevo equipo de transición al mercado, incluyendo no solo a Yeltsin sino también a las repúblicas nacionales, que seguían bajo una economía centralizada.

El 27 de julio Gorbachov dio su acuerdo al borrador de Petrakov, sin hacer correcciones, e insistió también en que lo firmara Ryzkov, así como Silayev, el primer ministro de Yeltsin. Ryzkov lo firmó finalmente el 1 de agosto. Pero se trataba solo de un borrador de intenciones.

Se creó un equipo, representando a Ryzkov, a Gorbachov y a Yeltsin, coordinado por Chatalin. Lo constituían Yavlinsky, Petrakov, Abalkin y dos más en representación de Ryzkov. Se les pidió que prepararan un plan para el 1 de septiembre.

Gorbachov desde Foros, su lugar de vacaciones en Crimea, llamaba diariamente para ver como avanzaba la elaboración del proyecto y preocupado por ello acortó sus vacaciones y volvió a Moscú el 21 de agosto 1990.

Chatalin y Yavlinsky pretendían crear un sistema de economía de mercado. El plan contemplaba la privatización de las empresas estatales y granjas colectivas, la liberalización de los precios, un estricto control financiero, la reforma del sistema bancario para la creación de líneas de crédito privado, la conversión del rublo y la descentralización del poder en las repúblicas, todo ello en quinientos días. Por eso se le denominó el Plan de los 500 días.

Ryzkov se reunió con Yavlinsky, Petrakov y su grupo, pero hubo un total desacuerdo con ellos.

Lukyanov, presidente del Soviet Supremo y alto representante del partido (en 1991 fue uno de los que encabezaron el golpe de Estado contra Gorbachov) le dijo a Cherniaev y a Petrakov que el Soviet Supremo acabaría con el gobierno, disolvería el Congreso de Diputados del Pueblo y que Gorbachov y sus asesores tendrían que irse.

Gorbachov intentó actuar como mediador. Al llegar a Moscú,

llamó desde su coche a Petrakov y le dijo que viniese, con el grupo de Yavlinsky, a las diez de la mañana del día siguiente, 22 de agosto, para que le presentaran el borrador del plan.

A Ryzkov y sus asesores los convocó a la mañana del día veintitrés. Ryzkov insistió que el plan de Yavlinsky destruiría al socialismo y a la Unión Soviética. Gorbachov se encontraba entre dos posturas irreconciliables. No era posible acordar un término medio.

Durante los siguientes días Gorbachov y Yeltsin tuvieron, a pesar de sus fuertes enfrentamientos anteriores, una amigable reunión de cinco horas en la que, según Yeltsin, Gorbachov dejó absolutamente claro que apoyaría el plan Yavlinsky, que había sido preparado con los asesores de Yeltsin.

Después Gorbachov estudió con Petrakov, página por página, la propuesta de Chatalin y Yavlinsky y le entraron grandes dudas y temores. Cherniaev, escribió, el 4 de septiembre de 1990, en su diario que *Gorbachov está perdido, está completamente confuso y no sabe lo que está pasando*.

Mientras tanto Yeltsin presentó el Plan de 500 días al Soviet Supremo de Rusia, la República más importante de la URSS, que lo aprobó el 11 de septiembre de 1990.

El 14 de septiembre, Gorbachov le preguntó a Cherniaev: *¿Qué hacemos? ¿Cuál es la salida?* No había ninguna salida. Gorbachov temía las posibles consecuencias económicas y políticas, si aplicaba el Plan de los 500 días.

Por su parte, Ryzkov propuso su propio programa al Soviet Supremo de la URSS. Gorbachov pidió al Parlamento soviético que eligiera entre los dos planes, pero no consiguió que se implicaran.

Gorbachov encargó entonces a su asesor económico Aganbegian, combinar los dos planes en algo que ambas partes pudieran aceptar, pero como más tarde dijo Yeltsin eso *sería tanto como tratar de aparear un erizo con una serpiente*.

A lo largo del mes y medio siguiente el Plan de 500 días murió lentamente. Con ello se perdió la oportunidad de que Gorbachov contara con la colaboración de Yeltsin.

Mientras tanto Ryzkov y su gobierno amenazaban con dimitir. Gorbachov no se atrevió a aceptar la dimisión de Ryzkov y su

equipo, y Yeltsin se lo recriminó duramente, por entender que, al no enfrentarse a Ryzkov, había traicionado el acuerdo de reformas que conjuntamente habían acordado. Yeltsin añadió que Rusia se consideraba libre de sus compromisos y que prepararía su propia versión de la reforma económica.

La decisión final de Gorbachov fue aceptar que se fundiera todo en un breve informe de sesenta páginas, vago e indeterminado —*Directrices básicas para la estabilización de la economía y la transición a una economía de mercado*—, que el Soviet Supremo de la
URSS
aprobó el 19 de octubre. La posible reforma había embarrancado.

Cherniaev pensó que Gorbachov había cometido un terrible error, al rechazar el Programa de 500 días. Igualmente, Yakovlev, que había sido embajador en Canadá y uno de los asesores principales de Gorbachov, consideró que había sido la última oportunidad de una transición civilizada al nuevo orden. Incluso, aunque fuera probable que el plan no fuera aprobado por el Soviet Supremo, podría haber sido la bandera de las fuerzas reformistas democráticas.

En pocas palabras, todo su equipo de reformistas «perestroikos» estaba en desacuerdo con las decisiones de Gorbachov. Cierto es que nadie sabe qué podría haber ocurrido si se aplicara el Plan de los 500 días. Podría haberse creado un caos económico y haber dado lugar a que, en octubre o noviembre de 1990, se hubiera anticipado el golpe que se dio en agosto del año siguiente.

El 16 de octubre de 1990, Yeltsin tuvo una dura intervención en el Soviet Supremo de Rusia. Resaltó que Gorbachov había incumplido sus promesas reformistas y advirtió que Rusia no aceptaría más su subordinación al gobierno central de Moscú.

El 4 de noviembre Petrakov y otros publicaron una carta abierta defendiendo el Plan de los 500 días. Por la noche Gorbachov le gritó a Petrakov por teléfono y al final de diciembre Petrakov renunció.

Gorbachov busca el apoyo del G7

Gorbachov puso su atención en la próxima reunión del G7 que tendría lugar del 15 al 17 de julio de 1991 en Londres. Presionó para ser invitado y lo logró. Estaba encantado con la invitación para participar en el acto de clausura. Al recibirla, el quince de junio, del embajador inglés, Gorbachov le dijo que no iba a Londres a pedir, sino a tener una discusión sobre principios.

No obstante, aunque la ayuda económica no estaba en la agenda, se fue preparando anticipadamente para ello con la ayuda de Yavlinsky y del americano Allison, de la Escuela Kennedy de Gobierno, desde noviembre de 1990. Yavlinsky había dimitido en el gobierno de Rusia, tras el rechazo por Gorbachov al Plan de los 500 días, consciente de que el gobierno de Rusia, al margen del gobierno de la
URSS
, no podría desarrollar sin Gorbachov una reforma de tal calado.

Yavlinsky y Allison constituyeron un grupo de trabajo soviético-americano y prepararon un proyecto denominado *Ventana de Oportunidad: El gran negocio para la democracia en la Unión Soviética*. El plan asumía que la transformación de la economía soviética requería un soporte, un apoyo económico masivo de Occidente, y que ese apoyo solamente llegaría si Moscú se comprometía en la transformación.

El plan tenía varias fases. En la primera, el lado soviético desarrollaría política y legalmente el marco para la economía de mercado, eliminando las limitaciones para la actividad privada económica y preparándose para la estabilización macroeconómica, mediante el control del gasto social y de los créditos del gobierno.

En contrapartida, Moscú recibiría el carácter de miembro asociado del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, ayuda médica y alimenticia, asistencia técnica y liberalización del comercio, como se había hecho en Europa del Este.

Después, en 1992, en contrapartida a un control macroeconómico estricto, a la liberalización de precios a gran escala y a una privatización inicial, Occidente apoyaría la convertibilidad del rublo, ayudaría a equilibrar la balanza de pagos, incluyendo alimentos, medicinas y créditos al sector privado e inversiones en infraestructura industrial.

Estas serían las fases principales del plan, hasta 1997, fecha en

la cual la reforma estructural soviética estaría ya en plenitud y se necesitaría menos asistencia exterior.

¿Apoyaría Gorbachov este esquema? Yavlinsky creyó que contaba con el apoyo de Gorbachov. Pero Cherniaev dudaba de la firmeza de Gorbachov.

El 17 de mayo de 1991, Yavlinsky y Allison, después de su reunión con Cherniaev, volvieron a Estados Unidos a continuar su trabajo y a buscar el apoyo de la administración Bush, pero Primakov, partidario de Pavlov y contrario a la liberalización, los acompañó.

El 31 de mayo el presidente Bush se reunió con ellos y se dirigió a Yavlinsky y le preguntó por sus ideas. Pero Primakov señaló que eran puntos de vista demasiado radicales y que él era el que hablaba en nombre de Gorbachov.

A principios de julio 1991, Gorbachov pidió a su asesor Vadim Medvedev su opinión sobre el programa de Yavlinsky y le aseguró a este que Medvedev utilizaría todas las partes buenas de su plan, en combinación con el de los demás, entre los cuales estaban Pavlov y Primakov. Volvía a pretender lo imposible. Ambas posiciones eran contradictorias.

De acuerdo con la agenda, Gorbachov, llegó el martes dieciséis por la noche a Londres. El diecisiete al mediodía, después de la sesión de clausura del
G-7,
tendría su primera reunión con los líderes de Estados Unidos, Reino Unido, Japón, República Federal de Alemania, Francia, Italia y Canadá, así como con el presidente de la Comisión Europea, Jacques Delors.

Había enviado previamente a Primakov como emisario presidencial, quien anunció la intención de Gorbachov de privatizar la pequeña y mediana industria, el 80 % en un plazo de dos años, y de transformar buena parte del complejo militar industrial en otro de uso civil.

Bush había enviado, también previamente, a los líderes del
G-7
un análisis detallado de la reforma económica en la
URSS
y lo resumió en la reunión. Gorbachov enumeró las reformas que

pretendía llevar a cabo. Bush señaló que incluían la liberalización de precios y la convertibilidad del rublo, pero que eran vagas en los detalles.

Bush y Gorbachov en la cumbre del G-7.

Por su parte, Jacques Delors, presidente de la Comisión Europea, apretó a Gorbachov de forma dura. Bush, para quitar fuego, le dijo a Gorbachov que no lo tomara personalmente, sino que se trataba de cuestiones legítimas sobre temas económicos que querían conocer antes de poder aportar ayuda económica.

Gorbachov, aunque consiguió una respuesta relativamente positiva del G-7, fracasó en su intento de obtener un masivo apoyo económico de Occidente, porque para el G-7 la economía de mercado era algo irrenunciable. No se contentaban con generalidades. Lo único concreto fue la convocatoria de una reunión con el presidente estadounidense George Bush para

concretar un acuerdo sobre desarme nuclear.

Gorbachov se sintió frustrado, y en una reunión que tuvo con Bush, le dijo que parecía que el presidente de EE. UU. no había decidido todavía qué tipo de Unión Soviética quería ver y que parecía que le decía *amigo Gorbachov, sigue adelante, te deseamos éxito, pero al final tienes que cocerte en tu propia cazuela, porque eso no nos concierne*. Bush se puso rojo y continuó comiendo. Gorbachov añadió: *Es muy extraño. Cientos de millones se despilfarran en un conflicto regional como la Guerra del Golfo, pero nada se destina para transformar a la Unión Soviética, de un adversario y una amenaza, en un miembro de la comunidad mundial y de la economía internacional.*

A lo cual Bush replicó de forma fría y brusca: *Parece que no he dejado suficientemente clara mi política, si no tienes claro qué tipo de Unión Soviética queremos. Si es ese el problema te lo explico de nuevo*.

Resultaba evidente que, si bien la liberación de los países de Europa del Este había sido un excelente mensaje reformista, no era suficiente para recibir una ayuda económica masiva, si no había un plan claro y adecuado en la URSS, para abandonar el marxismo económico y para implantar la economía de mercado.

Quince días después, el 30 de julio de 1991, tuvo lugar en Moscú la cumbre Gorbachov-Bush en un ambiente cordial, pero sin avances concretos en lo económico. Gorbachov le dijo a Bush que querían depender mucho más de los Estados Unidos en términos económicos y desarrollar relaciones constructivas. Bush por su parte le habló de los miles de millones, en inversiones privadas que podía Rusia atraer si mejoraba su sistema económico.

Poco después llegaría el intento de golpe de Estado contra Gorbachov. Su desenlace aceleró el proceso reformista, si bien con menor templanza que si Gorbachov-Yeltsin, en tándem, lo hubieran desarrollado conjuntamente.

GLASNOST 1988-1991

La Glasnost (transparencia) conllevaba el derecho a tener información y subsiguientemente el derecho a analizarla y opinar sobre ella y en suma a la libertad de expresión. Ahora bien, esa libertad quedaría castrada si no conllevaba la posibilidad de participar en la toma de decisiones, de ser elegido y elegir a los representantes.

La glasnost incluía cambios normativos, así como actos que rectificaran decisiones injustas del pasado. En esa línea Gorbachov, en 1987, en vísperas del aniversario de la Revolución de Octubre, decidió reanudar la rehabilitación de las víctimas del estalinismo, iniciadas por Kruschov, que Breznev había interrumpido. En 1988 rehabilitó a Bujarin que era uno de los más significados comunistas, ejecutados por Stalin.

El periodo de 1988 a 1991, fue un periodo de intenso desarrollo de la glasnost. Gorbachov pasó el poder del partido comunista a las Repúblicas. A través de elecciones libres el 26 de marzo, con una segunda ronda el 6 de abril de 1989, dos mil doscientos cincuenta diputados fueron elegidos, los cuales seleccionarían entre ellos a quinientos cuarenta y dos diputados, que formarían el Soviet Supremo, que sería algo así como el Parlamento Legislativo.

En 1989, en la URSS, Gorbachov llegó al punto más alto de popularidad personal con su glasnost, cuando elecciones libres, no multipartidistas pero libres, fueron realizadas por primera vez en setenta años y un genuino Parlamento reemplazó al antiguo Soviet Supremo.

Este importante gesto político reforzó el liderazgo de Gorbachov y cuando el 9 de diciembre de 1989, el Comité Central del PCUS criticó la situación que la perestroika había provocado en el país, Gorbachov replicó: Sí *el Comité Central quiere un nuevo líder, un nuevo Politburó, podemos resolverlo aquí y ahora* y ofreció su dimisión, pero el Comité Central no la aceptó.

Gorbachov y su equipo optaron por promover reformas importantes en la Constitución soviética vigente, que era la de Breznev de 1977. La reforma se hizo mediante leyes constitucionales que abordaban aspectos parciales. En este periodo, hubo tres modificaciones constitucionales, la de diciembre de 1988, diciembre de 1989 y marzo de 1990.

El procedimiento de reforma lo iniciaba el secretario general del PCUS (Gorbachov), en un informe al Comité Central, el cual, tras asumirlo, creaba una comisión para redactar el proyecto de reforma. A continuación, el Presidium del Soviet Supremo, cuyo presidente era Gorbachov, lo sometía a debate popular, aprovechando la ley aprobada en 1987 sobre la Discusión Popular de los Asuntos Importantes de la Vida Estatal.

Esta fase de debate popular, que no siempre se utilizó, tenía una finalidad estratégica: lograr el apoyo popular a las propuestas de Gorbachov, para no depender solo del Partido.

Primera reforma, diciembre de 1988

En junio de 1988, en la XIX Conferencia del PCUS, Gorbachov anunció un plan de reforma política, que tenía como objetivo descentralizar el poder del gobierno, creando un sistema presidencialista y un cuerpo legislativo, llamado Congreso de Diputados del Pueblo, que sería elegido mediante elecciones libres.

Poco más tarde, a finales de julio del año 1988, el Comité Central del PCUS encomendó a una comisión la elaboración de un proyecto de reforma constitucional.

El proyecto se publicó el 22 de octubre de 1988 y, por decisión del Presidium del Soviet Supremo, se sometió a debate popular, para lo cual se publicó en todos los periódicos de las Repúblicas de la Unión. Se recibieron más de trescientas mil propuestas que, tras su criba y discusión, dieron lugar a un texto final que fue aprobado prácticamente por unanimidad, a mano alzada, el 1 de diciembre de 1988. Fue así el propio partido, impulsado por Gorbachov, el que aprobó la reforma constitucional.

Se introdujo con ello, de forma indirecta, el principio de la división de poderes, que no existía ni en la teoría ni en la práctica en el régimen soviético, en el que los tres poderes estaban subordinados a la construcción del comunismo. La reforma no solamente introdujo la independencia de los tribunales, sino también la separación entre legislativo y ejecutivo.

Otro gran logro fueron las importantes garantías democráticas para competir en los comicios, por sufragio universal, igual, libre, directo y secreto que fueron desarrolladas por una ley electoral que facilitó que cualquier participante, surgido de una asamblea de electores, pudiese proponerse como candidato.

Ahora bien, lo más visible de esta reforma fue la creación de un Congreso de Diputados, como órgano situado en la cúspide de la organización de los Soviets, dos mil doscientos cincuenta diputados, reunidos en una sola Cámara, llamada a convocarse con escasa frecuencia, aunque efectivamente adoptara las más importantes decisiones, entre ellas la reforma de la propia Constitución.

Para agilizar la función legislativa, el Congreso elegiría entre sus diputados, a quinientos cuarenta y dos, los cuales constituirían el Soviet Supremo, que mantendría una estructura bicameral, con un Soviet de la Unión representando a la población, y un Soviet de las Nacionalidades representando a los territorios.

El Soviet Supremo asumiría la función legislativa, compartida con el Congreso para los temas de gran trascendencia, pero no ya con el Presidium, que a partir de ahora perdía su facultad de aprobar disposiciones normativas, de la que tanto había abusado en épocas anteriores, hasta el punto de haberse convertido en el auténtico legislador de la URSS. A la merma de funciones del Presidium contribuyó también la creación de la Presidencia del Soviet Supremo, con características de Jefatura del Estado.

Los dos mil doscientos cincuenta Diputados del Pueblo de la URSS, serían elegidos por los soviets por tres vías diferentes:

— Setecientos cincuenta diputados fueron elegidos según el sistema usado en las elecciones del Soviet de la Unión, uno por cada trescientas mil personas, todos del partido.

— Setecientos cincuenta diputados fueron elegidos, según el sistema usado en las elecciones del Soviet de las Nacionalidades, un número igual de diputados para cada una de las quince repúblicas de la Unión, sin proporcionalidad con la población de cada república.

— Setecientos cincuenta diputados estaban en representación de órganos públicos, como el

PCUS
, el Komsomol y los sindicatos. La ley electoral asignaría un número fijo de puestos para las organizaciones, por ejemplo, cien para el partido comunista, cien para el Komsomol, en los cuales las organizaciones designarían directamente a los diputados para esos puestos.

Las elecciones se realizaron el veintiséis de marzo de 1989, con una segunda vuelta en abril, allí donde fue necesario.

Los resultados fueron: mil novecientos cincuenta y ocho diputados (87 %) miembros del
PCUS
y doscientos noventa y dos (13 %) independientes, ¿dónde estaba entonces el cambio político? ¿Qué era lo que había logrado Gorbachov, si la gran mayoría era del partido comunista?

En primer lugar, aunque los comunistas retuvieron el control cuantitativo del Congreso, los reformistas independientes promovieron el análisis y el debate acerca del funcionamiento del sistema soviético, cosa antes impensable, y aprovecharon la transmisión de los debates, en vivo y sin censura, que hizo la televisión estatal única para trasladar ese proceso de reflexión a la hasta entonces cerrada sociedad soviética.

En segundo lugar, se había abandonado la fórmula tradicional de candidato único por cada distrito electoral, que antes prácticamente aseguraba la reelección de la cúpula del aparato del
PCUS
en cada distrito. El nuevo sistema permitía la libre presentación de candidatos, lo que dio lugar a que en mil cien de los mil quinientos distritos, se presentaran dos o más candidatos.

Esto trajo sorpresas. Treinta y cinco jefes regionales del
PCUS
perdieron la reelección, frente a candidatos independientes. Recuérdese que Gorbachov, en Stávropol, también había sido jefe regional, la autoridad máxima de la región. Igual ocurrió a muchos otros jefes comunistas de segundo nivel, que fueron derrotados por otros candidatos, muchos de ellos también comunistas, todo lo cual generó movimientos importantes dentro del aparato del partido.

En tercer lugar, de forma efectiva, pudieron presentarse y hacer

campaña candidatos independientes, surgidos de las asambleas de electores que se fueron creando, lo que de alguna forma anunciaba la futura llegada del pluripartidismo.

Gorbachov podría haber concurrido a las elecciones al Congreso de Diputados del Pueblo de la URSS, para revalidar su poder, y ser legitimado por los votos, pero decidió no hacerlo y seguir actuando desde su puesto de secretario general del PCUS. Además, desde el 1 de octubre de 1988, había asumido el puesto de presidente del Presidium del Soviet Supremo de la URSS, equivalente al de jefe del Estado.

Por el contrario, Yeltsin concurrió en Rusia, en el distrito de Moscú, obteniendo un aplastante 89,6 % de los votos frente a Yuri Brakov, candidato oficial del partido, lo que le dio una gran legitimidad política.

La glasnost amplió de forma importante la libertad de expresión y prensa. Los científicos sociales soviéticos pudieron empezar a explorar y publicar libremente, acerca de muchos temas previamente prohibidos. Se empezaron a realizar y difundir encuestas públicas de opinión. La transparencia (glasnost) aumentó de manera indudable.

Segunda reforma, diciembre de 1989

Gorbachov sometió al Congreso de Diputados del Pueblo de la URSS una nueva ley de reforma constitucional, en cumplimiento de una de las directrices, aprobadas por el primer Congreso de Diputados del Pueblo, sin que esta vez se sometiera, previamente, a discusión popular.

La reforma se centró en aumentar la soberanía de las Repúblicas de la Unión, a efectos de que pudieran decidir su sistema de órganos de representación, sin estar obligadas a seguir el modelo de la URSS

, por ejemplo, contar con un Congreso de Diputados del Pueblo, como supremo órgano de representación, ni tampoco a tener que reservar una cuota de los escaños de Diputados a las denominadas organizaciones sociales.

Esta reforma tuvo gran trascendencia en la organización de los órganos de representación de Rusia, la mayor de las Repúblicas de la
URSS
, la cual optó por no crear diputados a ser elegidos por las organizaciones, sino que todos se sometían a elección popular.

No creó, por tanto, algo parecido a lo que en el Congreso de Diputados de la
URSS
eran los setecientos cincuenta diputados elegidos dentro del partido, Komsomol o sindicatos, con lo que eliminó la presencia, en el Congreso de Rusia, de miembros tradicionales del aparato del partido, al eliminar su inclusión por su mera pertenencia a distintos órganos del aparato del partido. Si querían ser elegidos, todos tenían que someterse al voto popular.

Tercera reforma, marzo de 1990

A comienzos de 1990, tras el derrumbe de los regímenes socialistas de Europa del Este, la plataforma yeltsinista redobló sus presiones y advertencias a Gorbachov, para que diera un impulso decisivo a la estancada perestroika, con reformas económicas radicales, aboliera el artículo 6 de la Constitución soviética de 1977, que consagraba el monopolio político del
PCUS
, modernizara y profesionalizara el Ejército y la
KGB
, introdujera la libertad de cultos,
etc.

El 7 de febrero Gorbachov impulsó la aprobación por el Comité Central del Partido y en especial por el Congreso de Diputados del Pueblo de la
URSS

—el 13 de marzo— de la modificación del artículo 6, pero se mostró reacio al resto de propuestas.

Así, el 14 de marzo de 1990, Gorbachov logró que el Congreso de Diputados de la URSS, elegido en 1989, aprobara modificar el artículo 6 de la Constitución soviética, que decía que *el partido comunista era la fuerza dirigente y guía de la sociedad soviética* y lo sustituyó por *el partido comunista y otros partidos*, lo que abrió la puerta al multipartidismo y a futuras elecciones libres.

Asimismo, logró que el quince de marzo de 1990 el Congreso de Diputados de la URSS, le eligiera primer presidente de la URSS con el apoyo del 59 % de los votos de los Diputados, con un Consejo Presidencial o Consejo de Ministros. El Politburó continuaba existiendo, pero solo a efectos informativos.

El trece de julio de 1990, en el XXVIII Congreso del PCUS, que fue el último Congreso del PCUS, Mijail Gorbachov sería reelegido secretario general del partido y además consiguió que se nombrara simultáneamente a Vladímir Ivasko como secretario general adjunto, puesto creado en ese Congreso. En agosto de 1991, Ivasko, aprovecharía su posición para colaborar con la intentona golpista contra Gorbachov.

Mientras tanto, en la República de Rusia, el 4 de marzo de 1990, poco antes de la aprobación de la tercera reforma de Gorbachov a la Constitución de la URSS, se celebraron elecciones para elegir el Congreso de Diputados de Rusia (Soviet Supremo de Rusia). En ellas aún no había partidos políticos, aparte del comunista, pero se habían permitido listas de candidatos con programas e ideologías dispares y, a diferencia de las elecciones al Congreso de Diputados de la URSS de marzo de 1989, no hubo reserva de escaños para organizaciones del aparato comunista.

El grupo reformista de Yeltsin volvió a vencer rotundamente a los candidatos oficiales del partido. Él mismo salió elegido diputado por su Sverdlovsk natal con el 84,4 % de los votos. El 29 de mayo el Soviet Supremo le eligió, con el apoyo del 50,2 % de los diputados, presidente del Presidium del Soviet Supremo de Rusia (Jefe de Estado, con poder para proponer al presidente del gobierno).

El 12 de junio de 1990, el Congreso de Diputados de Rusia aprobó la Declaración de Soberanía Estatal de la República Socialista, que proclamó la soberanía de Rusia y la intención de establecer una democracia constitucional en una Unión Soviética liberalizada. La declaración fue firmada por Borís Yeltsin.

Entre el 2 y el 13 de julio de 1990, tuvo lugar el Congreso del PCUS. Gorbachov y el aparato no vieron motivo para ir más lejos en las transformaciones ideológicas internas, ya que el pluralismo había sido legalizado mediante la reforma constitucional. Esta posición le pareció insuficiente a Yeltsin por lo que, el penúltimo día del congreso, él y sus partidarios abandonaron aparatosamente el pleno. Boris Yeltsin anunció su baja como militante.

En el periodo de julio a septiembre de 1990 hubo, como hemos visto en el apartado referido a la perestroika, una aproximación importante entre Gorbachov y Yeltsin, centrada en la elaboración consensuada del Plan de los 500 días, cuyo objetivo era promover conjuntamente una auténtica reforma económica. Lamentablemente la oposición de los conservadores y los temores de Gorbachov, frenaron totalmente, como ya vimos, la liberalización económica.

Grandes cambios políticos

Gorbachov convocó un referéndum en la Unión Soviética el diecisiete de marzo de 1991 que se realizó en nueve de las repúblicas. Las tres repúblicas bálticas (Estonia, Letonia y Lituania) junto con Armenia, Georgia y Moldavia, optaron por no participar en el referéndum.

La pregunta que Gorbachov sometió a referéndum fue:

¿Considera
Ud.
necesaria la preservación de la Unión de Repúblicas

> Socialistas Soviéticas como una federación renovada de repúblicas soberanas iguales, en la que se garantizarán plenamente los derechos y la libertad del individuo de cualquier nacionalidad?

El referéndum fue aprobado por el 78 % de los votantes, lo que de alguna manera validaba indirectamente a la persona de Gorbachov.

Yeltsin aprovechó la convocatoria de ese referéndum para añadir, en la República de Rusia, una pregunta sobre la creación del cargo de presidente de la República, a ser elegido por sufragio universal. Los votantes de Rusia aprobaron ambas cuestiones con un 71,3 % y un 69,9 % de los votos respectivamente. Este resultado abrió la puerta a un nuevo acercamiento entre Gorbachov y Yeltsin.

Gorbachov no siguió la misma línea de Yeltsin y no propuso la elección del presidente de la URSS por sufragio universal. Si lo hubiera hecho, en esta etapa en la cual aún tenía mucha popularidad, habría dado mucha mayor legitimidad a su poder, ya que hubiera emanado directamente del pueblo, en lugar de dejarlo en manos del Congreso de Diputados de la URSS, que, como vimos, aún se nutría en una parte importante, por miembros del aparato tradicional comunista, que no habían sido elegidos por voto popular.

El 23 de abril de 1991, Gorbachov, junto con Yeltsin (Rusia) y los presidentes de otras ocho repúblicas —Ucrania, Bielorrusia, Kazajistán, Azerbaiyán, Uzbekistán, Kirguistán, Turkmenistán y Tayikistán— adoptaron un pacto denominado 9 + 1, por el que se comprometían a firmar, cuanto antes, un nuevo Tratado de la Unión que tendría que reescribir las relaciones, entre el centro y las Repúblicas, y que transformaría a la URSS en una federación de repúblicas independientes, con un presidente y una política exterior y militar común.

El 12 de junio de 1991, Rusia celebró las primeras elecciones presidenciales directas. Boris Yeltsin se presentó como

independiente y obtuvo el 57,3 % de votos, derrotando al candidato de Gorbachov y del partido comunista, el ex primer ministro Ryzkov, que solo logró un 16 % de los votos.

Los apoyos de la formación Rusia Democrática, partido de signo radicalmente liberal y reformista, y de los alcaldes Popov, en Moscú, y de Anatoli Sobchak, en Leningrado, hicieron posible este contundente respaldo a Yeltsin en las urnas, que en Moscú resultó arrollador, 72 % de los sufragios.

El 10 de julio, Yeltsin prestó juramento como presidente de Rusia y después cesó como diputado en los legislativos ruso y soviético. El checheno Jasbulatov le sucedió en la Presidencia del Presidium del Soviet Supremo de Rusia.

En los días siguientes, Yeltsin alabó la iniciativa de Gorbachov de llevar al XXIX Congreso del
PCUS
, previsto para noviembre de 1991, una plataforma ideológica de signo socialdemócrata, así como que, en Rusia, Aleksandr Rutskoi, jefe de la fracción Comunistas por la Democracia, aliada al presidente en el Soviet Supremo ruso, creara el Partido Democrático de los Comunistas de Rusia, como rival del Partido Comunista Ruso.

Cabe concluir que, en 1991, la
URSS
de Gorbachov, apoyada en las previas reformas constitucionales, había dado un paso de gigante hacia la democracia y tenía claras expectativas de seguir avanzando en esa dirección.

1991: GOLPE DE ESTADO

La situación de Gorbachov como líder de la
URSS
, desde finales del otoño de 1990, era muy delicada. Había descartado, en septiembre, el Plan de los 500 días y optó por la opción conservadora de su primer ministro Ryzkov, lo que le supuso la ruptura con Yeltsin. Su equipo de reformistas había quedado desmoralizado por su decisión.

La tan cacareada perestroika (reestructuración económica) había perdido toda credibilidad debido a que el desabastecimiento de

productos alimenticios e industriales de consumo era gravísimo.

Grachov, en su libro sobre Gorbachov, lo refleja muy bien en una anécdota surrealista, tomada del diario de 1991 de Cherniaev, en el que este describe, como él, asesor del presidente de la URSS, en un coche oficial, equipado con luz de alarma y sistema de seguridad, recorrió en vano las panaderías de Moscú buscando pan. Increíble pero cierto.

Si esto le ocurría en la capital, a uno de los principales asesores de Gorbachov, cabe preguntarse cómo sería la situación del resto de ciudadanos en los restantes territorios.

Además, otros factores se concatenaron en su contra a los ojos de la vieja guardia:

- la liberación tolerada, pero real de los países del Este del yugo soviético y el frontal repudio que todos ellos habían manifestado al periodo comunista anterior;
- el camino hacia la independencia de las tres repúblicas bálticas y otras;
- el proceso acelerado de unificación de la República Democrática Alemana con Alemania Federal;
- los acuerdos de desarme con Bush, que afectaban al poderío nuclear militar soviético,
  etc.

Todo ello resultaba muy hiriente para los admiradores del gran imperio soviético de la era de Breznev.

A principios de abril 1991, el expresidente Richard Nixon llegó a la URSS, en nombre del presidente George Bush, para conocer la situación política, y la conclusión que envió a la Casa Blanca no fue muy reconfortante: *la Unión Soviética está cansada de Gorbachov*.

Los seis años pasados desde la llegada de Gorbachov al poder habían dejado a la URSS irreconocible y agotada. La libertad de opinión había aumentado claramente, pero las tiendas estaban vacías y la unidad territorial de la

URSS
estaba amenazada. Tanto los demócratas como los conservadores exigían la cabeza de Gorbachov; unos por la falta de compromiso efectivo con las reformas y otros, por lo contrario.

Grachov, en su libro sobre Gorbachov, lo describe con palabras muy acertadas: *El intento de Gorbachov de llevar a todo su pueblo a la tierra prometida, evitando que los impacientes fueran demasiado deprisa y metiendo prisa a los rezagados, provocó el descontento de unos y de otros*.

El 25 de abril de 1991, en el pleno del Comité Central del partido, se presentó un borrador de resolución que criticaba las políticas de Gorbachov, el cual se levantó de su asiento y dijo: «De acuerdo, voy a ser breve, lo dejo, me retiro»

Después de una pausa en la que el Comité Central se reunió sin Gorbachov presente, decidieron sacar el tema de la dimisión fuera de la discusión. Gorbachov aceptó retirar su dimisión.

Recordemos que no había sido la primera vez que Gorbachov había ofrecido su dimisión. Ya lo había hecho el 9 de diciembre de 1989, en una reunión del Comité Central, cuando se le criticó por la complicada situación que había creado la perestroika.

Esta vez, en realidad, aunque hubiese dimitido como secretario general del
PCUS
, el poder lo hubiera seguido teniendo, ya que era desde el 15 de marzo de 1990 presidente de la
URSS
, tras su aclamación por el Congreso de Diputados de la
URSS
.

Obviamente el Congreso, de mayoría comunista, podría haberlo cesado. No obstante, los aplastantes resultados del referéndum del 17 de marzo de 1991, convocado por Gorbachov, y su pacto de 23 de abril de ese año, con los presidentes de nueve repúblicas, entre ellas Rusia, hubiera hecho que el Congreso de Diputados de la
URSS
, tuviera que asumir un previsible conflicto muy grave, con los presidentes de esas repúblicas.

Este era el confuso contexto político que rodeaba a Gorbachov

de cara al verano de 1991.

CAMINO HACIA EL GOLPE DE ESTADO

El libro de William Taubman aporta amplias informaciones de detalle, muy interesantes y concretas, que forman parte importante del contenido de este capítulo sobre lo ocurrido en la fase de preparación y realización del golpe de Estado.

El 17 de junio de 1991, el primer ministro Pavlov, que había sucedido a Ryzkov y que era también de la línea conservadora, pidió al Soviet Supremo que diera a su gobierno poderes adicionales, que antes había tenido el presidente Gorbachov, tales como la iniciativa legislativa y un papel mayor en la economía y en el diseño de las políticas económicas y sociales.

El desafío de Pavlov a Gorbachov fue sorprendente. El parlamento se declaró en sesión cerrada. El ministro de Defensa Yazov y el director de la KGB, Kriukov, denunciaron la crisis que amenazaba a la nación.

Kriukov señaló que la
CIA
estaba reclutando a ciudadanos soviéticos —aludía principalmente a Yavlinsky y a su colaboración en el proyecto de solicitar ayuda económica a Occidente— y que las reformas en marcha en la
URSS
habían sido diseñadas al otro lado del océano.

Ante esta situación, ¿por qué Gorbachov no fue más lejos y cesó a Pavlov y a sus ministros? Él era el presidente de la URSS. Mi opinión es que Gorbachov al rechazar el Plan de los 500 días, en el segundo semestre de 1990, creía haber dejado claro que optaba por una posición reformista moderada, que sería comprendida y aceptada por los ortodoxos del partido, de la
KGB
y del Ejército. No tuvo en cuenta que estas instituciones estaban muy inquietas tras la caída del Muro de Berlín y la liberación de los países de Europa del Este.

Matlock, el embajador de Estados Unidos en la
URSS

, consideró inexplicable que Gorbachov no hubiera cesado a Pavlov. El 20 de junio invitó a Popov, alcalde de Moscú, y a otros a comer. Popov pidió reunirse un poco antes con él y le dijo al embajador que un golpe de Estado se hallaba en camino y que avisaran a Yeltsin. Matlock le preguntó quiénes estaban detrás del golpe. La respuesta fue: Pavlov, Kriukov, Yazov y Lukyanov.

Bush avisó a Yeltsin que estaba de visita en Estados Unidos, y encargó al embajador Matlock que diera también la noticia a Gorbachov. Este dijo que no era posible, que agradecía el aviso pero que lo tenía todo controlado. En efecto, el 21 de junio, ante el Soviet Supremo, Gorbachov rechazó las peticiones de Pavlov y obtuvo un claro respaldo a su liderazgo por doscientos votos a su favor contra veinticuatro a favor de Pavlov.

El 29 de julio de 1991, Gorbachov, Yeltsin y el presidente kazajo Nazarbayev, discutieron la posibilidad de reemplazar a los representantes de la línea dura, como Pavlov, Yazov, Kriukov y Pugo por figuras más liberales. Esta conversación fue interceptada por el
KGB
y conocida por Kriukov, quien había puesto a Gorbachov bajo estrecha vigilancia con el nombre de «sujeto 111» y, probablemente, sirvió como detonante para el intento de golpe de Estado.

El 4 de agosto Gorbachov, se trasladó a la casa de reposo presidencial de Foros, en Crimea, de donde tenía previsto regresar a Moscú el día veinte, para la firma del nuevo Tratado de la Unión.

El 17 de agosto, los conspiradores se reunieron en la residencia de invitados del
KGB
en Moscú. Allí leyeron el nuevo Tratado de la Unión, concluyeron que iba a causar la ruptura de la Unión Soviética, y decidieron que había llegado el momento de actuar.

EL GOLPE DE ESTADO 1991

El domingo 18 de agosto se puso en marcha el golpe de Estado, cuyos promotores principales fueron Kriukov, jefe de la KGB; Yazov, general ministro de Defensa; Varennikov, viceministro de Defensa;

Yanayev, vicepresidente de la URSS; Pavlov, primer ministro; Lukyanov, presidente del legislativo; Pugo, ministro del Interior e Ivasko, secretario general adjunto del partido.

Por la tarde enviaron a Foros, una delegación constituida por Varennikov (viceministro de Defensa), Boldin (jefe del gabinete de Gorbachov), Plejanov (jefe de la KGB para la seguridad del presidente), Baklanov (subjefe del Consejo de Defensa de la URSS), y Chenin (secretario del Comité Central del PCUS). Poco antes de llegar, a eso de las 16:30, Plejanov dio orden de cortar las comunicaciones con la residencia de Gorbachov.

Se presentaron allí en torno a las 16:50. El jefe de seguridad de Gorbachov, Vladímir Medvedev, le avisó de la llegada de esa comitiva. Gorbachov le pidió que se quedara con él y obedeciera solo sus órdenes.

Les preguntó quién los enviaba, a lo que el grupo respondió que habían sido enviados por el Comité de Estado para Situación de Emergencia, porque el país iba hacia la catástrofe, y que, ese Comité, estaba constituido por Kriukov, Yazov, Yanayev y Lukyanov. Le dijeron así mismo que Yeltsin había sido arrestado a su regreso de Kazajstán.

Le pidieron que firmase un documento proclamando el estado de emergencia o bien que firmara su renuncia o autorizara al vicepresidente Yanayev a firmarla en su nombre. A todo ello Gorbachov se negó. Ante su resistencia a colaborar, a eso de las 18:00 decidieron regresar a Moscú a informar al «Comité», y mantuvieron a Gorbachov incomunicado. El jefe de seguridad, Medvedev salió con ellos.

El 19 de agosto, el grupo golpista anunció por radio y televisión que Gorbachov estaba enfermo, que había sido relevado de su puesto y que el vicepresidente Yanayev había asumido el puesto de presidente provisional, mientras durase la enfermedad de Gorbachov. Se cortaron las emisiones de la televisión de la República rusa y de las emisoras de radio. Tanques y tropas ocuparon Moscú.

Sorprendentemente, los golpistas no habían detenido al

presidente Yeltsin cuando el 17 de agosto regresó a su «dacha» tras su visita a Kazajstán. Inclusive mantuvieron disponible su comunicación telefónica nacional e internacional. Tal vez pensaron que Gorbachov iba a acceder a sus demandas al verse aislado e incomunicado y que, por tanto, Yeltsin quedaría neutralizado.

A las nueve de la mañana del 19 de agosto, Yeltsin se desplazó a la sede del Parlamento ruso, a la llamada Casa Blanca, junto con el primer ministro Ivan Silayev y el presidente en funciones del Soviet Supremo de Rusia, Ruslan Jasbulatov.

Desde allí hicieron una declaración en la que afirmaron que se estaba llevando a cabo un golpe de Estado «reaccionario e inconstitucional» y que exigían poder hablar con Gorbachov. Urgían a los militares del Ejército Rojo a no tomar parte en el golpe, llamaron a la huelga general y pidieron que Mijail Gorbachov pudiese dirigirse directamente al pueblo. Esta declaración fue distribuida por todo Moscú en forma de panfletos.

Por la tarde, los ciudadanos moscovitas empezaron a congregarse alrededor de la Casa Blanca y levantaron barricadas. Como respuesta, Guennadi Yanayev declaró el estado de emergencia en Moscú a las cuatro de la tarde.

Mientras tanto, el Mayor Evdokimov, jefe del batallón de tanques, que había rodeado la Casa Blanca, declaró su lealtad a los líderes de Rusia. Yeltsin trepó a uno de los tanques y se dirigió a la multitud, unas veinte mil personas que se habían concentrado allí. Inesperadamente este episodio fue transmitido por la mañana en la televisión estatal. Una valiente imagen para la historia, que se vio en el mundo entero.

El martes 20 de agosto los golpistas enviaron unidades militares y a la
KGB
a detener al presidente de Rusia, Boris Yeltsin. Unas cincuenta mil personas se concentraron en torno a la Casa Blanca, en Moscú, donde estaba Yeltsin. El asalto de la Casa Blanca por las tropas especiales del
KGB
y del Ejército parecía inminente esa noche. Al parecer, tenía entre sus objetivos el asesinato de Yeltsin y la detención de sus principales apoyos.

La gran multitud concentrada hizo ver a los golpistas que el intento de detener a Yeltsin implicaría un gran derramamiento de sangre. Ante ese riesgo Yazov, el golpista ministro de Defensa, manifestó que no autorizaba que el Ejército disparase contra el pueblo y dio órdenes a las unidades militares de retirarse. Asimismo, manifestó a sus camaradas golpistas que proponía ir a Crimea, donde estaba detenido Gorbachov, para solicitar su perdón.

El 21 de agosto los golpistas consideraron que su intento había fracasado y los jefes principales, Yazov, Kriukov, Baklanov, Lukyanov e Ivasko, volaron a Crimea, donde Gorbachov les conminó primero a restablecer las comunicaciones, lo que se hizo a las 17:45, y después ordenó que quedasen arrestados. Gorbachov llamó primero a Yeltsin, luego a los presidentes de Kazajstán y de Ucrania y también al propio presidente Bush.

Poco más tarde llegó un avión con la delegación de Rusia enviada por Yeltsin, constituida por el primer ministro Silayev y el vicepresidente de Rusia Rutskoi, los cuales abrazaron a Gorbachov.

Esa misma noche regresaron a Moscú junto con la delegación rusa, llevándose a Kriukov como rehén para evitar que los conspiradores intentaran derribar el avión. Llegaron a Moscú en la madrugada del 22 de agosto. Gorbachov atendió a la radio y a la televisión y se fue a casa a descansar. Sin embargo, ¿por qué no fue a la plaza de la Casa Blanca de Moscú para recibir el aplauso de los allí concentrados?

Perdió así la oportunidad de ser aclamado por la multitud que le esperaba aun de madrugada ante la Casa Blanca de Moscú. ¿Por qué un comunicador tan excelente como Gorbachov renunció a ese momento clave de gloria? ¿Cómo es que los conspiradores creyeron que Gorbachov iba a firmar el estado de emergencia o autorizar a Yanayev a que lo hiciera en su nombre? Hay interrogantes sobre golpe de Estado y su desenlace.

LA DIMISIÓN DE GORBACHOV

Se han hecho comentarios relativos a que Gorbachov conocía el golpe. Lukyanov sostuvo que conocía todo de antemano y que no hizo nada para pararlo. Pavlov señaló que Gorbachov jugaba sobre

seguro al no firmar: si el golpe funcionaba, volvería a Moscú, recuperado de su «enfermedad» y retomaría el poder; si el golpe no funcionaba, regresaría y arrestaría a los conspiradores.

Llama la atención el perfil tan bajo ante los medios que tuvo Gorbachov a su regreso. También lo fue el hecho de que, tras sustituir a Kriukov, por Chebarchin que era el director adjunto de la KGB, y a Yazov por Moiseyev, jefe del Estado Mayor del Ejército, los cesara de inmediato, a instancias de Yeltsin, porque también habían estado involucrados en el golpe.

El caso de Moiseyev fue especialmente llamativo. Yeltsin, estaba en el despacho con Gorbachov y cuando entró Moiseyev, le ordenó a Gorbachov *dile que ya ha cesado como ministro*. Gorbachov le repitió a Moiseyev las palabras de Yeltsin y Moiseyev salió inmediatamente del despacho.

El jueves 22, Yeltsin emitió un torrente de tajantes decretos, para el territorio de la República rusa, que incluían la prohibición de todas las actividades del PCUS y de sus células en los acuartelamientos, la nacionalización de sus bienes, la supresión de la bandera roja con la hoz y el martillo de los edificios oficiales y la asunción del control de todas las empresas del Estado.

El viernes 23, Yeltsin impuso a Gorbachov el nombramiento de personalidades reformistas en los ministerios clave de la URSS: Shaposhnikov en Defensa, Barannikov en Interior, cargo que ya venía desempeñando en el gobierno de Rusia, y Bakatin en el KGB.

Ese mismo día Gorbachov acudió ante el Soviet Supremo de Rusia, para explicar cómo se había llevado a cabo el golpe, en un acto transmitido en directo por la televisión rusa. Desde la tribuna de oradores, Gorbachov dijo que Pavlov, su primer ministro, se había opuesto al golpe. Ante esta afirmación, Yeltsin se levantó de su asiento, acudió al estrado y se puso de pie a su lado y le dijo, públicamente, que tenía que cesar no sólo a Pavlov sino también a todos los ministros. Le puso el dedo índice en la cara y le mostró el acta de la reunión del gabinete del 19 de agosto, en la cual todos

ellos, que habían sido nombrados por Gorbachov, habían manifestado su adhesión al golpe. «Léelo», ordenó Yeltsin y Gorbachov obedeció y leyó el acta.

Inmediatamente después, Yeltsin anunció que iba a firmar un decreto prohibiendo el partido comunista en la República rusa, lo que fue recibido con un estruendoso aplauso. Mientras a su lado estaba un humillado Gorbachov que parecía haber perdido toda autoridad.

Estos argumentos son llamativos, pero no me parecen suficientes para concluir que Gorbachov fuera conocedor, en alguna manera, del golpe de Estado. La trayectoria de lo que había realizado en la «glasnost» a nivel nacional, defendiendo e implementando el derecho de libertad de expresión y de participación política, y en el plano internacional, liberación de Europa del Este y desarme, no estaban en absoluto en la línea conservadora de los conspiradores Kriukov, Yazov y Lukyanov.

Asimismo, aunque con escasa contundencia, había adoptado leyes y medidas, llenas de buena intención, en el campo de la «perestroika».

Con todo ese bagaje, no resulta muy coherente que a esas alturas de su vida política hubiese aceptado un montaje como el golpe de Estado. De hecho, tras los disgustos recibidos en 1990 y 1991, le hubiese valido más dimitir y dejar que otros siguiesen peleando por reformar la URSS. Podría haberse mantenido en segundo plano por si lo hubiesen necesitado. Pero Gorbachov no hizo nada de esto, lo que me lleva a concluir que lo que él pretendía era continuar, al regreso de sus vacaciones, intentando impulsar un plan de reformas económicas graduales.

Por otra parte, hubo un conspirador importante, el ministro del Interior Pugo que, tras el fracaso del golpe, decidió suicidarse de un tiro junto con su esposa, lo cual era una decisión poco razonable si el golpe de Estado contaba con el apoyo, o la tolerancia, de Gorbachov. Solo cabe, lo cual sería muy extraño, que él, ministro del Interior, no lo supiera. Los restantes conspiradores principales fueron condenados a prisión, y amnistiados, tres años más tarde, en 1994.

Mientras tanto, el repudio del comunismo se fue extendiendo por las ciudades y las repúblicas de la URSS. En Moscú, en la noche

del 23 al 24 de agosto, el monumento a Félix Dzerzhinski, fundador de la Cheka, en ese momento denominada
KGB
en la plaza Dzerzhinski (Lubianca), fue derribado por la acción popular, tras el fallido intento de golpe de Estado en la Unión Soviética, contra las reformas que iniciaba Gorbachov. (Posteriormente, Vladímir Putin ha recolocado la estatua en el ministerio del Interior).

El sábado 24 de agosto de 1991, por la mañana hubo un multitudinario cortejo fúnebre por las tres víctimas civiles del golpe, Vladímir Uso, Dimitri Komar y Illa Krichevski, manifestantes que fueron aplastados por un tanque el veinte de agosto y a los que Gorbachov condecoró con el título de Héroes de la Unión Soviética.

Ese mismo día anunció que dimitía como secretario general del
PCUS
, reprodujo los decretos de Yeltsin respecto al
PCUS
en todo el territorio de la
URSS
y ordenó al Comité Central del partido que iniciara el proceso de autodisolución.

En los días 24 y 25 de agosto, Borís Yeltsin nacionalizó las propiedades del
PCUS
en Rusia, incluyendo no solo las oficinas del partido sino también sus instituciones educativas, hoteles,
etc.
y decretó la transferencia de los archivos del
PCUS
a las autoridades del Archivo Estatal.

El final de agosto y el mes de septiembre tuvo lugar un vendaval de declaraciones de independencia de las repúblicas de la URSS. El 24 de agosto Ucrania se declaró independiente; el 27, Moldavia; el 30, Azerbaiyán y el 31, Kirguistán. El 6 de septiembre Estonia, Letonia y Lituania; el 9 Tayikistán declaró la suya; el 21, Armenia y el 27 de octubre, Turkmenistán.

Yeltsin creó el 20 de septiembre el Comité Económico Interrepublicano (

CEI
) a cuyo frente puso a su primer ministro Silayev, con la misión de coordinar las políticas económicas de las repúblicas. La realidad es que estaba tomando iniciativas que iban dejando a Gorbachov sin contenido, ante la pasividad de este, que se limitaba a avisar de la catástrofe que podría derivarse de la desintegración de la
URSS
.

El 1 de diciembre de 1991, Ucrania realizó un referéndum que dio una aplastante mayoría a favor de la independencia.

El 8 de diciembre, los líderes de Rusia, Ucrania y Bielorrusia se reunieron y firmaron el Tratado de Belavezha y crearon la Comunidad de Estados Independientes (
CEI
), anulando el Tratado de Creación de la
URSS
de 1922. Este Acuerdo que no fue bien recibido por Gorbachov porque el 17 de marzo de 1991, en el referéndum que él convocó, la población había votado SÍ (78 %) a la conservación de la
URSS
.

El 21 de diciembre se convocó en Alma-Ata una reunión, a la cual no se invitó a Gorbachov, para ampliar el
CEI
, al que se adhirieron Kazajistán y las cinco repúblicas de Asia Central, junto a Armenia y Azerbaiyán. Georgia se adhirió en 1993. Las repúblicas bálticas nunca se adhirieron.

El 23 de diciembre Gorbachov y Yeltsin se reunieron para preparar la dimisión de Gorbachov y la transferencia del maletín nuclear. La relación con Yeltsin fue muy difícil, tanto para acordar las condiciones futuras para Gorbachov como en lo que se refiere a su actitud personal.

El 24 de diciembre de 1991, el presidente de Rusia Yeltsin informó a Javier Pérez de Cuéllar, secretario general de la
ONU
, que la Unión Soviética se había disuelto y que la Federación de Rusia sería su Estado sucesor como miembro de la
ONU

.

El documento confirmó las credenciales de los representantes de la Unión Soviética como representantes de Federación Rusa y solicitó que el nombre de «Unión Soviética» se cambiara por el de «Federación de Rusia» en todos los registros oficiales. Rusia retendría así su puesto en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. El secretario general de la
ONU
pasó la propuesta, y al no haber objeciones de ningún Estado miembro, la Federación de Rusia tomó el sitio de la Unión Soviética en la
ONU
.

Visto en retrospectiva, Gorbachov no supo aprovechar el haber salido victorioso del golpe de Estado de agosto de 1991. Podía haber optado por dar un impulso a la reforma económica, o podía haber retomado el Plan de los 500 días, en colaboración con el difícil Yeltsin, pero no lo supo o no lo quiso hacer.

También podía haber optado por dimitir al regresar a Moscú y convocar nuevas elecciones al Congreso de Diputados de la
URSS
, o algún referéndum para que el pueblo pudiese revalidarlo o no. Le preocupaban la tendencia a la separación que percibía en las antes unidas repúblicas soviéticas, pero las demás grandes reformas políticas estaban casi concluidas. Su imagen internacional era plenamente reconocida.

Resulta un tanto extraño que, el antes brillante Gorbachov, no tomase iniciativas claves en los meses septiembre, octubre y, noviembre de 1991, que concluyesen el camino que había iniciado en 1985. Asumió un perfil muy bajo, prácticamente inexistente, que culminó con su humillante dimisión en diciembre de 1991.

En ese contexto amargo y solitario, Gorbachov dio el 25 de diciembre un discurso de doce minutos televisado en directo, presentando su dimisión. En su disertación no repitió, como reiteraba en su libro de la Perestroika, que había que volver a Lenin, pero tampoco dijo que había que renunciar a Marx. Creo que se fue con la amargura de no haber podido crear una Gran Rusia democrática y próspera, pero sin darse cuenta de que para ello

había que repudiar el pensamiento marxista.

Al día siguiente el Soviet Supremo de la URSS aceptó su renuncia, reconoció la desaparición de la Unión, derivada de «la voluntad de los máximos órganos representativos del poder estatal» de once repúblicas de establecer la Comunidad de Estados Independientes y se autodisolvió.

Fue realmente un triste final para quien, desde 1985, a lo largo de siete difíciles años, había impulsado a la URSS por el camino que la llevó a liberarse del comunismo.

LA «PERESTROIKA» DE YELTSIN

Boris Yeltsin (1931-2007), nacido el 1 de febrero, apenas un mes antes que Gorbachov, tuvo un papel decisivo no solo para vencer al golpe de Estado contra Gorbachov, sino también para iniciar, en 1992, el camino decisivo para poner en marcha la economía de mercado en la Federación Rusa, que había sustituido a la URSS. Una de las fuentes principales utilizadas en este apartado ha sido la excelente biografía elaborada por
CIDOB
, que está descargadle en internet.

El papel de Yeltsin en la época de Gorbachov cabe analizarlo en dos líneas: la política y la económica. En ambas Yeltsin manifestó un claro y decidido repudio del marxismo. A diferencia de Gorbachov, nunca manifestó que «había que volver a Lenin».

En el plano político Yeltsin se hizo miembro del partido comunista en 1961. Su vigorosa actividad organizativa le llevó en 1976 al puesto de primer secretario, del comité regional de Sverdlovsk, posición similar a la que Gorbachov había alcanzado en 1970 en la región de Stávropol. En 1985 recibió con gran agrado el nombramiento de Gorbachov como secretario general del
PCUS
y este lo promocionó a Moscú. Su personalidad arrolladora le granjeó una popularidad inmensa entre la gente de la calle, con la que solía mezclarse para escuchar sus denuncias y quejas.

Gorbachov utilizó a Yeltsin como punta de lanza de la perestroika, si bien no compartía su vehemencia. El 21 de octubre de 1987 Yeltsin pronunció un duro discurso en el pleno del Comité Central en el que denunció los privilegios de la nomenklatura y las trabas puestas a la Perestroika. Las intensas críticas que recibió su intervención llevaron a Gorbachov a destituirlo de los puestos a los que le había promocionado, si bien lo mantuvo en Moscú, aunque en un puesto menor.

Yeltsin se sintió muy herido por el hecho de que lo hubiera cesado para satisfacer al aparato del partido. Su regreso a la política se demoró hasta las elecciones del 26 de marzo de 1989 al primer

Congreso de Diputados de la
URSS
, en el que Yeltsin obtuvo una victoria aplastante al presentarse por Moscú y obtener el 89,6 % de los votos frente al candidato oficial del partido.

Dentro del Congreso de los Diputados consiguió un puesto en el Soviet de las Nacionalidades. Formó así parte de los 542 diputados que constituían el Soviet Supremo de la
URSS
, en representación de los 2250 diputados que constituían la totalidad del Congreso de Diputados de la
URSS
.

El 30 de julio de 1989 organizó con Popov, Sajarov, Yuri Afanasiev y otros destacados reformistas, el Grupo Interregional de Diputados, fracción organizada dentro del
PCUS
y portavoz de las demandas de descentralización, pluralismo y reforma económica.

A comienzos de 1990, tras el derrumbe en 1989 de los regímenes socialistas de Europa del Este, desde ese Grupo insistió a Gorbachov en la urgencia de dar un impulso decisivo a la perestroika que se hallaba estancada.

En marzo de 1990 logró ser elegido, por sufragio universal, al Soviet Supremo de la República de Rusia (no de la
URSS
), como, diputado por su Sverdlovsk natal con una aplastante victoria por el 84,4 % de los votos.

El 29 de mayo de ese año, fue elegido por el Soviet Supremo de Rusia (no de la
URSS
) como presidente del Presidium del Soviet Supremo de Rusia (Jefe de Estado con poder para proponer al presidente del gobierno), con el apoyo del 50,2 % de los diputados. Finalmente, el 12 de junio de 1991, fue elegido presidente de Rusia en las primeras elecciones presidenciales directas, por sufragio universal, en las que obtuvo el 57,3 % de los votos.

El 21 de diciembre de 1991 los representantes de todas las

repúblicas soviéticas, excepto la República de Georgia, firmaron el Protocolo de
Alma-Ata,
que confirmó el desmembramiento y la disolución de la URSS. El 25 de diciembre de 1991, Gorbachov se rindió a lo inevitable y renunció como presidente de la Unión Soviética, declarándola disuelta. Transfirió los poderes, que pasaron desde entonces a Borís Yeltsin, presidente de Rusia. El día siguiente, el Soviet Supremo de la
URSS
, el cuerpo gubernamental más alto de la Unión Soviética reconoció el desmoronamiento de la nación y se autodisolvió.

Por tanto, Yeltsin, tanto en su proceso de acceso al poder en Rusia como en su asunción como presidente de la Federación Rusa, heredera de la personalidad internacional de la disuelta
URSS
, tuvo una legitimidad democrática incuestionable. Como colofón, su valiente actitud el 19 de agosto de 1991 subido a un tanque enfrentándose al golpe de Estado, aumentó en gran manera su popularidad y su legitimidad moral.

En el plano económico, Yeltsin tuvo muy claro que había que caminar hacia una economía de mercado plena. Apoyó claramente a sus asesores económicos en esa dirección, que se plasmó en el Plan de los 500 días, elaborado juntamente con los asesores de Gorbachov en agosto de 1990. Al apartarse este del Plan se perdió una gran oportunidad de actuar conjuntamente y se creó un gran abismo entre ambos.

El 28 de octubre de 1991, Yeltsin manifestó ante el Congreso de los Diputados de Rusia que estaba dispuesto a cargar con toda la responsabilidad de la dura política de ajuste que era necesaria. Señaló que la inflación estaba alcanzando niveles críticos, que el 55 % de las familias vivían por debajo de la línea de pobreza y que las reservas en oro y divisas estaban bajo mínimos.

Dijo que era imprescindible la liberalización de los precios, sin la cual «hablar de economía de mercado no pasa de ser una simple charla de café». Y añadió que ante la aguda crisis actual no era posible llevar a cabo reformas indoloras. Señaló también que se necesitaba una profunda modificación de la política crediticia y un

recorte drástico de las subvenciones a las empresas de defensa y a todas aquellas que se mostraran ineficientes.

El 1 de noviembre de 1991, Yeltsin solicitó al Congreso de Diputados de Rusia poderes especiales, que le fueron concedidos, por una abrumadora mayoría. Quedó facultado para gobernar por decreto en materias de economía y política social durante un año, con la perspectiva de privatizar masivamente las empresas del Estado, liberalizar los precios al por menor y abordar la reforma agraria. Yeltsin describió un sombrío panorama económico para Rusia y advirtió a la población que se avecinaban tiempos muy duros.

El 6 de noviembre dio un nuevo paso con la prohibición del partido comunista ruso (
PCR
) y de lo que quedaba del
PCUS
, y asumió la jefatura del Gobierno vacante, desde la baja de Silayev que había pasado el 20 de septiembre a hacerse cargo del Comité Económico Interrepublicano.

Inmediatamente después, desde el inicio de 1992, tras la dimisión de Gorbachov el 25 de diciembre de 1991, y ya como presidente de la recién creada Federación Rusa, heredera de la URSS, Yeltsin abordó una profunda perestroika llevando, de forma un tanto acelerada y descontrolada, a la antigua y comunista
URSS
, hacia una economía basada en el mercado y en la iniciativa y propiedad privada. También tuvo que enfrentarse a problemas de separación de las repúblicas y otros temas internos.

Puso a Yegor Gaidar, como ministro de Economía, para dirigir técnicamente el proceso de cambio. La idea global era proceder en 1992 a una amplia liberalización de precios y a una privatización inicial. En contrapartida, Occidente apoyaría la convertibilidad del rublo y ayudaría a mantener el equilibrio de la balanza de pagos y así hasta 1997, en el cual las reformas de la Federación Rusa estarían florecientes y en plenitud. Los principios generales en cuanto a la meta económica eran correctos, pero la transformación de la economía marxista en economía de mercado necesitaba hacerse a través de un proceso ordenado, gradual, prudente y

controlado.

Sin embargo, en las primeras semanas de 1992, el equipo Gaidar optó por liberalizar prácticamente todos los precios, confiando en que para el otoño la economía rusa comenzaría a recuperarse de esa terapia de choque liberal. Se liberalizó el comercio exterior, se recortó al máximo el gasto público y se privatizaron empresas apresuradamente. La escasez de productos de consumo —crónica del sistema comunista— y los precios fijos, ocultaban la inflación real ya que los precios no subían pues estaban controlados por el Estado, pero la masa monetaria no podía adquirirlos porque no existían. Por ello, la liberalización, combinada con la escasez de oferta, provocó una gran subida de los precios de los productos, y, por tanto, una gran inflación.

Por otra parte, para lograr el equilibrio presupuestario y evitar políticas monetarias expansivas, e inflacionarias, se redujeron los gastos estatales para ajustarlos a los ingresos, por lo cual se disminuyeron las subvenciones a las empresas y a la construcción y se recortaron gastos presupuestarios en asistencia social, lo cual tuvo un gran impacto en todos los grupos perceptores de esas ayudas.

El proceso de privatización de las empresas estatales también generó muchos problemas. A finales de 1992, Yeltsin lanzó un Programa de Vales Libres, como una forma de darle despegue a una privatización masiva. A todos los ciudadanos rusos se les dieron vales, cada uno con un valor nominal de alrededor de diez mil rublos, para comprar acciones de las empresas estatales seleccionadas. Pero el desconocimiento del mecanismo y el contexto de inflación dio lugar a que a los pocos meses la mayoría de esos vales fueran a manos de intermediarios que estaban dispuestos a comprarlos por dinero en efectivo inmediato. Esto dio lugar a que muchas grandes empresas fueran adquiridas, a precios reales muy bajos, por un puñado de personas, que son mencionados habitualmente en los medios de comunicación como los oligarcas actuales de Rusia.

Además, existía una gran barrera cultural ante la economía de mercado. Era muy difícil inculcar a una población, adoctrinada en la burocracia durante setenta años, la iniciativa empresarial y la competitividad.

Tuve la oportunidad personal de ver esas carencias en Rumanía, en el bienio
2004-2005,
quince años después de la caída del comunismo, donde aun a los ciudadanos les resultaba difícil ser capaces de publicitar su pequeño pero excelente negocio, mediante carteles, iluminación o propaganda. No tenían espíritu comercial. Si esto pasaba en Rumania después de cuarenta años de comunismo, ¡cómo no iba a pasar en la
URSS
después de setenta!

En febrero de 1992, el vicepresidente de Rusia, Aleksandr Rutskoi denunció el programa de Yeltsin como un «genocidio económico». La liberalización de los precios había conseguido abastecer de productos las estanterías, pero a precios prohibitivos para la gran mayoría de la población, lo que dio lugar al descontento y a manifestaciones en contra de la liberalización y a favor de restablecer el anterior sistema de control de precios soviético.

Sin embargo, Gaidar, con la anuencia de Yeltsin, advirtió que no cabía otra disyuntiva que sus recetas o el colapso, y reclamó más tiempo para notar sus efectos positivos en la macroeconomía. La realidad fue que la acelerada liberalización del mercado dio lugar a negocios turbios políticos-financieros y a un capitalismo salvaje.

Los encuentros que Yeltsin sostuvo con mandatarios occidentales a lo largo del año subrayaron el buen ánimo de Rusia y la disposición de Occidente a prestar la ayuda demandada. La Administración Bush no diseñó una estrategia de ayudas masivas, sino que, en los primeros meses del año, dio prioridad a los suministros humanitarios, con carácter urgente, sobre todo alimentos para cubrir las penurias más acuciantes en las ciudades rusas. El puente aéreo, que tomó el caritativo nombre de Proveer Esperanza (*Provide Hope*), comenzó el 10 de febrero de 1992, con la participación de la Comunidad Europea, Turquía y Japón, aunque la logística la puso Estados Unidos. Al tratar a Rusia como un país del Tercer Mundo, necesitado de subsistencias, parte de la población rusa se sintió herida en su orgullo y empezó a criticar a Yeltsin, por haber autorizado la traumática terapia de choque de

Gaidar.

En junio de 1992, Yeltsin, el penúltimo día de su estancia en Estados Unidos, solicitó ante el Congreso ayuda económica para su país. Hizo una profesión de anticomunismo que arrancó una gran ovación de los legisladores puestos en pie. La gira fue un éxito total para Yeltsin, que desplazó el recuerdo de Gorbachov y se proyectó como un estadista hábil y razonable, con quien se podía cooperar. Pocos días después el Congreso de Estados Unidos aprobó conceder a Rusia el estatuto de nación comercialmente más favorecida y un paquete de ayudas por valor de dieciséis mil millones de dólares, en conceptos de asistencia directa, aportaciones al fondo de estabilización del rublo y préstamos canalizados por el FMI.

La tensión social que habían creado las medidas liberalizadoras de precios dio lugar, el 10 de diciembre de 1992, a un primer gran enfrentamiento entre el presidente y el Congreso, el cual rechazó nombrar a Yegor Gaidar, como jefe del gobierno y se negó a prolongar los poderes extraordinarios, que se habían concedido al presidente.

No obstante, se llegó a un compromiso y se acordó la celebración de un referéndum el 12 de marzo de 1993, para consultar la opinión de los ciudadanos sobre las discrepancias entre el presidente Yeltsin y el Congreso de Diputados.

EXPLOTA EL CONFLICTO

Sin embargo, en una sesión extraordinaria, el 10 de marzo de 1993, el Congreso optó por cancelar el referéndum y anuló los poderes extraordinarios otorgados al presidente Yeltsin en noviembre de 1991. Ante ello Yeltsin declaró un régimen especial, convocó unilateralmente un referéndum de confianza y rechazó obedecer al Congreso hasta que se celebrara la consulta popular.

En réplica el 28 de marzo el Congreso votó la impugnación de Yeltsin, pero los votos (60 %) no alcanzaron los 2/3 requeridos por la constitución para que la impugnación prosperara.

Un día después, el Congreso, que acababa de fracasar en la

moción de destitución de Yeltsin, logró establecer las cuatro preguntas del referéndum que Yeltsin había convocado por decreto para el 25 de abril.

Los resultados del referéndum fueron los siguientes:

- El 58 % de los votantes expresaron su confianza en el presidente
- El 52,8 % aprobó la política del Gobierno
- El 31,6 % creyó oportuno adelantar las elecciones presidenciales.
- El 43,4 % opinó lo mismo con las legislativas.

En suma, el referéndum de abril fue favorable a Yeltsin. No obstante, el Frente de Salvación Nacional de extrema izquierda, protagonizó una violenta manifestación el 1 de mayo y las dos instituciones, presidente y Congreso, entraron en conflicto en torno a la convocatoria de una Asamblea Constituyente, una nueva Constitución y el adelanto de las elecciones que Yeltsin deseaba.

En julio el Parlamento votó un presupuesto muy deficitario que se interpretó como un desafío abierto a la política del Gobierno.

El 1 de septiembre de 1993, Yeltsin destituyó al vicepresidente Rutskoi, que ya hacía algún tiempo se había pasado al bando conservador. El día 18 reintegró a Gaïdar en el Gobierno como viceprimer ministro y el 21, mediante un Decreto Presidencial, Yeltsin declaró disuelto el Congreso, lo cual no entraba dentro de sus competencias constitucionales, y convocó elecciones a una Asamblea Constituyente.

Jasbulatov, presidente del Soviet Supremo, que era elegido por y dentro del Congreso de Diputados, como órgano legislativo habitual, y los congresistas lograron atrincherarse en la Casa Blanca, el edificio del Parlamento, y acordaron destituir a Yeltsin, nombrar a Rutskoi «presidente en funciones» y llamar a la resistencia civil contra el «golpe de Estado presidencial».

Yeltsin justificó su acto por razones de emergencia para «salvar al país del caos, la desintegración y la catástrofe», a los que los diputados le habían abocado con su «obstruccionismo sistemático» e «ignorancia de la voluntad del pueblo».

Entre el 21 y el 24 de septiembre, el ambiente popular a favor de los parlamentarios fue creciendo. Yeltsin se vio envuelto en una

oleada de protestas populares en defensa de los Diputados encerrados en la Casa Blanca, algunas de las cuales superaron los cuarenta mil manifestantes.

El 3 de octubre, al cabo de unos días extremadamente tensos, partidas armadas en apoyo de los congresistas, intentaron tomar diversos edificios estratégicos de Moscú. Entonces Yeltsin declaró el estado de excepción y ordenó a las tropas y unidades acorazadas del Ejército que tomaran la Casa Blanca, sin reparar en medios.

El 4 de octubre de 1993 las fuerzas presidenciales bombardearon la Casa Blanca de Moscú y disolvieron el Congreso. Las cifras de fallecidos dadas por la policía se elevaron a ciento ochenta y siete muertos y cuatrocientos treinta y siete heridos. Las fuentes no oficiales señalan un número muy superior, unos quinientos muertos y más de mil heridos. Se le ha llamado la Segunda Revolución de Octubre, aunque la primera tuvo lugar en realidad en noviembre, según el calendario gregoriano.

EL PODER ABSOLUTO

En las semanas siguientes el equipo del Kremlin remató el proyecto de Constitución que iba a someterse a referéndum.

Tenía un enfoque muy presidencialista, concentrando en el presidente la comandancia suprema de las Fuerzas Armadas, la elaboración de las políticas interiores y exteriores y la designación del jefe de Gobierno ante el Parlamento. Si este rechazaba tres veces seguidas al candidato, fuera o no la misma persona, el jefe del Estado estaba facultado para disolver la Cámara. También podía el presidente recurrir a este instrumento si los diputados reiteraban, y perdían, una retirada de la confianza al Gobierno, cuya continuidad o sustitución estaba sujeta a su voluntad. Completando su elenco de atribuciones, el presidente convocaba las elecciones y referendos, poseía iniciativa legislativa y nombraba candidatos a las altas magistraturas del país.

Por si esto fuera poco, se dificultaba enormemente la posibilidad de destitución por el Legislativo: el presidente solo podía ser apartado del cargo si los diputados formulaban una acusación de alta traición, u otro crimen de envergadura, y los Tribunales

Supremo y Constitucional confirmaban indicios delictivos en la conducta juzgada.

El poder legislativo, quedaba constituido por la Duma Estatal o Cámara Baja y por el Consejo de la Federación o Cámara Alta de representación territorial.

Los resultados de las urnas del 12 de diciembre de 1993 fueron ambivalentes. Por una parte, la nueva Constitución fue aprobada en referéndum (58,4 % a favor), que se declaró válido al participar más del 50 % del censo.

Por otra, los partidos pro-Yeltsin obtuvieron tan solo ochenta y seis escaños de los cuatrocientos cincuenta de la Cámara Baja. Lo primero que hizo la Cámara baja electa tras inaugurarse, el 23 de febrero, fue amnistiar a los golpistas de 1991 y a los insurrectos de 1993, una afrenta a Yeltsin.

Durante su gobierno, Yeltsin se vio confrontado por la dura y desgastadora guerra en Chechenia, que se desarrolló de diciembre de 1994 hasta agosto de 1996.

En julio de 1996, Yeltsin fue reelegido como presidente, con el apoyo financiero de los influyentes oligarcas de los negocios, que habían obtenido su riqueza por sus conexiones con la Administración de Yeltsin. A pesar de obtener solo el 35 % de los votos en la primera ronda de votación, en las elecciones de 1996, Yeltsin derrotó a su rival comunista Guennadi Ziuganov con el 54 % de los votos en la segunda vuelta.

El 31 de diciembre de 1999, en un anuncio sorpresa emitido a las doce de la medianoche en la televisión rusa, y grabado en la mañana del mismo día, Yeltsin renunció a la presidencia y declaró que la asumía provisionalmente el primer ministro Vladímir Putin hasta las elecciones presidenciales que tendrían lugar el veintiséis de marzo de 2000.

El presidente Yeltsin pidió perdón por los errores que reconoció haber cometido durante su gobierno. Dijo que Rusia necesitaba entrar en el nuevo siglo con nuevos líderes políticos y añadió: *Quiero pedir perdón por no haber justificado sus esperanzas*.

VALORACIÓN DE YELTSIN

En cuanto a energía, valor personal, democracia y confianza en la economía de mercado, poco hay que reclamarle. Inclusive al evaluar su sangriento enfrentamiento con el Congreso en octubre de 1993, hay que tener en cuenta que los resultados del referéndum previo de abril habían manifestado un claro apoyo al presidente Yeltsin, a pesar de lo cual el Congreso intentaba obstaculizar su gestión.

Sin embargo, su impetuosidad al introducir las medidas que llevaban a la Federación rusa hacia la economía de mercado fue claramente excesiva. Una mayor gradualidad en los cambios, empezando por la liberalización de la producción agrícola, de las actividades laborales individuales y los pequeños negocios y, poco a poco, introduciendo en el mercado a las empresas estatales de bienes de consumo e iniciando, después, un proceso controlado de privatización seguramente habría dado muchos mejores resultados.

Las normativas legales necesarias para caminar hacia la economía de mercado ya se habían aprobado, en gran parte, en la época de Gorbachov. Lo que faltaba era llevarlas a la práctica, enfrentándose a la burocracia tradicional, de forma ordenada y por sectores o regiones, no tolerando que los reglamentos pusieran trabas innecesarias, a un proceso que debía ser gradual y controlado, pero de ninguna manera obstaculizado y frenado.

Lo ideal hubiese sido un desarrollo que aunara la prudencia y la gradualidad de Gorbachov, con la claridad de meta y la energía de Yeltsin. Indiscutiblemente salir de la economía marxista a la economía de mercado era un proceso muy radical y difícil. Por ello, en los sistemas comunistas vigentes, en los que se aplica la economía marxista, lo que no es el caso de China, todo lo que sea dar pasos para liberalizar la producción agrícola, los pequeños servicios, talleres, restaurantes, la apertura al capital extranjero, etc., son medidas que suavizarán el camino de retorno al mercado, lo que más pronto o más tarde ocurrirá.

La liberalización política se sitúa en otro plano diferente, pero los anhelos de libertad se verán impulsados por un marco económico que saque a la población de los niveles de penuria, y les dé tiempo para plantearse otras necesidades humanas tales como la libertad y la democracia.

NECESIDAD DE UNA ALTERNATIVA AL MARXISMO

La ideología marxista basó su atractivo y su fortaleza en dos aspectos principales, que fueron imprescindibles para crear los regímenes comunistas.

En primer lugar, tocó el lado emocional al denunciar las situaciones de miseria que afectaban, en particular, a los trabajadores urbanos de las áreas industriales. Ello irritaba y movilizaba a quienes se hallaban en esas situaciones y también tocaba la fibra emocional de muchos sectores de la sociedad burguesa.

En segundo lugar, en el lado intelectual, ofreció una explicación integral y novedosa sobre la naturaleza del ser humano, cuál era el camino de cambio social hacia la libertad, cuál era el mecanismo subyacente en el funcionamiento de la economía y hacia dónde iba la historia humana. Ese conjunto de ideas permitía, aparentemente, superar los mitos del pasado y justificaba el camino revolucionario de cambio social que necesitaba la humanidad.

A lo largo de medio siglo, entre 1840 a 1890 aproximadamente, el pensamiento marxista se fue desarrollando, consolidando y difundiendo, como eje de la acción política revolucionaria comunista y, finalmente, se implantó a inicios y mediados del siglo XX en la
URSS
y en la Europa del Este, respectivamente.

Muchos otros países fueron contaminados por «ese espectro», como lo definía el Manifiesto, que recorrió no solo Europa sino todo el mundo y cuya plasmación política, en su momento de máxima

expansión, tenía bajo su dominio directo a más de un tercio de la población y de la superficie terrestre.

A finales del siglo XX, cayó el comunismo en la URSS y en Europa del Este y, poco a poco, muchos otros países han ido saliendo de él, pero subsiste en China, Corea del Norte, Cuba, Venezuela, y avanza en otros países, y puede contagiar a muchos más. El nazismo fue vencido, y su ideología se esconde apenas en grupúsculos, pero ni del comunismo y ni del marxismo cabe decir lo mismo.

Igualmente, los errores de las teorías marxistas han ido siendo puestas al descubierto, pero aún no han sido suficientemente divulgados mediante la exposición de sus ideas básicas, pero aún no son suficientemente conocidas. Los crímenes del comunismo, en ese largo camino ensangrentado desde Marx hasta Gorbachov, se han denunciado, principalmente, a partir de finales del siglo XX, pero siguen persistiendo de forma cruel e inaceptable.

Mucha gente, de buena fe, no ha comprendido aún la necesidad de repudiar el marxismo, que es la semilla que genera el comunismo. Creen que es cosa del pasado, en vías de extinción. Por ello se renuncia a hacer los esfuerzos educativos necesarios para difundir y dejar clara su perversidad y el daño que esas ideas pueden causar. Algo está fallando en nuestras sociedades, ya que el marxismo es absolutamente incompatible con la democracia y con el respeto al Estado de Derecho. Por ello no tiene ningún sentido que a estas alturas no se haya arrojado intelectualmente ni al comunismo ni al marxismo al vertedero de la historia, al igual que se hizo con el nazismo.

Este libro ha pretendido exponer con sencillez, y de forma accesible al mayor número de lectores, el origen ideológico del marxismo, el contenido de su pensamiento, sus falsedades y su carencia de libertad, justicia y fraternidad, su apelación y justificación de la violencia y de la dictadura del proletariado, su proceso de implementación en los países en los que se instaló, su expansión por el mundo, su permanencia basada en la represión y el terror permanente, sus crímenes, el adoctrinamiento y el lavado de cerebro que ha realizado sobre los ciudadanos, su caída y las causas de su caída.

El lector, llegado hasta aquí, juzgará si los datos y los argumentos aportados son sólidos y contundentes y si ofrecen un panorama general claro y coherente. Pero aun así esto no es suficiente, al libro le falta algo. Marx dejó muy clara la intención de su pensamiento: *Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo*.

Por ello no basta la denuncia de sus hechos y ni siquiera la demolición de su teoría. Si no somos capaces de sugerir una alternativa ideológica factible, capaz de transformar el mundo, no seremos creíbles ni podremos convencer a los que con fe ciega se consideran marxistas.

Obviamente, la alternativa no puede ser revolucionaria, violenta, obligatoria y totalitaria pues eso sería seguir los pasos de Marx, Engels y sus seguidores. Lo que se requiere es precisamente, sin caer en propuestas de ese tipo, darle la vuelta a Marx, como él hizo con Hegel, y poner al ser humano y a la sociedad humana, con los pies en la tierra y la cabeza en el espíritu y todo ello con un enfoque integrador, profundo y de sentido común.

La alternativa necesaria ante el marxismo debe ser capaz de conmover ofreciendo una meta social atractiva, firme y pacífica, capaz de tener por bandera la libertad, la igualdad y la fraternidad, y de convencer ofreciendo una explicación coherente e integral de la realidad de la sociedad humana y de su meta; del camino de progreso; del sentido de la historia y de la explicación del funcionamiento de la economía y de cómo hacer compatible la eficiencia y la productividad con un enfoque de prosperidad mutua.

En esencia, la clave de la alternativa al marxismo debe basarse en la verdad, en sus dos vertientes. Por un lado, denunciando con objetividad y rotundidad la realidad social y económica de los regímenes comunistas y la falsedad de las teorías marxistas. Por otro, ofreciendo una alternativa teórica sólida, sencilla, integral y motivadora y un compromiso decidido sobre los principios que la pueden hacer factible.

ALTERNATIVA IDEOLÓGICA

UN ENFOQUE ONTOLÓGÍCO

La ontología es el estudio de la esencia del ser. Dado que vamos a sugerir un esquema ideológico de transformación social, resulta lógico abordar, en primer lugar, qué es el ser humano, ya que el ser humano tiene un papel fundamental como agente de la transformación de la sociedad.

El marxismo asume que el ser humano es mera materia, del mismo valor que cualquier otra y que, por tanto, puede ser eliminado sin más, si obstaculiza el avance hacia la sociedad comunista. Para el marxismo, el ser humano es mera materia que se puede pisotear como se pisa la arena de la playa; que se puede explotar, o usar, como se come una manzana, y que se puede fumigar, como se hace con un mosquito, si nos molesta.

Recordemos que Marx y Engels repudiaron firmemente a Feuerbach, que era materialista y ateo, pero que otorgaba un papel esencial al amor en todos los planos y, en particular, como motor en la vida social. El concepto ontológico de Feuerbach sobre el ser humano era radicalmente distinto del de Marx y Engels.

¿Cuál es la alternativa ontológica que proponemos como concepto del ser humano?

La clave innegociable es el reconocimiento de que el ser humano tiene una dignidad inherente que debe ser respetada plenamente, lo que conlleva el reconocimiento y respeto de unos derechos humanos básicos, de los que no se le puede despojar.

Este enfoque equivale a decir que la dignidad es tan inherente al ser humano como las cuatro grandes fuerzas de la Física (gravitatoria, electromagnética, nuclear fuerte y nuclear débil) lo son a la propia materia.

El siglo XX, tuvo un momento clave en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, que en su preámbulo señaló que *la libertad, la justicia y la paz en el mundo tienen por base el reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana*. La Declaración enumeró una lista de derechos, cuyo respeto está ineludiblemente unido al reconocimiento de «la dignidad intrínseca» del ser humano.

El término «intrínseco» es equivalente al de inherente. Se define

como *algo que es propio o característico de un ser y que no depende de las circunstancias, sino que procede de su propia naturaleza*.

Ante quienes rechacen el reconocimiento de esa dignidad inherente al ser humano, no hay acuerdo filosófico posible porque «la negación de la negación es la afirmación», es decir, ante la actitud intolerante y fanática del marxismo y otros, hay que rechazar firmemente su rechazo a la dignidad inherente del ser humano. No rechazarlo nos hace sus cómplices.

Una cosa es dialogar con los marxistas, porque siempre hay que estar abiertos a ayudarles a que descubran que están equivocados, pero no cabe ceder ni un milímetro en el tema del reconocimiento de la dignidad inherente del ser humano.

Es una línea roja (o azul o del color que prefieran) que no admite transacciones. El marxismo y todos los que consideren que el ser humano es eliminable sin más, sea cual sea su justificación, incluso si esgrimen el nombre de Dios para actuar así, están al otro lado de la línea roja. No caben componendas.

La opción ontológica que estamos presentando es, deliberadamente, muy escueta, para facilitar que se configure una alternativa al marxismo lo más integradora posible. Por ello renuncia a entrar a discutir aspectos ontológicos de creencias y filosofías, que pudieran impedir la integración en esa gran alternativa social.

El gran físico Stephen Hawking consideró que Dios no existe, y así lo manifestó de forma explícita en su libro póstumo, *Breves respuestas a grandes preguntas*. Llegó a la conclusión de que todo lo que existe en el Universo ha surgido por el mero juego, en el contexto del azar, de las leyes fisicoquímicas inherentes a la materia.

Otros consideramos lo contrario y concluimos que la complejidad de los seres que existen no tiene explicación lógica ni científica, hasta el momento, sin la existencia de un Diseñador Inteligente detrás.

Otros, admiten una acción más directa de un Dios creador; otros, como muchas doctrinas orientales (Tao, Yin y Yang) se aproximan más a un Ser Original no personal,
etc.

Todas estas concepciones ontológicas, siempre que reconozcan la dignidad humana inherente y, por tanto, el deber de respetarla, pueden formar parte de la alternativa al materialismo marxista que proponemos.

Conviene resaltar que, en la Declaración Universal de Derechos Humanos, se reconocen, entre otros, el derecho a la propiedad privada (
art.
17), el derecho a la libertad de pensamiento (art. 18), el derecho a la libertad de opinión (art. 19), a la libertad de reunión y asociación pacifica (
art.
20), el derecho a participar en el gobierno del país (
art.
21). Todos estos derechos son rechazados por el marxismo que, al propugnar la acción revolucionaria y la dictadura del proletariado, niega implícitamente esos derechos.

Por tanto, la base de partida de la alternativa ontológica al marxismo implica el reconocimiento de la dignidad inherente del ser humano, al cual cabría añadirle el reconocimiento de que, con carácter general, el ser humano tiene un deseo inherente de ser feliz, individual y socialmente.

UNA METODOLOGÍA DE PROGRESO

El marxismo considera que la metodología natural de progreso en la naturaleza y en la sociedad humana es la lucha permanente entre la tesis y la antítesis, que lleva a la destrucción de ambas para dar lugar a la síntesis.

En el progreso social admite el diálogo entre patrones y obreros tan sólo coyunturalmente, pero en cuanto puede excluye el diálogo democrático y opta por *una acción despótica sobre la propiedad* así como por *derrocar por la violencia el orden social existente*. Como forma específica de su pensamiento, reconoce y propugna la lucha de clases como el motor para el cambio social que *conduce necesariamente a la dictadura del proletariado.*

La alternativa al marxismo, en cuanto a la metodología de

progreso social, pasa por la renuncia rotunda a la violencia y su sustitución por el diálogo pacífico, con respaldo democrático. Eso incluye el respeto al derecho vigente, que puede también modificarse por las vías legales, en un contexto democrático.

Actualmente, en España se tipifica como delito de odio.

> Cualquier infracción penal, incluyendo infracciones contra las personas o las propiedades, donde la víctima, el local o el objetivo de la infracción se elija por su, real o percibida, conexión, simpatía, filiación, apoyo o pertenencia a un grupo basado en una característica común de sus miembros, como su raza real o perceptiva, el origen nacional o étnico, el lenguaje, el color, la religión, el sexo, la edad, la discapacidad intelectual o física, la orientación sexual u otro factor similar.

Pues bien, en la alternativa ideológica que presentamos al marxismo se propondría tipificar también como delitos de odio, los que afecten a personas o propiedades que pertenezcan a grupos sociales a los que el marxismo considera tolerable, e incluso correcto, atacar como han sido todas las clases «propietarias», los «patrones», los «aristócratas» y los grupos religiosos.

Esta sería una forma contundente de declarar que se está firmemente dispuesto a erradicar la violencia social, no solo mediante la educación y el diálogo, que son las vías principales, sino también mediante leyes que penalicen, de forma agravada, los delitos contra personas o propiedades, en la medida en que se realicen por razones de clase.

A efectos de que la alternativa al marxismo, en cuanto a metodología de progreso, sea lo más integradora posible, solo se requeriría, para participar en ella, una renuncia explícita a la violencia y la condena de la misma, propugnando como alternativa el diálogo y el refrendo democrático.

Para reforzar ese compromiso conviene sostener como objetivo que la búsqueda de la armonía en las relaciones es fuente de felicidad, en todos los planos individual, familiar y social. De hecho, la Constitución española de 1978, en su preámbulo, *proclama su voluntad de garantizar la convivencia democrática estable*.

Conviene resaltar que la palabra convivencia significa «acto de

existir de forma respetuosa, hacia las demás personas e incluso de compartir». Va mucho más allá de la mera coexistencia, que tan solo significa el hecho de «existir a la vez que otro».

En suma, las líneas marco de esta alternativa metodológica de progreso individual y social, consistirían en la firme exigencia de la renuncia a la violencia, acompañada de su decidida persecución y reeducación, su sustitución por el diálogo y el respeto a las vías democráticas y la aceptación genérica de la construcción de la armonía como meta social dinámica y permanente.

UN ENFOQUE HISTÓRICO

La historia de la humanidad ha sido una historia de conflictos y guerras. El marxismo sostiene que su causa fundamental, ha sido la lucha de clases entre propietarios y desposeídos. La alternativa al marxismo señala que las causas de todos los conflictos y guerras ha sido muy variadas. Evidentemente los ha habido por motivos económicos, pero también por la conquista de nuevos territorios, cosa que antaño se consideraba legítima; por razones de discrepancias religiosas o de expansión religiosa; por cuestiones de razas, tribus o nacionalidades y, por supuesto, también por razones de poder o de legitimidades dinásticas.

Todas las naciones y los pueblos tienen su propia responsabilidad en los crímenes y abusos que hayan realizado en su historia, pero a estas alturas no se logra nada positivo, intentando culpar a otros y eludiendo las propias responsabilidades nacionales.

La mayor parte de las naciones han sido, en unas épocas, invasoras y en otras invadidas. No cabe juzgar el pasado con los patrones actuales. Los españoles de hoy somos herederos de los celtas, de los iberos, de los fenicios, de los cartagineses, de los romanos, de los suevos, de los vándalos, de los alanos, de los visigodos, de los árabes, de los indios americanos, y, en suma, de toda la mezcla de sangres que corren por nuestras venas.

Lo mismo les pasa a todos los pueblos de la tierra. Por tanto, remover el pasado con un pretendido espíritu justiciero es poco constructivo y no suele llevar a ningún resultado bueno.

Hoy nos encontramos en un momento diferente. Es el tiempo de

construir la historia futura y desde luego es fundamental lograr que la libertad, la justicia y la fraternidad se implanten.

En este sentido si miramos al pasado humano, con perspectiva histórica, podemos concluir que, aunque llena de conflictos y de guerras, la historia humana ha progresado considerablemente en la dirección de crear un mundo mejor.

A pesar de los conflictos sangrientos que subsisten, hay un potencial enorme para lograr un desarrollo social-económico sostenible mundial y eso debe ser adoptado como meta común, incluso por encima del mero interés nacional. Caminar en esa dirección implica reforzar los lazos históricos y culturales pasados entre las naciones, desarrollar nuevos y buscar la armonía global.

Se puede argumentar que eso es una utopía y tendrán razón. Pero la utopía se diferencia de la quimera, como decía Ramón Tamames en 1977, en que esta es irrealizable por definición, mientras que aquella es un sueño difícil, pero no imposible. Recuerda la famosa frase de Hegel que dice «lo racional es real». Si la utopía la planteamos como un constructo racional, coherente, se puede llevar a cabo. ¿Quién podría en tiempos de las guerras napoleónicas pensar en una Europa como la de hoy, con muchos problemas, pero sin fronteras y en paz? Lo que la razón antaño no podía concebir se ha hecho realidad hoy.

Desde Hobbes «el hombre es un lobo para el hombre» hasta hoy se ha avanzado mucho, a pesar de que han existido y existen terribles criminales, a algunos de los cuales nos hemos referido en este libro. Pero frente a ello mucho se ha construido y más se puede construir. Es un reto. Pensemos en positivo, con serenidad y con voluntad de hacer que las sociedades humanas caminen hacia la prosperidad. Estamos en una nueva era. Para unos el reto puede denominarse una Nueva Humanidad; para otros el Reino de los Cielos en la Tierra.

No importa como le llamemos. Vayamos en la dirección de construir el futuro, tomando como referencia el reconocimiento incuestionable de la dignidad del ser humano, el diálogo y la renuncia a la violencia y la convicción de que la historia humana ha ido en progreso y que ahora es nuestro turno de contribuir a crear una Gran Familia Mundial.

ALTERNATIVA ECONÓMICA

La alternativa económica al marxismo es relativamente sencilla en su primera parte. Pasa por entender y denunciar la teoría económica marxista. No hace falta llamar a China comunista para que nos explique por qué y cómo tuvieron que abandonar las tesis de Marx.

Hay que seguir difundiendo, para los aún confundidos, que para que funcione la economía es imprescindible el mercado, como indicador de precios y demandas, y la iniciativa privada, la cual requiere de la propiedad privada, para poder asumir los riesgos. Espero que estas ideas hayan quedado suficientemente claras en este libro. Ofrezco un curso gratis, a quien me pida que le explique el porqué del fracaso de la economía marxista.

Ahora bien, la segunda parte es más complicada de realizarse porque la economía no debe contentarse con producir y vender eficientemente, sino que debe contribuir a crear armonía en el proceso integral de producción y distribución de bienes y servicios de la nación.

Eso requiere que compartamos el objetivo marco de lograr la prosperidad mutua para todos, que reconozcamos valores comunes tales como la eficiencia, la transparencia, la responsabilidad, la coherencia,
etc.
, y que nos demos cuenta de que somos interdependientes.

De ahí la necesidad de que los pueblos, dentro del marco de la Declaración Universal de Derechos, establezcan y modifiquen, democráticamente, el papel del Estado como,

A. Emisor de las reglas de juego y marco legal para el funcionamiento de la economía, incluyendo los mecanismos de control de calidad necesarios de los productos y de los procesos de producción y las normas básicas laborales.
B. Compensador de riesgos (desempleo, ayudas sociales, recursos extraordinarios en tiempos de crisis,
etc.

).

C. Productor y ofertante, eficiente y austero, de servicios, en plena cooperación con el sector privado, en todo aquello en lo que este pueda aportar, inclusive en áreas a veces tan discutidas como sanidad, educación, pensiones, transportes, etc.
D. Recaudador y redistribuidor de fondos.
E. Promotor del desarrollo económico sostenible.

En este contexto futuro, el Estado tiene el reto de mostrar ejemplaridad y de ser un modelo de eficiencia y transparencia, involucrando, en todas las funciones y actividades posibles, al sector privado, ya que los costes de producción de este y su creatividad son un estímulo para el sector público.

CONCLUYENDO

Los principios básicos propuestos como alternativa al marxismo, tanto los ideológicos como los económicos, son amplios para generar una gran plataforma alternativa al marxismo.

Ha lugar, obviamente, a matices y enfoques diversos, pero respetando esos principios básicos, el marxismo será neutralizado y poco a poco abandonado, incluso por aquellos que lo siguen de buena fe, pero que, al ver sus graves errores y el buen funcionamiento de la alternativa, lo abandonarán definitivamente.

Quedará entonces un contexto, en libertad, en democracia, en el que podrán existir distintos partidos y alternativas políticas, que propondrán la adopción de medidas diversas que someterán a la decisión democrática de los ciudadanos. Pero los Derechos Humanos básicos y el Estado de Derecho serán respetados, lo que permitirá un diálogo pacífico, que no dejará espacio a movimientos revolucionarios violentos.

Por otra parte, el sentimiento de que la humanidad somos una Gran Familia será un elemento de motivación y un impulso permanente hacia la construcción de un mundo en armonía.

Nota final al lector

Estimado lector, gracias por haber llegado al final de mi libro o, al menos, por estar leyendo esta nota final. Todo autor escribe para que lo lean y hay que agradecer a quienes lo hacéis, «es de bien nacidos ser agradecidos».

Pero mi propósito va más allá de que me leas. Mi interés real es que mis palabras te hayan podido ayudar a ver con más claridad lo que son el comunismo y el marxismo.

Tenía veintiocho años cuando murió Franco y me considero políticamente hijo de la Transición española, de la dictadura a la democracia. Viví una gran parte de mi adolescencia y juventud, en la dictadura del anticomunista Franco, y también cinco años fuera, dos en Francia, uno en Italia y dos en Brasil, pero me dieron muy pocos conocimientos sobre el comunismo y menos aún sobre el marxismo. La dictadura de Franco no me había adoctrinado en esos temas. Tampoco me habían enseñado mucho al respecto en mi master en Francia sobre Planificación económica, ni mis dos años en Brasil, en los cuales tuvo lugar el golpe anticomunista de Pinochet en Chile.

En Occidente se enseñaba muy poco a los ciudadanos, incluso en la Universidad, sobre lo que eran realmente el comunismo y el marxismo, que parecían, respectivamente, un régimen y una doctrina que habían venido para quedarse y perdurar. El Telón de Acero parecía haber tomado cuerpo como una constante de la historia que perduraría para siempre y que se hallaba, además en esos tiempos, en un proceso de intensa expansión por el mundo.

Tuve la suerte de empezar a descubrir la falsedad del marxismo en 1975, pero aún faltaban quince años para la caída del Muro de Berlín, que nos sorprendió a casi todos. Hubo luego que esperar a

1997 para que se publicara el impactante Libro Negro del Comunismo, pero aun así parecía como si un nubarrón de densa oscuridad envolviera todo lo que tenía que ver con la realidad del Comunismo y del Marxismo.

En la bellísima película «*Excalibur*», de John Boorman, 1981, una de las profundas frases del mago Merlín decía: *Un dios único viene a acabar con los muchos dioses. Llegó la hora del hombre*, frase que yo interpreto como el anuncio de una era de Fraternidad que, para hacerse realidad, requiere que el ser humano asuma su responsabilidad. Sin embargo, han pasado ya casi cuarenta años desde aquella película y aún la humanidad no ha entendido que el Marxismo es la filosofía que indefectiblemente conduce al imperio del mal del Comunismo. Y lo peor es que no sabe ofrecerle una alternativa válida.

Al escribir ahora este libro, mi conocimiento sobre el tema se ha ampliado profundamente. He buscado y encontrado mucha información para esta mi «tesis», en los propios libros de Marx y Engels primero, y luego en muchos otros libros que cito en la bibliografía y en las múltiples aportaciones que internet ofrece, con opiniones y sesgos en un sentido u otro.

Colaborar a desvelar la realidad del Comunismo y del Marxismo ha sido mi objetivo básico, mi modesta aportación para liberar a los seres humanos que aún se encuentran en sus cárceles del cuerpo y del alma, para ayudar a evitar que otros, junto con sus naciones caigan en ellas y, sobre todo, para contribuir a inspirar una gran alternativa de libertad, justicia y fraternidad.

Con el compromiso decidido por colaborar a construir una Gran Familia Mundial.

Madrid 3 de enero de 2021

BIBLIOGRAFÍA

Los escritos de Marx son en general farragosos, mucho más que los de Engels, lo que dificulta a los interesados su lectura y análisis. Libros tales como «El Capital» pero también otros tales como «La ideología alemana» y «La Sagrada Familia», escritos ambos con Engels, son de una lectura realmente pesada.

Engels es mucho más fluido y accesible tanto en sus pequeños trabajos como *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre* como en su excelente *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, o Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico* o incluso en su erudita obra *Dialéctica sobre la Naturaleza*.

No obstante, hay que reconocer que los libros de los filósofos y pensadores de su época adolecen también de una redacción muy rebuscada, combinación tal vez de un prurito de intelectualidad y de prudencia frente a la posible persecución política de sus ideas. Hegel, Feuerbach, Bauer, Proudhon, entre otros, son bastante duros de leer.

En todo caso es imprescindible leer *El Manifiesto Comunista* de Marx y Engels donde se resume la esencia del marxismo; *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, la *Tesis sobre Feuerbach* y si se quiere avanzar un poco más *El Estado y la Revolución* de Lenin.

Por otra parte, hay una obra muy recomendable *Comunismo: Crítica y contrapropuesta* escrita por el coreano, Sang Hun Lee, que, con una estructura filosófica profunda pero fácil de entender, expone lo que es el marxismo, sus errores y su alternativa.

En cuanto a los textos relativos al marxismo hay una web,

Marxist Internet Archives (MIA), donde es fácil encontrar y descargar una gran parte de las obras de Marx, Engels y otros autores marxistas.

Afortunadamente Internet, y en particular Wikipedia ofrecen una gran aportación de datos y opiniones. Obviamente, ante un tema aun tan emocional como este, hay que contrastar tanto las opiniones favorables como las críticas, así como las fechas y los hechos concretos.

Muchos libros y trabajos se pueden descargar de la red. En muchos capítulos de este libro los cito con carácter general pues hubiera sido muy farragoso para el lector encontrar en cada momento citas a pie de página o a final del libro. Lo mismo hago con las citas a libros de la bibliografía en papel a fin de que el libro sea de ágil lectura.

Bibliografía en papel

Alcalá, Cesar (2007) *Las Checas del Terror*. Madrid: Libros Libres.

Bayón, Félix 1988) *La vieja Rusia de Gorbachov*. Barcelona: Círculo Lectores.

Courtois, Stéphane y otros. *El libro negro del comunismo*. Editorial Planeta. 1998. Barcelona.

Dobb, Maurice (1970). *El cálculo económico en una economía socialista*. Barcelona: Ariel.

Engels, Friedrich (1969) *Feuerbach y el Fin de la Filosófica Clásica Alemana*. Madrid: Aguilera.

Engels, Friedrich (1970) *Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Madrid: Fundamentos.

Engels, Friedrich (1977) *Del Socialismo Utópico al*

Socialismo Científico. Madrid: Aguilera.
Giroud, Françoise (1992) *Jenny Marx*. Barcelona: Planeta.
González, Valentín (2006) *El Campesino. Yo escogí la Libertad*. Madrid: Ciudadela.
Gorbachov, Mijail (1987) *Perestroika Mi mensaje a Rusia y al mundo entero*. Barcelona: Ediciones B.
Golendorf, Pierre. 7 *años en Cuba*. Ed. Plaza Janés Barcelona 1977.
Grachov, Andréi. *Gorbachov: La tierra y el destino*. Ediciones Folio 2005. Barcelona.
Instituto CAUSA (1985). *Manual de Causa*. New York.
Jiménez Losantos, Federico (1918) *Memoria del Comunismo*. Madrid: Esfera de los Libros.
Lamsdorff, Wladimir (1988) *Teoría del Derecho*. Barcelona: PPU .
Lange, Oscar (1969) *Sobre la teoría económica del socialismo*. Barcelona: Ariel.
Lange, Oscar (1970) *Ensayos sobre Planificación Económica*. Barcelona: Ariel.
Lee, Sang Hun (1975) *Communisme: Critique et contraproposition*. París: Institut de la Pensée de l'Unification.
Lenin, Vladímir (1972) *Obras Escogidas I y II*. París: Librairie du Globe.
Lenin, Vladímir (1976) *El Estado y la Revolución*. Madrid: Ayuso.
Lenin, Vladímir (1976) *Sobre Marx, Engels y el marxismo*. Madrid: Akal.
Liberman, Nemchicov y otros (1973) *Plan y beneficio en la Unión Soviética*. Barcelona: Ariel.
Lindbeck, Assar (1973) *La Economía Política de la Nueva Izquierda*. Madrid: Alianza.
Marcou, Lilly (1977) *Stalin. Su Vida Privada*. Madrid: Espasa.

Marx, Carl (1968) *Trabajo Asalariado y Capital*. Madrid: Aguilera.
Marx, Carl (1971) *Crítica del Programa de Gotha*. Madrid: Aguilera.
Marx, Carl (1976) *Crítica de la Economía Política*. Madrid: Castellote.
Marx, Carl (1976) *La Guerra Civil en Francia*. Madrid: Aguilera.
Marx, Carl (1977) *El Capital*. Madrid: Akal.
Marx, Carl (1977) *Salario, Precio y Ganancia*. Madrid: Aguilera.
Oparin, Aleksandr (1993) *El origen de la vida*. Madrid: Akal.
Payne, Robert (1975) *Marx*. Barcelona: Bruguera.
Prados Arrarte, Jesús (1976) *El socialismo democrático*. Madrid: Cupsa.
Proudhon, Pierre-Joseph (1973) *Qué es la Propiedad*. Buenos Aires: Proyección.
Sacha, Simón (1973) *El desafío soviético*. Barcelona: Círculo de Lectores.
Sik, Ota (1968) *Sobre la economía checoeslovaca*. Barcelona: Ed. Ariel.
Soljenitsin, Aleksandr (1974) *Carta a los dirigentes de la Unión Soviética*. Barcelona: Plaza y Janés.
Soljenitsin, *Aleksandr (2002) Archipiélago Gulag.* Italia: Mondadori.
Taubman, William (2017) *Gorbachev: His Life and his time*. EEUU: Simon&Schuster.
Vidal, Cesar (2003) *Checas de Madrid*. Barcelona: Caroggio.
Volkogonov, Dmitri (1996) *El verdadero Lenin*. Barcelona: Anaya.

JUAN JOSÉ PRIMO JURADO (Córdoba, España, 1961) es Licenciado en Filosofía y Letras, diplomado en Magisterio y Doctor en Historia por la Universidad Rey Juan Carlos. Durante una década fue director del Archivo Histórico del Palacio de Viana, donde catalogó su valioso fondo documental. Ha sido también profesor de Historia Contemporánea en la Universidad Rey Juan Carlos y Loyola Andalucía, investigador en la Universidad de Córdoba, y ejerció la enseñanza en diferentes colegios e institutos.

Fue subdelegado del Gobierno en Córdoba
(2012-2018),
y concejal delegado de Patrimonio y Casco Histórico de Córdoba
(2011-2012).

También desarrolla su labor como analista en la prensa local, iniciada en «*Córdoba*» y continuada en «*ABC*», donde lleva publicados más de un millar de artículos. Es miembro de la Real Academia de Córdoba, Cruz al Mérito Militar por su labor como comisario en la magna exposición sobre el Gran Capitán (2003) y Medalla de Plata al Mérito Social Penitenciario (2017).